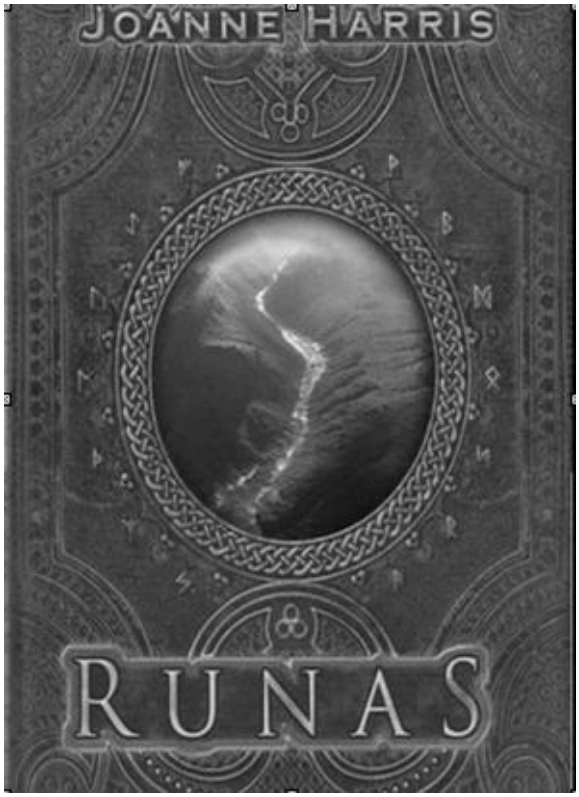
JOANNE HARRIS



RUNAS


JOANNE HARRIS
RUNAS

Runas

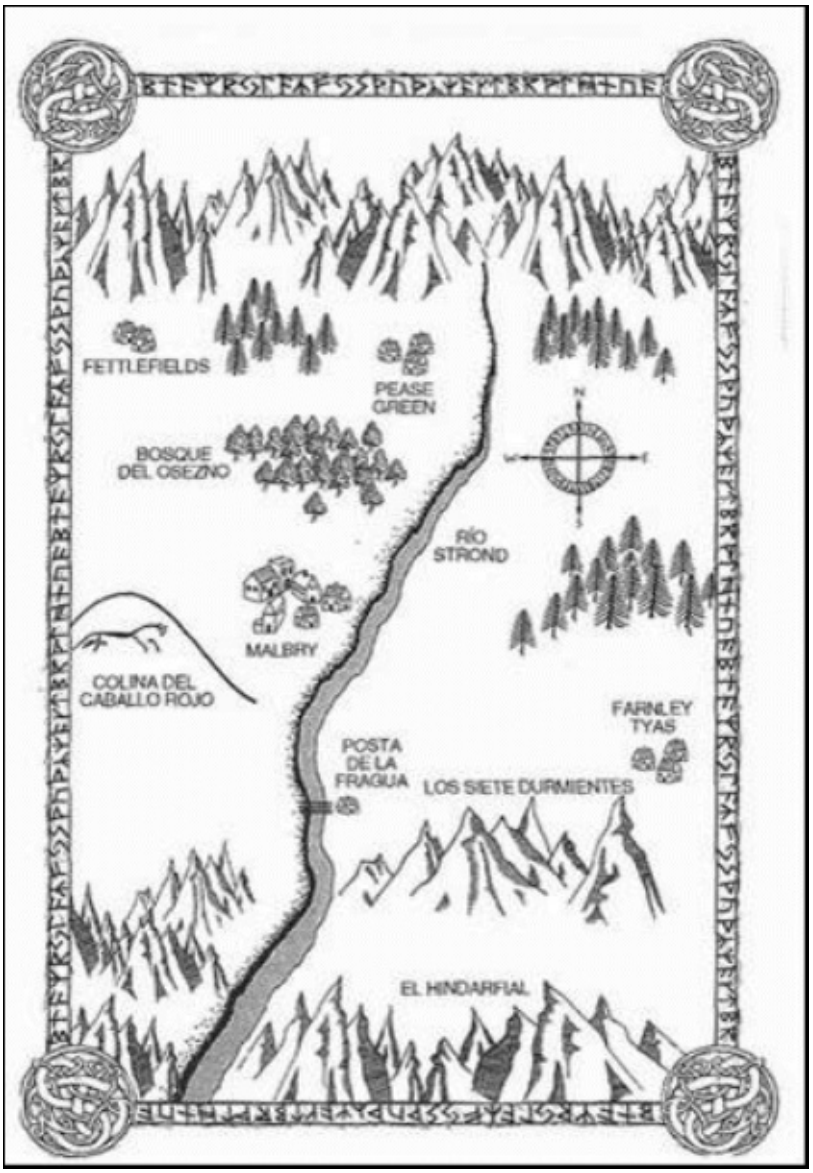
Joanne Harris

MAPA DE LOS NUEVE MUNDOS

MAPA DE LASTIERRAS MEDIAS



MAPA DEL VALLE DE STROND



DRAMATIS PERSONAE

Aldeanos

Maddy Smith, la bruja del pueblo.

Jed Smith, el herrero.

Mae Smith, la belleza sin cerebro.

Adam Scattergood, el acosador.

Señora Scattergood, la tabernera.

Dorian Scattergood, la oveja negra de la familia.

Nati Fey la Loca, una comadrona célebre por su gran imaginación.

Nat Parson, el párroco.

Ethelberta Parson, su esposa.

Torval Bishop, el superior inmediato de Nat Parson.

Matt Law, el agente de la ley.

Daniel Hetherset, ayudante del párroco.

Audun Briggs, techador.

Devotos del Orden

Examinador número 4.421.974, examinador del Orden.

Examinador número 67.363, examinador emérito del Orden.

Magistrado número 73.838, magistrado del Orden.

Magistrado número 369, magistrado emérito del Orden.

Magistrado número 262, magistrado del Orden.

Magistrado número 23, magistrado del Orden.

Dioses vanir

Skadi, del Pueblo del Hielo, pareja de Njord. La Cazadora, diosa de la destrucción, es el enemigo principal de Loki.

Bragi, dios de la poesía y la música. No tiene motivo alguno para querer a Loki.

Idún, su esposa. Es la diosa de la juventud y la abundancia. En una ocasión, Loki la raptó y la entregó al Pueblo del Hielo.

Freya, diosa del deseo, a la que Loki afrentó mortalmente una vez.

Frey, el Cosechador, su hermano. Tampoco es amigo de Loki.

Héimdal, el Centinela de los dioses, el de los dientes de oro. Odia a Loki.

Njord, el Hombre del Mar, estuvo casado hace tiempo con Skadi, aunque ahora están separados debido a diferencias irreconciliables. Sólo están de acuerdo en una cosa: la aversión hacia Loki.

Dioses Æsir (los videntes)

Odín, el jefe de los æsir, hermano de sangre de Loki, que le traicionó en los últimos tiempos.

Frig, esposa de Odín, perdió a su hijo a causa de Loki.

Tor, el Tonante, hijo de Odín, tiene muchas cuentas que ajustar con Loki.

Sif, la esposa de Tor, llegó a quedarse calva por culpa de Loki.

Tyr, dios de la guerra, perdió una mano debido a Loki.

Bálder, hijo de Frig, murió por culpa de las artimañas de Loki.

Loki.

Otros:

La-Bolsa-o-la-Vida, un trasgo.

Hel, Señora del Inframundo.

Lord Surt, soberano del Más Allá, guardián de la Fortaleza Negra.

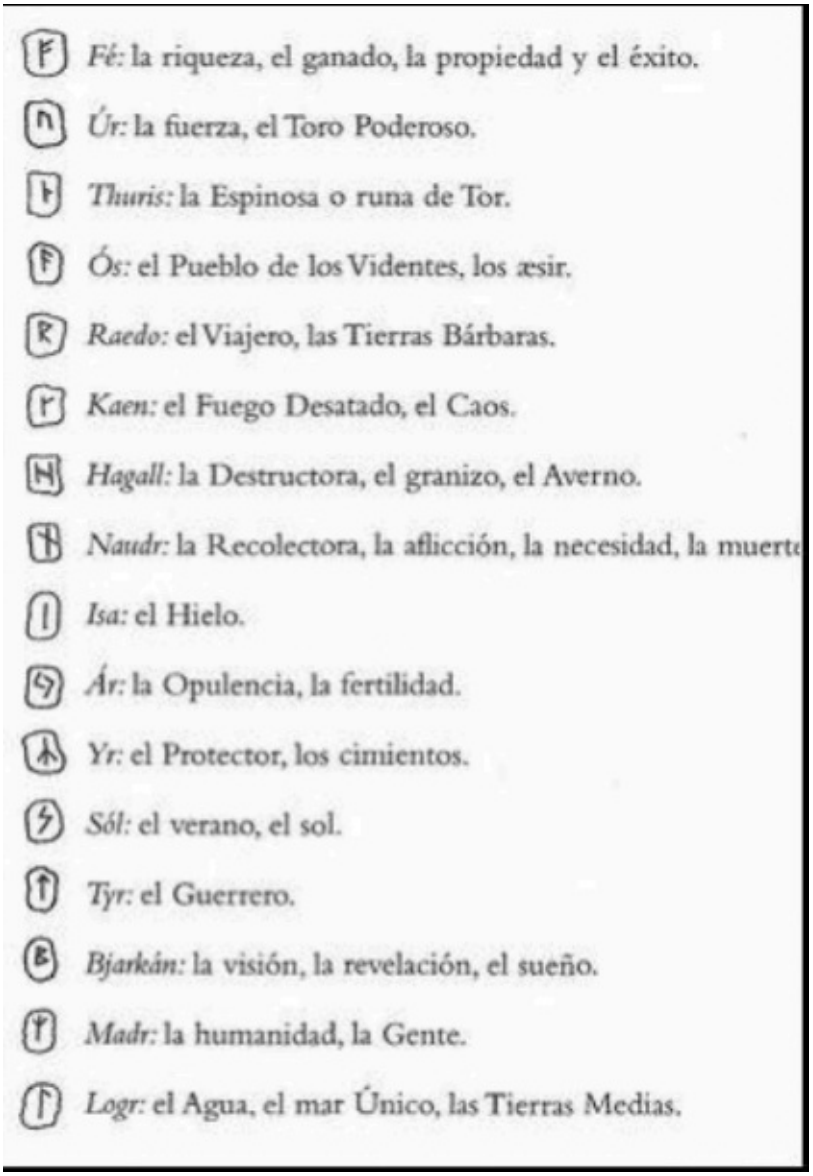
Jormungard, la Serpiente de los Mundos.

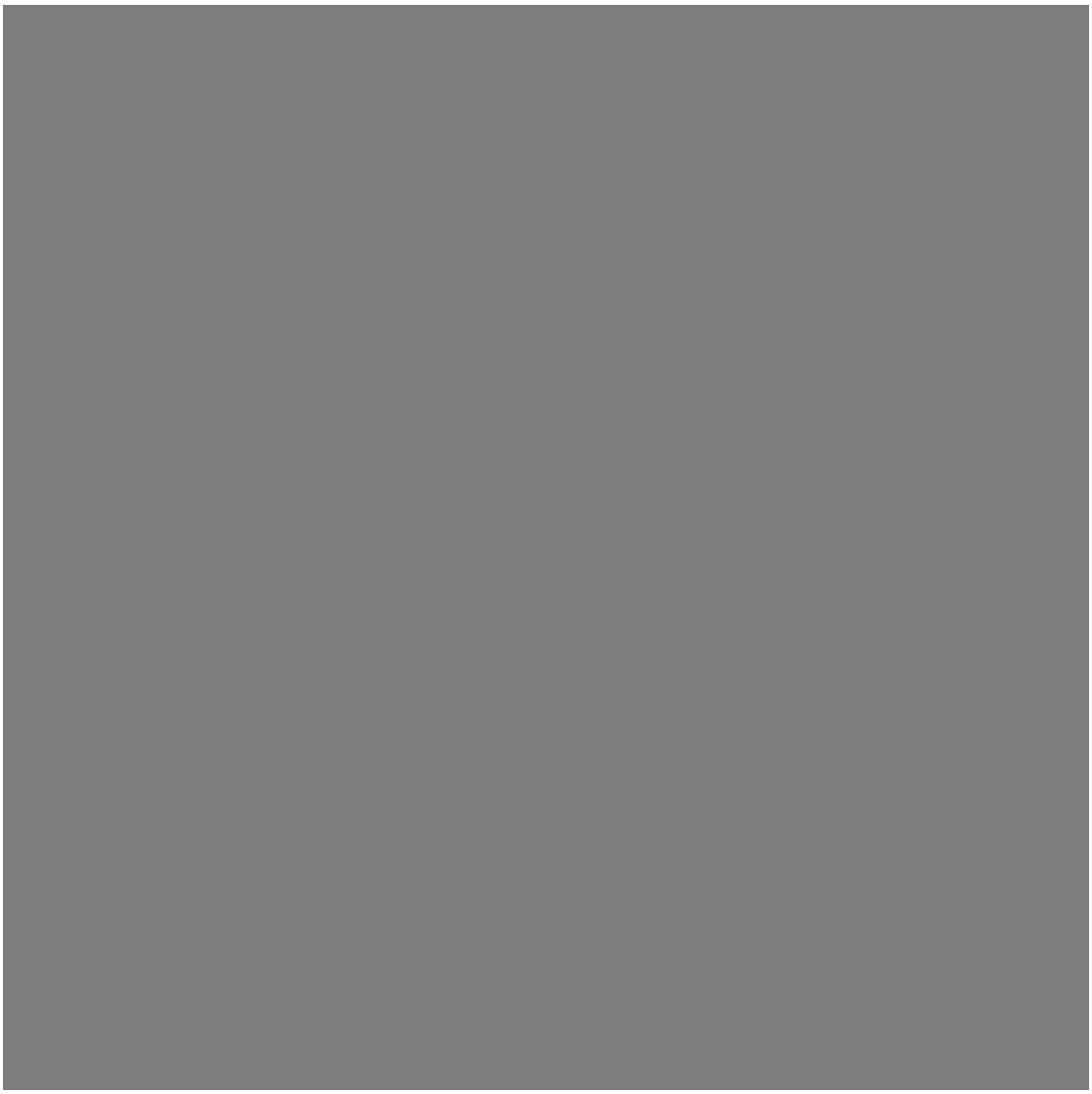
Ellie, también conocida como la Vejez.

Lizzy la Gorda, una cerda panzuda.

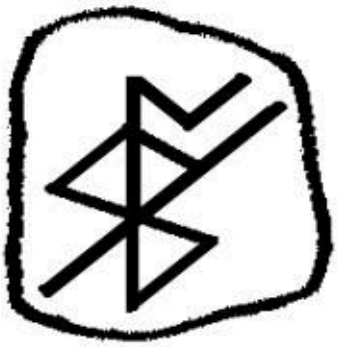
El Innombrable.

RUNAS DEL ALFABETO ANTIGUO





LIBRO UNO



El Supramundo

Hubo un vidente que predijo el final de todas las cosas… Nunca confíes en un oráculo.

Lokabrenna, 9:1

Capítulo 1



Eran las siete de la mañana de un lunes, quinientos años después del Fin del Mundo, y los trasgos habían andado trasteando en la bodega por enésima vez. La señora Scattergood, patrona de la taberna Los Siete Durmientes, juraba y perjuraba que eran ratas, sin embargo Maddy Smith tenía muy clara la verdad. Sólo los trasgos eran capaces de horadar un suelo de ladrillo y además, por lo que a ella le constaba, los roedores no bebían cerveza.

Pero ella sabía también que en la villa de Malbry, así como en el resto del valle del Strond, ciertas cosas no se comentaban, y entre ellas se incluía todo lo curioso, extraño o cualquier tema que sonara a *antinatural.* Tener *imaginación* se consideraba casi tan malo como *darse aires* e incluso se odiaban y se temían los sueños, porque era a través de ellos, o al menos eso rezaba el Buen Libro, como los videntes podían venir desde el Caos; y era en el Sueño donde aún se mantenía el poder del pueblo de Faerie, a la espera de una oportunidad para volver al mundo real.

Por este motivo, los buenos aldeanos de Malbry hacían todos los esfuerzos posibles para no soñar. Dormían sobre tablas en vez de sobre colchones, evitaban las cenas pesadas y, desde luego, nada de contar historias para dormir. Los niños de Malbry solían escuchar más narraciones sobre el martirio del Santo Sepulcro o las últimas Depuraciones del Fin del Mundo que relatos de magia del Trasmundo, lo cual no quería decir que no existiera la magia. De hecho, en los últimos catorce años, y sin que se supiera muy bien cómo, había habido más magia en la villa de Malbry que en ningún otro lugar de las Tierras Medias.

Maddy era la responsable de esa situación, por supuesto, ya que era una soñadora, una contadora de cuentos e incluso quizás algo peor; por todo esto, estaba acostumbrada a que se la responsabilizara de cualquier irregularidad acaecida en la villa. Si se caía una botella de cerveza de un estante; si el gato se metía en la lechería; si Adam Scattergood le tiraba una piedra a un perro callejero y le daba a una ventana por error, diez contra uno a que se le terminaría echando la culpa a Maddy.

Y si por un casual se le ocurría protestar, los aldeanos decían de inmediato que siempre había sido de naturaleza problemática, que su mala suerte había comenzado en el mismo momento de nacer ella y que nada bueno podía salir de una niña con una runiforma, una marca de color óxido en la mano de la chica de los Smith, que los viejos del pueblo llamaban la Ruina de la Bruja, y que no se podía quitar por mucho que se frotase.



Era eso o echarle la culpa a los trasgos, también conocidos como el Pueblo Feliz

o de Faerie, que ese verano habían ampliado la categoría de sus travesuras desde su habitual asalto a las bodegas hasta el robo de ovejas, aunque en ocasiones se limitaban a pintarlas de azul, o llevar a cabo las peores bromas pesadas como, por ejemplo, dejar que los caballos llenaran de estiércol los escalones de la iglesia, poner soda en el vino de la comunión hasta que se cubriera de burbujas, o convertir en pis el vinagre de todas las jarras de cebollas troceadas del establecimiento de Joe Grocer.

Y debido a que nadie se atrevía apenas a *mencionarlos*, e incluso actuaban como si no estuvieran enterados de su existencia, Maddy era la encargada de lidiar sola con todas las alimañas que procedían de debajo de la colina como a ella le pareciera pertinente.

Nadie le preguntaba cómo lo hacía, nadie miraba a la chiquilla de los Smith mientras trabajaba y nadie la llamaba «bruja», excepto Adam Scattergood, el hijo de la patrona, un buen chico en muchos sentidos, pero aficionado al lenguaje soez cuando le daba por ahí.

Además, se decían, ¿por qué expresarlo con palabras? Esa runiforma hablaba por sí sola con plena seguridad.

Maddy observó la marca de color óxido. Parecía una especie de letra o un símbolo, y algunas veces brillaba tenuemente en la oscuridad, o escocía como si le hubieran apretado allí algo caliente. Se dio cuenta de que empezaba a quemarle ahora. Eso solía suceder cuando el Pueblo Feliz rondaba por las inmediaciones, y era como si hubiera algo dentro de ella que se removiese y luchase por liberarse.

Ese verano le molestaba con mayor intensidad que otras veces, como si los trasgos se estuvieran reuniendo en cantidades insospechadas, y la única forma de que dejase de picarle era deshacerse de ellos. No había probado ninguna de sus otras habilidades, ya que en su mayor parte no tenían utilidad, y aunque algunas veces le resultaba difícil soportarlo, como el pretender que no tienes hambre cuando han puesto tu comida favorita en la mesa, Maddy comprendía que era mejor así.

Los ensalmos y los hechizos rúnicos ya eran bastante malos, pero los encantamientos, los encantamientos de verdad, eran un asunto peligroso y como el rumor de que había hecho alguno llegara a Finismundi, donde los siervos del Orden trabajaban día y noche en el estudio de la Palabra…

Porque el secreto mejor guardado de Maddy -que sólo conocía su mejor amigo, el humano conocido como el Tuerto-era que ella *disfrutaba* con la práctica de la magia, por muy vergonzoso que esto pudiera ser. Y más aún, pensaba también que se le daba bastante bien y cualquiera que tuviese algún talento especial aspiraba sin duda a ponerlo de manifiesto y mostrarlo a otras personas.

Pero eso era imposible, dado que en el mejor de los casos se interpretaría como que *se estaba dando aires.*

¿Y en el peor? Bueno, había gente que había sido depurada por menos.

La muchacha volvió a centrar la atención en el suelo de la bodega y en la madriguera de boca ancha que lo desfiguraba. No había lugar a dudas de que se trataba de la madriguera de un trasgo, pues era más grande e irregular que una zorrera; la tierra suelta del piso todavía mostraba las señales de las gruesas pisadas con garras en aquellos lugares por donde habían pasado los invasores. Había una pila de escombros y ladrillos en una esquina, ocultados con descuido detrás de un montón de barriles vacíos. Maddy pensó, con una cierta diversión, que parecía el resultado de una fiesta animada y probablemente pasada de alcohol.

«Es pan comido cerrar el agujero», pensó. El truco estaba, como de costumbre, en conseguir que continuara así. Yr, el Protector, había bastado para asegurar las puertas de la iglesia, pero todos conocían la persistencia de los trasgos cuando había cerveza de por medio y ella sabía que en este caso un simple hechizo no los mantendría a raya por mucho tiempo.

Muy bien, entonces tendría que recurrir a algo más contundente.

Trazó las dos runas en el suelo con un palo aguzado.

«Naudr la Recolectora podrá hacerlo -dijo para sus adentros-, y además…



…situaré a Úr, el Toro Poderoso, en ángulo con la boca de la madriguera».



Ahora todo lo que le hacía falta era una chispa.

Esa chispa. *Eso* era lo único realmente mágico. Cualquier persona familiarizada con las runas podía aprender a escribirlas, ya que, al fin y al cabo, no pasaban de ser letras extraídas de un lenguaje pretérito. El truco, como bien sabía Maddy, consistía en ponerlas en funcionamiento.

Había sido difícil al principio. Ahora, trabajar con las runas era tan fácil como encender una cerilla. Le bastaba pronunciar un pequeño ensalmo:

–Cuth on fyre[1] .

Las letras flamearon durante unos segundos y después se redujeron a un brillo que atestiguaba su presencia. Los intrusos del Pueblo Feliz y Maddy podían ver los trazos de las runas mientras que a los ojos de la señora Scattergood, que no sabía leer ni escribir y que pensaba que la magia era obra del diablo, iban a parecer simples arañazos en el polvo, y de ese modo todos podrían seguir pensando que los trasgos eran meros roedores.

De pronto, se percató de un roce similar al de una escarbadura en el rincón más lejano y oscuro de la bodega. Maddy se volvió a tiempo de distinguir el movimiento de una figura al cobijo de las sombras. La silueta de contornos difusos que se escabullía entre dos de los toneles era más grande que una rata.

Se levantó con rapidez y encendió la vela a fin de que su llama iluminara la pared encalada. No se oía ningún sonido; no se movía nada, salvo las sombras que vacilaban y se agitaban.

La muchacha dio un paso hacia delante y encendió la vela que se encontraba justo en la esquina. Aun así, tampoco percibió movimiento alguno, pero el hecho cierto es que cada criatura deja una huella que sólo unos pocos saben ver. Había *algo* allí, Maddy lo sentía. Casi era capaz de oler aquella suerte de aroma agridulce con un suave efluvio a invierno, como el de las raíces y especias que se guardan durante mucho tiempo en los sótanos.

«Una fiesta de borrachos», pensó de nuevo. Uno de los juerguistas debía de haber probado en demasía las excelencias de la cerveza de la señora Scattergood hasta el punto de haber quedado aturdido hasta la estupidez y abandonado toda cautela. Seguramente se había acurrucado en alguna esquina oscura para dormir los efectos del exceso etílico y ahora estaba atrapado en algún escondrijo de por allí, detrás de un montón de toneles de cerveza apilados, con la madriguera sellada y la bodega cerrada.

El corazón de la muchacha comenzó a latir de forma algo más apresurada. En todos estos años no se le había presentado una oportunidad tan buena para ver de cerca un ejemplar de Faerie, hablarle y que le contestara.

Intentó refrescar sus escasos conocimientos acerca del Pueblo Feliz, cuyos componentes vivían debajo de la colina del Caballo Rojo. Eran criaturas curiosas, más juguetonas que realmente perversas, muy aficionadas a la cerveza fuerte y la carne bien condimentada. ¿Y no había algo más también, algo oculto en los límites de su memoria, algo que no cesaba de atormentarla? ¿Algún cuento del Tuerto, quizás? ¿O quizás algún truco más práctico, algún ensalmo que la ayudara a tratar con esa cosa?

Depositó la vela en la parte superior de un tonel y se acercó a mirar la esquina.

–Sé que estás aquí -susurró con voz queda. El trasgo, si es que era un trasgo y no una simple rata, no dijo nada-. Sal, no voy a hacerte daño.

En la estancia únicamente se movía la oscilante llama de la vela, cuya luz

perturbaba las gruesas capas de sombra. Suspiró, con un cierto disgusto, y volvió el rostro hacia otro lado.

Pudo ver de reojo una silueta que se deslizaba al amparo de la penumbra.

No se movió y permaneció quieta, como si estuviera ensimismada en sus pensamientos. En las sombras algo empezó a arrastrarse, de forma muy silenciosa, entre los toneles.

La joven se mantuvo inmóvil, a excepción de la mano izquierda cuyos dedos formaron el conocido trazo dé Bjarkán, la runa de la revelación.

Bjarkán se encargaría de averiguar si realmente se trataba o no de una rata.

No era un roedor. Dentro del círculo formado por su índice y su pulgar brilló una pizca, sólo una pizca, del resplandor dorado de Faerie.

Entonces, atacó.

Maddy saltó a por el intruso en cuanto supo que había orientado bien el golpe. La criatura comenzó a debatirse, y aunque no podía verla, no cabía duda de que la tenía entre las manos, retorciéndose de todas las formas posibles e intentando morderla. Luego, como ella no cejaba en su presa, la criatura finalmente dejó de luchar. Pudo verla claramente en cuanto la sacó de la oscuridad.

No era más grande que un zorro. Tenía manitas habilidosas y siniestros dientecillos. Una armadura compuesta por piezas metálicas, tiras de cuero, la mitad de una cota de malla -cortada por abajo de forma tosca para que le quedara bien-le cubría la mayor parte del cuerpo, y en su rostro atezado, de largos bigotes, los ojos brillaban con un resplandeciente e inhumano color dorado.

Parpadeó un par de veces al mirarla. Luego, sin ningún tipo de aviso, se escabulló entre sus piernas.

El bichejo podría haber llegado a escapar, ya que era rápido como una comadreja, pero Maddy esperaba esta reacción, moldeó con los dedos a Isa la Helada y lo clavó en el lugar.

El trasgo se debatió y se retorció, sin embargo sus pies continuaron pegados al suelo.

Escupió un chispazo de fuego fatuo entre sus dientes aguzados, pero aun así ella no le dejó escabullirse.

Juró en varias lenguas, unas animales, otras feéricas, y terminó diciendo algunas cosas muy feas sobre la familia de Maddy. Ésta se vio obligada a admitir que eran ciertas en su mayoría.

Finalmente, dejó de revolverse y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

–¿Qué es lo que quieres? – preguntó.

–¿Qué hay de eso de los tres deseos? – sugirió Maddy, llena de ilusión.

–Déjalo -respondió el trasgo, resentido-, pero ¿qué clase de trolas te han estado contando?

Maddy estaba decepcionada. Muchos de los cuentos que había conseguido reunir durante los últimos años se referían a que alguien podía pedir tres deseos a los seres feéricos, y se sintió bastante contrariada al ver que en este caso había resultado ser nada más que un cuento. Sin embargo, pensaba que había otras historias que quizá contuvieran algunas verdades de orden más práctico y sus ojos se iluminaron cuando recordó por fin aquello tan escurridizo que había estado allí en el fondo de su mente desde que empezó a oír aquellos ruidos tan sospechosos detrás del tonel.

–Tómate tu tiempo -dijo el trasgo, escarbándose los dientes.

–Chitón -respondió Maddy-. Estoy pensando.

El trasgo bostezó. Se estaba poniendo ahora un poquito chulo y sus brillantes ojos dorados resplandecían con picardía.

–¿A que no sabes qué hacer conmigo, zagala? – comentó-. Es mejor que sepas

que habrá represalias si no llego sano y salvo a casa.

–¿Represalias? ¿Represalias por parte de quién?

–Del Capitán, por supuesto -respondió el trasgo-. ¡Dioses!, pero ¿es que te han criado en una jaula? Ahora deja que me marche, sé buena chica y no te guardaré rencor, así mejor no metemos en esto al Capitán. – Maddy sonrió, pero permaneció en silencio-. Ah, venga ya -dijo el trasgo, ahora con pinta de estar incómodo-. No saldrá nada bueno de que me retengas aquí y tampoco obtendrás nada a cambio.

–Oh, ya lo creo que sí -le replicó Maddy, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas-. Puedes darme tu nombre.

El trasgo se la quedó mirando con los ojos abiertos como platos.

–«Aquello que nombras es aquello que dominas». ¿No es eso lo que reza el dicho?

Era una vieja historia que el Tuerto le había contado hacía ya años, y Maddy, con la excitación del momento, casi la había olvidado. En los comienzos de la Primera Edad, se asignó un nombre secreto a todas las criaturas, árboles, rocas y plantas, que haría que se sometiesen a la voluntad de quien lo conociese.

La Madre Frig conocía los nombres verdaderos y los usaba para hacer que toda la Creación clamara por el retorno de su hijo muerto, pero Loki no estaba atado a esa promesa porque tenía muchos nombres, de modo que Bálder el Bello, el dios de la primavera, debió permanecer en el Inframundo, el reino de Hel, hasta el Final de Todas las Cosas.

–¿Mi nombre? – repitió el trasgo después.

Ella asintió.

–¿Y qué es un nombre? Llámame Pelo-de-Perro, Jarra-de-Whisky, o Tres-Sábanas-al-Viento. Me da exactamente igual.

–Dime tu nombre *verdadero* -requirió Maddy y volvió a dibujar las runas Naudr, la Recolectora, e Isa, para congelarlo.

El trasgo se retorció, pero las runas le sujetaron.

–¿Y a santo de qué la has tomado conmigo, perra? – le requirió-. ¿Y cómo has llegado tú a saber tantas malditas cosas sobre eso?

–Sólo tienes que decírmelo -insistió Maddy.

–Jamás podrías pronunciarlo -replicó él.

–De todos modos, dímelo.

–¡No lo haré! ¡Déjame marchar!

–Te liberaré en cuanto me lo digas -respondió Maddy-. Si no, abriré las puertas de la bodega y permitiré que el sol haga de las suyas contigo.

El trasgo palideció, ya que la luz del sol es letal para el Pueblo Feliz.

–Tú no harías eso, señora, ¿a que no? – suplicó.

–Mírame -repuso Maddy y, levantándose, se dirigió hacia la trampilla, que ahora estaba cerrada, y a través de la cual se sacaban los barriles de cerveza.

–¡No lo hagas! – chilló el trasgo.

–Tu nombre -insistió ella, con una mano puesta sobre el pestillo.

El trasgo luchó con más fiereza que nunca, pero las runas de Maddy continuaron reteniéndole de forma eficaz.

–¡Te cogerá! – chilló de nuevo-. ¡El Capitán te atrapará y entonces lo lamentarás!

–Es tu última oportunidad -le advirtió ella al tiempo que descorría el cerrojo. Un

débil rayito de luz solar se filtró en el suelo de la bodega apenas a unos centímetros de los pies del trasgo.

–¡Ciérralo, ciérralo! – gritó el trasgo.

Maddy simplemente esperó con paciencia.

–¡De acuerdo, entonces! ¡De acuerdo! Es… -El trasgo recitó de un tirón algo en su propio lenguaje, que sonó como guijarros sacudiéndose dentro de una calabaza hueca-. ¡Ciérralo ya! ¡Ciérralo ya! – lloriqueó y se escurrió tan lejos como pudo de la punta de luz.

La muchacha cerró la portilla y el preso dio un suspiro de alivio.

–Eso ha sido *repugnante* -le recriminó-. Una bonita chiquilla como tú no debería andar tonteando con esas cosas tan malas. – Le dirigió a Maddy una mirada llena de reproche-. ¿Para qué quieres mi nombre, perra?

Pero Maddy estaba intentando recordar la palabra que había dicho el trasgo.

¿Moquero? No, ése no era.

¿Andrajoso? No, ése tampoco.

¿Pajillero? Frunció el ceño, buscando la inflexión exacta, sabiendo que el trasgo intentaría distraerla y sabiendo también que el ensalmo no funcionaría a menos que lo pronunciara de forma totalmente correcta.

–¿Ero, oso?

–«Llámame Tiznajo, llámame Lamparón. – El trasgo se puso a parlotear sin cesar en un intento de romper el ensalmo de Maddy con uno de su propia cosecha-. Llámame Araña, Picaruelo y Mamporrón. Llámame Limpito, llámame Lentorro…»

–¡Silencio! – le conminó Maddy

Tenía la palabra en la punta de la lengua.

–Dilo entonces.

–Lo haré.

Lo recordaría enseguida. Bastaba con que la criatura dejara de *hablar*…

–¡Lo has olvidado! ¿A que sí? – Había una nota de triunfo en la voz del trasgo-. ¡Lo has olvidado, olvidado, olvidado!

Maddy sentía cómo perdía la concentración poco a poco. Eran demasiadas cosas para hacerlas a la vez; no podía aspirar a mantener sometido al trasgo y hacer al mismo tiempo el esfuerzo de recordar el ensalmo que lo mantendría sujeto a su voluntad. Tanto Isa como Naudr estaban a punto de disolverse también. El trasgo tenía ya un pie libre y entornaba los ojos con malicia mientras intentaba liberar el otro.

Era ahora o nunca. Soltando las runas, Maddy volcó toda la fuerza de su voluntad en decir el verdadero nombre de aquella criatura.

–Rastri-llero…

Sonaba rápido y contundente, pero el trasgo saltó de la esquina como el corcho de una botella apenas ella abrió la boca, y antes de que hubiera terminado de decirlo ya estaba a medio camino de la pared de la bodega, donde se puso a excavar como si le fuera la vida en ello.

Si la muchacha se hubiera detenido unos momentos a cavilar sobre la situación, habría caído en la cuenta de que le bastaba con ordenarle al trasgo que se detuviera; se habría visto obligado a obedecerla si hubiera dicho el nombre correctamente y ella podría haberle interrogado a placer, pero Maddy no se paró mucho tiempo a pensar. Vio cómo el pie del trasgo desaparecía en la tierra y gritó algo que ni siquiera era un ensalmo, al mismo tiempo que formaba con toda la contundencia posible Thuris, la runa de Tor, en la boca de la madriguera.

Dio la impresión de que había arrojado unos fuegos artificiales contra el suelo de

ladrillos alineados, levantando un surtidor de chispas. Luego, se elevó una nubecilla de humo maloliente.

No pasó nada durante un par de segundos, pero después surgió un sordo estruendo bajo los pies de Maddy, y de la madriguera salió un ruido mezcla de maldiciones, pataleos y revuelo de tierra, como si algo en el interior se hubiera tropezado con un obstáculo imprevisto.

La muchacha se arrodilló y miró dentro del hueco. Podía escuchar las maldiciones del trasgo, demasiado lejos de su alcance, y después se oyó otro ruido, una especie de deslizamiento, luego chillidos y un sonido parecido al pateo que Maddy casi llegó a reconocer…

La voz del intruso sonaba amortiguada, pero con una nota de urgencia.

–¡Mira la que has terminado por liar! ¡Gog y Magog, déjame salir!

Se oyó a continuación otro deslizamiento de tierra y la criatura invirtió su camino, saliendo disparada del agujero. El trasgo cayó de pie, pero se estampó contra un montón de barriles vacíos que se vinieron abajo con un estrépito suficiente para despertar a los Siete Durmientes en sus lechos, temió Maddy.

–¿Qué ha pasado? – preguntó.

Pero antes de que el interpelado pudiera replicarle, algo salió del agujero de la pared con un estampido. En realidad, fueron varias cosas; bueno, varias no, docenas; no, cientos de criaturas gordas, marrones, que se movían a toda velocidad, arremolinándose en torno a la madriguera como…

–¡Ratas! – exclamó Maddy al tiempo que se recogía la falda en torno a los tobillos.

El trasgo la miró con rencor.

–Bien, ¿qué *esperabas* que pasara? – repuso-. Lanza un hechizo como ése en el Trasmundo y estarás hundida hasta las rodillas en aguas putrefactas e infestadas de alimañas antes de que tengas tiempo de darte cuenta.

Maddy miró el agujero con desánimo. Había intentado llamar sólo al trasgo, pero la llamada, y aquella runa formada con tanta premura, aparentemente habían convocado a todo lo que había a su alcance. Ahora, no sólo salían ratas a borbotones por el agujero, sino también escarabajos, arañas, cochinillas, ciempiés, molinetes, tijeretas y gusanos, además de un generoso vertido de aguas fétidas (posiblemente procedentes de una cañería rota) hasta constituir un brebaje asqueroso que se derramó de la madriguera y avanzó serpenteante a una velocidad pasmosa por todo el suelo.

Y entonces, justo cuando estaba convencida de que probablemente no podría ocurrir nada peor, escuchó el sonido de una puerta que se abría lentamente al comienzo de las escaleras y una voz aguda, de tono un tanto nasal, que le llegó desde la cocina.

–¡Eh, señoritinga! ¿Vas a estar ahí toda la mañana o qué?

–Oh, dioses.

Era la señora Scattergood.

El trasgo le dedicó a Maddy un guiño alegre.

–¿Me has oído? – inquirió la señora Scattergood-. Hay unos cuantos pucheros para fregar aquí, ¿o se supone que tengo que hacerlo yo todo?

–¡Un minuto! – respondió Maddy, apurada, refugiándose en los escalones de la bodega-. ¡Sólo… estoy resolviendo unas cuantas cosas aquí abajo!

–Bueno, pues ahora ven y termina otras cuantas aquí arriba -replicó la señora-. Sube corriendo y arregla esos pucheros. Y si asoma por aquí otra vez ese pillo tuerto e inútil, ¡le puedes decir de mi parte que se largue!

El corazón de Maddy se le subió a la boca. «¿Ese pillo tuerto e inútil?» Eso quería decir que su viejo amigo había regresado después de más de doce meses de vagabundeo, y ninguna clase de ratas o cucarachas, ni siquiera trasgos, iba a evitar que le viera.

–¿Está aquí? – preguntó, subiendo los escalones a la carrera-. ¿Está aquí el Tuerto? – Emergió en la cocina sin aliento.

–Ah, sí. – La señora Scattergood le ofreció un paño de cocina-. Aunque no sé por qué eso te agrada tanto. Había pensado que tú, de entre toda la gente…

Se detuvo y ladeó la cabeza para escuchar.

–¿Qué es ese ruido? – inquirió con voz aguda.

Maddy cerró la escalera de la bodega.

–No es nada, señora Scattergood.

La dueña la miró con suspicacia.

–¿Qué hay de esas ratas? – preguntó-. ¿Lo has arreglado todo bien esta vez?

–Tengo que verle -repuso Maddy.

–¿A quién? ¿Al pillo tuerto?

–Por favor -respondió-. No tardaré mucho.

La señora Scattergood apretó los labios.

–Es mi dinero, así que no -replicó-. No te voy a pagar unas buenas monedas para que andes callejeando con ladrones y mendigos.

–El Tuerto no es un ladrón -negó Maddy.

–No empieces a darte aires, señorita -replicó la señora Scattergood-. La Ley sabe que no puedes evitar ser lo que eres, pero al menos podrías esforzarte un poco. Deberías hacerlo por el bien de tu padre y la memoria de tu santa madre. – Hizo una pausa para tomar aliento que duró menos de un segundo-. Y ya puedes ir borrando esa expresión de la cara. Cualquiera pensaría que estás orgullosa de

ser…

Y entonces se detuvo, con la boca abierta, cuando se oyó un sonido al otro lado de la puerta de la cava. A la tabernera le pareció un sonido de lo más peculiar, como un rumor punteado de vez en cuando por alguno que otro golpe sordo. Le hizo sentirse bastante incómoda, como si hubiera allí abajo en la bodega algo más que barriles de cerveza. ¿Y qué era ese soniquete tan similar al de los chapoteos, como sí fuera día de colada en el río?

–¡Oh, por la Ley! ¿Qué es lo que has hecho? – exclamó, y se dirigió hacia la puerta de la bodega.

Maddy se puso enfrente de ella y con una mano trazó la forma de Naudr contra el pestillo.

–No bajéis allí, por favor -suplicó.

La señora Scattergood intentó abrirlo, pero la runiforma lo mantuvo inmóvil. Se volvió a mirar fijamente a la joven, con sus fieros dientecillos desnudos como los de un hurón.

–Ya estás abriendo la puerta ahora mismo -le ordenó.

–Pero en realidad…, en realidad no queréis que lo haga.

–Ya estás abriendo esa puerta, Maddy Smith, si sabes lo que te conviene.

La muchacha intentó protestar una vez más, pero la señora Scattergood se mantuvo inconmovible.

–Te apuesto a que tienes a ese pillo ahí abajo, pimplándose mi mejor cerveza. Así que ya estás abriendo esa puerta ahora mismo, chica, o ¡haré que Matt Law venga aquí abajo a llevaros a ambos a la cárcel!

Maddy suspiró. No era que le gustase mucho trabajar en la taberna, pero un trabajo era un trabajo y un chelín, un chelín, y nada le iba a servir de ayuda tan pronto como la señora Scattergood echase un vistazo a la bodega. El hechizo

desaparecería en una hora o así, y las criaturas regresarían a su agujero; entonces, ella podría sellarlo de nuevo, limpiar el desastre y recoger el agua…

–Dejadme que os explique… -intentó de nuevo.

Pero la señora Scattergood estaba ya para pocas explicaciones. El rostro escarlata de la mujer había alcanzado un tono rojo de lo más peligroso y su voz se había vuelto tan aguda como la de una rata.

–¡Adam! – chilló-. ¡Ven aquí ahora mismo!

Adam era el hijo de la señora Scattergood. Él y Maddy siempre se habían odiado y fue el pensamiento de ver de nuevo aquel rostro despectivo y lleno de júbilo, así como el de su amigo ausente tanto tiempo, conocido en algunos círculos como «el pillo tuerto», lo que finalmente la decidió.

–¿Estáis segura de que era el Tuerto? – inquirió finalmente.

–¡Claro que sí! Y ahora abre esta…

–De acuerdo -consintió Maddy, y revirtió la runa-, pero si yo fuera vos, esperaría una hora.

Y tras decir esto, se dio media vuelta y huyó, y estaba ya a mitad de camino del sendero que iba a la colina del Caballo Rojo, cuando oyó los gritos agudos y distantes, que surgían como humo de la cocina de Los Siete Durmientes y se *alzaban* sobre la soñolienta villa de Malbry hasta desvanecerse en el aire de la mañana.



Capítulo 2



La aldea de Malbry tenía unos ochocientos habitantes. Era un lugar tranquilo, o eso parecía, situado entre cadenas montañosas en el valle del río Strond, que separaba las Tierras Altas de las Baldías hasta el norte, antes de abrirse camino hacia el sur, hasta Finismundi y el mar Único.

Las montañas, llamadas los Siete Durmientes aunque nadie recordaba exactamente el motivo, eran muy frías, estaban cubiertas de glaciares y para cruzarlas había un solo paso, el Hindarfial, que estaba bloqueado por la nieve tres meses al año. Esta lejanía afectaba a la gente del pueblo; se cerraban mucho en sí mismos, sospechaban de los extranjeros, y salvo Nat Parson, que había hecho una vez un peregrinaje hasta el mismísimo Finismundi y que se consideraba a sí mismo un viajero, mantenían exiguas relaciones con el mundo exterior.

Había unos doce pequeños emplazamientos en el valle, desde Farnley Tyas, ubicado al pie de las montañas, hasta Pease Green, sito en el lado más extremo del bosque del Osezno, pero Malbry era el más grande y el de mayor importancia. Acogía la única parroquia del valle, la iglesia más grande, las mejores tabernas y los granjeros más adinerados. Las casas eran de piedra, y no de madera; había una herrería, una cristalería y un mercado con techumbre; sus habitantes se creían los mejores y miraban por encima del hombro a los de Pog Hill o a los de Fettlefields y se reían en secreto de sus maneras catetas. La única espina por el lado de Malbry estaba a como mucho unos tres kilómetros del pueblo. Los paisanos la llamaban la colina del Caballo Rojo y la mayoría de los lugareños la evitaban por culpa de los cuentos que se contaban sobre el lugar, y por los trasgos que vivían bajo sus laderas.

Se rumoreaba que antaño había existido un castillo en lo alto de la colina y que la misma Malbry había formado parte de su alfoz, cultivando los campos para el señor de aquel feudo, pero todo eso había ocurrido muchísimo tiempo atrás, antes de la Tribulación y el Fin del Mundo. Hoy día no había allí nada que ver, sólo unas cuantas piedras erguidas, demasiado grandes para haber sido restos del saqueo de las ruinas y, claro, el Caballo Rojo tallado en la arcilla.

El lugar era un bastión de trasgos desde hacía mucho tiempo. Al decir de los villanos, las promesas y los cuentos sobre la Era Antigua los atraían a aquellas soledades, pero era sólo en tiempos recientes cuando el Pueblo Feliz se había aventurado tan lejos como para llegar a la aldea.

Catorce años para ser precisos. El cómputo de ese plazo comenzaba en el preciso momento del óbito de Julia, la bella esposa de Jed Smith, cuando dio a luz a la segunda hija. Pocos dudaban de que ambos hechos estaban conectados, o de que aquella marca de color óxido en la palma de la mano de la chica era el signo de alguna desventura en ciernes.

Y así era. Desde ese día en adelante, desde el día de la Cosecha, los trasgos se habían sentido atraídos por la hija del herrero. La comadrona los había visto, o eso decía ella, colgados en la cuna de pino del bebé, o riéndose dentro del calentador de cama o saltando sobre las mantas. Al principio nadie hizo caso de los rumores. Nan Fey estaba tan chiflada como su vieja abuela, y era mejor tomarse cualquier cosa que dijera echándole por encima un poco de sal, pero conforme pasó el tiempo, los avistamientos de trasgos fueron relatados por fuentes tan respetables como el párroco, su esposa Ethelberta e incluso Torval Bishop desde el otro lado del paso, motivo por el cual los rumores crecieron y enseguida todo el mundo empezó a preguntarse cómo era posible que los Smith hubieran tenido dos hijas tan distintas. Maravillaba que fueran los Smith, que nunca soñaban, iban a la iglesia todos los días y no se les había ocurrido acercarse al río Strond ni, desde luego, andar en tratos con el Pueblo Feliz.

Mae Smith, la de los rizos como prímulas, era considerada en todas partes como la chica más bonita y menos imaginativa de todo el valle. Jed Smith decía que era la misma imagen de su pobre madre y casi se echaba a llorar cuando la miraba, aunque lo decía sonriendo y los ojos le brillaban como estrellas.

Pero Maddy era morena, igual que un bárbaro, y nada lucía en los ojos de Jed cuando la observaba, salvo una especie de extraña mirada calculadora, como si estuviera poniendo en la balanza por un lado a Maddy y por el otro a su madre muerta, y encontrara que le habían estafado.

Jed Smith no era el único que pensaba eso. Maddy descubrió que disgustaba a casi todo el mundo conforme se iba haciendo mayor. No tenía nada de la

naturaleza pacífica de Mae ni tampoco nada de su dulce rostro. Era una chica difícil con una boca de gesto hosco, una cortina larga de pelo y cierta tendencia a arrastrar los pies. Sus ojos de un gris dorado eran bastante hermosos, mas poca gente se daba cuenta de esto alguna vez y normalmente se daba por hecho cierto que la muchacha era fea, una alborotadora, demasiado lista para lo que le convenía y demasiado terca o indolente para cambiar.

La gente estaba de acuerdo en que no era culpa de ella el tener la tez tan morena o una hermana tan hermosa, por supuesto, pero como afirma el refrán, «una sonrisa no cuesta nada», y posiblemente la chica habría podido integrarse de haber efectuado alguno que otro esfuerzo o demostrar cierta gratitud hacia la ayuda y los buenos consejos que le ofrecían.

Pero no quería. Había tenido aspecto de loca desde muy joven; jamás reía ni lloraba, nunca se cepillaba el cabello, se había pegado con Adam Scattergood, a quien le había roto la nariz, y por si todo esto no fuera suficientemente malo, mostraba signos de una cierta inteligencia -algo desastroso en una chica-con una lengua que era grosera sin ningún género de dudas.

Nadie mencionaba la runiforma, desde luego. De hecho, durante los cinco primeros años de su vida nadie le había explicado a Maddy el significado de la misma, aunque Mae le ponía caras y la llamaba «tu mácula», y se sorprendía cuando Maddy se negaba a ponerse los mitones que las viudas caritativas -y esperanzadas, siempre-del pueblo le enviaban a su padre.

Alguien debía «ponerle las cosas claras» a la chica, y al final Nat Parson aceptó el desagradable deber de aclararle los términos del asunto. La niña no entendió casi nada de la explicación, ya que toda la disertación estuvo plagada de citas del Buen Libro, pero percibió con toda claridad su desprecio y, detrás de él, su miedo. Todo estaba escrito en el Libro de la Tribulación: cómo después de la batalla los viejos dioses, los videntes de la época, habían sido arrojados al Averno, pero aún permanecían en nuestros sueños, divididos, sí, pero todavía peligrosos, entrando en la mente de los malvados y los más débiles, intentando renacer con verdadero ahínco…

–Y así es como continúa la sangre de los demonios -le había dicho el párroco-, que pasa de hombre a mujer, de bestia a bestia. Y aquí entras tú, no por culpa

tuya, ya que siempre que digas tus oraciones y recuerdes cuál es tu sitio no habrá motivo para que no puedas llevar una vida que merezca la pena como el resto de nosotros y obtener el perdón de mano del Innombrable.

Nat Parson nunca había sido una persona del agrado de Maddy. Se limitó a mirarle en silencio mientras hablaba y de vez en cuando alzaba la mano izquierda para observarle con ademán insolente a través del círculo formado entre el pulgar y el índice. Al párroco le picaron las manos de las ganas de abofetearla, pero sólo la Ley era capaz de saber qué poderes podía haberle otorgado a la mocosa la sangre demoníaca que corría por sus venas, y él deseaba no tener nada que ver con la cría. Sin embargo, esto era Malbry, no Finismundi, e incluso un purista como Nat era demasiado listo como para intentar imponer la ley de Finismundi más allá de la Ciudad Universal.

–Esto…, ¿lo entiendes? – inquirió en voz alta y con lentitud, impelido por la idea de que tal vez fuera una negada como Fey la Loca, mas, en todo caso, la niña no despegó los labios y se limitó a observarle de nuevo a través de sus dedos torcidos, hasta que al final, él suspiró y se marchó.

Después de aquello, o eso parecía, la hija menor de Jed Smith se había vuelto más intratable que nunca. Dejó de asistir a la iglesia, se marchaba al bosque del Osezno durante días enteros y pasaba horas sin cuento hablando consigo misma o, mejor habría que decir, con los trasgos. Y mientras los otros niños jugaban a saltar sobre las piedras alrededor del estanque o iban a la escuela dominical de Nat Parson, Maddy corría hacia la colina del Caballo Rojo o le daba la lata a Nan la Loca para que le contase cuentos, o peor aún, *inventaba* relatos sobre cosas terribles e imposibles que les contaba a los más pequeños para provocarles pesadillas.

Todo aquello era un motivo de escarnio para Mae, cuya alegría e inteligencia eran tan escasas como las de una urraca, y también un perjuicio, pues habría hecho una boda de lo más ventajosa caso de no haber tenido una hermana tan revoltosa como la suya. Mae fue malcriada y consentida mucho más de lo conveniente para compensarla, y la invisible Maddy creció resentida e irascible.

Y así de enfadada y hosca habría continuado de no haber sido por lo ocurrido en la colina del Caballo Rojo en el verano de su séptimo cumpleaños.

Nadie sabía mucho sobre la colina del Caballo Rojo. Algunos decían que se había construido durante la Era Antigua, cuando los paganos todavía hacían sacrificios a los viejos dioses. Otros aseguraban que se trataba del túmulo funerario de algún gran caudillo, sembrado de trampas mortales, aunque Maddy se inclinaba a favor de la teoría de que el lugar era un túmulo gigante lleno de tesoros escondidos, donde el oro de los trasgos se apilaba hasta el techo.

En cualquier caso, todo el mundo estaba de acuerdo en que el Caballo Rojo era antiguo, y aunque no había duda alguna de que eran los hombres quienes lo habían tallado en la ladera de la colina, la figura tenía algo asombroso. Para empezar, no se cubría de hierba en primavera, ni la nieve invernal había ocultado nunca su forma. En consecuencia, en torno a la colina había montones de historias y rumores, cuentos de Faerie y los antiguos dioses, y por eso la mayoría de los habitantes del valle hacía gala de un gran sentido común y se mantenía lejos de ella.

La colina era del agrado de Maddy, por descontado, pero también había que tener en cuenta que ella la conocía mejor que la mayoría de la gente, pues se había mantenido toda una vida alerta ante los rumores traídos por los viajeros, ante cualquier fragmento de tradición popular, ante los dichos, los *kenníngar*[2] , las historias y los cuentos. Gracias a la acumulación de todo este material, la muchacha se había formado una imagen confusa y exasperante de un tiempo anterior al Fin del Mundo, cuando la colina del Caballo Rojo era un lugar hechizado, y cuando los viejos dioses, los videntes, caminaban por la tierra con aspecto humano, sembrando historias allá donde fueran.

Ningún lugareño se atrevía a mencionarlos, ni siquiera Nan la Loca, pues el Buen Libro prohibía todas las historias de los videntes que no estuvieran recogidas en el Libro de la Tribulación, y las buenas gentes de Malbry se enorgullecían de su devoción al Buen Libro. Hogaño ya no se engalanaban los pozos en nombre de la Madre Frig ni se bailaba en el mes de mayo ni se dejaban migas de pan en los escalones de las puertas para la fiesta del Día de Mayo. Las ermitas y los templos de los videntes habían sido destruidos hacía ya muchos

años. Se habían olvidado hasta sus nombres y nadie había vuelto a mencionarlos.

Sin embargo, había alguien que todavía los recordaba. La excepción era el mejor amigo de Maddy, a quien la señora Scattergood llamaba «ese pillo tuerto e inútil», y era conocido por otros como el Bárbaro o, simplemente, el Tuerto.

Capítulo 3



Maddy y el Bárbaro se conocieron el verano en el que ella había cumplido siete años. Había juegos y bailes sobre el césped con ocasión de la feria del día de San Juan y en los tenderetes se vendían lazos, frutas y pasteles, e incluso helados para los niños. Mae había sido coronada Reina de las Fresas por tercer año consecutivo y Maddy lo observaba todo desde su lugar favorito en los límites del bosque del Osezno, sintiéndose celosa y enfadada y, sin embargo, totalmente decidida a no unirse a ellos.

Ese lugar era un haya gigante, con un grueso tronco suave y lleno de ramas. A diez metros de altura había una bifurcación en la que le gustaba despatarrarse, con las faldas levantadas y una pierna a cada lado del tronco, mirando al pueblo a través de la parte interior del pulgar y el índice izquierdos.

Unos días antes había descubierto que cuando hacía esos gestos y se concentraba podía ver cosas que por lo general apenas se podían percibir. El nido de un pájaro bajo el alero de un techo de turba, las moras en el seto de la zarzamora, a Adam Scattergood y sus compinches escondidos detrás de la tapia de un jardín con los bolsillos llenos de piedras y la travesura escrita en la mente.

Algunas veces le permitía ver otras cosas, luces y colores que brillaban alrededor de la gente y mostraban su estado de ánimo, y a menudo esos colores dejaban un rastro, como una firma legible a los ojos de cualquiera que supiera leer.

Semejante ardid se llamaba *sjónhenni* o visión verdadera, y era una de las posiciones de los dedos de la runa Bjarkán, aunque Maddy, que no había aprendido a leer, nunca había oído hablar de Bjarkán, ni se le había ocurrido que ese truco guardara relación alguna con la magia.

Toda la vida se le había obligado a creer que la magia -fuera un hechizo, una digitación o incluso un ensalmo-no sólo no era natural, sino que estaba *mal.* Era el legado de Faerie, la fuente de la sangre pervertida de Maddy, la perdición de todo aquello que era bueno y legal.

Ésa era la razón, en primer lugar, de que ella estuviera aquí, cuando podía haber estado jugando con los otros niños o comiendo pasteles en el césped de la feria. Ésa era la razón por la que su padre le rehuía la mirada, como si cada vez que la observara recordase a la esposa perdida. También era el motivo de que únicamente ella de entre todos los pueblerinos descubriera al hombre extraño con un sombrero de ala ancha que caminaba solitario por la carretera de Malbry y que se dirigía, no en dirección a la aldea, como cualquiera hubiera podido suponer, sino hacia la colina del Caballo Rojo.

No era frecuente ver extranjeros en Malbry, ni siquiera en la feria de San Juan. La mayoría de los comerciantes solía repetir sus visitas a un lugar u otro, llevando vidrio y cacharros metálicos procedentes de la tierra de Las Caballerizas, caquis de las Tierras del Sur, pescado de las Islas, especias de las Tierras Bárbaras y cueros y pieles del helado Norte.

«Ese hombre viaja demasiado ligero de equipaje para ser un mercachifle -dijo Maddy para sus adentros-. No lleva ni caballo ni mula ni carro, y encima va en la dirección equivocada. Quizá sea un bárbaro con ese pelo enmarañado y apelmazado y esas ropas harapientas». Había oído que a veces viajaban por los caminos, donde se encontraban y comerciaban todo tipo de gentes, pero ella en realidad jamás había visto a ninguno de esos salvajes procedentes de las tierras yermas de más allá de Finismundi, tan ignorantes que apenas eran capaces de chapurrear un lenguaje civilizado. O quizás era un habitante de las Tierras Baldías, todo pintado con glasto azul; un loco, un leproso, o incluso un bandido.

Se deslizó por el tronco del árbol en cuanto pasó el extranjero y comenzó a

seguirle a una distancia prudencial, manteniéndose al amparo de los arbustos al lado del camino y observándole a través de la runa Bjarkán.

Quizás era un soldado, un veterano de alguna guerra de las Tierras Bárbaras. Se había echado el sombrero sobre la frente, a pesar de lo cual Maddy logró verle el parche del ojo izquierdo. El desconocido era alto y de piel oscura, como los bárbaros, y ella descubrió con interés que no se movía como un anciano aunque su pelo largo estaba encanecido.

Tampoco sus colores eran los de un viejo. La pequeña se había dado cuenta de que las personas entradas en años del pueblo dejaban un rastro débil; un idiota apenas producía ningún tipo de rastro. Empero, este hombre tenía la firma más fuerte que había visto en su vida, era de un azul tan intenso y vibrante como el azul turquesa del plumaje de un martín pescador. A Maddy le resultaba difícil conciliar ese brillo interior con el aspecto externo tan anodino del individuo que continuaba andando con paso cansado en dirección a la colina.

Le siguió en silencio y a escondidas hasta alcanzar la cima de la colina, donde se ocultó detrás de un montículo de hierba y le observó cuando él se tumbó a la sombra de una piedra caída, con su ojo único fijo en el Caballo Rojo y con un cuaderno pequeño, forrado en piel, en la mano.

Los minutos pasaron. El parecía medio dormido, con el rostro disimulado tras el ala de su sombrero, pero ella sabía que estaba despierto. De vez en cuando escribía algo en su cuaderno, o volvía la página y entonces observaba de nuevo el Caballo Rojo.

Después de un rato, el Bárbaro habló. No en voz alta, pero sí con el volumen suficiente para que la muchacha pudiera oírlo, y su tono era bajo y agradable, desde luego, no el que ella hubiera esperado para nada en un nativo de las Tierras Bárbaras.

–¿Y bien? – dijo él-. ¿Ya has visto bastante?

Maddy se sorprendió. No había hecho ningún ruido, y hasta donde ella sabía, él no había mirado ni una sola vez en su dirección. Se puso de pie, sintiéndose bastante tonta, y le miró con expresión desafiante.

–No os temo -replicó.

–¿No? – repuso el Bárbaro-. Pues quizá deberías.

Maddy decidió que podría superarlo en una carrera si fuera necesario. Se sentó otra vez, justo fuera de su alcance en la hierba mullida.

Entonces pudo ver su libro, una serie de trozos de pergamino unidos con tiras de cuero, con las páginas atestadas de una escritura similar a signos espinosos. Ella no sabía leer, por supuesto; ese conocimiento estaba reservado a unos pocos, únicamente el párroco y sus aprendices leían el Buen Libro.

–¿Sois un sacerdote? – preguntó finalmente.

El extraño se echó a reír, y no precisamente de forma agradable.

–Entonces, ¿un soldado? – El hombre no dijo nada-. ¿Un pirata? ¿Un mercenario? – Otra vez obtuvo la callada por respuesta. El Bárbaro continuó garabateando signos en su pequeño libro, haciendo pausas de vez en cuando para estudiar el Caballo, pero la curiosidad de Maddy se había disparado-. ¿Qué le ha pasado a vuestro rostro? – continuó-. ¿Cómo os hicisteis esa herida? ¿Fue en la guerra?

Ahora el extraño la miró con una cierta impaciencia.

-*Esto* fue lo que ocurrió -comentó y se quitó el parche.

Maddy le miró fijamente durante un momento, pero no fue el aspecto destrozado de la cicatriz de su ojo lo que la dejó paralizada. Era la marca azulada que comenzaba justo en su ceja y se extendía hacia la derecha hasta el pómulo izquierdo.



No tenía el mismo perfil que su propia runíforma, sin embargo se veía que

estaba hecha de idéntica sustancia, y ciertamente era la primera vez que Maddy veía una cosa como ésa en otra persona distinta a ella misma.

–¿Satisfecha? – inquirió el Bárbaro.

Pero Maddy se sentía presa de una gran excitación.

–¿Qué es eso? – preguntó-. ¿Cómo os lo hicisteis? ¿Es glasto o un tatuaje? ¿Nacisteis con él? ¿Lo tienen todos los bárbaros?

Él le devolvió una sonrisa superficial y fría.

–¿No te ha dicho tu mamá alguna vez que la curiosidad mató al gato?

–Mi madre murió cuando yo nací.

–Ya veo. ¿Cómo te llamas?

–Maddy. ¿Y vos?

–Puedes llamarme Tuerto -replicó él.

Y entonces Maddy abrió el puño, todavía sucio por su subida a la gran haya, y le mostró la runiforma de su mano.



El ojo bueno del Bárbaro se dilató bajo el ala del sombrero durante unos momentos al ver la runiforma en la palma de Maddy, donde mostraba más definidos sus contornos, todavía del color del óxido, pero de un brillante color naranja vivo en los bordes, y ella podía notar la sensación de quemazón, una especie de cosquilleo, no desagradable, aunque lo sentía sin duda, como si hubiera agarrado algo caliente unos cuantos minutos antes.

El la miró durante un buen rato.

–¿Sabes lo que tienes ahí, chica?

–La Ruina de la Bruja -contestó Maddy con brusquedad-. Mi hermana piensa que debería llevar mitones.

El Tuerto escupió.

–«Bruja» rima con «granuja». Una palabra sucia para la gente de mente sucia. Además, nunca fue la Ruina de la Bruja -comentó-, sino la Runa de la Bruja, una runiforma de los ígneos.

–¿Os referís a los feéricos? – preguntó Maddy, intrigada.

–Nativos de Faene o ígneos, da igual. Esa runa -la miró con interés-, esa marca de la mano, ¿sabes lo que es?

–Nat Parson dice que es la marca del diablo.

–Nat Parson es un imbécil -replicó el Tuerto.

Maddy se sentía dividida entre el sentimiento natural de horror ante el sacrilegio de que alguien osara llamar «imbécil» a un párroco, y la profunda admiración que aquello despertaba en ella.

–Escúchame, chiquilla -dijo él-. Ese hombre de tu villa, Nat Parson, tiene buenos motivos para temer esa marca. Oh, sí, ya lo creo, y también para envidiarla.

Volvió a estudiar el dibujo de la palma de Maddy con renovado interés y lo que a ella le pareció un punto de nostalgia.

–Algo curioso -dijo al final-. Nunca pensé que me la encontraría aquí.

–Pero entonces ¿qué es? – insistió Maddy-, si el Libro no lleva razón…

–Oh, no, hay algo de verdad en ese libro -contestó el Tuerto y se encogió de

hombros-, pero está bien envuelto en leyendas y mentiras. Esa guerra, por ejemplo…

–La Tribulación -apuntó Maddy, con deseos de ayudar.

–Ah, sí, si la llamas así, la Tribulación, pero también se llama el Ragnarók. Recuerda, son los vencedores quienes escriben los libros de historia y los perdedores quienes se quedan los restos. Si los sir hubieran ganado…

–¿Los sir?

–Los videntes, supongo que es así como les llamáis aquí. Bien, si ellos hubieran ganado esa guerra, y estuvieron bien cerca de lograrlo, puedes estar segura, entonces no habría terminado la Era Antigua, y tu Buen Libro se habría convertido en algo bastante distinto, o bien no habría sido escrito nunca.

Maddy aguzó el oído rápidamente.

–¿La Era Antigua? ¿Os referís a la época previa a la Tribulación?

El Tuerto se carcajeó.

–Ah, sí. Como quieras. Antes de eso, reinaba el Orden. Lo vigilaban los æsir, te lo creas o no, aunque no había videntes entre ellos en aquellos días, y eran los vanir, desde el borde del Caos, los feéricos, como los llama tu pueblo, los que mantenían el Fuego.

–¿El Fuego? – preguntó Maddy, pensando en la herrería paterna.

–Es un nombre para la energía mágica, también conocida como *glám-yni.* Se trata de la energía usada por quien lanza una runa o la magia del cambiante. Los vanir lo tienen, y también los hijos del Caos. Los æsir lo adquirieron más tarde.

–¿Cómo? – inquirió Maddy.

–Robándolo con artimañas, por supuesto. Lo hurtaron y rehicieron los mundos. Y ha sido tal el poder de las runas que después de la Guerra del Invierno, el

Fuego yace durmiendo bajo tierra, y allí ha estado durante semanas, meses, e incluso años. Algunas veces torna a la vida en forma de criatura viva, incluso en un niño…

–¿Yo? – inquirió Maddy.

–Pues parece que eso te haría muy feliz -le espetó.

Luego, torció el gesto y se dio la vuelta para sumirse una vez más en la lectura de su libro.

Pero ella había estado escuchando con demasiado interés para permitir que el Tuerto se callara ahora. Hasta ese momento únicamente había tenido ocasión de prestar oídos a fragmentos de cuentos y a las versiones confusas del Libro de la Tribulación, en el cual el Pueblo de los Videntes se menciona sólo en admoniciones contra sus poderes demoníacos y en un intento de ridiculizar a aquellos impostores, desaparecidos hacía ya mucho tiempo, que se habían llamado dioses a sí mismos.

–Entonces… ¿cómo conocéis estas historias? – preguntó ella.

El forastero sonrió.

–Tú dirías que soy un coleccionista.

El corazón de Maddy latió más deprisa ante la idea de un hombre que *coleccionase* cuentos de la misma forma que otro podría atesorar navajas, mariposas o piedras.

–Contadme más -dijo con entusiasmo-. Contadme cosas sobre los æsir.

–He dicho coleccionista, no cuentista.

Pero Maddy no iba a permitirle que se deshiciera de ella.

–¿Qué les ocurrió? – inquirió-. ¿Murieron todos? ¿Los arrojó el Innombrable a todos a la Fortaleza Negra con las serpientes y los demonios?

–¿Eso es lo que dicen?

–Eso asegura Nat Parson.

Él emitió un seco sonido de desprecio.

–Algunos murieron, otros desaparecieron, algunos cayeron y otros se perdieron. Nuevas deidades surgieron para dar forma a una nueva era y las viejas fueron olvidadas. Quizás ésa sea la prueba de que no eran dioses en realidad.

–Entonces, ¿qué eran?

–Eran los æsir. ¿Qué más quieres?

Hizo amago de darle la espalda de nuevo, pero esta vez Maddy captó su atención.

–Contadme más sobre los æsir.

–No hay nada más -replicó el Tuerto-. Estoy yo, estás tú, y nuestros primos debajo de la colina. Los restos de lo que fuimos, chiquilla. El vino ya se bebió hace mucho.

–Primos -comentó Maddy con añoranza-. Entonces, vos y yo debemos de ser primos también. – Que Maddy y el Tuerto pudieran pertenecer ambos a la misma tribu secreta de gente viajera, ambos marcados por el fuego de Faerie, era un pensamiento extrañamente atractivo-. Oh, enseñadme a usarlo -suplicó al tiempo que alzaba la palma-. Sé que puedo hacerlo. Quiero aprender…

Pero al final, el Tuerto perdió la paciencia. Cerró el libro de un golpe y se levantó, sacudiéndose las hierbas de su capa.

–No soy un maestro, chiquita. Vete a jugar con tus amigos y déjame tranquilo.

–No tengo amigos, Bárbaro -repuso ella-. Enseñadme.

Al Tuerto le quedaba en este momento poco afecto hacia los niños. Miró con poco cariño a la niña mugrienta con la runiforma en la mano y se preguntó por qué habría dejado que se le colgara. Se estaba haciendo viejo, ¿no era ésa la verdad? viejo y sentimental, y esto tenía todo el aspecto de convertirse en la muerte para él, ah, sí, como si las runas no se lo hubieran dicho hacía ya mucho tiempo. El último lanzamiento de runas que había hecho le había dado como resultado Madr, la Gente, cruzada con Thuris, la Espinosa, y finalmente, Hagall, la Destructora, como si ésa no fuera advertencia suficiente para ponerse en marcha…

–Enseñadme -insistió la niña.

–Déjame solo.

Empezó a bajar la ladera de la colina dando grandes zancadas, y Maddy corrió a su zaga.

–Enseñadme.

–No.

–Enseñadme.

–¡Piérdete!

–Enseñadme.

–¡Oh, dioses!

El Tuerto profirió un sonido de desesperación y abrió los dedos para formar una runiforma con su mano izquierda. Maddy pensó que había visto algo entre los dedos, una salpicadura de fuego azul, no más de una chispa, como si un anillo con cabujón hubiera captado la luz, pero el Tuerto no llevaba gemas ni anillos…

Sin pensarlo siquiera alzó la mano contra la chispa y la empujó hacia atrás, hacia el Bárbaro, con un ruido parecido al de la explosión de un petardo.

El Tuerto se estremeció.

–¿Quién te ha enseñado eso?

–Nadie -repuso Maddy sorprendida.

Sentía su runiforma caliente, lo que era raro. Y una vez más cambió del color marrón óxido al dorado del ojo de un tigre.

El Tuerto permaneció en silencio durante un par de minutos. Se miró la mano y dobló los dedos, que ahora le palpitaban como si se los hubiera quemado. Estudió a Maddy con curiosidad renovada.

–Enseñadme -insistió ella.

Hubo una larga pausa. Y entonces él dijo:

–Más valdrá que seas buena. No he tenido ningún alumno, y menos una chica, desde hace más años de los que soy capaz de recordar.

Maddy ocultó una sonrisa bajo el cabello enmarañado.

Tenía un maestro por primera vez en su vida.



Capítulo 4



Durante los siguientes quince días, Maddy escuchó las enseñanzas del Tuerto con una determinación que no había mostrado jamás hasta ese momento. Nat Parson siempre había dejado claro que tener la sangre sucia era algo tan vergonzoso como ser un lisiado o un bastardo, pero aquí había un hombre que

defendía justo lo contrario. Ella tenía *habilidades*, le había dicho el Bárbaro, habilidades que eran únicas y valiosas. Ella era una alumna capaz y el Tuerto, que había venido al valle como comerciante de medicinas y remedios, y que rara vez se quedaba en ninguna parte más de unos cuantos días, en esta ocasión prolongó la visita hasta casi un mes, mientras la niña absorbía cuentos, mapas, letras, ensalmos, runas y cada trocito de información proporcionado por su nuevo amigo. Fue el comienzo de un largo aprendizaje, uno que *acabaría*, por cambiar la faz del mundo para siempre.

Ahora, el pueblo de Maddy creía en un universo de Nueve Mundos.

El primero era el Firmamento, la Ciudad del Cielo del Orden Perfecto.

Bajo el mismo se hallaban los Cimientos, o Trasmundo, que conducían a los tres territorios de la Muerte, el Sueño y la Condenación, desde donde se accedía al Pandemónium, el hogar de todo el Caos y todas las cosas profanas.

Y entre ellos, o así se lo habían enseñado a Maddy, se encontraban las Tierras Medias: el Continente, las Tierras Bárbaras y el mar Único, con Malbry y el valle del Strond en el mismísimo centro, como una diana en el tiro al blanco. De todo esto era fácil concluir que los habitantes de Malbry en realidad no tenían ningún mal concepto de sí mismos.

Sin embargo, ahora Maddy estaba aprendiendo sobre la existencia de un mundo más allá de los confines de este mapa. Un mundo con muchas partes y lleno de contradicciones, un mundo en el que Nat Parson o Adam Scattergood, por ejemplo, podrían volverse locos por una cosa tan pequeña como una fugaz visión del océano o una estrella desconocida.

Ella no tardó en comprender que un hombre podía considerar heréticas las creencias de otro en un mundo como ése, y también que la ciencia y la magia podían yuxtaponerse, las casas podían construirse en ríos o bajo tierra o altas en el aire; incluso las leyes del Orden en Finismundi, que ella siempre había considerado universales, podían curvarse y doblarse hasta acomodarse a las costumbres de este nuevo mundo mucho más extenso.

Sin duda, sólo un crío o un idiota habrían pensado que Finismundi era realmente el Fin del Mundo. Todos sabían de la existencia de otras tierras y en algún momento había habido comercio con las mismas, comercio y algunas veces guerra, pero estaba muy extendida la creencia de que las Tierras Bárbaras habían sufrido tanto por la Tribulación que su gente mucho tiempo ha se había sumido en el salvajismo y nadie iba allí para nada, al menos si era civilizado.

Pero claro, el Tuerto sí había estado más allá del mar Único, o eso aseguraba. Poblaban aquellas tierras hombres y mujeres de piel tan oscura como la turba y pelo tan rizado como una zarza. Según él, esa gente ni había conocido la Tribulación ni había leído el Buen Libro, sino que en su lugar adoraba a sus propios dioses, salvajes hombres de tez oscura con cabezas de animales, y llevaba a cabo su propia clase de magia, y eso era para ellos tan respetable y tan cotidiano como los sermones dominicales de Nat Parson en el lado más lejano de las Tierras Medias.

–Nat Parson dice que la magia es cosa del demonio -dijo la aplicada alumna.

–Pero me atrevería a decir que hace la vista gorda si le viene bien. – Maddy asintió, sin apenas osar sonreír-. Entiende, Maddy -continuó él-, que el Bien y el Mal no se definen con tanta claridad como te ha hecho creer el párroco. El Buen Libro predica el Orden sobre todas las cosas y que sólo el Orden es el Bien, y claro, como la energía mágica funciona con el Caos, la conclusión es que la magia es cosa del demonio, pero a un instrumento lo hace bueno o malo el que lo usa. Y lo que es bueno hoy puede ser malo mañana.

Maddy frunció el ceño.

–No lo entiendo.

–Escucha -dijo el Bárbaro-. Desde que el mundo empezó, y lo ha hecho varias veces, ha terminado otras tantas, y ha sido rehecho una y otra vez, las leyes del Orden y el Caos se han opuesto la una a la otra, han avanzado y retrocedido por turnos a lo largo y ancho de los Nueve Mundos, conteniéndose o desbaratándose según su naturaleza. El Bien y el Mal no pueden hacer nada contra esto. Todo vive y muere de acuerdo con las leyes del Orden y el Caos, las fuerzas gemelas

contra las que ni siquiera los dioses abrigan la esperanza de resistirse.

Miró a Maddy, que seguía con el ceño fruncido. «Es demasiado joven para esta enseñanza -pensó él-; sin embargo, es esencial que la aprenda ahora». Incluso el año siguiente podría ser demasiado tarde, ya que el Orden estaba ya extendiendo sus alas, enviando más y más examinadores desde Finismundi.

Se tragó su impaciencia y comenzó de nuevo.

–Hay un cuento de los æsir que te ayudará a comprender el sentido de mis palabras. Versa sobre el general de los videntes; se llamaba Odín, el Padre de Todo. Juraría que has oído ese nombre.

Ella asintió.

–Sí, el de la lanza y el caballo de ocho patas.

–Ah, sí. Bien, él figuraba entre los que rehicieron el mundo en los primeros tiempos, en el alba de la Era Antigua, y trajo consigo a todos sus guerreros, Tor, Tyr y los demás, para construir una gran fortaleza con la que contener el Caos que podría haber aplastado el nuevo mundo antes incluso de que se completara su creación. Su nombre era Ásgard, la Ciudadela del Cielo, y se convirtió en el Primer Mundo en aquellos tiempos antiguos. – Maddy cabeceó. Conocía la historia, aunque el Buen Libro reivindicaba al Innombrable como el constructor de la Ciudadela del Cielo, y sostenía que los videntes la habían tomado con artimañas-. Pero el enemigo era fuerte -continuó el Tuerto-y tenía muchas capacidades de las que carecían los æsir. Por eso, Odín asumió un riesgo. Buscó a un hijo del Caos y se hizo amigo suyo debido a sus habilidades y se lo llevó a Ásgard como si fuera su hermano. Supongo que le conoces. Le llamaban el Embaucador. – Maddy asintió de nuevo-. Su nombre era Loki y tenía una naturaleza similar a la del fuego abrasador. Circulan muchas historias sobre él.

»Algunas le muestran desde una perspectiva maligna y otras dicen que Odín se equivocó al llevarlo consigo, pero al menos durante un tiempo, Loki fue tan deshonesto como útil y sirvió bien a los æsir, hasta el punto de ser considerado un as[3] . La energía mágica fluye con facilidad en los niños del Caos y fueron

esa energía y esa astucia las que le mantuvieron cerca de Odín. Su naturaleza acabó por hacerse demasiado fuerte y hubo de ser sometido, pero los æsir pudieron sobrevivir tanto tiempo principalmente gracias a Loki. Quizás ellos tuvieron una parte de culpa al no haberle vigilado más de cerca. De cualquier modo, el fuego arde, ésa es su naturaleza y no puedes tener la esperanza de cambiar eso. Puedes usarlo para cocinar la comida o para quemar la casa de tu vecino, pero ¿acaso se diferencia en algo el fuego que tú utilizas en el hogar del que usas para quemar cosas? ¿Significa eso que te comerías crudos los alimentos?

La muchacha sacudió la cabeza, todavía confusa.

–Así que lo que pretendes decirme es que… no juegue con fuego -dijo al final.

–Claro que debes hacerlo -repuso el Tuerto con gentileza-, pero no ha de extrañarte que se vuelva en contra tuya.

Al final, llegó el momento de la partida del Tuerto. Se pasó la mayor parte de ese día intentando convencer a Maddy de que no podía irse con él.

–Por el amor de los dioses, tienes apenas siete años. ¿Qué voy a hacer contigo por el camino?

–Trabajaré -insistió la niña-.Ya sabes que puedo hacerlo. No me da miedo. Y sé un montón de cosas.

–¿Ah, sí? ¿Tres ensalmos y un par de runas? Eso te llevará bien lejos en Finis…

Se interrumpió y comenzó a atar una de las correas que sujetaban su mochila, pero Maddy no era ninguna simplona.

–¿Finismundi? – inquirió, con los ojos dilatados-. ¿Vas a *Finismundí*?

El Tuerto no dijo nada.

–Oh, por favor, déjame ir -suplicó Maddy-. Te ayudaré, te llevaré las cosas, no te causaré ningún problema…

–¿No? – se rió él-. La última vez que me informé, el secuestro estaba considerado un crimen.

–Oh. – No había pensado en eso. Si ella desaparecía, habría partidas que saldrían detrás de ellos desde Fettlefields hasta el Hindarfial, y el Tuerto sería llevado a la cárcel, o colgado…-. Pero te olvidarás de mí -dijo ella-. Nunca, nunca te volveré a ver.

El Tuerto sonrió.

–Volveré el año próximo.

Sin embargo, Maddy no le miraba, clavó los ojos en el suelo y no dijo una palabra. El Tuerto esperó, sonriendo con ironía. A pesar de ello, Maddy no alzó la mirada, aunque salió un solo resuello pequeño pero feroz bajo la mata de pelo.

–Escúchame, Maddy -se dirigió a ella con dulzura-. Si quieres ayudarme de verdad, hay un modo en que puedes hacerlo. Necesito conseguir un par de ojos y de oídos. Necesito mucho más esa tarea que el beneficio de tu compañía en el camino.

Maddy alzó la mirada.

–¿Ojos y oídos?

El Tuerto señaló hacia la colina, donde el contorno borroso del Caballo Rojo relucía como brasas enterradas en la redondeada ladera.

–Vas mucho allí, ¿no? – comentó él.

Ella asintió.

–¿Sabes lo que es?

–¿Un túmulo de tesoros? – sugirió Maddy, pensando en los cuentos acerca del oro enterrado bajo la colina.

–Algo mucho más importante que eso. Es una encrucijada que conduce al Trasmundo, con caminos que llevan hacia abajo, lo menos hasta el reino de Hel, y tal vez hasta el río Sueño, que vierte sus aguas en el Strond.

–¿No hay ningún tesoro? – inquirió Maddy, decepcionada.

–¿Un tesoro? – Él se echó a reír-. Ah, sí, si quieres verlo de ese modo. Es un tesoro perdido desde la Era Antigua. Ése es el motivo por el que hay tal cantidad de trasgos. También es por eso por lo que el lugar está tan cargado. ¿No lo notas, Maddy? – añadió-. Es como vivir encima de un volcán.

–¿Qué es un volcán?

–No importa. Simplemente obsérvalo, Maddy. Mira a ver si observas algo extraño. Ese Caballo sólo está medio dormido, pero si se despierta…

–Ya me gustaría a mí despertarlo -dijo Maddy-. ¿A ti no?

El Tuerto sonrió y sacudió la cabeza. Era una sonrisa extraña, y al mismo tiempo cínica, o quizás incluso triste. Se ajustó la capa en torno a los hombros.

–No -contestó-. Dudo mucho que fuera de mi agrado. Ése es un camino que tomaría con mucho cuidado, y no a menos que obtuviera a cambio tanto oro como en el Rescate de la Nutria[4] . Aunque quizá llegue un momento en que no me quede otra alternativa.

–Pero ¿y el tesoro? – repuso ella-. Podrías ser rico…

–Maddy -suspiró-. También podría estar muerto.

–Pero seguramente…

–Hay cosas bastante peores que los trasgos de ahí abajo, y no olvides que los tesoros rara vez duermen solos.

–¿Y qué? – replicó ella-. No tengo miedo.

–Ya lo creo que no -contestó el Tuerto con voz seca-, pero escucha, Maddy, tienes siete años. La colina, y lo que vive debajo, sea lo que sea, ha estado esperando durante mucho tiempo. Creo que puede aguardar un poquito más.

–¿Cuánto más? – El Tuerto rompió a reír. Ella añadió-: ¿Hasta el próximo año?

–Ya veremos. Apréndete las lecciones, vigila la colina y búscame el mes de la Cosecha.

–¿Me juras que vas a volver?

–Por el nombre de Odín.

–¿Y por el tuyo?

Él asintió.

–Así es, chiquilla. Por el mío también.

Después de esa ocasión, el Tuerto había regresado a Malbry una vez al año, nunca antes de Beltane o después del cumpleaños de Maddy al final del mes de la Cosecha, para comerciar con telas, sal, pieles, azúcar, remedios y noticias. Su llegada se convertía en el punto álgido del año para Maddy; su marcha, en el comienzo de una larga oscuridad.

Cada vez, él le formulaba la misma pregunta:

–¿Qué hay de nuevo por Malbry?

Y cada vez ella le relataba las mismas historias sobre las travesuras de los trasgos: ataques a despensas, saqueos de bodegas, robos de ovejas y leche

derramada. Y cada vez, él repetía:

–¿Nada más?

El viajero parecía relajarse cuando Maddy le aseguraba que eso era todo, daba la impresión de que le hubieran quitado un gran peso de los hombros, aunque fuera sólo de forma temporal.

Y claro, con cada visita, le enseñaba nuevas habilidades.

Al principio, aprendió a leer y escribir. Repitió sin cesar poemas, canciones y lenguas extranjeras; tradiciones populares sobre medicinas y plantas y *kenningar* e historias hasta sabérselas de carrerilla. Estudió algo de historia, cuentos tradicionales, dichos y leyendas; memorizó la carta celeste y los mapas con los ríos, montañas y valles, piedras y nubes.

Y lo más importante de todo, aprendió las runas. No sólo los nombres, los valores y las digitaciones, sino también…

…el modo de tallarlas en las piedras de la suerte, echarlas para leer un atisbo del futuro o atarlas como tallos para hacer una muñeca de maíz, y también el modo de crearlas con un palo de fresno o cómo susurrar los versos de un ensalmo, además de a brincar sobre ellas como en el juego de saltar piedras, lanzarlas como petardos o proyectar sus sombras con los dedos.

Aprendió cómo usar Ar, para asegurar una buena cosecha…



…y Tyr, para que una lanza de caza encontrara su objetivo.



…y Logr, para localizar agua bajo tierra.



Para cuando cumplió diez años, se conocía ya las dieciséis letras del Alfabeto Antiguo, algunas eran runas bastardas, procedentes de países extranjeros, y centenares de *kenningar* y ensalmos. Supo entonces que el Tuerto viajaba bajo el signo del Raedo, el Viajero, y que su runa estaba invertida; una runa boca abajo era señal de mala suerte e implicaba que había pasado por muchas pruebas y tribulaciones a lo largo del camino.

La propia runiforma de Maddy no estaba rota ni invertida, sino que, según el Tuerto, se trataba de una runa bastarda no incluida en el Alfabeto Antiguo, lo cual la convertía en impredecible.

–Las runas bastardas tienen sus trucos -le explicó-. Algunas funcionan mal y otras ni siquiera sirven. Las hay incluso que tienden a salirse de las alineaciones, a tambalearse un poco, de forma taimada, a deformarse igual que se pandean las flechas abandonadas debajo de la lluvia, que rara vez alcanzan su objetivo… si es que lo hacen.

»Sin embargo -continuó-, tener una runiforma es un verdadero regalo. Una runa del Alfabeto Antiguo, sin invertir y sin romper, sería demasiado a lo que aspirar. Los dioses habían ejercido ese poder alguna vez. Ahora, la gente hace lo que puede con lo que ha sobrevivido. Eso es todo.

Pero bastarda o no, la de Maddy era fuerte. Rápidamente superó a su viejo amigo, ya que la escasa energía mágica del viajero se gastaba enseguida, y la muchacha acreditó una puntería tan buena como la de él, si no mejor. Además, era avispada y cazaba los conocimientos al vuelo. Se aprendió las *hug-rúnar*, las runas mentales, y las *rísta-rúnar*, las runas talladas, y las *sig-rúnar*, las runas de la victoria. Estudió runas que ni el mismo Tuerto era capaz de hacer funcionar; nuevas runas y runas bastardas sin nombre y sin versos, y aun así, le parecía insuficiente, siempre quería más.

El Tuerto le contó relatos acerca del interior de la colina, y acerca de la serpiente

que mora en las raíces de Yggdrásil, siempre comiéndose los cimientos del mundo. Le contó historias sobre las piedras erguidas y de islas mágicas perdidas, así como de círculos encantados, sobre el Inframundo, el Averno y las tierras del Sueño y del Caos que había más allá de ellos. Le habló también de Hel la Nonata, y de Jormungard, la Serpiente de los Mundos, y de Surt el Destructor, el Señor del Caos, y del Pueblo del Hielo y el Pueblo del Túnel, y acerca de los vanir y sobre Mímir el Sabio.

Pero los cuentos favoritos de la muchacha eran los de los æsir y los vanir. Nunca se cansaba de escucharlos, y en los largos meses solitarios entre las visitas del Tuerto, los héroes de esas historias se convirtieron en los amigos de Maddy. Tor el Tonante y su martillo mágico; Idún la Sanadora y las manzanas de la juventud; Odín el Padre de Todo; Bálder el Bello; Tyr el Guerrero; Freya Ala de Halcón; Héimdal Ojo de Águila; Skadi la Cazadora; Njord el Hombre del Mar; y Loki el Embaucador, el cual en muchas ocasiones había supuesto tanto la liberación como la división de los viejos dioses. Aplaudía sus victorias, lamentaba sus derrotas y aunque fuera un pensamiento antinatural, se sentía más emparentada con todos estos seres pertenecientes al Pueblo de los Videntes, desaparecidos hacía ya mucho, que con Jed Smith o Mae. Conforme pasaban los años, más necesitaba estar en la compañía de los de su propia clase.

–Ha de haber más como nosotros en alguna parte -decía-. Personas como nosotros… ígneos. – «Familia», pensaba-. Si pudiera encontrarlos, entonces, quién sabe, quizá…

Sin embargo, en eso se sentía decepcionada. En siete años, jamás había tenido el menor atisbo de alguien de su clase. Estaban los trasgos, por supuesto, y algún gato o conejo ocasional que nacían con una runiforma y a los que despachaban bien rápido.

Pero en cuanto a personas como ellos…

–Escasean -le había respondido él-, y la mayoría carece de algún poder digno de mención. A lo sumo conservan un chispazo de magia, y eso es tener buena suerte, ya que poseer más les supondría una vida realmente peligrosa.

Pero ¿y si tenían mala suerte? En Finismundi, donde el Orden había gobernado

durante cien años, una runiforma, incluso una rota, habitualmente servía para ser arrestado, y después de eso, sometido a un Examen tras el cual solía tener lugar con bastante frecuencia un ahorcamiento, o Depuración, como preferían llamarla en ese lugar.

No obstante, era mejor no pensar en eso, le aconsejaba el Tuerto, y aunque a desgana, Maddy siguió su consejo, aprendiendo las lecciones, contándose los cuentos para sus adentros, esperando pacientemente las visitas anuales e intentando muy en serio dejar de pensar en lo imposible.

Este año, por primera vez, se estaba retrasando. El cumpleaños de Maddy había pasado hacía dos semanas, la luna de la Cosecha había adquirido ya la forma de gajo y empezaba a sentirse inquieta al pensar que quizás esta vez su viejo amigo no pudiera regresar.

El Tuerto había vuelto bastante cambiado el año previo. Se había apoderado de él una cierta agitación muy similar a la impaciencia. Se había quedado más delgado en los últimos doce meses, bebía más de lo que era bueno para él y, por primera vez, había visto que su cabello gris oscuro se hallaba salpicado de hebras blancas. Los viajes anuales a Finismundi se estaban cobrando su precio. ¿Quién sabía cuándo terminaría por caer en la red después de aquellos siete peregrinajes tan temerarios?

La respuesta de las runas le había dado motivos de preocupación.

Maddy poseía su propio juego de piedras de la fortuna, hechas de guijarros de río procedentes del Strond, cada una pintada con una runa diferente. Descubrió que podía lanzarlas sobre el suelo y estudiar el esquema trazado al caer; éste ofrecía en ocasiones la oportunidad de adivinar el futuro, aunque el Tuerto le había avisado de que las runas no siempre eran sencillas de leer y tampoco era fácil ver el futuro en las piedras.

Aun así, la combinación de Raedo, el Viajero…



…con Thuris, la runa de Tor, y Naudr, la Recolectora, la llenaron de dudas.



La runa del Tuerto. ¿Un camino espinoso? Y la tercera runa, la Recolectora, la runa de la coacción. ¿Estaba prisionero en alguna parte? ¿O quizás esa runa al final significaba la muerte?

De ahí que le inundaran un gran alivio y una enorme alegría cuando la señora Scattergood le informó de que él estaba allí, por fin, después de un retraso de casi dos semanas.

Maddy echó a correr hacia la colina del Caballo Rojo, donde ella sabía que él la esperaba, tal como siempre la había esperado todos los años, y como ella ansiaba que hiciera cada año, por siempre jamás.



Capítulo 5



Pero Maddy no había contado con Adam Scattergood. El hijo de la patrona rara vez la molestaba cuando estaba trabajando, ya que la bodega se encontraba a oscuras, y le inquietaba la expectativa de lo que ella pudiera estar haciendo allí abajo, aunque a veces merodeaba por los alrededores de la trampilla, a la espera de una oportunidad para efectuar algún comentario o burlarse de ella. Había aguzado el oído ante el griterío de la cocina, manteniendo una distancia prudencial ante el posible peligro de que le encomendaran alguna tarea, pero

cuando vio a Maddy salir por la puerta de la cocina, le relumbraron los ojos y se decidió a investigar.

Adam era dos años mayor que ella, un poco más alto, de cabello castaño y lacio y una boca curvada con un rictus de descontento. Su madre adoraba al muchacho, cargante y de carácter hosco, que ya era aprendiz del párroco y el favorito del obispo, razón por la cual era en parte temido y en parte envidiado por los demás chicos, y siempre estaba haciendo travesuras. Maddy pensaba que era peor que los trasgos, porque al menos éstos eran divertidos, aunque fueran molestos, mientras que las jugarretas de Adam simplemente eran horribles y estúpidas.

Ataba petardos a las colas de los perros, se colgaba en las ramas nuevas hasta romperlas, se mofaba de los mendigos, robaba la ropa lavada de los tendederos y la tiraba al fango, aunque se aseguraba de que alguien que no fuese él cargara con las culpas. En resumidas cuentas, Adam era un chivato y un malcriado, y al ver a la muchacha camino de la colina, se preguntó en qué andaría metida y tomó la decisión de aguarle la fiesta.

La siguió sin ser visto y anduvo inclinado a la sombra de los arbustos que flanqueaban el camino hasta alcanzar la parte más baja de la ladera del altozano; una vez allí, se arrastró silenciosamente por la parte oculta y pronto se perdió de vista.

La muchacha no le vio ni le oyó. Subió la colina a la carrera, casi tropezando debido a la impaciencia, hasta que captó la imagen de la alta figura familiar sentada entre las piedras caídas al lado del flanco del Caballo Rojo.

–¡Tuerto! – le llamó ella.

Estaba en la misma postura que cuando le vio por última vez, con la espalda apoyada contra la piedra, la pipa en la boca y la mochila a su lado en la hierba. Como siempre, había saludado a Maddy con un asentimiento superficial, como si sólo se hubiera ausentado una tarde y no durante doce meses.

–¡Vaya! ¿Qué hay de nuevo por Malbry? – le dijo.

Ella le miró con una cierta indignación.

–¿Eso es todo cuanto tienes que decir? Vienes dos semanas tarde, he estado muy preocupada… y todo lo que me dices es «¿Qué hay de nuevo por Malbry?» como si alguna vez pasara aquí algo de importancia…

El Tuerto se encogió de hombros.

–Me demoré.

–¿Y por qué te retrasaste?

–No importa.

Maddy le mostró una sonrisa renuente.

–Tú y tus noticias. Supongo que nunca se te ocurrió que podría preocuparme. Quiero decir, que vienes de Finismundi, nada menos, y nunca me traes ninguna noticia de allí. ¿Es que nunca pasa nada en Finismundi?

El Tuerto asintió.

–Finismundi es un lugar lleno de acontecimientos.

–Sin embargo, aquí estás otra vez.

–Así es.

Maddy suspiró y se sentó a su lado en la hierba suave.

–Bueno, la noticia más importante de por aquí es que… me he quedado sin trabajo.

Sonrió al recordar el rostro de la señora Scattergood, le contó la historia de su mañana de trabajo, del trasgo durmiente atrapado en la bodega y cómo había reunido a la mitad del Trasmundo al intentar capturarle, pues la prisa la había

llevado a equivocarse.

El forastero escuchó la narración en silencio.

–Y por la Ley, ¡tendrías que haber oído el ruido que hizo! Se podía escuchar desde el bosque del Osezno, y la verdad, pensé que iba a explotar…

Riéndose, se volvió hacia el Tuerto y le encontró mirándola sin atisbo alguno de júbilo, sino con una expresión bastante sombría.

–¿Qué fue lo que hiciste *exactamente*? -preguntó-. Esto es importante, Maddy. Cuéntame todo lo que recuerdes.

La interpelada dejó de reír y abordó la tarea de recordar con precisión lo que había ocurrido en la bodega. Obediente, repitió la conversación con el trasgo. Tuvo la impresión de que el rostro de su interlocutor se endurecía cuando ella repitió la mención al «Capitán», pero no estaba segura. Después, repasó todas las runas empleadas y entonces intentó explicar lo sucedido a continuación.

–Bien, en primer lugar formé Thuris -enumeró-, y en ese momento, simplemente… señalé hacia el agujero e hice algo como… gritarlo en esa dirección…

–¿Qué has dicho? – la apremió el Tuerto.

Pero la muchacha empezaba a ponerse nerviosa a estas alturas.

–¿Qué es lo que va mal? – inquirió-. ¿Es que hice algo incorrecto?

–Tú sólo contéstame, Maddy, ¿qué fue lo que dijiste?

–Bueno, nada, eso es. Sólo fue ruido. Ni siquiera un ensalmo. Sucedió todo tan deprisa que no puedo acordarme. – Se interrumpió de pronto, alarmada-. ¿Ocurre algo malo? – insistió-. ¿Qué es lo que he hecho?

–Nada -repuso él con voz sorda-. Sabía que únicamente era cuestión de tiempo.

–Pero ¿qué pasa? – preguntaba ella.

El Tuerto permaneció callado, mirando hacia el Caballo Rojo con su crin de larga hierba iluminada por la luz del sol. Finalmente, comenzó a hablar.

–Maddy -dijo-, estás creciendo.

–Eso parece -replicó ella con cara de pocos amigos.

Tenía la esperanza de que esto no se convirtiera en un sermón, como los que otras veces había soportado de las bienintencionadas señoras del pueblo, sobre «hacerse una mujer».

–Y lo que más ha crecido son tus poderes -prosiguió el Tuerto-.Ya eran fuertes al comienzo, pero ahora tus habilidades están despertando a la vida. Claro, tú aún no las controlas, pero podemos esperar que eso ocurra. Aprenderás.

«Esto va a ser un sermón -pensó Maddy-. Ojalá no sea tan embarazoso como el de que voy a hacerme una mujer, pero…»

El Tuerto continuó:

–La energía mágica, como ya sabes, puede permanecer años en estado latente, del mismo modo que esta colina lleva haciendo durante mucho tiempo. Siempre he sospechado que cuando uno despierta, el otro no tarda mucho en irle a la zaga.

Hizo un alto para llenar la pipa y los dedos le temblaron un poco cuando apretujó la hierba de tabaco en la cazoleta. Una bandada de gansos en forma de uve sobrevoló el camino hacia el Hindarfial. Maddy se ensimismó en la contemplación del vuelo hasta que sintió la mordedura del frío en la piel. El verano había terminado y el otoño pronto daría paso al invierno. Por algún motivo, el pensamiento hizo que brotaran lágrimas de sus ojos.

–Esta colina vuestra ha estado tan quieta durante tanto tiempo que pensé que quizá me había equivocado al interpretar los signos y que no pasaba de ser otro precioso túmulo de los Tiempos Antiguos, tal y como sospeché en un principio -

habló el Tuerto al fin-. Ha habido muchas otras colinas, ya sabes, y manantiales, círculos de piedra, menhires, cuevas y pozos, que mostraban los mismos signos y al final no pasaba nada en ellos, pero cuando te encontré, y con esa runiforma… -Se interrumpió de forma abrupta y le hizo una señal para que escuchara-. ¿Has oído eso?

La interpelada meneó la cabeza.

–Me pareció haber oído…

«…algo parecido a las abejas -pensó el Tuerto-, un enjambre de abejas atrapado bajo tierra. Algo que lucha por escapar…»

Por un momento, la oyente consideró la idea de preguntarle a qué se refería con lo de «esa runiforma», pero era la primera vez que veía a su viejo amigo hecho un manojo de nervios y sentirse mal con tanta claridad, así que pensó que lo mejor era concederle tiempo.

Él miró de nuevo en dirección a la colina del Caballo Rojo, y estudió el caballo rampante a la luz del sol. «Qué cosa tan hermosa -pensó el Bárbaro. Lástima que algo tan bonito sea tan mortífero».

–Me sorprende que podáis vivir aquí -dijo-, con lo que se oculta justo debajo.

–¿Te refieres… al tesoro? – musitó Maddy, que nunca había dejado de creer en los cuentos del oro enterrado bajo la colina.

El Tuerto le dirigió una de sus nostálgicas sonrisas.

–¿Así que de verdad se encuentra aquí?

–En efecto -admitió él-. Lleva enterrado aquí quinientos años, esperando una oportunidad para escapar. Sin ti, le habría dado la espalda y nunca hubiera vuelto a pensar en él, pero albergué la esperanza de que contigo podría tener una oportunidad. Y tú eras tan joven, tan tremendamente joven… Con el tiempo, ¿quién sabía qué habilidades podrías desarrollar? ¿Quién sabía, con esa runa, en lo que podrías convertirte algún día? – Maddy puso unos ojos como platos al oír

aquello-. Y así fue -continuó él-. Te enseñé, te enseñé cuanto sabía, y te mantuve cuidadosamente vigilada, sabiendo lo fuerte que llegarías a ser y que lo más probable era que terminaras alterando de forma accidental lo que yace bajo la colina.

–¿Te refieres a los trasgos? – inquirió ella.

El Tuerto sacudió lentamente la cabeza.

–Los trasgos y sus mandarrias han sabido de ti desde tu nacimiento, pero hasta este momento no han tenido motivo para temer tus capacidades. Cuento con que la aventura de esta mañana haya hecho cambiar todo.

–¿Qué quieres decir? – preguntó Maddy con nerviosismo.

–Quiero decir que el líder de los trasgos no es ningún estúpido, y que si él sospecha que vamos detrás del… tesoro…

–¿Quieres decir que los trasgos podrían haber encontrado el oro?

El Tuerto hizo un sonido impaciente.

–¿Oro? – preguntó-. ¿Ese cuento de viejas comadres?

–Pero tú dijiste que había un tesoro debajo de la colina.

–Ah, sí -admitió él-. Y lo hay. Un tesoro de la Era Antigua, pero no es oro, Maddy, no son lingotes ni pepitas ni siquiera un penique de níquel.

–Entonces, ¿qué clase de tesoro es? – quiso saber ella.

Él hizo una pausa.

–Lo llaman el Susurrante.

–¿Y qué es eso? – preguntó Maddy.

–No puedo decírtelo. Quizá más tarde, cuando lo pongamos a salvo.

–Pero tú sabes lo que es, ¿no?

El interpelado mantuvo la calma con una cierta dificultad.

–Maddy -dijo-, aún no es el momento. Ese tesoro… puede convertirse en algo tan dañino como valioso. Esta simple conversación acerca de él ya nos pone en situación de peligro, y en muchos sentidos es más seguro para él permanecer dormido y olvidado. – Encendió la pipa con la runa de fuego, Kaen, y un hábil y leve giro de sus dedos-. Pero ahora está despierto, para bien o para mal, y correríamos todavía un peligro más grande si alguien más lo encuentra; si lo encuentra y lo pone en uso.

–¿A quién te refieres con «alguien»? – inquirió Maddy.

El la miró.

–A alguien como nosotros, claro.

Ahora el corazón de Maddy latía más rápido que uno de los martillos en la forja de su padre.

–¿«Como nosotros»? – repitió ella-. ¿Hay otros como yo? ¿Tú los conoces? – El asintió con la cabeza-. ¿Cuántos? – preguntó ella.

–¿Es que eso importa?

–A mí, sí -replicó la joven con fiereza.

Había otros, pero el Tuerto nunca los había mencionado. ¿Quiénes eran? ¿Dónde estaban? Y si él había sabido de su existencia durante todo este tiempo, entonces…

–Maddy -intervino él-, soy consciente de que es duro, pero debes confiar en mí. Has de creerme con independencia de que haya podido ocultarte algunas cosas, incluso aunque te haya engañado en ocasiones.

–Me has mentido -concluyó Maddy.

–Lo he hecho para mantenerte a salvo -le explicó el Tuerto con paciencia-. Los lobos de manadas distintas no cazan juntos. Incluso algunas veces se cazan entre ellos.

Se volvió hacia él con los ojos ardientes.

–¿Por qué? – le demandó-. ¿Qué es el Susurrante? ¿Por qué es tan importante para ti? Y sobre todo, ¿cómo es que sabes tanto acerca de él?

–Ten paciencia -repuso el Tuerto-. Vamos primero a por el Susurrante. Después te prometo contestar a todas tus preguntas, pero ahora, por favor, tenemos una tarea pendiente. Esta colina no ha sido abierta desde hace cientos de años. Habrá trampas defensivas para proteger la entrada, tendremos que encontrar las runas, y romper lo que nos impida entrar. Eh…, vas a necesitar esto.

Sacó un objeto familiar de su mochila y se lo dio a Maddy.

–¿Qué es eso?

–Es una pala -comentó él-. Porque la magia, como el liderazgo, es una décima parte de genio y las otras nueve de trabajo preparatorio. Necesitarás limpiar el contorno del Caballo hasta una profundidad de unos quince a veinte centímetros. Nos va a llevar un rato.

Maddy le dirigió una mirada suspicaz.

–Veo que sólo hay una pala -le reprochó ella.

–El genio no la necesita -comentó el Bárbaro con voz seca mientras se sentaba en la hierba para terminarse la pipa.

Fue una tarea larga y laboriosa. El Caballo medía unos sesenta metros desde el morro hasta la cola y los siglos de inclemencias climáticas, mal uso y negligencia se habían cobrado lo suyo en buena parte del trabajo más delicado,

pero la arcilla de la colina era densa y dura, y la forma del Caballo se había hecho con el fin de que perdurase, con guardas y runiformas grabadas a intervalos para asegurar que no se perdiera el diseño.

El Tuerto suponía que habría por lo menos nueve, una por cada uno de los Nueve Mundos, e iban a tener que encontrarlas todas antes de que pudieran entrar.

Fue él quien descubrió la primera, tallada en un guijarro y enterrada al lado de la cola del Caballo.



Madr, la Tierra Media. La Gente.

–Un buen comienzo -le aseguró mientras rozaba la runa para hacerla brillar y susurraba un ensalmo-: *Madr er moldar auki*[5] .

De repente, un lugar en la cabeza del Caballo se iluminó con el brillo correspondiente, y casi a la vez, bajo el césped, Maddy encontró la runa Yr.

–Yr. El Trasmundo. Los Cimientos. Las cosas irán más deprisa a partir de ahora.



En cuanto la tocaron, Yr iluminó el camino a Raedo, las Tierras Bárbaras, metida debajo del vientre del Caballo, y después Logr, el Mar, situada en la boca del Caballo…



…y un poco más allá, en cada una de las patas, descubrieron Bjarkán, por el mundo del Sueño, y Naudr, por el Inframundo…



…Hagall, para el Averno, y Kaen, por el Caos o el Más Allá…



…y finalmente, justo en la mitad del ojo, la runa de la Ciudadela del Cielo…



Os, la de los æsir, la más brillante de todas, como la estrella central en la constelación de Tiazi, el Cazador, que cae sobre los Siete Durmientes en las noches claras de invierno.

Os. Los æsir. El Firmamento. Maddy contempló esta runa en silencio. Éste era el momento con el que ella había soñado, y ahora que se sentía tan cerca, experimentaba una curiosa renuencia a actuar. Esto la ponía algo furiosa, y aun así era consciente de que una pequeña parte de ella quería por encima de todo

dar un paso atrás y alejarse de ese umbral hacia lo desconocido para regresar a Malbry y la seguridad de su hogareña ratonera.

El Tuerto debió de darse cuenta, porque esbozó una ligera sonrisa y le puso una mano en el hombro a Maddy.

–No tendrás miedo, ¿verdad, chica?

–No. ¿Y tú?

–Un poco -admitió él-. Ha pasado tanto tiempo… -Se sacó la pipa de la boca, volvió a prender la hierba de la cazoleta y lanzó una bocanada de humo dulce-. Maldito hábito -comentó-, lo adquirí del Pueblo del Túnel en una de mis expediciones. Son unos herreros magistrales, ¿sabes? pero con unos hábitos higiénicos terribles. Creo que el humo les ayuda a disimular la peste.

Maddy tocó la runa final. Relumbró con colores opalinos como los del sol estival. Recitó el ensalmo:

–Ós byth ordfruma célere spræce[6] .

La colina se abrió con un chirrido deslizante; y donde antes había estado el ojo del Caballo, ahora había un estrecho túnel de paredes terrizas que se hundía en las entrañas de la tierra.



Capítulo 6



Hace quinientos años, en los albores de la Era Nueva, había pocas fortalezas más seguras que el castillo de la colina del Caballo Rojo. Construido sobre el

escarpado alcor que dominaba el valle, ostentaba el mando de toda la llanura y su cañón apuntaba de forma permanente hacia el paso del Hindarfial, el único lugar en toda la cordillera de los Siete Durmientes por el que podía atacar un posible enemigo.

De hecho, era un misterio para la gente de Malbry cómo sucumbió, a menos que fuera por una epidemia o a consecuencia de un acto de traición, porque desde el destrozado círculo de piedra se podía divisar todo el camino en dirección norte hasta Farnley Tyas, y por el sur, hasta Posta de la Fragua, al pie de las montañas.

El camino estaba muy al descubierto, apenas protegido por dispersos matorrales de aulagas, y las mismas laderas de la colina eran demasiado empinadas para que hombres acorazados pudieran subir por ellas.

Pero Adam Scattergood no llevaba armadura, el cañón había sido fundido hacía mucho tiempo y habían pasado más de cinco siglos desde que el último centinela hubiera vigilado la colina del Caballo Rojo. En consecuencia, se las arregló para ascender la colina sin que le vieran, y arrastrándose a través de los matorrales de cola de liebre a sotavento del Caballo, se escondió detrás de una piedra caída para escuchar lo que estaban hablando la pequeña bruja y el pillastre del Tuerto.

Adam nunca había confiado en Maddy. La gente con imaginación le ponía nervioso pues vivía en un universo extraño y oscuro donde Adam Scattergood o bien pasaba desapercibido o bien no era querido, lo cual le hacía sentirse bastante incómodo. Sin embargo, lo que nunca admitiría ante sí mismo era que Maddy le asustaba. Eso habría sido totalmente ridículo. Ella tenía la sangre sucia, ¿o no? Nadie iba a quererla nunca, al menos con esa runiforma en la mano. Ella nunca iba a llegar a nada mientras que él…

…era un chico guapo con un brillante futuro, loada fuera la Ley. Era ya el aprendiz del párroco y con un poco de suerte, y con los ahorros de su madre, incluso podrían enviarle a estudiar a Finismundi, a la Ciudad Universal. En resumidas cuentas, era de lo mejorcito de Malbry, y por eso se encontraba allí, espiando a la chica y a su compinche, el Bárbaro, sin ningún amigo a su lado, como un chivato, un pensamiento de lo más irritante. Se arrastró un poco más cerca de la base de la piedra y aguzó el oído a fin de captar algo secreto, algo

importante, algo con lo que luego pudiera zaherirla.

Su sonrisa se ensanchó de forma notable cuando oyó la parte relativa al tesoro de debajo de la colina. Aquello daba mucho juego para poder burlarse de ella. «Trasguita -pensaba mofarse-, ¿has encontrado ya algo de oro para comprarte un vestido nuevo? ¿Has pillado un anillo de Faerie, trasguita?»

La idea era tan excitante que estuvo a punto de salir de su escondrijo en ese momento, pero estaba solo, y de repente la chica y el Bárbaro no parecían tan divertidos como cuando Adam se encontraba con sus compinches. De hecho, parecían casi peligrosos, y él estaba muy contento de hallarse a salvo y fuera de su vista detrás de la piedra grande.

Su júbilo se duplicó en cuanto escuchó lo del Susurrante. Él no quería guardar relación alguna con reliquias de la Era Antigua, por muy valiosas que pudieran ser, ya que de cualquier modo, probablemente estarían malditas o poseídas por algún demonio. Adam se felicitó y se habría dado abrazos de alegría en cuanto se abrió la colina de no ser porque lo extraño le causaba verdadero pavor, y estaba claro que Maddy y su amigo tuerto se habían pasado de la raya en esta ocasión.

¡Abrir la Colina al Trasmundo! Nat Parson seguramente tendría alguna palabra bien fuerte que decir al respecto. Incluso Matt Law, que no sentía demasiada simpatía por el párroco, se vería forzado a admitir que esta vez la hija menor del herrero había ido demasiado lejos. No había forma de ignorar una violación tan descarada de las leyes asentadas en el Buen Libro.

Esto significaría el final de la pequeña bruja de una vez por todas. Los habitantes de Malbry habían tolerado sus peculiaridades durante mucho tiempo en consideración a su padre, pero este uso de la magia era un crimen serio, y Maddy tendría que ser examinada, o incluso depurada, en cuanto Adam cumpliera con su obligación, como estaba decidido a hacer, de informar a Nat Parson.

Adam nunca había visto una Depuración real. Esas cosas no sucedían mucho fuera de Finismundi, pero «la civilización sigue extendiéndose», como decía el párroco tan a menudo, y era sólo cuestión de tiempo el que el Orden estableciera un puesto de avanzada al alcance de Malbry. Eso no ocurriría lo suficientemente

pronto para Adam. El final de la magia; la colina excavada, con sus demonios quemados y el Orden restaurado en el valle del Strond.

Empezó a adormilarse detrás de la roca conforme pasaba el tiempo sin que ocurriera nada y al final se quedó amodorrado hasta que Maddy abrió por fin el Ojo del Caballo, momento en que se despertó sobresaltado y profirió un sofocado grito de asombro. El Tuerto levantó la cabeza, con los dedos torcidos, y de pronto Adam estuvo seguro de que el Bárbaro era capaz de *ver* de verdad a través del viejo granito de la piedra caída y sus ojos podían llegar hasta su escondrijo.

El joven se sintió dominado por un gran pavor y se aplastó aún más contra el suelo, casi esperando escuchar los pesados pasos dirigirse hacia él a través de la colina.

Pero no sucedió nada.

Adam se fue relajando a medida que pasaban los segundos y recobró su arrogancia natural en cuanto quedó claro que no le habían visto. Intentó convencerse de que lo que le había puesto nervioso era aquel lugar, esa colina, con sus fantasmas y sus ruidos. No tenía miedo del pillo tuerto. Y esa niña no le asustaba, desde luego.

En cualquier caso, ¿qué hacía ella ahí arriba con la mano en alto? El muchacho únicamente era capaz de distinguir su sombra en la hierba y no había forma de que pudiera adivinar que ella estaba usando Bjarkán ni que ahora estaba viendo al acosador, encorvado contra la piedra caída, con el rostro confuso por el miedo y la malicia.

Maddy no necesitaba hacer un gran esfuerzo de imaginación para suponer qué hacía allí su enemigo. Lo entendió todo al primer golpe de vista. Contempló sus colores y gracias a ellos supo cómo la había seguido, cómo los había espiado a ella y al Tuerto. También se enteró de que pensaba regresar al pueblo para contar lo que había averiguado con el propósito de echarlo todo a perder, tal y como había hecho siempre con todo lo demás.

Y ahora su cólera encontró al fin un objetivo. No se lo pensó dos veces y con la

runiforma bastarda relumbrando con fuerza en la palma, proyectó la ira y la voz hacia el chico acuclillado con la misma saña con la que Adam la había apedreado tantas veces.

Actuó por instinto. Su grito barrió la colina y precisamente en ese mismo instante hubo un relámpago de luz y un crujido ensordecedor cuando la piedra erguida se partió en dos y las esquirlas de roca se dispersaron por la cima de la colina.

Adam Scattergood se quedó allí, agachado entre las dos mitades de la piedra rota, con el rostro del color del queso fresco y una mancha de humedad extendiéndose por la entrepierna de sus finos pantalones de sarga.

Maddy no pudo evitarlo y se echó a reír. El ataque la había dejado casi tan aterrorizada como al mismo Adam, pero aun así, vinieron las carcajadas y no era capaz de parar, mientras el chico la miraba, primero con miedo, luego sobrecogido, y finalmente, tan pronto como se dio cuenta de que no estaba herido, con un odio ciego y amargo.

–Lo lamentarás, bruja -tartamudeó, irguiéndose tembloroso-. Les diré a todos lo que estáis planeando. Les diré que intentaste asesinarme.

Sin embargo, ella estaba totalmente descontrolada y no dejó de reír a mandíbula batiente. Le rodaron unos lagrimones por las mejillas y le dolía el estómago de tanto carcajearse, pero las risotadas le estaban sentando demasiado bien como para refrenarse. Al final, apenas era capaz de respirar y estuvo a punto de asfixiarse. El rostro de Adam adquirió un rictus cada vez más sombrío. Abandonó el círculo de piedras, huyó ladera abajo y se alejó de la colina en dirección al camino de Malbry. Ni Maddy ni el Tuerto hicieron intento alguno por detenerle.

En ese momento, Maddy se acercó a la piedra partida. Las risotadas se le pasaron tan pronto como habían venido y se sintió algo vacía y un poco mareada. La roca de granito tenía un metro de alto y casi lo mismo de ancho, y sin embargo se había fraccionado limpiamente en dos. Acarició el bisel rugoso de la rasgadura dentro de la cual brillaban de forma desperdigada las pepitas de mica.

–Vaya, vaya, de modo que puedes lanzar rayos mentales -comentó el Tuerto, que la había seguido-. Bien hecho, Maddy. Con un poco de práctica, ésta puede ser una habilidad de lo más útil.

–Yo no he lanzado nada -repuso Maddy, algo atontada-. Me limité a gritar, pero no le lancé una runa, era algo sin sentido, sólo gritar por gritar, como hoy en la bodega.

El Tuerto esbozó una sonrisa.

–El sentido es un concepto del Orden -le explicó-. El lenguaje del Caos carece de sentido por definición.

–¿El lenguaje del Caos? – retrucó Maddy-, pero yo no lo conozco. Nunca he oído hablar de él…

–Sí, sí lo has oído -respondió el Tuerto-. Lo llevas en la sangre.

Maddy dirigió la vista al pie de la colina, donde la distante figura de Adam Scattergood se iba empequeñeciendo a lo largo del camino que conducía a Malbry. El fugitivo daba rienda suelta a su rabia de vez en cuando y profería agudos gritos mientras corría.

–Podría haberle matado -comentó ella, al tiempo que comenzaba a temblar.

–Quizás en otra ocasión.

–¿No lo entiendes? ¡Podría haberle *matado*!

El Bárbaro no parecía impresionado.

–Bueno, pero ¿no era eso lo que querías hacer?

–¡No! – Él sonrió sin decir nada, por lo que ella se sintió obligada a añadir-: Es la verdad, Tuerto. Simplemente ocurrió.

Él se encogió de hombros y volvió a encender la pipa.

–Querida mía, cosas como éstas no pasan *porque sí.*

–No lo entiendo.

–Oh, sí, ya lo creo que sí.

Y en realidad, lo entendía; naturalmente que sí. Ni ella era la hija de un herrero ni lo que le había lanzado a Adam, el rayo mental, había salido del aire enrarecido por arte de birlibirloque, sino que había sido forjado por ella. La sensación había tenido la misma intensidad que cuando se libraba un enfrentamiento con ballestas. Ella se lo había arrojado al hijo de la tabernera con la fuerza y la intención de años y años de ira reprimida.

Una vez más sintió un momento de terror cuando se imaginó lo que podría haber sucedido si la piedra no hubiera absorbido el impacto. Y con el miedo vino la conciencia aún más terrible de que podría y, seguramente, lo haría otra vez.

El Tuerto pareció leerle los pensamientos.

–¿Recuerdas lo que te enseñé? – dijo con dulzura-. El fuego arde, ésa es su naturaleza. Úsalo o no, pero recuerda esto: un rayo mental no es un trabuco. No sale porque sí. – Sonrió-.Y en cuanto al chico, no ha sufrido daño alguno. Es una pena que nos haya escuchado, claro, ya que nos concede menos tiempo, pero eso no cambia nada.

–Espera un minuto -pidió Maddy mientras miraba el túnel abierto-. ¿De veras crees que deberíamos entrar ahora mismo después de lo que ha pasado?

–Tras lo ocurrido -repuso él-, ¿qué otra opción nos queda?

La muchacha le estuvo dando vueltas durante un rato. A esas alturas, Adam ya debía de haberse chivado, a menos que antes se hubiera detenido a cambiarse de pantalones, y sin duda, habría embellecido el relato con cuantos demonios fuera capaz de inventar su limitada imaginación.

Se lo contarían a Jed Smith, a Matt Law, al obispo, sin olvidar a Nat Parson, que había estado esperando una crisis como ésta desde su legendaria peregrinación a Finismundi. El párroco iba a estar encantado de poder lidiar con una perturbación tan importante como la actual. Y sea lo que fuere lo que terminara ocurriendo, el incidente se consignaría en el Libro de Eventos de Malbry, junto con los otros sucesos importantes de la historia del pueblo, y Adam Scattergood sería recordado por ello hasta mucho después de que sus huesos se hubieran convertido en polvo.

El sol estaba alto ahora en el cielo y el valle se veía verde y dorado bajo su luz clara. Un humo ligero flotaba sobre los tejados y el olor de los rastrojos quemados le llegó a Maddy desde lejos, llenándole los ojos de repentinas lágrimas. Pensó en la herrería y en la casita contigua, en el olor del metal caliente y el humo, en el anillo de caléndulas que rodeaba la puerta principal.

Había creído que aquél era su mundo y hasta ese momento, cuando estaba a punto de abandonarlo, no se había percatado de lo mucho que significaba para ella. Su marcha equivalía tácitamente a admitir la culpa y no habría marcha atrás, nada volvería a ser lo mismo.

–¿Merece la pena, Tuerto? – le preguntó-. Ese Susurrante, sea lo que sea.

El Tuerto asintió

–La merece -admitió.

–¿Más que el oro? – inquirió Maddy.

–Mucho más que el oro.

La muchacha miró hacia el valle una vez más. Podría quedarse y luchar por su causa, claro. Al menos, le prestarían algo de atención. No había habido ningún ahorcamiento en el valle desde el de *Nell la Negra*, una cerda ensillada con una runiforma en la espalda que se había comido a sus lechones haría cosa de diez años, pero el Tuerto era un Bárbaro, miembro de una tribu de mendigos y ladrones, y su juicio tenía todo el aspecto de ser corto y expeditivo. Ella no tenía elección, y además, con la entrada de la colina abierta a sus pies y la promesa de

tesoros escondidos allí abajo, ¿cómo iba a volverse?

El angosto pasaje de bordes toscos se adentraba en la ladera de la colina. Dio un paso al interior, tropezando un poco, y probando amargamente el techo de tierra, al darse un golpe en la cabeza. Para su alivio, estaba seco y era firme; desde las profundidades del túnel venía olor a bodega. Maddy dio otro paso, pero el Tuerto se quedó donde estaba, observándola, y no hizo ningún movimiento para seguirla.

–Bien -dijo Maddy-. ¿Vienes o qué?

Su acompañante no dijo nada por un momento, y luego sacudió lentamente la cabeza.

–No puedo entrar ahí, Maddy -contestó-. Me reconocerá en cuanto ponga el pie en el Trasmundo. Y sabrá bien pronto que estoy ahí y con qué fin.

–¿Quién? – inquirió Maddy.

–Desearía poder decírtelo -comentó él-, pero disponemos de poco tiempo y no hay ocasión de contar una historia tan larga. El tesoro que buscas, el Susurrante, no es una pieza normal de botín. Puede disimularse en forma de un bloque de vidrio, un pedazo de mena de hierro, incluso de una roca. Está en su naturaleza el ocultarse, pero lo conocerás por sus colores, porque no puede esconderlos. Búscalo en un pozo o en una montaña. Tal vez esté enterrado a mucha profundidad, pero acudirá a tu reclamo si tú lo llamas.

Maddy lanzaba continuas miradas hacia el pasaje, donde reinaba la oscuridad del sepulcro, y recordó las historias del Tuerto sobre los caminos que discurrían debajo de la colina y cuyo final concluía en el Sueño, la Muerte y aún más lejos…

Se estremeció y se volvió otra vez hacia él.

–Pero ¿cómo sabemos que permanece aún aquí? ¿Qué pasa si alguien se lo ha llevado?

–No lo han hecho -le aseguró el Tuerto-. Yo lo habría sabido.

–Pero tú me aseguraste que había otros, y ahora…

–Es la verdad, Maddy -la interrumpió-. No estoy seguro de que él me espere ahí abajo, en absoluto, ni de sus pretensiones en caso de que esté en las entrañas de la colina, pero si entro contigo y está esperando allí abajo con sea cual sea el artefacto mágico que haya sido capaz de preparar…

–¿Quién es? – repitió Maddy, una vez más.

El Tuerto le dedicó una de sus sonrisas torcidas.

–Un… amigo de antaño -contestó-, de hace mucho tiempo. Uno que se convirtió en un traidor en la Guerra del Invierno. Le di por muerto, y quizá lo esté, pero los de su especie tienen nueve vidas y a él siempre le sonríe la suerte. – La muchacha hizo ademán de hablar, pero él la interrumpió-. Escucha, Maddy. Él me está esperando y no sospechará de ti. Tal vez incluso ni se percate. Y tú puedes encontrar al Susurrante y traérmelo antes de que él se dé cuenta de lo que está pasando. ¿Lo harás?

Una vez más Maddy miró dentro del Ojo del Caballo. Se abría lóbrego a sus pies, como si el Caballo se hubiera despertado después de siglos de sueño.

–¿Y qué harás tú? – le preguntó al final.

El Bárbaro sonrió, pero su ojo bueno relampagueó.

–Puede que sea viejo, muchacha, pero creo que todavía me las puedo apañar con un puñado de pueblerinos.

Y quizá fue un truco de la luz, pero le pareció a Maddy que su amigo había crecido de algún modo y parecía más joven, más fuerte, con sus colores más brillantes y poderosos, como si los años se hubieran limitado a pasar por él, años, pensó, o quizá más. Por lo que Maddy sabía, la Guerra del Invierno había terminado hacía quinientos años; los lobos demonio se habían tragado el sol y la luna y el Strond se había desbordado hasta el punto de que las aguas llegaron

hasta las laderas de las montañas, arrasándolo todo a su paso.

Nat Parson llamaba a esto la Tribulación y en sus sermones hablaba de cómo el Antiguo de los Días se había cansado de la maldad de la humanidad y había enviado fuego y hielo para limpiar el mundo.

El Tuerto lo había llamado Ragnarók.

–¿Quién eres tú? – le preguntó.

–¿Eso importa? – le respondió él.

El debía de haber visto la respuesta en el rostro de Maddy, porque asintió y se desprendió algo de la tensión que soportaba.

–Bien -dijo-. Ahora, corre y encuentra al Susurrante, o déjale encontrarte si puede. Mantente oculta y alerta. No confíes en nadie, sea cual sea la manera en que se presente antes, y por encima de todo, no hables ni una palabra *a nadie* sobre mí.

–¡Espera! – le llamó Maddy cuando se dio la vuelta.

–Ya he aguardado bastante -respondió el Bárbaro, y sin una mirada o un gesto de despedida comenzó a andar de nuevo hacia la colina del Caballo Rojo.



LIBRO DOS



El Trasmundo

Mi nombre es Innombrable…

Invocaciones, 9:7



Capítulo 1



Lejos de estar nivelado, el suelo del corredor se iba inclinando a intervalos irregulares; unas veces atravesaba corrientes de agua y otras se encajonaba hasta conformar una grieta tan estrecha que Maddy debió ladearse para poder proseguir el avance. La muchacha había invertido las runas a fin de cerrar la boca del túnel, por lo cual no contaba con ninguna luz del exterior y ahora el único medio para alumbrar la oscuridad era la runa Bjarkán que llevaba en la punta de los dedos.

Sin embargo, notó al cabo de unos cuantos minutos que el pasaje se había abierto un poco y que la tierra de las paredes daba paso a otro material duro, casi con la textura del vidrio. Se dio cuenta de que era roca cuando se adentró más en

la ladera de la colina; se trataba de algún tipo de mineral oscuro y brillante, con la superficie interrumpida ocasionalmente por afloramientos cristalinos que brillaban como un racimo de agujas.

El suelo también empezó a cambiar tras media hora de caminata, momento en que apareció la misma roca vítrea y unas láminas fosforescentes salpicaron las paredes, a resultas de lo cual el camino se hallaba tenuemente iluminado.

Había coloridas firmas mágicas por doquier, como si fueran madejas de hilo de tela de araña. Eran demasiadas para contarlas o identificarlas. Muchas mostraban restos de magia -ensalmos, encantamientos, algunos elaborados y otros simples runas-tan fáciles de seguir como las marcas de las ruedas de un carro en un camino enlodado.

Digitó Yr, la runa de la protección, para mantenerse oculta, pero incluso así, estaba segura de que entre tantos artefactos tenía que haber disparado unas cuantas alarmas. Se preguntó con una cierta incomodidad qué clase de araña debía de vivir en una telaraña tan intrincada, y su mente se volvió hacia el Tuerto y a la persona -amigo o enemigo-que tanto temía, y que debía permanecer allí a la espera en el corazón de la montaña.

«¿Qué es lo que estoy buscando?», se preguntó. ¿Y qué era lo que podría saber el Tuerto sobre un tesoro de la Era Antigua?

«Bien -se dijo a sí misma-, hay una única manera de averiguarlo», y el simple hecho de estar bajo la colina era muy emocionante de por sí, al menos por el momento. Empezaba a especular sobre la posible profundidad del pasadizo en el preciso instante en que notó que el suelo descendía de forma abrupta ante sus pies y las paredes del túnel, que había sido muy angosto hasta ese momento, se abrían a ambos lados hasta revelar un vasto cañón subterráneo, que se ampliaba más allá del campo de visión de Maddy hasta formar un laberinto de túneles y una enorme extensión de cavernas y corredores.

Durante un buen rato fue incapaz de hacer otra cosa que no fuera observar con asombro aquel pasaje, que daba a una empinada escalera tallada en la pared de roca y descendía hasta llegar a una enorme galería cuyo trayecto se veía interrumpido de vez en cuando por otros pasillos y las bocas de cuevas que se

abrían a intervalos en las paredes del cañón, con lo que parecían pasarelas suspendidas, iluminadas por antorchas o lámparas colgantes en el lado más lejano.

Ella había esperado hallar una sola caverna, quizás incluso un solo pasaje, pero en vez de eso había cientos, si no miles de cuevas y pasadizos. Oyó el burbujeo de una corriente de agua al fondo del cañón. Reinaba una oscuridad demasiado intensa a pesar de los fanales como para que ella pudiera ver el caudal en sí, pero podía adivinar que era ancho y de aguas rápidas. La voz del torrente sonaba como la de un lobo con la garganta llena de piedras.

También en esa zona había hechizos, firmas mágicas y dedos verdes fosforescentes por doquier, y las paredes estaban tachonadas de pepitas de mica. Hilillos de agua serpenteaban por los muros donde lanzaban sus zarcillos unas flores de intenso olor a almizcle, los lirios pálidos y tristes del Trasmundo.

–Dioses, ¿y por dónde empiezo?

«Bueno, quizá convendría empezar por iluminar esto un poco más», dijo en su fuero interno antes de alzar la mano y trazar Sol. Le centellearon las puntas de los dedos y los pequeños cristales embutidos en los escalones y en las paredes relumbraron con un brillo repentino.

Era manifiestamente insuficiente para alumbrar la totalidad del vasto techo, pero eso la hizo sentirse mucho mejor al aminorar las posibilidades de caerse por las escaleras. Al mismo tiempo tuvo la impresión de haber visto por el rabillo del ojo algo muy próximo al recodo. El ser buscó a toda velocidad el cobijo de las sombras en cuanto ella encendió la luz mágica. Prácticamente no se lo pensó antes de trazar a Naudr con forma de red y lanzarla con un giro de los dedos.

–¡Tú otra vez! – exclamó la muchacha nada más ver lo que había capturado. El trasgo escupió, pero no pudo escaparse-. ¡Para ya! – le ordenó Maddy, dibujando la runa un poco más ceñida. El trasgo puso mala cara, pero se quedó tranquilo-. Eso está mejor. Y bien, ahora, Rastri-llero -la criatura hizo un bufido, *puf*-, quiero que te quedes aquí conmigo. Nada de escabullirte esta vez, ¿entiendes?

-*Puf* -repitió el cautivo-. Todo este escándalo por un traguito de cerveza…

Dio igual porque no se movió, pero miró a Maddy con sus ojos ambarinos, manteniendo los labios retraídos sobre sus dientes agudos.

–¿Por qué me estás siguiendo?

El trasgo se encogió de hombros.

–¿Qué, curiosidad, zagala?

Ella se echó a reír.

–Más aún, conozco tu nombre.

El ser no dijo nada, pero sus ojos llamearon.

–Aquello que nombras es aquello que dominas. Así es, ¿no?

El trasgo continuó sin decir nada.

Maddy sonrió ante aquel inesperado golpe de suerte. No estaba segura de cuánto duraría su control sobre él, pero su tarea se simplificaría si podía tener un aliado en el Trasmundo, aunque fuera algo renuente.

–Ahora escúchame, Rastri-llero…

–Me llaman Bolsa -intervino repentinamente el trasgo.

–¿Qué?

–Bolsa, ¿estás sorda? Es un diminutivo para La-Bolsa-o-la-Vida, ¿vale? No te irás a pensar que vamos por ahí dándole al personal nuestros nombres *verdaderos*, ¿a que no?

–¿La-Bolsa-o-la-Vida? – repitió Maddy.

Bolsa puso cara de pocos amigos.

–Los nombres de la gente de Faerie son así -le explicó-, La-Bolsa-o-la-Vida, Picotazo-en-la-Coronilla, Escabechado-en-el-Viento, y yo no me voy riendo de tu nombre por ahí, ¿a que no?

–Lo siento, *Bolsa* -se disculpó la muchacha mientras procuraba no reflejar la hilaridad en el rostro.

–De acuerdo. No ha habido ofensa -replicó Bolsa con dignidad-.Y ahora, ¿qué es exactamente lo que puedo hacer por ti?

Maddy se inclinó hacia delante.

–Necesito un guía.

–Lo que de verdad necesitas es que examinen a fondo esa cabezota tuya -repuso el trasgo-. En cuanto el Capitán sepa que estás aquí…

–Entonces, debes asegurarte de que no se entere -contestó ella-. Por otro lado, probablemente no podré encontrar mi camino en este sitio por mi cuenta…

–Mira -la interrumpió el trasgo-, si es de la cerveza detrás de lo que vas, podré devolvértela, no hay problema…

–No se trata de la cerveza -replicó la muchacha.

–Entonces, ¿qué es?

–No lo sé -replicó ella-, pero tú me vas a ayudar a encontrarlo.

Le llevó varios minutos convencer a Bolsa de que no le quedaba otra alternativa que ayudarla. Los trasgos eran criaturas simples, pero no tardó en quedarle claro que cuanto antes consiguiera la joven lo que buscaba, antes se libraría de ella.

Sin embargo, se sentía claramente intimidado por el individuo a quien llamaba «el Capitán» y Maddy pronto se dio cuenta de que le convendría más no

enfrentar a su nuevo aliado con un conflicto de lealtades tan fuerte.

–Así que ¿quién es ese Capitán tuyo?

El trasgo resolló y miró hacia otro lado.

–Oh, vamos, Bolsa. Ha de tener un nombre.

–Claro que lo tiene.

–¿Y bien?

El ser se encogió de hombros de forma muy expresiva. Su gesto comenzó en la punta de sus orejas peludas y bajó por todo su cuerpo hasta los pies en forma de garra, haciendo tintinear hasta el último eslabón de su cota de malla.

–Llámale Caminante de las Estrellas, si te gusta, o Fuego Desatado, o Boca Torcida, u Ojo de Águila, o Estrella-Perro. Llámale Etéreo, llámale Precavido…

–No quiero sus apodos, Bolsa. Su nombre *real.*

El trasgo torció el gesto.

–¿Acaso crees que me lo ha dicho?

Maddy se devanó los sesos durante un buen rato. El Tuerto la había avisado de que él no sería el único con intereses en el interior de la colina y la telaraña de hechizos que había encontrado en el camino confirmaba esas sospechas, pero ¿podía ser ese gerifalte de los trasgos el hombre contra quien le había prevenido el Tuerto? Parecía harto improbable, ya que no era un trasgo quien había urdido la maraña de hechizos; seguramente el tal Capitán debía de ser otro trasgo o quizás un gran troll de las cavernas.

Aun así, merecía la pena averiguar más sobre la persona de ese Capitán y sobre la posible amenaza. El inconveniente era la irritante imprecisión mostrada por Bolsa, cuya capacidad de atención se parecía a la de un gato la mayoría de las veces, y tan pronto derivaba la conversación hacia el cómo, el dónde y el porqué,

como lisa y llanamente perdía todo interés.

–Cuéntame, ¿cómo es tu Capitán? – inquirió ella.

Bolsa frunció el ceño y se rascó la cabeza.

–Creo que la palabra es *voluble* -contestó al final-. Ah, sí, ésa es la palabra que estoy buscando. Voluble y *desagradable,* y también astuto.

–Quiero saber cuál es su aspecto -insistió Maddy.

–Simplemente ruega por que no llegues a verlo -sugirió Bolsa misteriosamente.

–Vaya, pues qué bien -comentó Maddy.

Se pusieron en marcha en silencio.



Capítulo 2



Según cuentan las leyendas, el mundo situado debajo de las Tierras Medias se divide en tres niveles, conectados entre sí por un gran río. El Trasmundo es el reino del Pueblo de la Montaña, trasgos, trolls y enanos. Debajo de aquél se encuentra el reino de Hel, lugar donde tradicionalmente se sitúa a los muertos, y luego el Sueño, uno de los tres grandes afluentes del Caldero de los Ríos, y por último, justo ante la puerta del Caos, el Averno, conocido por algunos como la Fortaleza Negra, donde Surt el Destructor guarda las murallas y donde los dioses no tienen poder alguno.

Maddy ya sabía todo esto, claro. Las enseñanzas del Tuerto habían sido concienzudas en todas las materias concernientes a la geografía de los Nueve

Mundos, pero lo que ella no había sospechado era la escala desmedida del Trasmundo ni los incontables pasajes, túneles, cavernas y guaridas que conformaban el interior de la colina. Había grietas y fisuras, ranuras y rincones; también refugios subterráneos y cubiles; y pasadizos laterales, almacenes, pasarelas y simas, madrigueras, conejeras, alacenas y pozos. La excitación de la muchacha por verse al fin entre las paredes de ese recinto fabuloso había decrecido de forma considerable después de lo que se le hicieron horas interminables de búsqueda a través de semejante laberinto, pues empezó a comprender que no iba a ser capaz de cubrir ni siquiera la centésima parte a pesar de contar con la ayuda que Bolsa le brindaba a regañadientes.

Únicamente en la zona alta de la vasta galería hallaron trasgos, unos seres de rostros gatunos, ojos dorados y cola de ardilla. Iban ataviados con una mezcolanza de harapos, cuero y cotas de malla. En general, apenas prestaron atención a la intrusa o a su acompañante.

No eran los únicos habitantes de ese nivel. Maddy pasó junto a docenas de otras criaturas, todas tan atareadas y poco curiosas como los mismos trasgos, mientras cruzaba a toda prisa los atestados pasajes. Había miembros del Pueblo del Túnel, del mismo color de la arcilla de su zona natal, con grandes mandíbulas y ojillos desprovistos de pestañas, el Pueblo del Cielo y también el del Bosque, e incluso un par de hombres de la Gente ocultos bajo sus capuchas y de aspecto furtivo, que se ayudaban de cayados al andar y acarreaban mochilas de mercader a las espaldas.

–Ah, sí, señorita, siempre hay alguno que comercia con la Gente -contestó Bolsa a las preguntas de Maddy-. No creerás que eres la única que ha encontrado la forma de entrar aquí ni que el Ojo es el único acceso para entrar a la colina, ¿a que no?

Había menos tráfico y menos hechizos en los niveles inferiores, donde se hallaban los almacenes, los sótanos, los dormitorios y las tiendas de comida. Maddy empezaba a tener hambre, por lo que se sintió tentada de robar algo, pero los trasgos no eran especialmente cuidadosos en lo tocante a los alimentos y había oído demasiados cuentos al respecto para correr el riesgo. En vez de ello, se rebuscó en los bolsillos y encontró el corazón de una manzana y un puñado de avellanas con lo que pudo comer un poco, aunque no quedó satisfecha. Tendría

tiempo de lamentar esa decisión más adelante.

Continuaron el descenso en dirección al río, donde había al menos callejas de piedra atestadas de paquetes con restos de botines y saqueos. La intrusa recordó las palabras del Tuerto y digitó Bjarkán para guiar su búsqueda, mas no logró encontrar ni rastro de nada que guardara parecido alguno con un tesoro de la Era Antigua entre la maraña de pequeños hechizos y firmas mágicas que atravesaba los túneles por todos lados ni entre los bultos con plumas, baúles de harapos, pucheros y cacerolas, además de dagas rotas y escudos abollados.

Los trasgos eran unos auténticos acaparadores y a diferencia de los enanos, robaban cuanto caía en sus manos sin tener en cuenta su valor, pero Maddy no se desalentó. Estaba segura de que encontraría al Susurrante en algún rincón de todo aquel barullo. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que era un nombre bastante extraño para un tesoro, pero luego reparó en el Gotero, el anillo de Odín; la lanza de éste, Gúngnir la Cimbreante; y en Miöllnir, el Machacador, el martillo de Tor, por lo que acabó deduciendo que, fuera como fuese, los tesoros de la Era Antigua solían llevar esa clase de nombres misteriosos.

Ella prosiguió la búsqueda dentro de viejos colchones, huesos secos y vajillas rotas; entre los palos, las piedras y las cabezas de muñecas, zapatos desparejados, dados cargados, uñas postizas de los pies, trozos de papel, adornos de porcelana de mal gusto, pañuelos sucios, poemas de amor olvidados, alfombras orientales peladas, libros del colegio perdidos y ratones sin cabeza…

…pero aun así, no encontró nada de valor, ni oro, ni plata ni siquiera un penique de níquel, tal como el Tuerto le había advertido.

–Aquí no hay nada. – El trasgo se había puesto más nervioso conforme se adentraban más en el vientre de la colina-. Aquí no hay nada y además corremos un peligro de mil pares de narices. – Maddy se encogió de hombros y continuó hacia delante-. Claro que si supiera qué es lo que estás buscando… -insinuó Bolsa.

–Te lo diré cuando lo encuentre.

–Ni siquiera sabes qué aspecto tiene, ¿a que no? – preguntó él.

–Cierra el pico y mira por dónde vamos.

–¡No tienes ni maldita idea!

Cuanto más se adentraban en lo hondo de la colina, más temía la joven que Bolsa estuviera en lo cierto. El dédalo subterráneo era el paraíso de un trapero y estaba atestado hasta los topes de basura sin valor. Allí no había nada mágico ni precioso, nada parecido a un tesoro, nada que se acercara a la descripción del Tuerto.

Maddy también había sacado en claro que Bolsa estaba tan frustrado por la búsqueda como ella misma. El le había negado repetidamente que existiera ningún tesoro bajo la colina, y después de considerarlo, se inclinaba a creerle a pesar de que los trasgos no entendían bien el concepto de riqueza y consideraban de idéntico valor el robo de una tetera rota que el de media corona o un anillo de diamantes. Además, ella no podía imaginar cómo un tesoro de la Era Antigua, una cosa de tal importancia que el Tuerto había pasado años intentando localizarla, podría permanecer durante tanto tiempo en las manos de Bolsa y sus amigos.

No. Cuanto más lo pensaba, menos lógico le parecía que el Pueblo Feliz tuviera nada que ver con él. El tesoro, si es que después de todo existía, se encontraba en un lugar más profundo que las madrigueras de los trasgos.

En el transcurso de las horas siguientes tuvo que formar dos veces Naudr sobre su desganado compañero, consiguiendo cada vez menos efecto. Ahora tenía ya mucha hambre y hubiera deseado haberse aprovechado de las tiendas de comida de los trasgos; pero éstas habían quedado ya muy atrás y el hambre, la fatiga y la tensión por controlar al trasgo, formando y volviendo a formar Sol, además del esfuerzo por pasar desapercibida por el laberinto de hechizos, estaban empezando a hacerse sentir. Su energía mágica se estaba debilitando como una lámpara a la que se le estuviera acabando el aceite. Pronto estaría gastada.

Bolsa era plenamente consciente de esa circunstancia y un brillo calculador relampagueaba en sus ojos dorados mientras trotaba incansable y bajaba un pasaje tras otro, llevando a la intrusa más y más hondo en las entrañas de la

colina, lejos de los almacenes y hacia la oscuridad.

Maddy iba tras él con verdadera osadía. La telaraña de firmas mágicas que tanto le habían asombrado en los primeros niveles ahora había perdido fuerza y prácticamente había desaparecido hasta quedar sólo una, un persistente rastro brillante y poderoso que se imponía a todo lo demás y la llenaba de curiosidad. Era de un color poco habitual: un trazo violeta y refulgente. Se superponía una y otra vez, como si alguien hubiera pasado por allí muchas, muchísimas veces, e iluminaba la oscuridad. Maddy lo siguió, sedienta y aturdida por la fatiga, pero con una creciente excitación y esperanza que la cegaba ante el decaimiento de su propia energía mágica y el destello furtivo que brillaba en la mirada del trasgo.

Atravesaron una enorme caverna de altísimos techos, donde las estalactitas formaban una especie de candelabro que recogía el fulgor de la luz rúnica de Maddy y se la devolvía multiplicada en un millar de varitas de fuego y sombra. Bolsa avanzaba al trote y de repente agachó la cabeza para pasar por debajo de una protuberante cornisa de piedra, lo cual obligó a Maddy a continuar agachada, haciéndola jadear.

–¡Ve más despacio! – le indicó.

Pero el trasgo parecía no haberla oído. Ella le siguió con resolución y alzó la mano a fin de iluminar el rastro de Bolsa, sólo para ver cómo desaparecía detrás de un saliente de caliza resplandeciente.

–¡He dicho que *esperes*!

Conforme avanzaba a todo correr, Maddy tomó conciencia de que la visibilidad era cada vez mayor gracias a la luminosidad proveniente de algún lugar en lo alto. No era luz rúnica ni una firma mágica ni la fría fosforescencia de las cavernas profundas, sino un resplandor cálido, rojizo y reconfortante.

–¿Bolsa? – le llamó, pero o bien el trasgo no podía oírla, o bien la ignoraba de forma premeditada…

…porque no hubo más réplica que el eco de su propia voz, que sonaba débil y perdida definitivamente, rebotando con frialdad entre las grandes estalactitas.

La tierra se estremeció de pronto. Ella se tambaleó y extendió los brazos para no caer. Le cayeron sobre la espalda polvo y fragmentos de piedra, desprendidos por la sacudida. Empezaba a erguirse de nuevo cuando hubo otra sacudida y tuvo la suerte de verse arrojada contra la pared en el preciso instante en que se desprendía del techo una losa de roca del tamaño de un pernil de vaca.

La muchacha se lanzó de forma instintiva al interior de un túnel contiguo. Las estalactitas caían como lanzas desde el techo de la cámara principal mientras toda la montaña parecía estar sacudiéndose hasta las raíces. Maddy soportó una lluvia de chinas de piedra y nubes de polvo pero, por fortuna, la techumbre del corredor aguantó. Sacó la cabeza de la boca del túnel y miró hacia fuera cuando se detuvo el temblor, que había sonado a oídos de Maddy como el rugido de una distante avalancha en los Siete Durmientes.

Ella lo sabía todo sobre los terremotos, por supuesto. La causante de los mismos era la Serpiente de los Mundos desde su morada en las raíces de Yggdrásil. Había crecido demasiado para que el Averno pudiera contenerla y sacudía las revueltas de su cuerpo en el río Sueño, o eso era lo que siempre había sostenido Nan Fey la Loca. En algún momento, aseguraba la comadrona, crecería tanto que le daría la vuelta al mundo como había hecho en los días anteriores a la Tribulación, y entonces terminaría de roer las raíces del Árbol del Mundo, causando el colapso de los Nueve Mundos, uno detrás de otro, de modo que el Caos podría llegar a dominar sobre todas las cosas para siempre jamás.

Nat Parson contaba una historia bien diferente; según decía él, los temblores los causaban las luchas de los vencidos en las mazmorras del Averno, donde los malvados, término con el cual se refería a los viejos dioses, yacían encadenados hasta el Final de los Días.

El Tuerto refutaba ambas explicaciones y hablaba de ríos de fuego fluyendo bajo la tierra y avalanchas de lodo caliente y montañas en cuyos vientres las rocas hervían como el agua de las teteras, pero a Maddy esta solución le parecía la menos plausible de todas, y se inclinaba a creer que había exagerado la historia, como hacía con tantas otras cosas.

Sin embargo, estaba segura de que era un terremoto lo que había causado los

temblores, y por eso abandonó la seguridad de la boca del túnel con muchas precauciones. El candelabro de estalactitas se había caído en parte, dejando una traicionera escombrera de piezas destrozadas en el centro de la cámara. Más allá no había nada salvo calma y silencio, además del eco distante y el polvo que se filtraba de las paredes temblorosas.

–¿Bolsa? – llamó Maddy.

No hubo réplica, pero le pareció escuchar el sonido de un correteo lejano a su derecha.

–¿Bolsa?

Esta vez ningún sonido se hizo eco de su llamada. Maddy creyó distinguirle durante un instante fugaz a un centenar de pasos y se adelantó una zancada hacia el pasillo a tiempo de ver cómo la criatura hacía una cabriola para cruzar un pasaje curvo de techo resquebrajado y desaparecer acto seguido.

Enseguida volvió a trazar Naudr, pero había perdido concentración a raíz del terremoto. De repente, veía sus propios pies demasiado lejos. Fue entonces, conforme avanzaban las sombras y ya tarde, cuando se dio cuenta de que había caído víctima del más viejo truco de los trasgos.

Bolsa jamás había tenido intención de guiarla a un destino determinado. En vez de eso, y sin desobedecerla abiertamente, le había permitido penetrar más y más hondo en los peligrosos pasajes de debajo de la colina, minando sus fuerzas y esperando a que cediera su resistencia y fallara su poder sobre él, y de ese modo podría aprovechar la oportunidad para escapar, dejándola sola, exhausta y perdida en los recovecos del Trasmundo.



Capítulo 3



Por suerte, Maddy era una chica muy sensata. Cualquier otra persona habría intentado buscar a ciegas el camino de regreso a través de los pasadizos a oscuras, internándose cada vez más en las tortuosas entrañas de la colina, o se hubiera puesto a gritar pidiendo ayuda, con lo cual únicamente hubiera conseguido atraer a quién sabe qué criaturas desde la oscuridad.

Ella no cometió ninguno de esos errores y mantuvo la cabeza fría a pesar del miedo. Había consumido toda la energía mágica, lo cual era un grave revés, pero estaba segura de que bastaría el sueño para reponerla, el sueño y comida, si es que lograba conseguirla. El tramo de túnel donde se había cobijado parecía bastante seguro, era cálido y tenía un piso arenoso. Lo buscó a tientas y se acomodó para descansar.

Había perdido la noción de la hora. En el Supramundo podía ser de noche o haber amanecido ya, pero en los túneles no había días y el tiempo parecía tener vida propia. Daba la impresión de que se estiraba como el hilo de un tejedor en un telar que no tejía nada más que negrura.

Pensaba que no iba a conciliar el sueño a pesar del cansancio acumulado, pues el suelo temblaba debajo de ella cada pocos minutos, el techo no dejaba de desprender polvo y fuera de la boca del túnel podían escucharse susurros y pateos. Su imaginación sobrexcitada interpretaba aquellos sonidos como los correteos de ratas gigantes o los movimientos de grandes cucarachas sobre las piedras del derrumbamiento. Sin embargo, la extenuación terminó por imponerse al miedo y consiguió dormirse acurrucada en el suelo y tapada con la chaqueta.

No había forma de decir si habían transcurrido tres, cinco o incluso doce horas, pero lo cierto es que se despertó plenamente recuperada y Sol le refulgió en los dedos al primer intento. Sintió una ráfaga de placer y alivio cuando los colores volvieron a la vida a su alrededor pese al entumecimiento de los miembros y del voraz apetito.

Se puso de pie para mirar desde la boca del túnel y comprobó que la oscuridad

no era completa. Las paredes de aquellos niveles inferiores no eran fosforescentes, pero el resplandor rojo de las cavernas se notaba aún más, como el reflejo del fuego sobre un banco de nubes bajas, y la firma mágica de color violeta que había seguido brillaba con más fuerza que nunca, llevándola directamente hacia el distante resplandor.

No había indicio alguno de Bolsa, excepto una firma mágica demasiado tenue para que fuera útil. Quizá diese la voz de alarma en cuanto regresara con los suyos, pero eso era inevitable. Maddy llegó a la conclusión de que la única alternativa posible era continuar el descenso, siguiendo la dirección del rastro violeta, con la esperanza de encontrar algún alimento, ya que su última comida, bastante frugal, parecía haber tenido lugar hacía demasiado tiempo.

El pasaje se bifurcaba en dos más allá de la caverna. Uno de los ramales era mayor y lo iluminaba ese tenue resplandor ardiente. La muchacha lo eligió sin vacilar cuando comprobó que allí el aire era más cálido que el de las cavernas más bajas y continuó el descenso. La pendiente era suave, pero se percibía con claridad. Tuvo la impresión de que más adelante, todavía a bastante distancia, se oía un siseo tenue similar al de las conchas que el Tuerto le había traído de las playas del mar Único.

Al acercarse, se dio cuenta de que el sonido no era constante. Iba y venía, como si flotara a lomos de un viento caprichoso, a intervalos de unos cinco minutos. También se percibía un olor cada vez más fuerte conforme se acercaba a la fuente. El aroma le resultaba curiosamente familiar, pues le encontraba cierta similitud con el de una casa de baños y lavandería, aunque tenía además un tufillo ocasional a azufre; luego, una gasa de vapor empezó a empañar las paredes del pasaje y el piso se volvió resbaladizo, todo lo cual sugería la proximidad de la fuente.

Aun así, debió andar durante casi una hora más hasta que llegó al final del pasadizo. Durante todo este tiempo había habido ligeros temblores de tierra, que no habían causado ningún daño, aunque los sonidos de cosas que caían se habían hecho progresivamente más fuertes y el aire estaba viciado con humos y vapor. El resplandor se fue haciendo cada vez más intenso y acabó por ser deslumbrante como la luz del día, pero de color sangre y menos constante, aunque lo bastante brillante para oscurecer cualquier otro color, si hubiera

habido alguno que hubiera podido seguir.

La muchacha caminó en dirección a la luz y se fue adentrando en el seno de una caverna a medida que se abría el túnel. La gruta era mayor de lo concebible o imaginable ni en sueños.

Le calculó una anchura aproximada de kilómetro y medio. El techo desaparecía entre las sombras de las alturas y el suelo era un lecho de cenizas volcánicas y escombros de piedra. Un río atravesaba la gruta, al fondo de la cual había una cavidad por donde salía el agua. El centro estaba ocupado por un foso redondo en cuyo corazón ardía un fogón. «Está claro que ésa debe de ser la fuente de la luz rojiza, sin duda».

La boca del pozo rugió y expulsó un penacho de vapor en cuanto ella puso un pie en la gruta. Sonó como si estuvieran hirviendo a la vez un millón de teteras, que echaban vapor por el hueco. La muchacha echó a correr en busca del amparo del túnel. El olor a casa de baños se intensificó, el vapor sulfuroso envolvió a Maddy en un sudario ardiente, y las fisuras y pasajes del Trasmundo chillaron y bramaron como los tubos de un órgano gigante.

El estallido duró un minuto, tal vez menos, y se apagó al cabo del mismo.

Ella esperó casi media hora antes de acercarse al pozo con suma cautela.

Las erupciones ocurrían a intervalos regulares. Maddy estimó que se producían en secuencias de unos cinco minutos aproximadamente y no tardó en aprender cuáles eran los indicios delatores que le permitían correr en busca de cobijo en cuanto la amenazaba el peligro. Aun así, el cruce de la caverna resultó de lo más desagradable, pues el aire estaba saturado de vapor y apenas era respirable. Maddy no tardó en sentir el pelo y la camisa pegados a la piel a causa del vapor y el sudor. «Ha de haber un río subterráneo ahí abajo -aventuró-, quizá sea el río Sueño que se encuentra con ese caldero de fuego cuando fluye en su camino hacia el Averno». Supuso que fuego y agua luchaban por dominar al otro elemento hasta que al final ambos explotaban en un chorro de espuma y aire sobrecalentado.

Aun así, nunca pensó en darse por vencida. Había algo en el surtidor, alguna

fuerza que la atraía con tanta seguridad como un pez en peligro. «Esto no es ninguna triquiñuela -se dijo a sí misma-. Jamás me he encontrado con un poder semejante». Fuera lo que fuese, estaba muy cerca, y Maddy tuvo que refrenar la impaciencia mientras avanzaba lentamente.

Una vez más se desató el geiser. Maddy se hallaba apenas a siete metros en ese momento, de modo que sintió la ráfaga en la parte inferior de la espalda y tan pronto como empezó a decrecer, cruzó el trecho restante de suelo rocoso hasta alcanzar su objetivo. Dio otro paso hacia el borde de la oquedad y se protegió el rostro con un doblez de la chaqueta antes de mirar dentro de la abertura.

Era más pequeño de lo imaginado en un principio. Su contorno era redondo y regular como el de un pozo de agua, pero el diámetro no llegaba al medio metro. La intensidad del horno situado allí abajo le había llevado a engañarse en cuanto a las dimensiones. En todo caso, fue una suerte para ella que se hubiera protegido la cara, porque su visión se había vuelto borrosa, como la de alguien que ha mirado de frente al sol de mediodía.

Aquel fogón emitía tanto calor que la fragua paterna a su lado no pasaba de ser una simple vela. Aquí, a unos trescientos metros debajo del borde de la hoya, los metales y las rocas burbujeaban como el contenido de un perol de sopa puesto al fuego, y el hedor del azufre le llegaba a Maddy en una columna de aire tan caliente que le achicharró los pelos de la nariz y le levantó ampollas en las manos desprotegidas.

Lo soportó durante unos cinco segundos, pero en esos momentos Maddy vio el corazón de la montaña, brillando con más intensidad que el sol. Contempló la grieta por donde el río desaparecía y el encuentro de ambas fuerzas debajo de la chimenea. Y vio algo más en aquella ardiente garganta; algo velado y difícil de apreciar, pero que le habló con tanta claridad como las firmas mágicas que había seguido a través de los túneles.

El objeto en cuestión era de forma redondeada y tendría más o menos el tamaño de un melón. Podría haber sido un bulto de roca refulgente, suspendido allí por alguien que conocía las fuerzas que había en el gaznate de la chimenea.

Seguramente habría poca esperanza de recuperar algo oculto en un lugar tan

inalcanzable como ése. Ni el escalador más experimentado sería capaz de descender hasta allí; incluso aunque asumiéramos que podría soportar de algún modo el fuego, el geiser le expulsaría fuera de la chimenea como el corcho de una botella antes de que hubiera cubierto la mitad de la distancia.

Además, cualquier idiota podía ver que aquella cosa estaba bien sujeta; una telaraña flexible de encantamientos y runas la ataba con más eficacia que la más fuerte de las cadenas.

Mientras miraba, la roca empezó a brillar aún con más fuerza, como una brasa cerca del fuelle del herrero. Un pensamiento tan absurdo como preocupante la golpeó, «Esa cosa me ve», y mirando dentro de la chimenea casi podía creer que la estaba escuchando ahora, una llamada fuerte, insonora que parecía taladrar su mente.

(¡Maddy! ¡A mí!)

–El Susurrante.

El bochorno era tan intenso que estaba a punto de desvanecerse, de modo que se apartó del reborde entre jadeos y buscó de nuevo la protección de las rocas y las oquedades de la caverna. No podía hacer mucho más por el momento, salvo esperar a recobrar las fuerzas e idear algún tipo de plan para tomar el tesoro, o encontrar el camino de vuelta hacia el Caballo Rojo de no ser eso posible y decirle al Tuerto que, aunque sintiera una gran decepción por su fallo en la misión encomendada de traerle de vuelta al Susurrante, al menos podía tener la certeza de que nadie iba a poder apoderarse del mismo.

La temperatura era menos elevada en el confín de la caverna y resultaba más fácil respirar pese a que el aire seguía siendo pernicioso. Descansó allí durante un rato hasta que los ojos se le acostumbraron de nuevo a la penumbra, momento en que se percató de la existencia de cuevas más pequeñas en los laterales de la caverna. Algunas estancias apenas merecían ese nombre, más otras, bien grandes, eran piezas de gran tamaño y le podían proporcionar un refugio razonable en caso de que se produjeran nuevos temblores y erupciones.

Halló un hilillo de agua limpia en una de ellas y bebió de él con agrado, pues la

sed había igualado ya el hambre que la acuciaba.

En otra localizó una veta de metal del grosor de su brazo y de tenue color amarillo que cruzaba la pared.

Y en la tercera, con gran sorpresa, encontró a un extraño de pie, con la espalda pegada a la pared y un arco cargado con una flecha apuntándole directamente al rostro.



Capítulo 4



Se sintió confusa durante unos segundos. La figura sombreada por la penumbra parecía no tener forma ni sustancia. Únicamente eran visibles los ojos y la boca gracias al haz de luz que incidía sobre el arquero. Maddy tenía la mente en blanco, pero las manos parecían saber exactamente qué hacer, pues las alzó por instinto y formó Kaen, el Fuego Desatado, sin dudar un momento y lo lanzó con toda la fuerza posible al rostro del extraño.

Ella no hubiera podido decir por qué había escogido esa runa en particular, pero el efecto fue inmediato y devastador. Golpeó al posible atacante como un látigo. El desconocido aulló mientras bajaba el arma y cayó de rodillas en el suelo de la caverna.

La muchacha se quedó casi tan sorprendida como él. Había actuado por puro instinto, sin ira ni deseo de herirle. Luego, cuando pudo verle con más claridad, se sorprendió al descubrir que su asaltante no era el trasgo gigante que había imaginado, sino un hombre pelirrojo de constitución fibrosa y no mucho más grande que ella.

–Levántate -ordenó Maddy al tiempo que propinaba una patada al arco para

ponerlo fuera del alcance del hombre.

–Mis ojos -se quejó el desconocido detrás de sus brazos alzados-. Por favor, mis ojos.

–Levántate -repitió ella-. Muéstrame tu rostro.

El desconocido no tendría más de diecisiete años a juzgar por la apariencia. Llevaba el cabello rojo tirante hacia atrás, revelando unos rasgos afilados, pero no desagradables, ahora crispados por el dolor y la angustia. Le lloraban los ojos y presentaba un verdugón sanguinolento en el puente de la nariz, donde le había golpeado el rayo mental, pero por otro lado, para alivio de Maddy, no parecía haber ningún otro daño permanente.

–Mis ojos -se quejó; las pupilas del joven tenían un aspecto curioso, de un verde llameante, a unos trescientos metros debajo del borde de la hoya-. ¡Dioses! ¿Con qué me has atizado?

Quedaba claro a todos los efectos que no era un trasgo, pero también que no procedía del valle, aunque no había nada extranjero en el porte ni en la ropa. Tenía un aspecto algo harapiento, como si hubiese viajado mucho. La chaqueta de cuero estaba llena de lamparones y las suelas de las botas, muy gastadas.

Se puso de pie con lentitud y no dejó de mirarla con los párpados entornados. Mantuvo una mano alzada a la defensiva por si se producía otro ataque.

–De todos modos, ¿tú quién eres? – Su acento le delataba como extranjero, alguien procedente del norte quizás, a tenor del color de su pelo, pero Maddy, que al principio se había sentido alarmada al encontrarle, ahora estaba sorprendida por la profundidad de su alivio. El hecho de ver a otro ser humano después de haber pasado tantas horas a solas en las cavernas era una alegría inesperada, incluso aunque el extraño no la compartiera-. ¿Quién eres? – repitió con voz aguda.

Maddy se lo dijo.

–¿No estás con ellos? – replicó, haciendo un gesto con la cabeza refiriéndose a

los niveles superiores.

–No. ¿Y tú?

–Eres una furia -afirmó-. Veo tu energía mágica.

–¿Una furia? – Maddy se miró la runiforma y la vio relumbrar débilmente en la palma de la mano-. Ah, esto. No te hará daño, te lo prometo. – El extraño parecía poco convencido, y a juzgar por la tensión de los músculos daba la impresión de no saber si luchar o echar a correr, pero no apartaba la vista de la mano de la muchacha-. De acuerdo, no te echaré ningún encantamiento. ¿Cómo te llamas?

–Llámame Afortunado -repuso-. Y mantén las distancias.

Ella se sentó en una roca a la entrada.

–¿Así está mejor?

–Por ahora, sí.

Durante un momento se encararon, uno frente a otro.

–¿Todavía te duelen los ojos?

–¿Tú qué crees? – preguntó con brusquedad.

–Lo siento -se disculpó Maddy-. Supuse que ibas a dispararme.

–Pues podrías haberme preguntado en vez de darme con lo que sea en la cara.

Se pasó un dedo con cuidado por la nariz dañada.

–Conozco un hechizo rúnico que podría ayudarte.

–No, gracias. – Pareció relajarse un poco-. En cualquier caso, ¿qué es lo que haces aquí?

Maddy vaciló sólo un instante.

–Me he perdido -le dijo-. Entré aquí a través del Ojo del Caballo y me perdí en los túneles.

–¿Por qué has venido?

Ella dudó de nuevo, y se decantó por contarle una verdad a medias.

–¿No lo sabías? – dijo ella-.Toda la colina es un gran túmulo de tesoros. Hay oro aquí de la Era Antigua. ¿Acaso no es por eso por lo que estás tú aquí?

Afortunado se encogió de hombros.

–He oído la historia -contestó-, pero aquí no hay nada más que basura y trasgos.

El joven le explicó que llevaba casi dos semanas escondido en los túneles. Había entrado en el Trasmundo desde el otro lado de las montañas, más allá del Hindarfial; había conseguido evitar que le capturasen varias veces a lo largo de su camino, hasta que finalmente le cayó encima un grupo de trasgos. Le atraparon y le condujeron hasta el Capitán.

–¿El Capitán? – preguntó Maddy.

Él asintió.

–Un gañán enorme y desalmado. Parecía creer que yo era alguna especie de espía. Montó en cólera y juró que me sacaría la verdad cuando le expliqué que sólo era un aprendiz de vidriero de la parte alta de Las Caballerizas. Entonces me arrojó a un agujero y me dejó allí.

Afortunado tuvo un golpe de suerte al tercer día cuando descubrió en el suelo de su celda una rejilla, que alguna vez había sido la entrada a un túnel de drenaje, por donde se las arregló para escapar. Famélico, mugriento y asustado, robó lo que pudo de las tiendas de los trasgos antes de encontrar un camino hacia una seguridad relativa, donde se había estado ocultando desde entonces, subsistiendo gracias al pescado y el agua fresca del río, además de lo que le quedaba de los

suministros robados.

–He estado intentando volver arriba -le contó a Maddy-, pero ahora tengo detrás a todos los trasgos que hay debajo de la colina. Sin embargo, no vendrán aquí -continuó, mirando más allá de ella hacia la chimenea ardiente-. Ninguno de esa chusma viene nunca tan lejos.

Pero la atención de Maddy estaba en otra cosa.

–¿Comida? – inquirió-. ¿Tienes *comida* aquí?

–¿Por qué? ¿Tienes hambre?

–¿Tú qué crees?

Afortunado pareció dubitativo durante un momento, pero después tomó una decisión.

–Vale. Por aquí. – Dicho esto, la sacó de la cueva y la guió por un extremo de la caverna del geiser hasta el punto donde un desprendimiento de rocas había dividido en dos el caudal del río, cuyas agitadas aguas oscuras borbotaban desde la abertura de la pared-. Espera aquí -le ordenó a Maddy antes de correr hacia la orilla del agua.

Se aupó en lo alto de un amasijo de peñascos caídos y saltó hacia la oscuridad.

Ella se alarmó mucho durante unos segundos, ya que desde su posición daba la impresión óptica de que Afortunado se hubiera arrojado a los rápidos, pero respiró aliviada cuando le vio de pie en un saliente plano como a mitad de camino de la corriente, con las aguas de espumas blancas alzándose a su alrededor. Él tenía que haber conocido el saliente, estimó Maddy, aunque aun así, era un salto peligroso. De todas formas, cualquier pescador diría que los peces de río prefieren las aguas rápidas por encima de cualesquiera otras, y Maddy no se sintió sorprendida cuando unos segundos más tarde Afortunado se agachó y sacó con rapidez algo a sus pies.

Era una trampa para peces, hábilmente tejida con sogas y cordeles. Afortunado

inspeccionó el interior, la levantó con esfuerzo, se la echó al hombro y regresó, moviéndose con rapidez y destreza sobre las rocas ocultas.

Mientras él estaba ocupado con esto, la muchacha le observaba atentamente a través de Bjarkán, el círculo mágico formado por los dedos índice y pulgar. Se aseguró de que él no pudiera verla realizar el gesto mágico; no quería atemorizarle. Sin embargo, el Tuerto le había advertido: «No confíes en nadie»; y ella quería estar segura de que ese joven vidriero era todo lo que aparentaba ser.

Pero Bjarkán confirmó lo que ella ya había intuido. Afortunado no mostraba ningún tipo de colores. Su primera impresión fugaz, la de alguien mayor, más alto, con ojos ardientes y sonrisa torcida, no había sido nada más que un truco mezcla de la luz y sus propios miedos. Y cuando Afortunado llegó a la orilla del agua, sonriente, con su captura sobre el hombro, Maddy suspiró aliviada y se permitió a sí misma, por fin, relajarse.

Compartieron las capturas de la red. Afortunado *enseñó* a la muchacha el modo de cocinar esos pescados de ojos ciegos, llenos de espinas y carne de sabor amargo. Sin embargo, a pesar de ese gusto, Maddy devoró hasta el último trocito, chupándose los dedos y haciendo pequeños ruiditos apreciativos debidos al hambre.

Afortunado la observó comer con calma. Todo ese jaleo de capturar, cocinar y comerse el pescado había roto buena parte del hielo existente entre ambos, y él había abandonado sus maneras bruscas y se había vuelto bastante amable. Maddy supuso que el aprendiz se sentía tan aliviado como ella por haber encontrado un aliado en los túneles; y el hecho de que hubiera sobrevivido allí solo durante dos semanas decía mucho de su valor y su ingenio.

En ese tiempo, le contó, había encontrado comida y el modo de guisarla; había localizado una fuente de agua potable y otra para asearse. Sabía dónde el aire era más respirable y también había localizado el lugar más cómodo para dormir. Había estado haciendo un mapa de los túneles, uno por uno, intentando descubrir la forma de alcanzar la superficie sin pasar por la galería principal, pero no había gozado de éxito alguno hasta ese momento. Y todo sin contar siquiera con la ayuda de un ensalmo.

–¿Qué harás si no encuentras un camino para salir? – preguntó Maddy cuando él terminó de contarle su historia.

–Arriesgarme, supongo. Algún día tendrán que bajar la guardia, aunque no me seduce la idea de caer otra vez en las garras de ese Capitán.

Maddy se quedó pensativa ante la mención del cacique trasgo. Había algo que no le cuadraba, pero no conseguía saber el qué.

–¿Y qué me dices de ti? – continuó Afortunado-. ¿Cómo te abriste camino hasta llegar aquí abajo? ¿Y cómo es que has llegado a saber tanto de este lugar? – Era una pregunta previsible y Maddy sopesó la respuesta mientras Afortunado, con una media sonrisa, clavaba en ella esos ojos suyos flameantes como llamas verdes a la luz del fuego-. Vamos -la instó él al verla dudar-. Quizá yo no sea una furia, pero eso no me convierte en tonto. He visto tu energía mágica y sé lo que significa. Has venido aquí por algún motivo. Y no me cuentes tampoco esa vieja historia del tesoro de debajo de la colina. Aquí no hay oro y tú lo sabes.

No había mordido el anzuelo. Al pensarlo, no le sorprendió. Era demasiado avispado para pillarle desprevenido, lo cual hizo que se sintiera más segura. Ella podría usarle como aliado en las cuevas y sus conocimientos y sus recursos podrían serle de gran utilidad.

«No confíes en nadie», le había dicho el Tuerto, pero seguramente ella le debía alguna explicación, y además, quizá no hubiera peligro en contarle al vidriero ciertas cosas si el Capitán de los trasgos era también su enemigo.

–¿Bien? – había un tono acerado en su voz-. ¿Confías en mí o no?

–No es que no me fíe de ti, pero… -empezó Maddy.

–Ah, sí -repuso Afortunado-. No tengo que ser una furia para ver qué es lo que hay. Quiero decir, ¿qué es lo que he hecho para que sospeches de mí? Además de pescar para ti, eso es, y mostrarte dónde es seguro beber, y…

–Por favor, Afortunado…

–Todo eso está bien, ¿a que sí? No estás en peligro. Puedes salir de aquí cuando quieras. Y yo estaré aquí hasta que me cojan. ¿Por qué me ibas a ayudar, después de todo? Sólo soy un pobre vidriero de Las Caballerizas. ¿Por qué te ibas a preocupar de lo que me sucediera?

Y después de decir eso, le dio la espalda y se quedó en silencio.

«No confíes en nadie». El apremio de esas palabras resonaba en los oídos de la joven incluso en ese momento, pero el Tuerto no estaba ahí abajo, ¿verdad? La había enviado a las entrañas de la colina sin previo aviso ni preparación alguna con la esperanza de que ella supiera qué hacer exactamente, pero ninguno de los dos había previsto esa contingencia. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Dejar abandonado a su suerte al vidriero?

–Afortunado -le llamó. El permaneció con los hombros hundidos. Incluso con aquella luz exigua y titilante, Maddy se percató de que estaba temblando-. Tienes miedo.

–¿Ah, sí? ¡No me digas! – repuso Afortunado, sarcástico-. Te lo creas o no, el que los trasgos me desmiembren no figura en mi lista de prioridades para esta semana, pero si no tienes confianza en mí…

Maddy suspiró.

–Está bien -claudicó-. Confiaré en ti.

Esperaba que el Tuerto la comprendiera.

Así fue como Maddy le contó la historia completa, todo lo que quería revelarle y también buena parte de lo que había pensado ocultarle. Le habló de su infancia, de su padre, de la señora Scattergood, de la invasión de las ratas e insectos en la bodega, momento en que Afortunado se echó a reír con fuerza; de sus sueños y ambiciones, de sus miedos. El joven era un oyente de primera y cuando al fin cesó de hablar, estaba cansada y tenía la boca seca. Le invadió la certeza, no del todo desagradable, de no haber revelado nunca tantas cosas a nadie, ni siquiera

al Tuerto, como a este chico.

–Así que -comentó él cuando terminó Maddy-abriste la entrada de la colina y buscaste el camino hasta aquí. – Ignoraba el motivo, pero había omitido la participación de Bolsa en todo aquello-. Dime, ¿qué vas a hacer ahora que has encontrado al Susurrante?

Maddy se encogió de hombros.

–El Tuerto me dijo que lo sacara de aquí.

–¿Así de simple? – Esbozó una ancha sonrisa-. ¿Y te dio alguna idea de cómo podías conseguirlo? ¿Con una cuerda mágica, quizás, o con un ensalmo que te hiciera a prueba de fuego? – Maddy sacudió la cabeza en silencio-. Es algo mágico, ¿no? – dijo Afortunado-. Alguna chuchería de la Era Antigua, envuelto entero en runas paganas. ¿Cómo sabes que es algo seguro, Maddy? ¿Cómo sabes que no te hará saltar en pedazos en cuanto le pongas las manos encima?

–El Tuerto me lo habría advertido.

–Suponiendo que estuviera al tanto.

–Bueno, él sabía que el Susurrante se encontraba aquí.

–Mmm. – Afortunado parecía poco convencido-. El simple hecho de que te envíe a ti sola librada a tus propios medios ya me parece bastante extraño.

–Como ya te expliqué -repuso Maddy-, resultaba más seguro hacerlo así.

Hubo entonces una pausa bastante larga.

–No me arranques la cabeza por lo que voy a decir -le pidió el vidriero, hablando con lentitud-, pero me da la impresión de que ese amigo tuyo sabe un montón de cosas sobre este asunto y no te las ha contado. Primero te dice que hay oro debajo de la colina, después que es un tesoro del Viejo Mundo, pero no te cuenta lo que es, y más tarde te envía aquí sola sin una palabra de aviso… Quiero decir, ¿has oído alguna vez el cuento de Aladino y la lámpara maravillosa?

Maddy empezó a sentirse molesta.

–El Tuerto es mi amigo. Confío en él -comentó.

–Allá tú.

Afortunado se encogió de hombros.

–Nadie me ha *hecho* venir hasta aquí, ¿sabes?

–Maddy, lleva llenándote la *cabeza,* con cuentos del Trasmundo desde que tenías siete años. Te digo que a estas alturas ya te tiene bien entrenada.

Los puños de Maddy se cerraron levemente.

–¿Qué pretendes insinuar? ¿Que me ha engañado?

–Yo sólo digo que un hombre puede plantar un árbol por muchos motivos -replicó Afortunado-. Tal vez sea porque le gustan los árboles. A lo mejor busca refugio. O más aún, sabe que algún día podría necesitar la leña.

Ahora el rostro de Maddy había empalidecido de furia. Dio un paso adelante, con la runiforma de la palma de su mano llameando repentinamente en un tono que oscilaba del marrón cobrizo a un rojo vibrante.

–No sabes de lo que hablas.

–Mira, todo lo que he dicho es que…

En un instante la mano de Maddy estalló en llamas; una zarza de luz rúnica brotó de su palma. Era Thuris, la Espinosa, la más feroz de las runas, y Maddy podía sentirla hambrienta de morder, de pinchar, y de azotar a causa de su cólera…

Alarmada, la volvió contra la pared. Thuris se descargó sin daño contra la roca, dejando un olor acre a goma quemada en el aire.

–Buena puntería -comentó Afortunado-. ¿Te sientes mejor ahora?

Pero Maddy ya le había dado la espalda. ¡Por los Nueve Mundos!, ¿quién se creía él que era? No pasaba de ser un participante accidental en este juego, alguien que pasaba por allí, con la suficiente inteligencia para entrar en el Trasmundo, pero no con la necesaria para salir de allí, un simple aprendiz de vidriero sin magia ni energía mágica.

«Aun así -reflexionó Maddy para sus adentros-, ¿y si tuviera razón?»

Ladeó la cabeza para poder mirar hacia atrás y le espió por el rabillo del ojo. Afortunado estaba observándola con curiosidad. Le estaría bien empleado si le dejaba allí, para que se pudriera bajo tierra o los trasgos le volvieran a apresar. La verdad es que no se merecía menos. Se puso en pie de pronto y se volvió hacia la entrada de la cueva.

–¿Adonde vas? – preguntó Afortunado.

–A por el Susurrante.

–¿Qué, ahora?

–¿Y por qué no?

La alarma se traslucía en la voz de Afortunado.

–Estás loca -comentó, cogiéndola del brazo-. Es tarde, estás cansada y no tienes una pista sobre cómo…

–Me las apañaré -repuso ella con brusquedad-. Soy bastante más lista de lo que tú te crees.

El joven suspiró atribulado.

–Maddy, lo siento -se disculpó-. Yo y esta bocaza mía… Mi hermano solía decir que le habría hecho un favor al mundo si me la hubiera cosido. – Ella le fulminó con la mirada, pero no se dio la vuelta-. Maddy. Por favor. No vayas. Te pido

disculpas.

Ahora hasta sonaba compungido, y la muchacha se encontró dispuesta a transigir. Afortunado no podía esperar que se fiara de él. Su mundo era muy distinto del de ella y para él era natural mostrarse suspicaz. No poseía magia alguna ni sabía nada del Susurrante, y aún más importante, recordó ella en ese momento, tampoco conocía al Tuerto.

«A pesar de todo, la cuestión persiste -pensó Maddy-, ¿lo haría?»



Capítulo 5



No resultaba fácil desechar las dudas que el vidriero había sembrado en la mente de Maddy. Tras cenar en silencio el pescado sobrante de la comida, la muchacha se tendió extenuada, pero fue incapaz de conciliar el sueño. Mientras Afortunado parecía dormir a pierna suelta, ella buscaba sin cesar una postura cómoda sobre el suelo rocoso para adormecerse, pero no lograba cesar de darle vueltas a las mismas palabras.

«Un hombre puede plantar un árbol por muchos motivos».

¿Cuáles habían sido los del Tuerto? ¿Por qué le había enseñado tantas cosas y aun así le había ocultado tantas otras? Y por encima de todo, ¿cómo podía él saber algo de un tesoro que había estado perdido desde la Guerra del Invierno?

Detrás de ella, el joven continuaba adormecido. Maddy no podía entender cómo conseguía dormir con ese calor incesante y el *eco* de los sonidos del Trasmundo retumbando como truenos a su alrededor, pero allí estaba, removiéndose un poco, como si estuviera soñando, acurrucado cómodamente en un hueco de la roca con su chaqueta enrollada debajo de la cabeza.

«Puede que esté acostumbrado al calor», reflexionó. Un aprendiz de vidriero debía pasar muchas horas trabajando en los hornos, abanicando y avivando los fuegos para derretir el vidrio. Además, era una persona llena de recursos, y más siendo un simple aprendiz, y ya había dispuesto de tiempo para aclimatarse a unas condiciones de vida tan poco agradables.

Fue entonces cuando la muchacha cayó en la cuenta de que aunque Afortunado sabía muchas cosas sobre ella, ella no sabía casi nada de él. ¿Qué hacía exactamente debajo de la colina? Él mismo le había hablado de las dos semanas que llevaba allí abajo, lo cual constituía una grave violación de su contrato de aprendizaje, por lo que le podrían castigar a su regreso, pero ¿por qué iba a ir hasta aquel lugar un aprendiz? Y aún más importante y por encima de todo, ¿cómo se las había ingeniado un vidriero principiante para adentrarse en el Trasmundo?

El joven dormido a pocos metros de ella era la viva imagen de la inocencia. Maddy no lograba creer que no se le hubiera pasado por la imaginación cuestionar la historia de Afortunado hasta ese instante, aunque era cierto que había mucho trabajo pendiente, y además, no había ni magia ni energía mágica en Afortunado. Lo había confirmado con Bjarkán, él no dejaba ninguna huella.

Sin embargo, todo aquello la estaba poniendo, muy nerviosa e intentó recordar qué había visto exactamente cuando Afortunado regresó de las rocas con la red de pesca echada a la espalda. Seguramente allí debería haber habido algo, razonó, al menos sus colores. Afortunado era joven, fuerte y listo; debería haber dejado una firma mágica fuerte y brillante detrás de él, y ella no había visto nada ni siquiera con la ayuda de Bjarkán. Nada. Ni un reflejo. Ni un destello. ¿Podría haberlos ocultado de algún modo?

El pensamiento era demasiado alarmante. Eso sugería…

La joven se sentó de golpe, alzó la mano y digitó Bjarkán por segunda vez, y en este momento se concentró al máximo mientras miraba a través de la runa para buscar cualquier cosa que se saliera de lo normal.

El aprendiz de vidriero seguía durmiendo con una mano apretada al costado y la

otra acomodada encima de la roca. Ahora sí vio su firma mágica, que era de un exuberante violeta luminoso; brillaba de manera irregular mientras dormía.

Maddy soltó un suspiro de alivio. Todo eran nervios, eso era todo, nervios y sus propios miedos que la hacían sobresaltarse ante la menor sombra. Ya relajada, dejó que su mirada bajara…

…hasta posarse sobre la mano izquierda de Afortunado, ya que al dormitar debía de haber bajado la guardia, dejando al descubierto un trío de runas trazadas a través de la palma de su mano como finas líneas de fuego coloreado. Estaba Yr, el Protector…



…cruzado con Bjarkán y Os; se trataba de un encantamiento complejo destinado a protegerle durante el sueño.



«Demasiado intrincado para parecer tan inocente», dedujo Maddy. Únicamente los dioses sabrían quién era Afortunado en realidad o por qué le había mentido, pero una cosa quedaba clara respecto a su nuevo amigo: no era ningún aprendiz, eso desde luego.

Era una furia, como ella.

Era posible neutralizar la mayoría de las runas, ya fuera invirtiéndolas, ya fuera usando otra capaz de combatir su efecto. Maddy se devanó los sesos. Tyr podía romper las defensas de Afortunado y revelar lo que el joven mantenía oculto, aunque hasta cierto punto eso dependía de la energía mágica del supuesto vidriero. Ahora bien, ella contaba con la ventaja de la iniciativa y el hecho de

que la resistencia de su acompañante estuviera en este momento en su nivel más bajo.

Puso mucho cuidado en levantarse con sigilo a fin de no despertar al durmiente y digitó en silencio la runa. Luego, la lanzó con verdadera fuerza.

El hechizo del durmiente titiló sin desvanecerse.

Maddy volvió a hacer más fuerza y, al mismo tiempo, lanzó Bjarkán. Las runas se desvanecieron y la joven se encontró mirando un rostro que ya había visto antes y que, ahora que lo veía con sus colores originales, le resultaba inesperadamente familiar.

Su aspecto no se había visto alterado en exceso. En buena parte mantenía el mismo color y constitución, aunque era ligeramente más alto, y también mayor de lo que había parecido en un principio, e incluso en el sueño había menos inocencia en sus rasgos, más astucia. También tenía unas marcas que no habían estado antes, y una runiforma en el brazo desnudo…



…Kaen, invertida. Además, ahora pudo ver que su boca estaba atravesada por cicatrices pálidas y finas, demasiado regulares para ser accidentales.

Maddy dejó caer la mano a un costado. Lo había entendido todo demasiado tarde; había recordado demasiado tarde lo que le había dicho Bolsa; y también había sido demasiado tarde para rememorar las palabras del Tuerto.

«Un… amigo de antaño -le había explicado antes de despedirse-, de hace mucho tiempo. Uno que se convirtió en un traidor en la Guerra del Invierno. Le di por muerto, y quizá lo esté, pero los de su especie tienen nueve vidas y a él siempre le sonríe la suerte».

–Afortunado -susurró Maddy, intensamente pálida.

–Está bien -repuso el falso aprendiz al tiempo que abría aquellos ojos ardientes-, pero mejor llámame… Capitán.

Capítulo 6



Se movió muy rápido, demasiado para un hombre recién salido de un sueño profundo, pero para sorpresa de Maddy, no hizo ademán alguno de atacarla, sino que dio un brinco hacia la boca de la cueva. Ese movimiento repentino le permitió evitar el rayo mental de Maddy, que se estrelló contra la pared y provocó un pequeño desprendimiento.

Ella avanzó hacia la entrada de la caverna para bloquearle la huida y volvió a alzar la mano, pero Afortunado no intentó escapar en esta ocasión. Formó la runa Kaen con un curioso y rápido giro de dedos y la lanzó, no hacia Maddy, sino hacia sí mismo y se desvaneció, o al menos eso fue lo que ella pensó, dejando sólo un rastro de fina pólvora de fuego donde había estado, un rastro que ahora se movía con gran rapidez hacia la salida de la cueva…

…pero le delataba la firma mágica de tonalidad violácea que le acompañaba. Maddy trazó Logr, el Agua, y arrojó la runa hacia el rastro de fuego, parándolo en seco. El aire se cargó de un espeso vapor de agua.

Afortunado reapareció al cabo de unos instantes, jadeante y chorreando agua.

Logr tembló una vez más en la punta de los dedos de Maddy, preparada para atacar. Lentamente, Afortunado alzó las manos en señal de rendición.

–Inténtalo otra vez y te mataré -le amenazó ella.

–Tranquila, Maddy, pensaba que éramos amigos.

–No eres amigo mío -repuso Maddy-. Me has mentido.

Afortunado hizo una mueca.

–Bueno, claro que he mentido. ¿Qué esperabas? Te acercaste a mí sigilosamente, me diste una paliza con algo que parecía una combinación entre un mazo y un relámpago, me interrogaste y luego empezaste a parlotear sobre lo buena amiga del Tuerto que eres, precisamente él de entre toda la gente…

–Así que yo llevaba razón -le interrumpió ella-. ¿Quién eres tú?

El falso aprendiz había abandonado el disfraz y ahora permanecía ante ella con su verdadero aspecto. Maddy tuvo la impresión por enésima vez de que esa apariencia le resultaba extremadamente familiar, aunque estaba segura de que nunca se había encontrado con él en persona. Sin embargo, tenía la certeza de haberle visto antes, quizás en una historia o en alguna ilustración de los libros del Tuerto, pero conocía esos ojos.

–Escucha. Ya sé que no confías en mí, pero hay un montón de cosas que el Tuerto no te ha contado. Cosas con las que yo te puedo ayudar.

–¿Quién eres? – insistió ella.

–Un amigo.

–No, no lo eres -replicó Maddy-. Él me advirtió sobre ti. Tú eres el ladrón, el que va detrás del Susurrante.

–¿Ladrón? ¿Yo? – Se echó a reír-. Maddy, yo tengo tanto derecho sobre el Susurrante como cualquiera, más que ninguno, de hecho.

–Entonces, ¿por qué me has mentido?

–En vez de eso, ¿por qué no te preguntas a ti misma la razón por la que lo ha hecho él?

–Esto no tiene nada que ver con el Tuerto -replicó ella.

–¿Ah, no? – La mirada de Afortunado era difícil de sostener y su voz, baja y extrañamente persuasiva-. El estaba al corriente de mi presencia debajo de la colina -añadió-. Pregúntate a ti misma el porqué. Y en cuanto al Susurrante, aún no tienes idea de lo que es, ¿a que no? – Maddy sacudió la cabeza lentamente-. ¿Acaso eres consciente de lo que hace?

De nuevo, ella negó con la cabeza.

Afortunado rompió a reír. Era un sonido ligero y agradable, que se hacía instantáneamente simpático e irresistiblemente contagioso. Maddy se sorprendió a sí misma sonriéndole antes de que se diera cuenta del truco. La estaba hechizando.

–Déjalo ya -replicó con sequedad al tiempo que formaba Yr con los dedos.

Afortunado no pareció arrepentirse. Incluso desde detrás de la runa protectora percibía algo en su sonrisa que invitaba a sumarse a ella.

–Te conozco -habló ella con lentitud-.Y el Tuerto también te conoce.

Afortunado asintió.

–Te dijo que yo era un traidor, ¿a que sí?

–Cierto.

–¿Y te contó que me cambié de bando cuando la guerra empezó a irle mal? – Maddy asintió otra vez sin dejar de pensar que había algo familiar en él; algo que ella sabía que debía recordar. Luchó con la idea, pero Afortunado seguía hablando con esa voz suave y persuasiva-. De acuerdo -dijo-. Sólo escucha esto. Voy a contarte un dato que me apuesto lo que quieras a que él no te ha dicho. – La sonrisa de Afortunado se volvió dura y acerada y sus ojos relumbraron en la oscuridad con un fuego verde y sutil-. A ver qué te parece, Maddy -añadió-. Él y yo somos hermanos. – Los ojos de la joven se abrieron lo indecible-. Hermanos de sangre, juramentados. Ya sabes lo que eso significa, ¿no?

Ella asintió.

–Y aun así, estuvo dispuesto a romper esa promesa y a traicionar a un hermano por el bien de su causa, de su guerra, de su poder. ¿Qué clase de lealtad es ésa? ¿No te parece? ¿Y realmente crees que un hombre al que no le ha importado inmolar a un hermano se lo pensaría dos veces antes de sacrificarte a ti?

La muchacha pensó que se ahogaba bajo el peso de las palabras que fluían sobre ella. La atraían de forma peligrosa, pues la dejaban inerme, pero incluso mientras luchaba contra el hechizo notó una vez más ese gusanillo del reconocimiento, y tuvo la sensación de que todas las piezas del puzzle encajarían en su sitio si lograba recordar de qué conocía a su interlocutor.

«Piensa, Maddy, piensa».

Una vez más formó el hechizo protector. Yr se iluminó en la punta de sus dedos, oscureciendo el encantamiento persuasivo de Kaen.

«Piensa, Maddy, piensa».

Esa voz, esos ojos, y sobre todo las zigzagueantes cicatrices plateadas de los labios, que parecían causadas mucho tiempo ha por alguien provisto de algo muy agudo.

Entonces, al fin, cayó en la cuenta de qué se trataba y recordó la vieja historia de cómo el Embaucador había desafiado a una prueba de habilidad al Pueblo del Túnel, los hijos de Ivaldi, los maestros de la forja. El truhán se jugó la cabeza a cambio de los tesoros y perdió, pero cuando fueron a cortársela, él había gritado: «¡La cabeza es vuestra pero el cuello no!».Y de ese modo los burló e hizo ademán de irse con el tesoro en liza. Sin embargo, los enanos montaron en cólera ante el engaño y decidieron tomarse cumplida venganza. Le cosieron la boca a Loki y desde aquel día en adelante, la sonrisa le había quedado tan torcida como los pensamientos.

Loki. El Embaucador. Un as. Uno de los æsir. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta? Ella le conocía bien por su reputación y había visto su

rostro en una docena de libros. El Tuerto la había advertido lo mejor que había podido; incluso Bolsa le había llamado Boca Torcida. Y la pista principal estaba allí, justo en el brazo del presunto vidriero.

Kaen. La runa ardiente. Invertida.

–Te conozco -dijo Maddy-.Tú eres…

–¿Qué es un nombre? – repuso Loki con una sonrisa-. Un nombre es como un abrigo, puedes devolverlo, quemarlo, tirarlo y pedir otro prestado. El Tuerto lo sabe; deberías haberle preguntado.

–Pero Loki murió -intervino ella, sacudiendo la cabeza-. Murió en el campo de batalla del Ragnarók.

–No del todo. – Hizo un mohín-. Hay muchas cosas que el Oráculo no predijo, ¿sabes?, y las viejas historias tienen el hábito de torcerse.

–Pero de cualquier modo, eso ocurrió hace siglos -insistió Maddy, desconcertada-. Quiero decir, que eso fue el Fin del Mundo, ¿no?

–¿Ah, sí? – replicó el as con impaciencia-. No es la primera vez que el mundo ha llegado al final, y tampoco va a ser la última. Por las barbas de Tor, Maddy, ¿es que el Tuerto no te ha enseñado *nada?*

–Pero eso os convierte…-contestó Maddy, perpleja-, quiero decir, al Pueblo de los Videntes, a los æsir me refiero, ¿no eran ellos… los *dioses*?

Loki hizo un gesto despectivo con la mano.

–¿Dioses? No dejes que eso te impresione. Cualquiera puede ser un dios si tiene suficientes maestros. Ni siquiera tienes ya que poseer ningún tipo de poderes. En mis tiempos, he visto dioses del teatro, dioses gladiadores, incluso dioses *cuentistas,* Maddy… La gente ve dioses por todas partes. Les da una excusa para no tener que pensar por sí mismos.

–Pero yo pensé…

–Dios es sólo una palabra, Maddy. Como furia. Como demonio. Son sólo palabras que la gente aplica a las cosas que no entiende. Dios… Invierte las letras y obtendrás perro[7] . ¡Qué apropiado…!

–¿Y qué hay del Tuerto? – intervino Maddy, frunciendo el ceño-. Si él es tu hermano… -Su boca se quedó abierta cuando recordó otra de aquellas viejas historias-. Entonces eso le convierte…

–Exactamente -dijo Loki, con su sonrisa torcida-. El Padre de Todo. El General. El mismo viejo Odín de siempre.



LIBRO TRES



El Susurrante

Hablaré del imponente fresno que allí se alza. Su nombre es Yggdrásil.

Profecía del vidente

Capítulo 1



El Ragnarók. El Fin del Mundo. Según Nat Parson, el Innombrable había llevado a cabo una gran Depuración, un intento titánico sin otra pretensión que limpiar la maldad de la Creación y traer el Orden Perfecto a los mundos gracias al fuego y el hielo de la Tribulación.

Únicamente pervivió el linaje de Noar, o al menos eso aseguraba el Buen Libro, mientras que los herejes y los demonios supervivientes que desafiaron a la muerte fueron enviados al Averno para esperar allí el Fin de Todas las Cosas.

Por su parte, el Tuerto le había hablado de la Profecía del Oráculo y de la última gran batalla de la Era Antigua, cuando Surt el Destructor se había unido al Caos y ambos habían marchado hacia Ásgard para enfrentarse a los dioses mientras los ejércitos de los muertos, en sus flotas de ataúdes marinos, navegaban contra ellos en el Inframundo.

En aquella vasta extensión, a muchas brazas de profundidad, sumergidos en un mar de sangre y encantamientos, habían perecido los dioses: Odín, el último General, devorado por el lobo Fénrir; Tor el Tonante, víctima de la ponzoña de la Serpiente de los Mundos; Tyr el Armado, Héimdal el de los dientes de oro, Frey el Cosechador, Loki…

«¿Por qué perecieron si eran dioses? – le había preguntado Maddy-. ¿Cómo es

que murieron?»

«Todo muere», había replicado el Tuerto con un encogimiento de hombros.

Sin embargo, debajo de la colina, Loki pasó a contarle una historia bien diferente, según la cual los dioses caídos no habían sido destruidos, sino que habían permanecido, debilitados, destrozados, errantes, pero en ningún momento habían perdido la esperanza de volver, ni siquiera cuando el Caos barrió los Nueve Mundos, llevándoselo todo a su paso.

El nuevo Orden se impuso con el transcurso de los años y procedió a erigir sus templos sobre las ruinas de los manantiales, los túmulos y las piedras alzadas que antaño estuvieron consagradas a la vieja fe. Incluso las historias fueron proscritas. «No hay ni un pelo de diferencia entre ser olvidado y estar muerto», como solía decir Nan la Loca. La pujanza del Orden había terminado por pisotear las viejas costumbres hasta que casi cayeron en el olvido.

–Al final, nada permanece para siempre -comentó el as con alegría-. Los tiempos cambian, las naciones van y vienen, y el mundo da sus vueltas del mismo modo que el mar tiene sus mareas.

–Eso era lo que decía el Tuerto.

–Un mar sin mareas se quedaría estancado -siguió Loki-, del mismo modo que se anquilosa y muere un mundo sin cambios. Incluso el Orden necesita un poco de Caos, y hasta Odín sabía eso cuando me llevó con él, y ambos juramos que seríamos hermanos. Los demás æsir no lo entendieron. No querían tener nada que ver conmigo desde el principio.

»Decían que llevaba el Caos en la sangre, pero eso sí, estaban la mar de contentos de utilizar mis talentos cuando les venía bien. Despreciaban el engaño, odiaban las mentiras, pero les alegraba disfrutar de los frutos de esas cosas. –Maddy asintió, sabía lo que quería decir. Sabía lo que era ser un intruso con la sangre sucia al que le echaban siempre las culpas de todo, pero al que no se le agradecía nada. Ah, sí. Eso sí que lo entendía de verdad-. Odín sabía a la perfección lo que yo era cuando me *llevó* con él -continuó Loki-. El fuego desatado no puede domarse. Por tanto, ¿qué importancia podía tener que me

soltara el pelo en un par de ocasiones?

»Les salvé el pellejo más veces de lo que ellos mismos creen, pero nadie me lo ha agradecido. Así pues, al final, ¿quién traicionó a quién? – El Embaucador exhibió de nuevo esa sonrisa suya, quebrada y extrañamente encantadora-. ¿Acaso era culpa mía que de vez en cuando me saliera de madre? Todo lo que hice siempre fue seguir mi naturaleza, pero a veces hay accidentes. Algo salió mal y bueno, quizá me animé un poco más de la cuenta y causé un conflicto pequeño y perfectamente comprensible en un momento difícil. Y de pronto, los viejos amigos ya no lo parecían tanto, de modo que empecé a pensar que sería buena idea quitarme de en medio hasta que se pasara el revuelo, pero vinieron a por mí y me administraron una buena dosis de su burda venganza. Imagino que habrás oído la historia.

–Más o menos -repuso Maddy, que había oído una versión algo distinta-. Más bien pensé, o sea, quiero decir, que escuché que habías asesinado a Bálder el Bello.

–Yo no lo hice -replicó Loki con brusquedad, enojado-. Bueno, al menos nadie ha *probado* que lo hiciera. ¿Qué ha sido de la presunción de inocencia? Además, se suponía que él era invulnerable, ¿acaso es culpa mía que no lo fuera? – El rostro del Embaucador se oscureció de nuevo y los ojos mostraron un brillo malévolo-. Odín podría haberlos detenido -dijo-. Él era el General, le habrían escuchado, pero era débil. Presentía el fin inminente y sabía que necesitaba tener a todos los suyos de su lado, por lo que el tuerto se hizo el ciego, y perdona el juego de palabras, cuando me dejó en manos de mis enemigos.

Maddy asintió. Conocía la historia, al menos en parte. Estaba al tanto de cómo los æsir le habían dejado encadenado a una roca y cómo Skadi la Cazadora, que siempre le había odiado, había colocado una serpiente de modo que destilara el veneno en su rostro; y cómo también su suerte había sido adversa desde ese día hasta el Fin del Mundo; y finalmente, cómo Loki se había liberado en la víspera de la batalla para representar su papel en la destrucción subsiguiente.

No lo lamentaba, hablando con claridad. Le había dicho casi lo mismo que él le había contado a Maddy sobre la última resistencia que ofrecieron los æsir, en la contienda que el Tuerto había denominado Ragnarók.

–Quizá podría haberlos salvado si hubieran estado a mi lado al final y, ¿quién sabe? incluso podría haberle dado la vuelta a la batalla, pero ellos ya habían tomado su decisión. El también lo había hecho. Y así fue como el mundo acabó; y aquí estamos los restos, escondidos en cuevas o trapicheando con ensalmos mientras intentamos descubrir qué es lo que ha ido mal.

Maddy asintió. La voz del Tuerto en su mente le avisaba de que éste era Loki -*Loki*- y que lo que podía esperar era ser hechizada, adulada o engañada en el momento en que bajara la guardia. Recordaba al Tuerto diciéndole que el encanto fluye con facilidad de los hijos del Caos y decidió no tomar a pie juntillas nada de lo que él le contara…

…pero la historia de Loki tenía el peligro de ser plausible y explicaba muchas cosas que el Tuerto se había negado a contarle, aunque algunas de ellas todavía se le hacían difíciles de digerir, y esa verborrea suya en la que presentaba a los dioses como si fueran seres humanos -vulnerables, falibles, acosados-era especialmente difícil de aceptar después de haber crecido con los cuentos de los videntes y haberse acostumbrado a pensar en ellos como amigos. Había soñado con ellos en lo más profundo de su corazón, pero ni siquiera en sus más desatadas imaginaciones había pensado que se encontraría con uno alguna vez, que hablaría con él como si fuera un igual, que tocaría a un ser que había vivido en Ásgard y tenerle allí, enfrente de ella, con un verdugón de aspecto más que humano en el puente de la nariz, un verdugón causado por su propio rayo mental…

–Así pues, ¿eres… inmortal? – preguntó al final.

–Todo perece -replicó él, sacudiendo la *cabeza*-. Algunas cosas duran más que otras, eso es todo. Y todo ha de cambiar para poder sobrevivir. ¿Por qué crees que llevo mi magia invertida? ¿Y por qué también la lleva así Odín, ya que estamos?

Maddy echó una ojeada a la runiforma de su brazo. Kaen, el Fuego Desatado, todavía brillaba allí, de color violeta sobre su piel pálida. Un signo poderoso, incluso invertido, y Maddy lo había usado lo suficiente para saber que debía respetar a su portador y también desconfiar de él.

–¿Y cómo invertiste tu magia?

–De una forma muy dolorosa -contestó él.

–Oh -exclamó Maddy, y se hizo una pausa-. Bueno, y ¿qué es lo que hay de los ígneos? ígneos, furias, como sea.

–Bueno, ahora *todos* somos furias -repuso con un encogimiento de hombros-. Como cualquier otra cosa que haya sido tocada por el Fuego. O demonios, como diría tu párroco. No supone novedad alguna para mí, claro, te habitúas cuando eres un hijo del Caos, pero el General debe de llevarlo peor, él que ha sido un partidario acérrimo de la Ley y el Orden. – Sonrió-. Debe de ser difícil para él aceptar esto, a los nuevos dioses al menos; para el Orden, simplemente ahora es el enemigo.

–¿Los nuevos dioses? – Loki asintió, sin sonreírle esta vez-. Pretendes decirme que todo es real, también lo demás, ¿verdad? Lo del Innombrable y todo cuanto predica Nat Parson del Libro de la Tribulación, ¿es eso?

El Embaucador asintió otra vez y luego repuso:

–Tan real o imaginario como cualquiera de nosotros. No ha de extrañarte que tu párroco se muestre tan negativo y hostil respecto a las viejas costumbres. Él sabe quién es el enemigo, no hay duda, y él y los de su clase no estarán a salvo hasta que los nuestros sean depurados de los Nueve Mundos, hasta que todos los cuentos queden olvidados, cada hechizo dominado, todos los ígneos extinguidos, hasta la última chispa y la última llama.

–Pero yo soy una ígnea -le espetó Maddy abriendo la mano para mostrar su propia runiforma, que brillaba ahora como una brasa.

–Oh, sí, sí que lo eres -replicó el as-. Eso no lo he puesto en tela de juicio en ningún momento desde que vi esa marca tuya. No me sorprende que el General haya mantenido tanto silencio en lo que a ti se refiere. Eres algo casi único y eso tiene para él más valor que el Rescate de la Nutria, y para mí, y para cualquiera que pudiera tenerte de su lado. – La runiforma de Maddy ardía ahora, enviando

finos zarcillos de fuego serpenteantes hacia las puntas de sus dedos-. El Oráculo predijo la aparición de alguien como tú -le relató Loki, observándola fascinado-. Predijo nuevas runas para la Era Nueva; runas que estarían completas y no podrían romperse, con el fin de poder reescribir los Nueve Mundos. Esa runa tuya es Aesk, el Fresno, y el Tuerto debió de pensar que ya habían llegado los Días Felices y de Celebración cuando la vio en tu mano.

–Aesk -silabeó Maddy en voz baja flexionando los dedos hasta formar una cuna de gato de fuego-. ¿Y tú crees que el Tuerto estaba al tanto de todo esto?

–Juraría que sí -replicó el as-. Fue a Odín al que se le hizo la profecía.

La joven reflexionó sobre el tema durante un momento y al final preguntó:

–¿Por qué? ¿Qué es lo que pretende? ¿Y qué es ese Susurrante que tanto necesita? ¿Mencionaba el Oráculo de alguna manera todo esto?

–Maddy -comentó Loki, comenzando a sonreír-, el Susurrante es el Oráculo.



Capítulo 2



Había un frasco de oscuro hidromiel escondido en la cueva. Loki le ofreció a su interlocutora un trago y se fue bebiendo el resto a sorbos mientras contaba la historia.

–El Susurrante es un poder arcano, más antiguo incluso que el mismo General, aunque a él no le gusta que se lo recuerden -le contó-. Es una historia que se remonta hasta el mismísimo comienzo de la Era Antigua, a las primeras contiendas entre el Orden y el Caos, y si me lo preguntas, ninguna de las partes ha sabido reflejar esto de forma correcta. Por supuesto, aquí el menda, tu seguro

servidor, era completamente neutral en aquellos momentos. – Maddy enarcó una ceja con escepticismo-. Oye, ¿quieres escuchar la historia o no? – La muchacha asintió-. De acuerdo, Asgard era una fortaleza en perfecto Orden en los primeros días de la juventud del General. No había en ella ni una chispa de magia. Los vanir, nigromantes de las fronteras del Caos, eran los encargados de preservar el Fuego, y ellos y los æsir se hicieron la guerra durante años, hasta que al final ambos se dieron cuenta de que ninguno de ellos iba a ganar nunca e intercambiaron rehenes en prueba de buena fe. Los æsir retuvieron a Njord y a sus hijos, Frey y Freya; y los vanir, a Hónir, un gran chaval, pero bastante zote, y a un astuto viejo diplomático llamado Mímir, que les robó la energía mágica, los aconsejó y regresó a casa en secreto.

»Los vanir no tardaron en percatarse de que tenían un par de espías entre ellos; entonces, mataron a Mímir y enviaron de vuelta su cabeza a Ásgard en señal de represalia, aunque para entonces el General ya había conseguido su objetivo: las runas del Alfabeto Antiguo, las letras de una lengua antigua con la cual se habían creado los mundos.

–El lenguaje del Caos -aclaró Maddy.

El Embaucador asintió.

–El Caos no quedó demasiado satisfecho con el robo, por lo que Odín hizo uso de las nuevas habilidades mágicas para mantener la cabeza viva, y le insufló energía mágica a fin de que pudiera hablar. Muy pocos regresan de la muerte, pero merece la pena oír la información. Así fue como Mímir adquirió el don de la profecía, una facultad de valor incalculable para el General, aunque el regalo costó un precio muy alto. Odín lo pagó con un ojo. Y en lo que respecta a Mímir, o como él le llamó, el Susurrante, no creo que entonces se preocupara mucho por nosotros, así que yo ahora no contaría demasiado con su buena voluntad. – Loki apuró de un trago la botella de hidromiel-. He intentado hablar con él, pero nunca le caí bien, ni siquiera en los viejos tiempos. Por eso, en cuanto a sacarlo de ahí…

–Pero ¿para qué lo queréis? – inquirió Maddy-. ¿Por qué es tan importante?

–Por favor, Maddy -intervino el as con una nota de impaciencia en la voz-. El

Susurrante no es una chuchería cualquiera. Es un oráculo. Sabe cosas. Predijo el Ragnarók y una gran cantidad de acontecimientos que ya me hubiera gustado a mí conocer en su momento. Si Odín le hubiera prestado más atención a su profecía en vez de intentar demostrar que se equivocaba, entonces quizás el Ragnarók no se habría torcido tanto como lo hizo.

Hubo una pausa mientras ella se hacía cargo de las implicaciones.

–Pero ¿para qué lo perseguís ahora? – preguntó de nuevo.

–¿Qué te parece disponer de una segunda oportunidad? – Loki volvió a esbozar aquella sonrisa torcida suya-. Escucha, Maddy, Odín puso la mitad de sí mismo en ese viejo hechizo, estamos hablando de la mitad del General en su mejor momento. Piensa en lo que podría hacerse con semejante poder. Ahí hay una energía inimaginable a la espera de que alguien la descubra, poderes procedentes del mismísimo reino del Caos. – Suspiró-. Ahora bien, ese maldito trasto tiene mente propia y no está por la labor de cooperar. Sin embargo, hay gente por ahí que daría cualquier cosa por ponerle las manos encima. Y otros, por supuesto, que darían lo que fuera por detenerlos.

–Dioses -dijo Maddy.

–Amén -repuso Loki.

El Embaucador le explicó a la muchacha que había encontrado al Susurrante en el transcurso de una de sus excursiones de exploración hacía algunos siglos, después del final de la guerra, cuando todo lo demás era Caos y matanzas. Muchos habían caído; algunos estaban perdidos para siempre, ya fuera enterrados en el hielo, o consumidos por los fuegos del Caos. Los supervivientes fueron arrojados al Averno, pero Loki, tan escurridizo como siempre, había conseguido apañárselas para escapar.

–¿Huiste de la Fortaleza Negra? – preguntó Maddy.

Loki se encogió de hombros.

–Con el tiempo, sí.

–¿Y cómo lo lograste?

–Ésa es una historia muy larga. Basta con decir que encontré un… acomodo alternativo en el Trasmundo, y así fue como al final me topé con el Susurrante -continuó él-; aunque pronto me di cuenta de que no tenía utilidad alguna para mí. Me reconoció, por supuesto, pero no me habló más que entre burlas e insultos, no me dio ni una pizca de energía mágica, y desde luego, ninguna profecía. Pensé entonces en sacarlo de la chimenea para usarlo como pieza de trueque con alguno de los æsir supervivientes.

–¿Los æsir supervivientes? – se apresuró a replicar Maddy.

–No hay más que rumores, eso es todo, pero siempre tuve el presentimiento de que Odín andaría rondando por ahí, y la entrega del Susurrante me habría ayudado mucho, pues claro, habría estado a salvo de cualquier colega de los viejos tiempos que blandiera un hacha, o incluso un martillo, de haber contado con el respaldo de mi hermano.

Desde entonces, le contó, había intentado muchas veces rescatar al Susurrante de su nido en llamas, pero aún no había encontrado la forma de romper los encantamientos que le sostenían en la chimenea, encantamientos que llevaban allí desde el Ragnarók y que no podía combatir con su magia invertida y debilitada.

Decidió convertir la colina en un lugar inexpugnable una vez que se convenció de su fracaso, y con tal propósito había reunido un ejército de trasgos, urdido una telaraña de encantamientos y horadado un laberinto de pasadizos a fin de esconder al Susurrante del mundo.

–Y quizá lo mejor es que siga escondido -añadió-, a menos que Odín te haya dado a ti algo que ayude. Un hechizo, un instrumento, no sé, ¿quizás una palabra?…

–No -le contestó la muchacha-. Ni siquiera un ensalmo.

El as sacudió la cabeza, disgustado.

–En ese caso, olvídalo. Sería más fácil intentar atrapar la luna con un cordelito.

Ella se detuvo un momento a pensar en el asunto, y al cabo del mismo preguntó:

–¿Así que tú crees que no hay esperanzas? ¿No hay realmente ninguna manera de sacarlo de ahí?

Loki se encogió de hombros.

–Créeme, lo he intentado. Si el General quiere hablar con esa cosa, tendrá que bajar aquí en persona.

–Quizá -repuso ella, todavía concentrada en sus pensamientos.

–Tendrás que decírselo tú, ya sabes. El Ragnarók ya es agua pasada. Y en lo que se refiere al Orden, todos somos sus enemigos. Quizá podríamos replantearnos nuestras alianzas, enterrar las rencillas y comenzar de nuevo.

–Pero tú traicionaste a los æsir -replicó Maddy-. Estás loco si crees que volverán a aceptarte entre ellos alguna vez.

–¡Los æsir! – De repente, sus palabras parecieron haber encontrado su objetivo; durante un momento los ojos de Loki llamearon con genuina cólera. Sus colores también flamearon, desde el violeta espectral hasta un rojo infernal-. Todo lo que han hecho siempre ha sido usarme cuando les ha convenido. Eso quería decir que siempre acudían a mí cuando había problemas: «Por favor, Loki, piensa en algo», pero cuando el peligro estaba conjurado, me despedían con un «vuélvete a la caseta del perro» sin ni siquiera darme las gracias. Siempre fui un ciudadano de segunda categoría en Ásgard, y ninguno de ellos me permitió olvidarlo jamás.

–Pero tú luchaste contra ellos en el Ragnarók -insistió Maddy, que había empezado a sentir más simpatía de la que osaba admitir por este peligroso individuo.

–El Ragnarók, el Ragnarók -musitó Loki con desdén-. ¿Y de qué lado esperaban ellos que me pusiera? Yo no tenía bando. Los æsir me abandonaron, los vanir

siempre me habían odiado, y en cuanto al Caos concernía, yo era un traidor merecedor de la muerte. Nadie me acogería, así que busqué al Número Uno, como siempre. De acuerdo, quizá di un par de golpes por el camino, pero en cuanto a lo que a mí se refiere, todo eso es agua pasada. El General no tiene nada que temer de mí.

–¿Qué pretendes decir exactamente? – le preguntó Maddy.

Loki esbozó una de sus sonrisas esquinadas.

–Maddy -dijo-, me he estado escondiendo en el Trasmundo durante la mayor parte de los últimos quinientos años. Esto no es la Fortaleza Negra, de acuerdo, pero tampoco vamos a decir que sea la gloria. Este sitio es un cubil oscuro y apestoso que está plagado de trasgos, lo cual implica que he de vigilar continuamente mis espaldas… Además, si he sabido interpretar los signos, va a llegar pronto un tiempo en el que ninguno de nosotros va a estar a salvo, de modo que ni el agujero más profundo bastará para ocultarnos de nuestros enemigos.

–¿Sólo eso?

–También estoy cansado de esconderme -admitió el as-. Quiero regresar a casa, deseo ver el cielo otra vez, y lo más importante, quiero que el General deje claro a cualquiera de los otros que todavía albergue alguna duda sobre mí que estoy oficialmente de vuelta del lado de los dioses. – Hizo una pausa y un brillo nostálgico invadió su rostro-. Se avecina otra guerra. Puedo sentirlo -comentó-. Y no necesito que ningún oráculo me lo vaticine. El Orden ya se ha puesto en marcha, predicando la Palabra por todas las Tierras Medias. Odín lo sabe, porque, según mis fuentes, se ha pasado más o menos el último siglo viajando de aquí a Finismundi para seguir de cerca su progresión, e intentando calcular cuánto tiempo nos queda. Mi suposición es que ya no nos queda nada. Por ese motivo es por el que necesita al Susurrante. En lo que a mí respecta, Maddy, no puedo evitarlo. – Loki sonrió abiertamente y dejó la botella en el suelo-. Es el Caos que llevo en la sangre. Si hay una guerra, quiero luchar.

Maddy permaneció en silencio durante un buen rato.

–En tal caso, cuéntaselo así a él -comentó al final.

–¿Cómo? ¿Reuniéndome con él en la superficie? – preguntó el Embaucador-. Se te debe de haber ido la cabecita.

–¿Y de verdad crees que el Tuerto va a venir hasta ti?

–Va a tener que hacerlo si quiere el Oráculo -repuso el as-. No habrá secreto, plan o estrategia que el Orden pueda ocultarle cuando el Oráculo obre en su poder. No puede esperar ganar la guerra sin él y no puede permitir que caiga en poder del otro lado, desde luego. – Loki esbozó una sonrisa-. Así que ya ves, Maddy, no tiene elección, salvo aceptar mis condiciones. Tráeme a Odín y le dejaré hablar con el Susurrante. Si no lo hace así, dudo que tenga muchas posibilidades una vez que el Orden venga aquí.

Ella puso cara de pocos amigos. Todo esto sonaba ingenioso, pero muy traído por los pelos. Ya había experimentado el hechizo de Loki, pero también conocía su reputación y estaba al tanto de que sus motivos rara vez eran limpios. Le miró y le vio observándola a ella con un brillo peligroso en sus ojos ardientes.

–¿Y bien? – inquirió.

–No confío en ti -replicó Maddy.

El Embaucador se encogió de hombros.

–Poca gente lo hace, pero ¿por qué no? Eres fuerte. Ya me has batido una vez antes.

–Dos veces -le corrigió Maddy.

–Lo que quieras -transigió él.

Ella sopesó con detenimiento la cuestión y se percató, quizá demasiado tarde, de que en realidad no sabía casi nada acerca de los poderes de su interlocutor. Le había batido, sin duda, ¿o no? La verdad era que no había sido una lucha limpia, pues le había pillado desprevenido. O quizás él le había permitido que le

sorprendiera por haberlo planeado así de antemano.

Los pensamientos se agolparon en la mente de Maddy. ¿Qué era lo que ella sabía del Susurrante? Loki le había explicado que era un oráculo, un poder procedente de la Era Antigua, un viejo amigo del Tuerto, un enemigo del Caos, y también le había dicho que le odiaba, que no le hablaba salvo para burlarse de él. Ahora bien, el Tuerto le había vaticinado que el Susurrante acudiría a ella. De pronto, especuló con la posibilidad de que Loki también supiera eso de algún modo.

«¿Y si el Embaucador me ha confundido? ¿Y si en vez de pretender rescatar al Susurrante más bien pretendiera evitar que nadie lo consiguiera?»

¿Podría ser posible incluso que fuera el *mismo* Loki el que hubiera atrapado al Susurrante en la chimenea, al no conseguir que trabajara para él?

El fuego era su elemento, después de todo. ¿Podría ser todo esto tan sólo una trampa cuidadosamente diseñada sin otro objetivo que atraer al Tuerto al Trasmundo, donde Loki había tenido siglos para prepararse con vistas a un eventual encuentro?

–¿Y bien? – insistió el Embaucador con impaciencia. Bueno, era demasiado tarde para malgastar el tiempo en preguntas. «La cerveza de ayer no es más que la orina de mañana», como Nan la Loca solía decir, lo que significaba, suponía Maddy, que si alguien tenía que sacarla de este lío, probablemente no sería la Guardia del Rey-. *¿Y bien?*

Ella suspiró profundamente mientras urdía para sí los esbozos de un plan, quizá fuera bastante desesperado, pero era cuanto se le ocurría con tan poca información disponible.

–De acuerdo -accedió-, pero primero tendrás que enseñármelo.

–¿Enseñarte el qué?

–Al Susurrante.

Capítulo 3



Ella no le perdió de vista ni un segundo mientras le seguía de regreso a la gruta de la chimenea. El falso vidriero había accedido a su petición de aparente buen humor, pero cierta hosquedad en sus colores sugería que la idea no era de su agrado. Maddy sabía que él era taimado; de hecho, si de veras era Loki, estaba ante el embaucador por excelencia, y si ya había sospechado lo que ella se proponía, no había más que decir sobre su reacción.

Se acercaron a la chimenea al amparo de un saliente rocoso y permanecieron al resguardo del mismo hasta que se agotó la fuerza del geiser. El as aprovechó el pequeño lapso de respiro entre un estallido y otro para adelantarse y situarse justo al borde del pozo.

–Quédate ahí -le previno a Maddy-, esto puede ser peligroso.

La interpelada le observó permanecer allí inmóvil, con sus colores llameando con repentina intensidad y con los dedos índice y meñique de la mano derecha adelantados para formar la runa Yr.

El Embaucador tenía el rostro bañado en sudor y permanecía con los puños apretados y los ojos cerrados con fuerza. Daba la impresión de estar preparándose para alguna peligrosa ordalía. Ella no tuvo la impresión de que estuviera actuando en aquel momento. El temblor de los músculos y la tensión de todo el cuerpo mientras esperaba alerta al Susurrante hablaban a las claras del esfuerzo realizado por Loki…

…que permaneció inmóvil incluso cuando el geiser empezó a despertarse y el runrún se convirtió en un bramido sordo. Él continuó de la misma guisa, haciendo caso omiso al peligro, y permaneció a la espera con la paciencia del

pescador al atrapar una trucha.

Maddy escuchó el inicio de la erupción al cabo de dos minutos. Sonaba como un aullido furioso en la garganta de un gigante.

Entonces, se movió de forma casi imperceptible.

La muchacha se lo habría perdido todo de no haberle observado con tanta atención, pues la técnica de Loki difería mucho de la suya. Maddy se comportaba tal y como le había instruido el Tuerto, estaba acostumbrada a valorar la precaución y la exactitud por encima de cualquier otra consideración. Formaba las runas con paciencia y más que lanzarlas, las manejaba con cuidado, como si pudieran explotar de no tenerlo.

Pero Loki era rápido. Se balanceó en el borde de la hoya como un funambulista a la espera de que la columna de vapor se abalanzara contra él, momento en que alzó la cabeza e hizo un curioso y rápido movimiento ondulante con la mano al tiempo que cambió a su aspecto ígneo, con sus rasgos apenas discernibles entre las llamas retorcidas, y envió las runas hacia la columna como si fueran un puñado de petardos.

Maddy apenas tuvo tiempo de leerlas todas. Creyó reconocer a Isa y a Naudr, pero ¿cuál era aquella runa volante que giraba como una sámara de sicómoro en el flujo hirviente o aquella que se quebró en una docena de fragmentos brillantes cuando rozó la llama?

Empero, el geiser irrumpió en ese momento y le dejó sin tiempo para dilucidar la respuesta a esa pregunta. El chorro de vapor impactó en el techo mientras arrojaba en el aire abrasador fragmentos de roca. La joven atisbo algo que saltaba como el corcho de una botella al destaparla y oyó en parte su silenciosa llamada…

…antes de caer otra vez en la chimenea.

El Embaucador había buscado refugio detrás de una losa de piedra antes de abandonar su aspecto ígneo y recuperar su forma verdadera. Tenía el rostro encendido y el pelo lacio a causa del sudor. Las ropas desprendían hedor a

quemado. Sin embargo, parecía lleno de júbilo. En el resplandor sus ojos aparecían salpicados de un fuego misterioso. Se volvió hacia Maddy.

–¿Lo has visto, entonces?

Ella asintió, inquieta al recordar la rapidez con la que había cabeceado en la superficie y el modo en que la luz parecía brillar a su través, y también cómo la había *llamado…*

–Ése era el Susurrante. Ay -comentó él, soplándose las manos quemadas.

–¡Pero está vivo!

–Es una forma de verlo. – Maddy pudo apreciar entonces cuánto le había costado a Loki aquel esfuerzo; a pesar de sus palabras despreocupadas, estaba temblando, sin aliento, y sus colores se habían vuelto mortecinos-. Realmente no le gusto -siguió hablando el Embaucador-. Aunque siendo justos, no creo que le gustemos mucho ninguno de nosotros. Y en cuanto a sacarlo de ahí, ya ves la pinta que tiene. Si Odín quiere consultar el Oráculo, entonces tendrá que escoger el camino más arduo.

Se hizo un silencio mientras Maddy se quedaba mirando fijamente la chimenea y Loki recobraba el ritmo normal de su respiración. Entonces se puso en pie con cuidado. Podía sentir ya cómo se preparaba la siguiente erupción; más que escuchar, sentía en los pies el desgarro de las grietas ardientes bajo la enorme presión.

–¿Qué estás haciendo? – le preguntó él-. ¿No has oído lo que acabo de decirte?

La muchacha dio un paso hacia la chimenea debajo de la cual gorgoteaba la lava fundida. Loki la siguió, ahora intranquilo, pero escondiéndolo bien, excepto en sus colores, que traicionaban la ansiedad y la fatiga. Sea lo que fuera lo que le había hecho el Susurrante, le había robado buena parte de su energía mágica, una ventaja que Maddy pretendía explotar.

Ahora ella estaba de pie en el borde de la chimenea.

–Vigila dónde pones los pies -comentó el as con aparente despreocupación-. A menos que tengas mucha prisa en irte al Averno.

–Sólo un segundo -dijo ella, mirando hacia abajo, hacia la garganta ardiente.

La chimenea estaba cerca ya de explotar de nuevo. A Maddy le llegaba un hedor a ropa sucia chamuscada, y sentía los pelillos de la nariz que comenzaban a crujir. Le picaban los ojos y las manos le temblaban cuando también ella formó la runa Yr.

–Maddy, ten cuidado -advirtió Loki.

El flujo de roca hirviente se derramó sobre el río subterráneo y el aire caliente empezó a rugir en el fondo de la chimenea, que se llenaría de vapor al cabo de unos instantes; luego, un segundo más tarde, emergería la columna de gas y cenizas en llamas.

La muchacha esperó haberlo sincronizado de forma correcta.

Ahora era ella quien mantenía a duras penas el equilibrio en el borde mismo de la hoya, cuyas piedras estaban resbaladizas por culpa del azufre y el residuo vítreo de tantas erupciones. Intentó recordar cómo lo había hecho Loki, balanceándose en el borde como un funambulista en el alambre, con sus manos barajando runas tan rápido que Maddy apenas había podido verlas antes de que se sumergieran en la nube que había a sus pies.

El Embaucador se había situado detrás de ella, tan cerca que le picaba la piel ante su proximidad, pero ella no osó volverse, ya que no quería que adivinara sus propósitos. Dentro de la chimenea, el resplandor del horno pasaba del naranja al amarillo, y del amarillo casi al blanco, y Maddy volcó toda la fuerza de su concentración en el Susurrante cuando ésta empezó a crecer.

«Acudirá a ti si le llamas».

Más que oírle en la mente, lo sintió.

(¿?)

Y en ese momento ella le invocó, no con palabras, sino con su energía mágica, aquello que Loki había llamado el lenguaje del Caos. No era ningún idioma que hubiera aprendido, pero aun así podía sentir cómo la conectaba con el Susurrante, uniéndolos como notas en un acorde perdido hacía mucho tiempo.

Al final logró observar en lo más hondo de la chimenea algo muy similar a los hilos de la red del juego de la cuna de gato. Se trataba de un complicado diagrama en el cual había un sinfín de runas y firmas mágicas que se entrecruzaban en hileras de complejidad creciente.

«Es una red», dijo para sí. En ese momento por segunda vez volvió a notar una respuesta. Era un destello o un lamento del objeto aprisionado en la urdimbre de esa malla, pues aquello era una red similar a la usada por Loki para capturar a los peces…

(¡!)

Ella albergaba la intención de usar contra él esa red, pero las runas de Loki no jugaban limpio, se estiraban y se retorcían entre sus dedos. Naudr, la Recolectora; Thuris, la Espinosa; Tyr, el Guerrero; Kaen, el Fuego Desatado; Logr, el Agua; Isa, el Hielo.

Las runas de Loki eran verdaderas trampas e incluso mientras las retiraba notaba cómo se movían y se deslizaban maliciosamente fuera de su alineamiento en los hilos de la urdimbre a la espera de que ella perdiese la concentración.

–¡Maddy! – gritó el Embaucador a su espalda, y ella no necesitó ninguna runa para sentir su miedo.

Él le rozó el hombro con la mano y ella se tambaleó, consciente de la chimenea bajo sus pies. «Como me dé un empujón…», dijo para sus adentros.

Volvió a llamar a aquella cosa situada en medio del fuego y profirió un lamento que resonó por toda la caverna cuando arrancó la red con su trampa de encantamientos y la levantó, atrayéndola hacia ella, fuera de la chimenea.

El geiser estalló en ese preciso momento.

El vapor subió golpeteando las paredes de la angosta garganta de la hoya como un enorme martillo de aire caliente. El hedor a ropa sucia llenó la cueva y todo se volvió níveo durante unos segundos, cuando Maddy se vio envuelta por un color blanco hirviente. Loki saltó hacia atrás en el preciso instante en que ella arrojó la red, no hacia el Susurrante en su columna de fuego, sino directamente detrás de ella, en la cara de Loki…

…sin darle tiempo de protegerse. Titilaron las runas del Alfabeto Antiguo, Naudr, Thuris, Tyr y Os, Hagall y Kaen, Isa y Úr. La red cayó, atrapando a Loki tan hábilmente como a cualquier pez, y por último Aesk, la propia runa de Maddy, lanzó al Embaucador a través de la caverna cuando la columna ardiente se liberó, bañando a ambos con cenizas, azufre y capas de vidrio volcánico.

El chorro fue mayor que ninguno de los anteriores y arrojó a la muchacha a unos siete metros, donde cayó de rodillas, medio aturdida. Detrás de ella el geiser estaba alcanzando el clímax. Las cenizas y los rescoldos saturaron el aire al tiempo que las piedras candentes cayeron todo a su alrededor. Por último, algo pesado se estrelló contra la tierra a pocos pasos de la antigua posición de Maddy.

–¿Loki?

La voz de la joven levantó un eco apagado al rebotar contra las paredes chorreantes de vapor. El vaho achicharrante la había dejado medio cegada, por lo que se dejó caer sobre una losa plana y se esforzó en respirar. No estaba acostumbrada a realizar ese tipo de esfuerzos y ahora se había quedado casi sin energía mágica. Si la atacaba en ese preciso momento, ella apenas podría recurrir a poco más que un ensalmo para defenderse.

–¿Loki? – le llamó.

No hubo réplica.

El surtidor se consumió al cabo de un minuto, momento en que los vapores sulfurosos empezaron a saturar el aire de la gruta. La joven se arriesgó a echar una ojeada a su alrededor, pero no había nada que ver en la neblina de un

amarillento insano.

Maddy comprendió el motivo cuando el vapor se disipó, dejando al descubierto la extensión del daño. Una parte del techo se había desplomado y ahora un túmulo de escombros obstruía la chimenea. Una enorme losa de roca, con su lado más cercano atestado con trozos de estalactitas, yacía sobre el túmulo como un puño cubierto por un guantelete.

¿Y Loki?

¿Y el Susurrante?

No había rastro de ninguno de los dos en la caverna ahora en ruinas.



Capítulo 4



Transcurrieron varios minutos más antes de que Maddy fuera capaz de ponerse en pie. Se incorporó temblorosa y se sacudió las cenizas del pelo. Todavía tenía la visión borrosa después de haber mirado dentro de la chimenea; las manos se le habían quedado doloridas, como quemadas por el sol.

La sacudida ya había terminado, dejando la caverna sumida en un silencio inquietante. El polvo caía desde el techo roto sobre el gigantesco túmulo de roca y escombros, que cerraba por completo el extremo de la cueva donde había estado Loki y su red.

«Felicidades, Maddy -comentó una voz desabrida en el interior de su mente-. Ahora eres una asesina».

–No -susurró Maddy, horrorizada.

Ella nunca había querido herirle, por supuesto. Sólo quería mantenerlo bajo control, sujetarle, mientras ella reclamaba al Susurrante, pero todo había ocurrido tan *rápido.*… No había tenido tiempo de medir sus fuerzas. Y ahora, por su culpa, él estaba allí enterrado, aplastado bajo aquel puño pétreo…

Resultaba difícil respirar, ya que ahora los vapores del geiser se entremezclaban con el polvo despedido por el montón de piedras acumuladas que, como un túmulo de la Era Antigua, parecían llenar la caverna. Lentamente, a desgana, se dirigió hacia él. Una parte de ella deseaba contra toda esperanza que Loki se hallara allí, atrapado e indemne, por lo que empezó a retirar las rocas más pequeñas de forma poco sistemática y escudriñaba la pila en una vana búsqueda de un trozo de manga, una bota, una sombra…

Una firma mágica.

¡Eso era! Maddy, contrariada, se hubiera dado de bofetadas. Alzó una mano trémula y formó Bjarkán hasta encontrar la firma mágica del Embaucador, ese inconfundible rastro de fuego desatado. La luz de dos firmas mágicas nunca podía ser igual, y la de Loki, como la del Tuerto, era compleja y vivida a diferencia de cualesquiera otras.

¡Estaba vivo!

Un buen rastreador era capaz de precisar la edad del lobo que cazaba, si cojeaba o no, lo rápido que era capaz de correr y cuándo llevó a cabo su última cacería. Ella no era una observadora tan capacitada, pero localizó los fragmentos de la red y los restos de la runa mental que había lanzado.

Se había concentrado un poder tremendo en aquella runa final; un poder suficiente para hundir el techo cuando Maddy extrajo al Susurrante de la chimenea. Los trozos de Aesk seguían desparramados por el suelo, como fragmentos de la explosión de una botella de refresco de jengibre. Determinó el lugar donde la runa había alcanzado a Loki, a quien había impulsado contra la pared, donde le había dejado clavado como una mariposa sujeta a una tela por un alfiler poco antes de que el techo se derrumbara sobre él.

Pero entonces…

Allí estaba, contra toda esperanza, alejándose del amontonamiento de piedras. No era un resto, ni un fragmento, sino una firma mágica, garabateada fugazmente en aquel característico violeta intenso en agudo contraste con la roca.

Supuso que había intentado esconderse debido a lo desvaído del trazo, pero o bien estaba demasiado débil para ocultar el rastro de su color, o las rocas desprendidas habían distraído buena parte de su concentración, porque allí estaba, sin lugar a confusiones, dirigiéndose hacia la entrada de la caverna.

Y allí fue donde Maddy le encontró al final. Se había dejado caer detrás de un bloque de piedra y mantenía un brazo alzado para cubrirse la cabeza, con los dedos aún doblados para digitar la forma de Yr, la runa de la protección. Se hallaba muy quieto y la roca situada detrás de él estaba empapada por una cantidad alarmante de sangre.

El corazón de Maddy dio un lento vuelco. Se arrodilló, convulsa, y alzó una mano para tocarle la cara. Vio que la sangre salía de un estrecho tajo que tenía sobre la ceja. Una roca debió de haberle interceptado mientras corría, a menos que hubiera sido la caída la que le hubiera dejado inconsciente. De cualquier modo, estaba vivo.

El alivio hizo que Maddy se echara a reír con fuerza, aunque se lo pensó mejor en cuanto oyó el extraño y turbador retumbo de sus carcajadas a través de la caverna destrozada.

Estaba vivo, se recordó a sí misma, pero tan pronto como se despertara, sería doblemente peligroso. Éste era *su* sitio. Los dioses sabrían cuántos recursos tendría a los que poder echar mano. Necesitaba salir de allí, y cuanto antes.

Miró a su alrededor. La caverna retenía ese olor acre despedido por la chimenea, pero el aire era más limpio ahora que había cesado la lluvia de rocas. Ese examen reveló a la muchacha que Loki se había salvado de chiripa. Un trozo de vidrio volcánico del tamaño de la cabeza de un jabalí había pasado a escasos centímetros y ahora yacía a los pies de Maddy, todavía refulgente.

Maddy caviló a toda prisa para evaluar una situación que tenía muy mala pinta. El intento se había saldado con un fracaso, pues no tenía al Susurrante y se había quedado sin fuerzas, y además seguía encerrada en los túneles subterráneos del Trasmundo con miles y miles de pasadizos y galerías que se interponían entre ellos y la superficie.

Aun así, había sido un buen plan. Tendría que haber funcionado. Durante un segundo había existido contacto entre ellos. El Susurrante había respondido a su llamada. Había estado a punto de conseguirlo, pero como solía afirmar Nan la Loca: «Estar a punto de ganar una carrera es perderla».

Maddy miró a su alrededor, desesperada. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

–Mátale -ordenó una voz a sus espaldas. Sorprendida, Maddy se dio la vuelta-. Hazlo, se lo merece -aseguró una voz masculina, seca y desaprobadora, con un cierto remilgo, como la de Nat Parson en mitad de un sermón.

Pero no había nadie a la vista. A su alrededor las sombras aumentaban, teñidas de rojo, mientras la chimenea cogía aliento.

–¿Dónde estás? – murmuró ella.

–Mátale de una vez -repitió la voz-. Hazle un favor a los mundos. Nunca tendrás mejor oportunidad.

Maddy miró a derecha e izquierda sin ver a nadie.

¿Se lo habría imaginado? ¿Acaso el humo y los vapores la habían aturdido? En algún rincón al fondo de la mente, una voz bajita y perseverante le instaba a echar a correr para rehuir el nuevo chorro de vapor del geiser, cuya próxima explosión era inminente, y conseguir un poco de aire respirable, so pena de terminar desmayada, pero nada de esto parecía tener importancia ahora. Era mucho más fácil ignorarlo, cerrar los ojos y no pensar.

–Déjalo ya -comentó la voz en tono agudo-. Pero tú eres imbécil, ¿a que sí? ¡Mira abajo, chica, mira a-ba-jo!

Maddy agachó la mirada.

–Más abajo.

–Pero si no hay nada… -comenzó Maddy, hasta que tropezó de pronto, con los ojos dilatados por la sorpresa, cuando vio (y lo vio realmente) lo que había aterrizado con un golpe casi a sus pies, todavía brillando debido al calor de su nido ardiente.

–Ah, vaya, por fin -comentó el Susurrante con un tono cansado-. Ahora, si eres capaz de hacer un pequeño esfuerzo más, al menos podrías darle una patada a ese bastardo de mi parte.



Capítulo 5



Hasta donde se sabía, nadie había cartografiado ni computado jamás los pasadizos que discurrían debajo de la colina del Caballo Rojo. Ni siquiera el Capitán los conocía todos a pesar de haberlos usado durante siglos como refugio y lugar de reunión para los trasgos, pues, al fin y al cabo, ni era el arquitecto de la colina ni el custodio de todos sus secretos.

Se rumoreaba que quien se adentrara a suficiente profundidad podría seguir el curso del Strond hasta el mismísimo Averno y la Fortaleza Negra, que se alzaba a orillas del río Sueño. Nadie sabía a ciencia cierta si era verdad, salvo posiblemente el Capitán, y cualquier trasgo lo bastante tonto para preguntarle esta clase de detalles se merecía cuanto le pasara.

La-Bolsa-o-la-Vida no tenía un pelo de tonto pero, sin embargo, era muy fisgón; la curiosidad le espoleaba más de lo que le retenía el deseo de permanecer a

salvo, y él ya había visto una serie de cosas extrañas que deseaba probar e investigar. Todo había empezado con aquella chica que conocía su verdadero nombre y su descenso hacia las regiones adonde no se aventuraba ningún trasgo, pero en las cuales a veces desaparecía el Capitán, de donde acostumbraba a regresar de un humor de perros y apestando a azufre.

Lo siguiente habían sido los acontecimientos en el Supramundo, a los cuales el trasgo apenas habría prestado interés en circunstancias normales, pues a los suyos no les gustan los problemas, a menos que los causasen ellos mismos, y las frecuentes idas y venidas en la colina del Caballo Rojo, con aquellas partidas y el párroco agitando al vecindario, normalmente le habrían inducido a quedarse a salvo bajo tierra…

…pero en esta ocasión sentía que había en marcha algo más que la tensión habitual entre la Gente y Faerie. Habían corrido toda clase de rumores y el jinete que había acudido a lomos de un corcel cargado había cabalgado de regreso al Hindarfial. Luego estaba lo de ese olor tan similar al del incienso y a rastrojos quemados, y hacía media hora por lo menos que el Capitán había vuelto de una de sus expediciones con un trapo anudado a la cabeza y un brillo de odio en la mirada que había puesto a la guardia en alerta total, y se había encerrado en sus estancias privadas, hablando con brusquedad a cualquier trasgo que se le acercase.

Bolsa tenía algo mejor que hacer que cruzarse en su camino. Había procedido según lo acostumbrado en circunstancias similares: se había apostado en un lugar apartado y se había preparado para regalarse con un bizcocho de ciruela, un queso curado y un barrilillo de brandy de esos que parece que dan coces como una muía y que había escondido allí varias semanas atrás. Estaba empezando a ponerse cómodo cuando le llegó un sonido de voces y reconoció una de ellas; era la de Maddy.

Su deber estaba claro: detener a la chica. Ésas eran sus instrucciones, claras como el agua, órdenes impartidas por el Capitán en persona y él tenía formas de ponerse muy desagradable cuando no se obedecían sus órdenes.

Por otro lado, se dijo, cualquiera capaz de poner nervioso a Loki sería un compañero más que bienvenido para La-Bolsa-o-la-Vida. La mejor clase de

valentía, en este caso, consistía en tratar de pasar inadvertido y terminarse el brandy.

Era un buen plan y habría salido perfecto, pensó Bolsa más tarde, si no hubiera sido por su dichosa curiosidad. La misma que le había llevado hasta la chica en primer lugar; y ahora sacaba de nuevo lo mejor de sí mismo mientras se arrastraba en las sombras, intentando escuchar lo que decían las voces.

Parecía una discusión cada vez más subida de tono.

Maddy descubrió enseguida que el Susurrante no estaba nada agradecido por su liberación. Es más, tras una precipitada salida de la caverna, en el transcurso de las horas siguientes, mientras acarreaba el objeto en una improvisada mochila hecha con la chaqueta, tuvo muchas oportunidades de maldecirse por haber tenido tanto éxito.

«El Tuerto tenía razón cuando me dijo que el Susurrante tenía el aspecto de un trozo de piedra», había pensado la muchacha en un primer momento, cuando parecía un fragmento de algún material vítreo volcánico, obsidiana o quizás algún tipo de cuarzo, pero luego, tras estudiarlo más de cerca, pudo verle el rostro: una nariz prominente, una boca con las comisuras hacia abajo y unos ojos que relumbraban con una inteligencia mezquina.

Y en lo tocante al carácter, tratar con él era como aguantar a un cascarrabias de genio espantoso a quien nada le agradaba. Ni el ritmo del avance, que era demasiado lento, pero que tildaba de incómodo en cuanto Maddy apretaba el paso, ni la conversación de la muchacha, ni su silencio, y en especial, el hecho de que iban a reunirse con el Tuerto.

–¿Con ese perro de la guerra? – inquirió el Susurrante-. Nunca le he pertenecido, nunca jamás. Se cree que todavía es el General. Piensa que lo único que ha de hacer es ponerse a dar órdenes de nuevo. – La joven ya había oído esa cantinela varias veces, por lo que no le contestó e intentó concentrarse en el camino, rocoso y lleno de agujeros-. Tan arrogante como siempre, pero quién se cree que es, ¿eh? El Padre de Todo, mi…

–Supongo que tal vez habrías preferido que te dejara en la chimenea -comentó Maddy casi sin resuello.

–¿Qué? ¡Habla más alto!

–Me has oído perfectamente.

–Ahora escúchame tú -dijo el Susurrante-. No creo que tengas idea de con qué te estás viendo las caras. Yo no soy nada más que una piedra, pero ¿sabes? en las manos incorrectas podría explotar como una granada.

Maddy le ignoró y continuó la marcha. Era una caminata ardua, pues el Susurrante pesaba mucho y era incómodo de acarrear. Cada vez que le asaltaba la tentación de detenerse a descansar imaginaba a Loki recuperado, enfadado y más que dispuesto a vengarse corriendo tras sus pasos por el pasadizo. Ella hacía cuanto estaba en su mano para ocultar su rastro, cruzándolo algunas veces con la runiforma Yr, o regresando sobre sus pasos. Esperaba que esas precauciones bastaran para darle esquinazo o retrasarlo, aunque no podía saberlo a ciencia cierta.

El Susurrante no había tardado en quejarse de la compasión mostrada por Maddy.

–Tendrías que haberle matado cuando tuviste la oportunidad -se lamentó por vigésima vez-. Estaba inerme e inconsciente, completamente a nuestra merced. Aparte de eso, podrías haberle dejado allí y los vapores tóxicos probablemente habrían acabado con él. Pero ¿qué es lo que haces? Vas tú y le *salvas.* Le sacas hasta donde el aire está limpio y le vendas la cabeza. Prácticamente le has metido en la cama, por el amor de los dioses, ¿qué será lo siguiente, llevarle un vasito de leche o hacerle un huevo pasado por agua?

–Oh, déjame un rato en paz -replicó Maddy, enojada.

–Lo vas a lamentar -continuó el Susurrante-. No nos va a dar más que problemas.

Lo cierto es que estaba obligada a admitir la existencia de razones para guardarle

resentimiento al Embaucador a tenor de lo narrado por la cosa, que le mostró a Maddy todo el catálogo de varios siglos de quejas sobre Loki mientras se dirigían hacia el Supramundo, comenzando por su adopción en Asgard y la confusión que había traído consigo y culminando con su reaparición, unos cientos de años después del Ragnarók y en el sitio peor posible, en las catacumbas de la Ciudad Universal, en el distante Finismundi.

–¿Qué estaba haciendo allí? No lo sé, pero seguro que nada bueno, ni que decir tiene, y se hallaba muy debilitado tras haber invertido su magia, pero eso sí, seguía tan taimado como siempre, maldito sea, y debía de saber de algún modo que yo estaba por allí cerca…

–¿Lo sabía? – preguntó Maddy.

–Sí, claro -siseó el Susurrante-. Allí estaba yo, en paz por fin, durmiendo tranquilo durante siglos y ¿qué es lo que hace? Me despierta, el muy bastardo.

–Pero ¿cómo pudo averiguar tu paradero?

Emitió una irritada pulsación de luz.

–Bien, dado el hecho de que hoy día no soy lo que podría llamarse un artefacto móvil independiente, supongo que se limitó a buscar entre las ruinas hasta que…

–¿En qué ruinas? – preguntó Maddy.

–Pues en las de Asgard, claro -replicó el Susurrante con brusquedad.

Maddy se le quedó mirando fijamente.

–¿Asgard? – inquirió.

Por supuesto estaba al tanto de que la Ciudadela del Cielo había caído durante el Ragnarók, y había oído muchas historias sobre ese lugar, tantas que casi creía haberlo visto por sí misma, con sus salones dorados y el Bífrost o puente del Arco Iris, que abarcaba todo el cielo.

El Susurrante se echó a reír.

–¿Qué? ¿No te lo contó Odín? El extremo más lejano del puente está en Finismundi. La Gente nunca supo nada de eso, por supuesto. Jamás lo han cruzado y sólo se ve cuando llueve y hace sol a la vez, aunque piensan que es un fenómeno natural, debido a condiciones climatológicas extraordinarias, pero Sirio, ese a quien tú conoces bajo el nombre de Loki, lo sabía, me halló y me trajo hasta aquí, un lugar que se encuentra en una posición central respecto a los mundos, un lugar donde convergen líneas de gran poder, donde me ató con runas y ardides y juró que únicamente me soltaría si le facilitaba lo que quería.

–Lo sabía -repuso Maddy-, pero ¿qué es lo que reclamaba?

Una vez más el Susurrante siseó para sus adentros.

–Pretendía recobrar su verdadero aspecto, o sea, reinvertir su runa, pero como eso no pudo ser, aspiraba a usarme como moneda de cambio y venderme a los æsir o los vanir para garantizar su lamentable pellejo; sin embargo, como hizo su trabajo demasiado bien, no podía sacarme de nuevo de la hoya. Las fuerzas que me aprisionaban proceden del Sueño y de la Muerte y aun de más allá, y me mantenían bien sujeto, y todo cuanto él podía hacer era vigilarme, esperar y rezar para que nunca consiguiera fugarme. Y así ha sido durante siglos. – El Susurrante dejó escapar su risa seca-. Si eso no me da derecho a vengarme, entonces esta Era Nueva vuestra es aún más patética de lo que pensé que iba a ser.

En cuanto llegaron a los niveles superiores, Maddy tuvo ocasión de observar el aumento de actividad por parte de los trasgos, cuyos colores relumbraban a lo largo de su camino, y cuyas huellas se desparramaban por todo el suelo de tierra roja. Se detuvo cuando empezó también a oírlos.

Ese era el tramo más peligroso al no haber escondrijo alguno desde el punto donde estaban hasta el final del trayecto. La larga andadura cuesta arriba hacia el nivel superior los dejaría expuestos en la escalera de roca durante un lapso de tiempo peligrosamente largo, pero Maddy sabía que no existía otra salida, pues todos los demás caminos conducían hasta el laberinto de almacenes y habitaciones acondicionadas para albergar tesoros que llenaban la colina; y

debajo estaba el río, una oscuridad fastidiosa en la cual no se podía depositar ninguna esperanza.

–¿Por qué nos hemos detenido? – exigió saber el Susurrante.

–Calla -replicó ella-. Estoy pensando.

–¿Qué pasa, te has extraviado? Ya debería habérmelo imaginado.

–No me he perdido -le interrumpió Maddy, enfadada-. Es sólo que…

–Ya te dije que tendrías que haberle matado -insistió la cosa-. Si yo estuviera en su lugar, iría detrás de nosotros, tendería una emboscada y tendría ejércitos de trasgos detrás de cada esquina y…

–Bien, ¿y qué es lo que sugieres? – le cortó con brusquedad.

–Sugiero que deberías haberle matado.

–Bueno, pues mira qué útil es eso -repuso ella-. Creía que eras un oráculo. ¿No se supone que conoces el futuro o algo por el estilo?

El Susurrante refulgió con abierto desprecio.

–Escúchame, chica, los dioses han pagado, y muy caro por cierto, por mis profecías. Odín me entregó un ojo, eso ya lo sabes, pero eso fue hace mucho tiempo y en realidad fue una ganga. En cuanto a ti…

–No tengo intención de darte ningún ojo -repuso Maddy, con resolución.

–Por todos los dioses vivos, niña. ¿Y para qué lo quiero yo?

–Entonces, ¿qué es lo que deseas?

El Susurrante relumbró aún con más fuerza.

–Escucha, chica, me caes bien -empezó-, y como me gustas, voy a ayudarte, pero

has de hacerme caso ahora mismo. Escucha y anota. Tu viejo amigo el Tuerto te ha mentido todo el tiempo con el propósito de traerte hasta este punto. Durante los últimos siete años te ha alimentado con una dieta cuidadosamente equilibrada de medias verdades y engaños, la más abyecta de todas es la que se refiere a lo que eres…

–¿Qué quieres decir con eso de «lo que eres»?

El Susurrante lanzó uno de sus más brillantes destellos y Maddy pudo entrever chispas de luz rúnica atrapadas como luciérnagas en el cristal volcánico. Bailaban de forma seductora y la cabeza de Maddy se empezó a sentir agradablemente ofuscada, como si se hubiera bebido una especiada cerveza caliente. Intuyó que se trataba de un encantamiento y rechazó el tan grato sentimiento para trazar Yr ante el Susurrante, que continuó brillando, pero con suficiencia, como si hubiera obtenido algún mérito de categoría.

–Detente ya -dijo Maddy.

–Es sólo una demostración -repuso el Susurrante-, hablo cuando es mi deber, y no puedo callar. Esa runa tuya es bien fuerte, ya lo sabes. Hice una predicción sobre ella antes del Ragnarók. Supongo que ése es el motivo de que el Tuerto te enviara. No querría arriesgar su propio pellejo.

Durante un momento, Maddy no dijo nada. Tenía que tomarse al Susurrante con precaución y eso había confirmado algo de lo que Loki había dicho, y estaba claro que no debía confiar en él. Sin embargo, el Oráculo…

-¿*Puede* mentir un oráculo?

–Quiere empezar una guerra -continuó la cosa-, una segunda Tribulación, para eliminar el Orden de una vez por todas. Con una simple palabra, morirán miles.

–¿Eso es una profecía? – inquirió Maddy.

–Hablo cuando es mi deber, y no puedo callar.

–¿Qué quiere decir eso?

–Hablo cuando es mi deber…

–Vale, de acuerdo. ¿Y qué más ves?

Ahora el corazón de Maddy latía con fuerza. Detrás del rostro pétreo del Susurrante, las luces y los colores bailoteaban y giraban.

–Veo un ejército listo para la batalla. Un general solo a su frente veo. Veo un traidor en la puerta. Un sacrificio también veo -vaticinó el Susurrante.

–¿No podrías ser un poco más preciso?

–Hablo cuando es mi deber, y no puedo callar. Tras las murallas del Hel los muertos se levantarán, el Innombrable se alzará y los Nueve Mundos se perderán, a menos que los Siete Durmientes alguien despierte y al Tonante del Averno alguien libere…

–¡Sigue! – exclamó Maddy.

De pronto, los colores del Susurrante se oscurecieron y volvió a tener el aspecto de una piedra. Un movimiento furtivo en las sombras y un ligero crujido de guijarros en el suelo alertaron a Maddy de una nueva presencia cerca de allí.

–Nyd byth nearu on breostan[8] .

Maddy canturreó el ensalmo con contundencia.

…y unió las manos hasta formar Naudr, lanzó la runa hacia la oscuridad y atrapó a una figura diminuta, de orejas grandes y peludas y con ojos dorados, cubierta de malla de la cabeza a los pies.

–¡Otra vez tú! – exclamó la muchacha con incredulidad.

La curiosidad de Bolsa había sido más fuerte que él.

Capítulo 6



–Mátale -instigó el Susurrante a Maddy…

…que bajó los ojos hacia el deslumbrado trasgo.

–Estabas espiando, ¿no?

–Mátale -insistió el Susurrante-. No dejes que se marche.

–No puedo -contestó Maddy-. ¿Por qué no dejas de pedirme que mate a la gente? Conozco a este trasgo -continuó ella-. Es el que me guió.

El Susurrante hizo un sonido de exasperación.

–¿Y qué importa? ¿Qué quieres? ¿Que dé la voz de alarma?

Bolsa miraba a Maddy con cautela.

–¿La alarma de qué? – replicó-. No sé nada y no quiero saberlo tampoco. De hecho -prosiguió la criatura, súbitamente inspirada-, creo que he perdido la memoria y no recuerdo ni papa, zagala. Así que no hay que preocuparse una miaja por lo que yo haya podido oír… Podéis seguir vuestro camino y yo me quedo aquí, bien quietecito…

–Vamos, por favor -intervino el Susurrante-, pero si lo has escuchado todo…

Bolsa asumió una expresión de asombro y fingió estar ofendido.

–Ya lo sé -admitió Maddy.

–Bien, ¿y entonces qué? No tenemos otra alternativa. En cuanto se le presente la más mínima oportunidad se lo contará a su señor. ¿Por qué no le matas de una vez y te comportas como una buena chica y…?

–Cállate ya -le cortó Maddy-. No voy a matar a nadie.

–Eso es hablar como una verdadera dama, señorita -comentó Bolsa con verdadero alivio-. No tienes por qué escuchar a esa cosa repugnante. Lo único que debes hacer es regresar sana y salva hacia el Ojo del Caballo. No hay necesidad de quedarse aquí más de lo necesario, ¿a que no, zagala?

–Cierra el pico, Bolsa. Tú vas a ser el que nos lleve de vuelta al Supramundo.

–*¿Qué?* -preguntó bruscamente el Susurrante.

–Bueno, es obvio que no podemos dejarle aquí y hemos de encontrar una salida segura hacia el exterior de la colina, por lo que se me ha ocurrido…

–¿Es que no has escuchado *nada* de lo que te he dicho?

–Bueno… -admitió Maddy.

–Pues ocurre que acabo de hacer una profecía de lo más significativa -comentó el Susurrante-. ¿Tienes idea de lo privilegiada que eres? Me he pasado cuatrocientos años en esa condenada hoya, con Sirio pegado a mí día y noche, y jamás le he dirigido ni siquiera una sílaba.

–Pero ¿no se supone que es al Tuerto a quien tienes que decirle todo?

El Susurrante hizo un ruido muy similar a un bufido.

–Mira lo que pasó la última vez -replicó-. El muy idiota consiguió que le mataran.

Fue justo entonces cuando oyeron el sonido. Un latido distante justo por encima

de sus cabezas, demasiado regular para ser accidental, que les envió ondas de choque a través de la colina hueca y que hizo temblar las paredes de piedra.

Bum, bum, bum.

Bum, bum, bum.

–¿Qué es eso? – preguntó Maddy.

–Problemas -vaticinó el Susurrante.

El golpeteo sonó como una sucesión de cañonazos a oídos de Maddy mientras que al trasgo le recordó el runrún del Pueblo del Túnel cuando se ponía manos a la obra en alguna clase de actividad minera o tal vez algún tipo de excavación. Poco después oyeron el soniquete de la arenilla al caer sobre la escalera, conforme se iba desprendiendo del techo de los niveles superiores, situados mucho más arriba.

–¿Qué es eso, Bolsa?

El interpelado le ofreció por toda respuesta uno de sus encogimientos de hombros que parecían afectar a todo su cuerpo, pero luego comentó:

–A mí me suena como si estuvieran excavando junto al Ojo del Caballo. Tal vez sea alguien de los tuyos que se ha puesto al tema otra vez. Ha habido un jaleo de cuidado entre la Gente en los últimos tiempos.

La joven se preguntó cuánto tiempo habría pasado en el subsuelo. ¿Un día? ¿Tal vez dos?

–Pero tenemos que salir. ¿No hay forma de evitar la colina del Caballo Rojo?

–Sí que se puede, señorita, pero es un camino muy largo, y hay que llegar casi hasta los Durmientes, y…

–Estupendo. Entonces será seguro.

«¿Seguro? – pensó Bolsa-. ¿Seguro?» La posibilidad de unir *seguridad* y *Durmientes,* no ya en la misma frase, sino en el mismo párrafo despertaba en él unas ganas locas de aullar, pero no serviría de nada negar el sonido del martilleo y ahora los finos oídos del trasgo le permitieron captar otros ruidos adicionales: el de los percherones, las ruedas y el golpe ocasional de metal contra metal.

–Oh, oh -exclamó Bolsa.

–¿Qué?

–Me da la impresión de que pretenden entrar aquí dentro.

La voz de Bolsa denotaba una gran incredulidad, pues en cinco siglos de asedio, visto desde su perspectiva, la Gente jamás había intentado nada, salvo algún conato de horadar el suelo a fin de abrir una grieta en la puerta de entrada al Trasmundo, pero en este momento estaban abriéndose camino a golpe limpio dentro de la roca.

–No creo que al Capitán le guste esto -comentó-. Maldita la gracia que le va a hacer.



Capítulo 7



Loki se había guarecido en un rincón del bosque del Osezno, donde continuaba padeciendo una fuerte migraña. Su nombre significaba «fuego desatado» y su temperamento no le iba menos a la zaga. Había dado muestras del mismo en el Trasmundo, donde había soltado maldiciones en todas las lenguas que hablaba y también había roto una buena cantidad de pequeños objetos valiosos sin otra culpa que la cercanía a su persona.

Se había equivocado por atolondrado, eso lo tenía claro. Había juzgado mal a Maddy no sólo una vez, lo cual habría sido disculpable, sino dos, lo cual ya no lo era. Había actuado con descuido y displicencia, y se había dejado engañar ¡por una cría! pero lo peor de todo, sin lugar a dudas, era que la había dejado escapar con el Susurrante.

El Susurrante. Esa chuchería tres veces maldita. El Embaucador no había salido de su guarida por miedo a la Gente que había acudido a la colina, sino en pos del Oráculo, pero se quedó desconcertado al ver desde su posición en la rama de un árbol semejante turba congregada alrededor del Ojo del Caballo.

Estaban el policía, el alcalde con su sombrero oficial, varios cientos de hombres y mujeres, armados con horcas y azadas («qué rústicos», pensó Loki), un grupo surtido de mocosos, algunas máquinas excavadoras arrastradas por bueyes; y por supuesto, el párroco, muy elegante con las ropas ceremoniales, con su aprendiz al lado, montado en un caballo blanco y leyendo en voz alta el Libro de la Tribulación.

Todo esto en sí mismo no tenía tanto de inusual. De vez en cuando, se generaba una cierta inquietud entre la Gente; a menudo se debía a una mala cosecha, una plaga en el ganado o un brote de cólera. Era frecuente achacar a los de Faerie la culpa por todo lo que saliera mal y a lo largo de los años se había terminado construyendo una leyenda, de modo que ahora la mayoría de los aldeanos creía, lo mismo que Nat Parson, que la colina era la morada de los demonios.

Loki jamás había intentado poner freno a esta situación, ya que, al fin y al cabo, era el miedo lo que mantenía lejos a la Gente y cuando marchaban en contra de sus trasgos, una vez cada veinte años más o menos, ondeando las banderas y portando reliquias, jurando exterminar las alimañas de una vez por todas, rara era la ocasión en la que permanecían mucho tiempo. Un par de días y uno o dos encantamientos chabacanos bastaban para enfriar su fervor evangélico. Además, el Ojo estaba bien cerrado. Sellado con runas, se hallaba a prueba de cualquier intento de entrar por parte de la Gente.

Sin embargo, en esta ocasión no logró reprimir cierta inquietud. Las máquinas excavadoras habían supuesto un elemento novedoso, y jamás había presenciado una aglomeración tan grande ni tan bien organizada en todos los años pasados

debajo de la colina. Sin duda, algo había ocurrido que había excitado los ánimos. ¿Una incursión, quizás? ¿Alguna jugarreta que hubieran llevado a cabo los trasgos en su ausencia? Se daba cuenta demasiado tarde de que debería haber prestado más atención a lo que estaba sucediendo en el Supramundo. Debería haber vigilado en especial al párroco pero, como siempre, había tenido que vérselas con el Susurrante. Aquel maldito cachivache derrochaba una energía que parecía inagotable y a él se le habían ido las fuerzas en mantenerlo a raya con el transcurso de los años. Entonces apareció Maddy y de pronto había centrado en ella toda su atención.

El resultado de todo ello era aquel tremendo desaguisado.

Loki suspiró. De todos los posibles momentos para perder al Susurrante, no cabía duda de que aquél era el peor. No estaba demasiado preocupado por la Gente. La inversión de sus poderes mágicos no le había dejado indefenso y tampoco las máquinas suponían una amenaza significativa. Les llevaría semanas, tal vez meses, poder llegar hasta él.

El fanatismo del gentío era lo que de verdad temía. El impulso de los hombres librados a sus propias fuerzas se consumiría por sí mismo, pero en el momento adecuado y con un líder conveniente, uno que lo despertara, cultivara, avivara y alimentara con una dieta a base de oración y Tribulación…

Estaba al corriente de las historias, claro que sí. No en vano había empleado una eficaz red de espías desde su fortaleza en el Trasmundo gracias a la cual estaba al tanto de que durante los últimos cientos de años la Palabra procedente de Finismundi se había hecho cada vez más fuerte. La Palabra del Orden, los seguidores del Innombrable, partidarios del conflicto que se estaba produciendo entre la Gente y los ígneos, y al final, la mayor de todas las Depuraciones, la guerra santa que barrería a los ígneos de la superficie de todos los mundos.

Se rumoreaba que las catedrales finismundesas eran altas como montañas y grandes como ciudades. Los examinadores habían constituido tribunales en esa ciudad y sus escribas copiaban invocaciones infinitas en rollo tras rollo de pergaminos iluminados.

En Finismundi reinaba el Orden, la sangre sucia había sido erradicada casi por

completo y se procedía al exterminio de trasgos y otras alimañas con eficacia y sin piedad. Si una oveja o una vaca nacía con una runiforma, entonces se destruía todo el rebaño con prontitud; si era un niño el que llevaba la marca, las Leyes eran más misericordiosas, pero era alejado de la comunidad y entregado a la custodia de los examinadores, y no se volvía a oír nada más de él.

Había también otras historias de colinas y túmulos que antaño habían sido habitados por los viejos dioses y que ahora habían sido vaciados de sus ocupantes originales y consagrados de nuevo en preparación de la Gran Depuración. Y circulaban otros cuentos más oscuros de capturas de seres malignos que habían sido sometidos al poder de la Palabra; diablos que habían sido llevados a rastras, chillando hacia el cadalso y la pira; demonios con aspecto de hombres y mujeres, pero que eran en realidad los siervos del enemigo, y además carecían de alma que salvar.

Los domingos eran fiesta de guardar en Finismundi y la Oración y la asistencia a la misa dos veces al día, obligatorias. Todo aquel que no acudía o mostraba algún tipo de comportamiento inadecuado, fuera de la clase que fuera, se veía obligado a enfrentarse con la Exanimación y la Depuración, a menos que renunciara a esas costumbres.

«Pero claro -pensó Loki-, hay mucho trecho hasta allí desde el valle del perezoso Strond.» Sin embargo, muchos de sus informantes hablaban cada vez con más frecuencia de la llegada de los examinadores, y se murmuraba en el camino del mismo modo que se informaba en el Trasmundo, que incluso Las Caballerizas se había visto infectada por el rumor y los cuentos.

Corrían muchas historias sobre la Palabra, ese poder otorgado únicamente a los rangos más altos de sacerdotes, aunque Loki podía reconocer en ella el ensalmo, y al menos en lo que a él concernía, sus encantamientos eran simples sortilegios camuflados bajo una nueva capa de pintura. También se hablaba mucho del Innombrable, el cual, según el Libro de la Tribulación, se había alzado entre los muertos en el Fin del Mundo y volvería de nuevo en la hora de la necesidad para salvar a los justos y destruir a los blasfemos.

Loki no albergaba duda alguna de que él merecería la consideración de blasfemo. Seguía sin gozar de una buena posición, pues los nuevos dioses le

tildaban de demonio y los antiguos le aborrecían por considerarle un traidor, pero el problema era que ahora había perdido al Susurrante, la única baza que servía como triunfo en cualquier partida que se plantease, y sin él se había quedado sin nada con lo que regatear cuando llegara la hora de la verdad.

Debía recuperarlo antes de que llegara a manos del General. Sin duda, el Oráculo habría adivinado esto y Maddy estaría alerta. Aun así, todavía no había sido vencido. Conocía todas y cada una de las salidas de la colina del Caballo Rojo y desde aquel escondrijo podía pasar desapercibido y vigilar a los fugitivos. En el Trasmundo, sin saber adonde se dirigían, podría perderlos entre los miles de túneles que perforaban el alcor; pero aquí, en el Supramundo, los colores de Maddy y los del Susurrante brillarían como un faro a varios kilómetros en derredor. También era verdad que sucedía lo mismo con los suyos, pero aun así, consideraba que merecía la pena correr el riesgo. Además, a la primera señal de peligro podría abrir la entrada al interior de la colina y ponerse a salvo en cuestión de segundos.

Los agudos ojos de Loki peinaban todo el valle, desde la colina del Caballo Rojo hasta Farnley Tyas, desde la Posta de la Fragua hasta Fettlefields, e incluso hasta el Hindarfial, donde el humo distante de un almiar o el fuego de un hogar difuminaban los contornos del horizonte brumoso. Todavía no había trazos de ninguna firma mágica, pero estaba absolutamente seguro de que Maddy aparecería pronto. Observaba y esperaba, tomándose su tiempo, ya que hacía décadas desde la última vez que se había aventurado en el Supramundo y a pesar de la urgencia de su tarea no podía evitar rendirse al placer de sentir el sol y el azul del cielo.

Había sido un otoño benévolo, pero estaban en las postrimerías de la estación y la llegada del largo y crudo invierno era inminente. Podía olerlo ya: los ánsares salvajes se habían marchado y los campos se encontraban yermos después de ese atareado mes de la Cosecha, y habían quemado ya todos los rastrojos a tiempo para la próxima siembra.

Fuera donde fuese el lugar concertado para el encuentro de Maddy y el Tuerto, era improbable que se aventuraran a salir del valle, teniendo en cuenta el mal tiempo inminente. Aunque todavía el sol de la tarde era bastante cálido, ya se notaba un filo cortante en el aire que pronto se volvería helado y al que seguiría

el largo periodo de cinco meses que precedería al despertar primaveral.

¡Despertar! Loki se quedó helado en cuanto se le ocurrió aquella idea y fijó la vista en el cielo neblinoso que encapotaba el lejano paso y los siete picos que custodiaban el valle. Se contaban muchas historias sobre ellos, como él bien sabía, dado que él mismo había difundido la mayoría con la esperanza de desalentar la atención que podrían atraer los salones helados situados bajo aquellas montañas y los siete letales habitantes que dormían bajo la piedra antigua.

Los Durmientes.

–No. No osarán…

Habló en voz alta debido a la alarma y las aves echaron a volar, huyendo del matorral, espantadas por el sonido de la voz del Embaucador, que apenas oyó sus chillidos mientras se deslizaba rápidamente por el tronco del árbol, esparciendo a su paso hojas y trozos de corteza que cayeron como una lluvia sobre el suelo del bosque. «Lo más probable es que no se atrevan», se dijo, pues, al fin y al cabo, ni el mismo Odín se había atrevido. Ni al General se le ocurriría pensar que los Durmientes acatarían sus órdenes después de lo sucedido en el Ragnarók.

A menos que él supiera algo que Loki ignoraba. Algún nuevo rumor, algún signo que le hubiera alertado, algún presagio que sus espías no hubieran sido capaces de captar. Quizás Odín se había arriesgado después de todo.

El Embaucador empezó a pensar a toda prisa, espoleado por la furia. «Si los Durmientes estuvieran despiertos, a estas alturas ya me habría enterado», dijo para sí. La presencia de aquéllos habría desencadenado ecos y alarmas a través de todo el Trasmundo. No había razón para sentir pánico, al menos por el momento. El General era por encima de todo un táctico y no se arriesgaría a desencadenar a los Durmientes sin asegurarse primero su autoridad absoluta.

Pero con el Susurrante en sus manos…

Notó el temblor del suelo debajo de los pies. Loki achacó la sacudida a las

máquinas excavadoras, aunque por un instante creyó estar seguro de haber percibido algo más, una convulsión que había recorrido la piel terrea del valle como un temblor por el pelaje de un chucho viejo.

Sintió un escalofrío.

«¡Seguramente no! Todavía debe de quedar tiempo…»

Si los Durmientes despertaban, le daría igual estar muerto.

A menos que recuperara al Susurrante…

La mente de Loki se apresuró enloquecida. «Si la chica se dirige hacia los Durmientes, habrá tomado el camino más rápido, bajo tierra», calculó el as. Le llevaría unas cuatro horas llegar al lugar, lo cual concedía a Maddy una cierta ventaja sobre él, pero nadie aventajaba a Loki en el conocimiento del Trasmundo. Sabía de algunos atajos a través de la colina que no conocía nadie más, y con suerte, quizá podría interceptarla. Si no, entonces al menos estaría seguro de que Odín no se habría aventurado bajo tierra. En tal caso, el viejo Tuerto estaría viajando sobre la superficie hacia las montañas, lo que haría que tardara en su viaje al menos dos veces más e incluso algo más teniendo en cuenta lo abrupto del terreno. Lo cual dejaba solos a Maddy y al Susurrante.

El Embaucador esbozó una ancha sonrisa, sabedor de que no tenía oportunidad alguna en una lucha limpia, pero él no estaba acostumbrado a jugar limpio y no tenía ninguna intención de empezar ahora.

«Bien, entonces…»

Trazó Yr en el suelo con un giro de los dedos y se preparó para entrar de nuevo en el Trasmundo.

No ocurrió nada.

Continuó sellada la puerta que debería haberse deslizado hasta abrirse a su orden.

Loki frunció un poco el ceño y digitó la runa otra vez, pero la entrada siguió sin mostrarse.

Dibujó Thuris, la Espinosa, después Logr, el Agua, y finalmente Úr, el Toro Poderoso, una runa de fuerza bruta, lo cual era el equivalente a una buena patada a la puerta a causa de la impaciencia.

Ninguna de ellas funcionó y la puerta continuó cerrada. El Embaucador se sentó en el suelo del bosque, enfadado, sorprendido y respirando con fatiga, dado que había empleado toda su energía mágica en estas runas. Incluso aunque la puerta hubiera sido sellada de forma mágica, seguramente *algo* debería haber sucedido.

En tal caso, estaba blindada, con independencia de lo que eso pudiera significar. Formó Bjarkán con la mayor fuerza posible.

Aun así no pasó nada. No se produjo resplandor alguno, ni siquiera un centelleo. La puerta no sólo estaba sellada, sino que era como si nunca hubiera existido.

«Ha sido ese temblor», coligió. Lo había tomado como una consecuencia del trabajo de aquellas máquinas excavadoras. Quizá lo era, pero ahora que lo pensaba con más cuidado, se dio cuenta de que había cometido un error. Ése era el eco de un poderoso hechizo -un trabajo simple, aunque no lo pareciera-y el Trasmundo había actuado en consecuencia, cerrándose por completo ante un intruso potencial.

Intentó imaginarse qué clase de asalto habría provocado una respuesta de ese calibre.

Sólo le vino una cosa a la mente.

Ahora empezaba a sentir miedo. Estaba encerrado en el exterior del Trasmundo, solo y con sus enemigos pululando por todos lados. Le quedaba poco tiempo, ya que los Durmientes podrían estar ya despertándose y cada segundo perdido acercaba cada vez más a Maddy y al Tuerto. La única solución era peligrosa, pero no veía otra posibilidad. Tendría que ir detrás de ellos por la superficie terrestre.

Pronunció un ensalmo, formó Kaen y Raedo, y si hubiera habido alguien allí para verlo, se habría sentido sorprendido de ver a un joven con los labios llenos de cicatrices y una expresión agobiada, reducirse y encogerse mientras se despojaba de la ropa hasta convertirse en un pequeño pájaro de presa marrón que miró en derredor durante uno o dos segundos con ojos brillantes, pero no los de un ave, antes de echarse a volar. Sobrevoló la colina por dos veces en un círculo de arco cada vez más amplio y se elevó gracias al impulso de las cálidas corrientes de aire hacia los Siete Durmientes.

Loki no habría podido engañar a nadie dotado de la visión verdadera, por descontado. Dejaba un rastro violeta demasiado distintivo.



Capítulo 8



Majestuoso a lomos de su caballo, Nat Parson estaba muy satisfecho de sí mismo. No sólo eran las ropas y el ceremonial, o la certeza de que todo el mundo le contemplaba mientras Adam Scattergood permanecía a su lado con el incensario en una mano y un grueso cirio sacramental en la otra. No era tampoco la fiel atención del visitante de Finismundi, que le observaba desde su posición en el Ojo del Caballo con un sentimiento que Nat interpretaba como admiración. No era el noble timbre de su propia voz conforme se extendía por la colina, ni el rugido de las máquinas excavadoras, ni el humo de las hogueras y de los petardos del Día de Celebración al explotar entre fogonazos. Ni siquiera el hecho de que aquella chica tan pesada era para él; ella y también el Bárbaro. No, todas esas cosas eran agradables, pero la felicidad de Nat Parson procedía de un lugar más recóndito que eso.

Sin duda, siempre había sabido que estaba destinado a la grandeza. Su mujer, Ethelberta, lo había visto también; de hecho, había sido idea de ella la de embarcarse en aquel largo y peligroso peregrinaje a Finismundi y el consiguiente

despertar a los exigentes deberes de la fe.

Oh, no había forma de negar que había sido deslumbrado por la sofisticación de la Ciudad Universal: sus abadías y catedrales, sus solemnes corredores, sus leyes. Nat Parson siempre había respetado la Ley, o lo que pasaba por tal en Malbry, pero Finismundi había terminado por abrirle los ojos. Por primera vez había experimentado el Orden Perfecto; un Orden impuesto por un clérigo todopoderoso en un mundo donde ser sacerdote, incluso párroco rural, consistía en inspirar una autoridad, un respeto y un miedo inimaginables hasta la fecha.

Y Nat había descubierto que a él le gustaba ejercer la autoridad. Había regresado a Malbry con un deseo de medrar, y durante los diez años que siguieron a su regreso, a través de sermones de violencia creciente y los espantosos avisos de los terrores por llegar, había agrupado a su alrededor una camarilla cada vez mayor de admiradores, devotos, adoradores y aprendices, con la esperanza secreta de que un día podría ser llamado a luchar contra el Desorden.

Empero, las costumbres se aplicaban con laxitud en un lugar tan tranquilo como Malbry, donde los delitos comunes eran muy poco frecuentes y apenas si había oído hablar alguna vez del crimen mortal, ese que le permitiría apelar al mismo obispo o incluso al Orden.

Sólo una vez había ejercido su autoridad, cuando una vaca blanquinegra había sido declarada convicta de actos antinaturales, pero los superiores se habían tomado el asunto con una actitud bastante poco prometedora y el rostro de Nat se había puesto tan rojo como la remolacha cuando leyó la respuesta de Torval Bishop desde el otro lado del paso.

Torval era un hombre de Las Caballerizas y aprovechaba cualquier oportunidad para burlarse de su vecino, por supuesto, pero había resultado humillante, y desde entonces, Nat Parson había andado a la caza de un modo de devolverle el golpe.

Sus plegarias habrían sido escuchadas si Maddy hubiera nacido algunos años más tarde, solía considerar Nat en su fuero interno. Sin embargo, la niña tenía cuatro años cumplidos cuando él regresó de Finismundi, y aunque habría sido posible poner a un niño recién nacido bajo custodia, él sabía que era mejor no

intentarlo. Había terminado por comprender que la Ley de Finismundi iba a tener que adaptarse a las necesidades de sus feligreses, a menos que quisiera tener problemas con personas como Torval Bishop.

A pesar de todo, mantuvo un ojo puesto en la chica de los Smith y eso también había sido para bien, ya que este asunto resultaba demasiado serio como para que Torval Bishop pudiera desestimarlo, y había sido con un sentimiento de satisfacción largamente postergado con el que Nat había recibido al visitante finismundés.

Eso había sido un golpe de suerte para Nat, sin duda. El hecho de que un examinador finismundés estuviera de acuerdo en abrir una investigación en su pequeña parroquia despertaba en él un entusiasmo enorme, pero había sido una casualidad que este mismo examinador, que se hallaba en misión oficial en Las Caballerizas, estuviera apenas a un día de viaje a caballo del paso del Hindarfial, lo cual estaba más allá de cualquier esperanza que Nat nunca hubiera podido concebir. Esto significaba que en vez de tener que esperar semanas o meses a que un oficial cabalgara desde Finismundi, el examinador había podido llegar a Malbry en sólo veinticuatro horas. También significaba que Torval Bishop no iba a interferir a pesar de que se moría de ganas de hacerlo, y sólo eso era motivo más que suficiente para llenarle el corazón de una justificada satisfacción.

El examinador había hablado con Nat sobre ciertos detalles colaterales del caso, había alabado su devoción al deber y había mostrado un interés halagador en las ideas del párroco sobre Maddy, sobre el vendedor ambulante que había sido su compañero y sobre aquel artefacto que llamaban el Susurrante, del cual les había oído discutir Adam Scattergood en la ladera de la colina.

–¿Y desde entonces no ha habido noticias ni del hombre ni de la chica? – había preguntado el finismundés mientras escudriñaba la colina con sus ojos de color claro.

–Ni rastro -replicó el párroco-, pero los encontraremos de todos modos. Si arrasamos la colina hasta el suelo, los encontraremos.

El examinador finismundés dejó escapar una de sus extrañas sonrisas.

–Estoy seguro de que lo haréis, hermano -había respondido, y Nat había sentido un pequeño estremecimiento de placer deslizándose por su columna vertebral.

«Hermano -había pensado-. Podéis contar conmigo».

Adam Scattergood también estaba disfrutando de lo lindo. Se le había olvidado casi por completo la humillación padecida a manos de la pequeña bruja a pesar del poco tiempo transcurrido desde la desaparición de Maddy y se había reforzado la confianza en sí mismo del muchacho al ver cómo se apoderaba de todos un inusitado frenesí. Ayudado por Nat y su propio deseo de hundir a Maddy de una vez por todas, Adam había dispuesto de una historia llena de detalles y muy jugosa para alguien de imaginación tan limitada.

El resultado había ido mucho más lejos de lo que cualquiera de los dos se hubiera atrevido a esperar. El relato había dado lugar a búsquedas, señales de alarma, las visitas del obispo y de un examinador, un *examinador,* ¡cielos! y ahora esta maravillosa combinación de día de fiesta y cacería de zorros, con él encarnando los papeles de héroe juvenil y de hombre del momento.

Giró la cabeza y volvió la vista atrás para echar una rápida ojeada a las cuatro máquinas en la colina, unas gigantescas taladradoras de madera y metal arrastradas cada una de ellas por dos bueyes. Desde los cuatro puntos de perforación, dos a cada extremo del Caballo, surgían ahora glebas de arcilla roja.

Alrededor de estos lugares, los cascos de los animales habían hecho unos surcos tan profundos en la tierra que apenas era visible el contorno del Caballo, pero incluso Adam era capaz de ver que la entrada todavía seguía tan cerrada como siempre.

¡Bum, bum, bum!

Una vez más las máquinas excavadoras habían topado con piedra. Los bueyes seguían tirando y bajando. Nat Parson elevó su voz sobre los chirridos de la máquina. Los minutos se escabulleron uno tras otro. Los bueyes continuaron esforzándose y una perforadora dio media vuelta hasta que se oyó un chasquido y se soltó el mecanismo.

Dos hombres se acercaron a las cabezas de las bestias y otro subió hasta el agujero para inspeccionar el daño sufrido por la máquina mientras las tres restantes seguían su trabajo inexorable. Nat Parson no parecía impresionado por el revés. El examinador le había advertido que llevaría tiempo.

LIBRO CUATRO



La palabra

Son los historiadores, y no los reyes, quienes gobiernan el mundo.

Proverbios, 19

Capítulo 1



Bolsa se había vuelto huraño en cuanto quedó claro que se esperaba de él que recorriera a pie toda la distancia hasta llegar a los Durmientes.

–¿Cuánto queda aún? – preguntó Maddy.

–Ni idea -contestó el trasgo de forma adusta-. ¿Es que alguna vez me he alejado tanto? ¿eh? Y tú tampoco, o sabrías dónde está eso.

–¿Y por qué no me lo dices? – repuso Maddy, conteniendo el impulso de lanzar un rayo mental al trasgo que lo aplastara contra la pared más cercana.

–¿Y cómo podría decírtelo? – intervino el Susurrante-. No tiene más guía que leyendas e historias, los instrumentos que utilizan los ignorantes a beneficio de los imbéciles y de la confusión de los crédulos.

Maddy suspiró.

–Supongo que tampoco tú vas a contármelo.

–¿Para qué? – replicó-. ¿Para estropear la sorpresa?

Y así fue como continuaron arrastrándose a través de un pasaje en desuso y con el aire viciado, por lo que las leguas del trayecto se les hicieron muy largas, a pesar de que en realidad el recorrido no pasó de seis kilómetros. El martilleo de las máquinas se iba desvaneciendo conforme se alejaban de la colina, aunque todavía escuchaban el peculiar sonido que seguía a cada golpe, similar al de una salva de aplausos, y sentían el seco temblor que se extendía a lo largo de toda la capa de granito que tenían sobre sus cabezas.

Maddy se detuvo.

–Por el Hel, ¿qué ha sido eso?

«Era el sonido de la magia», pensó ella. Esa sacudida resultaba inconfundible,

aunque mucho más alta, más fuerte que cualquier otro ensalmo que ella hubiera escuchado antes.

El Susurrante brilló como un ojo.

–Tú lo sabes, ¿a que sí? – inquirió Maddy.

–Oh, sí -contestó el Susurrante.

–Entonces, dime, ¿qué ha sido eso?

El Susurrante relumbró con suficiencia.

–Eso, querida mía -repuso-, era la Palabra.



Capítulo 2



Nat Parson apenas podía contener el entusiasmo. Había oído hablar del tema, claro, como todo el mundo, pero en realidad nunca la había visto en acción, y el resultado era más espléndido y más terrible a la vez de lo que jamás se hubiera atrevido a esperar.

El examinador había necesitado más de una hora de oración antes de estar preparado. Al llegar el momento, toda la colina estaba ya temblando bajo el efecto de una resonancia profunda que parecía taponarle los tímpanos a Nat. Los aldeanos se estremecieron y se echaron a reír sin saber por qué cuando lo percibieron, y también los bueyes mientras se esforzaban y tiraban de los arneses para que las máquinas siguieran perforando. El sudor bañaba el rostro pálido del examinador, que frunció el ceño y alzó la mano al fin, temblando de los pies a la cabeza a causa del esfuerzo, y luego habló.

Lo cierto es que nadie había escuchado lo que había dicho. La Palabra era inaudible, aunque después todos declararon que habían sentido algo. Algunos se echaron a llorar. Otros gritaron. Algunos creyeron haber oído las voces de quienes habían muerto hacía mucho tiempo. Otros experimentaron un éxtasis que les pareció casi indecente y asombroso.

Loki lo percibió desde el bosque del Osezno, pero en su obsesión por buscar a Maddy y al Susurrante, había confundido la vibración y el crujido subsiguiente con el trabajo de las máquinas excavadoras de la colina.

Una repentina oleada de añoranza se apoderó del Tuerto, una nostalgia llena de recuerdos de Bálder, el hijo muerto por una vara de muérdago; de Frig, la fiel esposa; de su hijo Tor, y de todos cuantos había perdido mucho tiempo atrás, y cuyos rostros rara vez habían vuelto a sus pensamientos.

A Nat se le puso el vello de punta cuando la colina sufrió un temblor cada vez más intenso. Inmediatamente después se oyó un retumbar muy similar al del trueno.

¡Dioses, qué poder!

–Por las Leyes -dijo.

El examinador era el único que no parecía impresionado por el proceso. De hecho, Nat pensó que le había parecido casi aburrido, como si fuese una especie de rutina cotidiana, algo de alguna manera fatigoso, pero no más emocionante que cavar para abrir un nido de comadrejas.

Después, se le olvidó todo y como los demás, simplemente se quedó mirando.

A los pies del finismundés se había abierto ahora una grieta desigual en la tierra de medio metro más o menos de largo y quizá de unos diez centímetros de ancho aproximadamente. Su forma tenía un aspecto significativo, aunque de manera vaga, porque era como Yr, los Cimientos, invertida, aunque Nat no reconoció su importancia al no estar familiarizado con el Alfabeto Antiguo.

–He roto la primera de las cerraduras -comentó el examinador con voz inexpresiva-. Las ocho restantes siguen intactas, pero la invertida era la más importante.

–¿Por qué? – preguntó Adam, lo cual agradó a Nat porque era la pregunta que él quería hacer, pero no la había formulado por no parecer un ignorante.

El examinador exhaló un pequeño suspiro de impaciencia, como si deplorase el desconocimiento de esta clase de aldeanos rústicos.

–Fíjate en esta marca; es una runiforma. Esto señala la entrada al túmulo de los demonios. Habrá que romper las otras ocho cerraduras antes de que las máquinas puedan entrar.

–¿Y cómo sabéis que no hay otro camino hacia el interior de la colina? – inquirió Dorian Scattergood, que estaba allí al lado, de pie.

–Hay varios -contestó el examinador, muy ufano de sí mismo, aunque su voz permanecía seca y despectiva-. Sin embargo, la primera defensa del enemigo es cerrar la colina contra los intrusos y enterrarse lo más hondo posible, como hacen los conejos cuando huelen al halcón. Así que ahora, como veis, la colina está sellada. Nadie puede escapar de dentro, no hay forma de entrar desde fuera; pero como cualquier cazador sabe, algunas veces es útil rellenar las pequeñas conejeras con tierra, antes de poner la trampa en la principal entrada de la madriguera. – El finismundés exhibió una sonrisa gélida-. Y cuando al fin se abra, párroco, entonces los sacaremos a todos de ahí.

–¿Queréis… al Pueblo Feliz? – inquirió una voz detrás de él.

Era Nan la Loca, de la Posta de la Fragua, quizá la única persona que habría osado hablar abiertamente de los de Faerie, pensó Nat, y además, nada más y nada menos que delante del examinador.

–Llamadlos por su nombre, señora -replicó el examinador-. ¿Qué bien puede venir de un lugar en sí perverso? Ellos son los ígneos, los Niños del Fuego, y debe entregárseles al fuego, a todos y cada uno de ellos; hasta que el Orden reine por encima de todo y el mundo sea depurado para siempre de su presencia.

Un rumor de aprobación recorrió las filas de los presentes, aunque el párroco se percató de que Nan y algunos otros lugareños no se unían al sentir general, y no era difícil ver el motivo, dijo para sí. Un poder como el del examinador era raro incluso en Finismundi, pues se trataba de un honor conferido sólo al rango más alto y sagrado del clero. Torval Bishop no lo habría aprobado, para un viejales de su calaña ese tipo de cosas se parecía demasiado a la magia, la cual consideraba una abominación, y eso estaba fuera de toda duda; pero para Nat Parson, que había viajado y visto poco del mundo, estaba claro cuál de los dos se equivocaba.

–Espero que a los niños no -insistió Nan-. Me refiero a los trasgos, al Pueblo Feliz. Está muy bien eso que decís, pero no vamos a depurar a ningún niño de verdad, ¿no?

El examinador suspiró.

–Los Niños del Fuego no son niños.

–Oh -Nan la Loca pareció aliviada-, porque he conocido a Maddy Smith desde que era una muchacha y aunque sea un poco rebelde, no…

–Señora, eso tendrá que juzgarlo el Orden.

–Oh, pero seguramente…

–Por favor, señorita Fey -la interrumpió el párroco-. Esto no es tema de vuestra competencia en absoluto. – Hinchó un poco el pecho-. Es un asunto de la Ley y el Orden.



Capítulo 3



–¿La Palabra? – preguntó Maddy-. ¿Quieres decir que existe?

–Por supuesto que sí -repuso el Susurrante-. ¿Cómo crees si no que cayeron derrotados los æsir?

Maddy nunca había leído el Buen Libro, aunque conocía al dedillo la Tribulación y las Penitencias debido a los sermones dominicales de Nat Parson. Sólo el párroco y un puñado de aprendices, todos chicos, tenían permiso para leer cualquier parte e incluso entonces, su lectura se restringía a los denominados capítulos «abiertos» de la Tribulación, las Penitencias, las Leyes, los Listados, las Meditaciones y los Deberes.

Sin embargo, había otros capítulos del Libro que eran inaccesibles. Unos broches plateados mantenían las páginas cerradas y sólo podían abrirse con la llave que el párroco llevaba en una fina cadena alrededor del cuello. Nunca había preparado ningún sermón con el contenido de estos capítulos reservados, tal como se llamaban, aunque Maddy conocía algunos de sus nombres a través del Tuerto.

Estaba el Libro de los Apotecarios, un tratado de medicina; el Libro de los Inventos, en el cual había historias de la Era Antigua; el Libro del Apocalipsis, que predecía la Depuración final; y el más importante: el Libro de las Palabras, que contenía todos los ensalmos permitidos, o cánticos, como prefería llamarlos el Orden, para que los usara parte de la élite especial cuando llegara el tiempo de la Depuración.

Pero a diferencia del resto de los capítulos reservados, el Libro de las Palabras estaba sellado con un broche dorado, y era el único capítulo que le estaba vedado incluso al párroco. No tenía ninguna llave para la cerradura dorada, y aunque había intentado varias veces abrirlo, siempre había fallado.

Había utilizado un punzón de peletero para forzar la cerradura dorada durante el último intento, pero ésta empezó a brillar de forma alarmante y se calentó de un modo casi insoportable, por lo que a partir de ese momento Nat tuvo buen

cuidado de no meterse donde no le llamaban. Sabía identificar una cerradura hechizada en cuanto le ponía la vista encima; de hecho, no era tan diferente del hechizo rúnico que la chica de los Smith había colocado en la puerta de la iglesia, y aunque le disgustaba el hecho de que sus superiores hubieran mostrado tan poca confianza en él, sabía que era mucho mejor no desafiar esa decisión.

Maddy sabía todo esto porque el párroco le había pedido que abriera la cerradura cuando tenía diez años so pretexto de que había perdido la llave y necesitaba consultar el Libro para asuntos de la parroquia.

La muchacha había sentido un placer malicioso al rehusar.

«Yo pensaba que a las chicas no se les permitía tocar el Buen Libro», había contestado ella con tono modesto, fingiendo mirar al suelo mientras le observaba entre las pestañas entornadas. Y era cierto. Hacía menos de una semana que Nat lo había explicado durante el sermón, en el transcurso del cual había denunciado la sangre sucia de las mujeres en general, sus malos hábitos e intelecto débil. Después de eso, el clérigo no volvió a insistir más, por supuesto, y el Libro de las Palabras continuó cerrado…

…aunque esa malicia no había servido precisamente para que Maddy se granjeara el afecto de Nat; de hecho, fue a partir de ese momento cuando el disgusto que el párroco sentía por la joven Smith se transformó en odio y había empezado a vigilarla para encontrar el más mínimo signo que le permitiera justificar una Exanimación oficial de la descarada y lista hija de Jed Smith.

–Pero el párroco no tiene la Palabra -replicó Maddy-. Sólo un examinador podría… -Se detuvo y miró fijamente al Susurrante-. ¿Examinadores? –murmuró, incrédula-. ¿Acaso ha llamado a los examinadores?

«Son los historiadores, y no los reyes, quienes gobiernan el mundo». Ése era un proverbio que solía citar el Tuerto, aunque entonces Maddy no se había dado realmente cuenta de la verdad que encerraba.

El Orden de los Examinadores había sido fundado hacía quinientos años, en el Departamento de Registros de la gran Universidad de Finismundi. Tendría que

haber sucedido por aquellas fechas, era lo más probable. Finismundi fue siempre el centro de todos los acontecimientos. Era la capital financiera y la sede del rey, también estaba allí el Parlamento y la gran catedral del Santo Sepulcro y corrían los rumores de que en las bóvedas del Departamento de Registros había más de diez mil libros de poesía, ciencia, historia y grimorios a los cuales únicamente tenían acceso los investigadores serios, como profesores, magistrados y otros cargos pertenecientes al rango superior.

En aquellos días, los examinadores eran meros funcionarios de la universidad, burócratas de naturaleza íntegramente secular, y sus procedimientos para la Examinación no pasaban de ser simples cuestionarios escritos, pero la universidad se había convertido en uno de los símbolos del Orden después de la Tribulación y la época oscura que la siguió. Su influencia había crecido gradualmente. Se escribió la historia, se asentaron las conclusiones y se ocultaron los libros peligrosos. El poder cambió de manos de forma pausada pero estudiada y pasó, no a las de los reyes o los guerreros, sino a las del Departamento de Registros y una pequeña camarilla de historiadores, académicos y teólogos que se habían autoproclamado los únicos cronistas de la Tribulación.

La culminación de ese trabajo había sido el Buen Libro, una historia del mundo y de su casi completa destrucción por culpa de las fuerzas del Caos. El Buen Libro era un catálogo de conocimientos del mundo, ciencia, sabiduría y medicina, y también una lista de mandamientos que garantizaba el triunfo futuro del Orden, sucediera lo que sucediese.

El Orden había comenzado de ese modo. No eran únicamente sacerdotes o eruditos, sino una mezcla de elementos de ambos. Fueron adquiriendo más y más poder con el paso de los años y, en las postrimerías del primer siglo después de la Tribulación, habían conseguido extender su autoridad mucho más lejos de la universidad, hacia el mundo que se encontraba más allá. Controlaban la educación y se aseguraron de que la alfabetización se restringiera al estamento sacerdotal, a sus aprendices y a los miembros del Orden. La palabra *universidad* se había transformado en *Ciudad Universal*, y conforme pasaban los años, la Gente olvidó que alguna vez había habido acceso libre a los libros y a la enseñanza y terminó creyendo que las cosas siempre habían sido así.

Desde entonces, el Orden había ido creciendo de modo incesante. El rey figuraba en el reverso de las monedas, pero era el Orden quien decidía cuántas debían acuñarse. Controlaba el Parlamento, y el ejército y la policía estaban bajo su jurisdicción. Además, poseía unas riquezas inmensas, ya que gozaba del poder de expropiar la tierra y las posesiones de cuantos violaran la Ley, y estaba siempre reclutando nuevos miembros que, en su mayor parte, iban destinados al sacerdocio, aunque también tomaba bajo su tutela estudiantes que habían cumplido los trece años. Estos aprendices renunciaban a su nombre y a sus familias, y a menudo se convertían en los más fanáticos de todos, trabajando incansablemente para ascender de rango con la esperanza de que algún día se los encontrara merecedores de recibir la llave del Libro de las Palabras.

Todo el mundo había oído historias sobre ese asunto, de cómo algunos aprendices habían denunciado a sus padres al Orden por no atender a sus oraciones, o bien cómo algunas ancianas habían sido depuradas por adornar un pozo de los deseos o por tener un gato.

Quizás en Finismundi estuvieran acostumbrados a esto, pero si alguien le hubiese sugerido a Maddy que un aldeano de Malbry, incluso uno tan superficial y estúpido como Nat Par-son, atraería la atención de los examinadores de forma deliberada, no le habría creído jamás.

El pasadizo se ensanchó al cabo de dos horas de andadura y un ligero resplandor comenzó a reflejarse en las paredes salpicadas de mica. El olor acre a bodega que había bañado la colina no volvió a preocupar a Maddy en absoluto. De hecho, ahora que lo pensaba, el aire parecía más limpio que antes, aunque se estaba volviendo perceptiblemente más frío.

–Nos estamos acercando a los Durmientes -aventuró Maddy.

–Así es, señorita -repuso Bolsa, cuyo nerviosismo había ido en aumento conforme se aproximaban más y más al objetivo-. Ya no queda casi nada. Bueno, entonces creo que ya he terminado mi trabajo y es el momento de que siga mi camino…

Sin embargo, el punto de luz que había incidido en los ojos de Maddy era

demasiado tenue para ser un fuego artificial y demasiado brillante para ser un reflejo sobre la piedra.

–Es la luz del día -anunció ella con el rostro radiante.

Bolsa consideró la idea de corregirla, pero tras pensárselo dos veces, se encogió de hombros.

–Esos son los Durmientes, señorita -repuso en voz baja, y fue en ese preciso momento cuando su valor, que ya había llegado a su límite, al fin le falló. Podía soportar muchas cosas, pero ya era más que suficiente, y hay siempre un momento en la vida de cualquier trasgo en el que muestra lo mejor de sí mismo y huye.

Bolsa se dio la vuelta y echó a correr.

Maddy avanzó a toda prisa hacia el origen de la claridad, demasiado emocionada para pensar en la deserción de Bolsa o en el hecho de que esa luz no se parecía en nada a la luz diurna. Se trataba de un frío fulgor plateado similar al filo pálido del alba de un día de verano. Era tenue, pero penetrante. La muchacha advirtió cómo el resplandor lechoso acariciaba ambos lados del pasaje, arrancando destellos en los fragmentos de mica de la roca e iluminando las vaharadas de vapor que soltaba por la boca a causa del frío reinante.

Podía ver que se trataba de una gruta ahora que el pasadizo se ampliaba hasta adquirir forma de embudo antes de abrirse del todo en el tramo final. La muchacha dio un largo suspiro de admiración a pesar de que se consideraba curtida y más allá del asombro ante nuevas maravillas después del tiempo que había pasado bajo la colina.

La caverna tenía un tamaño desmesurado. Maddy había oído relatos de las grandes catedrales de Finismundi, enormes como ciudades y rematadas con chapiteles de cristal, y en su imaginación pensó que debían de ser algo parecido a esto. Incluso así, no alcanzaba a comprender la pura inmensidad del espacio. Se le puso la carne de gallina al contemplar aquella vastedad de radiante hielo azulado con un techo abovedado rematado con filigranas de forma ovalada y miles de volutas apabullantes que se apoyaban en casi inconcebibles pilares

cristalinos de una anchura superior a las puertas de un granero.

La gruta se extendía hacia el infinito, o al menos daba esa impresión, y la luz parecía quedar atrapada dentro del hielo antiguo, una luz que brillaba como si fueran estrellas destiladas.

Maddy se quedó mirando fijamente, sin respiración, durante largo rato. El techo se abría en parte al cielo y contra la mancha de oscuridad se destacaba un delgado fragmento de luna. De las brechas de la bóveda caían los carámbanos de hielo, dando volteretas y quedando suspendidos, cristalinos, a cientos de metros por encima de su cabeza. «Como arroje una piedra -pensó la joven con un repentino escalofrío-, o pegue un grito…»

Pero los carámbanos eran la menor de las maravillas que ocupaban el espacio de la caverna. Había hilos de filigrana no más gruesos que los de una telaraña y flores de cristal con apariencia de hojas de gasa helada. También había zafiros y esmeraldas incrustados en las paredes, y metros y metros de suelo más liso que el mármol, dispuesto para que un millón de princesas danzara sobre él…

…y una fría luz limpia y cegadora refulgía desde todos los rincones. Cuando se le acostumbraron los ojos, la joven vio que estaba conformada por firmas mágicas; parecía que había miles de ellas entrecruzándose en el aire extático. Jamás en su vida había visto Maddy tantas firmas.

El brillo de las mismas la dejó sin palabras. «Por los dioses benditos -pensó-, la del Tuerto brilla, y la de Loki más aún, pero éstas hacen que las suyas parezcan la luz de una vela en comparación con la luz del sol».

Se había estado moviendo con los ojos abiertos de par en par, apabullada, adentrándose más y más en la caverna. Descubría más maravillas a cada paso y el asombro era tal que apenas podía respirar ni pensar. Entonces, frente a ella, vio algo que eclipsó momentáneamente todo lo demás: un bloque de hielo azul de arista viva con finas columnas en sus cuatro esquinas. Maddy se adelantó para mirar más de cerca, y profirió un grito cuando observó, profundamente enquistado en el hielo, algo que únicamente podía ser…

…un rostro.

Capítulo 4



Odín el Tuerto estudió el vuelo de las aves en los campos situados al oeste del bosque del Osezno, y más en concreto el de una en particular: un pequeño halcón de plumaje pardo, que surcaba el cielo en un vuelo bajo, cruzando rápidamente aquellas tierras. No daba la impresión de ir de caza, aunque aquel lugar tenía el aspecto de estar lleno de posibles presas. No, este halcón volaba como si hubiera percibido un predador. Sin embargo, no había duda de que las águilas no llegaban tan lejos desde las montañas y sólo un águila podía abatir a un halcón.

Un halcón, sí, pero ¿de qué clase?

Eso no era un pájaro.

Lo había sentido, más que visto, y lo supo casi de inmediato. Quizá por su forma de moverse; o por la velocidad de su trayectoria, o por los colores garabateados contra el cielo que, aunque estaban algo oscurecidos por el sol poniente, eran tan familiares para el Tuerto como los suyos propios.

Loki.

De modo que el traidor había sobrevivido. La verdad es que no le sorprendía nada, ya que el Embaucador tenía un cierto hábito de salir airoso de circunstancias adversas contra todo pronóstico, y ese halcón había sido siempre uno de sus aspectos favoritos pero, en el nombre del Hel, ¿qué es lo que andaba haciendo por allí?

Loki, de entre todos, debería ser perfectamente consciente de la temeridad que

suponía exhibir sus colores en el Supramundo. Y además, allí estaba a plena luz del día, con una prisa tan excesiva que le impedía cubrir las huellas.

En los viejos tiempos, claro, Odín habría derribado al pájaro con una sencilla runa mental. Hoy, y a esa distancia, era consciente de que más le valía no intentarlo. Runas que antaño habían sido para él apenas un juego de niños ahora le costaban un esfuerzo que no se podía permitir, pero Loki era un niño del Caos; llevaba sus armónicos en la sangre.

¿Qué le habría obligado a abandonar el alcor? ¿El examinador y sus invocaciones? Seguramente, no. Un simple examinador no habría expulsado al Embaucador de su fortaleza, y Loki no era uno de esos a los que les entra el pánico. Además, ¿qué sentido tenía abandonar su base? ¿Y por qué, de entre todos los lugares, había optado por dirigirse a los Siete Durmientes?

El Tuerto abandonó los campos por una grieta en la cerca y orillando el borde del bosque del Osezno, entornó los ojos antes de mirar hacia dónde volaba el halcón, apenas visible en el cielo vespertino. El camino del oeste estaba completamente desierto; los rayos del sol brillaban a escasa altura a través de la tierra salpicada de manchas de colores, haciendo que su larga sombra se desparramara a sus espaldas. Habían encendido una hoguera en la colina: el pueblo de Malbry estaba de celebración.

Odín dudó muy poco. No le apetecía abandonar la colina del Caballo Rojo, adonde con toda probabilidad iría a buscarle Maddy, pero la presencia de Loki en el Supramundo era demasiado alarmante como para ignorarla.

Sacó la bolsita de piedras rúnicas y las lanzó para leer su destino rápidamente, allí justo al lado del camino occidental.

Obtuvo la runa Os, los æsir, invertida…



y cruzada por Hagall, la Destructora…



y en oposición a Isa y Kaen…



…y por último, su propia runa, Raedo, invertida, y cruzada por Naudr, la Recolectora, la runa del Inframundo y de la muerte.



Una tirada semejante no le habría parecido una lectura alentadora ni siquiera en la mejor de las circunstancias, pero ahora había un examinador del Orden en la colina del Caballo Rojo, Loki andaba suelto de nuevo por el mundo, el Susurrante se hallaba en manos desconocidas y Maddy seguía perdida en el Trasmundo, por lo cual parecía una burla de las mismas Parcas.

Reunió las piedras rúnicas y se levantó. Le llevaría la mayor parte de la noche llegar a los Durmientes sin que nadie le descubriera. Supuso que su hermano haría el viaje en menos de una hora, pero eso era inevitable. El Tuerto comenzó el largo trayecto hacia las montañas, ayudándose con el cayado en su andadura.

Fue justo en ese momento cuando atacaron los hombres de la partida.

Más tarde se recriminó el no haber anticipado la celada. El bosquecillo se hallaba situado en las lindes de los campos de laboreo de un modo tan

conveniente que era el lugar perfecto para una emboscada, pero él estaba ensimismado en sus pensamientos sobre Loki y los Durmientes, y cegado por el sol poniente, y no los había visto llegar.

Un segundo más tarde salían de entre los árboles, corriendo agachados por el suelo; una partida de nueve, armados con bastones.

Odín se movió sorprendentemente rápido. Tyr, el Guerrero, disparó algo parecido a un dardo de acero entre sus dedos, y el primer hombre, uno de los aprendices de Nat, Daniel Hetherset, cayó al suelo con las manos aferradas al rostro.

Hubo algún momento en el pasado en que aquello hubiera sido suficiente, pero no ahora, ya que los ocho miembros restantes de la partida apenas se alteraron, intercambiando rápidas miradas mientras se desplegaban en abanico a través del camino, con los bastones preparados.

–No deseamos que haya lucha -dijo Matt, el agente de policía, un hombre grande, serio, cuya constitución no estaba hecha para la velocidad.

–Eso parece -respondió el Tuerto en voz baja. En las puntas de sus dedos brillaba Tyr, como una hoja de luz, bastante corta para una espada mental, pero más afilada que el acero de Damasco.

–Tranquilízate -pidió Matt, cuyo rostro estaba blanco como la leche debido al miedo-. Te doy mi palabra de que te trataremos bien.

El Tuerto le mostró una sonrisa que hizo que el agente se echara a temblar.

–Si os da igual -comentó-, creo que será mejor que siga mi camino.

Aquí debería haber terminado todo, y de hecho, los hombres de la partida se retiraron un poco. Sin embargo, Matt se mantuvo en su puesto. Era un hombre grueso, pero no de carnes blandas, y bajo la mirada de sus paisanos de Malbry era plenamente consciente de su deber como agente de la ley.

–Has de venir con nosotros -aseveró-, tanto si quieres como si no. Sé razonable,

te superamos en número. Te doy mi palabra de que tu caso será tratado con las garantías pertinentes y con toda la…

El Tuerto había estado vigilando a Matt y no vio al hombre que se había ido moviendo despacio, sí, muy despacio, aprovechando el punto muerto de su ojo ciego.

Los otros permanecieron inmóviles y diseminados. Tenían el sol a la espalda, de modo que el Tuerto estaba deslumbrado y no podía verles los rostros, que permanecían ocultos en las sombras.

Dan Hetherset, el que había caído bajo el golpe del Bárbaro, se recobraba. La espada mental no le había herido de gravedad y ahora luchaba por incorporarse, con la sangre fluyendo aún del feo corte que le cruzaba la mejilla.

El Tuerto no podía controlar con la vista el círculo de hombres abierto a su alrededor, hecho que Jan Goodchild, un cabeza de familia con dos hijos, miembro de una de las mejores familias del valle, aprovechó para acercarse a él por su punto ciego. Mientras Matt permanecía plantado delante de él, completamente inmóvil, Goodchild alzó el bastón y atizó la cabeza del Tuerto con todas sus fuerzas.

La lucha habría terminado en ese mismo momento si el leñazo hubiera dado en el lugar apropiado, pero Jan estaba nervioso y el palo se le fue de las manos y se hundió en el hombro del Tuerto, que perdió el equilibrio y cayó dentro del círculo formado por los integrantes del grupo.

A continuación tuvo lugar una confusa escaramuza en la que las armas revolotearon por todas partes de forma vertiginosa. Matt Law intentaba poner orden y el Bárbaro, con Tyr en la mano, golpeaba y fintaba con tanta habilidad como si llevara una espada corta real y no un simple hechizo sustentado por nada más que la fuerza de su voluntad.

El Tuerto, a diferencia de Loki, siempre había tenido un talento natural para las armas. Incluso así, notó pronto que el encantamiento se debilitaba; era necesaria una gran cantidad de poder para usar una espada mental y se le acababa el tiempo. Jan descargó otro golpe sobre él, que impactó en su brazo derecho con

una energía escalofriante, de modo que el golpe que iba destinado a Jan salió despedido y alcanzó a Matt Law en su lugar, un duro impacto en el estómago.

El Tuerto lo conectó con otro golpe que esta vez sí llegó a Jan, dándole en las costillas, un corte limpio, y tuvo tiempo sólo para un pensamiento -«Le has matado, so idiota»-, antes de que Tyr empezara a parpadear y se extinguiera en sus manos.

Entonces se abalanzaron sobre él siete hombres cuyos bastones empezaron un rítmico sube y baja similar al de las hoces en la cosecha del maíz.

Odín se dobló al recibir un golpe en el estómago y un porrazo en la cabeza le hizo caer al suelo, donde yació despatarrado en medio del camino occidental. Y conforme los demás porrazos caían, demasiados para llegar a contarlos y demasiados también para que Yr y Naudr pudieran dispersarlos, el Tuerto tuvo tiempo para un único pensamiento más. «Esto es lo que se consigue por intentar ayudar a la Gente».

Inmediatamente después recibió un golpe en la parte posterior de la cabeza, y la pena y el dolor se lo tragaron por entero.



Capítulo 5



Entretanto, el viaje de Loki no estaba resultando tan sencillo como hubiese deseado. Habían pasado muchos años desde la última vez que se había acercado a los Durmientes por esta ruta, y ya había oscurecido cuando alcanzó las montañas. A sus pies, las laderas se veían lactescentes y desfiguradas a la luz de una luna en cuarto menguante que presidía el firmamento. Algunas nubéculas la velaban al pasar de vez en cuando, punteándola de plata.

Sobrevoló un gran saliente rocoso de espato situado encima de una ancha veta de piedra, donde se posó a descansar tras recuperar su aspecto, pues su transformación en pájaro le había consumido más energía mágica de lo esperado.

Por encima de él, majestuosos, los Durmientes se encontraban aislados por el hielo y a sus pies sólo había pedregales y roca desnuda. Más abajo, en las colinas, los angostos senderos zigzagueaban entre los matorrales y la maleza, entre los endrinos y espinos, donde tenían sus guaridas los gatos monteses que, en algunos casos, se alimentaban de las pequeñas cabras de pelambrera parda que corrían libremente por el brezo. Varias cabañas se alzaban en las faldas de aquellas colinas, probablemente construidas por los pastores, pero incluso esos exiguos signos de ocupación desaparecían conforme raleaba la vegetación.

Se levantó y alzó la mirada en dirección a los Durmientes. La entrada debía de estar a unos sesenta metros por encima de su cabeza, en la grieta profunda y estrecha de algún glaciar.

Él había accedido por allí en una ocasión, pero no habría escogido de nuevo la misma ruta de haber habido alguna otra opción…

…sin embargo, no la había, y ahora estaba allí, tiritando sobre el bloque de roca y sopesando con premura su posición. Una de las grandes desventajas de este tipo de cambio de forma era que no podía llevarse con él nada más que su propia

piel: ni armas ni comida ni, aún más importante, ropas. El frío agudo había empezado ya a afectarle; si no resolvía la situación, acabaría con él muy rápido.

Pensó en cambiar a su aspecto ígneo, pero desechó la idea en cuanto se le ocurrió. No había nada que pudiera quemar sobre el manto de nieve, y además, un fuego en la montaña atraería con toda seguridad algún tipo de atención indeseada.

Era evidente que siempre le quedaría la solución de sobrevolar la grieta y ahorrarse de ese modo una larga y agotadora ascensión por las zonas heladas. Sin embargo, era consciente de que el disfraz de halcón le convertía en una presa vulnerable, porque un halcón no podía realizar ensalmos con la palabra y el pico de un halcón no sustituía a los dedos a la hora de digitar las runas. A Loki no le hacía ninguna gracia la idea de volar a ciegas, sin hacer mención a la desnudez, sobre los Durmientes y meterse de cabeza en cualquier posible emboscada.

Bueno, fuera lo que fuese a hacer, debería ponerlo en práctica enseguida. Estaba demasiado expuesto allí, en la roca pelada, y sus colores podían percibirse a kilómetros de distancia, lo cual equivalía a haber escrito en las montañas «LOKI ESTUVO AQUÍ».

Volvió a adoptar la forma de ave y voló en dirección a la cabaña de pastor más cercana. Estaba abandonada, pero aun así se las ingenió para improvisar algunas ropas con poco más que harapos, aunque servirían de todos modos, y unas pieles para atárselas en los pies a modo de calzado. Las pieles olían a cabra y eran un pobre sustituto para las botas que había dejado atrás, pero halló una zamarra de borrego, basta pero cálida, que le protegería de lo más crudo del frío.

Comenzó a ascender, una vez ataviado de semejante guisa, con paso lento y seguro, ya que durante las últimas cinco centurias, el as había aprendido a valorar la seguridad por encima de todas las cosas.

Había estado escalando durante casi una hora cuando se topó al gato. En lo alto, la luna segaba los picos helados con su guadaña y destacaba el afilado relieve de los espolones de roca. Sobrepasó la línea de nieves perpetuas. La capa superior de un glaciar crujía a cada una de sus pisadas. El manto de hielo parecía de un blanco intenso visto a cierta distancia, pero observado más de cerca ofrecía el

aspecto lúgubre de un rebujo apelmazado de piedras, nieve y hielo envejecido.

El Embaucador estaba extenuado y también dolorido por culpa del frío; las pieles y los harapos cogidos en la cabaña del pastor le habían servido bastante bien en las zonas más bajas de la ladera, pero poco podían hacer contra el frío cortante del glaciar. Se había metido las manos debajo de los brazos en busca de un poco de calidez, pero incluso así, le dolían de forma casi brutal. Tenía el rostro amoratado y los pies, envueltos en los envoltorios de pieles, habían perdido hacía tiempo toda sensación, razón por la cual iba dando tumbos como un borracho por la costra de nieve, donde siguió escondiendo su rastro lo mejor posible.

Una vez más consideró la idea de volver a su aspecto ígneo, pero el frío era ya demasiado intenso. Convertirse a su forma de fuego simplemente consumiría más rápido su energía mágica, dejándole indefenso.

Necesitaba descanso. Y calor. Ya se había caído casi una docena de veces y cada vez le resultaba más difícil luchar para levantarse. Al final volvió a venirse abajo y no fue capaz de ponerse en pie de nuevo, por lo que se dio cuenta de que ya no le quedaban más oportunidades. La posibilidad de morir congelado superaba en mucho al riesgo de ser visto.

Formó Sol, pero con torpeza, e hizo un gesto de dolor al mover los dedos congelados. Ya no tenía posibilidad de convertirse en halcón; había perdido las fuerzas y sólo le quedaban ya sus últimos ensalmos. La runa se encendió, pero le proporcionó poco calor.

Loki maldijo y lo intentó de nuevo. En este momento, el calor estaba más concentrado, una bola brillante del tamaño de una manzana pequeña que brillaba contra la nieve mate. Se acercó la bola cuanto pudo y poco a poco sintió cómo la vida regresaba a sus manos tullidas. También con ella, volvió el dolor. Loki profirió un grito: sentía como si le estuvieran clavando agujas al rojo vivo.

Quizá fue ese alarido el que alertó al felino, quizá fue el resplandor; de cualquier forma vino, y era enorme, quizá cinco veces más grande que el gato montes común, manchado de pintas marrones, similares a la piedra de la montaña. Los ojos relucían amarillos y hambrientos y las garras parecían forradas de suave

acero sobre las plantas peludas de sus patas.

Loki hubiera tenido más probabilidades de rehuir el encuentro en la parte inferior de las laderas montañosas, que estaban llenas de otras posibles víctimas, pero las presas escaseaban en el glaciar y un humano como él, indefenso y de rodillas sobre la nieve, parecía casi un regalo para el carnívoro.

El felino se acercó. Loki, que sentía cómo las sensaciones volvían tanto a sus manos como a sus pies, intentó levantarse, pero cayó una vez más. Soltó un montón de maldiciones.

El gato se acercó aún más, con cautela, debido a la bola de fuego que brillaba entre las manos del as, preguntándose a su manera gatuna si sería un arma capaz de hacerle daño cuando saltara sobre él. Loki no lo vio y continuó maldiciendo mientras Sol le acuchillaba los dedos.

El depredador se detuvo a evaluar a la presa. Tal vez fuera grande, pero estaba cansado, lo cual ralentizaba sus movimientos, y lo más importante de todo, se hallaba en el suelo, donde su tamaño no le iba a proporcionar ventaja alguna.

Tenía muchas posibilidades dado este cúmulo de factores favorables.

El felino nunca había atacado antes a un humano. Si lo hubiera hecho, habría saltado a la cara y lo más apropiado habría sido matarle de un solo mordisco, pero en vez de eso, se abalanzó sobre la espalda de Loki y le cogió por el cogote en un intento de hacerle rodar con él.

Loki actuó deprisa, deprisa y de forma bastante sorprendente para un humano, aunque la presa no era precisamente humana, como percibió el felino, y en vez de intentar aferrar al gato montes, se puso de pie, ignorando las garras que se habían clavado en sus costillas y con deliberación se arrojó de espaldas con todas sus fuerzas.

El carnívoro se quedó aturdido unos segundos y aflojó las mandíbulas, coyuntura que Loki aprovechó para liberarse. Se apoyó sobre las rodillas para alejarse del animal y luego se dio la vuelta para enfrentarse a la criatura cara a cara. El felino enseñó los dientes y fulminó a la presa con sus ojos amarillos, que arrancaron

destellos en los flameantes ojos verdes del Embaucador.

El animal chilló, un sonido terrible, chirriante, de ira y frustración. Se encaró con él, preparado para saltar si hacía el menor movimiento. Estas batallas de voluntades podían durar horas entre sus congéneres, pero percibió que las fuerzas del humano fallarían antes de que pasara mucho tiempo.

Loki también lo sabía. Estaba demasiado entumecido como para poder evaluar el verdadero daño causado por las garras del felino, pero notaba un chorreo cálido cayéndole por la espalda y era consciente de que iba a desmayarse de un momento a otro. Debía actuar, y además con rapidez.

Con los ojos fijos aún en los del gato, alzó la mano. En ella brillaba Sol, algo descolorida, pero todavía viva. Loki se movió con sumo cuidado para cambiar el punto de apoyo del cuerpo de las rodillas a los talones, de modo que ahora quedó acuclillado, y con la runa del sol extendida. El gato rugió y erizó el pelo, preparado para atacar…

…pero Loki se le adelantó. Con un gran esfuerzo saltó sobre sus pies y al mismo tiempo, reuniendo los restos de su energía mágica, lanzó Sol, que ahora era una antorcha al rojo vivo, a la criatura que le gruñía.

El felino huyó. El Embaucador le vio marcharse. No tardó en convertirse en una mota perdida en la inmensidad del glaciar y oyó su grito de desafío mientras escapaba. Sin embargo, no se retiró tan lejos como le hubiera gustado, sino que se aposentó a una distancia de unos trescientos metros, donde el borde del glaciar pasaba al lado de una cueva de roca.

Y allí permaneció, inmóvil. Podía olisquear la sangre y eso le hizo gruñir suavemente debido al hambre frustrada, pero aún más importante, podía oler la debilidad. La presa estaba herida y bajaría la guardia en algún momento.

Y siguió observándolo; cuando Loki comenzó una vez más a escalar, lenta y laboriosamente, hacia la hendidura de color azul oscuro que había entre los Durmientes, el gato subió con él, manteniéndose a una cierta distancia pero acercándose de forma gradual mientras veía cómo le fallaban los pasos, con los hombros caídos, hasta que al final se desplomó de bruces en la nieve iluminada

por la luna.

Capítulo 6



El rostro estaba enterrado en el corazón del hielo, casi oscurecido por las pequeñas rosetas de la gélida escarcha, pero era inconfundiblemente un rostro níveo de mujer lo que había en lo más hondo del carámbano.

–¿Quién es? – acabó por preguntar la muchacha.

Había intentado limpiar parte de la escarcha con las manos. Debajo, el hielo era a la vez claro y oscuro, como el agua de un lago, y permitía ver a la mujer yaciente, esbelta como una espada, con las manos cruzadas sobre el pecho y con el cabello corto de un rubio muy claro esparcido a su alrededor como cristales de hielo.

–Míralo tú misma -le sugirió el Susurrante.

Maddy digitó Bjarkán con una mano temblorosa. La luz rúnica parecía recoger cada relumbre, cada encantamiento y cada runa tallada en la superficie del bloque de hielo, con un resplandor que le hería los ojos.

A través de la runa pudo ver con claridad a una mujer de rostro tranquilo y de gélida belleza, con los pómulos altos y los labios carnosos tan característicos de la gente del norte. Calzaba botas altas hasta las rodillas y vestía una túnica ceñida a la cadera por un cinturón de donde colgaba un largo cuchillo blanco.

Pero lo más sorprendente era la firma mágica de la beldad confinada. Era muy fría, de un azul tan penetrante como el hielo mismo, y aunque estaba muy ajustada alrededor de su cuerpo en un esquema propio del sueño, se veía

indiscutiblemente viva. Su resplandor sólo era menor en proporción a la marca en el tobillo derecho de la mujer.



La runiforma Isa, el Hielo.

Ahora, la muchacha podía ver los hechizos que rodeaban el bloque de hielo, una compleja cadena de runas que se parecía muchísimo a la red en la cual Loki había aprisionado al Susurrante.

–Así que él me contó la verdad -repuso Maddy con suavidad-. Hay más como nosotros por ahí.

Ella se dio cuenta de que había temido creerlo. Ahora, la alegría de saber que no estaba sola le dio ganas de gritar como una posesa.

No lo hizo al recordar a tiempo que la techumbre de hielo podría desplomarse sobre su *cabeza*, pero cerró los puños con un intenso regocijo. Y entonces vio más bloques de hielo a lo largo de todo el gran salón con sus correspondientes pilares erguidos como centinelas en la caverna resplandeciente. Siete de ellos estaban alineados como los postes de una cama, con las columnas festoneadas de carámbanos colgantes y los cobertores de escarcha.

–¿Quiénes son? – preguntó Maddy.

–Los Durmientes -repuso el Susurrante-, aunque no lo van a ser por mucho más tiempo.

Una vez más la muchacha se acordó de la caverna de la chimenea.

–¿Ha sido Loki quien ha hecho esto?

–No -contestó él.

–¿Lo sabe el Tuerto?

–Oh, sí, claro que lo sabe.

–Entonces, ¿por qué no me lo *contó?*

–Yo soy un oráculo -replicó él-, no un maldito lector de mentes.

Ella dirigió otra mirada a la mujer de hielo.

–¿Quién es? – insistió.

–Pregúntale -le sugirió el Susurrante.

–¿Cómo?

–De la forma habitual.

–¿Quieres decir… despertándola?

–¿Por qué no? – comentó-. Lo vas a hacer de todas las maneras.

Maddy estuvo profundamente tentada de intentarlo. Recordaba la profecía del Susurrante: cómo despertarían los Durmientes y cómo Tor sería liberado del Averno. Por otro lado, sabía que él era taimado y no le gustaba ese tonillo de superioridad que se gastaba.

–No voy a hacer nada -señaló ella-, a menos que me reveles la identidad de esta gente.

–Son los vanir -respondió el Susurrante-. Están ocultos aquí desde el Ragnarók. La sombra de Surt ha caído sobre los mundos y los æsir han sucumbido uno tras otro. Los vanir también cayeron derrotados, pero se escondieron. Crearon este lugar, mitad refugio, mitad tumba, con el último de sus encantamientos, pues albergaban la esperanza de que algún día despertarían en un nuevo mundo, en el nuevo Ásgard.

–¿El nuevo Ásgard? – inquirió Maddy-. ¿Qué ha pasado con él?

–La profecía no es una ciencia exacta -respondió el Susurrante-, si bien lo que dice ocurrirá al final. Aunque quizá no para tu amigo el Tuerto…

Maddy le clavó una mirada aguda.

–«¿Un general solo a su frente veo?»

El Susurrante le dedicó una sonrisa helada.

–Así que estabas prestando atención. Es estupendo sentirse apreciado -admitió-. Ahora sé buena chica y despierta a los Durmientes; luego, pondremos en buen camino el resto de mi profecía…

–Uf, bueno -vaciló-. Necesitaría hablar primero con el Tuerto.

–Pues en ese caso nos aguarda una larga espera -refunfuñó el Susurrante, y sus colores refulgieron del modo que Maddy había terminado por relacionar con la petulancia.

–¿Por qué? – preguntó-. ¿Qué le ha pasado?

El Susurrante le habló a Maddy del arresto del Tuerto; de la lucha que había tenido lugar con los hombres de la partida y de lo que había sucedido a continuación. No había duda al respecto, aseveró el Oráculo. Estaba en armonía con el General, conocía su mente y sentía cada fragmento de hechizo que lanzaba.

–Luchó contra ellos -le contó-, pero eran demasiados y perdió. Si estuviera muerto, yo lo sabría. Luego, supongo que se lo han llevado a cualquier sitio apropiado para encerrar a alguien que tengáis en el pueblo…

–La cárcel -repuso Maddy.

–Eso es lo más probable -continuó él-.Y allí, debemos asumir, sea quien sea el que esté usando la Palabra contra la colina estará de lo más impaciente por

interrogarle.

Los ojos de la muchacha se dilataron y mostraron una expresión de espanto.

–No le harán daño, ¿no?

–¿Eso es una pregunta?

–¡Pues claro! – exclamó ella.

El Susurrante soltó una sonrisita de suficiencia.

–Pues entonces, sí. Le harán daño. Le sacarán cualquier pizca de información que posea y le matarán cuando hayan terminado, e irán detrás del resto de vosotros cuando le hayan matado, y no pararán hasta que el último de vosotros haya sido eliminado. Espero que esto responda a tu pregunta.

–Oh -exclamó la muchacha, e hizo una larga pausa. Luego preguntó-: ¿Esto es una… opinión profesional, o una profecía de verdad?

–Ambas cosas -repuso el Susurrante-. A menos, claro, que hagas algo al respecto.

–Pero ¿qué es lo que podemos hacer? – replicó Maddy, desesperada.

El Susurrante se echó a reír, con un sonido seco y desagradable.

–¿Hacer? – inquirió-. Querida mía, tendrás que despertar a los Durmientes.



Capítulo 7



Según el Libro de la Meditación, los estados elementales de la dicha espiritual eran nueve.

Uno, la oración. Dos, la abstinencia. Tres, la penitencia. Cuatro, la absolución. Cinco, el sacrificio. Seis, la abnegación. Siete, la valoración. Ocho, el arbitraje. Nueve, la investigación.

Según esta definición, Nat Parson había alcanzado el séptimo estado elemental y estaba a punto de entrar en el octavo. Se sentía bien. Tan bien, de hecho, que había empezado a preguntarse si pronto se le permitiría enfrentarse con los estados intermedios -los de la Exanimación y el Juicio-, para los que se sentía más que preparado.

El Bárbaro era culpable, y no cabía duda alguna a ese respecto. Nat Parson le había acusado de más de una docena de cargos de delitos comunes, tales como robo, vagancia, corrupción y bandolería, aunque la sustancia real estaba en los cargos penales: intento de asesinato de un agente, conspiración, conjura, artificio y el más prometedor de todos, herejía.

Herejía. Eso sí que llegaría a alguna parte, había pensado Nat Parson. No había habido ninguna acusación de herejía en Malbry desde hacía más de medio siglo. Finismundi era diferente, más civilizada, más especial. Los ahorcamientos eran comunes en la Ciudad Universal. Los examinadores estaban avezados en descubrir la herejía tan pronto como alzara su horrible faz y no mostraban tolerancia alguna hacia todas las cosas extrañas.

Odín el Tuerto estaba al tanto, claro. Sabía un montón de cosas, de hecho, que hubieran propiciado que se le quedara floja la mandíbula al párroco, aunque para frustración de Nat no había dicho ni una palabra desde su arresto.

Bueno, él iba a conseguir que hablara, se prometió el párroco con fiereza; y de todos modos, la runiforma que atravesaba la órbita llena de cicatrices del ojo ciego del Bárbaro hablaba por sí sola.

Y le había hablado bien claro al examinador. Si todo el asunto de la colina no había llegado a conmoverle, la captura del Bárbaro le puso casi en estado de agitación. Al principio, cuando se le pidió que abandonara su lugar en la colina, se mostró irritado, pero tan pronto como vio aquella runiforma y al hombre que estaba repantigado de manera insolente contra el muro interior de la cárcel, perdió la mayor parte de su anterior actitud distante.

–¿Quién es este hombre? – preguntó con voz ahogada.

–Un vagabundo -contestó Nat, contento al fin de haber encontrado algo que impresionara al finismundés.

Hasta ese momento nada lo había conseguido, ni siquiera su ágil pensamiento, ni la amenaza de debajo de la colina del Caballo Rojo, ni siquiera la cocina de Ethelberta, que se consideraba excelente hasta en el mismo Hindarfial e incluso más allá.

Sin ir más lejos, la noche anterior, Ethelberta se había preocupado de cocinarle una comida al examinador que Nat hubiera dicho que se encontraba entre las mejores que había hecho: codorniz rellena y champiñones fritos además de pasteles de miel con almendras; pero el visitante había rechazado cualquier alimento que no fuera pan, verduras crudas y agua, recordando a ambos las alegrías de la abstinencia, el tercer estado elemental de la dicha espiritual, de modo que ninguno de los dos había comido demasiado y a Ethelberta le había dado una pequeña pero intensa rabieta en la cocina, y Nat, a pesar de su rotunda admiración por los finismundeses, se había sentido bastante enfadado con el muchacho.

Ahora, en la cárcel, se sentía como si hubiera recuperado un poco su lugar…

…Él se encontraba muy a gusto en la cárcel. No era un edificio grande, ya que apenas tenía el tamaño de la cocina de su casa, pero estaba sólidamente construido con buen granito de las montañas y carecía de ventanas. Si Matt Law se hubiera salido con la suya, no habría habido ninguna cárcel en absoluto; diez años atrás no la había y generaciones de agentes de la Ley habían usado las celdas para encerrar a algún deudor o borracho ocasional.

Nat Parson, que tenía reciente su peregrinación, había puesto fin a esa clase de pereza. Estaba satisfecho de haberlo hecho; el examinador los consideraba ya bastante atrasados tal como iban las cosas hasta ahora. Aun así, estaba impresionado con el prisionero, y el párroco sintió una gran oleada de orgullo por la eficacia con la que habían manejado al Bárbaro.

–¿Un vagabundo? ¿Qué nombre tiene?

–Va por ahí con el nombre del Tuerto -contestó Nat, que estaba disfrutando el momento.

–No me importa el nombre con el que ande por ahí -aclaró. La voz del examinador se había vuelto aguda-. Dame tu nombre verdadero, villano -increpó al preso, que aún seguía repantigado contra la pared, aunque en realidad era difícil que pudiera estar de otra manera, ya que tenía los pies encadenados al suelo.

–Te diré el mío si tú me dices el tuyo -replicó el Tuerto, mostrándole los dientes.

El examinador apretó los labios exangües hasta formar una línea muy fina en la que la boca apenas era visible.

–Hay que interrogar a este hombre -repuso, toqueteando la llave de oro, su único adorno, que colgaba de una cuerda alrededor del cuello.

–Ya urdiré el modo -repuso Nat-, estoy seguro de que entre Matt y yo nos las arreglaremos para proporcionaros todas las respuestas que…

Pero el finismundés le atajó de plano.

–No lo haréis -zanjó con su voz de erudito-, en vez de ello seguiréis mis instrucciones al pie de la letra. Primero, tendréis a este hombre completamente inmóvil…

–Pero examinador -protestó Nat-, ¿cómo va a poder él…?

–Cuando digo completamente inmovilizado, lugareño, quiero decir exactamente eso. Lo quiero encadenado y amordazado. No quiero que mueva ni la punta de un dedo sin mi permiso, ¿está claro?

–Sí, señor -repuso Nat con rigidez-. ¿Puedo preguntaros por qué?

–Pues no -espetó el examinador-. En segundo lugar, no quiero que nadie mantenga ninguna conversación con el prisionero a menos que yo mismo le dé la orden. No os dirigiréis a él, ni le permitiréis que se dirija a vosotros. Tercero, los guardias se apostarán en la puerta, pero nadie entrará sin mi permiso. Cuarto, hay que enviar recado ahora mismo a la Ciudad Universal, al examinador jefe a cargo de los Registros. Yo redactaré el mensaje que le vamos a despachar con la mayor urgencia. ¿Lo entendéis? – Nat Parson asintió-. Por último, detendréis todo tipo de actividad en la colina. Se dejarán las máquinas en su lugar, se apostarán guardias, pero no se le permitirá acceso a nadie al túmulo ni proseguirán los trabajos en el terreno sin mi permiso expreso. ¿Está claro?

–Sí, señor.

–Ah, Parson… -El examinador se volvió y se dignó a ofrecer a Nat una mirada de disgusto-. Preparadme una habitación en vuestra casa. Necesito un espacio de trabajo, una buena mesa de despacho, instrumentos de escritura, una chimenea que no desprenda humo, una luz adecuada, por cierto, prefiero velas de cera más que de sebo, y completo silencio para ayudarme en mis meditaciones. Me gustaría quedarme aquí durante algunas semanas, hasta que… mis superiores lleguen y se hagan cargo de la situación.

–Ya veo.

El disgusto de Nat por el modo en que se había dirigido a él se había visto sólo ligeramente atemperado por la emoción.

Sus *superiores*, ¿eh? El párroco sólo tenía una vaga comprensión del complejo sistema de rangos y jefaturas dentro del Cuerpo de los Examinadores, pero ahora parecía que *su* examinador, aunque era indudablemente un oficial de categoría, tan sólo ostentaba un rango intermedio dentro del Orden. Vendrían más oficiales; oficiales que, si lo había considerado de forma correcta, podrían

aprender a valorar los talentos de un hombre como Nat Parson.

Ahora pensó que por fin había comprendido los modales desabridos del examinador. El hombre estaba nervioso, fuera de sí. Nat dedujo que escondía su ineptitud detrás de una fachada arrogante y que pretendía enredarle de modo que pudiera arrogarse el crédito de todo su trabajo. «Bueno, ponte a pensar de nuevo, Señor Abstinencia -se dijo Nat, despiadado-. Un día yo también tendré la llave dorada y ese día haré que te arrepientas de haberme llamado "lugareño"».

El pensamiento era tan atractivo, que le llevó a *sonreír* realmente al examinador y el finismundés, sorprendido por la fiera brillantez de aquella sonrisa, dio medio paso hacia atrás.

–¿Y bien? – se dirigió a Nat, en tono agudo-. ¿A qué estáis esperando? Hay algo menos de mil kilómetros hasta Finismundi, en el caso de que os hayáis olvidado, y quiero que el jinete haya salido mucho antes de que caiga el sol.

–Sí, señor -repuso el interpelado y se marchó de la cárcel a paso rápido, mientras el examinador acariciaba la llave del Libro de las Palabras y observaba con ansiedad cómo los guardias encadenaban al Tuerto a la pared de la cárcel por el cuello, los pies y los dedos.

El forastero seguía sorprendido por la sonrisa de Parson. «Ese hombre ha de ser medio tonto para sonreír de esa manera», dijo para sí.



Capítulo 8



El párroco consideró excesivas las precauciones adoptadas por el finismundés, excesivas por no decir cobardes, pero él no gozaba de la experiencia de su superior y apenas sabía nada de los Niños del Fuego. Sin embargo, el

examinador -que había dejado de tener nombre, como todos los miembros del Orden, y respondía a un número tatuado en el brazo-se había encontrado con algunos demonios en el pasado.

Habían transcurrido casi treinta años desde que asistió a su primera aparición. En aquellos tiempos él era un mero aprendiz principiante, un estudiante en la Ciudad Universal, y había tenido poca participación en aquellos macabros procesos, pero los recordaba a la perfección. El interrogatorio había durado catorce horas y para entonces, la criatura, un ser débil, con una runiforma rota, casi había enloquecido.

Incluso entonces habían sido necesarios dos examinadores armados con la Palabra y tres aprendices para sujetarle; y cuando al final consiguieron conducirle, aullando, a la pira, los maldijo con tal fuerza que dejó ciegos a tres de ellos.

El joven aprendiz nunca lo había olvidado. Había estudiado duro y se había incorporado a las filas del Orden, interrumpiendo sus estudios con el fin de trabajar más activamente en el campo práctico, hasta que con posterioridad se convirtió en la punta de lanza de un programa de implantación de la nueva fe en Las Caballerizas, y aun más allá, para erradicar la maldad allá donde la encontrara.

Se le había otorgado la Palabra debido a este sacrificio a pesar de que no era habitual que la recibiera alguien entre las filas de los principiantes, especialmente un aprendiz que apenas había terminado su duodécimo año de estudio, pero se podían hacer ciertas excepciones en algunos casos; y además, los agentes de campo del Orden necesitaban la máxima protección posible.

El examinador había visto unas dos docenas de casos sobre los que mereciera la pena informar al Departamento de Registros en su viaje pionero desde Finismundi. La mayoría habían resultado ser verdaderas pifias: estafadores, mestizos, bárbaros y bichos raros sin ningún poder del que mereciera la pena hablar. Había terminado aceptando que la mayor parte de su trabajo cotidiano consistiría en eliminar plagas de trasgos, cegar manantiales sagrados, derribar anillos de menhires y asegurarse de que los viejos problemas siguieran bien

muertos y enterrados.

Pero en algunos casos había visto cosas de lo más inquietante, que sin duda alguna justificaban su sacrificio. El hombre tuerto de Malbry era una de ellas, y el finismundés estaba dividido entre la esperanza de haber descubierto finalmente algo que mereciera la atención del examinador jefe y el miedo de verse obligado a lidiar él solo con la criatura.

Habría estado mucho más feliz si el hombre hubiera estado sujeto y atado por el poder de la Palabra, pero había agotado la mayor parte de su autocontrol en la colina del Caballo Rojo. La recuperación del mismo iba a requerirle mucho tiempo de meditación, y además, no se atrevía a emplearlo de nuevo…

… ya que la Palabra no era un instrumento de uso diario. Cualquier utilización de la misma debía estar plenamente justificada, salvo en tiempos de guerra, y debía reflejarse por escrito en un asiento de los libros del Departamento de Registros. Además, el manejo resultaba harto difícil y en ocasiones requería más y más horas de preparación, aunque sus efectos fueran inmediatos y devastadores.

Y también era peligrosa, por descontado. El finismundés la había empleado más que la mayoría de sus correligionarios, ciento cuarenta y seis veces en toda su larga carrera, pero nunca sin un escalofrío interior, ya que la Palabra era el idioma del Innombrable. Invocarla suponía adentrarse en otro mundo, y decirla era entrar en comunión con un poder más terrible que el de los demonios. Además, detrás del miedo yacía un secreto mucho más profundo y peligroso, que era el *éxtasis* de la Palabra.

Porque la Palabra era una adicción, un placer más intenso que ningún otro, y ése era el motivo por el que únicamente se le otorgaba a aquellos hermanos cuyos hombros hubieran demostrado ser lo suficientemente fuertes como para poder soportarla. El no osaba usarla dos veces en un mismo día, y nunca sin seguir el procedimiento apropiado. Porque a pesar de su abstinencia, él se mostraba insaciable en lo que se refería a la Palabra, y le costaba mucho esfuerzo mantener en secreto y bajo control sus apetitos todo el tiempo. Incluso ahora, la tentación de usarla era casi insoportable. Hablar, ver, *saber*…

Miró al prisionero, un villano que podría tener cincuenta, sesenta o quizá más años, vestido con las pieles rústicas de un viajero y una capa en la que los parches casi habían ocultado la tela original. Parecía indefenso y tenía un aspecto de lo más humano, pero él sabía que todos los demonios podían adoptar aspectos distintos y no se dejó engañar ni por un instante por lo que podía ser una mera apariencia exterior.

«Por su marca le conoceréis», rezaba el Libro del Apocalipsis.

Pero aun más condenatorio era el Libro de las Palabras, donde estaban recogidas todas las letras conocidas del Alfabeto Antiguo y sus variantes, junto con sus distintas interpretaciones. Usando esa lista había sido como el examinador había podido reconocer rápidamente Raedo, el Viajero, y sus sospechas se habían convertido con celeridad en certezas.

Desde luego, no había escapado a su atención que la runa del viajero, aunque estaba clara y entera, aparecía invertida.

A pesar de ello, el finismundés no bajó la guardia. Incluso un hechizo roto podía resultar letal y una runiforma completa, invertida o no, era sin duda una rareza. De hecho, en treinta años nunca había realizado una captura por sí mismo y suponía que este hombre, aunque parecía zafio, podría resultar ser algo más que un mero soldado de a pie en las filas del enemigo.

–Dime tu nombre, villano -le repitió una vez más. En ausencia del párroco se había atrevido a quitarle la mordaza al Bárbaro, aunque en aras de la seguridad, había mantenido las cadenas en su lugar. A estas alturas, el hombre debía de estar bastante incómodo, pero no dijo nada, y simplemente se limitó a observar al interrogador con su único ojo, relumbrante y antinatural-. ¡Dime tu *nombre*! -le exigió el finismundés e hizo el gesto de patear al forastero que yacía allí de forma tan insolente.

Sin embargo, no llegó a hacerlo. Él era un examinador, no un inquisidor, y encontraba penoso el recurso a la violencia. También recordaba a aquel demonio con la runiforma rota que había dejado ciegos a tres colegas suyos del Orden y decidió que no era el momento adecuado de emprender una acción precipitada.

El prisionero rompió a reír, como si hubiera leído la mente del clérigo.

–Mi nombre es el Indecible -citó con malicia-, porque tengo muchos.

El finismundés se quedó asombrado.

–¿Conoces el Buen Libro? – Odín rió de nuevo, pero no contestó-. Si es así -comentó el examinador-, entonces ya debes de saber que estás acabado. ¿Por qué resistirse? Tu tiempo se ha agotado. Dime lo que necesito saber y al menos podrás ahorrarte algo de dolor.

El cautivo no respondió nada, sino que simplemente sonrió de ese modo tan poco natural.

El finismundés apretó los labios.

–Bien -dijo, dándose la vuelta para dirigirse a la puerta-, no me dejas elección. A mi regreso, suplicarás poder decirme todo lo que sepas. – Odín cerró su único ojo y se hizo el dormido-. Así sea -replicó el examinador con sequedad-. Tienes hasta mañana para reflexionar. Puede que te mofes de mí, paleto, pero puedo garantizarte que no te burlarás del poder de la Palabra.



Capítulo 9



–¿Es que no hay otra forma? – inquirió Maddy al final.

–Confía en mí. Soy un oráculo.

La muchacha lanzó otra nueva mirada hacia el sepulcro de hielo donde yacía la mujer pálida, cuyos colores titilaban tenuemente bajo la fría luz. Los tonos

azules del carámbano donde se hallaba conferían a sus facciones un toque cadavérico. El pelo corto era tan claro que casi pasaba desapercibido en su sudario helado, parecía flotar alrededor de su rostro como algas.

Entrecerrando los ojos, Maddy digitó Bjarkán, y los encantamientos que sujetaban a la mujer de hielo se mostraron a la vista. Tal como había observado al principio, eran muy parecidos a aquellos que habían atado al Susurrante, pero mucho más numerosos, constriñendo el ataúd helado de la durmiente en un complejo nudo de hechizos entrelazados.

–Obra con cuidado -le advirtió el Susurrante-. Tal vez hayan dejado trampas al cerrarlo.

Y por supuesto que las había. Maddy pudo apreciarlas en ese momento. Las habían diseñado para que estallaran sobre cualquiera que se atreviese a ponerle las manos encima a la yaciente sin extremar al máximo las cautelas. Eran una medida protectora, pero ¿para protegerla de quién? Tocó las runas suavemente con la yema de sus dedos; a su contacto, brillaron con un helado color azul y Maddy las sintió como una picazón, una resistencia que pugnaba para liberarse.

–Piensa en lo que pueden contarte, Maddy -sugirió el Susurrante con voz sedosa-. Secretos perdidos desde el Fin del Mundo. Respuestas a las preguntas que nunca te has atrevido a hacer, preguntas que seguro que Odín jamás te habría contestado…

Ella se dio cuenta de que la tarea iba a ser fácil. Sentía las runas vivas bajo la punta de sus dedos, despertándose casi por voluntad propia. Todo lo que necesitaban era un poco de ayuda, y a cambio, recibiría las respuestas a las preguntas que habían envenenado toda su vida.

¿Quién era ella realmente?

¿Por qué poseía energía mágica?

¿Y de qué modo encajaba en aquellas historias de dioses y demonios?

Maddy se apresuró a reunir sus runas más vigorosas -Kaen, Tyr, Hagall y

finalmente, Úr, el Toro Poderoso-, antes de que cambiara de idea, y las lanzó como si fueran huesos de caña, con rapidez y seguridad. El bloque crepitó con un crujido audible tras el impacto y la superficie azul del carámbano se resquebrajó en un segundo convirtiéndose en una chispeante masa vidriosa.

La honda expansiva de la rotura arrojó hacia atrás a Maddy, que alzó un brazo para protegerse los ojos de las esquirlas de hielo que la acompañaron. Luego, como no pasó nada más, lo bajó y se movió con cuidado hacia el carámbano que ahora había perdido su transparencia.

Nada se alteró. Los temblorosos candeleros de hielo se estremecían con sonidos ligeros sobre su cabeza, justo después de la réplica de la onda expansiva, pero no cayó ningún carámbano y el helado silencio se volvió a extender sobre el gran salón.

–¿Y *ahora* qué? – preguntó ella, al tiempo que se volvía hacia el Susurrante…

…Pero se produjo un sonido antes de que éste pudiera contestarle. Al principio, se oyó un chasquido lejano y luego un retumbo, un golpe, una especie de estruendoso deslizamiento y por último, el sonido propio de una avalancha de residuos congelados que cayeron procedentes de alguna chimenea distante en el techo, hasta golpear sordamente contra el suelo cristalino.

Maddy se movió deprisa en dirección a la pared y apretó la espalda contra ella unos segundos antes de que los carámbanos oscilantes comenzaran a caer del techo abovedado de la caverna, un pincho detrás de otro, como si fueran los dientes de una máquina trilladora gigante.

Un trozo de nieve del tamaño de un carro de heno estalló cerca en el suelo. La explosión provocó un chaparrón de pequeños proyectiles al final del cual un único objeto de gran tamaño aterrizó pesadamente en la nieve caída en el suelo.

–Ay -se quejó alguien con voz sofocada.

No era un objeto, sino una persona.

Capítulo 10



Loki tenía la certeza de haber cometido un buen número de errores de cálculo graves y posiblemente fatales cuando terminó cayendo desmayado por el borde del glaciar, exhausto y sangrando.

¿Qué clase de imbécil metía la cabeza en la boca del lobo por simple curiosidad? ¿Qué clase de idiota abandonaba su fortaleza para subir a la superficie, desarmado y desprotegido en pos de un rumor, cuando debería estar preparándose para un asedio? Pero la curiosidad siempre había sido su principal pecado, y ahora veía claro que le había llegado el momento de pagar por ello.

Sin embargo, a él siempre le tocaba más suerte de la que le correspondía. Por pura casualidad, el lugar exacto donde cayó ocultaba una de las claraboyas que se abrían al exterior en las paredes huecas de la montaña. La nieve la cubría, pero era una capa delgada de hielo y el peso del Embaucador bastó para que se rompiera.

Así que, en el momento en que chocó contra el suelo, se abrió una fisura debajo de sus pies, revelando un agujero de forma irregular a través del cual se deslizó, sin poder evitarlo, atravesando el techo de la gran caverna con sus jardines colgantes de hielo, que formaban filigranas de encaje quebradizo, elaboradas a lo largo de miles de años por fases de hielo y deshielo. Por último, voló a través de un escalofriante espacio ocupado sólo por el aire hasta aterrizar, más felizmente de lo que se habría atrevido a soñar, encima de un espeso montón de nieve pulverulenta.

Aun así el impacto le dejó sin aliento. Permaneció durante un rato donde había caído, medio atontado y jadeando. Y cuando miró hacia arriba, sacudiéndose los cristales de hielo del pelo, fue para ver un rostro familiar que le miraba con

fijeza, uno tan bello como despiadado, alrededor del cual se arremolinaba el pelo cortado como un volante de espuma marina.

Ella llevaba en una mano un instrumento muy similar a un látigo hecho de runas, como púas de luz azul, larga y flexible, enrollado de forma descuidada alrededor de su cintura. Lo soltó en ese momento, con un siseo y un crujido, y se deslizó hacia el suelo, golpeándolo con la fuerza de su energía mágica. La mujer de hielo se quedó mirando al Embaucador caído y sus labios, todavía ligeramente azulados, se curvaron en una sonrisa que le hizo estremecerse.

Maddy los observaba desde el lado más lejano de la caverna. Había visto caer al as y había reconocido su firma mágica y el color de su pelo al primer golpe de vista. Había visto levantarse a la mujer de hielo y atravesar a zancadas con pasos seguros el gran salón, en apariencia indiferente a los trozos y fragmentos que llovían del techo.

Ahora siguió atentamente la confrontación, con cautela, a través de Bjarkán, manteniéndose pegada al suelo detrás de un bloque de hielo rugoso del tamaño de una mesa.

–Loki -ronroneó la mujer-, qué mal aspecto tienes.

El hechizo que tenía entre los dedos comenzó a desenrollarse, despacio, como una serpiente soñolienta. El interpelado levantó la cabeza, no sin dificultad.

–Todo por complacerte.

Se puso de rodillas con esfuerzo, manteniendo un ojo vigilante en el látigo rúnico.

–Por favor, no te levantes por mí.

–Sin problemas -replicó Loki.

–Yo no diría eso *exactamente* -repuso a su vez la mujer, empujándole hacia el suelo con el pie cubierto por una bota-. De hecho, más bien me parece que puedo

decir con una cierta seguridad que estás metido en ellos hasta el corvejón.

–Ésa es Skadi -le apuntó el Susurrante.

–¿La Cazadora? – preguntó Maddy, que conocía la historia. O al menos parte de ella. Loki había embaucado a Skadi para que abandonara su venganza contra los æsir y, al final, ella le había hecho pagar por ello-. ¿La misma Skadi que colgó la serpiente y…?

–La misma que viste y calza -corroboró el Susurrante.

«Eso -pensó Maddy-va a complicar las cosas». Ella había contado con el hecho de que la durmiente recién despertada iba a mostrarse tan amable como dispuesta a colaborar, pero ésta era Skadi, la Cazadora del Hielo, convertida en uno de los vanir por su matrimonio con Njord. Le tenía una tirria legendaria al Embaucador y, a juzgar por cómo pintaba la cosa, no parecía que los quinientos años transcurridos hubieran cambiado nada.

–¿Qué hacemos con Loki? – inquirió Maddy.

–No te preocupes -respondió el Susurrante con bastante indiferencia-. Le matará, o eso espero, y entonces podremos volver a nuestros asuntos de nuevo.

–¿Matarle?

–Eso creo. ¿Y a ti qué te importa? Si tú estuvieras en su lugar, él no levantaría un dedo para ayudarte, ya lo sabes.

Maddy le fulminó con la mirada.

–Qué claro lo tienes.

–Bueno, pues sí, por supuesto que lo tengo claro -replicó el Susurrante-. ¿Es que alguna vez has visto a Loki mantenerse lejos de cualquier cosa que pueda ser de interés? Y Skadi siempre le ha tenido un rencor especial por encima de todo, ya sabes, desde que los æsir mataron a su padre, Tiazi, del Pueblo del Hielo, un señor de la guerra de la Era Antigua. Fueron los æsir los que le mataron pero fue

Loki quien se lo facilitó. Si yo estuviera en tu piel, me mantendría apartada del camino de la Cazadora.

Sin embargo, Maddy ya estaba en movimiento. Usando el bloque de hielo para cubrirse, se deslizó hacia un lado para acercarse a los dos oponentes, con Bjarkán entre los dedos. Skadi descendió su mirada sobre Loki, al otro lado del salón, y le ofreció una sonrisa helada.

–Venga, Skadi -decía Loki, intentando recobrar algo de su energía mágica-, pensé que ya estábamos de vuelta de eso a estas alturas. Ha pasado mucho tiempo, ¿cuánto? ¿quinientos años? ¿No crees que va siendo hora de que…?

–¿*Tanto* tiempo? – repuso ella-. Pero si parece que fue ayer cuando estabas encadenado con la serpiente suspendida sobre tu cabeza. Qué época tan buena aquélla, ¿eh, Loki?

–Bueno, tú tampoco has cambiado mucho desde entonces -comentó él, intentando esconder una mano detrás de su espalda-. Todavía continúas siendo tan *peligrosamente* atractiva como antes -continuó-, y aún conservas ese delicioso sentido del humor.

Y justo en ese instante se puso en movimiento, con la misma asombrosa velocidad que Maddy había visto antes, y mientras se arrojaba fuera del alcance del hechizo de Skadi, le lanzó una runa a la cara.

Maddy tuvo tiempo de reconocer Yr, justo cuando Skadi contraatacó con un golpe de su látigo rúnico. La espiral golpeó una vez, como si fuera un relámpago azul, pulverizando Yr sin esfuerzo, y después la recuperó con un trallazo, con las runas puntiagudas que conformaban toda su extensión mordiendo el suelo congelado.

El Embaucador lo esquivó, pero por muy poco. El látigo rúnico abrió una grieta en el suelo donde él había estado y precipitó la caída de una docena de carámbanos que colgaban de un arbotante a unos siete metros de altura cuando retornaba a través de un aire penetrado por la luz.

Loki intentó formar otra runa, pero antes de que hubiera sido capaz de completar

su digitación, un latigazo le arrancó Tyr, el Guerrero, de la mano con una fuerza que le dejó los dedos entumecidos. Entonces, se quedó arrinconado, con la espalda contra la pared y un brazo alzado para cubrirse la cara mientras Skadi le dominaba con el látigo rúnico en ristre. Maddy pudo ver cómo intentaba formar runas contra la Cazadora, pero se le había agotado la energía mágica. No le quedaba ni un destello.

–Ahora, Skadi -dijo-, antes de que hagas algo tan desagradable…

–¿Desagradable? – replicó ella-. Ni lo sueñes. He estado esperando esto durante cinco siglos.

–Vale, de acuerdo. Es estupendo comprobar que conservas intacta toda tu fuerza -comentó Loki-, pero antes de que me partas en trocitos pequeños…

–Oh, Loki, jamás haría eso. – Ella se echó a reír de un modo que hizo temblar todos los carámbanos que cubrían la bóveda congelada-. Terminaría todo demasiado rápido. Yo quiero verte sufrir.

Justo entonces el as se jugó una última carta, comenzando a mostrar su sonrisa torcida. Era un movimiento desesperado, sin lugar a dudas, pero siempre había sido de lo más imaginativo en momentos de crisis.

–No creo que lo hagas -negó él.

–¿Y eso por qué? – preguntó Skadi.

Loki sonrió abiertamente. Nunca se había sentido menos seguro de sí mismo, pero era su carta final y pensaba jugarla con estilo.

–Tengo al Susurrante -anunció.

Hubo una pausa muy larga.

El látigo rúnico descendió despacio hacia el suelo.

–¿Lo tienes? ¿Dónde? – Loki sonrió y sacudió la cabeza-. ¿Dónde?

El látigo chisporroteó de forma amenazadora en la mano de Skadi, con la punta moviéndose hacia él como los colmillos de una serpiente.

Lo apartó con un gesto impaciente.

–Oh, por favor. En el momento en que te lo diga soy hombre muerto.

–Bien razonado -asintió Skadi-. Así que, dime, ¿qué es lo que quieres?



Capítulo 11



Maddy se quedó helada cuando Loki mencionó al Susurrante. Le había embargado tal angustia por la suerte del Tuerto, que no se le habían pasado por la cabeza los muchos peligros asumidos al haberlo traído consigo al Salón de los Durmientes.

Pero ahora sí, de modo que buscó en todas direcciones un lugar donde esconderlo. Por fortuna, constató que la caverna de hielo era quizás el único lugar en el Trasmundo donde era posible una cosa así, ya que las firmas mágicas luminosas que atravesaban el aire eran tan brillantes y numerosas que pasaría desapercibida incluso una energía mágica tan poderosa como la del Susurrante, al menos durante un tiempo.

Se deslizó con cautela detrás del bloque donde había buscado protección en un principio, y tras rayar la base con el filo del cuchillo, Maddy descubrió que podía soltar un trozo suficientemente grande del material helado como para poder introducir al Susurrante en el hueco abierto. Lo selló con Yr y unos cuantos puñados de nieve compacta; luego, inspeccionó el resultado y decidió que podría funcionar.

«Más le vale que funcione de una u otra manera», pensó para sus adentros. Le quedaba muy poco tiempo, el Tuerto estaba prisionero y aunque apenas podía considerar a Loki como un amigo, no iba a quedarse como si tal cosa a observar cómo le asesinaban. Así que Maddy se puso de pie y comenzó a caminar con calma hacia los dos adversarios mortales.

Por el momento, sí, sí había conseguido ganar un poco de tiempo.

Aunque no cabía duda de que haber caído en manos de Skadi era la peor clase de mala suerte, de entre todas los posibles, y ella además estaba en su aspecto completo, enfadada, alerta y más fuerte que nunca, con Isa en la posición correcta, sin invertir. Por si todo eso fuera poco, Loki nunca había valido demasiado como luchador, ni siquiera en los días de antaño, y siempre había dependido más del ingenio que de las armas.

El Embaucador estudió con ánimo sombrío el látigo rúnico de la rival. No cabía duda de que debía de ser algún hechizo rúnico de la Era Antigua, cuando todavía disponía de tiempo y le sobraba poder para desperdiciarlo en un trabajo tan lujoso. No le había alcanzado de lleno o, de lo contrario, lo más probable es que se hubiera quedado sin mano, pero a pesar de no recibir el golpe directamente, había sentido el impacto como si le hubieran aporreado los nudillos. Le dolía todo el brazo y todavía tenía adormecida la mano derecha. La verdad era que sus probabilidades de poder realizar la más simple de las digitaciones a lo largo de la siguiente hora eran bastante escasas.

Sin embargo, estaba vivo contra todo pronóstico y eso era razón suficiente para sentirse contento por el momento. Al menos…

Skadi se hallaba de espaldas y lo primero que percibió de la aproximación de Maddy fue el ramalazo de angustia que atravesó como un rayo los ojos de Loki. Se volvió y vio a una joven de no más de catorce años caminando con garbo hacia ellos.

–Skadi -dijo ella-, encantada de conocerte. Veo que Loki y tú os estáis poniendo al día.

Él tragó saliva. Se veía en el bando perdedor por segunda vez en el día y la sensación resultaba de lo más desagradable. Era completamente consciente de que una sola palabra de la muchacha bastaba para condenarle. ¿Y quién la culparía por ello? No podía decirse que se hubieran separado en los mejores términos.

Sin embargo, pensó que aún había alguna esperanza y su mente ágil ya estaba comenzando a trazar planes y analizar posibilidades.

–Skadi -intervino-, te presento a Maddy Smith.

Ahora bien, estaba perdido sin remedio como la chica aún llevase consigo al Susurrante. Y estaba igualmente perdido si ella se negaba a seguirle el juego. Quizá lo estaban los dos, ya que, después de todo, aunque Maddy era indiscutiblemente un peso pesado de la magia, Skadi era mayor y estaba entrenada en la pelea, además de llevar en la punta de sus dedos aquel letal artefacto mágico. Loki no sabría cómo calibrar las respectivas posibilidades de cada una en caso de lucha.

Curiosamente, Maddy parecía bastante contenta.

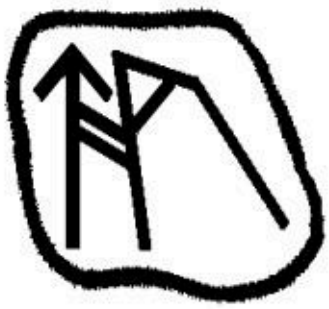
–Encantada de conocerte, Skadi -repitió-. Imagino que Loki te ha contado por qué estamos aquí.

–En realidad, no -replicó Loki-. Manteníamos una discusión sobre… los viejos tiempos.

–Bueno, pues las cosas están así -dijo Maddy, acercándose a él para ayudarle a ponerse de pie-. Han atrapado a Odín y están usando la Palabra.



LIBRO CINCO



Los Durmientes

Y entonces vino un caballo escarlata…

Apocalipsis, 6:4



Capítulo 1



–¿Cuándo? – inquirió Loki.

–Esta tarde.

–Entonces puede que no la hayan usado todavía -repuso él.

Skadi se le quedó mirando.

–¿Usado, qué?

–La Palabra, evidentemente -replicó, tembloroso, e intentó dar un paso, con unos pies desnudos que no hicieron ruido sobre el suelo cristalino.

–¿Qué Palabra? – inquirió la Cazadora con suspicacia.

–Dioses -contestó Loki disgustado-. Esto no hace más que ponerse peor y peor, ¿a que sí? Maddy, ¿dónde está el General?

–Creo que en la cárcel.

–¿Está muy protegida?

Maddy se encogió de hombros.

–Dos hombres, quizá.

–En tal caso tendremos que movernos rápido. No podemos dejar que el Orden le interrogue. Si se dan cuenta de su identidad y lo que sabe… -Se estremeció de nuevo al pensar en ello.

–¿Qué Palabra? – insistió Skadi-. ¿Qué es la Palabra y dónde está el Susurrante?

El Embaucador parecía impaciente.

–Mira, cariño, las cosas han cambiado mucho desde el Ragnarók. Ha habido algunas transformaciones significativas en la lucha entre el Orden y el Caos, y si no hubieras estado durmiendo bajo las montañas durante estos pasados quinientos años…

–No fue precisamente idea mía -siseó Skadi.

–Pero bien que te ha venido, ¿a que sí? Qué bueno que al viejo Njord le diera por contar contigo, incluso aunque no eras técnicamente una vanir. Ni examinadores, ni runas invertidas, ni la Fortaleza Negra…

Los ojos de la Cazadora se iluminaron peligrosamente.

–Muérdete la lengua, Sirio, o te voy a aliviar de ese peso.

–¡Eh! – replicó Loki-. ¿Qué es lo que he dicho?

–Por favor -le interrumpió Maddy-, no tenemos tiempo. El Tuerto necesita ayuda…

Skadi la miró con desprecio.

–¿Y pretendes que *yo* le ayude?

–Bueno, sí -repuso Maddy-. ¿Acaso no es el General?

Skadi se echó a reír, un sonido desprovisto de alegría.

–Quizá para los æsir, pero no para el Pueblo del Hielo, no para mi pueblo. Fuera cual fuese la alianza que hubo un día, al final terminó en una guerra. En lo que a mí concierne, tanto tú como el resto de vosotros os podéis ir todos al Inframundo.

Durante un momento, Maddy perdió pie. Entonces sintió una repentina inspiración.

–Él tiene al Susurrante -afirmó.

La Cazadora se quedó helada.

–¿El es quien lo tiene? – inquirió, mirando a Loki.

–¿Él? – la imitó Loki, genuinamente sorprendido.

Skadi alzó otra vez su látigo rúnico.

–Debí haberme imaginado que estabas mintiendo -comentó.

–Ni mucho menos -repuso el as, a la defensiva-. Dije que sabía dónde estaba el Susurrante, pero no te dije que yo lo llevara encima. Por el amor de los dioses,

Skadi, dame un poco de crédito. ¿Por qué lo iba a traer aquí, entre todos los lugares posibles? ¿Sería tan estúpido como para hacer eso?

Maddy, inquieta, echó una ojeada por encima del hombro al bloque de hielo detrás del cual había escondido al Susurrante.

–Entonces, eso habría sido bastante estúpido, ¿a que sí?

–Mucho -dijo él.

Mientras tanto Skadi estaba observando a Maddy.

–Así que tú has sido la que me ha despertado -dijo ella.

Maddy asintió.

–Pensé que ayudarías. El Susurrante dijo que despertáramos a… -Se detuvo de pronto, al darse cuenta de su error.

Pero ya era demasiado tarde. Los ojos de Skadi se dilataron.

–¿Te habló?

–Bueno, yo… -titubeó Maddy-. Sólo una vez.

–¿Hizo una profecía?

–Bueno, me dijo que te despertara -concluyó Maddy, que habría deseado no haberse metido en ese tema tan espinoso-. Mira, ¿vas a ayudar o no?

–Ayudaría -repuso la Cazadora con una sonrisa helada-, pero si me lo llevo conmigo. Huimos juntos, encontramos al General, recogemos el artefacto mágico y si por alguna razón no está allí…

–¿Y por qué no debería estar allí? – preguntó Loki.

–Déjame adivinar -le contestó Skadi-, quizá porque algún mentiroso marrullero

pensó que podría quitarme de en medio mandándome a perder el tiempo estúpidamente mientras él y su amiguita se escabullen con el Susurrante, ya sabes, una cosa por el estilo. De ese modo nos quedamos todos contentos, ¿no te parece?

Maddy le echó una mirada a Loki.

–Yo me voy.

–No puedes -repuso él, de mala gana, como si estuviese sopesando las muchas probabilidades en contra-. La colina está sellada por el lado del Ojo del Caballo. No puedes usar los túneles. Y te pongas como te pongas, sería un verdadero suicidio ir por la superficie con toda esta nieve, y de todas formas, llevaría demasiado tiempo. No. Ella lleva razón. Sea como sea, hemos de adoptar la forma de un pájaro para llegar al pueblo, si todo va bien, en una hora de vuelo.

La sangre de los demonios, la de los vanir, tenía en sí el poder de cambiar de un aspecto a otro. Loki y Skadi compartían ese don. Maddy se dio cuenta demasiado tarde de que su intento de ayudar al Tuerto simplemente la había puesto en un peligro mayor.

Loki también lo sabía, ya que siendo fundamentalmente poco honrado, no había confiado mucho en la verdad de la historia de Maddy, y le llenaba de terror la perspectiva de enfrentarse de nuevo con Skadi, esta vez tras una hora de vuelo y con el Tuerto como única carabina.

–Mi querida Skadi -comentó-, no es que no quiera ir contigo, quiero decir, no hay nada que me gustara más que arriesgar de nuevo mi pellejo por el General, pero…

–Sin peros, te vienes.

–No lo entiendes -su voz sonaba ahora desesperada-. Se me ha agotado la energía mágica. Estoy herido y cansado, y rígido por el frío. Había ahí fuera un gato montes del tamaño de un… La verdad, no he podido ni siquiera encender un fuego en mi estado actual, no sé cómo me voy a poder enfrentar a un examinador armado con la Palabra.

–Mmm -susurró Skadi y puso cara de pocos amigos.

Loki llevaba razón. Ahora lo veía claro. Tenía los colores débiles y, usando Bjarkán, podía leer su agotamiento con tanta claridad como unas huellas sobre la nieve. No podía metamorfosearse ni luchar; aun le sorprendía que pudiera siquiera mantenerse en pie.

–Necesito comida -siguió Loki-, y descanso.

–No hay tiempo para eso. Nos vamos ahora mismo.

–Pero Skadi…

Sin embargo, la Cazadora ya se había dado la vuelta. Dejó a Maddy y Loki juntos, y pareció embarcarse en la búsqueda de algo alrededor de la vasta caverna, inspeccionando las paredes, el suelo y las esculturas de hielo que se alzaban allí. Por aquí un olifante, por allá una cascada, una mesa gigante y más allá un barco que relucía bajo la luz de la luna, con su superficie toda cuajada de brillantes.

–Maddy, por favor. Tienes que ayudarme -la voz de Loki sonaba baja y llena de urgencia-. Le he prometido el Susurrante. Cuando se dé cuenta de que no lo tengo…

–Confía en mí -dijo Maddy-.Ya pensaré en algo.

–¿De verdad? Eso está bien. Perdóname si no me tiro a tus pies ahora mismo de puro agradecimiento, pero…

–He dicho que ya pensaré en algo.

Skadi se detuvo por un momento y después continuó moviéndose, todavía buscando, con su pálido cabello brillando de manera inquietante conforme andaba.

–¿Qué estás haciendo? – gritó Maddy, al ver cómo la Cazadora se internaba cada

vez más en el Salón de los Durmientes.

–Estoy buscando ayuda -respondió la voz con tono sardónico-para nuestro pobrecito y exhausto amigo.

–Oh, no -se lamentó Loki.

–¿Qué pasa ahora? – inquirió Maddy.

–Creo que va a despertar a alguien más. – Loki se cubrió la cara con las manos-. Dioses -dijo-, esto era lo único que nos hacía falta. Más gente que me la tiene jurada.



Capítulo 2



«Más gente que me la tiene jurada», había dicho el Embaucador, pero la segunda mujer que acudió andando a zancadas por el Salón de los Durmientes era tan diferente de la fría Cazadora como la crema del granito.

Esta dama era áurea, suave y de formas redondeadas; las flores resplandecían en su pelo largo, y Ár, la runa verde de la Opulencia, brillaba en su frente. Su mirada recayó en Maddy, y era franca, confiada y un poquito perpleja, como la de un niño que sólo busca agradar.

Y tan grande era el encanto de esta mujer extraña e infantil, que incluso Maddy, que tenía un montón de razones para que no le gustara cierta clase de bellezas con el pelo adornado con flores, sintió que el aire de la caverna se deshelaba un poco ante su presencia, y le pareció oler el aroma de jardines lejanos, fresas maduras y miel fresca directamente del panal.

Skadi caminaba detrás de ella a una cierta distancia, como si no estuviera precisamente deseosa de andar cerca de alguien tan distinto a ella misma.

Loki también la reconoció; conforme la sonriente mujer se dirigía hacia él, Maddy vio en su rostro una mezcla de alivio y lo que podría haber pasado como vergüenza.

–¿Quién es? – inquirió Maddy.

–Idún -repuso él-. La Sanadora.

–Ahí lo tienes -intervino Skadi de manera cortante-. Ahora ponlo en marcha y rapidito.

Idún miró fijamente a Loki, con los ojos dilatados.

–Oh, querido. ¿En qué lío te has metido esta vez? – le preguntó.

Él puso mala cara.

–¿Yo? En ninguno.

–Sé educado, Loki, o te vas a quedar sin manzana.

«Idún -pensó Maddy-, la guardesa de la fruta mágica que cura todas las enfermedades, incluidas las del tiempo». Según contaban las historias, las frutas eran manzanas doradas almacenadas en un cofre igualmente dorado, pero la fruta que Idún le ofreció a Loki era pequeña, amarilla y envuelta en hojas, y parecía más una poma silvestre que otra cosa, aunque su aroma, muy fuerte incluso en el aire helado de la caverna, sugería el verdor del verano y el cremoso mes de la Cosecha, embutido en un puñado de hojas marchitas.

–Cómetela -le ordenó Skadi cuando Loki dudó.

Así lo hizo, aunque no parecía nada complacido. Durante un momento dio la impresión de que no pasaba nada, pero poco después, Maddy vio cómo la firma mágica del Embaucador recuperaba el brillo de repente, desde un apagado color

amoratado hasta un resplandor deslumbrante. Parecía haber estado desvaneciéndose, pero pronto su poder zumbó haciendo que crepitara en sus manos y su pelo, y resplandeció con fuerza por todo su cuerpo como si fuera el fuego del Santo Sepulcro.

El efecto fue inmediato. Loki se enderezó y aspiró hondo antes de tantearse las costillas, la mano lastimada y las heridas causadas por las garras del gato montes. Descubrió que estaba curado del todo.

–¿Te sientes mejor? – inquirió Idún.

Él asintió.

–Estupendo -comentó Skadi-.Vámonos. Ah, Loki…

–¿Qué?

–En caso de que se te ocurra gastarme alguna jugarreta…

–¿Quién, yo?

–Te estaré vigilando -le avisó, sonriente-, como un águila.

Diez minutos más tarde, un águila y un pequeño halcón de plumaje cobrizo emprendieron vuelo en dirección a la villa de Malbry. Necesitarían alrededor de una hora para cruzar el valle. Loki le había explicado a Maddy que no tenía sentido que la muchacha los siguiera, ya que carecía de alas, pero ella no dejaba de darle vueltas al asunto, pues no le seducía la idea de dejar al Tuerto a merced de Skadi cuando se diera cuenta del engaño, y era inevitable que eso ocurriera.

La muchacha no tardó mucho en descubrir que Idún no era de mucha ayuda. Escuchó con atención la historia de Maddy, pero no parecía percibir el peligro ni la urgencia del asunto.

–Odín ya pensará en algo -repuso, y parecía como si eso tuviera que consolarla de algún modo.

Pero Maddy no se sentía consolada en absoluto.

–Debe de haber alguna forma -le dijo-. Es culpa mía. Fui yo la que cogió al Susurrante…

Idún estaba sentada en un bloque de hielo, cantando para sus adentros. Se detuvo a la mención del Susurrante y una mirada de ligera ansiedad empañó sus rasgos.

–¿Ese viejo trasto mágico? – preguntó-. Mejor dejarlo solo. Nunca nos dio nada salvo malas noticias.

Tomó una peineta de su pelo, la examinó y continuó cantando; su voz era un delicado hilo de dulzura en aquel aire helador.

Estaba claro para Maddy que los poderes de Idún, fueran cuales fuesen, iban a ser poco útiles para ella en la presente situación. Se le pasaron por la cabeza atractivos pensamientos de abrirse camino fuera de la caverna a base de provocar explosiones con la mente, pero le pareció poco práctico, y sabía que por mucho que lo intentara, nunca llegaría al pueblo a tiempo.

Quedaba una solución, y la examinó desde todos los ángulos, contrapesando los beneficios y las desventajas, y poco a poco se convenció de que era su única esperanza.

–No hay otra opción -concluyó-. Debo despertar a otro durmiente.

Idún esbozó una sonrisa.

–Eso estaría genial, querida. Justo como en nuestros viejos tiempos.

Maddy tuvo la sensación de que revivir los viejos tiempos era lo último que necesitaban ahora, pero no veía otra alternativa. La cuestión era ¿a quién despertar? ¿Y cómo podría ella estar segura de que despertar a alguien no sería una forma de empeorar aún más las cosas?

Se dirigió hacia el resto de los Durmientes con el corazón en un puño y la runa Bjarkán relampagueando en las yemas de los dedos. Idún la siguió a través de las

cavernas como una niña perdida, canturreando para sí misma y maravillándose con las formas y los colores. Maddy notó que fuera adonde fuera Idún, la superficie congelada se derretía ligeramente, reconvirtiéndose a su paso en flores de escarcha y guirnaldas de hielo. Más de una vez miró con ansiedad a las cadenas de carámbanos que estaban suspendidas sobre sus cabezas e intentó no pensar en lo que podría ocurrir si Idún dejaba de moverse durante un buen rato.

En vez de eso, se concentró en los vanir dormidos. Yacían allí, en sus lechos de hielo, quietos y relumbrantes bajo una envoltura de runas. Quedaban cinco de los Siete Durmientes originales, cuatro hombres y una mujer, y durante algún tiempo Maddy fue de uno a otro sin cesar en un intento de decidir cuál era la elección más idónea.

El primero era un varón de constitución poderosa, pelo encrespado y una barba rizada como la espuma. Su firma mágica era de color azul océano. Llevaba la runa Logr bajo una túnica de lo que parecían ser escamas entrelazadas estrechamente. Tenía desnudos los pies, que eran grandes y proporcionados.

Maddy no tuvo problema en reconocerle por los relatos del Tuerto, y decidió de pronto que no convenía despertarle. Era Njord, el Hombre del Mar, uno de los vanir auténticos y en otros tiempos, el esposo de Skadi la Cazadora. Su matrimonio se había roto a causa de diferencias irreconciliables, pero de todas formas a Maddy le pareció más inteligente mantenerle fuera de la situación por el momento.

El segundo durmiente era como Njord, con la piel clara y el pelo pálido de los vanir, aunque Maddy sintió una cierta calidez que provenía de él, y que estaba ausente en el Hombre del Mar. También era un guerrero, con la runa Madr en el pecho y un catalejo alrededor de su cuello. A Maddy le llevó algún tiempo deducir quién era, pero finalmente concluyó que debía de ser Héimdal, el de los dientes de oro, el mensajero del Pueblo de los Videntes y el vigilante alerta del puente del Arco Iris. Sus ojos de color azul claro permanecían abiertos y ferozmente conscientes incluso debajo del hielo.

Maddy pasó a su lado con un escalofrío de inquietud. Gracias a las leyendas sabía que Héimdal, aunque leal a Odín y a los æsir, odiaba a Loki con una pasión de tal calibre que parecía poco verosímil que considerara con simpatía a alguien

que intentase acudir en su ayuda.

El tercero era Bragi, el marido de Idún. Un hombre alto con la runa Sol en su mano y una corona de flores alrededor de las sienes. Parecía amable (Maddy lo conocía principalmente como el campeón de las canciones y la poesía) y a ella le gustaría haber podido escogerlo, pero Bragi, según sabía, tampoco profesaba demasiada amistad hacia Loki, y a ella no le gustaba la idea de tener que explicar el papel de éste y tampoco el suyo propio, la verdad fuera dicha, en lo que se estaba convirtiendo en un lío de lo más enrevesado.

El cuarto yaciente vestía una armadura dorada y tenía una melena brillante. La runa Fé lucía en su ceja y tenía una espada rota a su lado.

Cerca de él, tanto que casi habría podido tocarlo, estaba el último durmiente, una vanir de perturbadora y vibrante belleza. También la adornaba Fé, tenía el pelo revuelto y entrelazado con gemas y una gargantilla de oro con forma de cordón le rodeaba la garganta, capturando la luz incluso bajo el hielo. Guardaba un parecido sorprendente con el durmiente que estaba a su lado, y Maddy advirtió de pronto que tenían que ser Frey y Freya, los hijos gemelos de Njord, que habían permanecido entre el Pueblo de los Videntes junto a su padre en calidad de rehenes en los tiempos de Mímir.

La muchacha limpió con sus propias manos la nieve suelta que cubría el rostro del último durmiente. Freya seguía durmiendo, bella e impasible, ajena a todo.

¿Tendría valor para despertarla? ¿Podría llegar a estar segura alguna vez de que Freya o *alguno* de los vanir le serían de más ayuda que Skadi o la misma Idún? Sin duda, Skadi era la única de los vanir que lo era por matrimonio; procedía del Pueblo del Hielo del norte, una raza salvaje con la cual los dioses habían llegado a establecer una tregua precaria. Seguramente había sido cuestión de pura mala suerte que fuera Skadi a la que habían despertado primero. Y lo más probable era que los otros vanir se mostrasen entusiasmados y listos para rescatar al General.

Maddy repasó con rapidez en su mente todo lo que recordaba sobre Freya. Era la diosa del deseo, la bella Freya, la veleidosa, la del ala de halcón…

«Ah. Ahí estaba».

Una esperanza repentina la asaltó. Había un destello de esperanza -no mucho, aunque sí suficiente-que una vez más puso a latir su corazón.

Las runas le parecieron familiares ahora, y se encendieron con rapidez bajo sus dedos. También aquí, la red que las contenía bullía con impaciencia. Los enlaces picaban y los encantamientos brillaban de forma imperiosa.

Maddy los tocó con una sola mano, un manojo de lazos de colores como los de un poste de mayo. Tiró y…

…todo el entramado se soltó con un sonido de desgarro, rasgándose con una gran llamarada de gamas y tonos de color.

Esta vez el hielo no se resquebrajó, sino que se derritió, dejando a la durmiente húmeda e intacta, pestañeando y bostezando con delicadeza.

–¿Quién eres tú? – inquirió cuando finalizó el proceso.

Ella le explicó con la mayor diligencia posible lo de la captura del Tuerto, el despertar de Skadi, la presencia del examinador, la reaparición del Susurrante y la irrupción de la Palabra. Freya escuchó, con sus grandes ojos azules abiertos de par en par, pero los entrecerró de nuevo en cuanto la muchacha mencionó el nombre de Loki.

–Te lo advierto ahora -le espetó con rigidez-. Tengo ciertos asuntos pendientes… con Loki.

Maddy se preguntó por un momento si es que había alguien en los Nueve Mundos que *no tuviera* cosas pendientes con aquel tramposo.

–Por favor -le urgió ella-. Préstame tu capa de plumas de halcón. Así no es como si te estuviera pidiendo que vinieras conmigo.

Freya observó a Maddy con ojo crítico.

–Es la única que tengo -repuso-. Mejor será que no la estropees.

–Tendré *muchísimo* cuidado.

–Mmm, será mejor que sea así.

Unos momentos más tarde, Maddy la tenía en sus manos: una falsa capa de plumas tan ligera que parecía un puñado de aire. Sintió la deliciosa calidez susurrante de las plumas contra la piel en cuanto se la echó sobre los hombros, y una vez puesta, comenzó a *adquirir* esa misma forma.

Parecía que aquella cosa cobraba vida por obra de un encantamiento. Las runas y sus enlaces le picaban. Maddy podía sentirlos hurgando, arraigando en su carne y sus huesos de forma indolora, y transformándola en otro ser.

Era algo aterrador, pero a la vez la llenaba de gozo. En unos segundos sus músculos se alargaron y su visión se agudizó mil veces, y las plumas le brotaron de los brazos y los hombros. Se le abrió la boca de asombro, pero no salió de ella nada más que un agudo chillido de pájaro.

–Mira, te sienta bastante bien -comentó Freya, inclinándose sobre ella para inspeccionar el resultado-. Ahora, cuando quieras alzar el vuelo, lo único que tienes que hacer es digitar Naudr invertida…

«¿Cómo?», pensó Maddy.

–Ya te las apañarás -dijo Freya-. Simplemente asegúrate de traerla de vuelta.

Le llevó unos cuantos minutos acostumbrarse a las nuevas alas. Durante un rato larguísimo revoloteó de un lado para otro, confusa por la perspectiva alterada de las cosas y medio muerta de pánico por el espacio constreñido donde se encontraba, pero al final, encontró la salida a cielo abierto y partió disparada como un proyectil hacia la noche.

«Oh, qué felicidad -pensó-, ¡el aire!»

Debajo de ella se extendían el valle, que parecía un tapiz tachonado de plata, el glaciar y el sinuoso camino de descenso hacia el paso del Hindarfial. Quedó deslumbrada por el fulgor de la luna, en lo alto del cielo estrellado. El júbilo y la excitación del vuelo fueron tan grandes que Maddy chilló y se dejó llevar hacia el cielo luminoso durante un tiempo imposible de precisar.

Luego, recordó la tarea que tenía entre manos y, con esfuerzo, retomó el control. Gracias a la visión aumentada logró ver cómo un halcón y un águila, Loki y Skadi, volaban a casi dos kilómetros de distancia, hendiendo el cielo en dirección a Malbry.

Debajo de ellos los campos comenzaban a cambiar, pasando del amarillo propio del mes de la Cosecha al marrón propio de fin de año. Todavía brillaban algunas luces en Malbry y el olor del humo de las chimeneas colgaba sobre la tierra como un estandarte. En algún lugar entre aquellas luces, imaginó que su padre aún estaría despierto, bebiendo cerveza y observando el cielo. Su hermana dormiría tranquila sin sueños, en su cama de tablas, con un gorro de lazos bien colocado sobre sus rizos como las prímulas. La loca de Nan Fey estaría sentada en su cabaña charlando con sus gatos.

¿Y el Tuerto? ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría durmiendo? ¿Sufriendo? ¿Esperanzado? ¿Temeroso? ¿Se sentiría agradecido al verla o enfadado por lo mal que ella había manejado la situación? Y lo más importante de todo, ¿le seguiría el juego a alguna de las partes? Y si fuera así, ¿a cuál?



Capítulo 3



Medianoche. Una hora poderosa.

El reloj de la iglesia dio las doce campanadas. Los tañidos se repitieron al cabo

de un minuto. El visitante finismundés había estado a la espera de esa señal en un pequeño dormitorio situado bajo el alero de la casa parroquial. Se permitió una minúscula sonrisa de satisfacción. Había llevado a cabo todos los rituales. Se había bañado, y había rezado, meditado y ayunado. Ahora era el momento.

Tenía apetito, pero la sensación no le resultó desagradable; se sentía cansado, pero no adormilado. Una vez más había rehusado la oferta del párroco de una comida casera, y el leve sentimiento resultante de exaltación se había visto compensado por una intensidad renovada en la concentración.

El Libro de las Palabras yacía abierto sobre la cama cercana. Al final se había permitido estudiar el capítulo pertinente con ese estremecimiento ya familiar de placer y miedo. «Ese poder -pensó vagamente-, ese poder indescriptible e intoxicante…»

–No es mío, sino tuyo, o del Innombrable -murmuró-. No hables desde mí, sino a través de mí…

Y ahora casi podía sentirlo en la punta de los dedos, moviéndose a través del pergamino para iluminarle: la sabiduría inefable de la Era Antigua, el deseo, el conocimiento, el *hechizo.*…

«¡tsk, tsk, fuera de aquí!», el examinador rechazó la tentación con una cantinela:

–«Mío no, tuyo es el poder de la Palabra».

Eso estaba mejor. El sentimiento de delirio remitió un poco. Tenía por delante un trabajo de lo más acuciante: identificar al agente del Desorden, el tuerto con la runiforma en el rostro.

Notó un escalofrío de inquietud cuando sopesó una vez más el enigma de esa runiforma. Era un hechizo potente, incluso estando la runa invertida, o así decía el Libro de las Palabras; y había versos en el Libro de los Inventos, versos oscuros, acuñados en términos tan arcaicos que eran prácticamente ininteligibles, pero aun así, insinuaban algún tipo de conexión oscura y peligrosa.

«Por su marca le conoceréis».

Ah, sí. Esa era la encrucijada.

Ojalá el examinador hubiera completado los estudios y hubiese permanecido en la Ciudad Universal durante al menos una década más, de ese modo habría podido confiar plenamente en su intuición. Tal como estaban las cosas, en bastantes temas apenas podía considerársele un novicio. No sólo un novicio, sino que además estaba solo, y si Raedo significaba lo que él pensaba, entonces iba a necesitar el apoyo de sus magistrados de mala manera y pronto.

La ayuda solicitada a la Ciudad Universal a través del emisario a caballo podría tardar en venir varias semanas. Tiempo sobrado para que el Bárbaro recuperara las fuerzas y entrara en contacto con los suyos, aunque por ahora daba igual, ya que había conseguido resistir. El Libro de las Palabras no podía usarse a la ligera ni en cualquier momento y los cánticos de mayor poder, el de vinculación, el de emplazamiento y el de cumplimiento, se hallaban restringidos especialmente, y el de la comunión lo estaba aún más. Este último consistía en una serie de cánticos a través de los cuales, en tiempos de gran necesidad, un miembro del Orden podía enviar un mensaje a los demás. Era un ritual de gran poder, una fusión de mentes y de información, una conexión mental directa con el mismísimo Innombrable.

Pero la comunión era un asunto peligroso, como él sabía perfectamente. Algunos decían que enloquecía a quien lo usara y otros que provocaba un gozo demasiado terrible como para ser descrito. Él mismo nunca lo había usado antes. Nunca había tenido un motivo, pero ahora, pensó, quizás había llegado el momento.

Una vez más sus ojos se deslizaron hacia el Libro de las Palabras, abierto ahora por el primer capítulo, el de las Invocaciones. Un cántico encabezaba la primera página, y debajo de él, se extendía una lista de nombres.

El examinador leyó: «Aquello que nombras es aquello que domas».

Continuó con la lectura.

Quince minutos más tarde había tomado una decisión. La situación no admitía

mayor dilación. Debía invocar la comunión con el Orden fuera cual fuese el riesgo para su cordura o su persona.

Experimentaba sentimientos encontrados al respecto; una parte de él lo lamentaba, ya que en ese momento el Bárbaro le pertenecía por completo e implicar al Orden podría suponer la pérdida de la independencia, pero la otra lo consideraba una verdadera bendición. Mejor dejar que otro se hiciera cargo y que no fuera él quien tomara las decisiones, se decía.

Aunque, claro, siempre habría alguna posibilidad de que hubiera malinterpretado las evidencias, pero incluso *eso* podía ser un alivio. Mejor sufrir el ridículo frente a sus pares que la terrible responsabilidad de haber permitido que el enemigo se le escapara entre sus dedos inexpertos.

Contempló el Libro. «Ha de hacerse según el método correcto», se recordó a sí mismo. Su mente estaría completamente abierta durante el tiempo de la comunión, y él quería estar totalmente seguro de que no habría ningún resto de vanagloria en él. Le llevó diez minutos adquirir el apropiado estado de sosiego, y necesitó otros cinco para obtener el coraje suficiente y pronunciar la Palabra.

La runa Os vibraba con una amplitud incalculable. Una nota inaudible de penetrante resonancia que cortaba la oscuridad. A todo lo largo del valle los perros aguzaron las orejas, los Durmientes se despertaron y los árboles dejaron caer las hojas que les quedaban, mientras los animales pequeños se encogían de miedo en sus nidos y madrigueras.

Maddy la sintió en la turbulencia que la hizo tambalearse y revolverse.

Loki la percibió como una onda de profundísima oscuridad que titiló a través de la tierra.

Skadi ni la vio ni la oyó, ya que tenía toda su atención fijada en el pequeño halcón que la precedía.

El examinador captó su presencia durante un momento, ya que durante todo ese instante se sentía *parte de* todo: planeaba en el cielo, se arrastraba por la tierra, estaba aprisionado en la cárcel, horadaba bajo la colina. El poder surgía de su

interior, terrible y sorprendente. Llegaba a todas partes con su mente y no cesó hasta alcanzar Finismundi y la maraña de mentes que le aguardaban. Se sintió repentinamente allí -en un estudio, en una biblioteca, en una celda-conectándose, tocándose, en comunión con cada espíritu del Orden sin la necesidad de pronunciar palabra alguna.

Todo fue una babel de mentes durante un tiempo, sonaba como el runrún de las voces de una multitud. El examinador luchó por mantener la conexión sin llegar a la fusión a fin de preservar su propia identidad. Podía diferenciar ahora las voces individuales, los magistrados, los profesores y el Consejo de los Doce, el órgano más alto del Orden, donde se adoptaban todas las decisiones y se controlaba toda la información.

Entonces, de repente, todo quedó en silencio y el examinador oyó una voz sola que se dirigió a él por su nombre verdadero.

«Elías Rede», entonó la voz.

El examinador tomó una gran bocanada de aire. Habían transcurrido cerca de cuatro décadas sin escuchar su nombre, ya que lo había abandonado, al igual que todos los aprendices, debido a las exigencias de seguridad y anonimato propias del Orden, y se le había dado en su lugar un número, el 4.421.974, por motivos prácticos. Se lo habían tatuado en el brazo durante el rito de iniciación.

La mención de su nombre después de tanto tiempo le llenó de un miedo inexplicable. Se sintió expuesto, solo y profundamente vulnerable bajo el escrutinio de una mente inmensamente superior.

«Os oigo, magistrado», pensó, al tiempo que luchaba contra la necesidad de huir y esconderse.

La voz no era tal en realidad, era más bien una iluminación que brillaba directamente dentro de su yo interior. El destello pareció una suave risa entre dientes.

«Cuéntame lo que has visto», le instó, y de pronto Elías Rede experimentó la sensación más terrible y agónica que había temido jamás, la de algo que hojeaba

las páginas de su mente de un modo implacable.

Aunque no dolía, producía una enorme angustia. Los secretos fueron desvelados, quedaron expuestas las debilidades, los viejos recuerdos se marchitaron bajo esa luz inmisericorde. No había nada que se le pudiera resistir a aquel escrutinio, por lo que Elías Rede rindió su alma, oh, sí, hasta el último rincón, cada recuerdo, cada ambición, cada placer culpable, cada pequeña rebelión, cada pensamiento.

Aquello le dejó vacío y sollozante en medio de una gran confusión, pero enseguida fue consciente de un nuevo motivo de espanto, el de ser observado. Compartía esa experiencia con todo el Orden, con absolutamente todos sus miembros. Aprendices. Profesores. Magistrados. Hasta el más ínfimo escriba. Todos estaban presentes y todos le juzgaron en ese momento.

El tiempo se detuvo. Desde las profundidades de su sufrimiento el examinador fue consciente del debate que tenía lugar en las cámaras de Finismundi. Las voces atronaban a su alrededor, elevándose excitadas. A él no le preocupó. Quería esconderse para morir, enterrarse tan hondo bajo la tierra que nadie pudiera hallarle nunca jamás.

Pero la voz no había terminado con Elías Rede. Revolvió una y otra vez en los hechos acaecidos durante las últimas horas, rebuscando de forma infatigable en los detalles de lo sucedido en la colina, la llegada del párroco y la captura del Bárbaro, especialmente el Bárbaro, tamizando y controlando cada hecho, volviendo sobre cada matiz de las palabras que había dicho el hombre.

«Más», exigió.

Al examinador se le entrecortó la voz. «Magistrado…, yo…»

«Más, Elías. Dame más.»

«¡Por favor, magistrado! ¡Ya os lo he dicho todo!»

«No, Elías. Has visto más».

Se percató de que no era así en el mismo momento de pronunciar la negación.

Tuvo la impresión de que se le había abierto un ojo en la mente gracias al cual veía detrás del mundo otro lugar fabuloso de luces y colores. Las pupilas se le dilataron.

–¡Oh! – jadeó.

«Mira bien, Elías, y cuéntame todo lo que veas».

Fue una revelación de la que bebió con avaricia, olvidando el padecimiento. Cobró conciencia de la vida existente en todo cuanto había a su alrededor: detrás de los árboles había colores; detrás de las casas, firmas mágicas. Incluso su propia mano, doblada en un círculo entre el pulgar y el índice juntos, lanzó un rastro brillante, relumbrando contra la oscuridad. Seguramente ni la misma Ciudadela del Cielo podría haber sido más hermosa que esto…

«No te quedes embobado y mira fuera».

«Perdonadme, magistrado, yo…»

«¡He dicho que mires fuera!»

Abrió la ventana y miró hacia el exterior, una vez más observando a través del círculo de sus dedos. La noche también estaba teñida de esquemas luminosos, rastros evanescentes de muchos colores, la mayoría de ellos mates, salvo algunos meteoros que cruzaban el cielo. Y sobre la cárcel brillaba una luz; un rastro del color del martín pescador que emitía chispas hacia el cielo estrellado.

Al final, en ese momento, Elías Rede conoció al hombre con el rostro lleno de cicatrices, y escondió su propio rostro con manos temblorosas.

«Bien hecho, Elías -dijo la voz-. El Innombrable te agradece tu trabajo».

La conexión empezó a debilitarse y el conjunto caótico de las voces de los miembros del Orden aumentó sin ton ni son a medida que se apagaba la voz única. La comunión estaba llegando a su fin y Elías Rede sintió contraerse su mente, pero aun así, las visiones, las visiones maravillosas, permanecieron, aunque ligeramente empañadas; y como si, una vez vistas, no pudieran dejar de

verse del todo.

«Recibe un regalo por tu leal servicio», dijo la voz.

El examinador se tambaleó. Ahora que su mente había vuelto a ser suya en su mayor parte, comenzó a comprender el honor excepcional que se le había concedido. «Un regalo -pensó-procedente del mismo Innombrable…»

–Oh, Innombrable -gritó-, ¿qué debo hacer?

Le contestó sin palabras.

Y mientras el reloj de la iglesia tocaba las doce y media, Elías Rede, examinador número 4.421.974, yacía en el suelo de la habitación de invitados del párroco. Estaba hecho un flan y mantenía la cabeza oculta entre los brazos mientras gemía de terror y gozo.



Capítulo 4



Entretanto, reinaba una calma absoluta en la cárcel. Los dos oficiales de guardia permanecían en la puerta, pero desde la marcha del finismundés, justo antes de la oscuridad, allí no había ningún sonido que procediera del interior del edificio con forma de horno.

Incluso así, los guardias, Dorian Scattergood, de la Posta de la Fragua, y Tyas Miller, de la villa de Malbry, habían recibido órdenes muy estrictas y específicas. Según Nat Parson, el Bárbaro era ya responsable de dos casi fatalidades, y habían sido estrictamente avisados contra cualquier error en su concentración.

El preso no tenía aspecto de ser un luchador, pero aunque lo fuera, el examinador le había dejado encadenado de manos y pies, con los dedos atados juntos y con una mordaza apretada entre los dientes para impedirle que hablara.

Esta última medida le había parecido un poco excesiva a Dorian Scattergood; después de todo, el hombre tenía que respirar, pero Dorian sólo era un guardia, como había señalado Nat Parson, y no se le pagaba para que hiciera preguntas.

En cualquier otro momento Dorian no habría tenido ninguna duda en señalar que de todas formas no le habían pagado en absoluto, pero la presencia de un examinador de la Ciudad Universal les hacía mostrarse cautelosos y él había vuelto a su puesto sin una palabra, lo que no le hacía sentirse feliz para nada. Los Scattergood eran una familia influyente en el valle, y Dorian no disfrutaba recibiendo órdenes. Quizás ése era el motivo por el que a pesar de las órdenes recibidas decidió ir a controlar al prisionero en el preciso momento en que sonó la medianoche en la torre de la iglesia.

Le halló todavía despierto al entrar en la cárcel, lo cual no era de extrañar, pues realmente resultaba difícil concebir que nadie fuera capaz de conciliar el sueño en tal posición. El único ojo del cautivo relumbró a la luz de la antorcha. El rostro estaba en calma e inmóvil.

Pero claro, Dorian Scattergood era un chico de trato fácil. Se dedicaba a criar cerdos como profesión y valoraba la vida tranquila por encima de todas las cosas, por lo que no apreciaba las incomodidades de ningún tipo. Era, de hecho, el tío de Adam, pero tenía poco en común con el resto de la familia, y prefería ocuparse de sus propios asuntos y dejar que los demás se ocuparan de los suyos. Se había mudado a la Posta de la Fragua hacía algunos años, abandonando Malbry, a Nat Parson y al resto de los Scattergood. Aunque no lo sabía nadie salvo su madre, tenía una runiforma en su antebrazo derecho, una Thuris rota, la Espinosa, que había disimulado como había podido con un hierro al rojo y hollín. Aunque nunca había mostrado ningún tipo de poderes antinaturales, era conocido en el valle por ser un escéptico y un librepensador.

Eso no le granjeó la simpatía de Nat Parson, como era de esperar, y la tensión entre ambos no había dejado de crecer desde hacía diez años, cuando el párroco había descubierto que una de las cerdas de Dorian, *Nell la Negra*, una magnífica

criadora, tenía una runiforma rota y un temperamento violento, hasta el punto de haber devorado una carnada de sus propios lechones. Esta conducta no era insólita entre las cerdas de crianza, criaturas algo peculiares, y además la vieja *Nell* siempre había hecho alarde de un fuerte temperamento, pero el párroco había armado un gran revuelo y terminó llamando al obispo e invocando las Leyes. Prácticamente sugirió que Dorian estaba implicado en prácticas antinaturales.

Esto le había supuesto la pérdida de varios negocios y, de hecho, algunos habitantes del valle seguían sin querer tener tratos con él, y había ocasionado una gran desconfianza en el párroco. Tal situación sin duda constituía una suerte para Odín, porque significaba que Dorian, de entre todos los aldeanos, era el más inclinado a desobedecer las órdenes de aquél.

Esa medianoche observó con atención al prisionero, que parecía realmente inofensivo. No cabía duda de que debía de hacerle daño esa mordaza, apretada entre los dientes y sujeta por un bocado y una correa. Se preguntó por qué Nat había pensado que era tan necesario mantenerle amordazado. Simplemente era cuestión de mezquindad, o eso parecía.

–¿Te encuentras bien? – le preguntó al prisionero.

Odín no contestó nada, como era de suponer. A través de la mordaza su aliento salía entre jadeos entrecortados.

Dorian pensó que no le pondría un freno como ése ni siquiera a un caballo para arar, de modo que mucho menos a un ser humano. Se acercó un poco más.

–¿Puedes respirar? – insistió-. Solamente tienes que asentir si puedes.

En el exterior de la cárcel, Tyas Miller se estaba poniendo nervioso.

–Pero ¿qué pasa ahí? – siseó-. Se supone que sólo debes vigilar.

–Es sólo un minuto -repuso Dorian-. No creo que pueda respirar.

Tyas asomó la cabeza por el quicio de la puerta.

–Sal ya -le urgió-. Ni siquiera deberías estar ahí dentro.

Cuando vio a Dorian se le descompuso el rostro.

–El párroco ordenó que no te acercaras a él -protestó-. Dijo que…

–El párroco dice un montón de cosas -replicó Dorian, inclinándose para apartar la mordaza de la boca del prisionero-. Hala, tú espera ahí fuera y vigila la calle. No tardaré en salir ni un minuto.

La mordaza estaba rígida. Dorian la aflojó y con precaución la retiró de entre los dientes del encarcelado.

–Te lo aviso, tío. Una palabra y te la pongo de nuevo.

Odín se le quedó mirando, pero no dijo nada.

Dorian asintió.

–Me da que te apetecería algo de beber. – Sacó una petaca de su bolsillo y la sostuvo entre los labios del prisionero. El Bárbaro sorbió, manteniendo un ojo puesto en la mordaza que sostenía la mano de Dorian-. Te la dejaría quitada toda la noche si pudiera -comentó Dorian, observando su mirada-, pero tengo órdenes que cumplir, ¿lo entiendes?

–Sólo unos minutos -pidió el cautivo en un susurro, sangrando por la boca-. ¿Qué daño puedo hacer?

Dorian pensó en Matt Law y en Jan Goodchild, y pareció indeciso. No estaba seguro de creerse ni la mitad de lo que el párroco le había contado, pero Tyas Miller había contemplado la espada mental con sus propios ojos, y la había visto cortar la carne como si fuera acero.

–Por favor -insistió Odín.

Dorian ladeó la cabeza para echar un vistazo hacia el exterior, donde Tyas

permanecía de pie ante la puerta. «El tipo este ya está lo suficientemente encadenado -pensó-. Incluso tiene bien atados los dedos».

–Ni una palabra -le dijo.

El cautivo asintió.

–De acuerdo -concluyó Dorian-. Media hora, nada más.

Odín trabajó casi en silencio durante los siguientes treinta minutos. Su energía mágica todavía era débil, pero incluso aunque hubiera sido más fuerte, las cuerdas en sus manos habrían hecho la digitación del Alfabeto Antiguo casi imposible.

En vez de eso se concentró en los ensalmos, y le resultó duro a pesar de que esos pequeños ensalmos susurrados requerían poca energía. El agua bebida no había bastado, todavía tenía partes de la garganta secas y la boca le dolía mucho, tanto que hacía que hablar resultara difícil.

Hizo un intento por sobreponerse a las adversidades y digitó la runa Naudr invertida para soltarse las manos, pero desapareció enseguida, dejando apenas una chispa. Hizo otra nueva tentativa, forzando a sus labios partidos a formar las palabras.

Naudr gerer næppa koste;

noktan kælr í roste[9] .

Quizá sería un engaño de su imaginación, pero le había parecido que las ataduras de la mano izquierda se habían soltado un poco. Sin embargo, no lo suficiente; a este ritmo tendría que lanzar una docena de ensalmos sólo para poder liberar un dedo. Después de eso intentaría hacer un movimiento, si tenía tiempo y su energía mágica lo soportaba, y si el guardia…

El reloj de la torre sonó. Las doce y media. Se había cumplido el plazo.

Capítulo 5



Mientras tanto, a menos de dos kilómetros de distancia, Maddy se iba acercando rápidamente al halcón y el águila. Se mantuvo a cierta altura por encima de las otras dos aves, bien alejada de su línea de visión, y estaba casi segura de que en realidad no la habían visto. Luego, se desvió levemente a la derecha, todavía sin reducir la altitud, y observó el pueblo con su vista de ave.

Distinguió la cárcel, una pequeña construcción rechoncha que no quedaba a mucha distancia de la iglesia. Había un guardia apostado en la puerta y otro parecía estar mirando dentro. «Sólo dos, estupendo», se felicitó.

Todo parecía bastante tranquilo en los aledaños de la cárcel. No había rastros de ninguna partida o signo de alguna otra actividad inusual. La taberna Los Siete Durmientes había cerrado esa noche y sólo una luz brillaba en el interior, donde sin lugar a duda, la señora Scattergood había encontrado alguna otra pobre desdichada para que le hiciera la limpieza.

Detrás de la tasca, una pareja de juerguistas volvían a casa dando voces y tumbos por la calle. Maddy reconoció sin vacilación a uno de ellos, Audun Briggs, un techador de Malbry, pero le costó unos momentos identificar al segundo…

… Su padre, el herrero.

Se sintió conmovida, pero continuó volando. No podía permitirse que nada la entretuviera. Sólo esperaba que Jed tuviera el sentido común de mantenerse bien alejado en caso de que hubiera problemas. Era su padre, después de todo, y preferiría que él -en realidad no sólo él, sino todos los aldeanos-estuviese fuera

del alcance de las chispas cuando éstas empezaran a saltar por todas partes.

Cuando llegó a las afueras de la villa, el halcón y el águila comenzaron su descenso a menos de noventa metros por delante de ella.

Maddy los imitó y redujo la altura, dejándose caer desde una altitud superior. Se acercó hacia la torre de la iglesia y se situó detrás de su pequeño y grueso remate; luego, aleteó sin gracia alguna para aterrizar en el patio desierto de la iglesia.

La capa de plumas era fácil de quitar. Un encogimiento de hombros y un ensalmo le bastaron para desprenderse de ella. La muchacha la sujetó al cinturón y se abrigó lo mejor posible, pues, a diferencia de lo que le había ocurrido a los otros al adoptar sus aspectos, ella sí había retenido sus ropas bajo la capa de plumas. Magnífico. Esto le daba un poco más de tiempo.

Miró a su alrededor. No había nadie por allí. La iglesia estaba sumida en la penumbra, igual que la casa parroquial. Sólo brillaba una luz bajo los aleros. «Bien», se felicitó Maddy de nuevo. Encontró el camino, no sin lamentar la pérdida de su vista nocturna de pájaro, y echó a correr con sigilo pendiente abajo, hacia la plaza de la villa, ahora desierta justo cuando el reloj marcó la media.

Era el momento.

Loki era consciente de que se le acababa el tiempo mientras sobrevolaba Malbry. Se había devanado los sesos durante todo el viaje sin haber hallado solución alguna al problema concreto que se le había presentado.

El águila le capturaría y le destrozaría con sus garras en cuanto hiciera el menor intento de huir, pero…

…si se quedaba, tendría que enfrentarse a uno o a dos de sus enemigos; ninguno de los cuales tenía razones para apreciarle. Era plenamente consciente de que su única influencia sobre Skadi duraría exactamente lo que tardara en darse cuenta de que la había engañado una vez más, y en cuanto al General, ¿qué piedad

podía esperar de él?

Incluso si se las arreglaba para huir durante la pelea o aprovechando la confusión posterior, ¿cuánto tiempo le duraría esa ventaja? Si Odín escapaba, pronto saldría en su busca, y si no lo conseguía, serían los vanir los que lo hicieran.

«Qué mala pinta tiene esto», pensó mientras comenzaba el descenso. Su única esperanza era que aquella chica, Maddy, se pusiera de su parte, aunque tampoco había muchas posibilidades de que eso fuera a suceder, pero habría muerto hacía poco por segunda vez de no ser por ella, que había optado por evitarlo. No sabía lo que esto podría significar, pero quizá…

El águila profirió otro grito agudo de aviso detrás de él.

–Eh, tú, apresúrate.

Loki descendió en picado dócilmente.



Capítulo 6



«Estrellas arcanas han prendido fuego a la noche», observó para sus adentros el finismundés cuando avanzó un paso y a través del círculo mágico formado por los dedos índice y pulgar vio los tenues rastros de los miles de idas y venidas que bullían de vida a su alrededor.

«Así que esto es lo que ve el Innombrable -pensó, alzando la vista hacia el cielo iluminado-. Me pregunto cómo consigue mantener la cordura».

Se quedó algo estupefacto ante aquella nueva conciencia. Entonces vio algo que le hizo contener de golpe el aliento. Dos ligeros trazos, uno violeta y otro de

color azul helado, recorrían el cielo como cometas hacia Malbry. «Más demonios. Conviene darse prisa».

Llegó a la cárcel apenas unos minutos más tarde. Se quedó satisfecho al ver que los guardias aún estaban alerta, aunque uno le mostró una mirada algo nerviosa, como si esperara alguna reconvención por su parte.

–¿Pasa algo? – inquirió con voz aguda.

Ambos guardias negaron con la cabeza.

–Podéis marcharos -comentó Elías Rede mientras buscaba la llave-. No os necesitaré en lo que queda de noche.

El guardián de aspecto más nervioso mostró ahora una expresión de alivio y se marchó enseguida tras realizar la más escueta de las despedidas. El segundo, Scattergood, del que el examinador recordaba el nombre, parecía no querer irse del todo.

Sus colores evidenciaban algo que no era del todo correcto, como si estuviera alterado, o tuviese algo entre ceja y ceja.

–Es un poco tarde -dejó caer, de forma educada, pero con una pregunta implícita en su voz.

–¿Y…? – continuó el finismundés, poco acostumbrado a que se cuestionaran sus decisiones.

–Bueno -comenzó Dorian-, pensé que…

–Yo ya pienso por mi cuenta, gracias, chico -concluyó Elías Rede, haciendo el signo con el índice y el pulgar.

Los colores de Dorian se intensificaron repentinamente y el finismundés se dio cuenta de que el hombre no estaba nervioso, como había pensado en un principio, sino *enfadado,* lo cual no le preocupó lo más mínimo. Ya había tratado con un montón de catetos en sus tiempos, y era consciente de que la gente de

pueblo a menudo se sentía resentida con el trabajo del Orden.

–¿Chico? – retrucó Dorian-. ¿A quién creéis que estáis llamando *chico?*

El examinador dio un paso hacia él.

–Largo de aquí, *chico* -siseó, sosteniéndole la mirada, y sonrió cuando los colores del guardia fluctuaron del rojo del enfado a un inseguro naranja, y finalmente, a un marrón sucio.

Bajó los ojos, musitó algún comentario banal y después se marchó con una única mirada furtiva por encima del hombro, llena de resentimiento, hacia la noche.

Elías Rede se encogió de hombros. «Paletos», pensó.

Apenas era consciente de que ya había usado demasiadas veces esa palabra para Elías Rede, antes conocido como examinador número 4.421.974.

Odín alzó la mirada cuando se abrió la puerta. Estaba bastante lejos de poder soltarse, pero se las había ingeniado para liberar tres dedos tras mucho trajinar y pellizcar las cuerdas que ataban su mano derecha. No era suficiente, pero era un comienzo. Además, iba a pillar al examinador completamente desprevenido gracias a la intervención de Dorian Scattergood.

El finismundés entró en la cárcel con descaro, con el Buen Libro acomodado debajo del brazo. Ya se le había olvidado casi por completo el suplicio de la comunión; esa impresión de sentirse despreciable y el conocimiento de que la parte más trivial e íntima de su persona había sido expuesta y sometida al escrutinio despreocupado de algo inmensamente más poderoso…

Ahora se sentía bien. Fuerte. Imperioso.

Armado con su nueva conciencia, veía ahora que lo que había tomado por compasión en su espíritu no era en realidad más que profundos e impropios escrúpulos. Había sido lo bastante arrogante para creer que comprendía la voluntad del Innombrable.

Ahora la conocía mejor. También veía que había vivido los últimos treinta años de su existencia como un cazador de ratas por mucho que se considerase un guerrero.

«Hoy -pensó-comienza mi guerra. Ya no habrá más ratas para mí».

Todavía temblando con la exaltación de esta noble tarea, se volvió hacia su prisionero. El rostro del hombre estaba en sombras, pero el examinador vio de golpe que le habían quitado la mordaza.

«¡Ese estúpido guardia!» Sintió un repentino fastidio, pero nada más. El prisionero aún tenía las manos a la espalda y los colores desvaídos reflejaban su agotamiento. Raedo brillaba de forma extraña, como una mariposa azul contra su piel curtida por los elementos, a través de su arruinado ojo izquierdo.

–Sé quién eres -le anunció el examinador en un arrullo mientras abría el Libro-, y también conozco tu nombre verdadero.

Odín no se movió. A pesar de que protestaron todos sus músculos, permaneció prácticamente petrificado. Sabía que iba a disponer de una sola oportunidad, una nada más. Contaba con el factor sorpresa de su parte, pero se hacía pocas ilusiones en cuanto a su posible éxito en caso de enfrentarse al poder de la Palabra. Aun así, si conseguía anticiparse…

Mantuvo las manos a su espalda y trabajó en las runas, consciente de que apenas le quedaba energía mágica y de que no tendría posibilidad de intentarlo por segunda vez si cometía un error, pero también de que en algunas ocasiones una piedra lanzada al aire podría bastar para desviar un golpe de martillo.

Hizo caso omiso al dolor y bajó los dedos con lentitud. La runa Tyr había comenzado a tomar forma. Tyr, el Guerrero, que alguna vez había adornado una espada mental de tal poder que le había hecho prácticamente invencible en la batalla, ahora había quedado reducida a una esquirla de luz rúnica no mayor que una uña de la mano…

…pero seguía afilada. La pequeña hoja curva liberó un cuarto dedo de sus ataduras y luego el pulgar. Odín flexionó la mano derecha, frotando la palma con

suavidad con el dedo corazón, con el mismo gesto con el que un hilandero da vueltas al hilo.

El movimiento del preso fue demasiado sutil para ser visto por el captor finismundés, aunque sí percibió su reflejo en los colores del Tuerto, un oscurecimiento que mostraba algún tipo de intención que le hizo entrecerrar los ojos. ¿Tramaba algo aquel cazurro?

–Veo que querrías matarme -le dijo, observando cómo el azul de la energía mágica del prisionero se tornaba en un púrpura relumbrante, similar al de una hinchada nube de tormenta. Odín no despegó los labios mientras sus dedos no cesaban de trabajar a su espalda-. ¿Y no me vas a decir nada? – continuó el examinador, sonriente-. Te lo aseguro, no hay problema.

Sostuvo el Libro de las Palabras y lo abrió por el capítulo uno, el de las Invocaciones.

En otras palabras, *nombres.*



Capítulo 7



«Se necesita una clase superior de coraje para torturar a un hombre», reflexionó el examinador. No todo el mundo lo tenía, ni eran todos los llamados a la tarea. Incluso él, a pesar de su aparente verborrea audaz, nunca había sido requerido a tratar con nada mucho más grande en la escala de los seres que un jamelgo marcado por una runiforma, o una madriguera llena hasta los topes de trasgos.

Y ahora podría utilizar la Palabra contra un hombre.

La perspectiva le causó cierto mareo, pero no a causa del horror, de eso sí que se

dio cuenta. Estaba emocionado.

Claro, ya conocía sus efectos. Ya la había visto en acción hacía treinta años, cuando apenas era un tapón. Le había hecho entonces sentirse enfermo: el odio de la criatura, las maldiciones; y al final, cuando había realizado ya las últimas invocaciones, el desconcierto casi humano en sus ojos llenos de dolor.

Ahora sintió una explosión de alegría justificada. Este iba a ser su momento de gloria. Había recibido para la realización de aquella tarea un poder por el cual muchos magistrados suspiraban en vano durante años. Él iba a mostrarse merecedor de dicho honor, oh, sí, aunque tuviera que vadear a través de ríos de sangre preternatural.

La Palabra empezó a tomar forma a su alrededor mientras daba comienzo a la lectura con voz alta y resuelta.

Yo te llamo Odín, hijo de Bor.

Te llamo Grim y Gangleri,

Herían, Hialmberi,

Tekk y Tridi; Tund y Unn.

Te llamo Bólverk, Grímnir, Helblindi, Hárbard,

Svídur, Svídrir…

Llegados a este punto, Odín ya no podía esperar más. Sacó una mano de detrás de la espalda con un gesto brusco y lanzó Tyr contra el examinador con todas sus fuerzas al tiempo que liberaba la mano izquierda de sus ataduras y formaba Naudr, invertida, para soltar las cadenas que le sujetaban.

El arma era pequeña, pero voló en la dirección correcta. La runa zumbó a través del aire, mordió profundamente el pulgar del examinador y cortó las páginas del Buen Libro antes de clavarse en el costado del finismundés.

Allí quedó alojada, y aunque, por desgracia para el cautivo, no entró lo bastante profundo para matar al hombre, al menos sí bastó para derramar su sangre con tal abundancia que durante un momento Odín se alzó con la mano ganadora. Saltó hacia el examinador, no con encantamientos ahora, sino con su propia fuerza, haciendo caer el Libro de sus manos y empujando al hombre contra la pared de la cárcel.

El examinador no tenía nada de guerrero y profirió un grito de alarma. Odín se le echó encima y se las habría apañado para dominarle si no hubiera sido porque se abrió la puerta de la cárcel en ese mismo momento y aparecieron tres hombres en la entrada.

Uno era Audun Briggs. El segundo era Jed Smith. Y el tercero era Nat Parson, con el rostro encendido con un fuego de mil diablos.



Capítulo 8



Mientras tanto, Loki había encontrado el rastro del examinador alrededor de la cárcel. Lo había visto antes; era de un extraño color verdoso, brillante, sí, pero de un modo algo enfermizo, con un fulgor parecido al fuego del Santo Sepulcro.

Vio también al párroco con la pareja de esbirros, aunque estaban demasiado preocupados con lo que estaba sucediendo en la cárcel como para prestar ningún tipo de atención al pequeño pájaro marrón que se posó en la cerca, no muy lejos de ellos. El as se despojó a toda prisa de su aspecto de pájaro. Una mirada sobre su hombro le mostró que Skadi se había posado no mucho más lejos, sin más atavío que su propia piel desnuda, pero con el látigo rúnico ya listo en la mano.

«Allá va -pensó-. Muerte o gloria». De los dos, no sabía con seguridad a cuál temer más.

Odín vio entrar a los tres hombres. Se volvió instintivamente para luchar y recibió de lleno en el hombro el dardo que le lanzó Jed Smith. El flechazo le clavó contra la pared y le mantuvo allí durante unos cuantos segundos. El cautivo echó mano al astil de la flecha e hizo fuerza en un intento infructuoso de sacársela.

–¿Examinador?

Nat corrió hacia el hombre caído. El finismundés estaba pálido, pero todavía consciente. Se sujetaba el vientre con las manos ensangrentadas. A sus pies, yacía abierto el Buen Libro, casi partido en dos por la espada mental que le había abatido.

Apartó a un lado al párroco con impaciencia.

–¡El prisionero! – jadeó.

Nat sintió una punzada de resentimiento.

–Está a salvo, examinador -aseguró a su invitado.

–¡Reducidle! – ordenó con voz entrecortada el examinador, mientras buscaba a tientas su Libro-. ¡Sujetadle y amordazadle mientras invoco la Palabra!

Nat Parson le dedicó una mirada de medio lado. Vaya, así que el examinador le pedía ayuda ahora, ¿no? «Educado como siempre, ¿eh, Señor Abstinencia? ¡Pero ya no somos tan guays con un agujero en las tripas!»

Sin embargo, se apresuró a obedecer la orden, uniéndose a Audun Briggs para medio arrastrar a Odín hacia el lado más lejano de la cárcel mientras Jed Smith los mantenía a cubierto del prisionero, con una segunda flecha preparada en el arco.

Aunque no tenía necesidad de él, a pesar de todo. Ya no le quedaban ganas de lucha al Bárbaro. Una vez más atado y amordazado, no podía hacer nada, salvo observar al examinador, arrastrándose a sus pies (con la ayuda del párroco), preparado para completar el cántico:

Te llamo Tror, Átrid, Oski, Veratyr…

Y ahora Odín podía sentir la inminencia de la llegada de la Palabra.

Thund, Vídur, Fiólsvid. Ygg.

La mordaza sofocó una maldición mientras toda su voluntad luchaba contra la fuerza de la Palabra; pero la voluntad de Odín flaqueó conforme su sangre empapaba el suelo endurecido. Recordó cómo el examinador le decía «Tu tiempo se ha agotado» y de pronto, surgió de entre la ira y la pena un sentimiento de profundo e innegable alivio.



Capítulo 9



No cabía duda alguna de que algo sucedía en el edificio de la cárcel. La muchacha podía sentirlo y luego fue capaz de verlo cuando Bjarkán mostró en el frío aire de la noche cómo dos firmas mágicas, las de Skadi y Loki, se acercaban al otro lado de la plaza sin haberse percatado todavía de la presencia de Maddy. Ella se aproximó a la única puerta de la cárcel al amparo del haz de sombra proporcionada por el edificio orlado por la luz de la luna.

Comenzó a digitar con la mano la forma familiar de Hagall, la Destructora.

A menos de cuatro metros, el examinador se preparaba para desencadenar la Palabra.

La Palabra en sí misma es insonora por completo…

…como Nat ya sabía tras su experiencia en el alcor del Caballo Rojo. La Palabra se forma, no se pronuncia, aunque en la mayoría de los casos venía precedida por toda una serie de versos y cánticos compuestos para darle mayor poder.

El párroco volvió la vista hacia el Libro que el finismundés sostenía en las manos. Nunca antes había visto abierto el Libro de las Palabras. La lista de nombres en la página masacrada llenaba nueve versos y el efecto de su lectura en el prisionero había sido dramático, pues se había desplomado de forma fulminante en el suelo de la cárcel, con su único ojo relumbrando de modo desafiante mientras la runiforma de su rostro brillaba con una luz antinatural.

El examinador también parecía exhausto; sus manos buscaban algo a tientas en el Libro abierto.

–Dejadme que lo sostenga -se ofreció Nat, estirándose para cogerlo.

El examinador no protestó y dejó caer el Libro en las manos del párroco sin que apenas pareciera escuchar sus palabras.

–Te exijo una respuesta -la voz del examinador sonaba ronca por el esfuerzo. Sus ojos se fijaron en el prisionero; sus manos ensangrentadas temblaban-. Contéstame a esto y contéstame con la verdad. ¿Dónde se encuentra el Pueblo de los Videntes? ¿Dónde se esconden? ¿Cuántos son? ¿Cuáles son sus armas? ¿Qué planes tienen?

El cautivo gruñó bajo su mordaza.

–Te digo, ¿dónde están?

Odín se retorció y sacudió la cabeza.

Nat Parson se preguntó cómo podía esperar el finismundés conseguir una confesión fuera la que fuese de un hombre al que se había asegurado de privar de la palabra con tanta eficacia.

–Quizá si le quito la mordaza, examinador…

–¡Estate quieto, estúpido, y apártate!

Ante eso, Nat saltó como si le hubiera abofeteado.

–Examinador, debo protestar…

Pero éste no le escuchaba. Sus ojos se entrecerraban como los de un hombre que casi -aunque no del todo-podía obtener por fin lo que buscaba, y se inclinaba hacia delante, hasta que la Palabra sonó sin ningún sonido perceptible en el aire.

En toda la aldea, los perros vieron cómo se les erizaba el lomo, las puertas de los aparadores se abrieron súbitamente y los durmientes pasaron de un sueño incómodo a otro.

-*¿Dónde está el Pueblo de los Videntes?* -siseó de nuevo, haciendo un pequeño signo extraño con su índice y su pulgar.

Y ahora el párroco estuvo seguro de que podía percibir una especie de luz coloreada que rodeaba al prisionero y al examinador como un humo aceitoso. Se

deslizó alrededor de ellos en espirales perezosas, y con sus manos el examinador agitó y batió el aire iluminado como una costurera cardando sedas.

Pero había más, intuyó el párroco. Había *palabras* en los colores. Casi podía oírlas aleteando como polillas en torno a una luz. No salió ni una palabra del prisionero en el suelo, pero de algún modo el examinador le estaba haciendo hablar.

Y ahora Nat se dio cuenta con excitación creciente de que lo que había tomado por colores y luces eran en realidad *pensamientos*, pensamientos extraídos directamente de la mente del Bárbaro.

Sin lugar a dudas, Nat sabía muy bien que no debería estar observando todo esto. Los misterios del Orden estaban celosamente guardados, ése era el motivo por el cual el Libro de las Palabras permanecía cerrado. Él sabía con exactitud lo que correspondía hacer: apartarse, con los ojos bajos, bien fuera del alcance de todo aquello y dejar que el examinador llevara a cabo el interrogatorio…

…pero Nat era ambicioso y la perspectiva de tener la Palabra cerca, tan próxima que prácticamente era capaz de tocarla, eliminó tanto la precaución como el sentido del deber. En vez de eso, se acercó más, hizo el mismo extraño signo que había visto hacer al examinador y en un segundo la visión verdadera le envolvió, haciéndole girar al instante en un remolino de luces y firmas mágicas.

¿Podría esto simplemente ser… un *sueño*?

De ser así, era uno con el que Nat Parson nunca había soñado antes.

–¡Oh, qué maravilloso! – suspiró, y se acercó aún más sin poder evitarlo.

Durante un segundo captó el ojo del prisionero y algo circuló entre ellos, algo íntimo. El examinador sintió algo similar a un golpe de aire, pero el párroco estaba entre medias, maldito fuera el estúpido, y en el medio segundo que le costó apartarse, la preciosa información se había perdido.

El examinador lanzó un aullido a la vez de ira y frustración.

Nat Parson siguió mirando fijamente al prisionero, con los ojos dilatados de asombro por el nuevo conocimiento obtenido.

En ese momento la puerta de la cárcel se abrió de golpe girando sobre las bisagras y un rayo de letal luz azul atravesó la habitación.

«Voy a morir», pensó el párroco mientras se acurrucaba en el suelo. Tenía una vaga conciencia de la presencia de Audun y Jed que hacían lo mismo en estos momentos; a su lado yacía el examinador, casi rígido ya, con las manos extendidas como si intentara escapar a la aniquilación.

No quedó duda ninguna en la mente de Nat de que el hombre estaba muerto, ya que el rayo casi le había partido en dos. El Buen Libro estaba allí en el suelo, a su lado, con las páginas dispersas y chamuscadas por la explosión.

Pero incluso entonces siguió sintiendo curiosidad. Mientras los otros dos escondían los ojos, él alzó los suyos, hizo un círculo con el índice y el pulgar y vio a sus atacantes: una mujer casi desnuda y demasiado hermosa para mirarla, rodeada por un halo de fuego frío, y un joven en el mismo estado de desnudez con una sonrisa torcida que hizo que el párroco se echara a temblar.

–Cógelo -ordenó Skadi.

–Espera un poco -replicó Loki-. Me estoy congelando vivo. – Avanzó hacia Audun, evitando a Jed y a Nat, que todavía yacían en el suelo de la cárcel-. Esta túnica me irá bien -le dijo a Audun-, ah, y las botas. – Le quitó en un pispas ambas prendas, dejando al guardia en ropa interior-. No es que sea un equipo perfecto -comentó Loki-, pero teniendo en cuenta las circunstancias…

–Te he dicho que lo cojas -repuso bruscamente Skadi, con impaciencia creciente.

El as se encogió de hombros y dio un paso por encima del prisionero.

–Levántate, hermano mío -le dijo, digitando una runiforma que hizo caer las cadenas-, aquí viene la caballería.

Odín se levantó. «Uf, tiene un aspecto espantoso», pensó Loki. Lo que serían

buenas noticias en cualquier otro momento, pero no en éste, ya que habían contado en buena medida con la protección del General.

Skadi se adelantó y alzó su artefacto mágico. El látigo rúnico siseó y su punta se bifurcó como la de la lengua de una serpiente.

–Y ahora -añadió-, dame al Susurrante.



Capítulo 10



Loki consideró la idea de cambiar a su aspecto ígneo, pero la rechazó porque sería un desperdicio de energía mágica. Skadi se encontraba de pie delante de él, con Isa bien preparada, y por muy rápido que él fuera, se temía que ella lo sería más.

–No tengas duda de que mantendré mi parte del trato hasta el final -comentó, sin apartar la vista del látigo rúnico que chasqueaba y siseaba como si fuera un relámpago embotellado-. Hasta el final.

La expresión de Skadi, habitualmente fría, se convirtió en helada.

–Te he avisado -le dijo en voz baja.

–Y yo te he respondido con claridad. Te prometí al Susurrante y lo tendrás, no temas -le echó una mirada a Odín-, cuando todos salgamos de aquí sanos y salvos.

Quizás Odín estuviera débil, pero eso sí, no había perdido ni un ápice de su agilidad mental. Conocía a Loki lo suficiente para comprender el juego que estaba jugando y cómo seguírselo, estando las cosas como estaban. Podría ser

que estuviera mintiendo, lo más probable era que así fuese, pero tanto si tenía al Susurrante como si no, no era el momento de entrar en disputas.

–Ese no fue el trato -replicó Skadi, acercándose aún más.

–Intenta pensar -intervino Odín, con voz serena-, ¿crees tú que cualquiera de nosotros lo habría traído hasta aquí como si fuera una chuchería sin valor? ¿O más bien no lo habríamos escondido en algún lugar donde estuviera a salvo, en un lugar donde nadie lo encontrara con facilidad?

Skadi asintió.

–Ya veo -añadió y entonces se dio media vuelta y alzó el artefacto mágico-. Bien, Sirio, creo que con esto cerramos nuestro negocio -comentó y descargó un golpe con el látigo rúnico que cayó con un chasquido capaz de partirle a uno la cabeza.

Por poco no le da a Loki, y abrió un trozo de la pared de casi metro y medio de largo justo en el lugar donde había estado.

Nat, Jed y Audun, los tres pegados al suelo con la esperanza de pasar desapercibidos, intentaron apretarse aún más al suelo de la cárcel.

Loki le lanzó a su hermano una mirada apreciativa.

–No sé si te has dado cuenta, pero acabo de salvarte la vida.

–¿Y crees que eso importa? – preguntó Skadi-. ¿Tú crees que eso compensa todo lo que has hecho?

–Bueno, no exactamente -respondió Loki-, pero podríais necesitarme cualquier día de éstos…

–Creo que prefiero correr el riesgo.

Alzó el artefacto mágico. Una Isa dentada se agitó en el aire.

Pero entonces fue Odín el que dio un paso adelante. Ahora parecía mayor, con el rostro curtido y la camisa manchada con sangre fresca, sin embargo sus colores relampaguearon presos de una súbita furia.

Skadi le encontró bloqueándole el paso y le miró fijamente, atónita.

–No puedes ir en serio -replicó-. ¿Acaso vas a brindarle ahora tu protección?

Odín simplemente la miró con inquietud. A Nat, que le estaba observando, le pareció que sus colores le envolvían como en una capa de fuego azul.

–No -repuso Skadi-.Ya he esperado demasiado.

–Lleva razón. Puede que le necesitemos -insistió Odín.

–¿Después de lo que pasó en el Ragnarók?

–Pues no han cambiado ni nada las cosas desde el Ragnarók.

–Algunas cosas nunca cambian. Él va a morir. Y en cuanto a ti… -La vanir fijó en Odín su mirada fría.

–Continúa -musitó él en voz muy baja.

–En cuanto a ti, Odín, mi tiempo con los æsir ya ha pasado. No tengo ninguna disputa pendiente contigo, al menos aún, pero no me imagino de qué modo puedes considerar que soy algo tuyo para que puedas darme órdenes. Y *nunca* oses interponerte en mi camino.

Detrás de ella, Nat observaba hipnotizado. La puerta permanecía abierta, apenas a dos metros, y sabía que debía aprovechar su oportunidad para huir antes de que los demonios repararan en él, pero aquellos seres ejercían sobre él una terrible fascinación y el hechizo subyugante de los mismos le retuvo allí.

Resultaba obvio que eran los videntes. Lo había adivinado de pronto, en cuanto el examinador lanzó la Palabra. «Esto es lo que los hace ser dioses -pensó

excitado-, el Pueblo de los Dioses o demonios; y con ese poder, ¿a quién le importa?»

Ahora los tres videntes se enfrentaban entre ellos. Para Nat tenían el aspecto de columnas de llamas de color zafiro, violeta e índigo. Se preguntó cómo era posible que pudiera seguir viéndolos cuando el examinador estaba ya muerto, y recordó el momento del contacto entre él y el Bárbaro, el momento en que había mirado dentro de los ojos del hombre y había visto…

¿Qué era, exactamente, lo que había visto?

¿Qué era, exactamente, lo que había *oído?*

Los videntes estaban discutiendo. El párroco entendió vagamente el porqué: la mujer de hielo quería matar al hombre pelirrojo, y el Bárbaro, que no era ningún bárbaro sino algún tipo de señor de la guerra para los videntes, quería detenerla.

–Ten cuidado, Odín -le advertía ella en este momento, en voz baja-. Dejaste tu soberanía en la Fortaleza Negra. Ahora no eres más que otro nombre del pasado agotado con delirios de grandeza. Déjame pasar o te partiré en dos ahí justo donde estás.

«Y ya lo creo que lo haría», pensó Nat Parson. Esa cosa que llevaba en la mano estaba en plena explosión de furia. El Bárbaro, sin embargo, no pareció conmovido. «Está tirándose un farol», pensó Nat; desde luego, si fuera él, tampoco habría considerado la idea de moverse.

–Es tu última oportunidad -insistió ella.

Y entonces algo que parecía como un pequeño fuego artificial de gran intensidad y poder espectacular pasó a toda velocidad sin hacer ningún ruido sobre la cabeza de Nat y golpeó a la mujer en la parte más estrecha de la espalda, echándola bruscamente en brazos del Bárbaro.

Nat se dio la vuelta y vio al recién llegado, que aparecía envuelto en un fabuloso resplandor de luz roja y dorada. «Una mujer -pensó-, no, una niña», envuelta en una chaqueta masculina y una camisa artesanal, con el pelo suelto, los brazos

extendidos y una esfera de fuego en cada mano.

«Por las Leyes -pensó-, ésta hace parecer a los otros velas de a penique», y entonces captó la imagen del rostro de la chica y soltó un ronco grito de incredulidad.

–¡Es ella! ¡Ella!

Durante unos segundos Maddy se le quedó mirando, con los ojos llenos de luces danzantes. El párroco casi se derrite y después ella pasó por su lado sin despegar los labios. La primera cosa que hizo fue comprobar el estado del Bárbaro.

–¿Te encuentras bien?

–Estaré mejor luego -contestó Odín-, pero me he quedado sin energía mágica.

Ahora Maddy se agachó al lado de la Cazadora herida y la encontró con vida, pero aún inconsciente.

–Vivirá -comentó Odín, adivinándole el pensamiento-. Ya sabía yo que esas habilidades tuyas terminarían siendo algún día de utilidad.

Loki, que se había tirado al suelo en el momento en que el rayo mental había sido disparado desde la puerta, ahora se quitaba el polvo haciendo gala de una gran despreocupación y le dedicó a Maddy una amplia sonrisa torcida.

–Llegaste justo a tiempo -asintió-. Ahora vamos a deshacernos de la Reina del Hielo… -espetó al tiempo que alzaba la mano y empezaba a digitar Hagall, la Destructora.

–No lo hagas -replicaron Maddy y Odín a la vez.

–¿Qué? – inquirió Loki-. En el momento en que se recupere saldrá detrás de nosotros.

–Si la tocas -repuso Maddy, digitando Tyr-, seré yo quien vaya detrás de ti. Y en

cuanto al resto de vosotros -añadió, volviéndose hacia Nat y los otros dos-, creo que ya ha habido bastante violencia por aquí. No quiero ver nada más.

Miró a Jed Smith, que la observaba con horror, y su voz tembló, pero sólo una vez.

–Lo siento, papá -le dijo con tono dulce-. Hay demasiadas cosas que no te puedo explicar. Yo… -Hizo un alto en ese momento, consciente del absurdo de intentar explicarle que la hija que él había conocido durante catorce años se había convertido en una completa extraña-. Cuídate mucho -dijo, al final-, y cuida de Mae. Yo estaré bien. Y vosotros -prosiguió, dirigiéndose hacia Nat y Audun Briggs-más vale que os vayáis. No querréis estar aquí cuando Skadi se despierte.

Eso fue suficiente para los tres hombres. Se marcharon con prisa y sólo Jed osó volver la vista atrás para mirarlos de reojo antes de desvanecerse en la noche.

Loki hizo ademán de seguirlos.

–Bueno, gente, si eso es todo…

–No es todo -replicó Odín.

–Ah -siguió Loki-, mira, viejo amigo, no es que no aprecie la reunión. Quiero decir, ha pasado mucho tiempo y todo eso, y es estupendo que las cosas te hayan ido bien y tal, pero…

–Cierra el pico -soltó Maddy.

Loki se calló.

–Y ahora escuchadme los dos.

Y ambos atendieron.



Capítulo 11



La-Bolsa-o-la-Vida estaba fracasando en su intento de sofocar la rebelión desatada en los túneles del subsuelo de la colina del Caballo Rojo. La ausencia del Capitán y la crisis creciente del Ojo del Caballo habían terminado por generar un ambiente levantisco. Bolsa era consciente de que el asunto se le había ido de las manos y sólo la convicción de que el Capitán seguía con vida y además era perfectamente capaz de culparle a él solo por todo aquel lío hizo que no se uniera en el pillaje a la turba, que recorría el lugar haciendo estragos y destruyéndolo todo a su paso.

–Sólo te lo diré una vez -le contaba su amigo Pepinillo-al-Viento-, cuando regrese y se encuentre este follón…

–¿Y cómo va a *volver?* -le interrumpió un trasgo llamado Capaz-y-Tenaz-. El Ojo está cerrado y han invertido la entrada. Vamos a tener que ponernos a hacer túneles como conejos para poder salir al Supramundo, y cuando consigamos salir, habrá guardias, partidas y vete a saber qué por todos lados. Yo digo que hagamos el equipaje, nos llevemos lo que merezca la pena llevarse y saquemos a los demás de aquí mientras aún sea posible.

–Pero el Capitán… -protestó Bolsa.

–Que se pudra -replicó Capaz-y-Tenaz-. Diez a uno a que está muerto, de todas maneras.

–Hecho -repuso Pepinillo, oliéndose una apuesta.

Bolsa parecía nervioso.

–Realmente no creo que… -comenzó.

–¿Ah, no? – le interrumpió Capaz, sonriente-. Bueno, te doy una ventaja, para que lleves la delantera. Un barril de cerveza a que está muerto, ¿de acuerdo?

–De acuerdo -afirmó Pepinillo, chocándole la mano.

–De acuerdo -dijo Bolsa-, pero…

–De acuerdo -añadió una voz agradable, y bastante familiar, detrás de ellos.

–Ah -se le escapó a Bolsa, mientras se daba la vuelta lentamente.

–Eres La-Bolsa-o-la-Vida, ¿no? – le espetó Loki.

Bolsa hizo un sonido estrangulado de protesta.

–Justo *eftábamos* hablando de vos, Capitán, señor, y justo *eftábamos* diciendo que *folferíais* a tiempo… ¡Ejem!… A tiempo de *jasegurarnos* que todo *estafa* preparado y para *janticiparnos* vuestras órdenes, y nosotros… ¡Ejem!

–Bolsa, ¿te has resfriado? – comentó Loki, simulando una falsa preocupación.

–No, señor, Capitán, señor. Simplemente estábamos especulando, ¿no, chicos?…

Se volvió en busca del apoyo de los demás y vio, para su sorpresa, que ya se habían largado.

Habían tenido que combinar todas sus fuerzas para invertir las runas y abrir la colina. Tal como estaban las cosas, la onda expansiva había hecho desaparecer para siempre el Ojo del Caballo, y ahora había abierto un túnel oscuro que se perdía en el Trasmundo.

Loki no quería llevarles allí, pero de todas formas, Maddy le había convencido. De cualquier modo, Odín, estando tan debilitado como estaba, no era capaz de cambiar su aspecto y era inútil esperar que pudieran llegar lejos con una sola capa de plumas para los dos.

No, había dicho ella, la única cosa que tenía sentido era mantenerse en el Trasmundo cuanto más tiempo pudieran mejor y explorar las posibilidades de su

nueva camaradería.

«¿Camaradería?» Ella se dio cuenta de que Loki se sentía tan incómodo con la idea como el Tuerto, pero no tenía nada de tonto y con Skadi en pie de guerra había visto con rapidez las ventajas de mantenerse juntos.

Ahora estaban en sus habitaciones privadas, con comida y vino que había traído Bolsa, y hablaban. Nadie comió mucho, salvo Maddy, que tenía un hambre canina; Odín bebió sólo vino y Loki se sentó a un lado y parecía tenso e incómodo.

–Debemos permanecer juntos -insistió Maddy-. Apartar nuestras diferencias y trabajar en equipo.

–Eso es fácil decirlo para ti -replicó Loki-. A ti no te han matado en Ragnarók.

-*¿Matado?* -preguntó Maddy.

–Bueno, o algo así -admitió Odín-. Ya sabes, generalmente no te dejan entrar en la Fortaleza Negra del Averno si todavía estás vivo.

–Pero si os mataron, entonces, cómo…

–Es una larga historia, Maddy. Quizás algún día…

–De cualquier modo, estamos acabados -comentó Loki, interrumpiéndolos-. Tenemos al Orden tras nuestra pista, los Durmientes han despertado…

–No todos -repuso Maddy con rapidez.

–¿Ah, no? ¿Y cuánto tiempo crees que va a tardar Skadi en despabilar a los otros?

–Bien -dijo Odín-, al menos no tienen al Susurrante.

Maddy examinó sus uñas con mucha atención.

–No lo tienen, ¿no?

–Bueno, tanto como eso, no.

–¿Cómo? – ahora su voz sonaba aguda-. Vamos a ver, Maddy, está a salvo, ¿no? ¿Dónde lo has dejado?

Se hizo un silencio bastante incómodo.

–¿Que lo escondiste dónde? – aulló Loki.

–Bueno, pensé que estaba haciendo lo más correcto. Skadi te habría matado si no hubiera pensado en algo.

–Me matará de todas formas -dijo el Embaucador-.Y también a ti por haberme ayudado. Y en lo que respecta al General, le matará asimismo. – Le echó una mirada a Odín-. A menos que te saques algún truco fabuloso de la manga, lo cual dudo bastante…

–No lo tengo -replicó Odín-, pero sí sé que si los vanir están despiertos, entonces realmente sólo hay una cosa que nos queda por hacer.

–¿El qué? ¿Rendirnos? – dijo Loki.

Odín le lanzó una mirada de aviso.

Loki puso un dedo sobre sus labios llenos de cicatrices.

–Algunos de los vanir me son leales -afirmó Odín-, y podemos atraer a los demás. No nos podemos permitir enfrentarnos unos a otros. Necesitaremos toda la ayuda que seamos capaces de conseguir si vamos a presentar batalla contra el Orden.

Loki asintió. Su sonrisa había desaparecido; ahora parecía impaciente, casi nostálgico, como había estado al lado de la chimenea cuando le habló a Maddy de la inminencia de una guerra.

–¿Y crees que vamos a hacerlo?

–Creo que debemos… -la voz de Odín sonaba grave-. Lo he sabido desde que la encontré cuando tenía siete años, salvaje como un lobezno, con esa marca en su mano. No sabría decir cómo ha llegado a este pueblo, pero todos los signos estaban allí desde el primer momento, tanto la runiforma completa, nada más y nada menos que Aesk, como una habilidad innata para arrojar runas mentales, incluso su *nombre.*…

–¿Mi nombre? – inquirió Maddy. Ambos la ignoraron.

–Ella nunca lo sospechó -continuó Odín-, la alimenté con cuentos y medias verdades preparadas al efecto, pero yo lo supe desde el principio. Lo llevaba en la sangre. No te puedes imaginar la de veces que quería contárselo, todas las veces que quise rendirme a sus demandas y llevarla a Finismundi conmigo.

–¿Decirme *qué?* -insistió Maddy, que comenzaba a perder la paciencia-. ¿Qué hay en Finismundi? Tuerto, ¿qué es lo que no me has contado?

–Pero yo sabía que aquí estaba a salvo -replicó Odín, ignorándola-. Sabía que no sufriría ningún daño real mientras viviera en este valle, al lado del Caballo Rojo. Quizás algunas molestias por parte de los otros chicos, pero no más…

–¡Algunas molestias! – gritó Maddy, pensando en Adam Scattergood.

–Ah, sí, poca cosa -le contestó Odín de forma brusca-. No es fácil ser dios, ya sabes. Has de asumir las responsabilidades. No todo son tronos dorados y castillos en las nubes.

Maddy se le quedó mirando fijamente, con la boca un tanto entreabierta.

–¿Un *dios?*

–Dios, vidente, demonio, dilo como te plazca.

–Pero yo soy una ígnea -repuso Maddy-. Me lo has dicho tú mismo.

–Te mentí -replicó él-. Sé bienvenida al clan.

Ella se limitó a mirarlos fijamente a los dos.

–Estáis locos. Yo soy la hija de Jed Smith, de la aldea de Malbry. Una runiforma y unos cuantos encantamientos no me convierten en miembro del Pueblo de los Videntes. No me hace una de *vosotros.*

–Oh, ya lo creo que sí -intervino Loki, sonriente-. Eso fue predicho hace siglos, pero ya sabes lo que dicen, nunca confíes en un oráculo. Su talento está mal dirigido. Suena profético, pero no tiene ningún sentido hasta que ya ha sucedido.

–¿Y eso es lo que soy? – gritó Maddy.

–¿No lo habías adivinado? ¿Con todas esas pistas y no lo habías descubierto?

–Dime, Loki -gruñó ella-. O te juro que te dejo frito, tanto si somos parientes como si no.

–De acuerdo -dijo Loki-. Sigue ocultando la cabeza.

–Entonces, dime -insistió Maddy-. Si no soy la hija de Jed Smith, entonces, ¿quién soy?

Odín le dedicó una sonrisa auténtica, que le confirió a su rostro adusto una especie de ternura.

–Tu nombre es Modi -contestó al final-. Eres mi nieta.



LIBRO SEIS



Æsir y Vanir

Al principio fue la Palabra.

Y la Palabra engendró al hombre,

y el hombre engendró al Sueño,

y el Sueño engendró a los dioses,

después de lo cual las cosas se volvieron algo,

un poco, o mucho, más complicadas…

Lokahrenna, 6:6:6



Capítulo 1



Nat Parsón se quedó de pie fuera de la cárcel, pero las piernas apenas le

sostenían, ya que las sentía como cuerdas mojadas. Audun Briggs casi se había desmayado, aunque no sabía si había sido de miedo o por toda la cerveza que se había bebido; sin embargo, Jed Smith todavía estaba bastante sobrio, y había captado las implicaciones de lo que acababa de ver con una rapidez encomiable.

–¿La has visto? – inquirió Nat-. ¿Has visto a la chica?

Jed asintió.

El párroco percibió cómo se esfumaba una parte de su excitación. Era consciente de que Maddy había estado con frecuencia en sus pensamientos durante los últimos días, y había temido en secreto que la obsesión le hubiera nublado la mente. Ahora se sentía justificado. La chica era un demonio y no habría nada más que alabanzas para quien la llevara ante la justicia.

Lo que no ponía en duda bajo ningún concepto era que ese héroe iba a ser él. El clérigo se proclamó unilateralmente a cargo de la situación tras la muerte del finismundés y nombró a Jed Smith su segundo al mando, pues no había nadie más a mano. Había otro motivo para esa elección. Jed tenía todas las razones del mundo para temer la sangre sucia que había caído sobre su familia, y cuando llegaran al final los refuerzos de Finismundi, querría dejar bien claro que sus lealtades habían estado siempre del lado de la Ley y el Orden desde el mismísimo principio.

Se volvió hacia Jed, que se había retrasado hacia el edificio de la cárcel y observaba a la Cazadora caída a través de la puerta abierta. Nat se volvió hacia el herrero. Jed había retrocedido hasta situarse cerca del edificio de la cárcel y observaba a la Cazadora a través de la puerta abierta. Este hombre nunca había sido un hombre perceptivo, y había sido bendecido con más músculo que la mayoría, aunque con algo menos de cerebro, y su expresión dejaba bien a las claras hasta qué punto los sucesos de esa noche le habían dejado perdido. El examinador estaba muerto, el agente de la ley, herido, y aquí estaban ellos, en el exterior de un edificio donde yacía un monstruo que podría despertarse de un momento a otro.

Los ojos de Jed se posaron en el arco, que se le había caído al suelo durante la

lucha.

–¿Entro y la remato?

–No -replicó el párroco. La cabeza le daba vueltas. Tenía al alcance de la mano ambiciones que hasta hacía poco le habían parecido tan lejanas como las estrellas. Pensó con rapidez y vio la oportunidad. Tendría que actuar con celeridad y quizá fuera peligroso, claro que sí, pero la recompensa merecía la pena-. Déjame aquí. Consigue algunas ropas para la mujer demonio. Encontrarás algunas en mi casa, toma alguno de los vestidos de Ethelberta. Lleva a Briggs a su casa y espabílalo, y sobre todo, no hables con nadie de este tema. Ni siquiera entre vosotros, ¿entendido?

–Por supuesto, señor párroco, pero ¿estaréis a salvo?

–Por supuesto que sí -replicó el párroco con impaciencia-. Ahora, lárgate, hombre, y déjame con mis asuntos.

Skadi se despertó en medio de la oscuridad. La puerta de la cárcel estaba cerrada, los æsir se habían ido, ella había recobrado la conciencia misteriosamente vestida y le dolía la cabeza. Sólo las runas que llevaba habían conseguido que no se sintiera peor, aunque su atacante la había tomado bastante desprevenida.

Gruñó una maldición y lanzó un hechizo; en el repentino destello de luz vio al párroco allí sentado. Estaba lívido, sin embargo ofrecía un aspecto bastante tranquilo, observándola a través del agujero de vigilancia de la runa Bjarkán.

En un segundo había conseguido hacer aparecer su artefacto mágico, pero el párroco comenzó a hablar cuando el látigo se materializó en su mano.

–Señora -dijo-. No tengáis miedo.

La presunción de aquel tipo dejó a Skadi atónita durante unos segundos. Que pudiera imaginar que la asustaba, *¡él!* le hizo soltar una serie de carcajadas que sonaron como hielo al resquebrajarse…

…pero también tenía curiosidad. No menos sorprendente era el hecho de que tampoco pareciera estar atemorizado. Se preguntó cuánto habría visto y si podría identificar a la persona que la había noqueado. Y sobre todo, se preguntaba por qué no la había matado cuando había tenido la oportunidad de hacerlo.

–¿Has sido tú quien me ha puesto esto?

Señaló con la mano el vestido que llevaba, de terciopelo azul, con un corpiño de plata labrada. Era uno de los mejores de Ethelberta y aunque Skadi despreciaba las galas femeninas, ya que prefería las pieles de un lobo salvaje o las plumas de un halcón cazador, era consciente de que alguien, por alguna razón, había intentado complacerla.

–Así es, señora -contestó Nat cuando la Cazadora alzó lentamente su látigo rúnico-. Claro, tienes todos los motivos para que esto te resulte sospechoso, pero te aseguro que la verdad es que no pretendo hacerte ningún daño. Más bien todo lo contrario, de hecho.

Usando la visión verdadera, la Cazadora le miró una vez más con una mezcla de curiosidad y desprecio. Estudió la firma mágica del clérigo, un fulgor de un marrón plateado, extrañamente moteado. Le sorprendió que no mostrara intención alguna de engañarla o traicionarla. El párroco le decía la verdad y se creía sus palabras. Descubrió que le embargaba una gran agitación bajo esa apariencia de calma. Tampoco sentía pánico, lo cual resultaba de lo más extraño.

–Puedo ayudarte, señora -dijo él-. En realidad, creo que podemos ayudarnos el uno al otro.

Y alzó la mano, donde tenía una llave, cuyos dientes aún estaban manchados con la sangre de su dueño.

Pese a todo, Nat siempre había sido un hombre ambicioso. Aunque era el hijo de un modesto alfarero, había decidido ya desde pequeño que no tenía deseo de seguir los pasos de su progenitor, y se había convertido en el aprendiz del párroco en un momento oportuno, cuando su maestro se había hecho demasiado mayor para desempeñar el cargo.

Se había casado bien, con Ethelberta Goodchild, la hija mayor de un rico ganadero del valle. Aunque no dejaba de ser cierto que ella era nueve años mayor que él y había algunos que la consideraban una insignificancia con cara de pan, traía consigo una bonita dote y magníficos contactos, y su padre, Owen Goodchild, tenía grandes esperanzas de promoción puestas en su nuevo yerno.

Pero los años pasaron sin que ese ascenso llegara nunca. Nat tenía ya casi treinta años, Ethelberta no había tenido ningún hijo y se había dicho a sí mismo que salvo que cogiera el toro por los cuernos, la oportunidad de hacerse con algo más que una simple parroquia en las montañas parecía de lo más lejana.

Fue entonces cuando Nat comenzó a considerar el Orden como una posibilidad de hacer carrera. Sabía poco de él, excepto que estaba reservado para una élite intelectual, así que fue en peregrinación a Finismundi, de modo oficial para reponer su fe, pero en realidad para descubrir cómo podía acceder a los secretos del Orden sin tener que dedicar mucho tiempo al estudio, la abstinencia y la oración.

Lo que encontró en Finismundi le llenó de emoción. Vio la catedral del Santo Sepulcro, con el chapitel de cristal y la cúpula de bronce, las esbeltas columnas y las ventanas pintadas. Había visto los Tribunales de la Ley, donde el Orden dispensaba justicia, y la Puerta de los Penitentes, donde se ahorcaba a los herejes, aunque por desgracia la Depuración propiamente dicha no se realizaba en público por miedo a que los presentes pudieran oír los cánticos. Además, frecuentó los lugares donde acudían los examinadores; caminó por sus jardines, comió en sus refectorios, bebió en sus cafeterías y pasó horas y horas observándolos en las calles, con sus hábitos negros revoloteando, sosteniendo discusiones teóricas o sobre algún manuscrito que hubieran estudiado, esperando su momento para descubrir la Palabra.

Empero, no halló pista alguna sobre la naturaleza de la misma. Al final, se abrió y narró la verdadera naturaleza de sus ambiciones a un anciano profesor. Éste le explicó que un aprendiz empleaba sus buenos doce años antes de alcanzar el nivel de subalterno en el Orden y no había certeza de obtener la llave dorada ni siquiera cuando se alcanzaba el nivel de examinador.

Nat retornó a su parroquia en las montañas con sus esperanzas hechas añicos, pero jamás había abandonado su mente la imagen de la llave. Se había convertido en una obsesión: el símbolo de cuanto la vida le había negado. Y cuando Maddy se negó a romper el encantamiento que había sobre la cerradura dorada…

El párroco observó la llave que sostenía en la mano, sonrió y Skadi se preguntó por un momento cómo era posible que una sonrisa tan necia pudiera parecer a la vez tan rapaz.

–¿Tú? ¿Ayudarme a mí?

Se echó a reír, un sonido realmente perturbador.

El clérigo le dirigió una mirada repleta de paciencia.

–Podemos ayudarnos el uno al otro -le dijo-. Los videntes tienen algo que ambos queremos y tú también deseas vengarte de tus atacantes. A mí me gustaría llevar a la chica de los Smith ante la justicia. Cada uno de nosotros dos tiene algo que el otro necesita, ¿por qué no colaborar?

–Dioses -replicó la Cazadora-, tengo que concederte que no me había reído tanto desde que colgué aquella serpiente sobre la cabeza de Loki. Si no consigues convertirte en examinador, te aguarda una brillante carrera en la comedia. ¿Qué es lo que tú podrías tener que yo necesite, por todos los mundos?

Nat señaló el Libro destrozado, con las páginas desparramadas por el suelo de la cárcel.

–Todo lo que necesitamos está en ese Libro. Todos los nombres, los cánticos, las invocaciones de poder, una por una. Con tus conocimientos y las palabras de ese Libro podríamos poner de rodillas a todos los videntes y obligarles a que hicieran cualquier cosa que quisiéramos…

Skadi recogió una de las páginas chamuscadas.

Así que esa Palabra era una especie de magia, una serie de hechizos y encantamientos que podían ser asequibles incluso a la gente común. Recordó que Loki le había hablado de ello. También que le había dicho cuánto la temía, aunque la Cazadora no podía imaginar qué clase de magia procedente del Orden podía ser más poderosa que la del Pueblo del Hielo.

Escrutó la página, con el rostro inexpresivo, y después la dejó caer al suelo.

–No necesito ningún libro -comentó.

Fue entonces cuando Nat recibió una inspiración. Quizá fue algo que vio en sus ojos, o quizá la forma despectiva en la que había pronunciado la palabra *libro*, o a lo mejor el modo en que había sostenido la página del revés…

–No sabes leer, ¿es eso? – inquirió.

Skadi se enfrentó a él con unos ojos como cuchillos.

–No te preocupes -dijo el párroco-. Tengo la llave. Puedo leerlo por los dos. Al combinar tus poderes con los de la Palabra, juntos, podemos tener éxito allí donde el Orden ha fracasado. Y entonces ellos tendrán que meterme en el asunto, me convertirán en examinador, quizás incluso en profesor…

Skadi frunció el labio un poco.

–No le encuentro ninguna utilidad a un libro o una llave, pero ¿qué me impediría llevarme ambas cosas y matarte después si lo hago? Aunque sea sólo por diversión, o hacerte algo como *esto que te estoy haciendo…* -dejó la frase en suspenso mientras aferraba la mano del párroco y le forzaba los dedos hacia atrás uno por uno. Se le cayó la llave y se sintió un sonido como el de una rama pequeña al quebrarse…

–¡Por favor! ¡Me necesitas! – chilló Nat Parson.

–¿Por qué? – inquirió ella, preparándose para matarle.

–¡Porque yo estaba allí! – gritó el párroco-. ¡Estaba allí cuando el examinador

lanzó la Palabra contra el viajero tuerto!

La Cazadora hizo una pausa.

–¿Ah, sí? – comentó.

–Sí, yo he estado dentro de la mente del General…

La Cazadora se quedó como paralizada, con los ojos brillantes como dos glaciares lejanos. A su lado, Nat cuidaba de su dedo roto, lloriqueando un poco de dolor y alivio. Él se lo había contado todo, aunque no de la forma que lo había imaginado, tomando un jerez, en la parroquia, sino a duras penas, chillando al tiempo que temía aterrorizado por su vida.

Tuvo suerte de que ella creyera su historia, pero la magia era algo volátil, como ella sabía muy bien, y la descripción de aquel cateto sobre lo ocurrido no le dejó duda alguna. Se había interpuesto en el camino de la Palabra y al hacer eso había atisbado los pensamientos del mismísimo Odín, las ideas y los planes que concernían a los æsir.

La Cazadora pensó en ellos con frialdad. Aunque se les había unido por el bien de la estrategia, no sentía ningún tipo de lealtad hacia el clan de Odín. Su padre y sus hermanos habían muerto a manos de los æsir, y el mismo Tuerto se las había arreglado para renegar de su promesa de compensarla de forma adecuada, amañando con trampas su matrimonio con Njord, cuando había sido en realidad Bálder el Bello el que le había robado el corazón. Y le había impedido vengarse de Loki, que había conducido a sus parientes a la muerte.

De todas formas, pensó, los vanir no eran mucho mejores, ya que le seguían ciegamente adonde él les condujera. La lealtad de Skadi estaba con el Pueblo del Hielo, a pesar de su matrimonio con el Hombre del Mar y ella siempre había sido feliz en las Tierras de Hielo, viviendo sola, cazando, tomando la forma de un águila y planeando sobre la nieve resplandeciente.

Si se iba a declarar una guerra, siguió pensando, esta vez no se aliaría con nadie. El General la había traicionado, Loki era su enemigo jurado y Maddy Smith, fuera quien fuera, había alineado sus colores en el bando enemigo.

Se volvió hacia Nat, que la estaba observando, con el dedo roto metido en la boca.

–¿Y qué fue lo que viste? – le preguntó con suavidad.

–Primero dame tu palabra de que me quedaré con la chica y el poder que esté contenido en el Libro.

Skadi cabeceó, dando su aquiescencia.

–Muy bien -dijo ella-, pero a la primera señal de traición o incluso si simplemente tengo la sospecha de que intentas usar tu libro contra mí…

El párroco asintió a su vez.

–Entonces tenemos un trato. ¿Qué fue lo que viste?

–La vi a ella -replicó-. Vi a Maddy Smith. Cuando el examinador le preguntó: «¿Dónde está el Pueblo de los Videntes?», eso fue lo que apareció en la mente de tu General. Eso era lo que estaba tratando de ocultar. Y estaba dispuesto a morir antes que dar su nombre…

–¿Nombre? – inquirió Skadi.

–Modi -contestó el párroco-. Así es como él la llamó. Modi, el Árbol Relámpago, el primer retoño de la Era Nueva.



Capítulo 2



Mientras tanto, Maddy pensaba furiosamente bajo la colina del Caballo Rojo. El Tuerto y Loki la habían dejado sola, el primero para irse a dormir y recuperar fuerzas antes de salir para recobrar al Susurrante y el segundo para emplearse en algún negocio sucio de los suyos. No había otra luz que la proporcionada por un reducido grupo de velas y la sombra de Maddy brincaba y saltaba entre las paredes pétreas mientras paseaba de arriba abajo una y otra vez.

Su reacción inicial a la revelación del Tuerto había sido un sentimiento inmediato y abrumador de cólera. No podía comprender que le hubiera ocultado algo como eso durante tanto tiempo, para revelarle únicamente la verdad cuando las líneas del frente de batalla estaban ya definidas con Maddy, lo quisiera ella o no.

Odiaba haber sido engañada, aunque, por otro lado, pensó mientras caminaba, ¿acaso una parte de ella no había ansiado esto? Tener un propósito, un clan, una familia, por el amor de los dioses. ¿No habían estado las señales claras desde el principio? ¿No había sabido una parte de ella desde siempre que ni Jed ni Mae eran de su sangre y que Odín, a pesar de ser un extraño, sí?

No oyó entrar a Loki en el salón. Se había cambiado las ropas que le había robado a Audun Briggs por una túnica limpia, una camisa y botas de suela suave y sólo cuando le tocó el brazo se dio cuenta de que estaba allí. Para entonces, su agitación era tan grande que estuvo a punto de golpearle antes de reconocer quién era.

–Maddy, soy yo -se quejó él, cuando vio Tyr a medio formar entre los dedos de la joven.

Ella deshizo la runa a desgana.

–No me apetece hablar, Loki -repuso.

–No puedo culparte por eso -suspiró él-. Odín debería haberte dicho la verdad, pero intenta verlo desde su punto de vista…

–¿Te ha enviado para eso? ¿Para que defiendas su postura?

–Bueno, pues claro que sí -replicó él-. ¿Y qué pasa?

Maddy no pudo evitar sentirse algo desarmada ante esa muestra de inesperada franqueza. Sonrió y entonces recordó su encanto legendario.

–Olvídalo -dijo-, tú eres tan malo como él.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que hecho *yo* ahora?

Maddy le devolvió un resoplido desdeñoso.

–Todo el mundo sabía lo que pasaba menos yo -le espetó-. ¿Qué ocurre?, ¿es que soy una niña? Me pone mala. Y *él* también. Me enferma que me trate como si yo no importara. Pensé que yo le *gustaba.* -Bufó de nuevo, más violentamente que antes, y se limpió la nariz con la manga de su blusa-. Creí que era mi amigo -finalizó. Loki le dedicó su sonrisa torcida-. Así que ¿qué es lo que quiere? ¿Una guerra con el Orden? ¿Para eso es para lo que necesita al Susurrante?

Loki se encogió de hombros.

–Eso no me sorprendería nada.

–¡Pero no tiene ninguna oportunidad contra ellos! – exclamó ella-. Incluso con los vanir de nuestra parte, seríamos diez de nosotros contra *todo* el Orden, y de todas formas -prosiguió bajando de manera elocuente la voz-, el Susurrante prácticamente me profetizó la derrota de Odín.

Los ojos de Loki se dilataron.

–¿Quieres decir que hizo una profecía? ¿Hizo una profecía y a ti no se te ocurrió contarle a nadie lo que había dicho?

–Bueno, no tenía mucho sentido -repuso Maddy con torpeza-. Ni siquiera me di cuenta de que en realidad era una profecía. Se pasaba el tiempo diciendo cosas como «hablo cuando es mi deber, y no puedo callar».

–Dioses -dijo Loki, disgustado-. Eso era una profecía. Destinada a ti. Después de todos los años que me he pasado intentando persuadirle de que dijese algo, *lo que fuera.*… -Se inclinó hacia delante con avidez-. ¿Me mencionó en algún momento?

–Quería que yo te matara. Dijo que tú nunca servías para nada más que para provocar problemas.

–Ah. Eso tiene sentido. ¿Qué más dijo?

–Algo acerca de una guerra terrible. Miles de muertos a consecuencia de una simple palabra. Algo respecto a despertar a los Durmientes, un traidor… y un General, un General que permanecía solo…

–¿Y cuándo planeabas decirle todo esto?

Maddy se quedó en silencio.

–¿Y bien?

–No lo sé.

El as empezó a reírse por lo bajinis, pero Maddy apenas le prestaba atención. Con la boca seca, rememoraba las palabras del Susurrante y luchaba para recordar las frases exactas. Ahora le parecía que le sonaban en verso, un lenguaje profético con una rima sombría.

Veo un ejército listo para la batalla.

Un general solo a su frente veo.

Veo un traidor en la puerta.

Un sacrificio también veo.

Tras las murallas del Hel los muertos se levantarán,

el Innombrable se alzará y los Nueve Mundos se perderán,

a menos que los Siete Durmientes alguien despierte

y alionante del Averno alguien libere…

–Se está cumpliendo -concluyó ella al final-. Los Durmientes están despiertos, el Orden está en camino. Asegura que se perderán los Nueve Mundos… -Maddy tragó saliva, sintiéndose mal-.Y no puedo evitar pensar que todo es por mi culpa. Fui yo quien despertó a los Durmientes y recuperó al Susurrante. Ojalá lo hubiera dejado en la chimenea. – Perdió el aliento y frunció el ceño-. Pero ¿qué es eso de un general que está solo al frente? ¿Por qué no estamos nosotros con él? – Una vez más, Maddy comenzó a pasearse arriba y abajo en el salón oscuro-. *¡Esto no era lo que yo quería!* -gritó.

–Te lo creas o no -replicó Loki con amargura-, tampoco yo estoy encantado de estar aquí, pero no tengo otra posibilidad, ya que sin Odín, prácticamente estoy acabado y la verdad, no me llena de entusiasmo el hecho de que a pesar de todo tenga grandes oportunidades de terminar muerto.

–Entonces, dime -le urgió Maddy-, cuéntame la verdad. ¿Quién soy yo realmente? ¿Y por qué estoy aquí?

Loki la observó mientras una sonrisita le cruzaba los labios llenos de cicatrices.

–¿La verdad? – inquirió.

–Sí. Entera.

–Al General no le va a gustar -le contestó.

«Aunque ésa es la mejor razón para contárselo, claro», pensó y allí, en lo hondo de sus entrañas, Loki sonrió abiertamente.

Capítulo 3



–Así que dime, ¿quién soy? – preguntó Maddy-. ¿Y cuál es mi papel en todo esto?

Loki se sirvió vino.

–Tu nombre es Modi -comenzó-, y el Oráculo predijo tu nacimiento mucho antes del Ragnarók, aunque no se mostró muy preciso en cuanto al género, pero una cosa sí que fue cierta: Modi y su hermano Magni iban a ser los primeros niños de la Era Nueva; nacisteis para reconstruir Ásgard y para vencer a los enemigos de los dioses. Ese es el motivo por el cual llevas esa runa en la mano, Aesk, el Fresno, el símbolo del renacer y de todos los mundos.

Maddy bajó la mirada hasta su mano, donde Aesk brillaba de color rojo sangre en la palma.

–¿Tengo un *hermano*? – consiguió preguntar al final.

–O quizás una hermana, ¿quién sabe? Y si es que ha nacido ya. Como te he dicho antes, el Oráculo no es muy preciso que digamos.

–¿Y… mis padres? ¿Quiénes son?

–Tor, el Herrero del Trueno, y Jarnsaxa, que no era *exactamente* su esposa, sino una mujer guerrera procedente del otro lado de las montañas. Así que ya ves, hermanita, *tienes* sangre de demonios, al menos por parte de tu madre.

Pero Maddy aún estaba procesando la nueva información. Degustó los nombres en la lengua: Modi, Magni, Tor, Jarnsaxa, como si fuera algún tipo de plato

exótico, de fábula.

–Pero si *ellos* son mis padres…

–¿Cómo fue que naciste de una pareja de pueblerinos del valle? – Loki sonrió, disfrutando del momento-. Bueno, recuerda cuando eras pequeña, ¿acaso no te decían siempre que no soñaras, que los sueños eran peligrosos y que si lo hacías, los perversos y horribles videntes vendrían desde el Caos a robarte el alma?

Maddy asintió.

–Bien -repuso Loki-, pues resulta que casi tenían razón.

Maddy escuchó en silencio mientras Loki contaba su historia.

–Empecemos por el lado bueno -dijo él mientras se servía un poco más de vino-. Empecemos con el final del todo, con el Ragnarók, la maldición de los dioses. La caída tanto de los æsir como de los vanír, el triunfo del Caos y toda esa historia. Desde luego, un tiempo muy incómodo para este tu seguro servidor que aquí se encuentra contigo, que fue asesinado, y lo peor es que fue por ese pomposo hacedor de buenas obras de Héimdal, de entre todos…

–Para un poco -intervino Maddy-. Eso ya me lo has contado antes. ¿Realmente te *mataron* en el Ragnarók?

–Bueno -dijo Loki-, no es tan simple. Es cierto que uno de mis aspectos cayó allí, pero la Muerte es sólo uno de los Nueve Mundos. Algunos de los æsir encontraron refugio allí, donde incluso Surt carece de poder. Sin embargo, algunos de nosotros no gozamos de tanta suerte y nos arrojaron al Averno, lugar que tu pueblo conoce como la Condenación…

–¿Cómo es la Fortaleza Negra?

La expresión de Loki se oscureció un tanto antes de proseguir su relato.

–Nada te prepara para el Averno, Maddy. Está más allá de cualquier cosa que yo haya conocido antes. Había visto el interior de mazmorras con anterioridad y

hasta entonces había pensado que una prisión sencillamente era un lugar rodeado de paredes, ladrillos y guardias, es decir, esas cosas familiares, que son iguales en todo el mundo.

»Pero es el Desorden lo que manda en el Averno. Está demasiado cerca del Caos, donde casi cualquier cosa es posible: las reglas de la gravedad, la perspectiva, el sentido y la sustancia se tuercen y modifican; los días y las horas no tienen significado y la línea entre la realidad y la imaginación se borra por completo. ¿Que cómo es? Es como si te ahogaras, Maddy, como si te ahogaras en un océano de sueños perdidos.

–Pero tú saliste.

Él asintió misteriosamente.

–¿Cómo? – inquirió ella.

–Hice un trato con un demonio.

–¿Qué trato?

–El habitual -comentó el Embaucador-. Favor por favor. Como yo había traicionado a ambos bandos, decidieron convertirme en un ejemplo. Me encerraron en una celda sin puertas ni ventanas, ni arriba ni abajo. Nada podía acercárseme o al menos eso fue lo que ellos pensaron, pero el demonio me ofreció un medio para escapar.

–¿Cómo? – preguntó Maddy.

–Hay un río -continuó-en el lado más lejano del Hel. El río Sueño descarga en el Averno acorazado y a galope tendido, revolviendo toda la materia prima de los desechos mentales de los Nueve Mundos. Tocar esa agua lleva a la muerte o a la locura y fue a través del Sueño como pude escapar. – Loki hizo una pausa para refrescarse-. Casi perdí la cabeza en la lucha, pero al final encontré mi camino hacia la mente de un niño, un hijo del pueblo de Las Caballerizas.

»He hecho lo que he podido con este aspecto -comentó mientras se señalaba a sí

mismo con cierto malestar-, pero francamente, la verdad es que antes tenía uno mucho mejor. Aun así, es una mejora si pensamos en el Averno, y es la razón por la que he adoptado un perfil tan bajo en los últimos siglos. No es buena idea que Lord Surt empiece a buscar a los viejos amigos, ¿no te parece?

Pero los pensamientos de la nieta de Odín corrían raudos como nubes de invierno.

–Así que el Tuerto y tú escapasteis a través del Sueño. ¿No significa eso que también otros podrían haberlo hecho?

El as se encogió de hombros.

–Quizá -convino-, pero es peligroso.

Maddy le observó, con un relámpago súbito en la mirada.

–Pero no es de ahí de donde yo procedo, ¿a que no? Yo no pertenezco a la Era Antigua…

–No, tú eres posterior. Un brote nuevo del viejo árbol. – Loki le dedicó una sonrisa alegre-. Es un nuevo estilo de aspecto, sin propietario previo, justamente tal y como vaticinó el Oráculo. Es la gente como tú la que va a reconstruir Ásgard después de la guerra, mientras que Odín y yo terminaremos criando malvas. Estoy seguro de que me comprenderás si te digo que prefiero que eso ocurra más tarde que pronto, ¿no?

Ella asintió.

–Ya veo. Bueno, se me ha ocurrido una idea.

–¿Cuál? – preguntó Loki.

Ella se le encaró, con los ojos brillantes.

–Vamos a coger al Susurrante. Ahora mismo, antes de que se despierte el Tuerto. Nos lo traemos otra vez a la colina del Caballo Rojo y luego lo devolvemos otra

vez a la hoya. De ese modo, nadie lo tendrá y las aguas volverán a su cauce, a ser como antes.

Loki la observó con curiosidad.

–¿Eso crees?

–Loki, debo intentarlo. No puedo quedarme quieta mientras el Tuerto se deja matar en alguna guerra estúpida que va a perder con toda seguridad. Está cansado, es temerario y aún vive en el pasado. Está tan obsesionado con el Susurrante que se ha creído que tiene alguna oportunidad. Y si él pierde, perdemos *todos.* El Oráculo profetizó la pérdida de los Nueve Mundos. Así que ya ves, si me ayudas a devolverlo…

Loki soltó una risita burlona.

–Una lógica impecable, como siempre, Maddy. – El as se volvió con un pesar aparente-. Lo lamento, pero no me siento implicado.

–Por favor, Loki, te salvé la vida.

–Y me gustaría conservarla si no tienes inconveniente. El General me desmembrará pieza por pieza…

–El Tuerto está dormido y estará así durante un montón de horas. Además, no dejaré que te haga daño.

Los ojos de Loki lanzaron un rayo de fuego verde.

–¿Quieres decir que me brindarás tu protección? – preguntó.

–Claro que lo haré. Si me ayudas.

Loki pareció pensativo.

–¿Lo juras? – inquirió de nuevo.

–Por el nombre de mi padre.

–Trato hecho -repuso, y se terminó el vino.

Era tanto el entusiasmo de Maddy, su emoción, y estaba tan impaciente por comenzar su búsqueda que casi estuvo a punto de no ver la mirada en los ojos del Embaucador, o la sonrisa que se formó lentamente en sus labios llenos de cicatrices.



Capítulo 4



En el Salón de los Durmientes se creó la confusión entre los vanir. Todos estaban completamente despiertos; y todos estaban allí, salvo Skadi. Idún había hablado con la Cazadora, y Freya no, pero ninguna de las dos era capaz de proporcionar una explicación satisfactoria acerca de lo ocurrido realmente.

-*Dijiste* que Loki se hallaba aquí -masculló Héimdal entre sus dientes dorados.

–Así es -replicó Idún-, y en muy mal estado.

–Se habría encontrado aún peor de haber estado yo aquí -aseguró Héimdal con un hilo de voz-. ¿Y en qué anda metido? ¿Y cómo es que Skadi le ha dejado con vida?

–¿Y quién era la chica? – preguntó Freya, por tercera o cuarta vez-. Fíjate en lo que te digo, si no hubiera tenido tanto sueño y estado tan confusa, nunca le habría dejado mi vestido de plumas…

–Narices con tu traje -la atajó Héimdal-. Quiero saber qué tiene que ver Loki en todo esto.

–Bueno -intervino Idún-, creo que mencionó al Susurrante…

Cinco pares de ojos se fijaron en la diosa de la abundancia.

–¿El Susurrante? – repitió Frey.

De modo que Idún le explicó lo que sabía acerca de la liberación del Susurrante, el aprisionamiento de Odín, la posible alianza de Loki con éste y los rumores sobre la Palabra, además de la chica misteriosa capaz de disolver el hielo y únicamente los dioses sabrían qué otros hechizos más pudiera tener en su poder…

–Yo digo que salgamos mientras aún podamos -consideró Frey-. Aquí estamos demasiado expuestos si un rival intenta tendernos una emboscada.

–Yo propongo esperar a Skadi -intervino Njord.

–Y yo que vayamos tras Loki -se opuso Héimdal.

–¿Y qué pasa con el General? – inquirió Bragi.

–¿Y con mi traje de plumas? – insistió Freya.

Idún no dijo nada en absoluto, sino que simplemente se puso a canturrear entre dientes…

…mientras dos figuras ocultas en las sombras del pasadizo que desembocaba en la caverna intercambiaban una mirada de entendimiento y se disponían a poner en práctica su plan.

El Embaucador contuvo el aliento tras lanzar Yr. Cuanto más lejos, mejor; Maddy y él habían llegado hasta los picos sin incidentes y sin alertar a los vanir de sus intenciones, que era todavía más importante.

En el Salón de los Durmientes se oía ya un rumor de voces y usando la runa

Bjarkán pudo atisbar sus colores: dorado, verde y azul océano. Notó con satisfacción que la Cazadora no figuraba entre ellos. Perfecto.

Había llegado el momento de representar su papel en el ardid, el que iba a colocarle en una situación de mayor riesgo, pero necesitaban una maniobra de diversión que provocara la ausencia de los vanir y le diera a Maddy la oportunidad de recobrar al Susurrante. En otras palabras, un cebo.

Y de ese modo, Loki inhaló aire profundamente y comenzó a caminar hacia la entrada del Salón de los Durmientes con paso raudo y aire desenvuelto.

El primero en verle fue Frey, el de la armadura dorada. Entornó los ojos durante unos instantes e intentó fijar la mirada entre la maraña de hechizos de la caverna a fin de descifrar los colores del intruso.

Apenas logró verle, lo cual ya era motivo suficiente de preocupación, aunque no en demasía a juzgar por el tamaño de la figura situada en la boca de la caverna. Cuando los otros se volvieron también para mirar, la intrusa, una niñita de unos tres o cuatro años, alzó un rostro con una expresión de súplica tan inocente hacia donde ellos estaban que incluso Héimdal quedó desconcertado.

–¿Quién eres tú? – la increpó con brusquedad, cuando al fin se recuperó de la sorpresa.

La chiquilla descalza sonrió con dulzura y le tendió una mano. Vestía únicamente una camisa de hombre.

–Soy Lucy -dijo-, ¿queréis jugar conmigo?

Los vanir la observaron en silencio durante un momento. Estaba claro para todos, a excepción de Idún, que se trataba de un truco, algún tipo de avanzadilla, una distracción o incluso una trampa. Exploraron con cautela el salón, pero no había señal de nadie más, sólo aquella muchacha de pelo rizado allí de pie.

Héimdal mostró sus dientes dorados.

–Eso no es una niña -contestó en voz baja-, si no estoy equivocado, eso es…

–Lo serás tú -repuso Loki, sonriente.

Y antes de que Héimdal pudiera reaccionar, se deshizo del disfraz, cambió a toda velocidad a su aspecto de fuego desatado, y huyó para salvar la vida a través del salón.

Los vanir no desaprovecharon el tiempo. En menos de un segundo el aire se llenó con los disparos de rayos mentales, dagas volantes de luz rúnica y redes arrojadizas con púas de fuego azul, pero Loki era rápido y hábil a la hora de usar los témpanos y grietas de la caverna de hielo para esquivar, untar y desconcertar a los atacantes.

–¿Dónde está? – aulló Héimdal, mirando a través de la luz rúnica con los ojos entrecerrados.

–Cucú -soltó Lucy, desde detrás de un pilar de hielo al otro lado de la caverna.

La pilastra saltó destrozada en una catarata de diamantes, bajo el fuego cruzado de Isa, lanzada desde cuatro sitios distintos, pero el Embaucador ya se había ido para entonces. Con su aspecto de fuego desatado los alejó hacia el extremo más apartado del salón, esquivando encantamientos y runas, reapareciendo dos veces más como Lucy desde detrás de una de aquellas fabulosas construcciones de hielo. Como los vanir se le acercaron desde todos lados a la vez, simuló tambalearse, mostrando ante el grupo de dioses enfadados una expresión de súplica angustiosa.

–¡Cogedle! – bramó Frey-. No tiene salida…

–¡Píllame! – le desafió Lucy y cambió de nuevo en este momento a la forma de pájaro y se dirigió derecho hacia el techo y la colosal araña central. En el centro, la pequeña abertura que había abierto la caída de Loki mostraba un resplandor pálido conforme se acercaba el amanecer.

Los vanir comprendieron demasiado tarde su plan.

–¡Tras él! – gritó Frey, y cambió a su forma de aguilucho, bastante más grande que el aspecto de pájaro de Loki.

Njord se convirtió en un pigargo, con las alas blancas y garras como dagas; también Héimdal se transformó en un halcón de ojos amarillos y tan rápido como un rayo. Los tres se lanzaron como flechas en pos del as mientras Freya tiraba un misil tras otro hacia el hueco en el techo, y Bragi sacó una flauta de su bolsillo y tocó una ligera zarabanda que acribilló el aire con letales notas rápidas, que quemaron las plumas de Loki y estuvieron a punto de hacerle caer.

El fugitivo se puso a dar vueltas en el aire, perdió el control durante un momento para recuperarlo poco después y dirigirse hacia el cielo. El pigargo vio llegada su oportunidad y se le acercó, pero la envergadura de sus alas era demasiado grande para la caverna; esquivó una descarga de semicorcheas, se dio la vuelta y atravesó una antigua columna de hielo, destrozando su centro antes de volar fuera de control hacia el nido de carámbanos que conformaba la parte principal del techo. La araña de hielo tembló, se sacudió y finalmente comenzó a desintegrarse, arrojando hacia el suelo fragmentos de hielo que habían colgado intactos en el Salón de los Durmientes durante más de quinientos años.

La confusión reinó unos instantes. Una catarata de fragmentos helados, algunos afilados como cuchillos y otros tan grandes como balas de paja, había empezado a caer, primero lentamente, pero luego cada vez más rápido desde la brillante bóveda. Algunos se estrellaron contra el suelo pulido, disparando una rociada de fragmentos tan afilados y letales como trozos de metralla. Otros se pulverizaron antes de alcanzar el suelo, cerniéndose en el aire como partículas de color azul acero.



Capítulo 5



Ahora, Loki volaba para salvar la vida. Había ganado algo de tiempo, por supuesto. Los cazadores se habían rezagado a resultas de la caída de la araña de luces y por su propia envergadura, que les dificultaba la salida por la pequeña abertura de la techumbre.

Así fue como obtuvo una ventaja de un cuarto de hora sobre ellos. Luego localizó a sus tres perseguidores -el halcón, el pigargo y el aguilucho- sobrevolando los valles en formación de caza mientras le buscaban con las primeras luces del alba.

El Embaucador abandonó la apariencia de halcón y se deslizó a través de un pequeño bosquecillo situado justo a las afueras de la Posta de la Fragua, donde había una pequeña cabaña de madera con un tendedero en la parte posterior y una mujer entrada en años que dormitaba en la mecedora del porche.

La anciana en cuestión era Nan Fey la Loca, el ama de Maddy cuando era niña. Abrió un ojo cuando el halcón se posó en tierra y prestó más atención cuando el ave se convirtió en un joven desnudo que se puso a revolver entre las cuerdas del tendedero en busca de alguna prenda que ponerse. Fey pensó que su obligación sería intervenir, pero la pérdida de un vestido viejo, un delantal y un chal parecían un pequeño precio por el espectáculo, por lo que decidió hacer justo lo contrario.

Una segunda anciana de pies descalzos y cubierta por un grueso chal se alejó en dirección al pueblo de Malbry al cabo de dos minutos. Andaba a un ritmo sospechosamente atlético.

Una observación más detenida habría revelado que la mano izquierda estaba crispada de un modo extraño, aunque pocos habrían reconocido la forma de la runa Yr.

Unos pájaros volaron en lo alto durante un tiempo, pero no se posaron en el suelo, al menos que viera Fey la Loca.

Maddy y Loki habían acordado encontrarse en el bosque del Osezno. La muchacha tomó el camino que cruzaba el Trasmundo y llegó primero, por lo que

se sentó sobre la hierba y se dispuso a esperar. Entretanto, intentó poner en orden sus ideas sobre lo sucedido y cuanto concernía al Susurrante…

…cuya conversación no era precisamente cómoda, pues éste echaba chispas por haber sido abandonado en el Salón de los Durmientes, según sus propias palabras, «como un maldito guijarro cualquiera», y Maddy estaba resentida por que le hubieran ocultado la verdad sobre su sangre æsir.

–Quiero decir, no es algo que simplemente se te pasa por alto -dijo ella con brusquedad-. Ah, por cierto, eres la nieta del Padre de Todo. ¿A nadie se le ha ocurrido que quizá me interesara saberlo? – El Susurrante refulgió de un modo que daba a entender un gran aburrimiento-. Y otra cosa más -continuó la muchacha-, si yo soy Modi, la hija de Tor, y se supone que voy a reconstruir Asgard según la profecía, entonces es de imaginar que estoy con el bando ganador, ¿no es así?

El Susurrante bostezó de forma exagerada.

Entonces, la muchacha soltó la pregunta que le había estado quemando en la punta de la lengua desde la primera vez que Odín le reveló su verdadera identidad.

–¿Es ésa la razón por la que me encontró el Tuerto? – se preguntó-. ¿Por eso me ha enseñado como lo hizo? ¿O sólo pretendía granjearse mi confianza para poderme usar contra el enemigo cuando llegara el momento? ¿Y cómo pretende hacerlo? No soy una guerrera.

De pronto, recordó vividamente la imagen de Loki cuando decía: «Un hombre puede plantar un árbol por muchas razones». La muchacha no pudo reprimir un escalofrío a pesar de la agradable temperatura del bosquecillo.

El Susurrante le dedicó una seca risotada.

–Te prevengo -la aleccionó-. Eso es lo que él hace, aprovecharse de los demás. Se sirvió de mí cuando le convino y luego me abandonó a mi suerte. Eso mismo te sucederá a ti si se lo permites, chica. A sus ojos no eres más que otro peldaño en la escalera de regreso a Ásgard. Al final, te sacrificará como hizo conmigo, a

menos que…

–¿Eso es otra profecía? – le interrumpió Maddy.

–No, es una predicción -contestó el Susurrante.

–¿Cuál es la diferencia?

–Las predicciones pueden estar equivocadas; las profecías, no.

–Entonces, en este momento, ¿tampoco tú sabes qué va a suceder? – quiso saber Maddy.

–No con exactitud, pero tengo buen ojo para intuir cosas.

Maddy se mordió una uña.

–«Veo un ejército listo para la batalla. Un general solo a su frente veo. Veo un traidor en la puerta. Un sacrificio también veo». – Se volvió hacia el Susurrante-. ¿Eso soy yo? ¿Se supone que yo voy a ser el sacrificio y el Tuerto, un traidor?

–No sabría decirlo -replicó el interpelado con un tono de suficiencia en la voz.

–«Tras las murallas del Hel los muertos se levantarán, el Innombrable se alzará y los Nueve Mundos se perderán, a menos que los Siete Durmientes alguien despierte y al Tonante del Averno alguien libere». ¿Liberado del Averno? – se preguntó ella-. ¿Acaso es eso posible? – Destellos de luz rúnica centellearon y giraron en el interior del vítreo caparazón del Susurrante-. Yo te pregunto, ¿es posible liberar a mi padre del Averno? – repitió ella.

Loki la había considerado infantil e irracional, pero de hecho, desde que había oído la descripción de cómo el Embaucador se había escapado del Averno, Maddy había estado pensando con suma lucidez. Ella se había arriesgado a confiar en la predisposición del Embaucador para ayudarla no porque confiase en la buena naturaleza de éste, sino porque esperaba de él una mentira. Ella estaba segura de que él no iba a permitirle arrojar al Susurrante a un abismo de fuego, pero la tarea de recuperarlo del Salón de los Durmientes era cosa de dos,

y antes que permitir que cayera en manos de los vanir, estaba convencida de que el as estaría dispuesto a seguirle la corriente, al menos hasta que llegaran al Trasmundo, donde él pondría al Susurrante y a Maddy en manos de Odín. A cambio de un precio, por supuesto.

Bueno, a ese juego podían jugar dos.

Maddy había efectuado una profunda reflexión mientras regresaba del Salón de los Durmientes. Una parte de ella deseaba correr junto al Tuerto y acosarle a preguntas, como siempre había hecho de pequeña, pero la profecía del Susurrante la había vuelto cauta como mínimo, ya que si ella la había interpretado correctamente, la derrota de Odín supondría el fin de los mundos.

Deseaba no haber oído hablar jamás del Susurrante, pero eso era lo que había, sin posibilidad de vuelta atrás, y aunque era un pobre sustituto para el consejo de su viejo amigo, al menos una profecía no podía mentirle.

Ella sabía la opinión que le merecería su plan al Tuerto y le hería decepcionarle, pero no había nada que pudiera hacer. Debía salvarle de sí mismo, pensó, y así salvaría a los mundos.

–Siempre que Loki acceda a echar una mano…

–No te preocupes ni pizca por eso -la atajó el Susurrante-. Le convenceré. Puedo ser muy… persuasivo.

Maddy le dedicó una prolongada mirada.

–La última noticia que tuve era que deseabas verle muerto.

–Puede sacarse provecho incluso de los muertos -replicó él.

Loki llegó media hora después con los pies doloridos y las faldas de Fey la Loca cubiertas de polvo.

–Vaya, vaya, mira eso -celebró el Susurrante con la más desagradable de las

voces-. Hemos pillado a Sirio con un vestido puesto. ¿Qué va a ser lo próximo, eh? ¿Una tiara y un collar de perlas?

–Ja, ja, muy divertido -replicó Loki mientras desanudaba el chal con el cual se cubría la cabeza-. Lamento el retraso -se disculpó ante Maddy-, pero he tenido que venir a pie.

–Eso ahora da igual -sentenció la muchacha-, lo importante es que tenemos al Susurrante.

El Embaucador la miró con curiosidad. Esperaba verla con las mejillas encendidas por el entusiasmo o el miedo, pero había algo en el color que lucían, un entusiasmo, que le incomodaba.

–¿Qué ocurre? – quiso saber.

–Hemos estado hablando -le informó Maddy.

Loki pareció sentirse violento.

–¿Sobre qué?

–He tenido una idea -contestó Maddy.

Ella empezó a exponer el plan, al principio de forma dubitativa, pero luego fue ganando confianza conforme su interlocutor palidecía más y más y el Susurrante refulgía como un enjambre de luciérnagas y daba la impresión de ir a explotar.

–¿El Averno? – respondió él finalmente-. ¿Quieres que vaya al Averno?

–Ya has oído las palabras del Oráculo.

–Eso es una licencia poética -replicó con fuerza-. A los oráculos les encantan ese tipo de cosas.

–«Un general solo a su frente veo. El Innombrable se alzará y los Nueve Mundos se perderán». Estamos hablando de guerra, Loki, y una terrible. Y no hay otra

forma de detenerla que liberar a mi padre del Averno. Prometiste ayudarme…

–…a recobrar al Susurrante, pero no dije nada de salvar a los mundos -rechazó el as-. Quiero decir, de todos modos, ¿qué tiene de malo una guerra?

La muchacha pensó en el valle del río Strond y en las tierras de laboreo y las granjas dispersas por todo el camino que iba desde Malbry hasta la Posta de la Fragua, y en todos los senderos, y en los setos, y en el olor del humo durante la quema de matojos en otoño. Pensó en Nan la Loca sentada en la mecedora, en un día de mercado en Pease Green y en Jed Smith, que había hecho todo lo humanamente posible para que las inofensivas y pacíficas gentes del valle continuaran con sus vidas cotidianas y la estúpida convicción que sostenían de ser el centro de los mundos.

Maddy Smith lo comprendió todo por vez primera en su vida. Los sermones, la intimidación, las señales hechas a sus espaldas, el millar de pequeñas crueldades que le habían obligado a correr al bosque del Osezno más veces de las que era capaz de recordar. Ella pensó que la odiaban por ser diferente, pero ahora sabía la verdad. Estaban asustados, temían la posibilidad de haber metido a un cuco en su nido, les asustaba que creciera y un día trajera el Caos sobre su minúsculo mundo.

Y así había sido, caviló. Ella había comenzado todo, pues sin su concurso, los Durmientes jamás habrían despertado ni el Susurrante habría dejado de estar seguro en la fosa, y faltarían cincuenta o tal vez cien años para que estallara la guerra, quizás incluso más…

Se volvió hacia el Embaucador.

–Como tú mismo dijiste, puede hacerse.

Loki soltó una seca carcajada.

–No tienes ni idea de lo que sugieres. Nunca has puesto el pie fuera del valle y ahora planeas irrumpir en la Fortaleza Negra. ¿No te parece que pretendes dar un salto demasiado grande?

–Tienes miedo -le reprochó la muchacha. Él volvió a reírse.

–¿Miedo? – repitió-. Por supuesto que sí. Se me da muy bien estar asustado, sigo de una pieza precisamente por eso, y hablando de estar asustado -continuó, mirando esta vez al Susurrante-, ¿te haces una idea de lo que me hará el General si…? No, no me respondas a eso -se apresuró a rectificar-. Prefiero no saberlo. Por ahora basta con acudir a él y entregarle ese maldito trasto, se lo entregamos y le dejamos negociar con los vanir, bla, bla, bla.

–El Caos se abalanzará sobre los Nueve Mundos cuando se encuentren Odín y Mímir el Sabio -anunció el Susurrante casi con desidia, pero relumbraba como la llamarada de un dragón.

–¿Qué es lo que has dicho? – inquirió Loki, volviéndose.

–Hablo cuando es mi deber, y no puedo callar.

–Oh, no -exclamó Loki, levantando las manos-. Ni se te ocurra hacer una profecía ahora. No quiero oírla ni enterarme de nada.

Pero el Susurrante había empezado a hablar de nuevo con una voz baja que les conminaba a prestar atención, y ambos le escucharon, Maddy con perplejidad y Loki con creciente incredulidad y pavor.

–Veo un fresno ante la puerta abierta -anunció el Susurrante-. Le ha alcanzado un rayo, pero reverdecen nuevos brotes. Veo un encuentro entre alguien instruido y alguien ignorante a las puertas del Averno. Veo un barco funerario en las costas del Hel y, con el perro a sus pies, al hijo de Bor en él…

–Dioses -exclamó Loki-, no me digas más…

–Hablo cuando es mi deber, y no puedo callar.

–Has permanecido mudo durante cinco siglos -protestó el Embaucador, que estaba aún más pálido-, y te da por romper ese hábito justo ahora, ¿por qué?

–Espera un momento -terció Maddy-, ¿no es «hijo de Bor» uno de los nombres

de Odín?

Loki asintió. Tenía muy mal aspecto.

–¿Y qué hay del perro?

El as tragó saliva a duras penas. Había palidecido incluso su aura y unos plateados hilos de miedo cruzaban por sus colores.

–Olvídalo -logró decir con voz tensa.

Maddy se volvió hacia el Susurrante.

–¿Y bien…? ¿Qué significa?

–Me limito a profetizar -repuso con voz aterciopelada-y dejo a otros la interpretación.

Maddy torció el gesto.

–Supongo que el fresno se refiere a mí, yo soy el brote que reverdece del árbol hendido por el rayo. Lo más probable es que con el instruido se refiera al Susurrante. El hijo de Bor a bordo de la nave de la muerte y con el perro a sus pies… -Posó los ojos en las facciones de Loki-. A Sirio también se le conoce como la estrella del Perro. Sirio…, ya veo.

–Eso significa mi muerte. – Loki suspiró-. ¿Vas a repetirlo?

–Bueno, eso no quiere decir necesariamente que vayas a morir…

–¿Ah, no? ¿De veras? – espetó el Embaucador-. ¿Qué otra cosa puedo hacer yo en las costas del Hel? – Echó a caminar mientras se remetía las faldas en la pretina y dejaba suelto el chal-. ¿Por qué no me has dicho todo esto antes? – inquirió al Susurrante.

El Oráculo refulgió con mofa, pero no dijo nada.

Loki ocultó el rostro entre las manos.

–Venga, todavía no has muerto -le animó la muchacha-. De hecho… -Enmudeció durante unos instantes y su rostro se encendió-. Déjame expresarlo con palabras más sencillas. Según la profecía, tú mueres si Odín también perece. – Loki profirió un sonido de muda desesperación-. El Caos vendrá cuando se encuentren Odín y Mímir. Entonces es cuando cae Odín. – El as clavó la vista en ella-. A menos que liberemos a Tor del Averno, en cuyo caso no estallará guerra alguna, el General no morirá, los Nueve Mundos se salvarán y mi padre…

Se hizo un prolongado silencio durante el cual un paralizado Loki mantuvo la mirada fija en la muchacha, cuyo corazón palpitó cada vez más deprisa. Entretanto, el Susurrante titiló como un fragmento de estrella.

–Así que ya lo ves -insistió ella-, has de venir. Conoces el camino hacia el Averno y el Susurrante asegura que el intento es factible. Además, Odín no podrá reunirse con el Susurrante si lo conservamos en nuestro poder, y no habrá guerra, y…

–Escúchame, Maddy -la interrumpió Loki-, por mucho que me seduzca la idea de suicidarme en un intento de salvar los Nueve Mundos, tengo un plan más sencillo. El Oráculo me ha visto muerto en el Hel, ¿verdad? Pues siempre y cuando me mantenga bien apartado de allí…

Enmudeció de pronto al notar un dolor pequeño pero intenso encima de la ceja izquierda. Pensó que le había picado algún insecto durante unos segundos, hasta que notó la presencia del Susurrante que cruzaba por su mente como un rastrillo punzante sobre la tierra. Dio un paso atrás y estuvo a punto de caer.

«Ay, ¡eso duele!»

Notó cómo el intruso prendía sus pensamientos igual que una uña se engancha y desgarra la seda. Era una sensación de lo más incómoda, pero cuando intentaba cerrar su mente, sintió una punzada de dolor más aguda que se hundió en su cabeza.

–¿Qué te ocurre? – preguntó Maddy al verle flaquear.

Pero Loki no estaba en condiciones de dar explicación alguna. Dio otro paso de beodo con los ojos cerrados mientras a sus pies el Susurrante centelleaba de puro júbilo.

«¿Qué es lo que quieres?», preguntó el Embaucador con la mente.

«Tu atención, Sirio, y tu promesa».

–¿Mi promesa?

«Habla en silencio si valoras la vida».

Loki hizo un esfuerzo, se contuvo y asintió.

«Sé lo que te ronda por la sesera -dijo la voz en su mente-. Te asusta que pueda leer tus pensamientos y te sorprende lo mucho que han aumentado mis poderes».

Loki permaneció en silencio, salvo el rechinar de dientes.

«Ahora te preguntas si pretendo castigarte».

El Embaucador se mantuvo inmóvil y en silencio.

«Debería hacerlo -continuó el Susurrante-, pero voy a darte la oportunidad de redimirte».

«¿De redimirme? – repitió Loki, sorprendido-. ¿Desde cuándo te preocupa la salvación de mi alma?»

Loki notó en su mente la hilaridad del Susurrante.

«Tu alma no me preocupa, pero en todo caso harás lo que yo diga. Acompaña a la chica al Averno y llévame lo más adentro posible del Hel. Libera al Tonante… Impide la guerra».

«¿Y por qué iba yo a querer entrar en el Hel? ¿Qué te propones, viejo farsante?»

Una fortísima descarga de dolor traspasó la mente de Loki, que cayó de rodillas, incapaz de gritar mientras la voz dejaba en su mente un último aviso.

«Nada de preguntas. Limítate a hacer lo que te digo», le ordenó el Susurrante.

Entonces, la presencia intrusa desapareció de su cabeza, dejándole turbado, sin aliento y maravillado ante lo mucho que habían aumentado sus poderes. Siglos atrás, el forcejeo para controlar a la cosa se había prolongado varios días y había dejado exhaustos a ambos, además de causar la devastación del Trasmundo, pero ese día le había postrado de rodillas en cuestión de segundos…

…y relucía con un destello de advertencia. Loki no dejaba de oír en el fondo de su mente un murmullo débil pero imperativo.

«Nada de trucos. ¿Me das tu palabra?»

«De acuerdo».

Loki abrió los ojos y respiró con inspiraciones lentas y profundas.

–¿Qué ha sucedido? – preguntó Maddy con aspecto preocupado.

Loki se encogió de hombros.

–Me caí -contestó-. Malditas faldas. – Se puso en pie después de pronunciar esas palabras y volvió toda la fuerza de su sonrisa llena de cicatrices hacia Maddy-. Y ahora, ¿vamos o no al Averno?



Capítulo 6



Se retiraron a la casa parroquial a las dos de la mañana en lo que más que una alianza era casi una profanación. Por un lado el reverendo con su llave dorada, y por otro la Cazadora, vestida con el traje de terciopelo azul de Ethelberta, que se quedó confusa y disgustada al ver cómo se dirigían de inmediato al estudio de Nat y se encerraban en él.

Allí, Nat le refirió a la Cazadora todo cuanto sabía sobre Maddy Smith, el trabajador tuerto de quien se había hecho amiga y en especial acerca del Orden y su funcionamiento, y le leyó algún pasaje del Buen Libro y le recitó varios cánticos menores del Capítulo Reservado.

Skadi presenció y escuchó con fría satisfacción los esfuerzos del hombrecillo por domeñar el encantamiento, al que él llamaba la Palabra. Sin embargo, su curiosidad aumentó a medida que transcurrían las horas. Era un tipo torpe y sin formación, pero tenía una chispa, un poder que ella veía en los colores de su aura, pero era incapaz de comprender. Parecía que hubiese dos firmas mágicas en vez de una; la primera era muy normal de color marrón, pero luego, en el interior de ésa, había una hebra más brillante. Parecía una madeja de plata tejida en el interior de una seda de poco valor. Por lo tanto, daba la impresión de que Nat Parson, a pesar de todo su engreimiento y autocompasión, tenía poderes que, o podían ser una ayuda, o una amenaza para ella si permitía que crecieran sin tutela.

–Ahora, enciéndela.

Estaban sentados al escritorio de Nat con la vela apagada de un candelabro entre ellos. Kaen, la runa del fuego, refulgió levemente torcida entre los dedos del clérigo.

–No te concentras -le recriminó Skadi con impaciencia-. Sujétala con firmeza, centra tu pensamiento, recita el ensalmo y enciende la llama.

Nat contempló el candelabro con el ceño fruncido durante varios segundos.

–No funciona -se quejó al fin-. Soy incapaz de conseguir que funcionen estos ensalmos paganos. ¿Por qué no puedo limitarme a usar la Palabra?

–¿La Palabra? – Ella soltó una carcajada a pesar de sí misma-. Escucha, amigo -le explicó con la mayor paciencia posible-. ¿Utilizas un olifante para arar el jardín? ¿Quemas un bosque para encender tu pipa?

Nat se encogió de hombros.

–Deseo obtener lo importante, no estoy interesado en aprender truquitos.

Skadi volvió a reírse. «Has de reconocerle una cosa a este hombre -dijo para sus adentros-. Quizá sea corto de entendederas, pero de ambiciones anda sobrado». Ella había aceptado sellar aquel pacto con el propósito de llevarle la corriente el tiempo preciso para sonsacarle los secretos del Orden, pero ahora él había conseguido despertar su curiosidad; quizá podía serle útil después de todo.

–¿Truquitos? Esos truquitos, como tú los llamas, forman parte de tu aprendizaje. Si sigues despreciándolos, nuestro acuerdo habrá concluido -le espetó-. Ahora, deja de quejarte y enciende la vela.

Nat profirió un sonido de disgusto.

–No puedo -murmuró enojado, pero…

…una intensa llama prendió en ese mismo momento, esparciendo los papeles y tirando al suelo el candelabro, y enviando tal llamarada contra el techo que dejó una mancha de hollín en el yeso.

Skadi enarcó una ceja de forma desapasionada.

–Te falta control -observó-. Otra vez.

Pero Nat contemplaba la renegrida vela con expresión de júbilo incontrolable.

–Lo hice -anunció.

–A medias -le replicó la Cazadora.

–Pero ¿lo notaste…? – insistió Nat-. Ese… poder… -Hizo una repentina pausa y se llevó la mano a las sienes, como si sufriera una jaqueca-. Ese poder -repitió distraídamente, como si tuviera la mente puesta en otra cosa.

–Otra vez, por favor -repuso Skadi con frialdad-, y en esta ocasión procura contenerte un poquito.

Enderezó el candelabro, que todavía quemaba, y colocó otra vela alargada en la punta.

Nat Parson sonrió con gesto ausente y comenzó a formar la runa Kaen, que esta vez surgió de entre sus dedos bastante menos torcida.

–¡Ojo! – le advirtió la Cazadora-. Date un margen de tiempo. – Kaen refulgía con fuerza, parecía una pepita de fuego en la mano del sacerdote-. Es demasiado grande. ¡Redúcela! – le instruyó.

Sin embargo, Nat no la oyó o no atendió al aviso, ya que Kaen brilló una vez y con una intensidad mayor, tanta que Skadi pudo sentirla, ya que irradiaba un calor intenso como el de un trozo de cristal fundido.

Los ojos de Nat eran dos puntitos de fuego voraz. Los papeles desordenados del escritorio que tenía delante empezaron a curvarse y crujir. El mismo cirio, que había permanecido inmaculado en el brazo del candelabro, empezó a escupir cera y a derretirse conforme aumentaba la temperatura.

–Detente o vas a ser tú quien arda -le conminó ella.

Nat Parson se limitó a seguir sonriendo.

Skadi comenzó a sentirse inexplicablemente nerviosa.

Al otro lado de la mesa, Kaen se había convertido en el minúsculo corazón de un horno y su tonalidad amarilla había empezado a adquirir unas inquietantes coloraciones blanquiazules.

–Basta -le ordenó ella.

Aun así, él siguió sin contestarle, por lo que Skadi formó la runa Isa en los dedos con la intención de apagar el fuego rúnico antes de que éste quedara fuera de control y ocasionara algún daño.

Entonces, Nat contempló a la Cazadora. La helada runa azul Isa y la candente Kaen se enfrentaban equilibradas encima de los papeles carbonizados. Skadi experimentó esa desazón fastidiosa e inefable.

«Se supone que esto no ha de suceder -pensó-. El tipo carece de adiestramiento y energía mágica, así que ¿de dónde obtiene semejante flujo de poder?»

Isa comenzaba a flaquear en su mano, por lo que la Cazadora volvió a conformarla de nuevo, y esta vez con más energía, poniendo en la creación toda la fuerza de su propia energía mágica.

La sonrisa de Nat se ensanchó y cerró los ojos con un gesto que recordaba a un hombre que está en el trance de alcanzar el máximo placer. Skadi presionó con más fuerza…

Todo terminó de pronto y con tanta rapidez que a la Cazadora hasta le costó creérselo. Isa heló por completo a Kaen y la runa se quebró y astilló en una docena de fragmentos que terminaron golpeando contra la pared más lejana, dejando restos de carboncillo en el revoque del muro. Nat abrió unos ojos bien grandes, expresando un asombro que habría resultado cómico en cualquier otra circunstancia, y Skadi soltó un suspiro de alivio, lo cual resultaba absurdo, pues no era lógico esperar otro desenlace.

Aun así, ¿no había apreciado otra cosa mientras él le plantaba cara al otro lado del escritorio? Había tenido la impresión de que un poder, quizás incluso un poder superior, le había prestado esa pujanza o una mirada increíblemente penetrante había alterado de forma fugaz aquel duelo de voluntades.

En cualquier caso, había desaparecido. Nat parecía haber despertado del trance y observaba los restos de su obra en el techo y las paredes como si no las hubiera

apreciado con anterioridad. Skadi se percató de que volvía a frotarse la frente con las yemas de los dedos, como si intentara rechazar una migraña inminente.

–¿Lo hice? – inquirió al fin.

Skadi asintió.

–Me pegaste un buen susto. Dime, ¿cómo te sentiste?

Nat se lo pensó durante unos instantes sin dejar de frotarse las sienes. Luego, le dedicó una sonrisilla de confusión, como la de un hombre que intenta recordar los excesos de una juerga reciente.

–Bien -respondió al fin. Las miradas de ambos se encontraron y ella creyó ver en las pupilas plateadas del hombre el reflejo de un gran júbilo-. Muy bien -repitió con voz suave.

La Cazadora del Hielo se estremeció por primera vez desde el Final de los Días.



Capítulo 7



Había planeado presentar a los vanir a su nuevo aliado sin demora, pero ahora se lo estaba pensando mejor. Después de todo, ellos no eran de su sangre, salvo por vía conyugal, y eso había sido un error. El viejo le seguía profesando mucho cariño, por supuesto, pero las naturalezas de ambos eran demasiado diferentes para que pudiera durar el matrimonio. Ella era incapaz de aguantar mucho tiempo en el hogar que Njord tenía junto al mar y a él le resultaba igualmente insoportable la estancia en las montañas, donde ella se sentía a gusto. Lo mismo podía aplicarse a Frey y Freya, cuyas lealtades estaban con su padre y no con ella, y sabía perfectamente que la persecución de Odín y su nieta quizá no

contara con un respaldo unánime.

Quizá las cosas hubieran tomado un cariz muy distinto si ella hubiera logrado apoderarse del Susurrante, pero lo más probable fuera que se encontrase con alguna oposición en la situación actual. Héimdal al menos iba a mantenerse leal a Odín y ella no deseaba enfrentarse con los vanir, de modo que, al menos por el momento, el Tuerto seguía teniendo todas las bazas: el Oráculo y sobre todo, la chica. Los vanir conocían la profecía tan bien como él, y ninguno de ellos iba a oponerse de forma consciente a la hija de Tor, y aunque Skadi no profesara un gran cariño por Ásgard, supuso que los demás considerarían bueno cualquier trato que les diera la oportunidad de recuperar la Ciudadela del Cielo.

Por ese motivo, esa misma mañana adoptó forma de ave tras desayunar con el clérigo y voló de regreso al Salón de los Durmientes. Pasó justo por encima de Loki, pero por aquel entonces éste ya se hallaba de camino al lugar de su encuentro en el bosque del Osezno y al aguilucho jamás se le pasó por la imaginación que la vieja que había visto en el camino a Malbry pudiera ser el Embaucador disfrazado.

Skadi se vistió con la misma túnica y las botas que había dejado antes allí y luego dio a los vanir una explicación cuidadosamente revisada sobre lo acaecido tras esa noche de trabajo. Odín y Loki estaban juntos con una muchacha, les anunció, cuya verdadera identidad era desconocida. El Susurrante obraba en su poder y había frustrado el intento de los examinadores y, por último, habían logrado escapar a pesar de que ella no había dejado de vigilar.

No mencionó la promesa hecha a Nat Parson ni los planes que le tenía reservados a Maddy Smith.

–Pero ¿por qué no nos despertó el propio Odín? – preguntó Héimdal cuando ella hubo terminado de hablar.

–Quizá tenga miedo -aventuró Skadi.

–¿Miedo?… ¿Miedo de qué?

Ella se encogió de hombros.

–Es evidente que trama algo -observó Frey.

–¿Sin decírnoslo? – saltó Bragi, ofendido.

–¿Y por qué? – replicó Skadi-. Así es como se las gasta. Los engaños y las falacias han sido siempre su emblema.

–Eso es falso -refutó Héimdal-. Ha sido muy leal con nosotros.

–Vamos, por favor -replicó Skadi, impaciente-. Afróntalo, Dientes de Oro, el General siempre flirteó con el Caos, y más que eso, ahora vemos que está a partir un piñón con ladrones de la catadura de Loki… otra vez. De entre todos, ha escogido a Loki. ¿Qué más necesitas? Te habría despertado a ti de haberte querido elegir, ¿no te parece? – Los vanir parecían intranquilos-. El mundo ha cambiado -prosiguió ella-. Hay nuevos dioses, dioses poderosos que trabajan contra nosotros. ¿Por qué creéis que ha tomado al Susurrante? ¿Por qué pensáis que ha dejado dormir a los vanir?

Se hizo el silencio.

–Quizás esté fraguando una alianza -aventuró Frey dubitativamente.

–¿Eso crees…? – replicó Skadi-. Me pregunto con quién… -Acto seguido procedió a describirles la información recopilada sobre los examinadores de Finismundi, el Innombrable y el mundo. La escucharon en silencio todos, salvo Idún, que parecía estar en las musarañas, pero cuando Skadi terminó su alocución, hasta-la voluble Freya mostraba una expresión deprimida-. Lo que ellos llaman la Palabra tiene más poder que nuestros encantamientos -aseguró-. Están en condiciones de derrotarnos, controlarnos y esclavizarnos. Son el Orden. ¿Quién sabe a qué clase de arreglo ha podido llegar Odín con ellos para salvarse?

–Pero tú nos dijiste que le tenían prisionero -dijo Bragi.

–Fue un simple truco para atraerme a la aldea.

Entonces les explicó cómo se habían vuelto contra ella en el preciso momento en que estaba a punto de liberar a Odín. La habían derribado gracias a un vil golpe y se habían escapado hacia las montañas con el Susurrante.

–¿Y por qué tú? – preguntó Héimdal, todavía receloso.

–Porque no soy una de vosotros -contestó Skadi-. Todos vosotros sois vanir, pero habéis estado con él tanto tiempo que os habéis acostumbrado a pensar en él como uno de los vuestros; sin embargo, no lo es. Las lealtades de Odín están primero con los æsir y luego con los vanir, si es que mantiene alguna lealtad hacia vosotros… ¿Acaso pensáis que no os va a sacrificar si es necesario para salvar a los æsir? ¿De veras os lo imagináis dudando ni un solo instante?

Héimdal torció el gesto.

–¿Sospechas que ha cerrado un acuerdo?

Skadi asintió.

–Creo que ellos le obligaron -declaró-. Su vida a cambio de las nuestras, pero su plan se torció cuando maté al examinador. El Orden perdió su oportunidad cuando me marché, pero eso no significa que haya cejado en su empeño.

»Hemos de asumir que van a venir a por nosotros con refuerzos, que conocen nuestro paradero y nuestra identidad.

Eso bastó. La semilla estaba sembrada. Skadi observó cómo crecía en los ojos de los vanir recién despertados. Héimdal entreabrió los labios y expuso a la vista sus dientes de oro; la mirada de Frey se aceró; los ojos del amable Njord se oscurecieron igual que el cielo cuando se puebla de nubarrones de tormenta; Bragi entonó una canción triste; Freya lloró e Idún se limitó a sentarse sobre un bloque de hielo y sonreír con el rostro tan terso y sereno como de costumbre.

–Muy bien -admitió Héimdal, volviéndose a Skadi-.Aceptemos por ahora que estás en lo cierto.-Entrecerró los ojos y estudió con detenimiento a la Cazadora como si percibiera en su firma mágica algún matiz que se les había escapado a

los demás, algún cambio de colores o algo inadecuado en su brillo-. Admitamos que Odín tiene algún plan que tal vez no nos beneficie. Eso es cuanto estoy dispuesto a asumir -atajó cuando Skadi parecía a punto de protestar-, pero estoy de acuerdo en la necesidad de ser cauto.

–De acuerdo -repuso Skadi.

–Los superamos en número a pesar de todo -recordó Héimdal-. Somos siete contra ellos tres, dando por hecho que incluimos a la chica en el cómputo, por supuesto…

–No te olvides del Susurrante -le recordó Skadi.

–Sí, por supuesto -aceptó Héimdal con aspecto pensativo-. Ellos tienen en su poder al Oráculo, y éste no tiene motivo alguno para apreciar a los vanir. Después de todo, fuimos nosotros quienes decapitamos a Mímir en primer lugar.

Los demás intercambiaron miradas.

–Está en lo cierto -admitió Frey.

–Pero Odín controla al Susurrante -objetó Njord.

–Tal vez -repuso Héimdal.

–Entonces, ¿qué hacemos? – preguntó Freya-. No podemos andar dando vueltas siempre. Propongo ir a hablar con Odín.

Skadi la fulminó con una mirada cargada de desprecio.

–¿Te ofreces voluntaria para el trabajo?

Freya desvió la vista.

–¿Qué hay de ti, Dientes de Oro? ¿Quieres caminar hasta meterte de *cabeza* en alguna de las trampas que Odín te ha preparado y averiguar sus planes por las malas?

Héimdal puso cara de pocos amigos, pero permaneció en silencio.

–¿Y tú qué dices, Bragi? Sueles tener mucho que decir sobre ti mismo; habla ahora, ¿qué sugieres?

–¿Qué solución propones tú? – la interrumpió Njord.

–Bueno, pues da la casualidad… -comenzó ella…

…y les refirió tanto como se atrevió. Habló de Nat Parson y sus ambiciones, reduciéndolas a la categoría de los sueños imposibles de un hombre inútil y estúpido. Recalcó su potencial utilidad como aliado e hizo referencia a sus vínculos con el Orden y la Iglesia, revelándoles que ya les había ayudado al darles acceso al Buen Libro.

La Cazadora no mencionó los poderes recién adquiridos por el clérigo ni la intranquilidad que le causaban los mismos. El hombre tenía un atisbo de poder, eso era todo, pero se trataba de un poder inestable que a veces apenas llegaba a ser poco más que una chispa. Nada por lo que debieran sentirse amenazados. Y podía ser útil.

–¿Cómo va a ser de utilidad? – quiso saber Héimdal.

–Necesitamos nuevos aliados para los nuevos tiempos -contestó a la vez que se encogía de hombros-. De lo contrario, ¿cómo vamos a luchar contra el Orden? Además, el Innombrable tiene un nombre. Me gustaría conocerlo antes de que estalle la guerra.

Héimdal le dio la razón a regañadientes.

–¿Y qué es lo que quiere ese curita tuyo?

–Desea vengarse de un renegado de la Gente -explicó ella, con una sonrisa-. A cambio, va a proporcionarnos información que nos permitirá actuar contra el Orden y la Palabra. El sólo quiere a la chica… Yo diría que nos ha ofrecido una ganga.

–¿La chica…? – preguntó Bragi-. ¿Y quién es?

–Nadie -contestó ella-. Ya conoces las costumbres de Odín, siente debilidad por la Gente. Imagino que la estará usando como espía o algo por el estilo.

Héimdal volvió a clavar en la Cazadora una mirada inquisitiva.

–Freya asegura que la chica tiene energía mágica.

–¿Y qué? – le atajó Skadi con brusquedad-.Te lo repito, ella no tiene importancia. Lo trascendente es que Odín nos ha engañado y nuestra prioridad ha de ser averiguar la razón.

Se produjo una larga pausa mientras los vanir sopesaban las palabras de Skadi.

–De acuerdo -resolvió Frey al fin-, pero antes tendremos un encuentro con el General y aclararemos las cosas de una vez por todas, y como nos haya traicionado…

–Por lo que sé, es lo que ha hecho…

–En tal caso -concluyó Frey-, le daremos su venganza a ese clérigo tuyo.



Capítulo 8



El pasadizo elegido era bajo y muy angosto, y en algunas partes estaba casi bloqueado por derrubios. Afilados salientes de roca afloraban ocasionalmente en la techumbre, amenazando con arrancarles el cuero cabelludo si alzaban la cabeza. La entrada se hallaba oculta en el bosque del Osezno, y el camino de

descenso era más largo y tortuoso de lo que les habría supuesto si hubieran escogido el Ojo del Caballo.

Sin embargo, este itinerario era más seguro, tal y como había asegurado el as, y las pocas firmas de luz que Maddy había detectado eran muy tenues y muy antiguas, lo que significaba que el Tuerto podría tener dificultades al localizar su rastro, incluso si las runas que habían dejado fallaban a la hora de ocultarlos por completo.

Empero el Embaucador no dejaba ni un solo detalle al azar y trabajaba con esmero a fin de ocultar su pista con pequeños encantamientos y runas de ocultación, y Maddy se habría sentido impresionada por ese amor al detalle de no haber sabido que estaba totalmente motivado por el interés propio. Su periplo era de lo más peligroso, y por primera vez en su vida el as se mostraba interesado por la seguridad de otros, a saber, en este caso la de Odín, que, si conseguía seguirlos, podría verse atrapado en las peligrosas ruedas de una profecía que Loki, de forma devota y egoísta, esperaba que nunca se cumpliera.

–Al final, terminará hasta por ser útil y todo -le había dicho el Susurrante a Maddy mientras Loki exploraba algo más adelante-. Puedo llevarte a través del Trasmundo, pero luego viene la Tierra de los Muertos, donde no puedo guiarte a pesar de todos mis conocimientos, pero *él*, sin embargo, tiene allí un contacto.

–¿Qué contacto? – inquirió Maddy.

–Un contacto familiar -respondió el Susurrante.

Maddy se le quedó mirando fijamente.

–¿Un *contacto* familiar?

–Sí, claro, por qué no -replicó el Susurrante-. ¿Acaso no le conoces? El padre pródigo que regresa a casa.

«Podría haber sido peor», pensó Loki. El camino era arduo pero seguro, y en

breve llegarían a las galerías con forma de panal de miel del Trasmundo, donde podría hallar comida y ropa, ya que estaba más que harto de llevar las faldas de Nan la Loca, y desde donde podrían continuar el descenso desapercibidos y sin que nadie los molestara. Al menos iba a disminuir el riesgo de que los siguieran, ya que, al fin y al cabo, ¿quién iba a esperar que se dirigieran por propia voluntad hacia la misma garganta del Caos? Y en cuanto a cualquier otro peligro con el que pudieran encontrarse, no sabría decir; lo cierto es que hasta ahora su buena suerte no le había fallado y se inclinaba por confiar en ella un poco más.

Detrás de él sentía más que veía al Susurrante. No habían sido *palabras*, sino *pensamientos* los que habían asaltado su mente y minado su concentración. Se instó a sí mismo a actuar de forma precavida. Había habido ocasiones en la hoya, cuando estaba preso, en que su fuerza de voluntad había sido tan poderosa que apenas había sido capaz de soportarla. Ahora, a una distancia tan corta, le provocaba jaquecas y la idea de que fuera capaz de mirar dentro de su mente a su antojo no le ayudaba nada a sosegarse.

«¿Qué te hace pensar que tengo interés en leerte el pensamiento? – se burló el Susurrante-. De cualquier modo, me supera el hecho de que seas capaz de vivir en este nido de víboras».

El Embaucador sacudió su *cabeza,* dolorida. No tenía ningún sentido empeñarse en mantener un intercambio animado con aquella cosa; los insultos sólo conseguían hacerle reír e iba a necesitar toda su energía mágica para afrontar lo que pudiera ocurrir conforme el Caos se iba acercando.

«Cállate, Mímir», siseó entre los dientes apretados.

«¿Cuatrocientos años en ese pozo tuyo crees que pueden hacer que me interese algo tu bienestar? Te queda todavía mucho que expiar, Sirio. Harías bien en agradecer que tengamos intereses comunes. Ah, y no se te ocurra siquiera *pensar* en traicionarme».

El as no albergaba el menor propósito de intentarlo, al menos hasta que supiera con exactitud a qué se estaba enfrentando. Un trato tan largo con el Susurrante le había hecho precavido y su repentino deseo de que le llevaran ante Hel le preocupaba una barbaridad. Maddy creía que estaba ayudando a los dioses, pero

Loki tenía una confianza infinitamente menor en ello y sabía que el Susurrante no acostumbraba a hacer favores.

Quería algo, pero…, «pero ¿qué, viejo amigo?».

«¿Qué es lo que te preocupa? Tenemos un trato».

Loki sabía que lo mejor era dejarlo estar; cuanto más hablara y más escuchara al Susurrante, más se adueñaría éste de su mente. Por lo pronto, todavía podía echarle fuera, porque a pesar de todo su poder, no se las había apañado para penetrar en los repliegues más profundos de sus pensamientos, lo cual le venía como anillo al dedo, y además…

«¿Por qué ayudar a los æsir? ¿Qué es lo que planeas?»

En su mente, el Susurrante se echó a reír. «Lo mismo podría preguntarte yo a ti. ¿Desde cuándo te preocupas por salvar los mundos? A ti sólo te ha interesado siempre salvar tu propio pellejo y a la más mínima oportunidad que tenga, terminarás encadenado a una roca del Averno y con los cuervos picoteándote las entrañas».

Loki se encogió de hombros con desprecio. «Ya me han roto los huesos con palos y piedras…»

«Allí te tratarán peor que en la Fortaleza Negra.»

«Primero tendrán que atraparme», replicó Loki.

«Oh, claro que lo harán», insistió el Susurrante.

Después de aquello, prosiguieron su viaje sin decirse ni una palabra.



Capítulo 9



Entretanto, en el Trasmundo, Odín el Tuerto se despertó al fin. El tiempo y las privaciones sufridas en la cárcel le habían debilitado y a pesar de que sanaba con gran rapidez de las heridas, necesitaba de más tiempo para recuperar su energía mágica. El resultado había sido que no descubrió la desaparición de Maddy y Loki hasta bien pasado el mediodía.

Nadie parecía saber adonde habían ido; desde luego, los trasgos no, porque éstos en ausencia del Capitán parecían haber perdido cualquier tipo de control si es que alguna vez habían tenido alguno, y estaban abandonando la colina del Caballo Rojo en estampida, llevándose todo el botín que eran capaces de acarrear.

Interceptó e interrogó a un buen número de estos fugitivos, pero apenas logró sacar nada en claro de sus palabras. Los rumores corrían como gansos salvajes. Se decía que el Orden estaba invadiendo la colina, que se había alzado el Innombrable, que el Fresno del Mundo había caído, que Surt el Destructor había venido desde el Caos y que estaba ya de camino para devorar el mundo.

También había otros rumores aún más plausibles: que el Capitán había muerto (Odín ubicó la posibilidad en el apartado de las ilusiones), que el Trasmundo había sido invadido, que había comida, cerveza y tesoros para todos los que se acercaran. Esto último al menos era bien cierto, como pronto descubrió Odín al entrar en los almacenes de comida, aunque la mayoría de los trasgos que encontró allí estaban demasiado bebidos para que tuviera sentido lo que dijeran.

Por contraste, en el Supramundo reinaba una calma ominosa. Las máquinas excavadoras yacían abandonadas en el Ojo abierto; en los campos iba y venía poca gente. Era como si fuera domingo, pero las campanas de la iglesia estaban enmudecidas e incluso los granjeros, que tenían muchas razones para estar ocupados, parecían haberse olvidado de sus quehaceres agrícolas. Observó el mundo a través de la runa Bjarkán y se preguntó a qué se debía esta extraña tranquilidad. Los gansos salvajes sobrevolaban la colina y las nubes de tormenta se acumulaban, bien hinchadas, sobre el valle del Strond.

Algo se agitaba, podía sentirlo con toda claridad. Se percibía un estremecimiento que llegaba hasta el Trasmundo, vibrando en los huesos y soplando a través de los umbrales. Tenía voz -en realidad, más bien siete voces-y Odín no necesitaba apelar a la visión verdadera ni a oráculo alguno para saber desde dónde soplaba ese viento.

Los Durmientes.

«Bien -pensó-, era inevitable». Una vez que se había despertado Skadi, que los demás lo hicieran también era simplemente una cuestión de tiempo. Y sin el Susurrante no podía tener la certeza de lo que sabían o de lo que estaban planeando. *¿Tenían* ya al Susurrante? ¿Eran ellos los responsables de la desaparición de Maddy? ¿Y dónde estaba Loki? ¿Estaba vivo todavía? Y si así era, ¿a qué estaba jugando?

Era retorcido, claro, eso no había ni que decirlo, pero la única cosa de la que Odín estaba todavía seguro era de que los vanir se opondrían a cualquier pacto que implicara alguna forma de colaboración con el Embaucador. Y tendría que aproximarse a ellos con la máxima cautela si Skadi los había convencido de que Loki y él andaban juntos en esto.

Y debía acercarse a ellos si quería encontrar respuestas a sus preguntas.

Clavó la mirada en el Ojo del Caballo y allí encontró su llamamiento en forma de un cuervo de cabeza blanca que portaba un mensaje. Se posó en la piedra grande que había en lo alto de la colina, bajó la cabeza y habló:

Crack.

Al Tuerto le gustaban los cuervos y conocía su lenguaje a raíz de las muchas veces que había adoptado su forma. Se acercó al pájaro, y se aseguró a través de la runa Bjarkán de que realmente era un cuervo común y no uno de los vanir en su aspecto de pájaro.

Vanir, dijo. Parlamentar. Sin trampa.

El Tuerto asintió.

–¿Dónde? – preguntó.

En la casa del párroco.

–¿Cuándo?

Esta noche.

Un Odín pensativo dejó caer un puñado de sobras para el cuervo, que batió las alas hasta posarse en el suelo y comenzó a picotear la comida. «Sin trampa», habían dicho, pero la casa del párroco parecía un sitio bien extraño para encontrarse, como sí estuvieran pensando en aliarse con la Gente, y hoy por hoy, como él bien sabía, ni siquiera se podía confiar en los viejos amigos.

«Malditos fueran, malditos». Se estaba haciendo demasiado viejo para la diplomacia. Sentía arder todavía los hombros del disparo del arco de Jed Smith. Estaba preocupado también por Maddy, sospechaba de los vanir y se sentía penosamente debilitado por el poder de la Palabra.

La Palabra. Oh, él había sabido de su existencia ya muchos años atrás, pero nunca había sufrido los efectos de la misma en sus propias carnes. Ahora que había ocurrido, la temía más que nunca. Un simple examinador le había hecho sangrar hasta dejarlo inerme. Un hombre, ni siquiera un magistrado, había estado a punto de quebrar su mente.

«Imagina un ejército dotado con la Palabra». El Libro del Apocalipsis no parecía ahora tan lejano una vez que había visto las posibilidades de la Palabra. Y el Orden era fuerte, tanto en sus objetivos como en número, mientras que él y los suyos estaban dispersos y andaban enfrentados unos con otros, pero ¿qué podría hacer él, o incluso cualquiera de ellos, contra el Innombrable? Solo, quizá podría conseguir un indulto de unos cuantos años, incluso diez o doce si tenía suerte, antes de que el Orden le cazara. Juntos, aunque se las arreglara para ganar de nuevo la confianza de todos los vanir, ¿qué podían esperar, sino una derrota?

«Quizás el examinador tenía razón -pensó-. Quizá mi tiempo ya ha pasado». Pero aun con todo, la idea no le llenó de la desesperación que debía haber

esperado. En vez de eso, fue consciente de una extraña sensación, una especie de aligeramiento del espíritu y en ese instante reconoció el sentimiento. Lo había sentido antes, en los días previos al Ragnarók, cuando los mundos colisionaban entre sí y las fuerzas del Caos aguardaban su turno. Era la alegría del jugador que arroja su última moneda. La certeza de que todo está por ganar o perder al darle la vuelta a una carta.

«Bien, ¿y qué ocurriría? – se dijo a sí mismo-. ¿Un indulto de unos cuantos años o una muerte misericordiosa? ¿Una esquirla de esperanza o un rayo procedente del cielo?»

Tenía pocas posibilidades a su favor, eso ya lo sabía. Los vanir no confiaban en él, Skadi había jurado vengarse de él, Loki había huido, Maddy había desaparecido, al igual que el Susurrante, la colina estaba abierta y la Gente iba tras su rastro. Y sin el Oráculo, la probabilidad de hablar, engatusar, negociar o directamente mentir para conseguir la obediencia de los vanir era muy pequeña.

Pero Odín era un jugador profesional. Le gustaba tener la suerte en contra porque le permitía apelar a su sentido del drama, de modo que cuando el sol estaba a punto de hundirse en el Oeste, recogió una vez más su bastón y su vieja mochila maltrecha y comenzó a descender por la colina del Caballo Rojo.



Capítulo 10



Nat Parson había podido dormir una vez que se marchó Skadi, exhausto tras la tarea nocturna, pero el sueño no había sido reparador, puesto que se había visto alterado de vez en cuando por pesadillas irritantes e incómodas que le habían dejado insatisfecho y con los nervios de punta.

Se despertó bien pasado el mediodía con una fuerte migraña y mareado de puro

apetito, aunque el simple pensamiento de comer le daba náuseas, pero sobre todo estaba muy preocupado por si los poderes recientemente adquiridos, los que había exhibido ante la Cazadora, pudieran haberse disipado de alguna manera durante el sueño.

Para su alivio, sin embargo, el poder de la Palabra permanecía incólume. Si acaso, pensó que más bien había *aumentado* mientras dormía, como una especie de planta trepadora de rápido crecimiento que se hubiera abierto paso desde el interior de su cerebro. Encendió las velas del altar al primer intento, casi sin pensarlo, y el colorido que antes le había sobrecogido tanto ahora le parecía casi familiar, algo cotidiano.

No sabía cómo había ocurrido esto, pero de alguna manera, en el momento en que había dado un paso adelante cuando el examinador convocaba la Palabra contra el Tuerto, sus mentes se habían fundido. ¿Por accidente o por algún oculto designio? ¿Es que acaso había sido elegido para recibir este poder? Cualquier cosa era posible para el Orden, claro. Tal vez había sido cuestión de simple *coincidencia*, las secuelas de la comunión combinadas con cualquier otro elemento al azar. ¿Quién podía saber si era casualidad o elección? Pero fuera lo que fuese, Nat Parson estaba dispuesto a retenerlo.

Apenas habló con su esposa, excepto para pedirle que le prestara su segundo mejor vestido. El mejor estaba tirado por ahí en algún lugar en la colina del Caballo Rojo y Skadi podría necesitar otro cuando regresara de los Durmientes en forma de pájaro.

Ethelberta había sido renuente a desprenderse de la flor de su guardarropa de este modo, y mostró una cierta actitud desagradable de la que Nat escapó hacia el santuario de su estudio antes de que el deseo de usar la Palabra contra ella se hiciera demasiado fuerte y no fuese capaz de resistirlo.

Mientras tanto, Skadi había regresado con el resto de los Durmientes. Había necesitado algunas horas para convencer a los vanir de que compartieran su punto de vista y caía la tarde cuando llegó al pueblo con el propósito de observar la parroquia y comprobar el área para detectar una posible emboscada, Maddy y Loki hacia el Trasmundo, y Odín al Supramundo…

…Pero Odín no vio cómo Skadi, convertida en loba blanca, exploraba el laberinto de la colina del Caballo Rojo, olisqueando los pasadizos, calculando las defensas y buscando alguna pista fresca. Captó el olor de Loki de forma fugaz, pero era demasiado tenue y se enfrió pronto, y no fue capaz de encontrar rastro alguno de Maddy Smith.

«Bueno -se dijo a sí misma-, todo esto puede esperar».

Ahora estaba detrás de una presa de caza mayor.

Volvió de nuevo su atención hacia el alcor. Era una fortaleza natural, que en circunstancias normales podría haber resistido un asedio de cien años o más, pero ahora, con las puertas en ruinas y tras la deserción de sus tropas, bien podía convertirse en el cebo de una trampa. Naudr, la Recolectora, colocada en ángulo justo como el pestillo de una puerta, podía convertirse en una celada para un conejo despistado y saltar sobre cualquiera que pasara por allí, mientras que la runa Hagall podía colocarse como una carga de pólvora para que explotara en el rostro de la víctima desprevenida.

Entró en las ruinas del Ojo del Caballo y pasó la mayor parte de la tarde colocando el mayor número posible de trampas. Dejó caer runas en los cruces y en los pilares, en las aperturas de los túneles y en sus oscuras curvas. Trabajó la runa Naudr hasta convertirla en una red y la extendió a través de un corredor a oscuras, conformando luego la runa Tyr como una cruel púa que ensartaría a la víctima como un pez.

«Quizá funcione -pensó la Cazadora-. Un hombre en plena huida, o incluso una chica, pueden avanzar desprevenidos». Un momento de descuido, un paso dado al azar, y la víctima caería capturada o herida, debilitada, inerme; en definitiva, sería una presa fácil.

Eran casi las cuatro en el reloj del pueblo cuando Skadi regresó a la parroquia en su aspecto lupino. Ethelberta, que se había jurado a sí misma que esta vez no se sometería con tanta facilidad a las demandas de la mujer, no supo oponerse cuando llegó la Cazadora y pronto Skadi estuvo vestida con un suntuoso vestido de terciopelo blanco, que ya nunca podría volver a estar del todo limpio, pensó

Ethel, mientras ella misma recibía órdenes de preparar la casa para seis huéspedes más, de los cuales esperaba que al menos vinieran decentemente vestidos.

Skadi, sin embargo, tenía otras preocupaciones. Había conseguido sembrar algunas sospechas entre los vanir y la implicación de Loki había hecho el resto, pero Héimdal y Frey, por lo menos, permanecían fieles al General. Si Odín conseguía hacerse con el Susurrante, y si Maddy era en verdad la hija de Tor, entonces quizá sería capaz de darle la vuelta a la situación. Salvo que, claro, ocurriera una *casualidad.*…

Skadi reflexionó fríamente sobre los vanir. No se podía intentar eliminar a Héimdal, al menos por ahora, ya que era demasiado poderoso. Ni a Frey, por la misma razón. Ni a Idún, ya que no estaba tan indefensa como podía parecer a simple vista, y además, haría falta una sanadora en los tiempos que se avecinaban. ¿Y Bragi? ¿Y Njord? No le debía nada, se dijo a sí misma. Ya no estaban casados, pero aun así ella se resistía a sacrificar al Hombre del Mar. Además podría ser útil, después de todo. Por otro lado, Freya…

Skadi consideró a la diosa del deseo.

Bueno, tenía algunos poderes. No es que careciera de utilidad. Desde luego, era fastidiosa y Skadi tuvo que admitir ante sí misma que de todos los vanir que habían sobrevivido, Freya era la que menos habría echado de menos. Y no era por su belleza, ya que todo el mundo sabía que Skadi despreciaba esas cosas, ni siquiera por su naturaleza conflictiva, sino debido a la discordia que había sembrado cuando se habían despertado. Con Freya por allí, estallaban las disputas, los amigos se peleaban, y la gente más pacífica se volvía celosa y cascarrabias. Además, ella y Odín…

Pero Skadi rechazó ese pensamiento antes de que llegara a tomar forma de verdad. No era ninguna cuestión personal, se dijo a sí misma. Era una decisión táctica, que debía tomar por el bien de todos. El hecho de que Odín y Freya hubieran disfrutado de algo más que una intimidad pasajera no influía en sus cálculos para nada. La muerte de Freya afligiría a Odín, claro. Incluso le *heriría* en un lugar al que la Palabra nunca conseguiría llegar. ¿Dejaría ella que esto afectara a su decisión? Pensaba que no. Loki podría haber sido el *causante*

directo de la muerte de su padre, pero había sido Odín quien la había *ordenado;* y también había sido Odín quien después había comprado su silencio con unos cuantos cumplidos y un matrimonio estratégico. Y conforme habían pasado los años, se había dado cuenta de cómo la había manipulado y cómo la había usado para fraguar una paz tan necesaria con el Pueblo del Hielo. Y también durante cuánto tiempo y cuan inteligentemente había dirigido su ira en otra dirección, haciéndola creer que Loki era el único culpable, él y sólo él…

«Y ahora los hermanos estaban juntos de nuevo».

Skadi cerró los puños y los apretó contra el segundo mejor traje de terciopelo blanco de Ethelberta Parson. No habría plancha en el mundo capaz de alisar aquellas arrugas, pero los pensamientos de Skadi estaban muy lejos de esa nimiedad. Las nubes se reunían en su mente, la sangre se derramaba y la venganza, tanto tiempo diferida, aunque más dulce por eso, le hizo abrir sus ojos soñolientos y sonreír.

Isa era la única runa del Alfabeto Antiguo que no tenía ninguna posición inversa. El resultado de eso era que Skadi no había perdido ninguno de sus poderes al despertar tras el Ragnarók. Ella se consideraba una rival capaz para cualquiera de los vanir, incluidos Frey o Héimdal, pero contra los seis a la vez no tenía ninguna posibilidad. A menos, claro, que…

Un largo periodo había transcurrido desde que tuviera tiempo o ganas de crear un arma nueva y ésta, por lo que sabía, debía ser infalible. Grande no, eso no, pero cada hebra debía estar sujeta con runas de ocultación. Debía ser un arma elegante e indetectable.

Tal vez habría podido diseñar una camisa, o incluso una capa, si hubiera tenido un plazo mayor, y haber puesto en cada puntada runas de hielo y veneno, pero iba corta de tiempo, por lo que en vez de eso hizo un pañuelo pequeño, ribeteado con una cinta tan fina que apenas podía verse siquiera, y tan intrincada que los hechizos de la urdimbre y la trama quedaban ocultos entre los nudos de pescador y las flores bordadas. Era también tan letal que un simple ensalmo bastaba para desatar su poder. Y allí, con un alfabeto sencillo y claro, colocó la runa Fé.

Freya.

Skadi estaba encantada. Por lo general desdeñaba los trabajos hogareños con la aguja, pero como buena hija del Pueblo del Hielo los había aprendido a pesar de todo. Dobló cuidadosamente el pañuelo diminuto y lo colocó en un cajón del elegante escritorio. Los vanir llegarían antes de la caída del sol. Sonriendo, la Cazadora se sentó a esperar su llegada.

Odín los vio acercarse desde el punto ventajoso en el que se había apostado bajo unos cuantos árboles a menos de un kilómetro del pueblo de Malbry. Ya eran las seis de la tarde y podía ver sus firmas moviéndose en el campo contra los restos del crepúsculo, formando un arco en el cielo humeante. Los colores de Skadi no estaban entre ellos, pero era posible que estuviera escondida en una emboscada cerca del grupo y que los estuviera usando como un cebo para atraerle. No había signos de Loki y Maddy y tuvo que admitir en este momento la esperanza tan grande que había albergado de verlos.

Lanzó Yr y se escondió detrás de un seto. Allí estaban el Cosechador, el Vigilante, el Poeta, la Sanadora, el Hombre del Mar y por último la diosa del deseo, que los seguía desde lejos. ¿Por qué habían escogido venir a pie? ¿Qué asunto tenían entre manos en la casa parroquial? Y exactamente, ¿cuánto era lo que sabían?

Intentó detectar al Susurrante usando la runa Bjarkán, pero no había rastro de él, ni siquiera había llegado a escuchar su voz, lo cual no quería decir que ¡no estuviera allí. Se acercó más a ellos siguiendo el seto a lo largo y dio la vuelta tras el pequeño grupo de modo que no les daba oportunidad alguna de que le vieran. Se sentía mal por ocultarse de este modo, pero el mundo había cambiado y ni siquiera se podía confiar del todo en los viejos amigos.

Njord estaba hablando en ese momento.

–Ya sé que ella es imprudente… Incluso casi un poco salvaje…

–¡Un poco salvaje! – intervino Freya, con su largo cabello brillando como la escarcha mientras los extremos de su gargantilla captaban la luz-. ¡Es un animal, Njord! Con todo ese merodeo que se trae por ahí en forma de lobo o de halcón…

–Siempre ha sido leal. En el Ragnarók…

Frey comentó:

–Entonces estábamos en guerra.

–Pues si Skadi lleva razón, también lo estamos ahora.

–Con la Gente. Con el Orden también, quizá -medió Héimdal-. Pero no con los nuestros.

–Los æsir no son de los nuestros -repuso Njord-. Haríamos bien en no olvidar eso.

Odín frunció el entrecejo detrás de la cerca. Así era como estaban las cosas; claro que Njord era el mayor de los vanir, el padre de los gemelos, y era comprensible que su lealtad fuera primero para ellos mismos y luego para los æsir. Además, sospechaba desde hacía ya mucho que Njord todavía sentía cierta ternura por su esposa, aunque ahora estuvieran separados, y como Odín sabía muy bien, no se puede razonar con los enamorados. El mismo no era inmune: había habido veces, más de unas cuantas, en que incluso el mismo Odín, el Gran Vidente, se había mostrado tan ciego como un hombre cualquiera…

Le echó una ojeada a Freya, que todavía se arrastraba tras ellos, con su vestido azul, negro de fango hasta las rodillas.

–¿Cuánto queda todavía? – se quejó ella-. Llevo horas caminando, me ha salido una ampolla y mirad cómo ha quedado mi vestido…

–Como oiga una protesta más sobre tu vestido, tus zapatos o tu traje de plumas… -masculló Héimdal.

–Ya casi hemos llegado -respondió Idún con dulzura-, pero puedo darte una manzana si te duele el pie…

–No quiero una manzana. Quiero unos *zapatos* secos, un *vestido* limpio y un

baño…

–Oh, cállate ya y usa un ensalmo -replicó Héimdal.

Freya le miró y bufó.

–No tienes ninguna pista, ¿a que no, Doradito?

Odín sonrió en su escondrijo.



Capítulo 11



En el Trasmundo, Maddy y Loki se habían encontrado con ciertos obstáculos materializados en forma de un precipicio a pico que cortaba todos los niveles, sin ningún camino de descenso ni ruta alternativa alguna, y con un hueco de unos cien pies hasta el otro lado.

La sima se hallaba al final de un interminable pasadizo de techo bajo en cuyo recorrido habían invertido tres horas llenas de penalidades, a veces habían avanzado a gatas y otras habían debido trepar. En estos momentos, al mirar hacia abajo en el desfiladero que parecía cortado con un hacha, y escuchar las aguas turbulentas a unos cuatrocientos pies de profundidad, Maddy se sentía al borde de las lágrimas de pura desesperación.

–¡Creía que habías dicho que éste era el mejor camino para llegar abajo! –comentó, dirigiéndose al Susurrante.

–Dije que era la vía más *rápida* -replicó, mordaz-, y lo es. No es culpa mía si no puedes arreglártelas para escalar un poco.

–¡Escalar un *poco*!

El Susurrante refulgió con un brillo anodino. La joven volvió a mirar hacia abajo, donde el río se arremolinaba como si fuera una espumosa crema. Era el río Strond, según Maddy sabía, henchido con las lluvias del otoño, abriéndose camino salvajemente entre las rocas hasta llegar al Caldero de los Ríos. El caudal parecía llenar la hondonada por completo y cuando sus ojos se habituaron del todo a la intensa penumbra, atisbo una grieta en la roca al otro lado, apenas visible en la distancia.

Suspiró profundamente, exhausta.

–Tendremos que regresar -indicó-, y encontrar alguna otra ruta de descenso.

Pero el as la estaba observando con una extraña expresión.

–No hay otro camino -repuso-. A menos que quieras compartirlo con miles de trasgos. Además…

–Además -le interrumpió el Susurrante-, nos están siguiendo.

–¿Qué? – inquirió Maddy.

-*Él* lo sabe.

–¿Que sabe *qué?*

Loki miró fijamente al Oráculo.

–Descubrí una firma hace una hora. Nada de qué preocuparse. Los perderemos un poco más abajo.

–A menos que él esté dejando alguna clase de rastro.

–¿Un rastro? – preguntó Maddy-. ¿Y por qué iba a hacer algo así?

–¿Quién sabe? – repuso-, ya te dije que sólo trae problemas.

Lokí siseó exasperado.

–¿Problemas? – intervino-. Escucha, me estoy jugando el pellejo, y mira por dónde, es un pellejo estupendo, y no tengo prisa ninguna por verlo estropeado. Así que ¿por qué iba yo a querer dejar una pista? En el nombre del Hel, ¿y por qué iba yo a querer retrasarnos?

Maddy sacudió la cabeza, avergonzada.

–Es sólo que el hecho de pensar en dar la vuelta…

Una vez más, él le dedicó una mirada desconcertada.

–¿Quién ha dicho nada de volvernos atrás?

–Pero yo pensé…

–Maddy -replicó él-, creía que lo habías entendido. Tienes sangre del Caos por parte de tu madre y de los æsir por tu padre. ¿Realmente te has creído que descender por esa pared era la mejor opción?

Ella se lo pensó durante un momento.

–Pero no conozco ningún tipo de hechizo que permita… -comenzó.

–No necesitas conocer ningún tipo de nada -contestó Loki-. El hechizo forma parte de ti, como tu pelo, tus ojos o el hecho de que eres zurda. ¿Es que Odín tuvo que enseñarte a lanzar rayos mentales?

Maddy torció el gesto y negó con la cabeza. Entonces recordó el traje emplumado de Freya y su rostro se iluminó.

–Puedo usar la capa de Freya -sugirió ella.

–Imposible. No hay pájaro con suficiente fuerza para transportar al Susurrante. Además, me he hartado de perder las ropas.

–Bueno, ¿y qué sugieres? – replicó ella, y justo en ese momento vio cómo podía hacerlo.

Le bastaba una cuerda, o incluso un hilo tejido con runas, que pudiera estirar desde lo alto de la garganta hasta la puerta de la cueva. Ur, el Toro Poderoso, lo fortalecería. Naudr, la Recolectora, lo mantendría en su lugar. Se necesitaría sólo un momento, pero que durara lo suficiente para que se pudiera retirar tan rápida y fácilmente como la tela de una araña. Pensó que podría aguantar, pero con todo, al mirar al agua rugiente, comenzó a sentir miedo. ¿Y qué pasaría si no podía? ¿Y qué si se caía como un polluelo demasiado impaciente por dejar el nido y se veía arrastrada hacia el Caldero de los Ríos?

Loki la observaba con diversión e impaciencia.

–Vamos, Maddy -dijo él-. Eso es un juego de niños comparado con lo que hiciste en la hoya.

Ella asintió despacio; después, abrió la mano y miró a Aesk inscrita en su palma. Titilaba tenuemente, pero mientras la observaba, relumbró del mismo modo que las brasas de un fuego bajo el soplo del viento. Cerró los ojos y comenzó a extraer las runas necesarias para su propósito, como antes había extraído la lana cruda de los corderos recién nacidos, hilo tras hilo, en torno al huso. Podía verlo ahora, creciendo en las puntas de los dedos, una madeja doble de luz rúnica, fuerte como una cadena de acero y ligera como un vilano de cardo. La trenzó en el aire crepuscular como una araña teje una tela, hasta que llegó a tierra firme en la orilla del río y se fijó con seguridad a la roca.

Verificó con esmero que aguantaba su peso. La sostuvo. La sentía deslizarse entre los dedos como la seda de la flor del maíz. A continuación, debía ocuparse también del Susurrante. Lo llevaba en la chaqueta. Pesaba, sí, pero no hasta el punto de ser insoportable. Tenía la impresión de que si hacía un pequeño ajuste podría llevarlo apretado contra el pecho mientras se agarraba a la cuerda con todas sus fuerzas y saltaba hacia la oscuridad.

El Embaucador la contemplaba con una curiosa expresión de admiración en sus facciones angulosas. A fuerza de ser sincero, sentía una notable inquietud. El

trabajo realizado era sencillo, pero ella lo había ejecutado sin que nadie le hubiera enseñado, y había captado enseguida la esencia de la técnica. Se preguntó cuánto tardaría en descubrir sus restantes habilidades y cuánto poder acarrearía Maddy en esa reserva aparentemente inagotable de energía mágica. Él mismo se estaba debilitando a consecuencia del esfuerzo realizado para bloquear las intrusiones del Susurrante en sus pensamientos, y cuando le llegó el turno de agarrar la cuerda, pensó que podría encontrarse con problemas más adelante…

«¿Y por qué va a ocurrir eso?», le preguntó una voz en la mente.

Loki se estremeció ante la presencia inesperada. Las distracciones del descenso dificultaban cada vez más la tarea de preservar la intimidad de sus pensamientos. El río era un remolino a sus pies y no dejaba de lanzar salpicaduras hacia arriba. De pronto, el as deseó ser él y no Maddy quien llevara encima al Susurrante, ya que en esos instantes la criatura pendía en el aire como una cuenta en una sarta, totalmente indefensa. La cosa captó la incomodidad en su mente y él torció el gesto.

«Eh, tú, viejo *voyeur*, sal de mi mente».

«¿Qué es lo que va mal? ¿Te remuerde la conciencia?»

«¿Y por qué iba a remorderme?»

La cosa se echó a reír en silencio. Loki sentía esas carcajadas como uñas muertas que le arañaban el interior del cráneo y rompió a sudar. Maddy ya había llegado al otro lado del río, pero él apenas estaba a medio camino y las runas comenzaban ya a disolverse. Le dolían los brazos y la cabeza, y se sentía demasiado consciente del vacío que se abría debajo de él. También el Susurrante era consciente de ello, divertido y despiadado, mientras le observaba escurrirse…

«En serio, Mímir. Estoy tratando de concentrarme».

«En serio, Sirio, ¿cuál es tu plan?»

Loki trató de formar de nuevo las runas, pero la presencia del Susurrante era

demasiado fuerte y le hacía retorcerse como un gusano en una cuerda.

«Te duele, Sirio, ¿a que sí?», dijo, presionándole con más crueldad…

El Susurrante llegó a lo más hondo de la mente de Loki confiado y sin adoptar precauciones. En ese momento, las mentes del as y del Oráculo se encontraron de tal modo que el primero fue capaz de atisbar algo especial tan profundamente enterrado en la mente del segundo que sólo era visible su sombra.

(¡!)

El Susurrante se retiró de inmediato.

Todo atisbo de jovialidad había desaparecido cuando regresó el Susurrante. Un doloroso relámpago de dolor le atravesó el cuerpo y luchó contra el invasor con todas sus fuerzas mientras aquella cosa asolaba su mente por lo que había visto.

«De modo que estabas espiándome, ¿eh, sabandija? ¿A que te gustaría?»

–¡No! ¡Por favor! – aulló Loki.

«Un sonido más y te hago pedazos».

El Embaucador cerró con fuerza los labios llenos de cicatrices. Podía ver a Maddy allí abajo, extendiendo su mano a través del último tramo de agua, con la runa Naudr estirada casi hasta romperse entre ellos.

«Eso ya está mejor -dijo el Oráculo-. Ahora, en cuanto a ese plan…»

Durante un segundo más su presión aumentó, empapándole como un trapo mojado. Los dedos se le entorpecieron, la visión se le enturbió y una de sus manos abandonó la cuerda que se desintegraba para lanzar runas de fuerza hacia la oscuridad…

Y ése fue el momento en que la cuerda se rompió y Loki se precipitó hacia el Strond, cuya corriente bajaba a velocidad de vértigo. Saltó hacia el otro lado, lanzando runas ligeras como plumas; aterrizó con un pie en el agua en el lado

rocoso más lejano del abismo rugiente, y descubrió para su alivio qué el Oráculo se había ido. Pálido y tembloroso, consiguió salir.

–¿Qué ha ido mal? – preguntó Maddy al verle la cara desencajada.

–Nada. Dolor de cabeza. Debe de ser cosa del aire.

El as se tambaleó, manteniendo con cautela la mente en blanco. Aquel pequeño atisbo había sido lo bastante malo, pero él sabía que si el Susurrante había adivinado la extensión completa de su conocimiento, entonces nada, ni siquiera Maddy, podría salvarle.

Y así fue como cruzaron el río que marcaba el límite del Trasmundo y el comienzo del largo camino, bien transitado, hacia la Muerte, el Sueño y la Condenación.



Capítulo 12



Héimdal, el de los ojos de halcón, jamás dormía. Mantenía un ojo abierto incluso en esos momentos de menor actividad corporal, razón por la cual había sido elegido como el vigilante de los æsir en los días en los que cosas como los vigilantes aún eran necesarias. Esa noche, sin embargo, ninguno de los vanir osó descansar, excepto Idún, cuya naturaleza confiada era cosa aparte, y Freya, cuya especial complexión necesitaba al menos ocho horas de sueño. En su lugar se sentaron intranquilos a la espera de Odín.

–¿Qué te hace pensar que al final vendrá? – inquirió Njord por fin, con la mirada puesta en la ventana del salón.

Se alzó la luna y eran ya las once, casi las doce, y nada se había movido desde

justo después de las nueve, cuando un zorro había corrido a través del patio abierto y se había desvanecido en las sombras al lado de la parroquia. Había tenido lugar un momento de incertidumbre entonces, cuando los vanir habían tropezado unos con otros para asegurarse de que la criatura era de veras sólo un zorro normal y corriente; y después, durante horas, silencio, un silencio tenso, incómodo, que les oprimía los sentidos como un velo.

–Vendrá -comentó Skadi-. Quiere hablar. Ya ha recibido nuestro mensaje y además…

Héimdal la interrumpió.

–Si tú fueras Odín, ¿vendrías?

–Quizá no acuda solo -intervino Bragi.

–Sí, lo hará -aseveró rápidamente Skadi-. Querrá negociar. Intentará comprar vuestra vuelta a su servicio usando al Susurrante como cebo. – La Cazadora sonrió mientras lo decía, ya que sólo ella sabía que Odín no tenía nada con lo que negociar. El rastro de Loki llevaba hacia el interior de la colina y ella tenía todos los motivos del mundo para creer que era él quien tenía al Susurrante, estaba tan segura como que las ratas corren-. Pero es muy astuto -les advirtió-, y no se puede confiar en él. Su estilo ha consistido, simplemente, en llevarnos directos a una trampa.

–Alto el carro -la cortó Héimdal-, ya hemos oído tu opinión y comprendemos el riesgo. De lo contrario, ¿por qué íbamos a estar aquí, regateando con la Gente? – Suspiró, y pareció repentinamente cansado-. No veo nada honorable en todo esto, Cazadora, y si me preguntas, te diré que me parece que encuentras un gran placer en una visión tan oscura…

–Muy bien -repuso Skadi-, entonces dejaré que seáis vosotros los que habléis. Yo guardaré las distancias y únicamente intervendré en caso de que surjan problemas. ¿De acuerdo? ¿Os parece eso bien?

Héimdal pareció sorprendido.

–Gracias -contestó.

–De nada -respondió la Cazadora-, aunque quizás el párroco debería estar aquí. Si Odín viene armado…

Pero en ese asunto los vanir opinaron de forma unánime.

–Somos seis, por lo que creo que podemos lidiar con él nosotros solos -comentó Njord-. No necesitamos para nada al tipo ese, al predicador, ni a su Palabra.

Skadi se encogió de hombros. Estaba bastante segura de que al final de la noche pensarían de otro modo.

Odín llegó una hora más tarde, bajo el resplandor plateado de un falso amanecer. Con su aspecto genuino, un derroche de vanidad que debía de haberle costado la mayor parte de la energía mágica que le quedaba, alto, con una capa azul, la lanza en la mano y el único ojo refulgiendo como una estrella bajo el ala de su sombrero de viajero.

Skadi le había observado en las afueras del pueblo con su disfraz de lobo, sabiendo que él vendría preparado a este encuentro. Su firma brillaba y parecía relajado y descansado, todo lo cual formaba parte de una representación, por descontado, aunque debía admitir que era impresionante. Sólo sus agudos sentidos lupinos eran capaces de distinguir la verdad debajo del atractivo, el ligero olor a sudor de la ansiedad, del polvo y de la fatiga, y gruñó, sonriendo satisfecha.

Así que, después de todo, ella tenía razón. Él iba de farol. Su energía mágica estaba a su nivel más bajo, venía solo y la única ventaja que aún poseía, la lealtad duradera de los otros, iba a acabarse en cuestión de poco tiempo.

Regresó corriendo a la casa parroquial, entró a través de la puerta lateral entornada y recorrió el camino con rapidez para despertar a Nat.

–Ya está aquí -le dijo.

El párroco replicó con un cortés asentimiento. No parecía confundido en

absoluto a pesar de que acababa de despertarle, y de hecho, Skadi se preguntaba si realmente había estado dormido. Se levantó, y vio que se había acostado con la ropa puesta. Sus ojos relumbraban a la luz de la luna y mostraba los dientes al sonreír. Sus colores no revelaban nada salvo emoción y una mano se dirigió diligente hacia el Buen Libro que tenía al lado de la cama, mientras la otra aferraba la llave dorada en su cuerda de cuero.

–¿Recuerdas lo que tienes que hacer? – le preguntó ella.

El asintió en silencio.

Ethelberta se había puesto a chillar cuando vio el lobo blanco al lado de la cama y volvió a gritar aún más fuerte cuando Skadi recuperó su forma natural. Ni la Cazadora ni el hombre le prestaron la menor atención.

Ahora, tumbada en el tálamo con su camisón, estaba temblando.

–Nat, por favor -dijo.

El párroco ni siquiera la miró. De hecho, en ese momento, ni siquiera se parecía a Nat en absoluto: de pie al lado de la cama con camisa y pantalones, su sombra alargada rozando el techo y un *resplandor* -ella estaba segura de que era algún tipo de resplandor-procedente de sus ojos ansiosos.

Ethelberta se sentó de un salto, todavía mortalmente asustada, pero luchando por expresar la rabia y la furia ante aquella criatura sin forma, esa *arpía* desnuda, que había seducido a su marido y le había conducido a la locura y aun a cosas peores. Ethelberta sabía que nunca había sido una belleza, ni siquiera en sus años de juventud, pero la hermosura no habría valido de nada, pues ni siquiera la misma reina de mayo habría podido sostener una vela ante el demonio que él llamaba la Cazadora. Sin embargo, Ethelberta amaba a su marido, por muy vanidoso y superficial que fuera, y no estaba por la labor de quedarse quieta mientras le veía consumirse.

–Por favor -repitió, cogiéndole del brazo-, por favor, Nat, dile que se vaya. Diles a todos que se vayan, Nat. Son demonios, y te han robado la mente…

El hombre se limitó a echarse a reír.

–Vuélvete a la cama -le indicó y en la oscuridad su voz había adquirido una resonancia que no había tenido a la luz del día-. Este no es asunto tuyo. Estoy aquí por asuntos del Orden, y no quiero que interfieras en ellos.

–Pero Nat, soy tu esposa…

El la miró entonces y sus ojos eran como remolinos de un fuego extraño.

–Un examinador del Orden no tiene mujer -replicó.

Y se desmayó.

Estuvo ausente sólo durante unos segundos. Skadi le revivió con un fuerte pellizco mientras Ethelberta se sentaba con los ojos llenos de lágrimas y las manos fuertemente apretadas contra la boca.

«Un examinador del Orden no tiene mujer».

¿Qué se suponía que significaba eso? A Ethel Parson no se la tenía en mejor consideración por su intelecto que por su belleza y todo el mundo sabía que había comprado su posición social con el dinero de su padre, y tampoco es que fuera una pensadora independiente. Nadie la había estimulado a que hablara por sí misma. Le habían dicho siempre que bastaba con que cada uno cumpliera con su deber, ser una buena hija de la Iglesia, una buena ama de casa, una buena anfitriona y una buena esposa. Ella también había aspirado a ser una buena madre, pero no se le había concedido esa alegría. Sin embargo, Ethel no tenía nada de tonta y ahora su mente se apresuraba a intentar comprender lo que estaba ocurriendo.

«Un examinador del Orden no tiene mujer».

¿Y qué quería decir eso? Desde luego Ethel no abrigaba ninguna ilusión respecto al afecto que pudiera tenerle su marido. Una chica fea rara vez se casa por amor. Y el dinero, a diferencia de la belleza, a menudo aumenta con los años. Aun así,

verse rechazada de una manera tan ruda y delante de ella…

«No es momento para la autocompasión, Ethelberta. Recuerda quién eres».

La voz interior que decía esas palabras era áspera, pero de algún modo, familiar. Ethelberta la escuchó con una creciente sorpresa. «Qué más da, si es mi voz», pensó. Era la primera vez que ella había considerado una cosa semejante.

Miró a su esposo, que todavía yacía en el suelo. Era consciente en ese instante de una gran cantidad de sentimientos: ansiedad, miedo, traición, dolor. Los comprendía todos, aunque había aún algo más, algo que finalmente pudo reconocer, con algo de sorpresa, como desprecio.

–Ethel… -dijo Nat con voz débil-. Tráeme agua y algo de ropa. También las botas que están en la trasera de la cocina y un vestido para la señora, nuestra invitada. El tuyo de seda rosa irá bastante bien o quizás el lila.

Ethelberta dudó. La obediencia formaba parte de su naturaleza, después de todo, y le parecía que era muy desleal permanecer allí sin hacer nada mientras su esposo pasaba necesidad, pero era difícil de ignorar esa voz interior una vez oída.

–Ve tú -replicó con dureza.

Tras colocarse bien el camisón en los hombros, se volvió y salió a zancadas de la habitación.

Su marcha no preocupó a Nat en demasía. Tenía otras cosas en la cabeza, asuntos de importancia y el menor no era precisamente lo que había ocurrido justo antes de desvanecerse: esa explosión de energía, esa claridad de intenciones, el sentimiento sobrecogedor de ser alguna *otra* persona, no un simple párroco de pueblo en cuyas manos no había otra cosa que diezmos y confesiones, sino algo de naturaleza del todo diferente.

Tomó el Buen Libro del lado de su cama, extrañamente consolado por la familiaridad de su escaso peso en la mano y por la calidez y suavidad de la

gastada cubierta. Entonces, sacó la llave dorada de su cuello y, de ese modo, Nat Parson abrió el Libro de las Palabras.

Esta vez la corriente de energía apenas le conmovió. Y las palabras en sí mismas, esos terribles y extraños cánticos de poder, tuvieron ahora más sentido para él, al pasar las páginas, que las sencillas y familiares cancioncillas que había aprendido en las rodillas de su madre. Esto le hizo percatarse, un tanto mareado, de que lo que ayer le había parecido nuevo e intimidante le resultaba ahora, sin embargo, algo encantadoramente *familiar*.

Skadi le observaba, de cerca y con suspicacia. ¿Qué había ocurrido? Un momento antes estaba tirado en el suelo, dándole órdenes a Ethel y pidiendo sus botas, y al minuto siguiente era simplemente… *distinto.* Como si alguien hubiera encendido una luz en su interior o una rueda hubiese girado hasta cambiarle del individuo blando y bastante superficial que había sido, a una criatura diferente. Y todo apenas en un pestañeo. ¿Podría ser la Palabra, quizás? ¿O simplemente la emoción anticipada de la acción?

Era un tema que le habría gustado explorar con más detenimiento, pero no había tiempo. Odín estaba ya de camino y de momento ella necesitaba a este hombre y su Palabra para que su plan tuviera éxito. Después, ya se vería. El párroco era alguien de quien se podía prescindir una vez que hubiera servido a sus propósitos. Skadi no tendría el más mínimo remordimiento en dar por terminado aquel acuerdo.

Y de hecho, pensó, incluso sería un alivio.

Capítulo 13



«En los tiempos antiguos -pensó Héimdal-, habríamos celebrado un consejo en el salón de Bragi, habríamos comido carne y bebido cerveza entre risas y canciones». Ahora, por supuesto, le deprimía el simple recuerdo de aquellos días pasados.

Miró por la ventana hacia el patio, donde Odín permanecía a la espera, pero ya no era un anciano encorvado, sino un hombre erguido y más alto que cualquier mortal, aureolado por el fulgor de su verdadero aspecto. A Héimdal le dio la impresión de que estaba hecho de luz, y que si cualquier humano de la Gente se hubiera atrevido a mirarlo habría visto esa firma mágica azul emanando del rostro de aquel mendigo tuerto, chorreando de las yemas de los dedos y chisporroteando en sus cabellos.

–Iré -dijo Héimdal.

–Todos iremos -aseveró Frey, y miró a los restantes vanir apostados a su alrededor, que también se mostraban con su verdadero aspecto, pletóricos de luz. Idún y Bragi refulgían como el sol del estío, Njord empuñaba el arpón y Freya, Freya…

Se apresuró a darse la vuelta, ya que no era prudente mirar directamente a la diosa del deseo cuando se manifestaba con su verdadera apariencia, ni siquiera aunque él fuera su propio hermano.

–Me pregunto si esto es del todo prudente, hermana…

La aludida rompió a reír con una hilaridad que sonó como el tintineo de las monedas y el último estertor de los moribundos.

–Tengo asuntos pendientes con Odín el Tuerto, querido hermano, y créeme, no me perdería este encuentro por nada del mundo.

Había una botella de vino en la mesa próxima. Bragi la tomó, pues las leyes de los Tiempos Antiguos prohibían el derramamiento de sangre allí donde se había compartido comida y bebida. Quizás el salón de Bragi hubiera quedado reducido a polvo, pero todavía pervivían las leyes del honor y la hospitalidad, y si Odín quería parlamentar, bueno… Cualquier cosa que se hiciera, debía hacerse conforme a la ley.

Los seis vanir se encararon con el Tuerto, que refulgía como alguien recién salido de una leyenda, como el reflejo de la luz del sol en las montañas.

Odín ofreció el pan y la sal.

Bragi escanció vino en una copa.

Los videntes bebieron uno tras otro…

…salvo Skadi, por supuesto, que permaneció en el interior de la casa observando desde la ventana en compañía de Nat Parson. El hormigueo del cuerpo le indicaba la inminencia del momento. Sostenía en la mano un vaporoso pañuelo de encaje en el cual estaba inscrita Fé, la runa de la riqueza. Junto a ella, Parson aferraba el Libro de las Palabras y permanecía con la vista fija en sus líneas. Y además, aunque ninguno de ellos estaba al tanto, ni siquiera los dioses cuyos destinos están tan peligrosamente entrelazados, había otra testigo de aquel encuentro, que contemplaba la escena oculta en las sombras del umbral de la puerta, aterrada y temblorosa de pura rabia.

Odín se dio el lujo de relajarse levemente cuando el último de los augures hubo honrado la antigua ley.

–Es bueno volver a veros, amigos míos, es magnífico a pesar de los tiempos aciagos que corren -los saludó. Su ojo fue pasando de un miembro a otro del grupo y, luego, añadió en voz baja-: Falta alguien, ¿no? ¿La Cazadora, tal vez?

–Considera más prudente mantenerse alejada. – Héimdal dejó entrever los dientes de oro-. Ya intentaste matarla en una ocasión.

–Aquello fue un malentendido.

–Me alegra oírlo, ya que Skadi tiene la impresión de que nos has traicionado, que Loki anda suelto y que vosotros dos volvéis a estar juntos -replicó Héimdal-, igual que en los viejos días, como si no hubiera sucedido nada, como si el Ragnarók no pasara de ser un juego que perdimos y ahora tuviera lugar otra partida. – Entrecerró los ojos y miró a Odín-. Por supuesto, es ahí donde Skadi se equivoca, porque tú nunca harías eso, ¿a que no? Jamás harías eso, sabiendo las consecuencias de ese acto para nuestra amistad y nuestra alianza.

Odín permaneció en silencio durante un tiempo. Ya había previsto la situación, sin duda: el fiero y leal Héimdal era el vanir a quien él más apreciaba, y también el que más aborrecía a Loki pero, por otra parte, debía tener en cuenta a Maddy y si ella había tomado al Susurrante…

–Viejo amigo… -empezó.

–Corta el rollo -le atajó el portavoz de los vanir-. ¿Es cierto?

–Bueno, sí, así es. – Odín sonrió-. Ahora, antes de que saques conclusiones precipitadas… -Héimdal se había quedado mudo de asombro, con la boca abierta, a media palabra-. Me gustaría explicaros mi punto de vista antes de que concluyáis algo erróneo -repitió Odín…

…y sonrió al grupo que estrechó el círculo a su alrededor.

Cuando empezó a hablar el Padre de Todo, nadie se percató de los movimientos de una pequeña criatura; un ratoncito marrón salió disparado desde detrás de uno de los edificios anexos a la casa parroquial y cruzó el patio sin que nadie viera el rastro que dejaba ni lo que llevaba entre los dientes con sumo cuidado, un jirón de algo luminoso como una telaraña y hermoso como las prímulas. El roedor lo dejó caer a menos de un pie de la posición de Odín, descansando por el lado sin adornos. Relucía tenuemente entre el aura de los encantamientos y el polvo del suelo, a la espera de que alguien lo recogiera y admirase. Era exquisito e

inofensivo, un objeto deseable.

–Aunque el Ragnarók fue como si hubiera tenido lugar ayer para vosotros, amigos míos -comenzó Odín-, lo cierto es que muchas cosas han cambiado desde entonces. Los dioses de Ásgard están casi extinguidos. Hemos perdido nuestros territorios y nuestros nombres han sido olvidados. Fuimos lo bastante arrogantes como para creer que el mundo terminaría con nosotros en el Ragnarók, pero una edad no es más que otra estación en el crecimiento de Yggdrásil, el Fresno del Mundo, para el que somos simples hojas del pasado, hojas caídas a la espera de que nos retiren.

–¿Es ésa la mejor noticia que puedes darnos después de quinientos años? – le interrumpió Frey.

–No tenía intención de que sonara como algo negativo -contestó Odín con una sonrisa.

-*¡Negativo!* -estalló Héimdal.

–Por favor, te he dicho la verdad, pero debes tener en cuenta otras consideraciones. Quizá Skadi os haya hablado ya del Orden, pero ella ha dormido desde el Ragnarók, igual que vosotros.

El ratoncito correteó hacia atrás y cruzó la pared por un agujero en la valla, luego se detuvo y alzó la cabeza.

–Por el contrario, Héimdal, yo me he dedicado a estudiar y comprender el Orden desde su mismo comienzo.

–¿Y a qué conclusiones has llegado? – inquirió el aludido mientras le dirigía una mirada llena de recelo.

–Bueno, a primera vista parece simple. A lo largo de la historia siempre ha habido dioses y éstos han tenido adversarios. El equilibrio existe gracias a la conjunción del Orden y el Caos. El mundo los necesita a ambos, precisa del cambio, igual que el Fresno del Mundo ha de mudar las hojas para poder crecer. Comprendimos eso cuando éramos dioses. Valorábamos el equilibrio entre el

Orden y el Caos, y nos preocupamos de preservarlo, pero este nuevo Orden ve las cosas de un modo diferente. No busca conservar el equilibrio, sino destruirlo a fin de erradicar cualquier cosa que no sea Orden, y no estoy hablando de unas pocas hojas muertas. – Hizo una pausa y miró a los vanir que le rodeaban-. En suma, amigos míos, pretende que sea verano todo el año y está dispuesto a talar el árbol si eso no es posible. – Se irguió y acabó el vino de un trago, vertiendo las últimas gotas sobre la tierra como ofrenda a cualquiera de los antiguos dioses que pudiera haber por allí.

»No sé con exactitud qué os ha contado Skadi ni qué trato pretende cerrar con la Gente, pero os aseguro una cosa: *este Orden no hace acuerdos.* Todos sus componentes piensan lo mismo y dispone de poderes que únicamente ahora empiezo a apreciar. Debemos estar unidos si queremos tener una oportunidad de hacerle frente. No podemos permitirnos el lujo de andar con rencillas ni planear venganzas ni erigirnos en jueces de nuestros aliados. Nuestra posición es sencilla. Cualquiera que no sea miembro del Orden está de nuestro lado con independencia de que lo sepan o que les guste, y eso es así sea o no de nuestro agrado.

Un prolongado silencio acogió el discurso de Odín. Bragi se tendió de espaldas y alzó la vista mientras volvía el rostro hacia el manto estrellado del cielo. Frey cerró los ojos. Njord se acarició la luenga barba. Héimdal hizo chasquear los nudillos. Idún comenzó a tararear para sí misma mientras Freya recorría los anillos de su collar con los dedos, provocando un sonido tintineante que debía de parecerse mucho al sueño de todo avaro. Odín el Tuerto se obligó a esperar en silencio con la mirada fija en la oscuridad.

–Hice un juramento en lo tocante al Embaucador -dijo Héimdal al fin.

–Según recuerdo, lo cumpliste sobradamente en el Ragnarók -replicó Odín, que le miró con reprobación-. ¿Cuántas veces más vas a matarle?

–Con otra debería bastar -masculló Héimdal entre dientes.

–Te comportas como un chiquillo -replicó el Tuerto con firmeza-. Os guste o no, necesitamos a Loki. Además, hay algo que todavía no os he dicho. Nuestra rama del árbol no está tan seca como pensábamos. Ha surgido un nuevo brote en el

Fresno del Mundo. Se llama Modi, y nos llevará directos a las estrellas si crece recto.

En el interior de la casa parroquial, Skadi esbozó una sonrisa al oír las palabras de Odin.

Nat estaba a su lado, listo y con el Libro de las Palabras abierto. Se volvió hacia ella y le dirigió una mirada inquisitiva. Ofrecía un aspecto pálido y febril, y parecía enloquecido de impaciencia. La Palabra chasqueaba en las yemas de sus dedos como astillas al resquebrajarse la madera.

–¿Es el momento? – preguntó.

Skadi asintió mientras murmuraba un ensalmo muy corto. Se levantó un destello de respuesta a los pies del Tuerto y el pañuelo con encajes de telaraña, bordado con florones y nomeolvides, que ella había dejado abandonado, pareció pasar a ser el centro de atención. La runa Fé atrajo la mirada del Tuerto, tal y como ella había planeado. Odín tomó el jirón de encaje y lo sostuvo en alto durante un instante antes de dar una zancada con la prenda entre los dedos y hacer una reverencia para luego depositarla a los pies de la diosa del deseo.

–Ahora -ordenó Skadi.

Junto a ella, Nat comenzó a leer el Libro de las Invocaciones.

Entretanto, el tercer testigo de la entrada respiró hondo y dio un paso vacilante que la condujo fuera del amparo de las sombras.

Ethelberta Parson había tenido que soportar muchas cosas en las últimas veinticuatro horas. El verse arrinconada en su propia casa, el saqueo de su armario ropero, el registro de las bodegas y la aparente abducción de su aburrido esposo por una banda de degenerados que incluso ahora preparaban el regreso a la casa y acabar con las restantes existencias de vino.

Se dijo con resolución que era capaz de afrontar todo aquello, pero no, todo aquello era un enorme despropósito y había llegado el momento de hacerse

cargo de esa situación y echar de su hogar a aquellos entrometidos. Nat podía irse con ellos si aquello no era de su agrado, le daba igual, pero aquella gente no iba a volver a poner un pie en su morada ni a tocar ninguno de sus vestidos… No, no, a menos que se lo ordenara el Innombrable en persona.

El primer paso con el que salió de la penumbra fue vacilante y la llevó hasta el círculo de luz. «No es la luna -pensó-, pues ya se ha puesto». Delante de ella se hallaba el mercachifle tuerto, haciéndole la venia a la mujerzuela de cabellos del color del lino que le había robado a Ethel el vestido de seda verde. El hecho de que a Freya le sentara mucho mejor que a ella le había provocado un rechinar de dientes de una intensidad impropia en una dama. Esa luz extraña y extemporánea relucía entre el buhonero y la buscona, confiriéndoles una apariencia más hermosa, radiante y apabullante de la que cualquier mortal tenía derecho a tener.

La boquiabierta Ethel dio otro paso en un éxtasis de maravilla y miedo.

El feriante tendió a la ramera la mano, en cuya palma sostenía el jirón de algo muy similar a las hebras plateadas de una telaraña, una seductora prenda de encaje del color de la luz de la luna. Se la ofreció a la mujer vestida de verde, diciendo:

–¿Lo deseáis, mi señora?

Ése era el momento esperado por Nat.

–El le dará el pañuelo a Freya. Entonces, y sólo entonces, puedes liberar el poder de la Palabra. Se estropeará todo si te anticipas un segundo y perderemos a ese bastardo como tardes un instante de más -le había instruido Skadi-, pero la venganza será nuestra si lo haces bien, Parson, y contaremos con la bendición de los vanir como recompensa.

Skadi daba por seguro que la muerte de Freya iba a causar una honda mella en los videntes. Frunció el labio mientras lo consideraba. Lo cierto es que demostraban tener muy poco gusto, pero estaba convencida de que iban a encontrar cierto consuelo en el cumplimiento de la venganza.

«Intenta sellar una alianza con ellos después de eso», se instó a sí misma. Gruñó de placer cuando vio al tembloroso Nat Parson lleno del gran poder de la Palabra hasta el punto de relucir.

Era un sentimiento maravilloso notar el fuego en la sangre, pues parecía tener las venas y las arterias llenas de brandy caliente, como todo él. Quizás estuviera incluso un poco pirado, pero ¿por qué iba a preocuparse mientras experimentara aquello?

Entonces, Ethelberta salió a la luz.

–Esa es mi esposa -comentó él con sorpresa.

Skadi maldijo y lanzó su energía mágica.

–¡Ahora! – ordenó de nuevo sin dejar de soltar imprecaciones contra Ethel por haberse interpuesto entre ellos y luego tomar lo que Freya sostenía en la mano.

–¡No os quedaréis con nada más, ni un mísero trapo! – dijo a voz en grito.

Los vanir contemplaron la escena, algunos con una sonrisa en los labios, todavía sin percatarse del peligro. Esta vez, Skadi soltó por la boca sapos y culebras, ya que la Palabra, el ensalmo que habría congelado allí mismo a Odín y matado a Freya ante los ojos de los vanir, había fallado por culpa de Nat, que había dicho «Esa es mi esposa» con esa estúpida voz suya mientras la energía mágica fluía por sus dedos. El resultado de todo aquello fue que pasó rozando a Odín y acabó congelando a un pájaro del cielo a cinco kilómetros de la aldea mientras que en el patio de la casa parroquial pasaron varios eventos de forma simultánea.

El círculo de los vanir se deshizo en un instante.

Héimdal se hizo a un lado y aprestó descargas mágicas en las yemas de los dedos.

Bragi entonó una canción de protección.

Frey desenfundó la espada mental y se encaminó en dirección a la casa.

Freya se transformó en un halcón de cola roja y remontó el vuelo para alejarse del área de peligro, dejando atrás el vestido verde de Ethelberta.

En medio de aquel caos de ruido, movimiento y auras mágicas, nadie se percató de que la esposa del clérigo yacía agonizante en el suelo ni de que Odin había aprovechado la confusión para hacer mutis por el foro.

Nat vaciló.

–Ethel… -murmuró.

–Olvídala -ordenó Skadi-. Se puso en medio a estorbar. – Aferró a Nat por el brazo y le obligó a mirarla-. Ahora, dime, Parson, ¿eres capaz de hacerlo?

El interpelado contempló fijamente a la Cazadora, cuyo aspecto verdadero era una visión terrible incluso para los dioses. Se sintió mareado. Habían desaparecido la Palabra y los sentimientos que ésta producía en su interior. Quizá retornaran, se dijo para sí, pero él iba a necesitar tiempo para retomarla y disponerlo todo…

–Magistrado… -susurró.

–¿Qué…? – inquirió ella.

–Un don por mis fieles servicios… -dijo Nat.

Skadi maldijo y soltó otra descarga mental en la noche. No había otra forma de tratar con la Gente, dijo para sí, airada. Había sido una estúpida al creer que él era diferente. El hombre era débil y desvariaba. Los vanir iban a descubrir de un momento a otro la identidad del traidor e iban a acudir a por ella.

Lanzó otra runa Isa contra el patio. Njord se quedó helado con el arpón en la mano, pero el efecto no duró mucho. Los vanir la aventajaban de largo si ella no contaba con la ayuda de la Palabra que los inmovilizara y los dejara indefensos.

Se volvió una última vez hacia Parson, pálido y con el rostro bañado en sudor.

Pensó por un momento que se había quedado perplejo tras la muerte de su esposa, pero Skadi intuyó que no era así cuando estudió de cerca sus ojos obsesionados. Había visto expresiones similares en el pasado, en hombres que habían caído en trance mientras la adoraban. El horror llegaba tras el éxtasis. Eso fue lo que vio en las pupilas de Nat Parson, un enorme pavor, y supo que estaban perdidos. Odín se había escabullido y los vanir les iban a caer encima de un momento a otro.

«La próxima vez», se prometió la Cazadora al tiempo que sacudía por los hombros al religioso.

–Escúchame, amigo…

Nat volvió los ojos lentamente hacia ella.

–No… me… llames… amigo…-contestó con un hilo de voz.

Ah, por fin una reacción. «¡Bien!», dijo para sí.

–Haz lo que digo si quieres vivir. ¿Deseas salvar la piel?

Él asintió sin despegar los labios.

–Entonces, sígueme si puedes, Parson. Toma el Buen Libro y sígueme a la carrera.

Dicho esto, ella adoptó la forma de loba blanca como la nieve y salió como una flecha por la puerta de atrás. Los dedos acolchados de las pezuñas no hicieron ruido alguno al rozar el duro suelo y se desvaneció como el humo en la noche.



Capítulo 14



La vida que Nat había conocido había terminado para siempre en menos de un minuto. Habían desaparecido la casa, la esposa, la grey de feligreses, la comodidad y las ambiciones. Ahora era un fugitivo.

El lobo de pelambrera blanca corría delante de él en dirección a la seguridad que ofrecía la colina del Caballo Rojo. El viento era cortante y el aire estaba limpio. El suelo endurecido por la escarcha crujía a cada pisada mientras empezaba el canturreo de los pájaros y una palidez verdosa clareaba el color violeta del firmamento. De pronto, Nat cayó en la cuenta de que hacía años que no contemplaba un amanecer.

Ahora, iba a poder contemplarlo siempre que lo deseara.

De pronto, esa *certeza,* le abrumó hasta el punto de que rompió a reír. La loba blanca se detuvo durante unos segundos y gruñó antes de proseguir su avance.

Nat la ignoró. Al fin era libre, gozaba de la libertad por la que tanto había suspirado, libertad para usar sus talentos y su poder…

«Sí, sí, pero ya no lo tienes».

Torció el gesto. ¿Quién había hablado?

Sacudió la cabeza para aclararse las ideas. «He pasado por una situación muy tensa -dijo en su fuero interno para intentar tranquilizarse-. Es natural que esté un poco confuso y algo desorientado». Después de todo, había perdido a su esposa.

«Un examinador del Orden no tiene esposa».

Las palabras salieron de su mente de forma espontánea y luego las recordó como si las hubiera oído en un sueño. Recordaba haber dicho algo sobre Ethelberta cuando se derrumbó, exhausto, y la voz le habló, o mejor dicho, habló a través de él…

Era la misma voz, a pesar de que ahora sonaba más triste, aunque seguía teniendo un timbre de incuestionable autoridad, suave, preciso y con un leve deje de arrogancia, hasta el punto de que llegó a pensar que la había oído antes mientras intentaba recordarla del mismo modo que se hace con las canciones infantiles olvidadas cuando se las oye a lo lejos muchos años después y de un modo inesperado.

–¿Quién eres? – murmuró Nat con ojos desorbitados-. ¿Eres un demonio? ¿Estoy poseído?

Un suspiro tan audible como el susurro de la brisa resonó en su mente.

«Me oye -suspiró la voz-, al menos me oye».

–¿Quién eres? – repitió con brusquedad.

«Un hombre -contestó-, o eso creo».

–¿Un hombre? ¿Quién?

«Elías Rede -le susurró la voz-, el examinador número 4.421.974».

Nat Parson se quedó petrificado durante un buen rato. El alba se reveló como una decepción, ya que no brilló el sol y la promesa de la luz diurna se perdió bajo un velo de nubes. Al clérigo le entraron unas ganas repentinas de orinar, pero no se atrevía a hacerlo tras los arbustos cercanos porque, aun sin ser capaz de definir las razones, le parecía indecoroso teniendo como tenía a aquel interlocutor en el interior de su mente.

–Se supone que estás muerto -replicó al fin.

«Quizá -concedió el examinador-, pero sigo aquí».

–Bueno, pues vete ya.

«¿Acaso piensas que no lo he intentado? – preguntó el examinador-, ¿crees que

me apetece estar preso dentro de tu cabeza?»

–No es culpa mía que estés ahí dentro encerrado.

«¿Ah, no? – saltó el examinador-. ¿Quién se interpuso en mi camino cuando pronuncié la Palabra? ¿Quién robó el poder de mi último conjuro? ¿Y quién está utilizando el Libro de las Palabras sin control y sin ningún tiempo de práctica que respalde su autoridad, por no mencionar el ayuno, la meditación y ninguno de los estados intermedios o avanzados de la dicha espiritual?»

–Ah, eso -repuso el clérigo. Se produjo un largo silencio-. Quise hacer lo correcto.

«Nada de eso -le refutó el examinador-, ibas tras el poder».

–En tal caso, ¿por qué no me detuviste?

«Ah, eso», dijo el examinador.

Tuvo lugar otra pausa.

–¿Y bien?

«Bueno, en vida tenía ciertos deberes y restricciones, unos protocolos que debía respetar como examinador, tales como el ayuno y la preparación, pero ahora…» Se detuvo y Nat escuchó las carcajadas en el interior de su mente. «Vamos, Parson, ¿de veras necesitas que te lo explique? Ya lo has probado y sabes cómo es…»

–Ya, eso de usar la Palabra sin autorización, tal y como acabas de hacer, es para que me sienta inferior, ¿no?

«Afróntalo, eres un simple cura de a pie, y yo…»

–¡Un simple cura! Tienes que saber…

«Amigo mío, yo…»

–¡Y no me llames amigo!

Dicho esto, se dio media vuelta, se desabotonó el pantalón y apuntó hacia los arbustos antes de evacuar al fin aguas menores mientras el examinador 4.421.974 farfullaba y protestaba en su cabeza. Skadi, todavía en su forma lupina, captó el aroma de su presa y echó a correr hacia el Ojo del Caballo, ignorando el drama acaecido en el camino a sus espaldas.

La partida de vigilancia los vio llegar desde su atalaya en lo alto de la montaña. Era un grupo de sólo cuatro miembros apostado allí por Nat con órdenes de informar acerca de cualquier tránsito inusual que entrara o saliera del Ojo del Caballo. No había pasado nadie para alivio de todos, salvo unas figuras que se habían escabullido a medianoche y que tal vez habían sido ratas, aunque lo más probable era que se tratase de trasgos.

Poco antes del alba, los hombres se habían quedado dormidos debajo de la rueda de una de las máquinas que ahora estaban en silencio mientras montaba guardia Adam Scattergood, que se había ofrecido bravamente a fin de que pudieran cumplir con más seguridad su deber. En este momento estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una piedra mientras comía tasajo y vigilaba el camino.

Se levantó de un salto de su puesto en cuanto vio a Nat.

–Eh, señor Parson, ¡aquí!

El grito alertó a los hombres dormidos, tal y como pretendía, pues su tío le había prometido darle un chelín si permanecía despierto.

Dorian Scattergood entreabrió un ojo mientras a su lado Jed Smith y Audun Briggs comenzaban a desperezarse. Cuando el párroco llegó al pie de la colina, daba la impresión de que los tres habían permanecido alerta durante horas. Fue entonces cuando distinguieron a la loba blanca, que corría por delante del clérigo y había coronado la colina por el lado ciego, de modo que la tuvieron prácticamente encima de ellos antes de saber lo que estaba sucediendo. Al ver una loba de pelaje de un blanco níveo moteado de gris y el hocico cubierto por

una maraña aterciopelada que dejaba al descubierto dientes agudos como cuchillas y blancos como una hilera de carámbanos de hielo…

…se aterraron. Era poco habitual encontrar lobos en el valle del Strond y ninguno de ellos, salvo Dorian, había visto a uno tan de cerca. Esa experiencia le salvó la vida, ya que se revolvió y se fue hacia el animal con los brazos extendidos y un agudo grito. Skadi le eludió en cuanto olfateó el efluvio de una presa más sencilla y saltó sobre Audun, que se había alejado a por el petate sin tomar el cuchillo que llevaba al cinto. El carnívoro le desgarró la garganta con la misma facilidad con que los niños atrapan con los dientes las manzanas que flotan en agua.

Había sido una noche desquiciante para la Cazadora. El fracaso de sus planes, la debilidad de su cómplice, la fuga de la presa y el efecto acumulativo de pasar tanto tiempo bajo la piel de un animal conspiraron para fortalecer sus instintos lobunos, que la urgían a cazar y morder, a buscar el alivio en la sangre.

Además, tenía hambre. Zarandeó al hombre con energía hasta asegurarse de que estaba muerto y comenzó a comer tras haber olfateado la sangre con cuidado.

Los otros tres hombres contemplaron la escena sin dar crédito a sus ojos. Jed Smith sacudió la cabeza para salir del trance y echó mano a la ballesta que tenía al lado. Dorian comenzó a retroceder con sumo cuidado hacia la ladera más alejada de la colina sin perder de vista a la loba mientras ésta comía. Esa precaución también le salvó la vida.

Adam no era ningún héroe y sufrió un ataque de náusea.

Nat llegó junto a ellos en ese preciso momento.

–Señor Parson -le saludó Jed en voz baja.

Nat le ignoró. Seguía en trance, con la cabeza ligeramente inclinada y la mirada fija en la abertura de la colina. La loba levantó la vista de la carne durante un instante, enseñó los dientes y volvió a centrarse en la presa. El clérigo apenas pareció darse cuenta.

Adam Scattergood, que jamás se había mostrado propenso a pensamientos descabellados, se descubrió pensando: «Parece muerto».

Sin embargo, lo cierto era que Nat jamás se había sentido más rebosante de vida. El repentino descubrimiento en su mente del examinador 4.421.974 le había ofrecido una perspectiva totalmente nueva. La voz era real y él no estaba chiflado como había temido. Se habían aplacado el terror inicial y la indignación ante aquella intromisión en su mente tras comprender que no debía temer nada. El poder era suyo. Él ostentaba el control. «Tu loba se está papeando a ese hombre. Pensé que deberías saberlo».

Nat lanzó una mirada a Skadi. Tenía el hocico, el cuello y las patas delanteras manchados de sangre.

–Déjala -ordenó-. Necesita alimentarse.

Jed Smith oyó las palabras casi por casualidad, y sin bajar la ballesta, se volvió a mirar a Nat con cara de espanto. Había estado feliz de poder rehuir a Skadi, pero los relatos de sus poderes habían llegado lejos y él no albergaba duda alguna de que ésa era la misma mujer demoníaca que había asesinado al examinador y se había apoderado de la mente del clérigo.

–¿Señor Parson? – le llamó.

El interpelado fijó en Jed unos ojos de un brillo muy extraño.

Jed tragó saliva y se dio la vuelta para descubrir que Dorian había huido. En la cima únicamente quedaban Adam y él.

–Ella va a necesitar ropa -comentó Parson-y las del otro hombre están manchadas de sangre.

Jed Smith meneó la cabeza. Le temblaba tanto la mano que la ballesta parecía un borrón.

–No dejéis que me mate. Os prometo que no diré ni mu -aseguró.

«¡Qué interesante!», pensó Nat Parson, que siempre había tenido a Jed por verdadera escoria, apto únicamente para romper cosas, pero ahí estaba demostrando una chispa de verdadera inteligencia. Y lo que decía era obvio, por supuesto. Ni se le pasaba por la cabeza que los más acérrimos partidarios de su rebaño de fieles pudieran aceptar el asesinato de un lugareño. Resultaría evidente que Audun había perecido a manos de un lobo que merodeaba por los alrededores, pero si Jed se iba de la lengua…

Nat sopesó con cierta sorpresa la facilidad con que puede matarse a un hombre. Quizás era la muerte de Ethel lo que le había endurecido o quizá se debía a la experiencia del examinador en ese ámbito. Nat Parson se había planteado el asesinato tanto como aparecer en misa completamente desnudo, pero ahora lo hizo y descubrió atónito que la verdad era que no le preocupaba.

«Bueno -le dijo el examinador-, hace falta coraje para llevar a cabo lo que hay que hacer».

–En tal caso, ¿no hay…?

Nat se interrumpió y de forma consciente continuó en su mente: «…¿no hay pecado en semejante acto?».

«Por supuesto que no -le replicó el examinador-. El único pecado es fallar al acometer una obligación».

«Pensamos lo mismo», contestó Nat, sorprendido.

«Quizá sea ésa la razón por la que nuestras mentes encajan tan bien».

Nat se quedó sumido en sus pensamientos durante un momento. ¿Había sucedido por ese motivo el encuentro entre dos mentes que perseguían un mismo objetivo en un momento tan crucial?

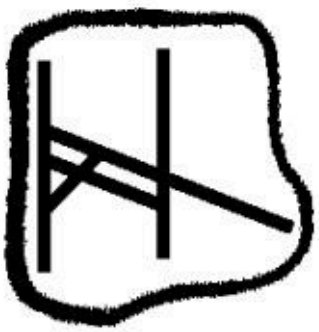
–Muy bien -le dijo a Jed, sonriéndole-, pero voy a necesitar tus ropas. Venga, rápido, hombre, no tengo todo el día.

–¿Me lo prometéis? – inquirió Jed, cuyo temblor alcanzó tales proporciones que apenas era capaz de desatarse los cordones de las botas-. ¿Prometéis no dejar que ella me mate?

–Lo juro -dijo Nat, sin dejar de sonreír a Jed, que intentó descalzarse con más tranquilidad tras obtener esa promesa.

Tampoco le había mentido después de todo, se dijo para sus adentros cuando empezó a entonar el ensalmo pertinente. Jed Smith se desplomó a plomo sobre el suelo. Se quedó un tanto estupefacto al sentir el zarandeo de la cima de la colina por efecto de la Palabra. Además, ¿por qué motivo debían quedarse los videntes con toda la diversión?

LIBRO SIETE



Averno

Los muertos lo saben todo, pero les importa un bledo.

Lokabrenna, 9:0

Capítulo 1



Muchos caminos conducen al Hel. De hecho, podría discutirse si no era cierto que todos los caminos llevaban al Hel, eje incuestionable en torno al cual pivotan el Orden y el Caos, donde ninguno de los dos predomina y nada ni nadie cambia.

Al igual que el Orden perfecto, el Caos puro es prácticamente inhabitable. Las numerosas criaturas que actúan bajo su influencia, como demonios, monstruos y otros seres similares, son meros satélites que se deleitan en el Caos igual que la tierra en el calor del sol, conociendo al dedillo los peligros de una excesiva exposición. El Sueño también tiene sus reglas, aunque no sean necesariamente las de ningún otro lugar, pero está demasiado cerca del Caos para que nadie se encuentre a gusto, de ahí que sean tan pocos los que se atrevan a demorarse allí mucho tiempo, y en cuanto al Averno, hay que estar loco para pensarlo siquiera.

Loki había sopesado todos estos argumentos con creciente desazón mientras él y Maddy recorrían el largo y transitado camino al Hel, que, por razones evidentes, era muy accesible y estaba en mejor estado de lo que cabía esperar, razón por la cual el piso de piedra del corredor mostraba un surco perfectamente nítido a pesar de que los muertos dejaban menos huella que los vivos. Un billón de viajeros hastiados del mundo, quizá más, había rozado los muros de roca del pasadizo hasta dejarlos tan pulidos como un espejo.

Eso no significaba que el Hel fuera el destino final de todos ellos. «Eso habría sido demasiado llevadero», rezongó Loki. No, más allá del Inframundo se extendía el Averno, que en sí mismo no era mucho más que una isla entre las muchas que jalonaban el ancho cauce que marcaba la línea divisoria entre el Trasmundo y el Más Allá, donde estaba el Caldero de todos los Ríos, eterno y

letal incluso para los muertos.

El Susurrante había permanecido en un misericordioso silencio conforme se acercaban más y más al Inframundo, pero Loki percibía su alborozo con tanta claridad como su miedo, un entusiasmo lo bastante persistente como para ponerle a prueba y llevarle al límite cuando se encontrara en apuros, y eso iba a suceder. La energía mágica de Loki no era la más fuerte y le causaba desconsuelo saber que el Susurrante podía deslizarse dentro de su mente en cuanto se le antojara y dejarla hecha un guiñapo.

Sin embargo, por el momento le había dejado solo y el Embaucador suponía que detrás de ese silencio se ocultaba una cautela que no había estado presente al principio del viaje.

Loki había entrevisto los pensamientos del Susurrante, o eso le parecía, y había descubierto que no se fiaba de lo que pudiera ver o de lo que pudiera decirle a Maddy a pesar de disfrutar del poder que tenía sobre él, razones por las que apenas les había dicho nada a ninguno de los dos y no se había vuelto a repetir el incidente del cruce del río. Aun así, Loki padecía una gran jaqueca, como si la tormenta estuviera en ciernes.

Habían hecho un alto después de vadear el río para reanudar la marcha tras tres horas de sueño, comer un mendrugo de pan y beber un sorbo de agua. Andaban con la vista fija al frente, sin mirar nunca a los lados, y hablando entre ellos únicamente cuando era necesario. Habían abandonado el Supramundo a las once de la mañana anterior y sí alguien le hubiera dicho a Maddy que desde entonces apenas habían transcurrido doce horas, jamás le habría creído.

Empero la muchacha caminaba sin proferir ni una sola queja y Loki, que había previsto que a esas alturas del viaje habría dado media vuelta, no la perdía de vista con creciente desasosiego conforme emprendían el último tramo del recorrido.

Vale de los muertos en el camino había sido vale hasta ese momento, pero ahora se apretujaban en una fétida vecindad alrededor de un centenar por pie cúbico. Los difuntos bajaban o continuaban su camino con lentitud, al menos hasta donde alcanzaba la vista, que en esos instantes no era demasiado lejos debido a

que su presencia fuliginosa empañaba el aire. El hedor era peor que el de cualquier muladar o matadero o vertedero u hospital de campaña que pudiera olerse o imaginarse, y lo impregnaba absolutamente todo. Los zarcillos de la pestilencia se les metían en los pulmones, en la comida, en la bebida, como si fueran dedos de arcilla fétida, y emponzoñaban el aire que respiraban.

Los fallecidos propiamente dichos no se percataban de nada, por supuesto, pero el dúo de intrusos sí. Los dos viajeros pasaban entre los difuntos como naves en medio de bancos de densa bruma, y cuando eso ocurría, los muertos se les acercaban de forma instintiva, atraídos por el calor de sus cuerpos, para tirarles de la ropa y el pelo mientras movían las bocas sin vida en un gesto de muda súplica.

Hombres y mujeres, ladrones y guerreros, mortinatos y marineros ahogados, reyes y vasallos, héroes y bardos, ancianos, asesinos y vendedores de falsos remedios contra la peste, amores perdidos, antiguos dioses, colegiales desaliñados y falsos santos, todos estaban muertos y su existencia se reducía a la de ser sombras de sí mismos -de hecho, menos que sombras-que todavía lucían sus propias mortajas. Maddy y Loki estuvieron a punto de ahogarse en medio de toda aquella desesperación colectiva e incluso el Susurrante permanecía en silencio.

–¿Estás segura de querer hacer esto? – inquirió Loki mientras ella continuaba avanzando con dificultad-. Quiero decir, ¿qué intentas demostrar al final? ¿Y a quién se lo quieres demostrar?

La interpelada le miró con la sorpresa escrita en las facciones. Le parecía que había transcurrido mucho, mucho tiempo desde que ella misma se había formulado esa pregunta. *¿Por qué?* Y la perspectiva de que todavía dispusiera de una posibilidad de elegir…

«¿Por quién estoy haciendo esto? – pensó-. ¿Por los dioses? ¿Por los mundos? ¿Por mi padre?»

Hizo un esfuerzo por visualizar el rostro bonachón y amodorrado de su padre, Tor, el de la barba roja, a quien conocía de tantos y tantos cuentos que estaba segura de identificarle en cualquier lugar donde le viera. Sin embargo, cuando

Maddy le daba vueltas a las palabras *mi padre,* no le venía a la mente la imagen del Tonante, ni siquiera la de Jed Smith, sino las facciones del Tuerto, el inteligente, sarcástico y taimado Tuerto, que le había mentido y quizá cosas aún peores…

Le echaba mucho de menos a pesar de todo eso y si no hubiera estado segura de que involucrarle en aquello era exponerle al mayor de los peligros…

«¿Me estará buscando?»

«¿Me extrañará?»

«Y si lo supiera, ¿se enorgullecería?»

–Sólo hay una forma de averiguarlo -dijo ella antes de continuar caminando con obstinación.

Sería imposible decir cuánto tiempo se prolongó aquello, pues se habían acercado tanto a los límites del Caos que la percepción de las leyes que sujetan los mundos empezaba a deformarse. La lógica nos indica que un viaje de ese estilo a semejante destino es imposible, pero el peregrinaje de Maddy y Loki discurría entre posibilidades y lugares donde no tenía cabida la lógica, la primera servidora del Orden.

El truco consistía en actuar del mismo modo que en la magia, sin darle vueltas a cada movimiento, para pasar por el mundo como si se tratara de un sueño, libre de prejuicios sobre lo que era o no posible, de modo que trazaron la runa Naudr para abrirse paso y descendieron hasta límites inverosímiles del Inframundo, y cuando llegó la mañana, aunque ellos no llegaron a enterarse de que había amanecido, se encontraron encaramados en lo alto de un escarpado precipicio, contemplando un paisaje subterráneo de aguas estancadas cubiertas por la bruma y ríos de morosas aguas oscuras. Toda la llanura presentaba un color mortecino de un tono similar al de un moratón de varios días. Ambos supieron que estaban contemplando el Hel…

…un lugar fresco, pero no gélido, ya que se necesitaba un mínimo de acción para que helase, pero el Hel es un lugar de inacción, y su frío es el relente de la

tumba, el de la tierra en silencio. La pequeña reserva de provisiones se agotaba con rapidez y no se atrevían a probar el agua infecta del Hel, por lo que pasaban hambre y sed la mayor parte del tiempo. Se turnaban para llevar al Susurrante a instancias de Loki, lo cual sorprendió mucho a la joven, pero el progreso siguió siendo muy lento a pesar de eso, y continuaron la penosa marcha hacia un horizonte sombrío al que nunca parecían acercarse.

–¿Y esto va a ser siempre así? – quiso saber Maddy cuando volvieron a detenerse para recuperar fuerzas.

–Para algunos esto no acaba nunca. – Loki la miró y se encogió de hombros-. A otros les lleva el tiempo que les lleva.

–Eso no tiene sentido -replicó ella-. Las distancias no dependen de quién eres.

–Aquí sí -la corrigió Loki.

Retomaron la marcha de forma cansina.

Hay pocas reglas en el Inframundo, pero rara vez se quebrantan las existentes. Los dominios de la Muerte son un lugar en perpetuo equilibrio, un lugar sin movimiento ni progreso ni cambio. Por supuesto, los vivos, que cambian, se mueven y sufren alteraciones, no tienen intención alguna de visitar el Hel. Unos pocos lo han intentado, siempre los hay, pero la tentativa no les reporta ningún bien y la mayoría de los osados exploradores regresan mal de la chaveta o con los nervios muy quebrantados, y eso cuando vuelven.

Incluso los dioses tenían sus buenas razones para evitar el Inframundo tanto como les fuera posible. Es un lugar deprimente y aunque muchos han intentado negociar con la guardiana para suplicar ayuda u obtener el regreso de una única y muy especial alma, esa clase de pactos siempre se habían saldado con llanto, fracaso y una agonía prolongada, cuando no con un poco de las tres cosas.

La salvaguarda del equilibrio se convierte en un precio para ella. Nadie resucita a un muerto sin alterar la armonía, y las consecuencias podrían ser desastrosas si eso ocurriera cerca del Averno. A resultas de todo esto, la guardiana del Hel se

había granjeado una reputación de ser algo excéntrica y poco servicial, y nadie ha vuelto con vida del Inframundo desde que Frig regresó sola después de haber suplicado la liberación de su hijo Bálder el Bello, antes del fin de la Edad Antigua.

Loki era consciente de esta circunstancia, aunque, por otra parte, tenía una poderosa razón para creer que la guardiana del Inframundo podría dignarse a hacer una excepción en su caso y era evidente que el Susurrante también lo creía, lo cual le venía muy bien a Loki, porque esa creencia era lo que le había permitido llegar tan lejos.

Ahora notaba la impaciencia de la cosa.

«Dijiste que ella estaría aquí», dijo.

«Y estará», respondió Loki con un pensamiento, esperando que fuera cierto.

«Más te vale que sea cierto, porque como me hayas mentido…»

–No te preocupes, la guardiana aparecerá -contestó en voz alta-. Acudirá en cuanto sepa que estoy aquí.

–¿Quién? – preguntó Maddy, volviendo la vista hacia él.

–La guardiana del Inframundo -respondió Loki-, Hel la Nonata. Mi hija.



Capítulo 2



Mientras Maddy y Loki se adentraban en el Hel, los vanir del Supramundo no tardaron en percatarse del engaño de Skadi cuando analizaron los detalles de la

emboscada en la casa del párroco. El asesinato de Ethel Parson sugería que el asunto tenía una dimensión más. ¿Había sido un accidente? ¿Qué ocurría con esa mujer? ¿Era una espectadora curiosa alcanzada por el fuego cruzado o era un sacrificio enviado para hacerles creer que no se trataba de ninguna añagaza por parte de la Gente?

–Por supuesto que es una traición en toda regla -había asegurado Frey-. Nos han atraído hasta con promesas de negociación y luego intentaron usar la Palabra contra nosotros. ¿Qué otra razón podría haber?

–Pero ¿qué hay de Odín? – preguntó Bragi mientras se sacudía el polvo del pelo-. Él quería negociar y compartió el pan con nosotros. Deseaba estar en paz con los vanir…

–Vamos, crece -saltó Frey-. No se iba a poner un cartel diciendo: «Esto es una trampa», ¿a que no? Yo propongo no desperdiciar más el tiempo. Vayamos a por él ahora mismo. Hagámosle hablar.

–Veneno en un pañuelo… -murmuró Freya, pensativa-. Lo cierto es que no es el estilo del Tuerto.

–¿Y qué me dices de Skadi? – intervino Bragi-. Podría habernos hecho todo el daño que hubiera querido en el Salón de los Durmientes, cuando estábamos indefensos, de haber sido ése su propósito. ¿Por qué volverse ahora contra nosotros?

–Quizás estaba a la espera de algo -aventuró Frey.

–Dudo que ella pretenda atacarnos -replicó Njord, cuyo rostro mostraba obstinación.

Sus ojos de color azul marino chispeaban de forma peligrosa.

–¿No me digas? – saltó Héimdal, perdiendo los nervios-. ¿Qué te tiene que hacer Skadi para que nos creas, viejo chocho? Te echaría las manos al cuello y aún *lo* interpretarías como una muestra de afecto.

–Eso es ridículo.

–Tú eres el ridículo. Te crees que porque una vez estuvisteis juntos…

–Deja fuera de esto mi matrimonio.

–Tu matrimonio estaba acabado antes de empezar…

Idún no tomó parte en la violenta disputa cuando volvió a estallar otra discusión entre los vanir y vagabundeó junto a su única baja. Ethel Parson yacía boca abajo en el patio, cubierta por el camisón. Los primeros rayos del alba disolvieron los vestigios del encantamiento en el pañuelo. El pelo se le había alborotado y tenía una mancha de tierra en la mejilla. Ahora ofrecía el aspecto insignificante de un naipe descartado en la gran partida, una simple nota a pie de página en el verdadero asunto en cuestión.

Idún se arrodilló en silencio junto a ella, y no sin cierta piedad y no poca admiración, se puso a considerar la desconcertante capacidad de recuperación de la Gente. Le dio vueltas a la condición de unas criaturas tan frágiles y de existencia tan breve que debían soportar tanta miseria, y a la paradoja de que aun así, un golpe que podría haber aniquilado a una diosa no había logrado acabar con esa mujer. Oh, sí, estaba agonizando, pero todavía quedaba en ella una chispa de vida y había movido los párpados, aunque fuera sólo un poco, cuando la Sanadora le tocó la cara.

Los demás vanir continuaban discutiendo a cierta distancia, pero a Idún no le interesaba el motivo de la disputa. Tenía la impresión de que había demasiada gente insatisfecha durante demasiado tiempo, y la mayoría de las veces era por motivos del todo banales. Únicamente la muerte no era trivial. Ella atisbo su misterio en los ojos turbios de Ethel y se preguntó si debía dejarla ir. La mujer estaba inquieta y aquejada de grandes dolores. Pronto iba a estar en paz. Aun así, luchaba por sobrevivir hasta con la última fibra de su ser, e Idún lo percibía con gran intensidad.

Siempre había sido una criatura pasiva. Una esposa sumisa y una hija consciente de las obligaciones debidas a su padre. Había sido una mujer modesta que había

procurado toda su vida pasar inadvertida. Alguien de esas características hubiera debido afrontar la muerte en silencio y sin ofrecer resistencia alguna, pero quedaba temple en la hija de Owen Goodchild. Ella quería vivir e Idún acabó por echar mano al morral de su cintura y extrajo un diminuto fruto seco plateado de tamaño no superior al de su uña diminuta, pero que era el alimento de los dioses. Lo depositó debajo de la lengua de Ethelberta y se aprestó a esperar.

Transcurrió un minuto. «Tal vez haya actuado demasiado tarde», se lamentó Idún en su fuero interno. Ni siquiera las manzanas de la eterna juventud podían salvarla si el espíritu de la agonizante había sido aceptado en los dominios de Hel. Ladeó con suavidad el cuerpo de Ethelberta y le apartó el fino pelo castaño para dejar al descubierto el rostro. Eran unas facciones muy sencillas, eso era obvio, pero la muerte le había conferido un punto de dignidad, una quietud que resultaba casi regia.

–Lo siento -murmuró Idún-. Intenté salvarte.

Y fue en ese último instante cuando la difunta abrió los ojos y recuperó los colores de la vida una vez más. La tez se iluminó y el mustio tono rojizo del otoño se convirtió en un tono naranja, como el de las calabazas. La mortal se levantó de un salto con el aire resuelto y las mejillas sonrosadas.

–¡Voy a recuperar ahora mismo mi vestido, señora! – anunció con voz resonante a Freya.



Capítulo 3



Odín se escabulló en cuanto se torció el encuentro con los,vanir y se dirigió a la colina del Caballo Rojo, el refugio más cercano, adonde llegó con un cuarto de hora de adelanto sobre la Cazadora y el sacerdote tras eludir a Adam y a la

partida de vigilantes dormidos, pero acudió con tanta precipitación que no adoptó las precauciones adecuadas y pagó el precio de no explorar cuando cayó en una de las trampas de Skadi.

En cualquier otro momento, habría visto el fino cordel estirado ante la boca del túnel, listo para saltar en cuanto alguien intentara cruzarlo, pero no fue así en aquella ocasión y quedó atrapado por la trampa, que era bastante tosca, pero a la que habían aplicado la runa Hagall, y para él la luz se apagó como la llama de una cerilla bajo un golpe de aire.

Odín se encontró a oscuras en cuanto se tranquilizó. Trazó Sol para iluminar el camino sin que luz alguna saliera de las yemas de sus dedos y no consiguió arrancar ni la menor fosforescencia a las paredes rocosas del túnel. No era un problema de carencia de energía mágica, razonó para sí una vez que se aseguró de que todavía retenía mucho poder en su interior y únicamente admitió la verdad a regañadientes después de usar en vano la runa Bjarkán. La trampa de Skadi debía de contener algo más que un simple dispositivo para herir o matar.

Estaba ciego.

Odín sopesó enseguida las posibles alternativas. No podía quedarse en aquel sitio, desde luego. No había presenciado el desenlace de la escaramuza en la casa parroquial, pero suponía que la Cazadora iba a seguirle el rastro. Dio por seguro que Loki había huido y que Maddy, que podía haberle ayudado, se había ido. El Susurrante estaba perdido y ni que decir tiene que sin él, cualquier contacto posterior con los vanir estaba fuera de lugar, al menos hasta que recuperara la visión.

Si es que la recobraba.

Por ahora necesitaba alejarse. Skadi podía adoptar la forma lobuna para rastrearle los pasos y la principal preocupación de Odín era alejarla de su pista.

Todavía llevaba puesta la camisa ensangrentada por culpa del virote de ballesta de Jed Smith. Se la quitó con cuidado antes de descender por la galería hasta llegar a una angosta encrucijada, arrastrando detrás de sí la prenda. Tomó el

pasaje de la izquierda y lo siguió durante cierta distancia antes de dejarla allí, sujeta bajo una piedra, para luego desandar lo andado y continuar por el ramal derecho treinta pasos. Entonces, lanzó la runa Hagall contra el techo con la fuerza necesaria para provocar un derrumbe parcial y corrió por el pasadizo lo más deprisa posible.

Sin embargo, la ceguera le hacía tropezar y caer a menudo, aunque, por fortuna, lejos del alcance de la techumbre hundida. El fugitivo confiaba en que el desprendimiento hubiera bloqueado el túnel. Un polvo acre saturaba el aire, pero si la treta daba resultado, aquello al menos ralentizaría a la Cazadora o, si todo salía a pedir de boca, la enviaría hacia una pista falsa mientras él encontraba refugio debajo de la colina. Aun así, ella le habría alcanzado si el instinto de detenerse y alimentarse no hubiera sido tan fuerte, concediendo al perseguido unos minutos preciosos, de modo que el rastro era poco claro y la verdadera presa había huido para cuando ella entró en la colina.

Ahora bien, Odín era cualquier cosa menos alguien desprovisto de recursos. Estaba ciego, pero no indefenso, y durante la huida hacia el Strond comenzó a redescubrir habilidades que no había puesto en práctica hacía siglos. El corredor estaba libre de obstáculos y resultaba fácil apartar de un puntapié las escasas piedras sueltas que había desparramadas por el suelo. Además, contaba con la ayuda del cayado a la hora de explorar las dos paredes del corredor a fin de prevenir que hubiera en el suelo algún obstáculo que pudiera hacerle caer o se interpusiera en su camino.

No tardó en percatarse de un hecho que le avisaba de la próxima bifurcación de la galería: el movimiento del aire. La temperatura, la humedad o la sequedad, lo irrespirable o dulce del mismo eran valiosos indicadores a la hora de seguir una u otra dirección, pues gracias a esto sabía si el tramo subía o bajaba, si era un callejón sin salida o si pasaba por allí una corriente de agua.

Tantear la roca con las yemas de los dedos resultó igualmente provechoso. La piedra húmeda y porosa indicaba la existencia de oxígeno en abundancia y la roca lisa, que era una ruta muy transitada. La acumulación de polvo en el suelo, la distribución de los guijarros, el sonido del cayado al raspar contra un muro hueco, todo eso le proporcionaba indicios que no habrían sido tan aparentes para un hombre acostumbrado a confiar en las evidencias de la vista. No estaba en

desventaja con los videntes, al menos en aquellos pasajes.

Y luego contaba con la visión verdadera. La herida en el ojo bueno no afectaba la visión interior. Bjarkán le permitía seguir distinguiendo los colores y las huellas de la magia y la apagada irradiación indicadora de la presencia de vida.

De este modo, y casi por accidente, fue como Odín descubrió el rastro del Susurrante. Había llegado al corazón mismo de la colina del Caballo Rojo casi al mismo tiempo que Loki y Madi cruzaban el Strond y no halló indicio alguno de ellos allí, pero cuando se acercó al abismo central de uno de los túneles de descenso, la visión verdadera le permitió entrever un fulgor huidizo y olisqueó por vez primera el rastro del Susurrante…

…aunque se percató de que alguien había intentado borrarlo, pero la firma mágica era demasiado fuerte y sobrepasaba aquella tentativa en algunos puntos del camino, donde iba dejando efluvios. En una ocasión el aroma iba unido a un tono violeta familiar y en otra a un retazo reluciente que pertenecía a Maddy de forma inconfundible. Odín pudo comprobar que se movían deprisa y que se dirigían directamente al Inframundo.

¿Por qué iban a arriesgarse a ir allí? No había razón alguna para que Hel diera la bienvenida a Loki. Lo más probable es que ella matara al Embaucador en cuanto le viera, o mejor aún, que le entregara al Averno, donde Surt el Destructor todavía retenía cautivos a los æsir y estaría muy interesado en averiguar cómo se las había ingeniado para escapar uno de sus prisioneros.

«A menos que tenga algo con lo que poder negociar -caviló Odín-. ¿Un arma? ¿O quizás un encantamiento?»

Esbozó una sonrisa ominosa en la oscuridad. Por supuesto. Él no era el único que codiciaba al Susurrante. Lo más probable era que la guardiana también tuviese alguno que otro uso para semejante energía mágica, pero más allá de los dominios de Hel, donde reposaba el equilibrio, en el Averno o incluso más allá…

Se detuvo a reflexionar durante unos instantes. ¿Y era ése el destino de Loki? Pensó en la posibilidad de que usara al Susurrante como moneda de cambio no

con los æsir ni los vanir, ni siquiera con el Orden, sino con el mismísimo Señor del Caos.

Odín sintió que todo le daba vueltas sólo de pensarlo.

«Ese poder combinado con el del Caos podría desestabilizar los mundos y permitiría reescribir la realidad…»

Eso podría traer lisa y llanamente la destrucción del mundo. No otro Ragnarók, no, sino la disolución final de todas las cosas, el colapso de las leyes del Orden y el Caos, una alteración definitiva del equilibrio.

Lo más probable era que ni siquiera Loki se atreviese a poner en marcha semejante concatenación de acontecimientos, pero si no era el caso, entonces, ¿qué esperaba ganar exactamente? Y aún había más, si no actuaba movido por la malicia, ¿comprendía de veras el riesgo asumido, no sólo para su propia vida, sino para toda la creación?



Capítulo 4



La Cazadora al fin se le echó encima; bueno, eran tres cazadores para ser exactos: una mujer, que era también una furia, una diosa y una loba; el tipo en cuyo cuerpo convivían dos hombres, y Adam Scattergood, que empezaba a pensar que incluso la muerte a manos de la mujer lobo sería más misericordiosa que el terror de esos pasajes interminables llenos de sonidos y olores.

Skadi había querido matarle de inmediato y tras recuperar su forma natural se había agachado hasta poner sus ojos a la altura de los de Adam, a quien le había dedicado una sonrisa lobuna y todavía manchada de sangre.

Pero Nat tenía otros planes para Adam, y ahora estaba allí, varios kilómetros por debajo del túmulo del diablo, llevando el libro y el petate del párroco. El miedo le había convertido en una criatura sorprendentemente dócil y no profirió ni una sola queja a pesar del peso de la carga. De hecho, Nat pensó en lo fácil que era olvidarse de la presencia de Adam y lo cierto era que lo hacía durante largos periodos mientras seguían a la loba blanca y se adentraban más y más en el Trasmundo.

Hicieron un alto para aprovisionarse de vituallas y, mientras Nat descansaba, Adam guardó toda el agua y la comida que era capaz de llevar, pan, queso y cecina, montones de cecina, con la muda esperanza de que la mujer loba prefiriera la carne acecinada antes que la chicha fresca de un joven. Adam no tenía ningún apetito y Nat comía con moderación mientras estudiaba el Buen Libro, y parecía discutir consigo mismo de un modo que Adam encontraba de lo más preocupante. A continuación, reanudaron la marcha con Skadi en su forma natural, vestida con las ropas desechadas de Jed Smith y maldiciendo por lo esquiva que estaba resultando la pista. Luego, se echaron a dormir un par de horas, y cuando le despertó una terrible pesadilla, Adam no se sorprendió absolutamente nada al descubrir que la situación era mucho peor despierto que dormido.

Debían de salir de debajo de la colina algo así como un millar de caminos. La tarea de localizar la pista de Odín resultaba difícil incluso contando con los aguzados sentidos lupinos de Skadi, aunque acabó por hallarla. Discurría paralela a su propio camino por un pequeño túnel lateral al que, por el momento, no tenían acceso, pero se encontraban muy cerca, tanto que en una ocasión llegaron incluso a oírle tantear las paredes para avanzar por el túnel contiguo. La loba blanca aulló de frustración al saberse tan cerca, con sólo un espacio de roca entre ellos y la presa.

Pero la forma lupina fatigaba en exceso a Skadi si la mantenía durante mucho tiempo seguido, por lo que se veía obligada a adoptar el aspecto humano con bastante frecuencia. Su fisonomía humana intimidaba a Adam mucho más que la animal. Al menos, cuando parecía un lobo, uno sabía con exactitud con qué estaba tratando y durante ese intervalo no había ni conjuros ni encantamientos ni explosiones repentinas ni sortilegios ni descargas mentales. Adam siempre había aborrecido la magia, sólo que únicamente ahora empezaba a comprender hasta

qué extremos llegaba ese odio.

«Conviene más negarlo todo. Esto es una pesadilla de la que pronto voy a despertar», decía para sus adentros. Eso tenía sentido, ya que él jamás había sido un soñador, por lo que era lógico que aquel sueño excepcionalmente largo y perturbador le hubiera sacado de quicio. «No es más que un sueño», cavilaba, y cuanto más se decía a sí mismo que era un sueño, menos pensaba en su espalda dolorida o en la mujer lobo que avanzaba junto a él o en las cosas imposibles que se le acercaban desde la oscuridad.

Adam Scattergood había adoptado una decisión para cuando llegaron al río. Ya no parecía importarle el haber visto morir a dos hombres, pues ahora estaba lejos de casa en compañía de lobos, tenía los pies repletos de ampollas y los pulmones llenos de polvo de roca. Hasta el clérigo había enloquecido.

Era una pesadilla, sólo eso.

Sólo necesitaba despertarse.

Entretanto, los vanir habían avanzado mucho menos de lo que les hubiera gustado tras el rastro de los perseguidores. No es que el rastro de éstos fuera difícil de seguir, ya que Skadi no hacía intento alguno de ocultar sus colores, pero habían mostrado tan poca colaboración entre ellos hasta el momento que apenas lograban estar de acuerdo en nada.

Héimdal y Frey habían deseado cambiar de forma de inmediato e ir en pos de la Cazadora con una apariencia animal, pero Njord se negó rotundamente a quedarse atrás y su aspecto favorito, el de pigargo, era muy poco práctico en tierra. Freya, por su parte, rehusó de plano, alegando que no había nadie capaz de llevarle la ropa para vestirse cuando recobraran su apariencia normal, y ninguno de ellos fue capaz de hacer comprender a Idún la urgencia de la persecución cada vez que se detenía, y lo hacía continuamente, maravillada por las piedras preciosas o las vetas de metal que veía en el suelo, o las azucenas oscuras que crecían en cualquier punto de las paredes donde había filtraciones de agua.

Frey sugirió metamorfosear a Idún igual que había hecho Odín cuando la convirtió en una avellana para escapar de las garras del Pueblo del Hielo, pero Bragi no quiso ni oír hablar de ello, por lo que al final tuvieron que seguir a pie, mucho más despacio de lo que a todos les hubiera gustado.

Con todo, el sexteto acabó protagonizando un descenso interminable y lleno de disputas. Héimdal se obstinó en que Odín no les había traicionado, Freya se quejó del polvo todo el tiempo, Bragi entonó canciones llenas de alegría que sacaron a todos de sus casillas, Njord estaba impaciente y Frey, receloso, e Idún había perdido toda noción de peligro hasta el punto de que debían tenerla constantemente vigilada durante sus vagabundeos. Sin embargo, cruzaron el Strond apenas una hora después del paso de la Cazadora, ya que Skadi tenía sus propios problemas en las personas de Nat Parson y Adam Scattergood, dado que ambos la ralentizaban considerablemente.

Alguien más había seguido el rastro de Loki al otro lado del Strond. Era una pista fácil de seguir si se sabía dónde mirar. El Capitán había ocultado sus colores, por supuesto, pero le había dejado pequeños restos de ensalmos en cada revuelta, incrustados en los muros del túnel u ocultos debajo de las piedras del sendero para indicarle la dirección de su avance.

La-Bolsa-o-la-Vida no albergaba la menor duda de adonde se dirigían ni de que el Capitán debía de haber perdido un tornillo o estar muy tarambana para creer que existía la más remota posibilidad de regresar con vida de semejante destino…

…pero era el Capitán, y el trasgo había aprendido hacía mucho a no cuestionar sus órdenes.

Le había encontrado en los almacenes de comida, donde el trasgo se había instalado con un lechón y un barril de cerveza. No le había reconocido en un primer momento, pues iba vestido con la saya de Fey la Loca, estaba muy sucio y tenía aspecto de animal acorralado y próximo al agotamiento, pero Loki pronto había atraído su atención y le había obligado a obedecerle con runas y amenazas, dándole instrucciones en apresurados cuchicheos, como si temiera que hubiera alguien a la escucha.

«¿Por qué yo?», había saltado Bolsa con desesperación.

«Porque estás aquí -le había replicado Loki-y porque en realidad no tengo otra alternativa».

El hubiera preferido no encontrarse allí, la verdad, pero las instrucciones de Loki habían sido bastante claras, de modo que el trasgo le había seguido el rastro, recogiendo a su paso los ensalmos usados, y de vez en cuando verificaba la bolsita que llevaba alrededor del cuello, la que le había entregado el Capitán con instrucciones sobre su uso si llegaba a ser necesario.

El trasgo no necesitaba de ninguna energía mágica para estar seguro de que el Capitán estaba en un embrollo. Era evidente que se había metido en un lío de los gordos y se dirigía de cabeza hacia otro mayor, pero seguía con vida, aunque Bolsa no sabría decir por cuánto tiempo.

Verificaba la bolsita cada media hora. El contenido parecía un guijarro normal, pero el trasgo podía ver las runas grabadas en él: Os para los æsir, Bjarkán y Kaen, la propia firma mágica del Capitán, todas diestramente unidas hasta formar un conjunto con el sello distintivo de Loki.



«Esta piedra rúnica te indicará qué has de hacer -le había instruido mientras metía ropas y alimentos en un petate-. Sígueme de cerca y no te dejes ver…»

¿Seguirle? ¿Adonde debía seguirle? El trasgo no se había atrevido a formularle pregunta alguna. De hecho, no necesitaba hacerlo. La expresión del Capitán ya le había revelado más de lo que deseaba saber. Loki se dirigía al Hel, por supuesto que sí, un lugar del que no le gustaba oír hablar ni en los cuentos, e iba a llevarse a Maddy con él.

«Si la piedra se vuelve roja, entonces es que estoy en peligro mortal -le había aleccionado el Capitán-. Sabrás que estoy más allá de cualquier posible indulto

si se pone negra».

La-Bolsa-o-la-Vida casi deseaba que se volviera negra de una vez. Había estado siguiendo el rastro durante tanto tiempo que se le antojaba que eran días. Tenía hambre y sed, estaba extenuado y se preocupaba más y más a cada paso que daba. En los túneles más profundos había ratas y cucarachas casi de su tamaño. También había aguas heladas y pozos ocultos, géiseres y fosas rebosantes de azufre, y sumideros de piedra caliza, pero el trasgo no dejó de seguir el rastro, aunque ya no estaba seguro de si lo que le impulsaba a continuar, un paso tras otro, era el miedo, la lealtad o simplemente esa curiosidad suya que acabaría siendo su perdición.

La piedra había permanecido roja durante cerca de una hora y ahora estaba adquiriendo un tono cada vez más oscuro.



Capítulo 5



Hel la Nonata se devanaba los sesos sin saber qué hacer en un aposento silencioso, escondido en el seno de una miríada de cámaras igualmente tranquilas. Ella se enteraba de cuanto sucedía en el Inframundo y no había necesitado mucho tiempo para percatarse de la presencia de dos intrusos en sus dominios.

Habría ignorado a la pareja de haber sido un caso normal. El territorio de la Muerte era infinito y la mayoría de los intrusos daba media vuelta o sufría una agonía lenta en aquellas desiertas inmensidades, y a ella le valían ambas opciones por igual. Hacía siglos que no había concedido audiencia a ningún ser vivo, e incluso entonces, la visitante había regresado sola. Hel no era generosa ni propensa a las emociones intensas, pero mientras notaba la aproximación de sangre caliente, empezaba a advertir que le embargaba una sensación rayana en

la sorpresa.

Iba a hacerles esperar, por descontado, no mucho, lo justo para castigarlos un poco y empaparles un poco del lento discurrir de las cosas característico de su señorío, ya que el tiempo no significa nada para los muertos, y a los vivos un día en sus dominios se les hacía tan largo como una semana. Por eso, Loki y Maddy midieron su tiempo en tragos de agua, momentos de sueño y mordiscos de mendrugos de pan duros como piedras hasta que se les agotaron del todo y tuvieron que calcularlo en cada uno de los tambaleantes pasos que dejaban en la interminable extensión de arena, donde andaban en círculos, cayéndose y levantándose mientras se preguntaban si ella terminaría por acudir.

Hel abrió un ojo y cerró el otro. El reluciente ojo de su mitad viva tenía una tonalidad de verde muy similar a la de su padre, pero había tal frialdad e inexpresividad en él que parecía más muerto incluso que el del lado muerto de su rostro. El ojo muerto veía más lejos pese a estar cerrado y su mirada fija era como la de una calavera descarnada.

Hel era dos mujeres fundidas en una. Un lado del rostro era liso y blanco; el otro, gris y picado de viruela. Sobre un hombro le caía una melena negra en cascada mientras que sobre el otro descansaba una suerte de cordeles amarilleados y enrollados. Una mano estaba bien torneada mientras que la otra era una garra. Tenía la runa Naudr en la garganta y en la cuerda de encantamientos que sostenía en la mano. El responsable de que anduviera dando tumbos era su pie consumido…

…aunque no era que tuviese la costumbre de andar, pues podía pasar siglos y siglos medio aletargada, únicamente con el ojo muerto abierto para saber de los miles y miles de difuntos que día y noche acudían a su reina de forma incesante.

Muy pocos habían atraído su interés de entre todos esos miles. Los muertos lo saben todo, pero les importa un bledo, rezaba el dicho, y un príncipe muerto vestido de tiros largos no estaba menos muerto que un barrendero, un empleado del servicio de alcantarillas o un fabricante de originales cucharas. Apenas existía variedad entre los muertos y Hel había aprendido a ignorarlos a todos por igual mucho tiempo ha.

Pero aquello era totalmente distinto. Los dos intrusos se habían adentrado profundamente en su dominio y con el ojo del lado bueno podía ver a lo lejos las firmas mágicas de ambos, similares a sendas columnas de humo coloreado, mientras cruzaban la llanura. Eso bastaba por sí solo para despertar su curiosidad, y luego estaba aquel rastro violeta tan extrañamente familiar. Pero había algo más junto a ellos, algo que le atormentaba la mirada como el destello del sol sobre un trozo de cristal.

¿Luz del sol? ¿Cristal? Oh, sí, Hel no había olvidado la luz del sol ni cómo se la habían arrebatado ni el modo en que la habían enviado a aquel lugar donde nada cambiaba ni vivía ni crecía, donde el día y la noche eran exactamente igual de mortecinos bajo la desfalleciente luz del dominio de los muertos.

¿Y quiénes eran ellos? Los æsir, por supuesto. Los æsir, los ígneos, la Gente, los dioses. Le habían prometido un reino a su medida, un señorío donde pudiera reinar y eso, eso era exactamente lo que tenía.

Habían transcurrido muchos siglos desde aquel entonces, por descontado, y ella daba por desaparecidos a los æsir desde hacía bastante tiempo.

No obstante, quedaban dos por lo menos, a no ser que la engañara el ojo vivo. Se puso en pie con un sentimiento próximo al arrebato, sostuvo la cuerda de encantamientos con la mano viva y pronunció una palabra que le permitió cruzar la interminable explanada devastada.

Maddy fue la primera en verla. Se despertó de sus sueños turbadores al notar cerca una presencia heladora y abrió los ojos en su cobijo entre las rocas para contemplar el perfil de una mujer de ojos verdes y pómulos salientes cuya cabellera era de un negro tan reluciente como el plumaje de los cuervos. Sólo dispuso de un segundo para apreciar la beldad de la visitante, ya que la ilusión se desvaneció en cuanto la recién llegada se giró.

Hel contempló la expresión de Maddy y sonrió por vez primera en quinientos años.

–Así es, en efecto, jovencita -dijo con voz suave-. La muerte tiene dos caras. Una inspira a poetas y enamorados, es la causa de que los guerreros pierdan la

cabeza… Luego está la otra, la del sepulcro, los gusanos y la podredumbre. – Le hizo una reverencia burlona, tambaleándose por culpa del pie marchito-. Bienvenida al Hel, muchachita.

Loki estaba completamente despierto. Había notado la presencia vigilante de Hel de inmediato y había ocultado al Susurrante, envolviéndole en la chaqueta de Maddy, con la cual había hecho un paquete y lo había sellado con runas antes de situarlo debajo de un saliente rocoso erosionado por la acción de los elementos. Luego salió de su escondrijo con una sonrisa en los labios a medio camino entre el insulto y la fascinación.

–Había olvidado hasta qué punto este sitio era un lugar de mala muerte -anunció.

Hel se volvió muy despacio.

–Esperaba que fueras tú, Loki. – Clavó en él una mirada que a Maddy le puso la carne de gallina-. Supongo que has de tener alguna razón poderosa para venir aquí.

–Desde luego que sí -repuso Loki.

–Ha de ser importante de veras -comentó ella-. Incluso tú asumes un cierto riesgo al adentrarte desprotegido en mi reino, y en lo tocante a ella… -Hel le echó una miradita a Maddy-. A propósito, ¿quién es? Su sangre æsir se huele a la legua.

–Nadie que conozcas. Un familiar.

–¿De veras? – replicó Hel.

Había algo en la muchacha que le resultaba cercano. Quizá fueran los ojos. Se devanó los sesos en un intento fallido por recordar a quién se parecía, pero tenía demasiados huéspedes como para hallar la pista que buscaba.

La mujer sonrió a la muchacha.

–Estoy segura de que tienes hambre, cielo.

A un gesto de la mano viva de la guardiana se materializó una mesa ancha como el cauce del Strond. Estaba repleta de copas de oro, cristal y fina porcelana y sobre los manteles de damasco había fruta, carne, vino, enormes tartaletas de hojaldre, peroles de sopa del tamaño de fantásticos carromatos, grandes racimos de uva fresca apilada en plateles, lechones asados con una manzana en la boca, higos endulzados con miel, queso fresco, rodajas de granadas, melocotones, ciruelas, aceitunas flotando en un aceite especiado, salmones cocidos con la cola en la boca, almejas rellenas, rollitos de arenque, sidra dulce, bollos rellenos de pasta de almendras o aderezados con canela, molletes grandes como nubes y hogazas de pan, pan de mil clases: blanco, trenzado, suave, con semillas de amapola, en forma de barra y cuadrado, pan negro horneado y apelmazado pan de frutas.

Maddy contempló fijamente el festín, tal vez haciendo memoria de la última vez que había comido, e incluso la última vez que había sentido verdadero apetito en ese mundo yermo. La boca se le hizo agua y estiró la mano hacia la mesa tan bien surtida, ansiosa de saborear…

–No la toques -le advirtió Loki.

–¿Por qué? – quiso saber la joven, que ya había tomado una ciruela.

–No pruebes los alimentos del Inframundo. Ni un mordisco ni un sorbo ni nada. Es decir, si quieres seguir viva.

Hel puso cara de palo y se volvió hacia él.

–Ninguno de mis invitados se ha quejado jamás.

El soltó una risotada ante la ocurrencia.

–Ha salido al padre en lo referente al sentido del humor -le dijo a Maddy-. Ahora venga, vamos. Has de tener tu palacio en algún sitio de por aquí, ¿a que sí?

Hel esbozó una media sonrisa.

–Como digas -dijo antes de hacer desaparecer el festín con otro ademán.

Luego, de pronto, apareció ante sus ojos un palacio de un blanco ahuesado que se extendía por el desierto. Los chapiteles, torretas, gárgolas, minaretes y los salientes del armazón tenían un estilo gótico y neogótico con arbotantes y florones. La fachada estaba repleta de hileras de nichos ocupados por obispos, sacerdotes, examinadores, cardenales, chamanes, místicos, profetas, brujos, adivinos, magistrados, salvadores, semidioses y papas.

–Precioso -comentó Loki.

Hel encabezó la marcha.

Maddy no había visto un lugar como aquél ni siquiera en sueños. Por supuesto, estaba al corriente de que nada de aquello era real, siempre y cuando se aceptara que la palabra *real* tuviese algún significado ahora que estaba tan cerca de las orillas del río Sueño, pero seguía siendo impresionante con sus largos corredores níveos de frío alabastro, las colgaduras de blanco ebúrneo, las bóvedas intrincadas, los tapices tan finos que casi resultaban transparentes y las columnas acanaladas de fino vidrio. Cruzaron silenciosos atrios de piedra y estancias de espejos blanquecinos como el hielo, y cámaras donde princesas muertas ejecutaban bailes de salón sin acompañante alguno, y más de una capilla ardiente y vestíbulos abandonados sobre cuyos suelos se acumulaba una fina capa de polvo.

–¿Es ésa tu hija? – preguntó la muchacha con un hilo de voz mientras avanzaban.

El interpelado asintió con un gesto tan despreocupado que Maddy supuso que estaba interpretando un papel. «Y de lo más peligroso», dijo ella para sus adentros, pues era obvio que padre e hija no se profesaban un gran afecto.

–Yo no ejercí mucho de padre y además su madre tampoco estaba. Era muy seductora, como todos los demonios, pero estaba como una cabra y lo cierto es que jamás debimos tener hijos, pues los dos teníamos demasiado Caos en

nuestro interior. De hecho, ella es la mejor de todos si la comparamos con el resto del clan, ¿no es verdad, Hel?

La aludida no replicó, pero el hombro de la mitad viva se envaró. Maddy se preguntó con ansiedad hasta qué punto era prudente por parte de Loki atormentarla en su propio terreno, pero el Embaucador seguía manteniendo una actitud desenvuelta.

–¿Sabes, Loki? – empezó Hel, deteniéndose de forma repentina-. He intentado deducir qué te ha traído hasta aquí. Este es mi reino, el dominio de los muertos, y en él soy todopoderosa. Me pertenece todo cuanto en él entra, y aun así aquí estás, inerme y desarmado. Pareces muy seguro de que voy a dejarte con vida.

Loki pareció divertido.

–¿Qué te hace pensar que estoy desarmado?

Hel enarcó una ceja.

–No me vengas con sandeces, Embaucador -le replicó Hel-. Estás solo.

–Muy cierto -concedió él con desparpajo.

–¿Qué es exactamente lo que deseas?

–Una hora -contestó él con una sonrisa.

–¿Una hora? – repitió ella.

–En el Averno.

Hel alzó la otra ceja.

–¿En el Averno? – preguntó-. Querrás decir en el Sueño.

Él negó con la *cabeza.*

–Quiero decir en el Averno -insistió sin perder la sonrisa-, en la Fortaleza Negra para ser más exactos.

–Siempre supe que estabas como un cencerro -le espetó Hel-. Te escapaste, ¿no? ¿Por qué quieres volver?

–Lo más importante es que quiero asegurarme de que vuelvo a salir -corrigió Loki.

Hel mantuvo las cejas en alto.

–Vaya, ésa sí que es buena -repuso con rostro serio-. El chiste casi ha merecido la espera de cinco siglos.

El Embaucador sacudió la cabeza con impaciencia.

–Vamos, Hel, sé que está en tu mano. No es posible que hayas permanecido tantos años cerca de la Fortaleza Negra sin echar unas… Ejem… Unas miraditas no autorizadas para saber cómo funciona…

Ella esbozó una media sonrisa.

–Quizá -admitió-, pero es un juego peligroso. Mantén abierta la fortaleza una sola hora y quién sabe lo que se puede escapar de ahí para meterse en el mundo del Sueño o en el Hel, quizás.incluso en las Tierras Medias. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué me importa a mí?

–Una hora -repitió él-. Una hora dentro de la fortaleza. Después de todo, soy de tu estirpe, y saldarás todas tus deudas por los siglos de los siglos.

–¿Deudas? – espetó Hel al tiempo que entrecerraba los ojos. Emanaba una rabia tal que dejó a Maddy petrificada.

–Vamos, Hel, sabes que estás en deuda conmigo.

–¿Qué?… ¿Contigo?

Loki sonrió.

–No te muestres tan recatada. No te pega. Por cierto, ¿cómo está el niño bonito últimamente? ¿Sigue tan guapo, tan encantador, tan… muerto?

Hel crispó la mano muerta provocando un resonar de huesos perfectamente audible.

Maddy miró a su acompañante con ansiedad.

–Te va a gustar la historia, chiquilla -le aseguró Loki, sonriendo de oreja a oreja-. Es una montaña rusa de amor más allá del tiempo, el espacio y la muerte. Chico conoce a chica y ella se enamora perdidamente de él, pero el muchacho no le hace caso alguno, porque está demasiado ocupado encandilando a todo aquel que conoce, y además, ella no es lo que llamarías una belleza y encima vive en la parte chunga del pueblo, de modo que cierra un trato y yo le hago un favorcillo gracias al cual ella consigue al niño bonito por una porción de eternidad, todo para ella, y yo consigo otro favor a cambio, y esa retribución es la que pido. Aquí y ahora.

–Eres un verdadero bastardo, Loki -dijo Hel con voz monocorde.

–Odio ser tan mal bicho, cielo, pero tampoco es que tú seas un angelito precisamente.

Ella suspiró a pesar de que no necesitaba hacerlo, pues no había respirado en siglos, pero no sabía cómo se las arreglaba su progenitor para sacar lo peor de ella cada vez que se veían. Aun así, habían cerrado un trato y ella prestado un juramento, y las promesas eran sagradas, por muy estúpidas que fueran, para quien había consagrado la vida a la preservación del equilibrio entre Orden y Caos.

Hel sopesó aquel juramento suyo con amargura. En aquel entonces, era muy joven e inexperta en lo tocante al funcionamiento de las Tierras Medias y el Inframundo, aunque eso no la excusaba. Era lo bastante tonta y estaba lo suficientemente ciega como para creer en el amor, y era tan arrogante como para pensar que ella iba a ser la excepción a la regla.

Y Bálder era muy guapo. El dios de la primavera florida y los cabellos bruñidos en oro, el bueno, el gentil, el puro de corazón. Todo el mundo le quería, pero nadie le deseaba más que ella, desde su reino de silencio. Primero acudió a él en sueños y tejió las más seductoras fantasías para complacerle, pero Bálder las rehuyó, quejándose de pesadillas y malos sueños. La ansiedad del dios fue en aumento, estaba pálido y tenía miedo. Finalmente, ella comprendió que él la odiaba con tanta intensidad como se amaba a sí mismo y entonces su gélido corazón se enfrió aún más mientras planeaba el modo de hacerle suyo.

Se requiere mucha malicia para acabar con un dios, pero Loki la tuvo y encima se las arregló para que la culpa recayera sobre otro, y cuando la Madre Frig recorrió los Nueve Mundos con sus encantamientos para implorar por el retorno de su hijo Bálder, Loki fue el único que no la secundó, por lo que Bálder permaneció para siempre al lado de Hel, un rey pálido para la reina oscura.

Pero fue una victoria amarga. Ella había soñado con quedarse con Bálder para ella sola. De hecho, había oído historias acerca de otra guardiana del Inframundo que había logrado un premio parecido por medio de la malicia y un puñado de semillas de granado, pero Bálder no retuvo ni uno solo de los encantos que había tenido en vida. Habían desaparecido el paso ligero, la voz alegre y el fulgor de sus cabellos dorados. Ahora permanecía frío e inexpresivo, y únicamente hablaba cuando ella le conjuraba para que lo hiciera, y estaba animado tan sólo por los conjuros de Hel. Al parecer, la muerte era la muerte incluso para los dioses, y ahora ella iba a tener que pagar el precio.

–Bueno -insistió Loki-, ¿tenemos un trato?

Hel anduvo en silencio durante un tiempo que se les hizo eterno. La siguieron a través de las puertas descoloridas por las plagas y cruzaron criptas y relicarios, caminando sobre suelos entrecruzados de mosaicos hechos con dientes humanos y sepulcros abovedados con calaveras esmaltadas. Descendieron hasta llegar a las catacumbas, un sinnúmero de galerías adornadas por las cortinas tejidas por un millón de arañas, que seguían todas las direcciones posibles.

Ella hizo un alto junto a una avenida abovedada de piedra y debajo de los arcos

había una multitud de cámaras angostas.

–No mires -le ordenó Loki en voz baja.

Sin embargo, la muchacha no pudo contenerse y dirigió la vista a las salas; estaban a oscuras, pero se iluminaban a su paso. Maddy vio muertos dentro de las mismas; unos estaban sentados y otros de pie, como si estuvieran vivos. Algunos rostros familiares se volvían hacia ellos al notar el desacostumbrado calor y se alejaban de nuevo en cuanto lo hacían los visitantes, con lo que el pasaje volvía a quedar en penumbra, iluminado por la luz mortecina del reino de Hel.

La señora del lugar hizo un gesto con la mano muerta y a su derecha se encendieron las luces de una cámara. Maddy vio a dos jóvenes de tez blanca y melena rojiza. Contuvo la respiración al comprobar la gran semejanza de ambos con Loki.

–Nos mataron -dijo uno de los cadavéricos jóvenes-, nos mataron a los dos por tu culpa.

La media sonrisa de Hel se ensanchó hasta adquirir un efecto espantoso.

Loki no respondió, pero desvió la mirada.

Continuaron a paso acelerado hasta que Hel volvió a alzar la mano muerta. Una mujer de cabellos castaños y aspecto triste ocupaba una estancia a la derecha. Volvió el rostro hacia la luz.

–Te esperé, Loki -dijo ella-, te esperé, pero tú nunca viniste.

El no despegó los labios, pero su expresión era inusualmente adusta.

Hel se detuvo una vez más al cabo de unos pocos minutos enfrente de una cámara iluminada. Dentro se hallaba el joven más hermoso que Maddy había visto en su vida. El hombre de cabellos dorados y los ojos azules refulgía como una estrella fugaz a pesar de que los colores de la muerte le velaban las facciones.

–Bálder -saludó Loki.

Pronunció el nombre como si fuera una maldición.

–Te estoy esperando. Hay un sitio para ti a mi lado, amigo mío -contestó Bálder-. Ningún hombre es lo bastante listo como para engañar a la muerte, y yo estoy dispuesto a esperar… Ya no queda mucho.

Loki volvió a soltar una imprecación y se alejó.

Hel sonrió una vez más.

–¿Tienes bastante?

El asintió en silencio.

–¿Y qué hay de ti? – le preguntó a Maddy-. ¿Hay aquí algún viejo amigo a quien te gustaría ver?

El Embaucador tomó a la muchacha del brazo.

–No mires y sigue andando, Maddy.

Pero la guardiana ya había alzado la mano y se había iluminado otra estancia en cuyo interior Maddy vio a una mujer con el cabello rizado y a un hombre barbado cuyo rostro le resultaba tan familiar como el suyo propio.

–¿Padre? – exclamó ella, adelantándose un paso.

–Ignóralos, no les hagas caso. No les dirijas la palabra.

–Pero ése era mi…

–He dicho que los ignores…

Sin embargo, la muchacha ya había dado otro paso, y tras sacudirse la mano de

Loki, que la retenía, se dirigió hacia el aposento donde Jed y Julia Smith se sentaban uno junto al otro con una rigidez tan extrema que únicamente los muertos podrían encontrar cordial su compañía. Cuando ella se acercó a la entrada, Jed alzó los ojos, pero en ellos no había atisbo alguno de curiosidad ni muestra de bienvenida. Dio la impresión de que iba a hablar, pues movió los labios en la media luz, pero no profirió otro sonido que el del viento siseante sobre el polvo.

–Esto es un simple encantamiento, ¿verdad? – preguntó Maddy con una voz que no le llegaba al cuello. Hel le dedicó una sonrisa espeluznante-. No puede estar muerto. Acabo de verle hace poco.

–Está en mi mano que te dirija la palabra -sugirió Hel con voz aterciopelada-. Incluso puedo mostrarte lo sucedido si así lo deseas.

–No -dijo Loki en tono apagado.

Pero Maddy no era capaz de apartar la vista de la estancia, ahora iluminada con un brillo de lo más tentador. Los rostros de sus ocupantes, Jed y Julia, ahora resultaban más nítidos a la luz de la vacilante luz. Ella sabía que no eran sus verdaderos padres, pero los echaba de menos, tanto a la madre que jamás había conocido como al hombre a quien había llamado padre durante catorce años. Esa situación le hizo sentirse repentinamente muy pequeña e insignificante y por vez primera desde que ella y el Tuerto habían abierto la colina del Caballo Rojo, la muchacha se sintió al borde de las lágrimas.

–¿Fue culpa mía? – inquirió a la sombra de Jed Smith-. ¿Estás aquí por algo que yo he hecho?

–Déjala tranquila -dijo Loki con acritud-. Tienes cuentas pendientes conmigo, no con ella.

Hel enarcó la ceja de su mitad viva. La estancia se oscureció y las sombras desaparecieron.

–Una hora, una hora allí dentro -le exigió Loki con aspereza-y te juro que no volverás a verme jamás por aquí.

La señora del Hel sonrió.

–De acuerdo, voy a darte una hora, ni un minuto más, ni un segundo.

–¿Tengo tu juramento? – insistió el Embaucador.

–Lo tienes, y más aún, tienes mi promesa, asumiendo que sobrevivas a esta última bufonada tuya, lo cual dudo. Date por muerto la próxima vez que nuestros caminos se crucen, seas o no mi padre. ¿Entendido?

Se estrecharon las manos, la viva y la muerta, antes de que Hel dibujara una puerta en el aire con un dedo muerto. De repente, se encontraron mirando el río Sueño, un caudal de agua tan vasto que era inabarcable para nadie, mayor aún que el mar Único y diez mil veces más turbulento. Las islas jalonaban su superficie como bailarinas con faldas de espuma nívea. Las rocas y los islotes eran incontables. Vieron los bancos de arena y los acantilados cuyas cumbres se perdían entre las nubes, los picos y los riscos con forma de tobera.

–¡Cuántas hay, por los dioses! – exclamó Maddy.

–Las islas del Sueño van y vienen -respondió Loki al tiempo que se encogía de hombros-. No fueron concebidas para durar demasiado. Sin embargo, la fortaleza…

Él estudió la Fortaleza Negra del Averno, cuya parte superior se perdía en medio de una acumulación de nubes y cuyos cimientos se hundían a diez brazas de profundidad. Tenía una silueta poco clara. Durante un instante parecía un gran castillo fortificado con torretas y al siguiente, un descomunal pozo con un centro teñido de rojo. Nada parecía conservar un aspecto único tan cerca del Caos. En parte por eso, la fortificación resultaba impenetrable. Las puertas y entradas variaban de continuo, de ahí que hubiera necesitado que Hel le abriera una entrada.

No dudaba de que su hija lo hiciera. El respeto de Hel a la palabra dada era legendario, no en vano el equilibrio de su reino dependía de ello, aunque no había necesidad por otra parte de dudar de su juramento.

Pensó durante unos momentos en la malicia añosa y en el propósito del Susurrante. ¿Por qué había querido acudir al Hel? ¿Qué había visto cuando se cruzaron sus pensamientos? ¿Qué había descuidado en su cuidadosa planificación para que el Oráculo se diera esos aires de suficiencia?

«Veo un encuentro entre alguien instruido y alguien ignorante a las puertas del Averno».

¿Alguien instruido? El Embaucador jamás se había sentido menos sabio que en aquellos momentos.

Hel alzó la mano por última vez y trazó la runa Naudr, invertida, en la ventana recién creada. Maddy sintió el soplo del viento en el rostro, y pudo oír el siseo de la crecida del río contra las piedras, y también pudo oler aquel hedor rancio.

–Tenéis una hora -dijo Hel la Nonata-. Os sugiero que le saquéis el máximo partido…

Dicho esto, desapareció, llevándose consigo su morada. Loki y Maddy se quedaron de pie en lo alto de un saliente rocoso en el centro del río Sueño, con la Fortaleza Negra del Averno abierta a sus pies.



Capítulo 6



Los vanir se habían ido hacía más de una hora. Ethel Parson había observado su marcha con un extraño sentimiento de indiferencia y la súbita certeza de que era mejor que se hubieran ido. Se sintió invadida por una extraña sensación de calma y se sentó ante el tocador con la vista fija en el espejo al tiempo que intentaba encontrarle algún sentido a lo sucedido.

Había presenciado en las últimas veinticuatro horas más acontecimientos que a lo largo de toda su vida. Había contemplado a dioses tomar parte en una batalla, a mujeres que eran fieras salvajes, a su marido poseído por un espíritu profano, la invasión de su casa y la requisa de la propiedad, y su vida había pendido de un hilo.

Debería haber experimentado algún tipo de sentimiento. Lo más normal era que hubiera sentido miedo. Pesar. Ansiedad. Liberación. Pavor ante lo antinatural de todo aquello, pero Ethelberta no sentía nada de eso. En su lugar, estudió las facciones en el espejo del tocador, algo que no solía hacer, pero se sintió compelida a hacerlo en ese momento, y no fruto de la vanidad, sino más bien a causa de la curiosidad. Deseaba comprobar si podía encontrar algún signo visible del cambio que bullía en su interior.

«Me siento diferente. Lo soy».

Se había puesto un sencillo vestido de franela marrón que no era barato, pero tampoco lo bastante bueno como para tentar a alguna fémina feérica, y se había lavado y cepillado la larga melena. Se limpió el rostro y retiró el colorete que le hacía parecer más joven antes de estudiarlo en el espejo. Tenía unos ojos claros y pensativos de color dorado, aunque no destacaban mucho en comparación con los de Freya o Skadi. No era una beldad, pero tampoco era la misma mofletuda Ethel Goodchild que había estado a punto de quedarse para vestir santos a pesar de todo el dinero de su padre.

«¡Qué extraño!», pensó con calma. Tanto como la integrante del Pueblo Feliz que la había sanado. Quizás eso la había convertido en un ser poco natural y marcado por el fallecimiento, al menos en parte. No sentía la revulsión que debería experimentar, eso sin duda, por contra la invadía una sensación de gratitud, desconcertantemente afín al gozo.

Estaba a punto de marcharse, pensando que tal vez un paseo matutino le calmaría un poco los ánimos, cuando oyó un golpeteo de nudillos en la puerta de la entrada. Al abrirla, vio a Dorian Scattergood con los ojos saltones, el rostro colorado y el pelo alborotado; estaba a punto de echarse a llorar en su necesidad de contarle su historia a alguien, a cualquiera que pudiera creerle.

Dorian le explicó cómo había venido corriendo todo el camino desde la colina del Caballo Rojo; había permanecido agachado hasta estar seguro de que se encontraba a salvo, pero al final había regresado para encontrarse los cadáveres desmembrados de Audun Briggs y Jed Smith, que yacían junto al Ojo del Caballo, la entrada a las entrañas de la colina que estaba abierta. No había ni rastro del clérigo ni de Adam, aunque había visto un grupo de seis vanir que avanzaba a toda prisa por el camino a Malbry. Se escondió en un campo al amparo de un seto hasta que se marchó el grupo de demonios.

–No había nada que yo pudiera hacer… -se quejó Dorian con desconsuelo-. Corrí y huí…

–Me parece que más os valdría entrar un rato, señor Scattergood -replicó Ethel con firmeza-. Los criados acudirán en cualquier momento y estoy segura de que una taza de té os vendría estupendamente para calmar los nervios.

«Té», pensó con disgusto Dorian. Sin embargo, aceptó, sabedor de que si había alguien en Malbry dispuesto a creerle, era Ethelberta.

Y así fue; más aún, la mujer del clérigo se metió de lleno en la historia y le urgía a continuarla cada vez que titubeaba. Le contó todo: la mujer lobo, los dos asesinatos, el espíritu desconocido que poseía a Nat y la desaparición de Adam.

Cuando él terminó la narración, Ethel depositó la taza de té en el platillo y añadió un poco más de agua caliente a la tetera.

–Así pues, ¿adonde creéis que ha ido mi esposo? – inquirió.

Dorian se quedó perplejo. Había esperado una llantina y tal vez incluso alguna clase de ataque de histeria. También había previsto que ella le echara la culpa por haber salido corriendo, ya que él se lo reprochaba a sí mismo, y la necesidad de confesárselo a alguien era uno de los motivos para acudir en primer lugar a la casa parroquial. Dorian nunca había pasado mucho tiempo en compañía de Nat Parson, pero eso no significaba que le hubiera abandonado a su destino, y lo mismo podía decirse de los demás, o eso pensaba. Y en cuanto a Adam, su propio sobrino según las leyes…, bueno, se avergonzaba mucho de haber huido

por pies.

–Se adentraron en la colina, señora -dijo al fin-. No cabe duda alguna al respecto. Vuestro esposo también. Seguían el rastro de…

–…la chica de los Smith -terminó Ethel la frase mientras vertía el té.

–Sí, ella y su amigo, el único que se escapó.

–Lo sé -repuso ella, asintiendo-. Voy a ir tras ellos, señor Scattergood.

–¿Tras ellos? – Entonces supo que ella había perdido la chaveta. En cierto modo, eso le tranquilizó, aunque la extraña calma de la mujer empezaba a resultarle incómoda-. Pero señora Parson…

–Escuchadme -le interrumpió Ethel-. Hoy, justo ahí, en el patio, me ha pasado algo. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, fue tan repentino como un relámpago caído del cielo. Estaba viva y un momento después me deslizaba hacia la oscuridad. He visto cosas, ya me entendéis, cosas que no tienen justificación ni en los sueños.

–¿Sueños? – repitió Dorian. Soñar no era un pasatiempo digno ni admisible para las gentes de Malbry. Se preguntó si Ethel Parson no habría recibido algún golpe en la cabeza y deseó no haber llamado a su puerta-. Quizás estabais soñando -sugirió-. Suceden cosas divertidas y también otras peligrosas durante los sueños, y si vos no estáis acostumbrada…

Ethel profirió un ruido de impaciencia.

–Estaba muerta, señor Scattergood. Muerta y a medio camino del Inframundo antes de que los videntes me trajeran de vuelta. ¿Acaso pensáis que temo a un par de pesadillas? ¿Creéis que me asusta algo?

Para entonces, la incomodidad de Dorian se había agravado hasta convertirse en verdadera ansiedad. No tenía mucha experiencia con chifladas y al no estar casado tampoco tenía mucha idea de cómo tratar a una mujer.

–Esto… Estáis consternada, señora Parson -empezó con poca energía-, y es natural. ¿No os convendría descansar un poco y oler unas sales?

Ella le traspasó con una mirada desdeñosa.

–Yo estuve muerta -repitió con amabilidad-. La gente habla acerca de los muertos y dice cosas que deberían callarse porque no le prestan atención. No pretendo comprender todo cuanto ha acaecido aquí, pues los asuntos de los videntes no son los nuestros y desearía que nuestros caminos no se hubieran cruzado, pero me temo que es demasiado tarde para solicitar deseos. Ellos me curaron y me dieron la vida. ¿De veras pensaron que iba a regresar a las labores de aguja, la cocina y la tetera como si nada hubiera sucedido?

–¿Qué estáis diciendo? – preguntó Dorian Scattergood.

–Que mi esposo y vuestro sobrino siguen vivos en algún lugar del Inframundo y que nosotros vamos a encontrarlos.

–¿Encontrarlos? – repitió Dorian-. No estamos hablando de una prenda de ganchillo que se ha perdido, señora Parson…

Ella le dirigió otra mirada que le heló la sangre en las venas.

–¿Tenéis un perro, señor Scattergood?

–¿Un perro…?

–Sí, señor Scattergood, un perro.

–Bueno, no -contestó, desconcertado-. ¿Es importante?

Ethel asintió.

–Corren cientos de pasadizos debajo de la colina, eso lo sabemos con certeza, por lo que vamos a necesitar un perro para encontrar el rastro de los dos. Un perro de rastreo con buen olfato. De lo contrario, vamos a pasarnos el resto de la existencia vagabundeando en la oscuridad, ¿no estáis de acuerdo?

Dorian la miró fijamente sin salir de su asombro.

–No estáis loca -contestó al fin.

–Ni mucho menos -repuso Ethel-. En suma, vamos a necesitar un perro, lámparas y vituallas. O al menos yo, si es que vos preferís quedaros aquí.

Él protestó menos de lo esperado. Para empezar, acogía de buen grado la ocasión de redimirse por la cobardía exhibida en la colina; y en segundo lugar, estuviera o no loca, Ethel estaba totalmente decidida a seguir la pista y Dorian no podía permitir que fuera sola. Ni se le ocurrió pensar que ella fuera a cambiar de opinión, por lo que dejó que se preparase y él tomó prestados el caballo y la red del clérigo. Regresó al cabo de una hora con dos petates llenos de comida y productos básicos. Trajo también en la silla una pequeña cerda de vientre moteado.

Ethelberta contempló a la puerca de piel oscura con incertidumbre, pero Dorian se mostró inflexible. Los gorrinos eran su medio de vida y siempre había creído en su inteligencia superior. *Nell la Negra*, una cerda trufera de enorme panza, célebre en sus tiempos por su olfato, había dado mucho que hablar cuando se supo que protegía la granja mejor que cualquier perro.

Esta nueva cerda descendía directamente de la propia *Nell*, aunque él jamás había mencionado el hecho ni había exhibido la runiforma rota que adornaba la zona blanca del suave vientre del animal. Antes bien, al contrario, había utilizado brea para ocultar la marca a imagen y semejanza de lo que había hecho la propia madre de Dorian, que había empleado un hierro al rojo y ceniza para ocultar la marca de nacimiento en el brazo de su nuevo hijo, y Dorian jamás se había arrepentido.

-*Lizzy* nos llevará por el buen camino -aseguró-. No he tenido una rastreadora mejor. Es capaz de detectar una patata a cien metros y una trufa a kilómetro y medio. No existe perro capaz de igualarla, os doy mi palabra.

–Bueno, si es lo mejor que podéis conseguir… -replicó Ethel con cara de pocos amigos.

-*Lizzy* es la mejor, sin duda alguna.

–En tal caso, no debemos perder el tiempo -repuso ella-. Mostradle el rastro, señor Scattergood.

Diez minutos después, tras varios sobornos en forma de manzanas y patatas, *Lizzy la Gorda* olisqueó el sobretodo desechado de Nat Parson y avanzó con decisión, tensando la correa. Los ojos le relucían y arrugaba el hocico mientras profería pequeños gruñidos de excitación. Sólo le faltaba hablar y Dorian jamás había visto un cerdo tan cerca de hacerlo.

–Ha olfateado el rastro -afirmó él-. Escuchad, señora Parson, ella nunca me ha fallado. Propongo que la sigamos, y si me equivoco…

–…mi esposo y vuestro sobrino quizá se conviertan en comida para lobos en poco tiempo.

–Soy consciente de eso, pero conozco a mi *Lizzy.* No es una cerda cualquiera, desciende del linaje de *Nell la Negra,* y jamás he tenido un cerdo de esa prole que no haya sido el doble de listo que la carnada anterior. Propongo darle una oportunidad… De todos modos, es más de lo que tenemos sin ella.

Y así fue como Ethel Parson y Dorian Scattergood siguieron a *Lizzy la Gorda* por el camino y cruzaron los campos en dirección a la colina del Caballo Rojo, donde, tras encender una lámpara para alumbrar la senda, avanzaron por un túnel inclinado y se adentraron en lo desconocido.



Capítulo 7



Loki y Maddy se enfrentaban a la hora más breve de sus vidas en el umbral de otro mundo. Las aguas del río Sueño se extendían hasta donde alcanzaba la vista, pues el caudal era tan vasto que ni siquiera resultaba posible atisbar la otra orilla. Únicamente se veía una desdibujada línea salpicada de islotes, islas y rocas, algunas fijas y otras a la deriva, y en una de estas últimas se hallaba la Fortaleza Negra del Averno.

En lo alto, unas nubes púrpura se arremolinaban como la lana alrededor del huso…

…y a sus pies yacía la Fortaleza Negra, que no tenía nada de fortificación tal y como podía ver Maddy, pues era un enorme cráter abastionado por unos salientes de hierro en cuyas paredes se abrían como bocas vociferantes miles y miles de galerías, cada una de las cuales estaba llena de puertas de barrotes, celdas, mazmorras, cámaras, huecos horadados para las escaleras, pasajes olvidados, grutas malsanas y húmedas, corredores inundados, recovecos cavernosos y colosales maquinarias de excavación, ya que el Averno es el cubil de todos los pensamientos malignos, los pavores refrenados, las neurosis, los crímenes de guerra y las ofensas contra todo cuanto simboliza la esperanza y el bien, razón por la cual constantemente ha de estar expandiendo su territorio, ahondando más y más en las oscuras entrañas del mundo hacia la inagotable veta madre de la repulsión.

Los sonidos de los artilugios del cráter parecían el runrún de un ejército de gigantes masticando piedras con los dientes, por encima del cual se oían las voces de un sinnúmero de muertos, que emitían un sonido muy semejante al martilleo de la forja de Jed Smith, pero infinitamente superior.

–Dioses, esto es mucho más de lo que imaginaba… -se lamentó Maddy.

–Ya, ni siquiera tu imaginación puede abarcar todo esto -repuso Loki al tiempo que metía las manos en los bolsillos-. Ahora, intenta hacerte una idea de lo que vieron mis ojos en los días posteriores al Ragnarók, y si visto desde aquí arriba te parece que tiene mal aspecto, deberías intentar ir más abajo, digamos unos mil y pico niveles. Créeme, ahí abajo las cosas empiezan a ponerse imaginativas de verdad…

–No te entiendo -admitió Maddy.

Pero daba la impresión de que Loki estaba buscando algo y cada vez con mayor ansiedad. Registró los nuevos bolsillos de su cinto y alrededor de las muñecas, y se puso a maldecir cuando no logró encontrar lo que buscaba.

–¿Qué te ocurre? – inquirió ella-. ¿Qué has perdido?

Empero Loki ya volvió a esbozar una ancha sonrisa de alivio. Había rebuscado dentro de su camisa y acababa de sacar lo que parecía ser un reloj colgado de una cadena que llevaba alrededor del cuello.

–Esto es un reloj del Hel, pues aquí el tiempo no se rige por las pautas normales -le explicó-. Los minutos pueden equivaler a horas o incluso a días del mundo exterior, y debemos estar seguros de cuánto tiempo hemos estado.

La muchacha examinó el objeto con curiosidad. Tenía el aspecto de un pequeño reloj de bolsillo, aunque no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. La esfera negra no tenía marcadas las horas y las manecillas rojas mostraban únicamente los minutos y los segundos. Detrás del cristal y la carátula plateada giraban y rodaban engranajes muy complejos.

–¿Qué clase de reloj es ése? – preguntó Maddy.

–Un cronófago -respondió Loki con una gran sonrisa.

El ingenio ya había empezado la cuenta atrás. Ella se descubrió incapaz de apartar la vista de la marcación de los segundos por parte de las manecillas carmesíes.

–¿De veras crees que Hel va a cumplir su palabra? ¿Qué le impide dejarnos aquí?

–Su palabra es lo que mantiene esto en equilibrio. Romperla equivaldría a abandonar su posición neutral y todo quedaría al borde del Caos, que es lo último que ella puede permitirse. Créeme, si ella dice que tenemos una hora…

Loki echó una ojeada de soslayo a la superficie del cronófago. La cuenta atrás indicaba ya cincuenta y nueve minutos.

Maddy le miró con manifiesta curiosidad.

–Pareces diferente -observó Maddy.

–Eso no importa -repuso él.

–Pero tanto tu rostro como tus ropas…

Ella se devanó los sesos para materializar en palabras lo que veía. Era como si contemplase el reflejo de Loki en unas aguas refulgentes. La imagen adquiría nitidez cada vez que ella la miraba y Loki continuaba siendo reconocible con su pelo rojizo y las cicatrices de los labios, pero era como si le hubiera dibujado un artista de otro mundo con una paleta de colores desconocida para la madre naturaleza.

–¡Tu energía mágica…! – exclamó cuando de pronto cayó en la cuenta-. ¡Ya no está invertida!

–Es cierto -admitió él-. Eso se debe a que estoy aquí con mi verdadero aspecto y no con la forma que he de adoptar en el Supramundo.

–¿Tu verdadero aspecto? – inquirió la muchacha.

–Mira, esto es el Averno -contestó Loki con impaciencia-. No es un lugar que pueda visitarse en persona. De hecho, mientras hablamos, nuestros cuerpos siguen a la espera de nuestro regreso en el Hel, sujetos a la vida por el más fino de los hilos, y me atrevería a sugerir que si deseamos reunimos con ellos…

–¿Pretendes decir que esto…? – Maddy bajó los ojos para contemplarse y se quedó sorprendida al verificar que también ella ofrecía un aspecto diferente-. ¿Que esto no soy yo?

Ella llevaba el pelo suelto en vez de recogido en cómodas coletas y ahora vestía

una cota de malla, tan corta que rozaba la desvergüenza, en vez de sus ropas de costumbre. No había restos de su chaqueta ni de la mochila.

–¡Nuestras mochilas! – exclamó con súbito desmayo-. ¡El Susurrante!

Le había olvidado en los dominios de Hel, pero ahora la idea la aterraba. Maddy comprendió que no había sentido su llamada desde su encuentro con Hel en los yermos. Su compañero lo llevaba en aquel momento, pero no era capaz de recordar haberlo visto en ningún momento desde que entraron en los atrios de Hel.

Se giró hacia él, presa de una repentina sospecha.

–¿Qué has hecho, Loki?

–Esconderlo, por supuesto -replicó el interpelado con aire ofendido-. ¿Por qué? ¿Acaso crees que aquí habría estado más seguro?

«El argumento tiene su lógica», admitió Maddy en su fuero interno. Aun así, el asunto continuó preocupándola. Si Odín había conseguido seguirlos de algún modo hasta allí…

«Tiene razón», pensó Maddy. ¿Por qué debía desconfiar de él después de que se había jugado la vida para conducirla hasta tan lejos? Pero aun así, había algo en aquellos colores suyos tan rutilantes que hacían innecesario que ella apelara al uso de la visión verdadera para conocer los pensamientos de Loki. Quizás esa cualidad formara parte de su aspecto, pero allí todo parecía refulgir mucho más, era más brillante y nítido que en ningún otro lugar. Entrecerró los ojos para estudiarle y pudo distinguir su miedo, esa veta plateada de su firma mágica, y algo más que discurría junto a ella, un hilo de algo oscuro y poco definido, como un pensamiento que incluso él era reacio a afrontar.

A Maddy se le encogió el corazón a causa de la duda, aunque era demasiado tarde para echarse atrás, cuando identificó la borrosa hilaza. La había visto demasiadas veces con anterioridad en los amigos de Adam Scattergood y en él mismo, en Nat durante el sermón y en el pobre Jed Smith. Era un signo demasiado familiar y verlo ahora en el aura de energía mágica de Loki

significaba que ya había sucedido algo terrible.

La hebra oscura era el signo del engaño.

Fuera cual fuese el motivo, el Embaucador había mentido.



Capítulo 8



Tal y como Loki había anunciado, allí el espacio no funcionaba como en otros lugares y ella enseguida tuvo ocasión de ver a qué se refería. Maddy únicamente había podido comprender que estaban gravitando antes de darse cuenta de que lo que había tomado como un enorme cráter en su caída hacia el centro de la tierra era en realidad algo muy diferente, y que la idea de abajo, que antes había dado por sentada, era al mismo tiempo de lado, arriba e incluso hacia dentro, y ella misma se hallaba en el centro de un espacio que giraba como una rueda, un vórtice por el que pasaban diferentes radios -con galerías, cráteres y grietas-que se dirigían en todas las direcciones imaginables para luego desaparecer en la oscuridad.

–¿Cómo es posible? – le preguntó a voz en grito mientras caían.

–¿El qué? – contestó Loki.

–Este mundo. Es sencillamente imposible.

–Lo es y no lo es -respondió él hablando hacia atrás-. No lo es en las Tierras Medias, donde impera el Orden, pero ¿aquí, donde impera el Caos…? No has visto ni la mitad.

Maddy tuvo ocasión de ver que no estaban descendiendo, aunque tampoco

parecía existir otra palabra para describir el rumbo que habían tomado ella y su compañero. El viaje seguía una trayectoria precisa la mayor parte del tiempo, pues existen reglas con respecto al espacio, el tiempo y la distancia. Un paso lleva a otro como las palabras de una frase cuando se narra un cuento, pero el modo en que viajaban ellos dos era harina de otro costal. No bastaban conceptos tales como *caer*, *correr*, *detenerse*, *nadar* o ni siquiera el de *volar*. No cubrían ningún espacio de terreno, a pesar de lo cual se movían muy deprisa, como en un sueño, y las escenas se vislumbraban con creciente aceleración, como páginas pasadas al azar de un tomo de mapas de lugares que nadie en su sano juicio querría visitar, y eso cada vez a mayor velocidad.

–¿Cómo lo haces? – gritó Maddy para hacerse oír por encima del ruido.

–¿Hacer el qué? – repuso Loki.

–No sé cómo, pero estás alterando este lugar de algún modo… Mueves las cosas…

–Ya te lo he dicho antes. Es un lugar de ensueño. ¿Jamás has tenido una alucinación en la que eras consciente de estar soñando? ¿Nunca has pensado «haré esto o iré a ese sitio», y lo has cumplido dentro de ese sueño?

Cada una de las páginas del plano tenía miles y miles de grutas, cañones, cuevas, catacumbas, calabozos, celdas y cámaras de tortura. Podía verlos si entornaba los ojos. Allí estaban los presos de pieles descoloridas como el humo de fogatas lejanas, amontonados igual que abejas en una colmena, cuyas voces resonaban como el revoloteo de las pavesas en su ascenso hacia un cielo dantesco.

–Espera -dijo Loki-. Creo haber encontrado algo.

–¿El qué?

–Soñantes.

Entonces, con un entusiasmo superior al proporcionado por la runa Bjarkán, Maddy se descubrió capaz de centrar la atención en prisioneros concretos y sus

aledaños. Sin importar la distancia existente entre ellos, era capaz de distinguir con nitidez las facciones de los presos, atisbados al azar en medio de las arcadas de las náuseas. Se trataba de un rosario de rostros vociferantes, cachitos de pesadilla entre máquinas trituradoras de huesos sobre suelos alfombrados por cartílagos humanos. Ensoñaciones de fuego y acero, visiones de hierros al rojo y lentas desmembraciones en el potro, delirios de víctimas sometidas al águila de sangre[10] antes de ser devoradas vivas por las ratas, sueños de sierpes, arañas gigantes y cadáveres sin cabeza que no se sabía muy bien cómo se las arreglaban para conservar algo de vida; y luego un hervidero de gusanos y plagas de hormigas asesinas antes de que sobreviniera una súbita ceguera y unas dolencias terribles, y unos pinchazos en las plantas de los pies mientras que a una serie de cachivaches inanimados empezaban a salirles dientes…

–Quedan cincuenta y tres minutos -advirtió Loki-, y por los dioses, no te quedes ahí papando moscas. ¿Acaso no sabes que es una falta de educación mirar en los sueños de otras personas?

Maddy apretó los párpados.

–¿Todo eso son sueños? – repuso ella con un hilo de voz.

–Pesadillas, sugestiones y otros efémeros. Limítate a no dejarte involucrar.

Volvió a abrir los ojos.

–Pero Loki, ahí debe de haber millones de personas. ¿Cómo vamos a encontrar a mi padre entre millones de prisioneros?

–Confía en mí.

«Resulta más fácil decirlo que hacerlo», replicó la muchacha para sus adentros, pero le estrechó la mano con más fuerza mientras se esforzaba en no pensar qué pasaría si a él le daba por abandonarla allí. Cualquier atisbo de alegría había desaparecido del rostro resuelto de Loki y su firma mágica violeta había pasado del brillo habitual a ser tan intensa que ella apenas podía verla a causa del fulgor.

A su alrededor empezaron a parpadear las imágenes del Averno, y se sucedieron visiones aún peores: criaturas con las tripas fuera del cuerpo cuyas vísceras hinchadas goteaban ponzoña, campos de plantas carnívoras que susurraban y cantaban con voz suave bajo el azote de una ventolera, máquinas que engrasaban y enlazaban tentáculos provistos de una punta afilada para rebanar y trocear…

–Oh, oh -le dijo al oído-. Espera. Algo nos sigue.

Loki imprimió mayor velocidad a su avance antes de que Maddy pudiera mirar a su alrededor, si bien es cierto que ella tampoco sabía en qué dirección hacerlo, y las escenas de pesadilla se convirtieron en un borrón titilante.

–¿Algo? ¿Qué nos sigue?

–Tú no mires.

Y eso es exactamente lo que ella hizo, y se arrepintió un segundo después.

–Maldita sea -masculló Loki-. ¿Qué te había dicho?

La criatura estaba más allá de toda medida y ella, al menos, calculó que tendría el tamaño de un edificio. Su tosca cabeza se asemejaba a la de una anguila y tenía hileras de dientes alrededor de la boca. A Maddy le pareció contar al menos una docena. El ser se movía en silencio como un proyectil y el cuerpo, si es que era merecedor de tal nombre, parecía hecho poco más que de hebras, colas de látigo y firmas mágicas a pesar de la apariencia muy real de los colmillos.

–Dioses, ¿qué es eso? – musitó la joven.

–Nada de eso. Ellos.

–¿Ellos?

–Efémeros, no mires.

–Pero nos están dando alcance.

Loki gimió.

–Ni los mires ni pienses en ellos, eso únicamente los hace más fuertes.

–Pero ¿cómo…?

–Por los dioses, Maddy, ¿acaso no te lo he dicho? – Lanzó una urgente mirada de soslayo al ente que los seguía-. Todo es posible en este lugar, todo, ensoñaciones, pesadillas febriles, fantasías. Los efémeros son invención nuestra y nosotros les conferimos su fuerza.

–Bueno, pero nosotros somos espectros aquí o eso me parece a mí. En realidad, nada puede dañarnos… En realidad, no…

–¿Ah, no? – Soltó una carcajada de mofa-. La realidad que tú conoces no se aplica al Averno. Ni somos fantasmas ni esto es un sueño y ellos pueden hacernos mucho daño. Ya lo creo…

–Vaya.

–…así que nada de detenerse.

Cada paso los conducía más profundo, más y más hondo en el pozo del Averno. Maddy volvió la vista atrás para mirar al perseguidor y vio un túnel iluminado por anillos de luces y provisto de hileras metálicas de cuchillos.

Necesitó un par de segundos antes de comprender que el túnel eran las fauces de la criatura.

–Nos va a alcanzar -soltó-, y está aumentando de tamaño.

Loki soltó una imprecación. Ahora daba la impresión de que se movían más despacio y la joven casi podía ver lo que él hacía mientras inspeccionaba el Averno como quien hojea las páginas de un libro. Un cielo amarillo vertía una lluvia de azufre sobre unas criaturas que se retorcían sobre un suelo pétreo. Una mujer estaba suspendida de la melena encima de un pozo con el suelo sembrado

de cuchillos aguzados. Un hombre bebía del caudal de un río de ácido que le chorreaba por el mentón, arrancándole la piel y dejando el hueso al descubierto, a pesar de lo cual no dejaba de sorber. Otro tenía los pies inflamados hasta igualar en tamaño a los de un olifante. Criaturas zanquilargas de múltiples extremidades muy semejantes a árboles andantes se arrastraban y gorjeaban por corredores de paredes metálicas en los que se abrían puertas con forma de bocas de demonios.

–Sigue ahí, ¿a que sí?

Ella se estremeció.

–Haz que vaya más lento -ordenó Loki-. Estoy intentando concentrarme.

–¿Que le haga ir más despacio? ¿Con qué?

–Has traído armas, ¿no? Pues úsalas.

¿Armas? Ella bajó los ojos y contempló sus manos vacías. Bueno, se suponía que ella tenía cierto tipo de poderes mentales, pero nada capaz de frenar a la montaña en movimiento que se les echaba encima. Loki había elegido como escenario en el que detenerse un espacioso pasillo de forma cuadrada delimitado con grandes piedras planas, en cada una de las cuales había una suerte de pequeño enrejado de metal por cuyos huecos escapaban gritos, gemidos y alaridos, y únicamente una parte procedía de seres humanos.

La criatura o criaturas que los perseguían ocupó el corredor. Había vuelto a cambiar de tamaño para adecuarse al espacio disponible y ahora le fue posible ver que en realidad el ente estaba compuesto por miles de seres que se unían y separaban de modo constante a fin de reajustar su forma. Su compañero los había llamado efémeros. Maddy los veía como finas hebras de luz en movimiento que avanzaban serpenteando por los espacios abiertos entre los mundos. Supo nada más verlos que si uno de ellos la tocaba le arrancaría la carne del hueso. La harían trizas. Iban a hundir las uñas en su carne hasta atravesarle las venas y succionarle la sangre por las heridas abiertas mientras se abrían paso hacia la espina dorsal y el cerebro. Y había millones de aquellas cosas.

¿Qué podía hacer ella?

El efémero pareció percatarse de esa vacilación y en un instante se disolvió la ilusión de una única criatura para convertirse en una turba que pululaba por todas partes, delante y detrás de ellos dos, llenando el pasaje desde el suelo hasta el techo, acercándose a ellos entre contorsiones como gusanos mortíferos.

Maddy miró por el rabillo del ojo a Loki, que no dejaba de lanzar runas con la presteza y habilidad de siempre y esos movimientos suyos tan similares a los de un aleteo. El pasillo cambió imperceptiblemente de forma en cuanto ella lo miró y el color se alteró, pasando del gris claro del acero al gris oscuro de los nubarrones de tormenta, mientras las rejas metálicas de las aberturas cuadradas del suelo metamorfosearon su estructura hasta adoptar una conformación rectangular.

–Lo tengo.

Se acuclilló junto a uno de los orificios y tanteó el filo de la reja con la yema de los dedos.

Los efémeros que se aproximaron parecieron comprender sus intenciones e incrementaron el culebreo al tiempo que se aglomeraban cerca de él antes de que los filamentos se rompieran en partículas minúsculas que revoloteaban como moscas sobre la piedra desnuda.

Loki se estremeció, pero no abandonó su quehacer.

–Apártalos de mí -ordenó a Maddy con un siseo sin desviar la atención del enrejado.

Ella abrió la boca para protestar, pero una imagen la detuvo, la de unas criaturas metiéndose por entre sus labios para luego bajar por la garganta hasta llenarla como un odre de agua con su hedor a carne podrida. Apretó las mandíbulas con fuerza.

«¿Cómo? – pensó la joven para sus adentros-. ¿Cómo puede detenerse a un

monstruo que podía ser cualquier cosa y adoptar cualquier forma?»

«Todo es posible en este lugar».

«¿Todo?», pensó Maddy.

Miró una vez más sus manos inermes. El aire era un hervidero de efémeros a menos de una lanza de distancia y se hallaban todavía más cerca de Loki, ya que se habían dado cuenta de la intención de éste y se congregaban encima de su cabeza como la cresta de una ola antes de descender…

Maddy respiró hondo y concentró toda su energía mágica para asestar el golpe. Su aura refulgió mientras cambiaba de un castaño rojizo a un naranja cegador al tiempo que se producía un chasquido de energía en los dedos y las palmas de las manos. Buscó una runa capaz de frenar a los atacantes. Yr, el Protector, era la más cercana. Retuvo esa imagen en su mente y cerró los ojos frente a la oleada de efémeros antes de lanzar la runa con la mayor fuerza posible.

Se oyó un chasquido similar al de un latigazo y se levantó un olor a chamuscado.

La muchacha abrió los ojos y vio que había surgido alrededor de Loki y ella misma un fulgurante domo rojo de dos metros escasos de diámetro sobre el cual se arrastraban y deslizaban los efémeros. La superficie de la semiesfera era tan fina y delicada como irisada, hasta el punto de parecer una pompa de jabón de la colada, pero por el momento aguantaba. Maddy se dio cuenta de que los cuerpos etéreos de los asaltantes chasqueaban y se disolvían en cuanto tocaban la cúpula, dejando un resto espumoso de suciedad sobre la superficie del escudo.

–Funcionó -dijo ella, aliviada-. ¿Has visto eso? ¿Lo has…?

Pero él no perdió el tiempo en felicitaciones y se sirvió de Tyr para intentar abrir el enrejado, objetivo que al final logró, y lo dejó a un lado. Una negrura absoluta se abrió en el suelo. Loki deslizó los pies hasta introducirlos en el agujero, listo para dejarse caer al vacío.

–¿Está mi padre ahí abajo? – inquirió Maddy.

–No -contestó él.

–En tal caso, ¿qué vamos…?

–Esa protección no va a durar -explicó en tono grave-, y a menos que quieras quedarte aquí cuando se venga abajo, te sugiero que cierres el pico y me sigas.

Y dicho esto, se lanzó al interior de la abertura y desapareció de su vista. No se oyó sonido alguno mientras caía y al fondo no se veía otra cosa que oscuridad.

–¿Loki? – le llamó.

No contestó nadie.

Se quedó petrificada por el miedo en ese momento. ¿La había engañado Loki? ¿Había huido? Echó un vistazo al hueco, casi esperando que un alud de efémeros emergiera del pozo abierto a sus pies.

Pero en vez de eso únicamente hubo silencio. «Confía en mí», le había dicho, pero él le había mentido y fue entonces cuando le vinieron a la cabeza las palabras del Oráculo: «Veo un traidor en la puerta».

¿Era Loki el traidor?

Sólo había una forma de averiguarlo.

La muchacha cerró los ojos y saltó.

No tuvo sensación alguna de caída. Maddy pasó del corredor a la celda de debajo con un único paso y durante unos segundos permaneció sumida en la más absoluta oscuridad. No había nada a sus pies ni encima de su cabeza, ni tampoco ningún indicio, ni siquiera el eco, de lo que podría esperarle.

–¿Estás ahí, Loki?… -susurró a la oscuridad.

Entonces, formó la runa Sol, la Luminaria, y una luz fulgurante iluminó todo el espacio.

Maddy se quedó muy aliviada al ver que su compañero de aventura seguía allí. Ambos se hallaban de pie sobre un estrecho saliente mirando un bloque de piedra más o menos del tamaño de las puertas de un granero. Daba la impresión de estar suspendido sobre la nada más absoluta encima de un abismo que devoraba la luz de Sol sin devolver a cambio otra cosa salvo vacío. La piedra estaba dando vueltas en el aire muy despacio a poco más de quince metros de ellos. Ella logró atisbar cadenas fijadas a la parte inferior de la roca y al final de las mismas había un juego de bamboleantes grilletes vacíos…

…pero lo que atrajo de verdad la atención de Maddy fue la criatura colgada encima del bloque y su ponzoña, tan fétida que bastaba para licuarle las tripas a pesar de la distancia.

–Todo está en orden -le aseguró Loki-. No puede moverse de la roca.

–¿Cómo lo sabes? – inquirió Maddy, mirándole fijamente.

–Confía en mí. Lo sé. Te enteras de ese tipo de cosas cuando llevas un par de años frecuentando a los parroquianos de por aquí. – Entrecerró los ojos para observar a la serpiente que no dejaba de girar en círculos-. Imagínate, si puedes, Maddy, cómo sería estar encadenado a esa roca cabeza abajo con esa cosa. – Se estremeció-. ¿A que ahora entiendes por qué estaba más que predispuesto a hacer lo que fuera para liberarme? ¿Verdad, Maddy? – La serpiente siseó como si le hubiera oído-. Lo sé, lo sé -continuó Loki-, pero en realidad, no tuve elección. Sabía que podía escapar solo… El Averno es un lugar enorme y podía haberles llevado siglos percatarse de mi desaparición, pero si intentaba liberarte a ti también…

–Disculpa -le interrumpió Maddy-, ¿le estás hablando a la serpiente?

–Ésa no es una serpiente cualquiera -repuso Loki-. Permíteme que te presente a Jormungard, Maddy, también conocido en la buena sociedad como la Serpiente de los Mundos, el flagelo de Tor, el dragón de las raíces del fresno Yggdrásil. Mi hijo.

Capítulo 9



Muy lejos, en una cámara inexpugnable de la Ciudad Universal en Finismundi, las inquietantes noticias de las lejanas Tierras Altas habían originado un debate de varias horas de duración en el seno del Consejo de los Doce, donde había tenido lugar una acalorada discusión.

Las alarmantes nuevas habían provocado una reunión tan apresurada de dicho órgano que muchos la habían calificado de improcedente. En circunstancias normales, habrían tenido lugar muchos encuentros previos al debate en el Consejo, además de una semana de plegarias, ayuno y meditación acerca de los estados elementales, intermedios y avanzados de la dicha espiritual para concluir finalmente con una reunión de notables armados con la Palabra de entre cuyos instruidos miembros se elegiría a los doce encargados de invocar al Innombrable.

La actual reunión se había convocado en cuestión de días, lo cual, en opinión de su portavoz, el magistrado emérito número 369, un menudo octogenario ataviado con ropajes escarlata a quien el enorme trono del cargo empequeñecía hasta hacerle parecer un monito, demostraba una impetuosidad y una irreflexión que resultaban tan peligrosas como indecorosas.

Empero, los demás no estaban de acuerdo con esa postura y a resultas de esa opinión la ceremonia había sido lo más breve posible y se había elegido mediante sorteo a los doce miembros, todos extraídos de los altos cargos del Orden, que iban a disfrutar del privilegio de la comunión.

Entre los afortunados figuraban el magistrado emérito, su cofrade el magistrado 73.838, que a sus setenta y cinco años no pasaba de ser un subalterno, y otros magistrados más de diferente jerarquía, incluyendo al miembro más antiguo del

Orden, el magistrado número 23.

Todos ellos habían ayunado y orado para purificarse, todos habían entonado los cánticos y practicado unos profundos ejercicios de meditación acerca de la Palabra antes de congregarse finalmente en la Cámara Sinodal, un enorme auditorio, sito en el centro de la Ciudad Universal, donde había una docena de hileras de bancos vacíos alrededor de una única mesa de conferencias, un enorme y pesado mueble tallado en roble.

La comunión con el Innombrable era un espectáculo poco interesante, como la mayoría de las ceremonias más secretas del Orden, y cualquier observador externo la habría calificado como un soberano aburrimiento: doce ancianos vestidos de rojo alrededor de una mesa con un ejemplar del Buen Libro en el atril de lectura, ubicado en el centro. Varios de los participantes parecían dormidos y la escena podría haber pasado por la de un seminario cualquiera donde el lector parecía estar desplomado sobre el facistol entre el polvo en suspensión que brillaba a la luz de los rayos del sol vespertino.

Ese hipotético concurrente habría tenido dificultades para percibir la Palabra, pronunciada en voz alta una hora más tarde por todos los asistentes sentados a la mesa de forma simultánea. Irrumpió como un estremecimiento en el aire, el efecto de la Palabra parecía como si un niño pequeño hubiera hecho cabrillas y la piedra rebotara sobre la superficie del agua, causando a lo largo de todo el trayecto una serie de ondulaciones cada vez más amplias.

El primero en sentirla fue el magistrado número 23, el más antiguo de los miembros del Consejo de los Doce, un hombre consumido de piel arrugada como una manzana de invierno, de quien se rumoreaba que su pasado se remontaba al comienzo mismo del Orden.

–Oh, Innombrable -saludó el anciano.

Todos cuantos se hallaban sentados a la mesa se estremecieron de temor a pesar de haber gozado de la experiencia de la comunión al menos una docena de veces a lo largo de sus vidas y tuvieron que luchar con la misma sensación que había estado a punto de aplastar a Elías Rede.

Aquellos hombres eran los notables del Orden, y eso suponía una diferencia, por supuesto, pero aun así, el magistrado número 23 sintió una pesadez abrumadora cuando el Innombrable le ocupó la mente con su presencia.

«OS ESCUCHO», bramó una voz que reverberó en las mentes de los participantes en el Consejo e hizo estremecer a todos, desde el magistrado y el examinador hasta el más humilde de los participantes.

El magistrado número 23 sintió el peso abrumador de la voz mientras creía atisbar la lejana orilla de los dominios del Innombrable en el rincón más recóndito de su mente, un lugar donde gobernaba el Orden Perfecto de modo absoluto y el creyente recibía tanta dicha como era capaz de soportar.

El magistrado se preguntó si lograría resistirlo. Temía que su mente no fuera otra cosa que Caos incluso después de todas sus prolongadas jornadas de meditación, y el temor que había ocultado con tanta diligencia durante todos sus años de carrera como magistrado salió a la luz como un corcho picado sale a la superficie del agua.

«Perdonad mis dudas, oh, Innombrable -pensó-, y dispensadnos por la demora en consultaros el asunto que OS atañe de forma tan directa. Hemos tomado conciencia de la muerte de un compañero durante la comunión».

«¿Qué, acaso pensáis vivir para siempre a MI servicio?» Había una nota de irritación en la voz.

«Disculpadme -repuso el magistrado-, pero nuestro compañero había hecho un prisionero. Estaba seguro de que se trataba de un general del enemigo, Odín en persona, a quien dábamos por muerto hace largo tiempo, pero mataron a nuestro cofrade antes de que tuviera ocasión de interrogarlo y todavía no hemos conseguido identificar a ninguno de sus cómplices, aunque creemos que uno de ellos podría ser Loki, su hermanastro…»

«Ya estoy al tanto -le interrumpió la voz-. Supongo que no habréis entrado en comunicación conmigo tan sólo para ponerme al corriente de lo que ya sé. ¿Cómo ha de precederse…?»

«Se ha producido una novedad, oh, Innombrable», repuso el magistrado.

«¿Una novedad?»

La pausa posterior erizó el vello de la nuca al magistrado. Entonces, comenzó a explicar entre balbuceos que un clérigo de la Gente había adquirido la Palabra en unión con Elías Rede y que habían formado una alianza con el pueblo feérico e incluso ahora seguían pisándole los talones al enemigo mientras éste se dirigía hacia el Averno.

«Pero todo está en orden -se apresuró a añadir el portavoz del Consejo-. Nuestro agente lo tiene todo bajo control y detendrá a tiempo al enemigo. Él va a…»

«¡Silencio!»

Se produjo una nueva pausa durante la cual los doce notables sintieron cómo una presencia superior hurgaba en sus pensamientos sin el menor atisbo de piedad. Las consecuencias se dejaron sentir en Finismundi. Los miembros del Consejo padecieron migrañas y retortijones de estómago cuando el fundador del Orden rebuscó información con creciente urgencia. Y la buscó con ahínco entre las imágenes de las mentes de los notables, unas instantáneas que pasaban a toda prisa. Podían ser visiones, profecías o sueños. Una mujer ataviada con pieles de lobo; una deidad con dos caras; una montaña que conducía al Averno; una muchacha…

«No le veo. No está claro. Las tierras del Caos nublan mi vista…»

Las imágenes se detuvieron y sobrevino un momento de inquietante calma.

«Le veo, sí, y…»

A continuación se formó otra de aquellas representaciones tan atractivas…



…Un símbolo escrito en rojo oscuro. Todos lo percibieron como un glifo de

poder, pero incluso el magistrado 23 vaciló a la hora de identificarlo. Sin embargo, el Innombrable reaccionó a toda prisa y un instante después una súbita y terrible onda cruzó las mentes del Consejo de los Doce, provocando el colapso absoluto de once de sus miembros. El más anciano de los notables sufrió una apoplejía y murió allí mismo. Los magistrados 369 y 73.838 padecieron lesiones cerebrales de por vida y la totalidad de los miembros del Consejo empezó a chorrear sangre por las fosas nasales.

«¡Un ardid! – siseó el Innombrable-. ¡Era una trampa, incompetentes, mentirosos!»

Miembros de todo el Orden se desplomaron entre espantosos dolores de *cabeza* y los magistrados de más edad se hicieron de vientre encima cuando la voz del Innombrable expresó todo el peso de su descontento. Luego, pareció reinar un breve momento de calma cuando su ira homicida aminoró para convertirse en un arrullo glacial.

El único miembro consciente del Consejo de los Doce era el magistrado 262. Se llevó las manos a la nariz para restañar la hemorragia y pensó con desesperación.

«Oh, Innombrable, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué significa esto?»

Se hizo un silencio prolongado y ominoso antes de que la voz le contestara en un arrullo.

«Eso no importa. También estaba planeado», afirmó el Innombrable.

El magistrado se estremeció una vez más cuando el Innombrable empezó a remover entre las mentes de todos los integrantes del Orden como si no fueran para El más que naipes de un mazo de cartas. Las imágenes pasaron muy deprisa por su cabeza, demasiado para poder identificar rostros conocidos o desconocidos. Eran simples paisajes de una pesadilla.

La voz volvió a hablar una vez que hubo terminado la pesquisa, y en esta ocasión se dirigió al magistrado por su verdadero nombre.

«Fortune Goodchild -empezó-, hace demasiado tiempo que te sientas aquí, en tu fortaleza de Finismundi, cómodo y muy satisfecho contigo mismo. Has atendido tu minúsculo imperio por largo tiempo, olvidando cuáles son las reglas que de verdad rigen el mundo. Ha llegado la hora de que demuestres tu lealtad. Los videntes al fin se han dejado ver como yo sabía que iba a suceder. Noto su presencia. El campo de batalla ha sido elegido y las líneas trazadas. Nos pondremos en marcha hoy mismo».

«¿Hoy?», susurró para sí el magistrado.

«¿Deseas efectuar alguna crítica a mi estrategia, Fortune Goodchild?», inquirió el Innombrable.

«No, no -se apresuró a responder el interpelado-, por supuesto que no, oh, Innombrable. Es sólo que hay un mes de marchas forzadas hasta el valle del Strond, y para cuando nosotros lleguemos…»

«No vamos a dirigirnos al valle del Strond».

«Entonces, ¿adonde hemos de ir?», preguntó el magistrado, al tiempo que se reprochaba en su fuero interno: *Eres imbécil por preguntar.*

El Innombrable se percató del pensamiento y durante un segundo el hijo predilecto se acobardó bajo el peso de su temible diversión.

«¿Adonde va a ser? – respondió Él-, al Averno».



Capítulo 10



–¿Tu hijo? – preguntó Maddy-. Por los dioses, Loki, ¿hay alguien aquí con quien

no estés emparentado?

El aludido exhaló un suspiro.

–Una vez mantuve… relaciones con un demonio hembra llamado Angrboda. Era una cambiante, una hija del Caos, y le gustaba hacer experimentos. A veces los resultados eran, digamos, «exóticos».

La serpiente gigante abrió sus fauces. Olía peor que ninguna otra criatura que Maddy hubiera encontrado en su vida: una mezcla hedionda y plomiza de veneno, petróleo y depósito de cadáveres. Los ojos eran como pozos de alquitrán y el cuerpo tan grueso como el de un hombre.

Según la leyenda, la Serpiente de los Mundos era tan grande que tan sólo podía contenerla el mar Único. Había crecido hasta tal punto que rodeaba por completo las Tierras Medias y había bajado hasta Yggdrásil para nutrirse de sus raíces.

Era más pequeña en la realidad que en el mito pero, incluso así, Maddy no había visto jamás en la vida un ofidio tan grande. En sus ojos malignos se percibía una inquietante inteligencia.

–Parece como si entendiera nuestra conversación -comentó ella.

–Por supuesto que entiende lo que hablamos -respondió Loki-. No creerías que iban a elegir a una criatura estúpida para vigilarme.

–¿Vigilarte? – dijo Maddy-. ¿Te refieres a cuando estabas prisionero aquí?

–Veo que las cazas al vuelo -contestó Loki en tono irritado-. Nos quedan cuarenta y ocho minutos -añadió, consultando el cronófago que le había entregado Hel-, así que si tengo que explicarte diez veces cada minúsculo detalle…

–Vale, lo siento -se disculpó Maddy-, pero si es tu hijo, entonces, ¿por qué…?

–Ellos tienen un sentido del humor muy peculiar -respondió Loki-. ¡Hacer que

me atormente mi propio hijo! Aunque me temo que no he sido exactamente un buen padre.

La Serpiente de los Mundos volvió a exhibir sus colmillos.

–Oh, cierra el pico -le dijo Loki-. Ahora he vuelto. – Se volvió hacia su acompañante-. Sus anillos bajan hasta el río Sueño -dijo, señalando el largo cuerpo de la sierpe-. ¿Has soñado alguna vez con serpientes? ¿Sí? Pues se trataba de Jormungard, o alguno de sus aspectos que se introducía en tu mente a través del mundo de los sueños. Fue así, con su ayuda, como llegué hasta el río y conseguí escapar hasta Sueño adoptando mi aspecto ígneo. Una vez allí, por fin, volví a encarnarme.

–La serpiente no parece muy contenta -observó.

–Ya. Bueno, yo… -Loki parecía algo avergonzado-. Creo que está enfadada porque… El caso es que le prometí liberarla cuando huí.

–¿Liberarla? – preguntó Maddy-. Creí que habías dicho que *ella* te vigilaba a *ti.*

–Ésa es la parte más ingeniosa de todo este asunto -dijo Loki-. Recuerda que esto es una *fortaleza de sueños.* Nada en el Averno posee una forma definida: todo lo que ves emana de las mentes de aquellos que sufren cautiverio. Lo cual incluye a nuestra amiga -añadió el Embaucador, señalando a la sierpe-. Tú y yo sabemos que no me gustan nada los ofidios. Puesto que estamos en el Averno y aquí las pesadillas son la moneda de cambio habitual, ¿se te ocurre algo más apropiado que convertir a una serpiente en mi carcelera? Y además no a cualquier ofidio, sino a la mismísima Serpiente de los Mundos. Así que de alguna manera fui yo quien la trajo aquí, o al menos la invoqué bajo este aspecto. Hasta que la libere, de regreso al mundo *real*, no deja de ser otra prisionera. Mi hijo está encerrado aquí para siempre, como todos los demás.

Mientras Loki hablaba, el ofidio emitió un siseo más fuerte y el aire se nubló de gotitas de veneno.

–Déjalo ya -le dijo Loki-.Vamos, ¿de verdad creías que iba a dejarte suelto después de lo que pasó la última vez? – dirigiéndose a Maddy, añadió-: No sólo

alteró las mareas del mar Único, inundó las Tierras Medias y devoró al Tonante con martillo y todo. Además, para cuando consiguieron controlarla había llenado los Nueve Mundos de agujeros de gusano por los que los ejércitos del Caos se dedicaban a colarse como ratones por un queso gruyere. – Loki miró a la Serpiente de los Mundos con una sonrisa irresistible-. A pesar de todo eso, Jormungard es un buen hijo -añadió en tono alegre-. ¿O puedo llamarte Jorgi para abreviar? Sí, me gusta Jorgi. Suena más divertido y tranquilizador. Yo diría que incluso amistoso. ¿Qué te parece?

A través del vertiginoso espacio que los separaba, la Serpiente de los Mundos escupió un chorro de veneno que no llegó a alcanzar a su padre, pero a cambio arrancó un buen trozo de la pared de roca.

El Embaucador miró a Maddy con una sonrisa nerviosa.

–Está encantado.

–Oye -dijo Maddy-. Esta gira para conocer a tu familia es fascinante, pero creía que habíamos venido a rescatar a mi padre.

–Y es lo que vamos a hacer, con la ayuda de Jorgi.

Maddy observó cómo la gigantesca culebra se revolvía, aún encadenada a su roca.

–¿Tú crees que esa cosa va a ayudarnos?

–Ya me ayudó antes. Si podemos llevarla al río Sueño…

–¿Al río Sueño? – preguntó Maddy, sorprendida-. Pero yo creía que…

–Jormungard no puede escapar a través del Hel. Para eso se necesita un cuerpo, desde luego, y por lo que sé no disponemos de ninguno de sobra.

–Oh.

Maddy se quedó confusa por un momento. Se había concentrado tanto en la idea

del rescate que no había reparado en los pequeños detalles prácticos.

Loki lo sabía. De hecho, lo había tenido en cuenta en sus tratos con el Susurrante. Tor liberado en el Sueño era una cosa, pero Tor reencarnado y dispuesto a vengarse era algo de lo que definitivamente Loki prefería prescindir. «Aun así -se dijo-, lo primero es lo primero». Quedaba un largo camino por delante para salir del Averno, e incluso el Sueño tenía sus peligros.

Le dedicó a Jormungard la más encantadora de sus sonrisas.

–Es mejor tarde que nunca -le dijo.

La criatura respondió con un silencioso silbido.

–Pero no puedes liberarla -protestó Maddy-. Aparte del daño que pueda provocar abriendo brechas entre los mundos, ¿no te aniquilará en cuanto…?

–Gracias por recordármelo -le espetó Loki en tono seco. Incluso bajo aquel aspecto, su rostro había empalidecido-. No creas que no se me ha ocurrido, pero quedan… -Echó un vistazo al cronófago que llevaba alrededor del cuello-. Quedan tan sólo cuarenta y tres minutos por delante, y se me están agotando las buenas ideas. En cuanto a los destrozos que pueda provocar, espero que podamos sacar algún provecho de ellos.

–¿Cómo?

–Para empezar, como maniobra de distracción. El Averno aún no ha actuado, pero no va a seguir tan tranquilo demasiado rato. En cuanto perciba los trastornos que hemos provocado enviará algo o a alguien para investigar. Espero que cuando eso ocurra el bueno de Jorgi haya tapado nuestras huellas. Si estoy en lo cierto, al menos ganaremos un poco de tiempo.

–Ya te entiendo -repuso Maddy-, pero ¿y si te equivocas?

–Si me equivoco, nuestro sufrimiento será breve. Ahora, toma mi mano.

Maddy la cogió y sintió cómo los dedos de Loki aferraban los suyos. Durante un

instante notó una breve sensación de *salto.*

–Agárrate bien -le advirtió Loki-. Cuando se suelte Jorgi, no creo que te haga gracia estar cerca.

En el círculo de roca, la Serpiente de los Mundos se retorcía y lanzaba dentelladas contra sus cadenas. La pestilencia de su ponzoña se intensificó y las secreciones impregnaron el aire.

Y entonces, de repente, las cadenas desaparecieron.

Fue casi cómico. Durante un segundo Jormungard peleó contra el aire, arqueando sus mandíbulas contra la nada, y sus pesados anillos resbalaron dentro del pozo. Después clavó los ojos en Loki, abrió las fauces, se puso rígida un instante… y atacó.

Lo hizo repetidas veces, arrancando de la pared piedras del tamaño de elefantes que caían girando al abismo. El aire estaba saturado de veneno y chisporroteaba de electricidad. En cuestión de segundos el saliente sobre el que se encontraban quedó reducido a un espolón de roca asomado al vacío. Nada más quedó vivo, pues ninguna criatura podría haber sobrevivido a aquel ataque. En la celda oscura y desierta tan sólo quedó la Serpiente de los Mundos.



Capítulo 11



–Por supuesto, sabrás que nos viene siguiendo -jadeó Loki, casi sin aliento.

–¿No era ése el plan?

–¿Qué plan?

Corrían agarrados de la mano por un ancho pasadizo flanqueado a ambos lados por puertas y alumbrado por una fosforescencia de aspecto fantasmal que parecía brotar de todas partes. Aunque *correr* no era el verbo adecuado, y el suelo que había bajo ellos parecía inmaterial, como en un sueño. Mientras corrían el escenario cambiaba y las puertas se transformaban y tan pronto eran monstruosidades góticas de roble, arcos pandados de plomo o agujeros en la pared techados con bóvedas de huesos.

–¿Cuánto nos queda? – quiso saber Maddy.

–Ya casi estamos. Sólo quiero asegurarme…

La luz también cambiaba a toda velocidad, unas veces roja, otras verde, y había un sonido que presionaba como un pulgar contra los tímpanos, el de un millón de soñantes encerrados dentro de otras tantas visiones oníricas.

–¿Cómo lo has hecho? – gritó Maddy por encima de aquella algarabía.

–¿El qué?

–Ya lo sabes. Salir de esa celda.

–Un atajo -respondió él-. Un cambio de aspecto que aprendí de Jorgi. Ahora, procura agarrarte bien.

Se detuvo ante una puerta que era roja y negra y estaba tachonada de encantamientos y runas.

–Esto puede resultarte un tanto… perturbador -añadió.

Maddy le miró fijamente.

–¿Mi padre?

Loki asintió. Por debajo de su aspecto, parecía cansado; los colores habían perdido buena parte de su brillo. Alrededor del cuello, el cronófago de Hel

indicaba que les quedaban treinta y ocho minutos.

Loki arrojó un puñado de runas contra la puerta. La inscripción que había sobre ella se iluminó, pero permaneció cerrada.

–Maldita sea. – Loki se apoyó sobre la puerta y respiró hondo un par de veces-. Estoy acabado -dijo-. Tendrás que hacerlo tú.

Maddy estudió la puerta cerrada. Pensó que Thuris debería moverla, la trazó y la arrojó con todas sus fuerzas. Tembló, pero no cedió.

Volvió a aporrearla, esta vez con Os y con Tyr. La puerta retembló una vez más, y todo el pasillo vibró con ella, estremeciéndose bajo sus pies.

–Ya falta poco -la animó Loki.

–Sí -contestó ella-. Un golpe más y creo que lo…

–No me refería a la puerta.

Loki estaba mirando más allá de Maddy. Durante unos segundos la chica no entendió qué quería decir. Después levantó los ojos y vio lo que se les venía encima. En ese mismo instante lanzó Hagall contra la entrada con todas sus fuerzas mientras Loki, con las escasas energías que todavía le quedaban, arrojaba Isa en el camino de la Serpiente de los Mundos, que se hallaba a cincuenta metros de ellos y ocupaba todo el corredor con su cuerpo.

Isa se congeló en el aire, creando una especie de barrera sólida contra la que Jormungard se estrelló una y otra vez con una furia vesánica.

La runa aguantó, aunque el primer golpe abrió algunas resquebrajaduras en el hielo; era evidente que no podría retener durante mucho tiempo a la sierpe, pero fue bastante. La puerta no se abrió: simplemente se desvaneció y, con otro de esos saltos que provocaban náuseas, Loki y Maddy se encontraron de repente dentro.

Capítulo 12



Hel observaba los acontecimientos con sumo interés desde la otra orilla del río Sueño. El cronófago servía para varios propósitos. Uno de ellos, y no el menos importante, era mantenerla informada de lo que sucedía en todo momento. En una estancia situada en las profundidades de su ciudadela de huesos blancos, Hel contemplaba los progresos de los dos intrusos a través del espejo oscuro de su ojo muerto.

«Qué raro», pensó. Era muy extraño. Por supuesto, Loki nunca era del todo previsible, pero el último lugar al que la diosa esperaba que se le ocurriera regresar era éste. En parte, sentía curiosidad por saber en qué consistía el plan de su padre, pues daba por supuesto que Loki tenía un plan, ya que podía ser cualquier cosa menos un descerebrado. Sin embargo, no malgastó esfuerzos en preocuparse por el destino fatal que con toda probabilidad iba a sufrir el dios. Si Loki caía, no derramaría lágrimas por él. De hecho, pensó, contemplar su destrucción podría brindarle el primer momento de auténtico placer que experimentaba desde la muerte de Bálder, siglos antes.

No es que ese placer fuera a durar. Nada lo hacía. Y sin embargo Hel, que normalmente sólo sentía indiferencia, observaba absorta cómo pasaban los segundos. El ojo muerto veía el torbellino de sueños que era el Averno, mientras que el ojo vivo estaba clavado en las dos figuras que yacían juntas en la orilla del río, sus cuerpos materiales vinculados a sus homólogos del Averno por hebras de luz rúnica más tenues que la seda.

Cortar esas hebras acarrearía cercenar sus vidas, pero Hel les había prometido una hora en el interior, y un juramento como aquél no podía quebrantarse, aunque se lo hubiera ofrecido a Loki. Sin embargo, se hallaba intrigada, especialmente por la energía mágica que el dios había dejado detrás. Era una

energía poderosa, una reliquia de los Tiempos Antiguos que brillaba y resplandecía como un sol olvidado. No conseguía imaginar por qué razón la había traído Loki ni por qué había intentado esconderla a sabiendas de que ella la descubriría enseguida.

Y ahora esa energía mágica la estaba llamando desde su emplazamiento en el desierto con una voz suave y seductora que le resultaba casi familiar, pero no del todo.

«Es una trampa -pensó Hel-. Sea lo que sea, Loki quiere que la coja».

Contempló al Embaucador con el ojo vivo. Parecía dormido, pero de cuando en cuando se movía y arrugaba la frente, como si estuviera en medio de una pesadilla. Hel podía ver el hilo que lo unía a su yo soñante: una hebra transparente de luz violeta. La rozó delicadamente con sus dedos y sonrió al pensar que en otro mundo acababa de provocar un escalofrío en la espina dorsal de Loki.

«¿Y si se trata de una trampa?», se preguntó. No era propio de su progenitor mostrarse tan burdo. Y sin embargo…, si él *no quería* que Hel se apoderase de aquella cosa, ¿por qué la había dejado tan a la vista?

Loki nunca era tan transparente. Siempre se mostraba sutil. De modo que, cualesquiera que fueran sus planes, la respuesta evidente debía de ser falsa. A menos que él supiera de antemano que Hel iba a pensar así. En cuyo caso, la respuesta evidente era la correcta. A menos…

«A menos -pensó-, que en realidad no tenga ningún plan».

Quizás esa negligencia era un farol destinado a hacer creer a Hel que escondía una carta bajo la manga. Algún tipo de protección o de defensa por si era recibido con hostilidad. Pero ¿qué pasaba si no tenía esa carta? ¿Qué sucedería si, como Hel había sospechado desde el principio, Loki se había lanzado a la aventura armado tan sólo con su ingenio y sus bravatas?

En ese caso, el dios se hallaba a merced de Hel. Y la energía mágica que había traído, aquella baratija tan tentadora, estaba a su disposición.

Con una palabra la convocó. La energía mágica se hallaba escondida en el talego del Embaucador, tan brillante ahora que casi podía verla a través del cuero desgastado. Hel la sacó, y la luz del Susurrante se inflamó cegándola casi con su intensidad.

Ella no había visto nunca al Susurrante. Todavía no había nacido en los tiempos de Mímir, y los æsir siempre se habían mostrado muy celosos de sus secretos, pero sabía distinguir una energía mágica cuando la veía. La sostuvo entre las manos, percibiendo el flujo de poder mientras una voz sonaba ensordecedora dentro de su mente.

«Mátalos -le instó el Susurrante-. Mátalos a ambos».

Capítulo 13



«Un problema compartido es un problema resuelto», o al menos eso rezaba el refrán. Por suerte para La-Bolsa-o-la-Vida, no era consciente de que ahora compartía el problema del viaje al Hel con Odín, los seis vanir, la Cazadora, Nat Parson, un examinador muerto, Adam Scattergood, la esposa de Parson, un granjero del valle y una cerdita enana. De haberlo sabido, resultaba dudoso que se hubiera alegrado por ello.

Examinaba la piedra rúnica cada cinco minutos más o menos. O bien su imaginación le jugaba una mala pasada, o en aquellos breves intervalos se oscurecía cada vez más. El trasgo no creía que fuera una mala pasada de su imaginación. Y sabía qué era lo que se suponía que debía hacer.

–El Inframundo -musitó con voz nerviosa-. Debe de estar más loco de lo que pensaba. De modo que quiere que vaya al Inframundo, ¿eh? ¿Quiere que encuentre a un susurrante? «¿Qué es un susurrante?», le pregunté. Y lo único que me contestó él fue…

No me falles.

El trasgo se estremeció. Aquello tenía muy mala pinta, pero el Capitán poseía un don para salir con bien de los peores aprietos. Si lo conseguía de nuevo y Bolsa lo traicionaba…

Se quedó mirando medio hipnotizado la piedra rúnica, observando la forma en que su color se oscurecía y pasaba del bermellón al carmesí y luego al rojo rubí.

El Capitán le había asegurado que la piedra le mostraría el camino. Bolsa había visto otras gemas similares antes, aunque nunca las había utilizado. La magia

rúnica era para videntes, no para trasgos. A la criatura le incomodaba el simple roce de la piedra, así que la idea de utilizarla ni se le pasaba por la cabeza.

Hasta ahora le había enseñado el camino y le había ayudado a ver cada ensalmo roto y cada firma mágica, pero ahora, por último, el camino acababa, y la piedra debía abrirle la puerta del Hel, un sendero que ningún ser viviente debería tomar.

Si se pone roja, estoy en peligro mortal.

Arrojó la piedra contra el suelo tal como el Capitán le había dicho. Un pasadizo que un momento antes no estaba ahí se abrió como un relámpago bajo sus pies. Estaba oscuro. Unos escalones que parecían tallados en cristal negro descendían por la sima. Bolsa sabía que más abajo se hallaba el último tramo, el que conducía hasta el Inframundo y el Susurrante.

Volvió a mirar una vez más la piedra del Capitán. Había vuelto a oscurecerse, pasando de rojo rubí a rojo sangre, y después al tono oscuro de un vino añejo.

Si se vuelve negro…

«Dioses», pensó.

Gimoteando de miedo, Bolsa guardó la piedra y emprendió de nuevo un vivo trote para bajar los estrechos peldaños y recorrer el sendero que llevaba al país de los muertos.

Habían pasado ya casi tres días desde que Odín se adentrara en el Trasmundo siguiendo el rastro de los fugitivos. En aquel tiempo había descendido de forma gradual y cuidadosa, eligiendo los corredores más estrechos y manteniendo siempre el río entre él y sus perseguidores. Había cruzado dos veces el Strond para aproximarse al Inframundo por una ruta indirecta, con la esperanza de que su olor no llegara a Skadi ni a Parson. Durante esos días apenas había comido ni dormido. Seguía viajando en la oscuridad, pero había descubierto que su sentido de la orientación estaba mejorando de forma increíble, y además era capaz de leer los colores con un grado de precisión desconocido para él desde antes de la guerra.

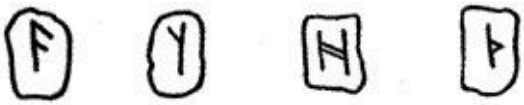
Había percibido la presencia de los vanir en el Trasmundo, así como había captado también a la Cazadora. Le tentaba la idea de establecer contacto, pero en su actual condición no se atrevía a acercarse a ellos. Lo haría más tarde, cuando pudiera mostrarse en la plenitud de su aspecto y volviera a tener al Susurrante en su poder. Es decir, en caso de que volviera a tenerlo en su poder.

Mientras ese momento llegaba, Odín se concentró en la lectura de las señales. Había muchas, tendidas a través del Trasmundo como las cuerdas de un arpa y afinadas en tonos exquisitos. Descifrarlas requería concentración y también energía mágica, pero con cada nueva señal se acrecentaban sus presentimientos.

Finalmente, arrojó las runas. Lo hizo a ciegas, pero no importaba. Su mensaje era ya lo bastante claro. Primero lanzó Raedo invertida. Era su propia runa, cruzada con Naudr, la de la muerte.



Después Os, la runa de los æsir. Kaen invertida. Hagall, la Destructora, y por último tiró Thuris, la runa de la victoria.



«Victoria, pero ¿para quién? – se preguntó Odín-. ¿Para el Orden o para el Caos? ¿Y en qué bando están los æsir?»

«Así que ya ha empezado», pensó. No en la superficie, como se había imaginado, sino en las entrañas del propio Caos. Aún no era la guerra, de eso estaba seguro, pero no tardaría en llegar así como el invierno sigue al otoño.

Loki formaba parte de todo aquello, al igual que Maddy. ¿Qué había desencadenado aquella serie de acontecimientos? ¿El despertar de los Durmientes? ¿El descubrimiento del Susurrante? ¿Algo distinto? Lo ignoraba. Pero al menos sabía una cosa: pasara lo que pasase, él tenía que estar allí.

Otra persona que presentía que debía estar allí era Ethelberta Parson. Por qué, ni ella misma sabría decirlo, pero mientras ella y Dorian se aproximaban a su meta, aquella sensación se hacía cada vez más apremiante. Habían soportado frío y penurias. Tenían los pies llenos de ampollas, no les quedaban provisiones salvo unas cuantas patatas crudas que reservaban para la cerdita, tampoco tenían ya aceite para la lámpara, y sin embargo Ethelberta seguía con paso inexorable a la rechoncha *Lizzy* mientras ésta se orientaba olisqueando a través del laberinto del Trasmundo.

Hacía tiempo que Dorian Scattergood había renunciado a encontrar a nadie en aquel dédalo interminable. Incluso la idea de hallar el camino a su casa se le antojaba impensable, aunque no era ésa la razón por la que seguía caminando. Por delante de él, Ethel era una tenue silueta que se perfilaba contra las paredes fosforescentes. Paciente, incansable, mostraba tan poco temor por las ratas y los trasgos que habían visto antes en los niveles superiores del Trasmundo como ahora por los muertos que encontraban a su paso.

–No hay por qué tenerles miedo -le dijo Ethel a Dorian cuando la primera oleada de espíritus pasó rozándolos entre susurros.

Él había pegado la espalda a la pared, temblando de pavor, mientras que ella se limitó a atravesar ese flujo y seguir adelante, haciendo caso omiso de las lúgubres voces que los rodeaban, ignorando incluso los familiares murmullos de Jed Smith y Audun Briggs mientras los seguían hacia el país de los muertos.

El camino hacia el Hel había sido espantoso para Maddy, pero para Odín resultaba mucho peor. El no podía cerrar sus ojos ciegos a la presencia de los muertos ni tapar sus oídos a sus súplicas y maldiciones. Los difuntos se dieron cuenta y, durante una distancia que se le hizo eterna, le arrastraron a su paso en oleadas, de tal forma que los pies de Odín apenas tocaban el suelo del pasadizo.

No era la primera vez que se arriesgaba a hacer ese viaje. Siempre había sido desagradable, pero esta vez intuía que algo había cambiado. Percibía en aquella multitud una sensación de expectativa, una anticipación consciente que le inquietaba sobremanera. Por primera vez le hablaron, y lo llamaron por su nombre.

Un hombre ciego de camino al Hel…

(te rogué que me dejaras morir).

¿Odín el Ciego todavía vivo? No.

Por mucho.

Tiempo.

Cuando por fin escuchó una voz de verdad y sintió los colores de un ser vivo, casi lo pasó por alto entre el clamor y el alboroto circundantes. La voz subía y bajaba en tonos quejumbrosos como si discutiera consigo misma. Después guardaba silencio unos instantes, y enseguida reanudaba aquel debate unilateral.

te digo que no puedo hacerlo

no puedo y no voy a hacerlo es antinatural no puedes obligarme

bueno tal vez puedas pero

peligro mortal dijo él

peligro mortal

La firma mágica tenía el color dorado de los trasgos, y estaba teñida con los matices de la incertidumbre y el miedo. Había algo más en las inmediaciones, probablemente un amuleto impregnado de energía mágica, que emitía una firma muy familiar.

Odín no tenía el menor interés en La-Bolsa-o-la-Vida, pero conocía de sobra el

sello de Loki. Recurriendo a Yr y a Naudr, le resultó muy sencillo acercarse al trasgo sin ser visto y atraparle antes de que consiguiese escapar.

Unos segundos más tarde, Bolsa colgaba indefenso del puño de Odín.

–¡Vaya, mi General, excelencia! – empezó-. ¡Qué sorpresa!…

–Ahórrame tus balbuceos -dijo Odín, sentándose en el suelo de roca mientras agarraba con mano firme el cuello de Bolsa-. Dentro de un instante voy a decirte un nombre y tú vas a contarme todo lo que sepas. Me lo vas a contar con claridad, con rapidez, sin mentir y sin una sola palabra de más. De lo contrario, tendré que partirte el cuello. De todos modos, puede que te lo parta igual. Ahora mismo no estoy de buen humor. ¿Entiendes lo que quiero decir?

El trasgo asintió con tanta energía que todo su cuerpo se sacudió.

–¿Estás listo?

Bolsa asintió una vez más.

–Muy bien -dijo Odín-. *Loki.*

Bolsa tragó saliva. Recordando la amenaza de Odín, recitó su información de golpe y sin tomar aliento:

–AvernomisiónrescatepadredeMaddypeligromortalseacabaeltiempo…

–Espera. – Los dedos de Odín apretaron con más fuerza el cuello de Bolsa-. Otra vez. Despacio.

El trasgo asintió.

–Averno -dijo con voz ahogada-. Misión rescate. Padre de Maddy. Peligro mortal. Se acaba el tiempo.

–No entiendo una sola palabra de lo que me estás diciendo -restalló Odín.

–Es porque me estás ahogando, señor -se defendió el trasgo.

Odín aflojó su presa en torno al cuello.

–Gracias, señor -dijo Bolsa en tono de disculpa mientras se sentaba en el suelo-. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que me remojé el gaznate, señor, y es una historia complicada. La contaría mejor con mis propias palabras y, si disculpas mi atrevimiento, con el pescuezo intacto. ¿Puedo?

Odín suspiró. «Trasgos», se dijo. Traía más a cuenta interrogar a un muerto que esperar una respuesta sensata de un trasgo. Reprimió su impaciencia y empezó de nuevo.

–Ahora, dime. ¿Dónde está mi hermano?



Capítulo 14



Mientras todo esto sucedía, Loki esperaba en una celda del Averno y Maddy se disponía a conocer al Tonante.

La mazmorra era muy distinta de la que había ocupado Loki. Para empezar, parecía limpia y cómoda: había una cama con sábanas y un grueso edredón, una lámpara convencional con una pantalla de flecos, una pequeña alfombra floreada y una ventana con vistas a una verde campiña. En el alféizar se veía un jarrón con flores. Junto a la cama había una mesita auxiliar sobre la que Maddy pudo ver algo que parecía una bandeja con té y galletas. Al lado de la mesa una señora muy bajita y anciana se dedicaba a hacer calceta en una mecedora.

Detrás de Maddy, Loki empezó a reír.

–Así que *éste* es el calabozo de Tor el Tonante -comentó-. Por los dioses, Tor, sabía que eras un tipo retorcido, pero esto resulta ridículo.

Maddy se volvió hacia él, perpleja.

–Creí que habías dicho que mi padre estaría aquí.

–Y así es -repuso Loki con una sonrisa.

–No lo entiendo.

Loki señaló a la dama, que seguía tejiendo.

–Te presento a Ellie. También conocida como la Vejez.

Loki se rió una vez más, con un brillo de divertida malicia en los ojos.

Ellie apartó la mirada de su labor y contempló a Maddy con ojos tan negros y brillantes como los de un pájaro.

–Guardad silencio -les advirtió con firmeza-. Mi esposo está dormido.

Maddy se acercó casi de puntillas a la cama. Era cierto, había alguien tumbado bajo el edredón. Alcanzó a ver la curva de un hombro, y unos cabellos blancos y ralos sobre un cráneo tan fino y delicado como un huevo de petirrojo.

–No hagas eso -espetó Ellie, levantándose con la ayuda de un bastón-. Muestra un poco de respeto por tus mayores y tus superiores.

–Lo siento -dijo Maddy-. Estoy buscando a mi padre…

–Conque tu padre, ¿eh?

–Tor, hijo de Odín. El mismo al que llaman el Tonante.

La cara de manzana seca de la anciana se resquebrajó en un millar de arrugas.

–Debe de tratarse de una equivocación, querida -dijo-. Aquí sólo estamos mi marido y yo, y el pobre está muy enfermo, casi con un pie en la tumba.

Maddy se volvió hacia Loki.

–Me has mentido -le dijo-. Mi padre no se encuentra aquí.

Loki sacudió la cabeza.

–Recuerda lo que te dije, Maddy. En la Fortaleza Negra cada hombre se construye su propia celda, y cada prisionero invoca a su propio carcelero escogiéndolo de entre sus temores más profundos e inevitables.

–¿Sus temores?

–Para mí, como bien sabes, no hay nada peor que las serpientes. Lo que más teme Tor es que llegue la Vejez y acabar sus días en un lecho confortable. A cada uno lo suyo.

Sin dejar de hablar, Loki se había acercado al otro lado de la cama. Los dedos de su mano izquierda jugueteaban con pequeñas runas, manejándolas como si fueran dardos listos para disparar. Seguía sonriendo, pero ahora había entrecerrado los párpados en un gesto de concentración.

–¡No hagas eso! – dijo Ellie, agarrando su bastón y cojeando con sorprendente agilidad hacia el otro lado del lecho-. No permitiré que despiertes a mi marido.

Loki se apartó de su camino. La mujer era anciana, pero también rápida, y su bastón despedía chispas de luz rúnica.

–No te acerques -le ordenó a Maddy.

Veloz como un rayo, Loki trazó sobre el durmiente la primera de sus runas, entre las cuales Maddy reconoció Os. Los colores de Loki se difuminaron un poco más. El anciano dio un respingo y murmuró algo, y unos dedos huesudos se engarriaron sobre las sábanas.

El aspecto de Ellie era claramente amenazador. Sus ojos negros como cuentas brillaban de rabia y su rostro de bruja parecía una máscara deformada.

–Te lo advierto, jovencito…-empezó.

Loki lanzó una segunda runa, Naudr invertida. Sus colores se debilitaron una vez más, mientras el anciano gritaba como si se hallara en las garras de una espantosa pesadilla.

Ellie chilló de ira y bruscamente golpeó a Loki con su bastón rúnico.

El dios retrocedió a toda velocidad. El golpe, que no le alcanzó por los pelos, pulverizó la mesa que había entre ambos. La vieja volvió al ataque, fallando de nuevo, mientras los dedos de Loki soltaban el último puñado de runas directamente sobre el pecho del anciano.

–¿Qué estás haciendo? – gritó Maddy sobre los agudos chillidos de la encolerizada bruja.

Loki se limitó a sonreír, sin decir nada. Su firma mágica se estaba desvaneciendo a gran velocidad y su brillo violeta mostraba ahora una palidez fantasmal, pero la habitación entera empezó a transformarse. La ventana había desaparecido junto con su idílico paisaje, y ahora sólo se veía en la pared una hendidura asomada al vacío del Averno. El resto -mecedora, cortinas, florero-se había esfumado, dejando sólo la cama, reducida a una angosta repisa de piedra cubierta de paja podrida, junto con su único ocupante.

Sobre aquel saliente de piedra, ante los ojos de Maddy, el viejo cambió y se dobló sobre sí mismo. Le crecieron músculos cada vez más abultados, un cabello tan rojo como el del propio Loki y una barba erizada, y al fin abrió unos ojos ardientes y oscuros como brasas.

El Tonante despertó en su aspecto completo, y el suelo se estremeció bajo sus pies.

–Ahora es el momento de cumplir tu promesa -le dijo Loki a Maddy, mientras retrocedía para apartarse de aquella figura amenazante todo lo que le permitían

las exiguas dimensiones de la diminuta estancia.

Tor le siguió de una sola zancada, barriendo a Ellie a su paso, y se detuvo a menos de medio metro de Loki, al que sacaba dos cabezas. De sus manos brotaban chispas de luz rúnica carmesí.

–¿Qué promesa? – preguntó Maddy.

–La de interceder por mí si algún miembro de la familia se, digamos, ofendía por mi prolongada supervivencia.

–Ah -dijo Maddy-. *Esa* promesa.

Tor rodeó por completo la garganta de Loki con su gigantesca manaza.

–¡Tú! – dijo con voz de trueno-. Voy a partirte todos y cada uno de los huesos del cuerpo, empezando por tu miserable pescuezo. Y después te los voy a volver a romper todos para asegurarme de que no se me olvida ninguno. Y después voy a moler todos los pedazos. Y después de eso -añadió con una sonrisa campechana a través de su barba roja-ya se me ocurrirá cómo hacerte más daño todavía.

–Creo que se me ha olvidado decirte que esta amiga y yo tenemos ciertos… *asuntos* que tratar contigo -dijo Loki.

Los dedos de Tor se cerraron sobre su garganta, cortándole la respiración.

-*Ayúdame.*… -imploró el Embaucador.

En el mismo momento en que Maddy puso su mano sobre el brazo del dios del trueno y dijo *padre*, la puerta de la celda reventó con un estrépito inimaginable y la Serpiente de los Mundos la atravesó, llenando la estancia con sus gigantescos anillos.

Tor se quedó mirando a Maddy.

–¿Qué has querido decir con eso de «padre»?

Había aflojado su presa sobre Loki, quien ahora tenía la espalda pegada contra la pared para apartarse lo más posible de Jormungard mientras Ellie, indignada con aquella última intromisión, atacaba a la sierpe con su bastón.

–Fabuloso -dijo Loki, casi sin aliento-. Bienvenida al Averno. Así podrás conocer a los muchachos.

Tor, cuya mente no era demasiado rápida, tenía ciertos problemas para asimilar la situación.

–¿Que tú eres mi hija? – dijo, titubeante-. Si fuera así, seguro que lo recordaría.

Detrás de ellos, la bruja estaba enfrentándose con denuedo a la Serpiente de los Mundos. Era evidente que la Vejez al final siempre vencía, y aunque los golpes que le asestaba a Jormungard eran relativamente débiles, Ellie parecía invulnerable al veneno de la serpiente.

–Odio entrometerme -intervino Loki-, pero si pudiéramos dejar esto para más tarde… Tor, te presento a Maddy. Ha venido para sacarte de aquí, igual que yo. No es que vayas a agradecerlo, por supuesto. Veo que estás demasiado ocupado planeando triturar todos mis huesos como para sentir ni un gramo de gratitud, pero sólo nos quedan diecinueve minutos, y personalmente preferiría posponer esto para otro momento.

–¿Diecinueve minutos para qué? – preguntó Tor.

Ahora que estaba en una situación de peligro se le veía más animado y alerta. Su barba se había erizado y su aspecto era el de un dios del trueno disponiéndose para la guerra y disfrutando cada momento.

–Escucha -le dijo Loki en tono impaciente-. Éste es el corazón del Averno. El simple hecho de encontrarnos aquí está provocando una perturbación como no puedes ni concebir. Me refiero a que nos hemos apartado demasiado de nuestro camino para seguir siendo discretos. Ya hemos taladrado agujeros en un centenar de sueños y soltado a un sinfín de demonios, incluyendo a la Vejez y a Jormungard, así que si queremos salir de aquí tendremos que confiar en el

cerebro, no en los músculos. Lo cual, viejo amigo, afrontémoslo…

El semblante de Tor se oscureció, y su puño se preparó para golpear.

–…significa que me necesitas -dijo Loki.

–¿Por qué?

–Porque yo sé cómo liberar a los dioses.

Maddy escuchó con ojos brillantes mientras el Embaucador les explicaba su último plan. Empezaba a pensar que había juzgado mal a Loki, y de pronto se avergonzaba de haber pensado que él era el traidor de la puerta.

Quería decírselo, pero no había tiempo. El cronófago marcaba dieciséis minutos, y Ellie y Jormungard parecían decididos a reducir a escombros la estancia. Entre ambos saltaban chispazos de luz rúnica, y el aire estaba tan saturado de veneno que a Maddy le escocían los ojos y se le saltaban las lágrimas.

–Ahora, escucha -dijo Loki en tono apremiante-. Habréis de protegerme. Los dos. He perdido casi toda mi energía mágica. Si hay que pelear no tendré la menor oportunidad. Además, debemos ser extremadamente rápidos.

El Tonante asintió con un gruñido.

–Bien. Por lo que sabemos -prosiguió Loki-, nuestra amiga Jormungard se desplaza a través de los sueños. Bajo ese exterior tan tosco, no es más que otro gusano que se abre camino hacia su guarida. En su caso, hasta el río Sueño. ¿Me seguís hasta aquí?

–Desembucha de una vez -rezongó Tor.

–Hasta ahora -explicó Loki-, hemos hecho todo lo posible por refrenar su paso. Una criatura de su tamaño atrae la atención y taladra agujeros en el tejido del Averno como si fuera un queso gruyere. Pero ¿y si nosotros *quisiéramos* abrir esos agujeros? Si dejamos que Jorgi se enfurezca lo suficiente en el sitio adecuado, podremos abrir una brecha tan grande como nunca antes se ha visto en

el Caos. Lo único que nos hace falta es ofrecerle un cebo…

–¿Un cebo? – retrucó Tor-. ¿Es que acaso vamos de pesca?

–Quince minutos -anunció Loki, mirando a Maddy-. Tú sólo sigue a la serpiente. Y no te detengas por *nada.*

La barba de Tor se erizó amenazadora.

–Dime, piltrafa. ¿Qué señuelo vas a usar?

Pero Maddy ya lo había comprendido. Un escalofrío recorrió su espalda mientras Loki, pálido como un cadáver, *saltaba* a través de la pared de la celda hacia la nada.

–¿Qué señuelo? – volvió a replicar Maddy-. El mismo, evidentemente.



Capítulo 15



Un segundo después, Jormungard se arrojó tras Loki, con la Vejez aferrada a sus asfixiantes anillos. Al hacerlo arrancó las piedras de la pared ya dañada, y en un segundo ataque consiguió atravesarla, ofreciendo a Tor y a Maddy una repentina y vertiginosa perspectiva de la celda contigua. El ofidio se lanzó al instante por el agujero y, durante lo que pareció una eternidad, Tor y Maddy contemplaron cómo su cuerpo negro como el petróleo se comprimía para atravesar la abertura.

–¡Vamos! – gritó Maddy.

Se agarró a la cola de la serpiente y se dispuso a seguirla hacia lo desconocido. A su lado, Tor hizo lo mismo. Sus dedos se clavaron en los anillos de

Jormungard y sus rodillas apretaron los flancos de la criatura. Era como cabalgar un caballo a pelo, se dijo Maddy, aunque se tratara de un caballo sin patas, de cien metros de longitud, que exudaba un pus venenoso y que olía a miasmas. Aun así, se aferró con fuerza y cerró los ojos para protegerse de la ponzoñosa niebla que brotaba de la boca del monstruo.

Después los abrió durante un instante, y por segunda vez se encontró volando sobre el mareante paisaje del Averno. De las profundidades se elevaban gritos de tormento, y bajo sus pies desfilaban jirones de sueños a modo de nubes. Después se encontraron cayendo hacia la sima. Sobre sus cabezas, el aire estaba lleno de enjambres de efémeros. Maddy cerró otra vez los ojos…

Volvió a abrirlos cuando la Serpiente de los Mundos atravesó con un chillido un túnel de luces, en cuyo final una figura solitaria -un hombre, le pareció a Maddy- parecía colgar y dar vueltas sobre una rueda de estrellas. Bajo ellos, una criatura que parecía toda ojos le tiró un bocado a Jormungard. Después volvieron a encontrarse atravesando un vasto espacio abierto, donde pozos de fuego arrojaban vapores sulfurosos y una mujer rubia peleaba contra una gigantesca cucaracha blindada de largas patas sobre un cráter rodeado de huesos humanos.

Junto a Maddy, Tor arrojaba proyectiles contra los efémeros que tenían debajo. La fuerza del dios era colosal. Cuando acertaba en el blanco, la réplica del impacto era tan potente que perforaba agujeros en la tierra yerma que yacía bajo ellos y enviaba al espacio grandes fragmentos del Averno que giraban sin control.

Viajando de esta forma recorrieron una docena de niveles y atravesaron otros tantos túneles y celdas. A su paso, los sueños se hacían añicos, las paredes de las mazmorras se derrumbaban y despertaban los soñantes. Maddy se enteraba de todo ello más por deducción que porque realmente lo viera: los ojos le ardían por culpa del veneno de la serpiente y necesitaba todas las fuerzas y la concentración para mantenerse agarrada.

El Tonante, al menos, se lo estaba pasando en grande. Ya había captado la idea general del plan, aunque pasando por alto las sutilezas. Tor no era precisamente un filósofo, pero sabía reconocer un demonio cuando lo veía, y el Averno estaba plagado de ellos. Ahora que había recuperado su aspecto y podía arrojar

relámpagos mentales, casi se sentía feliz de nuevo, dejando atrás los recuerdos de aquellos quinientos años como un sueño lejano.

No había señal alguna de Loki. Su firma mágica, cada vez más débil, se había confundido entre la multitud de efémeros y rastros de luz, y hacía rato que Maddy había perdido de vista su figura, que se antojaba patéticamente pequeña al compararla con la ingente masa de la sierpe que le perseguía. Lo más que Maddy podía hacer era desear que aún siguiera vivo. Bajo ella, los anillos de Jormungard restallaban con la furia de un látigo mientras el monstruo ganaba fuerza, destrozándolo todo en la fortaleza de los sueños como una segadora en un campo de heno.

El ofidio arrancaba a su paso grandes fragmentos del Averno. Los soñantes quedaban libres, aunque Maddy era incapaz de saber si se trataba o no de æsir. Los efémeros se dispersaban por el aire como paja aventada. En un momento dado, Maddy incluso creyó vislumbrar lo que había al otro lado de las murallas del Averno: una oscuridad en forma de espiral que lo absorbía todo, tachonada de estrellas muertas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

«Por los dioses, ¿es eso el Caos?»

Cerró los ojos y se agarró con fuerza.



Capítulo 16



La guardiana del Hel lo presenciaba todo a través de su ojo muerto.

–Esta vez lo ha conseguido realmente -admitió la diosa con cierto matiz de admiración-. Esa serpiente se está haciendo cada vez más grande. Tiene lógica, ya que es el miedo de Loki lo que le confiere su fuerza.

En sus manos, el Susurrante brillaba con ferocidad.

–Tú sólo mátalo -dijo-. Y a la chica también.

–No puedo -respondió Hel-. He hecho un juramento.

El cronófago que sostenía en la mano, gemelo idéntico del que Loki llevaba al cuello, señalaba cincuenta y un minutos. Tal vez podía conseguirlo. Estaba cerca: con su ojo muerto y omnividente, Hel podía verlo venir, volando como un cometa llameante con la serpiente pisándole los talones y una ringlera de soñantes tras su estela. Si pasaban nueve minutos -ahora incluso menos-, y Loki no conseguía cruzar el río, su cuerpo y el de Maddy dejarían de existir, con lo que quedarían atrapados en un Averno que empezaba a reventar por sus costuras y dejaba entrever la luz muerta del Más Allá.

–¿Qué diferencia pueden suponer nueve minutos? – preguntó el Susurrante-.Vamos, mátale antes de que provoque más destrozos -le instó con voz apremiante, y ahora palpitaba con una luz verdosa que arrojaba sombras inquietas sobre el semblante de Hel.

–Me estás pidiendo que falte a mi palabra.

–¿Tu palabra? – exclamó el Susurrante-. ¿Qué valor tiene tu palabra para alguien como él? Vamos, está indefenso. Mátale ahora, por los dioses. ¡Mátale antes de que sea demasiado tarde!

–No puedo. – Hel volvió a consultar el cronófago-. Mi promesa me ata durante otros… ocho minutos.

El Susurrante se enfadó y sus colores se encendieron como fuego de dragón. Sabía de sobra que sería difícil hacer cambalaches con Hel, incluso con la plena colaboración de Loki, pero éste, una vez liberado de la influencia del Susurrante y tras recobrar su aspecto en el Averno, había elegido el bando de Maddy y se había atrevido a emprender aquel intento de *liberar a los dioses.*…

«¿Pensabas que te podías ganar su perdón, Embaucador? ¿Recuperar tu puesto

entre los æsir? ¿Has llegado a creer que Tor podría siquiera protegerte de mí?»

Con un esfuerzo, el Susurrante domeñó su rabia. Los dioses podían escapar, pero ¿adonde irían? Entrar en el Inframundo tan sólo significaría la muerte para todos ellos: mientras siguiesen siendo incorpóreos estarían en manos de Hel, que podría hacer con ellos lo que se le antojase.

Claro que siempre podían intentar escapar al río Sueño, aunque esto también conllevaba sus peligros, pues entrar en el Sueño tan cerca de sus fuentes suponía un peligro tan grande que incluso los condenados se lo pensarían dos veces.

Quedaban siete minutos. El Susurrante hizo un esfuerzo y apartó la mirada de la escena que tenía lugar al otro lado del río.

–Puedo ayudarte, señora -dijo con voz repentinamente melosa-. Sé lo que deseas, y sólo yo puedo dártelo.

Hel abrió ambos ojos.

–No sé qué pretendes decir con eso.

–¿No lo sabes? – preguntó el Susurrante.

Los segundos seguían pasando. Seis minutos.

–¿De veras no lo sabes? – insistió el Susurrante.

–No puedo hacerlo -respondió Hel, pero su voz sonó débil.

–¡Oh, claro que puedes! – insistió el Susurrante en tono zalamero-. Un leve corte, tan sólo un rápido tijeretazo, y todo lo que siempre has anhelado puede ser tuyo. Una vida por otra, mi diosa. La vida de Loki, los cinco minutos que quedan de ella, y a cambio puedes tener a Bálder. Imagínatelo. Bálder vivo. Caliente. Respirando. Y *tuyo*, mi diosa. Todo tuyo.

Hel guardó silencio durante unos segundos que se hicieron eternos. Por fin dijo:

–No puedo romper mi promesa. El equilibrio entre el Orden y el Caos depende de mi neutralidad.

–Contigo o sin ti -repuso el Susurrante-, el equilibrio entre Orden y Caos pronto se va a ver en peligro.

El ojo viviente de Hel brillaba con un intenso anhelo en su pálido semblante.

–¿Cómo?

El Susurrante se permitió el lujo de sonreír.

–¿Hacemos un trato, mi diosa?

–¡Dime *cómo*, malditos sean tus ojos!

Resplandeciendo de alegría, el Susurrante se lo explicó.

Al otro lado del río, Loki volaba como un proyectil en llamas hacia las puertas del Averno. Hel podía ver que estaba casi abrasado; su firma mágica era como un chorro de llamaradas y el esfuerzo y la concentración le deformaban el rostro.

Tras él venían Tor, Maddy, la serpiente con la Vejez aún aferrada a su cola, y detrás de ellos los soñantes. Eran cientos, *miles*, que seguían a Jormungard como una línea de rompientes mientras la fortaleza se desintegraba, y todos ellos iban en busca del río.

Un temblor recorrió el Inframundo; una profunda trepidación que sacudió todo el Hel hasta sus mismos cimientos, desplazando rocas que estaban clavadas allí desde el origen del mundo y enviando ondas de choque entre las filas de los difuntos. Los huesos bailaron, se levantó una inmensa nube de polvo, la niebla se desgarró y un aullido de rabia brotó de la seca garganta de Hel.

–¿Qué está pasando aquí? – gritó la diosa de los muertos.

En su mano, el cronófago la informó de que tan sólo quedaban ochenta y cinco

segundos.

–Es el propio Caos, que está aporreando tu puerta. El Caos que busca a sus prisioneros. Si Loki escapa, conseguirá abrirse paso hasta aquí.

–¿Eso lo ha hecho *Loki*?

–Mátalo ahora. Salva tu reino y a ti misma de paso.

–¿Y qué pasa si te equivocas, Oráculo?

–Todavía tienes a Bálder. ¿Te vas a negar?

–Bálder.

Por segunda vez en quinientos años, a Hel se le escapó un suspiro.

–Setenta segundos.

–Pero yo…

–Sesenta segundos y verás a Bálder vivo de nuevo. Cincuenta y nueve. Cincuenta y ocho. Cincuenta y siete…

–¡Está bien! ¡Está bien!

Hel extendió la mano muerta. Los dedos eran una sucesión de huesos de aspecto amarillento y quebradizo bajo el efecto de aquella luz fantasmal y proyectaban una sombra en forma de araña bajo la cual Loki dormía con un brazo extendido sobre el suelo arenoso de Hel y una sonrisa casi imperceptible en sus labios llenos de cicatrices. La hebra de plata que le unía al Averno brillaba como el hilo de una telaraña.

–Hazlo, señora. Toma su vida.

Hel extendió su mano muerta y cortó la hebra.

En ese mismo momento sonó un ruido formidable y estremecedor, un crujido como si todos los mundos se desgajaran a la vez. Y al mismo tiempo ocurrieron todas estas cosas:

La piedra rúnica que llevaba Bolsa se volvió negra como el alquitrán.

Odín se sintió atravesado por una oleada de energía cuando diez mil hombres recién muertos pasaron sobre él y se precipitaron al Inframundo.

En el Averno, Jormungard derribó las puertas y se lanzó de cabeza al río Sueño.

Loki siguió su vuelo, con tan sólo unos segundos por delante, y se estrelló a toda velocidad contra una barrera invisible que lo envió en una espiral de muerte, cayendo en barrena y sin control de vuelta a la sima.

Y en Finismundi, el magistrado emérito número 262, un hombre que en otra vida había respondido al nombre de Fortune Goodchild, apenas tuvo tiempo de preguntarse a sí mismo: «¿Cómo podemos ir al Averno?». En ese mismo instante el Innombrable pronunció una sola palabra y el magistrado se desplomó sin vida sobre el suelo del Consejo de los Doce.

–Ya está empezando -anunció el Susurrante.

–¿Qué está empezando? – preguntó Hel.

–El fin -respondió el Susurrante, con un tenue resplandor-. El último enfrentamiento entre el Orden y el Caos. El Fin de Todas las Cosas.

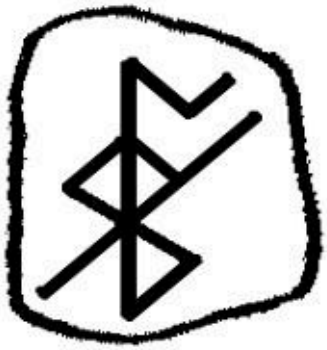
Hel vio cómo el Susurrante empezaba a cambiar. De la cabeza de piedra brotó una flor fantasmal. El aire comenzó a materializarse en una forma definida, y ahora Hel pudo contemplar al Susurrante en su verdadero aspecto, espectral al principio, pero brillando de forma visible. Se trataba de una figura resplandeciente y ligeramente encorvada. Tenía el rostro enjuto, los ojos tapados por una capucha, y un bastón de runas que centelleaban y giraban en el aire.

–¿Quién eres? – preguntó Hel.

El Susurrante sonrió.

–Ah, querida, ¡he sido tantas cosas! He sido Mímir el Sabio. He sido amigo y confidente de Odín. Fui el oráculo que vaticinó el Ragnarók. Mi nombre es Innombrable, puesto que tengo muchos, pero ya que somos amigos, tú puedes llamarme el Antiguo de los Días.

LIBRO OCHO



El Innombrable

¿En qué sueña el esclavo?

El esclavo sueña en convertirse en amo.

Libro de Mítnir, 5:15

Capítulo 1



Todos pudieron sentir el estallido psíquico que sacudió los Nueve Mundos. Incluso a ciento cincuenta kilómetros de su epicentro se levantaron nubes purpúreas, las puertas retemblaron, los perros aullaron, los oídos de los hombres sangraron y los pájaros se desplomaron chillando en pleno vuelo.

Los vanir también lo sintieron y aceleraron su paso. Frey adoptó la forma de un jabalí, Héimdal la de un lobo gris y Bragi la de un zorro pardo. Los tres se lanzaron al galope por los túneles, mientras Njord protestaba, Freya gemía e Idún, sensata, recogía las ropas de todos por si las necesitaban más tarde.

Lizzy la Gorda lo notó y supo que estaban cerca.

Y en la boca del Inframundo, mientras Parson y la Cazadora observaban con asombro la escena que tenía lugar bajo ellos en la llanura, el examinador número 4.421.974 oyó la llamada y, exhalando un largo y áspero suspiro de liberación, salió sigilosamente de su anfitrión y tomó el pasadizo que descendía hacia el Hel.

Todo había empezado, tal como predijera el Buen Libro.

Los muertos se habían puesto en marcha. Y eran diez mil.

Hel examinó en silencio a la multitud congregada ante ella en la llanura. ¡Eran tantas almas! Pero ¿por qué no le rendían homenaje? ¿Por qué se habían desplegado como un ejército?

¿Qué significaba este Orden donde los hombres estaban muertos, pero la propia Muerte no tenía autoridad?

Hel volvió hacia los diez mil la mitad aterradora de su rostro.

–¡Yaced muertos! – les ordenó.

Los hombres no se movieron.

–¡Os ordeno que os disperséis! – insistió Hel.

Pero nadie la obedeció. Los diez mil hombres esperaban, erguidos como espigas en un trigal, con los ojos vueltos hacia el Averno.

Hel se volvió hacia el Susurrante.

–¿Esto es cosa tuya?

–Por supuesto que sí -respondió él-. Ahora, date prisa y entrégame a la chica.

–¿La chica? – En medio de la confusión, casi se había olvidado de ella.

Hel consultó el cronófago. Quedaban treinta segundos. Había quebrantado la promesa que le hiciera a Loki, y el equilibrio entre los mundos se había estremecido hasta sus cimientos. Si faltaba a su palabra de nuevo, no se atrevía ni a imaginar qué consecuencias podía acarrear. Ya podía sentir cómo subía el río, y más allá percibía el Caos, como el latir de un corazón enfermo.

–¡Rápido! – la urgió el Susurrante-. Cada momento que la chica siga en el Averno es un riesgo innecesario.

–¿Por qué? – preguntó Hel.

Miró a la muchacha, que seguía dormida, unida a la vida por un hilo de seda. Hasta ese momento apenas se había molestado en pensar en ella. Ocupada con Loki y el Susurrante, no había tenido tiempo para reparar en una joven de catorce años.

Pero ahora la observó con más atención. Reparó en su firma, de un rojo oxidado, y una vez más buceó en su memoria buscando un parecido. Sí, tal vez había un aire familiar, algo que le recordaba a los días en que los æsir gobernaban los mundos…

–¿Quién es? – preguntó Hel.

–Nadie -respondió el Susurrante.

–Qué curioso. Loki contestó justo lo mismo.

El Susurrante brilló con impaciencia.

–No es nadie -insistió-. Tú entrégamela. Corta el hilo. Vamos, hazlo ahora que aún estás a tiempo.

Con gesto inescrutable, Hel extendió la mano muerta y acarició con suavidad el rostro de Maddy.

–¡Hazlo de una vez! – la apremió el Susurrante-. Hazlo y conseguiré que Bálder sea tuyo.

Hel sonrió y rozó la hebra que seguía uniendo a Maddy con la vida. Al tocarla, se iluminó con un tenue resplandor. Brillaba como la runiforma que tenía en la mano.

–Esa runa… -dijo Hel.

Dieciocho segundos.

–¡Por favor! ¡Casi no queda tiempo!

Hel cogió los dedos de la muchacha con su mano viviente. Aesk brillaba allí, con un rojo intenso, casi violento, y en ese momento la diosa comprendió. El Fresno del Mundo. El Árbol Relámpago. La primera runa del Alfabeto Nuevo. Cayó en la cuenta de a quién le recordaba Maddy, no por su aspecto, sino por su *firma*, y se volvió hacia el Susurrante con la misma sonrisa que había hecho marchitarse a muchos dioses.

–Así que por eso la querías -dijo-. Por eso la has traído a Hel. Y en cuanto a Loki…, ahora comprendo por qué también lo querías a él.

El Susurrante hizo una mueca de desesperación.

–Te construiré un palacio, Hel -le prometió con su voz más meliflua-. Cuando Bálder se levante de entre los muertos, los dos podréis acostaros juntos en la Ciudadela del Cielo.

Hel se llevó los dedos a los labios. Era una sensación peculiar que hizo que su mitad viviente se ruborizara. Ella, que se creía de vuelta de todo aquello, que contaba su edad en eones, tan seca como el polvo. Jamás habría esperado ese raudal de sensaciones, esa oleada de esperanza casi infantil…

Estiró la mano para romper el hilo.



Capítulo 2



La Serpiente de los Mundos atravesó las puertas al doble de la velocidad del sueño. Maddy y Tor apenas tuvieron tiempo de saltar antes de que Jormungard se abalanzara de cabeza al río, con la Vejez colgada aún de su cola. Olas altas como un muro se levantaron del río y nubes de efémeros estallaron en todas direcciones. Algunos de los soñantes ya habían conseguido pasar y Maddy, que ahora podía ver el hilo de plata que unía su aspecto a su yo físico, intentó seguirlos a través de la grieta que se estrechaba por momentos…

Detrás de ella se acercaba un número incontable de soñantes. Algunos eran humanos, otros mostraban rasgos visiblemente demoníacos. Unos portaban las runas y los colores de los dioses, mientras que otros se movían como máquinas, se tambaleaban como pesadillas viscosas y agusanadas intentando liberarse.

Tor se volvió para detener a aquellas monstruosidades. Tenía trabajo de sobra

con aquella multitud de habitantes del Averno: sueños y soñantes, criaturas del Caos, máquinas de destrucción, serpientes y cambiantes, y cualquier otra alimaña deseosa de abrir una grieta para colarse en el Octavo Mundo. Aunque le resultaba imposible mantener a todos apartados de la puerta, sólo los más rápidos y los más hábiles consiguieron seguir a Jormungard y pasar del Averno al Sueño.

Ante él se habían congregado los æsir, encarnados en sus aspectos. Eran lastimosamente pocos -tan sólo tres de ellos-y guardaban un silencio sobrecogido ante lo que estaban viendo.

Frig, la Madre, esposa de Odín, alta y de ojos grises, con la runa Sol en su brazo izquierdo. Sif, esposa de Tor, Reina de la Cosecha, de cabellos dorados y portadora de la runa Ár. Y Tyr el Zurdo, dios de la batalla, flameante como una antorcha con sus fieros colores, con la lanza en la izquierda, mientras la mano derecha se perfilaba en fuego contra la oscuridad de la noche como un fantasma de sí misma.

El Tonante había esperado que fueran más, pero los demás no debían de haber logrado escapar, o bien se habían hundido en el Caos o se habían zambullido en el Sueño, pues no conseguía ver rastro de ninguno de ellos. Contándose a sí mismo, eran cuatro en total.

Cinco, si incluía a Maddy.

Le hizo un gesto a la chica para que cruzara la puerta. Sólo ella podía pasar al Hel. Los demás tendrían que escapar a través del Sueño mientras a su alrededor el Noveno Mundo empezaba a desmoronarse en pedazos.

A cada momento alguna criatura -dios o demonio, Maddy era incapaz de distinguirlo-perdía su asidero en el Averno y era absorbida por la nada entre gritos. El ruido era apocalíptico. De las fauces del abismo brotaba un siniestro sonido de succión, una especie de carcajada que por segundos se hacía más y más ensordecedora.

–¡Maddy! ¡Vete, ahora! – insistió Tor.

Pero Maddy había visto algo que se movía. Ese algo -*él*- estaba muy abajo, y se veía borroso por las brumas y los parásitos del Averno, que pululaban en el aire como enjambres de partículas mortíferas, pero la firma mágica, aunque débil, resultaba inconfundible. Era Loki, y estaba cayendo. A su alrededor y por debajo de él se abrían grietas en el tejido del Caos, dejando vislumbrar retazos del piélago de estrellas muertas del Trasmundo.

–¡Vete, Maddy! – le gritó Tor-. ¡Cruza la abertura! ¡No te queda mucho tiempo!

–¡Pero es Loki! – dijo ella, señalando a la figura que caía.

Tor sacudió su cabeza melenuda.

–No puedes hacer nada por… -empezó.

Sin embargo, Maddy se lanzó en persecución de Loki antes de que su padre pudiera protestar. En vez de colarse por la abertura que llevaba al Inframundo, la chica se había arrojado a aquel caldero plagado de chispas, sin que parecieran importarle los efémeros ni el hecho de que el mundo en el que se hallaban se estaba devorando a sí mismo como una serpiente que muerde su propia cola hasta convertirse en nada.

Tor fue tras ella; no estaba seguro de por qué Maddy necesitaba a Loki, pero no había tiempo para discutir. Entonces vio lo que había a su espalda, se detuvo en seco y contempló con ojos de estupor las escenas que se estaban produciendo más allá del Sueño.

Era como si, por primera vez en mil años, la tierra de Hel hubiera florecido con algo parecido a la vida. Las nubes se amontonaban en un falso cielo, y soplaba un viento oscuro y abrasador. Pero no fue eso lo que hizo vacilar al Tonante, aunque bajo las nubes y el sol muerto el llano parecía casi gemelo del otro campo de batalla que se extendía más allá de Finismundi.

Eran los muertos quienes habían atraído la atención de Tor. No los del Averno -aquellas almas lastimeras y perdidas, tan numerosas como los granos de arena-, sino una columna de difuntos desplegada como un ejército en una interminable fila al borde del desierto, una fuerza de diez mil hombres que esperaban

inmóviles para enfrentarse al poder del Averno.

Diez mil, ni más ni menos: una cifra mágica que aparecía mencionada a menudo en las crónicas de la última batalla. Y era también el número exacto de miembros del Orden, que había sacrificado de forma fría y calculada a todos sus hombres: allí estaban los examinadores, magistrados y profesores, unidos todos en una comunión más poderosa que la muerte.

Tor se dio cuenta ahora de que conocía aquel sonido -esa succión inhumana, como si el propio Caos tomara aliento-, y bajo su barba de fuego su rostro empalideció. Ya había escuchado antes ese ruido, en el Ragnarók. En aquella ocasión los enemigos también los superaban en número, pero no en tal proporción como ahora. Aunque en el Ragnarók él todavía poseía su energía mágica, y también su martillo, incluso entonces aquel ruido le había helado la sangre en las venas.

«Pero si es…», cayó en el preciso momento en que sonaba una terrible explosión entre los mundos y Tor apenas tuvo tiempo de pensar: «Ojojó, aquí viene», y en los últimos segundos de la vida de Maddy las legiones del Orden empezaron su marcha inexorable a través de las llanuras del Hel.



Capítulo 3



Maddy se vio obligada a descender miles de niveles en el Averno para alcanzar a Loki. El dios caía a toda velocidad, con los ojos cerrados y aferrando aún el cronófago en las manos. Abrió los ojos cuando Maddy se le acercó, pero meneó la cabeza y volvió a cerrarlos.

–Estoy muerto, Maddy. Déjame solo.

–¿Cómo? – Por un instante, con la cacofonía del Averno atronándole los oídos, no estuvo segura de haber oído «Estoy muerto». Después vio la hora del reloj, y su boca se abrió en un grito silencioso.

Cuarenta y cinco segundos.

–Déjame solo.

Cuarenta y dos segundos.

Cuarenta y uno.

–Tienes que salir -insistió Loki.

–Podemos salir los dos. Cógeme de la mano…

Loki soltó un juramento, mientras la runa Naudr se cerraba sola rodeando su muñeca.

–Créeme, Maddy. Estás malgastando tu tiempo.

Treinta y nueve segundos.

Maddy empezó a tirar de él hacia arriba.

–No pienso dejarte aquí -dijo-. Me equivoqué contigo. Creía que eras el traidor de la puerta…

Volaron de nuevo hacia las alturas. Maddy remolcaba a Loki haciendo acopio de toda su fuerza mágica, mientras él trataba de disuadirla y de hacerse oír por encima del ensordecedor bramido de la destrucción del Noveno Mundo.

–Es que yo *era* el traidor de la puerta -protestó Loki.

–Ahora estás intentando ser noble -dijo Maddy-. Quieres que yo te abandone para salvarme, así que intentas hacerme creer…

–¡Por favor! – gritó Loki-. ¡No estoy siendo noble!

Quedaban treinta segundos. Ahora su velocidad rivalizaba con la de la Serpiente de los Mundos en su máxima aceleración, y cruzaban lo que parecían kilómetros en fracciones de segundo, medio ensordecidos por la atronadora succión del Caos.

–Escucha -dijo Loki-. ¿Oyes ese ruido?

Maddy asintió.

–Es Surt, que viene hacia aquí -dijo Loki.

–¿Lord Surt? ¿El Destructor?

–No, Surt el Amoroso. Pues ¿quién va a ser?

Veintidós segundos. Ya podían ver la puerta. La ranura no parecía más ancha que un bisturí. Tor la mantenía abierta con ambas manos, con la cara enrojecida por el esfuerzo y los hombros abultados como los de un buey, mientras ellos se precipitaban hacia aquel estrecho resquicio.

Veinte segundos.

–No te preocupes, lo conseguiremos.

–Maddy, no…

Pese a que sentía que el corazón le iba a estallar, Maddy se abalanzó hacia la puerta a punto de cerrarse, arrastrando a Loki, que aún se resistía.

–¡Escúchame! El Susurrante ha mentido. Sé lo que quiere: lo he leído en su mente. Lo he sabido desde que empezó nuestro viaje. No te lo había dicho. Te mentí, pensando que podía utilizarte para salvarme.

Quince segundos.

Maddy dio un tirón de Loki.

Naudr, la Recolectara, cedió, con un chasquido.

Y entonces sucedieron tres cosas a la vez:

La esfera del cronófago de Hel se rompió y el tiempo quedó congelado en trece segundos.

El Averno se cerró con un sonido metálico.

Y Maddy despertó en su propio cuerpo y se encontró cara a cara con el ojo muerto de Hel.



Capítulo 4



Parson y la Cazadora se detuvieron a la entrada del Inframundo. Habían seguido a su presa hasta la entrada de Hel. Ahora contemplaron la llanura, donde una fina polvareda se levantaba tras la estela de dos figuras, una alta y otra baja, que avanzaban lentamente por el desierto.

Aquello ya era demasiado para el aguante de Adam Scattergood. Ese cielo desolado donde ni siquiera debería existir cielo, los picos sin nombre, los muertos que desfilaban como cúmulos de negros nubarrones… Aunque fuera un sueño, idea a la que se aferraba con todas sus fuerzas, hacía ya mucho que había renunciado a cualquier esperanza de despertar. La muerte sería infinitamente mejor que su situación actual. Sin embargo, siguió caminando con indiferencia hacia donde lo guiaba la Cazadora, escuchando en sus oídos el sonido de los muertos y preguntándose cuándo le tocaría a él.

Nat Parson no se molestó en pensar en Adam. Con una sonrisa lobuna, abrió el Libro de las Palabras por la página correspondiente. Su enemigo estaba a su alcance. Sabía que incluso a través de aquella vasta extensión el ensalmo conseguiría abatirlo, así que se permitió un breve suspiro de satisfacción mientras se disponía a invocar el poder de la Palabra.

Yo te llamo Odín, hijo de Bor…

Pero Parson pensó que algo no iba bien. La primera vez que recurrió a esa invocación había experimentado una intensa sensación de fatalidad, un poder que se acrecentaba con cada palabra hasta convertirse en una muralla móvil que lo aplastaba todo a su paso. Sin embargo ahora, al pronunciar la fórmula, la Palabra se negó a revelarse.

–¿Qué pasa? – preguntó Skadi, impaciente, cuando vio que Nat titubeaba a mitad de la frase y se interrumpía.

–No funciona -dijo él.

–Debes de haberlo leído mal, estúpido.

–No lo he leído mal -replicó Parson, molesto al oír que le tildaban de estúpido delante de su aprendiz, y que para colmo era una mujer bárbara e iletrada quien lo hacía. Empezó el ensalmo de nuevo con su mejor voz de pulpito, pero una vez más la Palabra sonó plana, como si algo le hubiera extraído su poder.

«¿Qué está pasando?», se preguntó con desánimo, y buscó la tranquilizadora presencia del examinador número 4.421.974 en su mente.

Pero Elías Rede guardaba un extraño silencio. Al igual que la Palabra, el examinador había perdido profundidad, como una pintura descolorida por el sol. También comprobó que las luces y los colores de la firma mágica que lo iluminaban todo habían desaparecido. Un momento antes estaban allí, y después… nada. Era como si alguien las hubiera apagado de un soplido.

«¿Hay alguien ahí?»

Ninguna voz interior le contestó.

«¿Elías? ¿Examinador?»

Silencio de nuevo. Un silencio pesado y gris, como el que se siente al regresar un día a un hogar y descubrir de repente que está vacío y que no hay nadie en casa.

Nat Parson gritó. Cuando Skadi se volvió para mirarle, se dio cuenta de que había sufrido un cambio. La hebra de plata que iluminaba sus colores y convertía su firma parda y vulgar en un manto de poder había desaparecido. Ahora Parson volvía a ser normal, tan sólo un miembro más de la Gente, un tipo anodino y mediocre.

La Cazadora soltó un gruñido.

–Me has engañado -dijo y, cambiando a su forma animal, galopó por la arena a la deriva para perseguir al General.

Nat pensó en seguirla, pero Skadi siguió corriendo por la interminable llanura entre aullidos de furia dirigidos contra su enemigo, y no tardó en distanciarle.

–¡No puedes dejarme aquí! – clamó el clérigo.

Fue entonces cuando los vanir, atraídos por los gruñidos de la loba blanca, salieron de entre las sombras que había detrás de Nat y le observaron con gesto sombrío desde la entrada del túnel.



Capítulo 5



Bajo la apariencia de animales habían seguido el rastro de la Cazadora, con Frey, Bragi y Héimdal encabezando la cacería. Cuando el pasadizo se ensanchó, Njord se les unió en su forma de pigargo, volando por debajo del techo. Ahora los cuatro recobraron sus propios aspectos y desde el punto estratégico que ocupaban observaron con atención cómo la loba blanca perseguía a su presa.

A cierta distancia por detrás de ellos llegaron Freya e Idún, que contemplaron con asombro el cielo del Hel y el pequeño drama que se representaba allí abajo en la llanura, a varios kilómetros de ellos.

–Os dije que Skadi estaba de nuestra parte -comentó Njord-. Le ha seguido hasta aquí, y nos ha conducido directamente hacia él.

–¿Tú crees? – Héimdal miró a Parson, a menos de cinco metros de ellos-. Entonces, que alguien me explique por qué *él* está aquí. ¿Y qué pasa con el Susurrante? Si estuviera cerca, a estas alturas ya lo habría visto.

–Es obvio -respondió Njord-. Loki lo tiene en su poder.

–No tiene sentido -dijo Héimdal-. Si Odín y Loki estuvieran trabajando juntos…

–Pues entonces es que se han peleado y él ha huido. Eso es lo que debe de haber pasado. ¿Qué más da?

–Necesito cerciorarme.

Héimdal se volvió hacia Parson, que había retrocedido. A sus pies, Adam Scattergood se tapó los ojos.

–Tú, amigo -dijo Héimdal-. ¿Dónde está el Susurrante?

–¡Por favor, no me mates! – suplicó Nat-.Yo no sé nada de ese Susurrante. Sólo soy un clérigo de campo, y ya ni siquiera tengo la Palabra…

Parson se interrumpió y se quedó con la mirada fija, mientras el Libro de las Palabras se le caía de las manos. Parecía como un hombre que hubiera sufrido un

ataque al corazón. Tenía el semblante pálido, los ojos saltones y la boca entreabierta, pero ninguna palabra brotó de sus labios.

Su esposa estaba de pie en la boca del túnel. Llevaba el cabello suelto, le brillaban los ojos y sus vulgares facciones se veían iluminadas por un gesto de paz.

–Ethel -dijo Nat-, pero si te vi morir…

Ella sonrió al ver el gesto de su marido. Había esperado sentir algo cuando por fin se encontrara con él. Tal vez alivio, furia, miedo, quizás incluso resentimiento, pero en su lugar sentía… ¿Qué emoción era aquélla?

–Éste es el país de los muertos, Nat -respondió Ethel con una sonrisa maliciosa. Detrás de ella, Nat pudo ver… Sí, estaba seguro de que aquél era Dorian Scattergood, pero ¿qué era lo otro? ¿Un cerdo?

–Te he hecho una pregunta, amigo -dijo Héimdal-. ¿Dónde está el Susurrante?

Pero fue Ethelberta quien respondió. Parecía extrañamente digna, pese a sus harapos rasgados, la cara llena de polvo y el hecho de estar junto a un hombre que llevaba un cerdito negro bajo el brazo.

–El Susurrante está en la puerta -dijo-. Hablo cuando es mi deber, y no puedo callar.

Héimdal la miró con ojos penetrantes.

–¿Qué has dicho?

–Este momento ya se predijo -prosiguió Ethel con voz queda-. La Guerra de los Nueve Mundos, cuando Yggdrásil se estremecerá hasta sus raíces y la Fortaleza Negra se abrirá con una simple Palabra. Los muertos se levantarán y resucitarán, y los vivos no tendrán lugar donde refugiarse cuando por fin el Orden y el Caos se fundan en uno solo. El Innombrable recibirá nombre, y el informe tendrá forma, el traidor demostrará su lealtad y un hombre ciego os guiará contra diez mil.

Todas las miradas estaban clavadas en Ethelberta. Dorian pensó que la veía muy hermosa, y también luminosa y serena.

–Discúlpame -dijo Héimdal-. ¿Tú eres…?

–Ya nos conocemos -respondió ella.

Héimdal la examinó más de cerca. Durante un segundo frunció el ceño al ver sus colores, mucho más brillantes que los de la Gente normal.

Después se volvió a Idún con una mirada acusadora.

–¿Qué le has hecho?

–Se estaba muriendo -respondió Idún-. La traje de vuelta.

Hubo un silencio ominoso.

–A ver si lo entiendo bien -dijo Héimdal-. Has dicho que la trajiste de vuelta.

Idún asintió alegremente.

–¿Le has dado… a un miembro de la Gente… el alimento de los dioses?

Idún sonrió.

–Y supongo que pensaste que era una buena idea.

–¿Por qué no? – respondió la Sanadora.

–¿Que por qué no? – repitió Héimdal-. Atiéndeme, Idún. Ella ha regresado de los muertos. Tú le has otorgado el don de la profecía. – Héimdal le dio una patada a la roca que tenía a su lado-. ¡Dioses! – exclamó-. Justo lo que necesitamos. Otro maldito oráculo.

Capítulo 6



–Señor, es demasiado tarde -protestó La-Bolsa-o-la-Vida mientras avanzaban a trompicones por la monótona llanura-. La piedra del Capitán se ha vuelto negra, y eso sólo puede significar una cosa.

–Tú te quedas conmigo -ordenó el general-. Para empezar, necesito tus ojos.

–¿Mis *ojos?*

–Tú coge mi brazo y sigue caminando.

Odín casi había agradecido la ceguera en la oscuridad del Trasmundo, pero aquí, bajo el falso sol gris del Inframundo, sabía que había perdido esa ventaja. El y el trasgo resaltaban contra la palidez del desierto como dos cucarachas sobre una tarta de nata; eran objetivos fáciles para un enemigo. Aun estando ciego, podía sentir la proximidad de los vanir. El poder de todos ellos juntos era tal que, aunque hubiera podido utilizar los ojos, sus posibilidades contra los siete a la vez habrían sido casi nulas.

Pero los vanir parecían reticentes a atacar. La única que perseguía a Odín y al trasgo era la loba blanca, tan cerca ya que podía oír sus jadeos, pero con el trasgo como guía y una pared de cascotes a apenas unos metros de distancia, Odín estaba prácticamente seguro de que se las arreglaría para pergeñar algún tipo de refugio, un lugar desde el cual, con un poco de suerte, podría golpear primero a la Cazadora mientras ésta volvía a su propio aspecto.

Era una jugada muy arriesgada, pero Odín decidió apostar. Cuando sintió que la punta de su bastón tocaba en la roca, se volvió de repente, apoyó la espalda en la pared y lanzó Hagall con todas sus fuerzas contra las fauces abiertas de la loba

blanca.

Si aquel rayo lo hubiese disparado Maddy, todo habría terminado en ese momento, pero no era Maddy, y el relámpago mental que debería haber alcanzado el cuello de la Cazadora le pasó inofensivo por encima del hombro y arrancó de la pared de piedra centellas de firma mágica que estallaron como petardos.

Odín no necesitaba la vista para saber que su disparo había salido desviado. Bolsa dio un chillido de alarma y se arrojó de cabeza a una madriguera de piedras, demasiado pequeña como para cobijar algo más grande que una rata.

El æsir pudo sentir cómo Skadi le rodeaba con colores llameantes como hielo antiguo. De inmediato, echó mano de sus runas, pero éstas no parecían muy dispuestas a colaborar. Había perdido tanta energía mágica durante los tres días de su descenso al Inframundo que apenas le quedaba una chispa para sobrevivir a aquel combate.

Skadi lo sabía y emitió un gruñido de placer mientras se acercaba para matar. En los últimos días había pasado tanto tiempo bajo la piel de lobo que su auténtico aspecto empezaba a parecerle incómodo y lento. Aunque a veces necesitaba recurrir a él para hablar o lanzar runas, siempre se sentía mejor cuando adoptaba forma animal. Volvió a gruñir y se agazapó sobre los cuartos traseros, preparando el salto con el que pensaba desgarrar la garganta de su adversario.

Pero no llegó a saltar. Sintió una mano en su cuello, olió un aroma que no era humano y se vio arrojada hacia atrás por seis pares de manos, mientras Freya y Héimdal lanzaban runas de coacción y Bragi tocaba una farandola mágica que la dejaba indefensa. La lucha fue breve. Sin dejar de gruñir a sus captores, la Cazadora recuperó su forma natural y se encaró a ellos escupiendo de rabia, de nuevo bajo su propio aspecto blanco y rojo.

–¿Cómo os atrevéis? – Podría haberse enfrentado a ellos uno a uno, pero era imposible vencer a los seis-. Tengo derecho a matar esta presa…

–¿Derecho? – dijo Freya-. ¿Tienes derecho a poner en peligro nuestras vidas por una absurda venganza? Escucha, Skadi. – Freya le tendió una capa, que Skadi

cogió con gesto sombrío-. Sabemos lo que hiciste.

–Entonces, matadme -respondió Skadi-, porque pienso hacerlo de nuevo en cuanto se me presente la mínima oportunidad.

Durante un instante se enfrentaron cara a cara: seis vanir y la Cazadora, con los puños apretados y los ojos azules llameando de ira, mientras Odín se apoyaba en su bastón.

A cierta distancia llegaron los demás: Ethel, Dorian, Adam y Nat, que una vez más apretaba el Buen Libro contra su pecho. Fue un momento tenso. Tan sólo un sonido lejano, como el de una esclusa abierta, rompía el silencio. Y con él se sentía una vibración que producía dentera y presionaba los tímpanos, un sordo rumor que parecía provenir de todas partes, de ninguna o de algún lugar imposible entre ambas opciones.

–Escuchad -dijo Odín-. ¿Conocéis ese sonido?

Todos volvieron sus miradas hacia él.

Héimdal el Centinela lo conocía bien. Lo había oído en el campo de batalla durante el Ragnarók, cuando el cielo se desgarró y una oscuridad que no tenía nada que ver con la ausencia de luz devoró el sol y la luna.

A Frey le resultaba familiar: lo había escuchado al caer al hielo con su espada rota y su energía mágica vuelta contra él.

Freya también lo conocía. Recordaba una sombra como la de un pájaro negro con festones de fuego -tal vez un cuervo, o un ave carroñera-. Donde se posaba, tan sólo quedaba la nada.

Skadi lo conocía y se estremeció.

Njord, que había luchado desde las costas de su propio reino, había escuchado aquel sonido cuando el río Sueño se desbordó de sus orillas y la flota de guerra de los muertos salió del Inframundo.

Idún lo había oído y empezó a sollozar.

Bragi también lo había escuchado, aunque aquel día no se compusieron canciones ni poemas. Fuego y hielo, y la sombra de un pájaro negro. Fuerzas antagónicas tan poderosas que el Árbol del Mundo, sometido a su tensión, empezó a crujir y balancearse. Ásgard, la Ciudadela del Cielo, el Primer Mundo, había caído aplastando continentes enteros. Y del Caos habían surgido demonios que se colaban entre los mundos tras la estela de la sombra del ave. Todo eso había sucedido en las Tierras Medias, donde los poderes del Caos eran más débiles. Y en aquella época ellos tenían ejércitos: guerreros, héroes, el Pueblo del Túnel, hombres…

–Veo un ejército listo para la batalla -empezó a recitar Ethel-. Un general solo a su frente veo. Veo un traidor en la puerta. Un sacrificio también veo.

La voz sonaba sosegada pero clara. Los vanir se quedaron mirando a Ethel Parson. El único que no podía verla era Odín, pero al escuchar el sonido de su voz se enderezó.

–¿Quién eres?

–Ethel Parson, para servirte, señor. Me han dicho que soy un oráculo.

Odín se quedó paralizado y al cabo de un instante una sonrisa iluminó sus duras facciones.

–Ethel -dijo-. Debería haberlo sabido. – Hubo una larga pausa. Después volvió a hablar con voz suave, tomando la mano de la mujer entre las suyas-. Te encontrabas diferente y no sabías por qué. Podías ver cosas que antes no estaban a tu alcance. Y notabas en tu interior la sensación de que tenías que estar en algún otro lugar, pero no sabías dónde…-Ella asintió en silencio. Odín no pudo verlo, pero notó en sus colores el reflejo del gesto y sonrió-. Notabas una comezón -prosiguió-. Y entonces tomó forma. Enséñamelo, Ethel. Tú sabes a qué me refiero.

Ethel pareció sorprenderse y se ruborizó un poco. Al principio vaciló, pero después, con gesto decidido, se recogió la manga para mostrarles la nueva

runiforma que tenía en el brazo y que resplandecía con una brillante luz verde.

Nat se quedó boquiabierto. Dorian tragó saliva. Adam la miró asombrado. E incluso los vanir se quedaron callados, sin saber qué decir.

El único que no parecía sorprendido era Odín, que sonrió mientras dibujaba el trazo de aquel signo brillante.



–Ethel, la Tierra Natal -dijo-. La segunda runa del Alfabeto Nuevo. Nunca me imaginé que la encontraría aquí. El alimento de los dioses combinado con la Palabra. – Movió la cabeza gris a los lados-. Si tuviéramos más tiempo… Tengo que hablar contigo a solas.

Su conversación duró menos de cinco minutos, pero al terminar Ethel tenía los ojos empañados.

–¿Estás seguro de eso? – le dijo al final.

–Más que seguro -repuso el General, y volviéndose a los vanir añadió-: Todos lo habéis escuchado, ¿verdad? Ese sonido es el Caos que se abre paso. Las líneas del frente están desplegadas y el enemigo tiene un nombre. Nuestra única esperanza se encuentra más allá de esa llanura. Tengo que llegar a ella o todo se derrumbará. No sólo los dioses, ni siquiera los mundos. Me refiero a *todas las cosas.*

Héimdal frunció el ceño.

–¿La mujer del clérigo te ha dicho todo eso?

Odín asintió.

–¿Y tú la crees?

–Tengo buenos motivos.

Skadi le miró con desdén.

–Aun suponiendo que diga la verdad, hay un ejército entero entre nosotros y el río. Ya has visto lo que puede hacer la Palabra…

–Sí, lo he visto.

–¿E incluso así crees que puedes vencer?

–No -respondió él-, pero creo que podemos luchar.

Hubo un silencio largo y pensativo.

–Somos ocho -dijo Héimdal por fin.

–Siete -le corrigió Skadi-, y un general ciego.

Odín sonrió.

–Somos ocho contra diez mil. ¡Me encanta esa proporción!

–Pues yo apuesto mi dinero por el General -dijo Héimdal, y exhibió sus dientes de oro.

Njord se encogió de hombros.

–Bueno, si lo planteas de esa manera…

–¡Dioses! – exclamó Freya-. Sois aún peores que él.

–Me encantaría abrirle otro agujero a ese maldito pajarraco negro… -comentó Frey.

Bragi empezó a entonar un cántico de victoria.

Idún abrió su cesta de manzanas. Despedían un aroma capaz de despertar a los muertos…

Y Skadi rechinó los dientes y dijo:

–Muy bien, *General,* tú ganas, pero eso no significa que estemos en paz. Si sobrevivimos, tú y tu hermano tenéis una deuda de sangre conmigo, y no pienses que esta vez vas a poder engatusarme con promesas…

Odín sonrió.

–Esto sí te lo voy a prometer. Cuando acabe el día de hoy, se habrá derramado tanta sangre que incluso tú quedarás ahíta. Pero si quieres combatir -dijo, señalando con el dedo-, tengo razones para creer que la batalla es por ahí.

«No tienen aspecto de héroes», dijo Ethel para sus adentros, y sin embargo con su visión alterada podía percibir con claridad que había algo rodeándolos en el aire. No era una firma mágica, llevaba observándolas desde hacía varios días y conocía la diferencia, sino una especie de *claridad,* como la del cielo antes del alba. Una promesa, por decirlo así, de transformación. No necesitaba ser un oráculo para saber que todos podían acabar muertos. Sin embargo, se puso en camino alegremente tras los dioses, tarareando una melodía entre dientes y contemplando la ancha espalda de Dorian mientras éste abría el camino y *Lizzy* correteaba tras sus talones.

Después pensó que todo el Hel estaba a punto de hacerse pedazos. Y al fin, por primera vez en su vida, Ethel, hija de Owen Goodchild, supo exactamente dónde quería estar.

Capítulo 7



En el Averno -o lo que quedaba de él-el que no se hallaba precisamente en el lugar donde habría querido estar era Loki. Había sentido la escisión de su aspecto y de su yo físico, y su rápida inteligencia había llegado a las siguientes conclusiones:

La primera, y más importante, que estaba muerto.

Eso no había sido del todo una sorpresa. De hecho, por lo que a él concernía, lo realmente asombroso había sido llegar tan lejos, pero el cronófago de Hel contaba su propia historia: aún quedaban trece segundos en el reloj, lo que significaba que por primera vez en la historia de los mundos, Hel la Nonata había incumplido su palabra.

«Muy bien -pensó-. Busquemos la parte positiva de esto. Aunque mi cuerpo esté muerto, mi aspecto sigue aquí, en el Averno».

Como parte positiva no era una gran cosa. Sin embargo, lo *realmente* estúpido en aquel momento habría sido tratar de buscar refugio en el Inframundo. Había intentado explicárselo a Maddy mientras ella lo arrastraba a regañadientes a los dominios de Hel. Pero la chica o bien no le había oído o simplemente no le había entendido. Si Maddy hubiera conseguido obligarle a atravesar la puerta, a estas alturas Loki sería un juguete indefenso en manos de Hel y lo seguiría siendo por toda la eternidad, como las innumerables ánimas que plañían y suspiraban en las inmensas y polvorientas llanuras del país de los muertos.

Sin embargo, «y con esto llegamos a la segunda conclusión», quedar atrapado entre una barrera inamovible y un Surt fuera de control y revestido de su pleno aspecto (pues así interpretaba Loki los sonidos que llegaban del Trasmundo) era una posición poco envidiable.

Y en tercer lugar estaban los æsir. Hasta ese momento había conseguido pasar inadvertido ante ellos, pero ahora, al levantar la mirada desde la parte inferior de

la puerta, Loki fue consciente, para su inquietud, de los cuatro aspectos que la flanqueaban y que tan familiares le resultaban.

«Afrontemos la realidad -pensó-. No hay parte positiva».

Así que trató de escapar.

Como era de suponer, no llegó muy lejos. Apenas había adoptado su aspecto ígneo cuando se vio inmovilizado por los cuatro costados.

–No tan rápido -dijo Tor-. Nos debes una explicación.

–Nos debe algo más que eso -añadió Tyr.

Loki sabía que el dios manco tenía buenas razones para desconfiar de él, empezando por que Tyr había perdido la mano por culpa suya. Ahora se cernía sobre el Embaucador mientras su firma mágica llameaba con un intenso color naranja. Su mano derecha (regenerada en aquel aspecto) era una maravilla de arsenal mental, un guantelete de encantamientos que duplicaba su fuerza.

–¡Pégale! – dijo Sif con rabia. En cierta ocasión, Loki le había cortado su larga cabellera para gastarle una broma. Sif no dejaba que nadie lo olvidase-. Vamos, Tor, dale bien fuerte por mí.

–Vamos, amigos, dejadme un respiro -dijo Loki-.Acabo de entregar mi *vida* por vosotros.

–¿Cómo? – preguntó Tyr.

Loki se lo explicó.

–Lo que estás diciendo -intervino Tyr-es que en realidad todo lo que ha pasado es por tu culpa. Si no hubieras sido tan imprudente…

–¿Imprudente yo?

–Bueno, ¿cómo llamarías a alguien que destruye medio Averno, por no decir

nada de despertar al Destructor, abrir una grieta en el Caos, soltar a Jormungard de nuevo contra los mundos y, en resumen, provocar el segundo Ragnarók?

–Dejadle en paz.

La que había hablado era Frig, la Madre de los dioses. Incluso el Tonante se lo pensó antes de desafiarla. Era una mujer alta y callada, de cabello sedoso y castaño, y no habría llamado demasiado la atención de no ser por la inteligencia que asomaba a sus ojos grises. Gracias a su capacidad de sufrimiento y a su dignidad era capaz de superar pruebas en las que incluso las armas más poderosas fracasaban. Al ser una de las pocas que habían visitado el país de los muertos para regresar de él, gozaba esporádicamente del don de la clarividencia. Ahora, todos los ojos se posaron en ella cuando dijo:

–Puede que todavía tengamos una escapatoria.

Tor emitió un gruñido desdeñoso.

–¿Con todo este desastre? ¡Yo digo que luchemos!

Frig miró al otro lado del río, cada vez más crecido. Podía verse con claridad a los ejércitos del Orden, desplegados en la llanura muerta. Su inmovilidad total resultaba sobrecogedora.

–No es ningún desastre -dijo Frig-. Todo esto ha sido cuidadosamente planeado. Nuestra huida de la fortaleza, el cierre de la puerta, la destrucción del Averno e incluso la traición de Hel: nada ha sucedido al azar. Todo indica que se nos ha traído aquí con un propósito determinado, y que el enemigo, sea quien sea, tiene un plan del que la destrucción de los æsir tan sólo es una parte.

Tor volvió a rezongar, pero Tyr parecía interesado.

–¿Por qué? – dijo.

–Ésa no es la pregunta -respondió Frig-, sino *quién.*

Todo el mundo se quedó pensando en ello por unos instantes.

–Me imagino que Surt -dijo Tyr, por fin.

Tor asintió.

–¿Y quién más?

–Hasta ahora, Surt estaba en su perrera, durmiendo la resaca del Ragnarók -les recordó Frig-. Había ganado la batalla. Sus enemigos estaban dormidos o prisioneros en el Averno. ¿Qué intereses podría tener en las Tierras Medias? Y otro argumento a mi favor. – Frig se volvió hacia Loki, señalando con una mano a las silenciosas legiones que formaban al otro lado del río-: ¿Qué intereses puede tener en común con gente como ésa?

–Tienes razón -respondió Loki-. No es Surt. Lo suyo es el Caos, no el Orden. Él no sabría cómo reclutar un ejército así. Será todo lo poderoso que queráis, pero en el fondo no es más que un perro guardián adiestrado para morder cuando se lo mandan. Surt es incapaz de llevar a cabo maniobras sutiles.

Sif sacudió la melena a los lados.

–Parece que sabes mucho sobre él -dijo-.Y *tú* sí que entiendes de maniobras sutiles.

–Sí. Además, siempre me ha apetecido la idea de destruir los Nueve Mundos y suicidarme de paso.

–No hace falta que seas tan grosero -protestó Sif.

–Loki tiene razón -dijo Frig con voz serena-. Surt, pese a todo su poder, no es más que una herramienta del Caos. Una máquina. Alguien le incitó a actuar. Alguien que sabía que estaríamos allí y que nuestra huida galvanizaría su rabia.

Los dioses parecían perplejos.

–Pero no hay nadie más -protestó Tyr-. No ha quedado nadie más después del Ragnarók. Unos cuantos gigantes, tal vez, y uno o dos demonios. La Gente…

Loki se llevó la mano a la boca y abrió aún más los ojos.

–Él lo sabe -dijo Frig en tono suave.

–¿De veras? – preguntó Tor.

–La chica quería rescatar a su padre, y sabía que estaba en el Averno. Pero ¿quién se lo contó? ¿Quién la animó? ¿Quién la trajo aquí en el momento preciso y se aseguró de que Loki se encontrara con ella? Sí, Loki, cuya presencia era una garantía de caos seguro en el Averno, y al que también podía utilizar como cebo.

–Así que ha sido culpa suya…

Frig sacudió la cabeza.

–He preguntado *quién.*

Un silencio siguió a sus palabras.

A su alrededor todo se detuvo: el griterío, el alboroto, el estrépito de las rocas que se desgajaban de las paredes de la fortaleza y chocaban entre sí como planetas.

Después, la risa de Loki rompió el silencio.

Y la sombra de un pájaro negro con una corona de fuego levantó la cabeza por entre los mundos y se dirigió hacia ellos a través de la inmensidad del Caos.

Capítulo 8



Si el ojo vivo de Hel era inmisericorde, el muerto parecía una fosa funeraria. Maddy aguantó su mirada tan sólo unos segundos antes de apartarla.

–¿Estoy muerta? – preguntó.

–Maldita sea, está despierta.

Aquella voz áspera era la del Susurrante, pero la figura que había hablado pertenecía a alguien que Maddy no había visto nunca: un anciano encorvado, vestido de luz y con un bastón rúnico que emitía chispas de energía mágica.

–Parece que estás viva, querida. En contra de lo que esperaba, lo has conseguido justo a tiempo. Por supuesto, para mí habría sido un inconveniente que perdieses tu cuerpo a estas alturas. Aunque preferiría haber hecho las cosas de otra manera, estás aquí, y eso es lo que cuenta…

–¿A qué cosas te refieres? – preguntó Maddy.

–¿A qué va a ser? A mi venganza.

–¿Contra quién?

–Contra los æsir. ¿Quiénes si no?

Maddy sacudió su dolorida cabeza. Aún estaba mareada tras su alocado vuelo a través del Averno. Ahora se quedó mirando a la figura luminosa que había brotado de la cabeza, tratando de descifrar el significado de aquellas absurdas palabras.

–¿Los æsir? – preguntó-. Pero… si tú estás en el mismo bando que ellos.

–¿En el mismo bando? ¿En el mismo bando? – preguntó el anciano con áspero desdén-. ¿Y qué bando es ése, niña estúpida? ¿El Orden? ¿El Caos? ¿Una mezcla de ambos?

Maddy trató de incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas.

–¿Qué han hecho por mí los æsir? Me arrebataron mis talentos, me hicieron asesinar y, como si eso no fuera suficiente, me condenaron a ser traído y llevado al capricho de cada amo como si fuese un vulgar objeto. – El Susurrante soltó una seca carcajada-. ¿Se supone que tengo que estar *agradecido* por eso y dejar que lo empiecen todo de nuevo?

–Pero no lo entiendo. Tú me ayudaste…

–Eso es porque eres especial -respondió el Susurrante.

–¿Y Loki?

El Susurrante sonrió burlón.

–Bueno… El también era un tanto especial.

Maddy miró a su alrededor, esperando a medias descubrir que Loki había desaparecido. Lo había llevado a rastras hasta la puerta, de eso se acordaba. Pero después todo había sido muy confuso. ¿Había conseguido salvarlo al final?

Loki se encontraba tendido a su lado, con los ojos cerrados. Aunque se le veía pálido e inmóvil, tenía mucho mejor aspecto que su magullado equivalente del Averno. Maddy se sintió más tranquila. Si hubiera muerto, se dijo, su cuerpo no seguiría allí, y su sombra ya estaría recorriendo las estancias de Hel junto con los demás espectros de su familia.

Maddy respiró hondo.

–Creí que él era el traidor -confesó.

–Y él también -replicó el Susurrante con una sonrisa-. En realidad, no era más que un peón a mi servicio, como lleva siéndolo la mayor parte de estos últimos quinientos años. El muy iluso pensaba que yo era su prisionero, sin sospechar que era él quien se hallaba en mis manos. Sabía que intentaría engañarme, pero

incluso un traidor podía ser útil para mis planes. Ya había sucedido así antes, en el Ragnarók… que, dicho sea de paso, fue obra mía en muchos aspectos.

–¿Obra tuya? ¿Cómo?

–Yo manipulé a los dioses para que actuaran siguiendo mis planes. Tenté a los débiles, adulé a los fuertes, guié a sus enemigos, hice afirmaciones enigmáticas y alianzas secretas, entré en sus mentes y las sembré de ideas traicioneras. Odín nunca llegó a enterarse de cómo lo había engañado. Incluso cuando su propio hermano se volvió contra él, nunca sospechó del Susurrante que acechaba en la sombra. Y ahora todos ellos han vuelto a ser mis peones. Del mismo modo que lo has sido tú, querida.

Maddy escuchaba cada vez más horrorizada. Frente a ella podía ver a los ejércitos del Orden, que aguardaban silenciosos la Palabra. Le bastó con echar una mirada a su espalda para comprobar que el río Sueño estaba a punto de desbordarse: filamentos de energía mágica en bruto flotaban sobre sus aguas revueltas, y bajo sus profundidades ignotas se movían cosas extrañas. Pronto rebosaría sus orillas y derramaría sus pesadillas por las llanuras del Hel. Pero lo que se atisbaba al otro lado del río era todavía peor. El Averno se estaba despedazando. La ilusión de una fortaleza -o incluso de una isla-se había desvanecido hacía rato en aquel vertiginoso Caos. Las rocas orbitaban unas alrededor de otras flotando en un aire infestado de efémeros y de almas que revoloteaban como polillas alrededor de una lámpara.

–Así que Loki tenía razón -dijo en voz baja-. Has hecho un trato con el Orden, y eres tú quien controla a estos hombres de algún modo.

El Susurrante sonrió.

–¿Un trato? – dijo con sorna-. Maddy, yo *creé* el Orden. Lo saqué del Caos después de la guerra. En aquella época yo era libre, pues los dioses estaban cautivos, así que recluté a mis discípulos entre la Gente. Ya sabes que entre ellos se encuentran inteligencias más que notables y perfectamente capaces de competir con los dioses en orgullo y ambición. Les entregué el Buen Libro, una colección de mandamientos, profecías y nombres de poder, y a cambio ellos me entregaron sus mentes. En el momento en que tus amigos lograron escapar del

Averno, mi Orden había crecido hasta los quinientos miembros. Eruditos, historiadores, políticos, sacerdotes. Quinientos pares de ojos dispersos por todas partes, vinculados a mí a través de la comunión: los cimientos de un ejército que cambiaría para siempre los mundos. Poco a poco, sí, pero siempre a través de mí, de la serena voz interior del Innombrable.

–¿El Innombrable? – repitió Maddy sin comprender.

El Susurrante soltó una carcajada seca y desprovista de toda alegría.

–Ya sabes que todo tiene un nombre. Los nombres son los sillares con los que se construye la Creación. Ahora, por fin, mi profecía se ha cumplido. Estoy a punto de convertirme en general de un ejército invasor. Diez mil hombres, todos ellos armados con la Palabra, todos incondicionales míos e incapaces de traicionarme. Con ellos puedo hacer cualquier cosa: resucitar a los muertos, reordenar los mundos. Esta vez ganaremos, no lo dudes. Y no habrá prisioneros.

La muchacha miró una vez más al Susurrante. Bajo este nuevo aspecto parecía insustancial, y sin embargo el poder de sus dedos era inconfundible. Zarcillos de encantamientos brotaban de ellos, y ella sabía que bastaría un solo toque de su bastón para reducirla a un montón de cenizas.

«¿De dónde extrae su poder?», se preguntó.

Comprendió cuál era la respuesta casi antes de terminar la pregunta. Se hallaba ante sus ojos, desplegada en ordenadas columnas sobre la llanura.

Maddy se levantó muy despacio, manteniendo la distancia entre ella y el Innombrable. De cuando en cuando volvía la mirada a la figura de Loki. Seguía tendido con los ojos cerrados y las manos entrelazadas sobre el pecho, que ni subía ni bajaba.

–Olvídalo. Está muerto -dijo el Susurrante.

–No -repuso Maddy-. No puede ser.

–Claro que puede ser. Muerto y acabado. ¡Descanse en paz!

Maddy extendió la mano para tocar el rostro de Loki. Seguía caliente.

–Pero él está aquí. – Su voz se quebró-. Su cuerpo está aquí.

–Sí, ya -dijo el Susurrante-. Pero me temo que ya no le pertenece. Verás, Hel y yo hemos llegado a un acuerdo. Vida por vida. Creo que es una ganga, la verdad.

Maddy se volvió hacia Hel, que le devolvió una mirada impertérrita. Tenía la mano viva sobre la muerta, y ambas posadas en el cronófago de su cuello. Quedaban trece segundos en el reloj.

–Has roto tu promesa -le recriminó Maddy, atónita.

–Por unos pocos segundos -respondió Hel.

–Por eso sigue aquí. Has hecho trampas. Le has robado tiempo…

–No seas infantil -dijo Hel, de mal humor-. Sólo son unos cuantos segundos. Habría muerto de cualquier manera.

–El confiaba en ti. Hablaba de un equilibrio…

Maddy estaba casi segura de que había visto ruborizarse la pálida piel de la parte viviente de Hel.

–No importa -repuso la diosa-. Lo hecho, hecho está. Gracias a tu amigo y a su serpiente, el Caos ya ha abierto una brecha en el Averno. No se puede abrir el Averno sin poner en peligro *este* mundo, y tal vez *todos* los mundos. Da igual que esté bien o mal, porque ya no se puede hacer nada. Ahora, Mímir -añadió, dirigiéndose al Susurrante en tono alterado-, te toca cumplir con tu parte del trato.

El Susurrante asintió.

–Bálder.

–¿Bálder? – preguntó Maddy.

De modo que eso era lo que le había prometido a Hel. El regreso de Bálder… en un cuerpo viviente.

-*Tenía* que ser Loki -dijo Maddy en voz alta-. No podía ser yo, por ejemplo, ni cualquier otro visitante al azar, ya que de entre todos los æsir, Bálder el Bello es el único que se negaría a participar en la muerte de un inocente…

–Bien razonado, Maddy -dijo el Susurrante en tono seco-, pero por lo que sabemos, Loki no es inocente. Así que todos contentos. Bueno, *casi* todos, Surt se queda con el Averno y todo lo que hay en él, incluyendo a nuestros desertores, para los que supongo que tendrá planes más que interesantes. Hel logra cumplir el anhelo de su corazón. ¿Y yo? – Sonrió una vez más-. Yo consigo liberarme. Liberarme… de *él.*

Su viejo rostro se deformó en un gesto de rabia y sus ojos, que siempre habían sido fríos como el hielo, llamearon con una luz de la que había desaparecido la última chispa de cordura.

–Aquí, en carne y hueso -dijo el Susurrante-. Aquí, en la llanura, me enfrentaré con él. Y esta vez le mataré y seré libre.

–Pero ¿por qué? – preguntó Maddy-. Odín era tu *amigo.*

El Susurrante siseó de rabia.

–¿Amigo? No lo fue jamás de los jamases. Me utilizaba cuando le convenía, y ya está. Fui su instrumento, su esclavo. Dime, mi niña, ¿en qué sueña el esclavo? ¿Lo sabes? ¿Puedes imaginártelo?

–¿En la libertad? – aventuró Maddy.

–No -respondió el Susurrante.

–Entonces ¿en qué?

–El esclavo sueña en convertirse en amo.

–Lo primero, Bálder -dijo Hel, que había estado vigilando el río con su ojo muerto.

–Claro, cómo no. No es cuestión de retrasarse más.

El Susurrante levantó la vara. Un rayo rojo brotó de su punta y Maddy sintió cómo el vello de sus brazos y de su cabeza se erizaba en respuesta.

Pero el poder que invocó no iba dirigido contra Maddy. La energía distorsionó el aire como una tormenta encerrada en una botella, lanzó fragmentos de relámpago sobre la llanura y causó tal perturbación en el cielo que sobre su cabeza se amontonaron nubes negras como cuervos. Fue en ese momento cuando el Susurrante levantó su vara y abrió la boca para pronunciar la Palabra.

–¡Bálder! – dijo, y las bocas de los diez mil muertos repitieron la Palabra como un eco-. *Bálder* -repitió-. *Ven.*

Maddy no llegó a oír la Palabra, pero la sintió. De pronto la nariz le empezó a sangrar y le dolieron los dientes. Una bruma pareció interponerse entre Maddy y el resto del mundo, y notó la sensación de que algo *tiraba de ella.* Una luz rodeó el cuerpo de Loki. Maddy todavía era incapaz de pensar en él como un cadáver, y lentamente aquel aspecto suyo empezó a desvanecerse, a transformarse. Bajo la mirada de Maddy, su cabello cambió de color, las cicatrices desaparecieron, los ángulos de sus facciones se suavizaron y cambiaron de forma, y sus ojos se abrieron, pero ya no eran verdes como antes, sino azules como el cielo soleado de un día de verano, y moteados de chispas doradas.

Si lo intentaba, Maddy aún era capaz de ver a Loki bajo aquel nuevo aspecto. Pero era como contemplar una imagen proyectada por una linterna mágica. Todo parecía confuso, y resultaba imposible decidir dónde acababa Loki y dónde empezaba Bálder.

Maddy no pudo sofocar un lamento.

Hel abrió la boca en un mudo jadeo.

El Susurrante mostró los dientes al esbozar una sonrisa de satisfacción.

Y Bálder el Bello, prisionero de la Muerte durante los últimos quinientos años, se movió, somnoliento al principio, y después abrió sus ojos azules, completa y asombrosamente vivo.

–Bienvenido de vuelta, Lord Bálder -dijo Hel.

Pero Bálder apenas le prestó atención.

–Espera un momento -dijo.

Se tocó el rostro con la mano. Por debajo del brillo de su aspecto, Maddy todavía veía los rasgos de Loki, como una imagen que se vislumbra a través de una gruesa capa de hielo. Cuando los dedos de Bálder palparon su frente, sus mejillas, su barbilla, su gesto de perplejidad se hizo más patente.

–Hay algo extraño en todo esto -dijo.

Volvió a apretarse los labios con los dedos. Bajo la presión, las cicatrices de Loki reaparecieron por un momento y después se desvanecieron. Reaparecer, borrarse, reaparecer…

Su mano buscó la energía mágica de su brazo. Era Kaen invertida, de un blanco incandescente.

–¡Atiza! – exclamó Bálder-. Que yo sepa, antes no era Loki. ¿O sí?

Capítulo 9



Parson había escuchado desde lejos en un estado de abotargada indiferencia. Habían derrotado a su Cazadora y readmitido a su enemigo. Su esposa se había convertido en una especie de vidente, pero ¿qué importaba eso ahora? ¿Qué más daba todo, si había perdido la Palabra? La Palabra, eso era verdaderamente lo más duro.

Miró a Ethel, que estaba entre los vanir con Dorian a un lado y ese absurdo cerdo al otro. Incluso el trasgo se encontraba con ellos, pensó, experimentando un repentino arrebato de autocompasión al darse cuenta de que nadie le miraba a él. Podría marcharse e internarse en el desierto; daba igual, porque nadie le echaría de menos ni se daría cuenta de que se había ido. Si fuera por ellos, bien podría morirse. Incluso mostraban más respeto por ese maldito cerdo.

«¡Deja de lloriquear, por todos los dioses!»

Nat dio un respingo, como si le hubieran pinchado con un alfiler.

«¿Qué ha sido eso? ¿Quién ha hablado? ¿Eres tú, examinador?»

Pero Nat sabía que no era la voz de un examinador. Tan sólo se trataba de un susurro en su mente. Y sin embargo lo conocía, lo había oído como a través de un sueño…

La verdad le golpeó como una bofetada.

«Pero si es mi voz», pensó Nat, levantando la *cabeza.* Al mismo tiempo que se daba cuenta de aquello, se le ocurrió otro pensamiento que iluminó sus ojos con una repentina ilusión y aceleró los latidos de su corazón.

Quizá ya no necesitaba a Elías Rede.

Rede era sólo un hombre más en un ejército de miles. Un ejército así tendría su propio general, alguien cuyos poderes serían inconcebiblemente mayores que los de un simple soldado raso. Un general que mostraría su agradecimiento si

alguien con información confidencial lo ayudaba…

Nat examinó el Buen Libro que sostenía en las manos. Despojado de los poderes que el examinador le había otorgado, se dio cuenta de que tan sólo era un lastre inútil, y lo tiró sin pensárselo más. Ahora le importaba más el acero que llevaba en el bolsillo. No era más que una navaja como la que solía llevar cualquier aldeano, pero tenía un filo mortífero.

Sabía dónde golpear. La había utilizado muchas veces de niño, cuando cazaba ciervos con su padre en el bosque del Osezno. Nadie sospecharía de él ahora. Nadie le creería capaz de hacerlo, pero cuando llegara el momento, él sabría cómo actuar…

Nat se levantó y se incorporó al grupo. Siguió a los demás y los vigiló, aguardando su oportunidad, mientras la luz del Caos alumbraba la llanura y dioses y demonios marchaban a la guerra.

–¡Dioses! – exclamó Héimdal-. ¡Son muchísimos!

Habían llegado al borde de la línea de batalla. Era mucho más vasta de lo que cualquiera de ellos había imaginado. En la falsa perspectiva de los dominios de Hel se veía inmensa: la línea de muertos llegaba de uno a otro extremo del horizonte.

Sin importar lo que hubieran sido en vida, pensó Odín, los miembros del Orden se habían fundido en un solo ser. Una última comunión, un mortífero enjambre armado con una Palabra que, una vez pronunciada, multiplicaría su poder por diez mil.

Ya podía notar cómo empezaba a formarse la Palabra: su poder hacía que se le erizara el vello de la nuca, que el suelo se estremeciese y que las nubes se movieran en círculos sobre sus cabezas. De haber habido aves entre aquellas nubes, se habrían desplomado en pleno vuelo. Incluso los difuntos lo sentían y se arremolinaban alrededor de aquella energía, como polvo arrastrado por un vendaval de electricidad estática.

Odín sintió que los difuntos estaban esperando una orden, alguna nueva instrucción que los galvanizaría para ponerlos en movimiento. Todos ellos estaban callados y con los ojos cerrados, ensimismados en la imperturbable concentración de los muertos. La columna parecía extenderse kilómetros y kilómetros. Y sin embargo, más allá aún, el Centinela con su mirada de halcón parecía ver algo. Pensó que era imposible. Estaba seguro de que no podía ser, pero casi habría *jurado* que…

En ese momento un ruido sordo recorrió la planicie, una resonancia silenciosa que sin embargo penetraba hasta la médula de quienes lo escuchaban e incluso calaba más adentro.

Bragi lo escuchó como un acorde perdido.

Idún lo oyó como el sollozo quedo de un hombre agonizante.

Freya lo percibió como un espejo rompiéndose.

Para Héimdal era la sombra de un pájaro negro.

Frey lo oyó como un viento mortal.

Para Skadi fue similar al crujido del hielo.

Y Odín lo oyó como un susurro de los Tiempos Antiguos, el rumor de un viejo rencor, y de repente comprendió. No todo, desde luego, pero por lo menos *algo* sí. Y cuando una vez más los diez mil muertos abrieron los ojos y hablaron con una sola voz, todos pudieron oír la Palabra que pronunciaron: un susurro burlón y seductor, una Palabra que pareció colgar sobre el desierto como una señal de humo remota bajo las nubes putrefactas.

«Odín», susurró la voz.

–Te escucho -respondió él.

«Entonces ven -dijo la voz-.Ven a mí».

Y bajo la mirada de los vanir, las filas y columnas de los diez mil se separaron en un solo movimiento fluido y silencio so, abriendo un estrecho pasillo sobre la arena.

Odín sonrió y avanzó, con el bastón en la mano.

Héimdal hizo ademán de guiarlo.

La hueste de los muertos pareció.trepidar. Diez mil pares de ojos se abrieron una vez más y otras tantas cabezas se volvieron en su dirección. La presión combinada de su concentración hizo que al Centinela le dolieran los dientes.

«Solo -especificó el Susurrante, y todos los examinadores vocalizaron sus palabras con perfecta sincronización-. El General debe venir solo».

Tras una larga pausa, Odín habló.

–Por lo menos deja que lleve al trasgo -dijo-. Necesito sus ojos para orientarme.

«Concedido», respondió el Susurrante, y su voz sonó a través de las bocas de los muertos como el susurro del viento en un trigal.

Odín sonrió.

–Si crees que estoy dispuesto a permitir que vayas solo… -dijo Héimdal.

–Debo hacerlo -respondió Odín-. La profecía…

–¡Al diablo con la profecía!

Con un esfuerzo, Odín se enderezó en toda la estatura de su pleno aspecto de guerrero. Su figura llameaba con un brillo furioso, y el aire a su alrededor crepitaba de runas.

–Te ordeno que te quedes aquí -le espetó-. Tú y también todos los demás vanir.

–Pero ¿por qué?

–Porque es la única manera. Y porque si pierdo esta batalla, puede que los vanir sean lo único que se interponga entre el Caos y las Tierras Medias.

–Pero no puedes combatir. Si ni siquiera ves…

–No necesito ver. Deja que me vaya.

–Al menos permite que Idún te dé una manzana.

–Escucha, Héimdal. – Odín se volvió hacia él. Su único ojo, ciego y todo, brillaba-. Si mis sospechas son acertadas, incluso en la flor de mi juventud, con todas mis armas, en mi pleno aspecto y con mi energía intacta, no habría sido rival para los poderes que están en liza aquí. ¿De verdad crees que una manzana va a ayudarme?

–Entonces, ¿por qué vas? – preguntó Freya.

Ethel podría habérselo explicado con su nueva clarividencia, pero Odín le había ordenado que guardara silencio. Tenía clavada en la mente la imagen de la nave funeraria y del general muerto con el perro a sus pies, y deseaba ser capaz de decir algo que le hiciera volver.

Pero para entonces el dios ya se había ido acompañado por Bolsa, que le guiaba con sumo cuidado a través del polvoriento terreno. Las filas del Orden se cerraron a su paso, borrándolo de la vista como una frase escrita en la arena.

Capítulo 10



Nat Parson había presenciado con aparente indiferencia cómo Odín desaparecía entre las filas de aquella hueste. Por dentro, sin embargo, su corazón latía desbocado.

«¡Aquella voz!»

Él la había oído como todos, un susurro que recorrió el campo de batalla, y se había llevado ambas manos al rostro cuando la nariz empezó a sangrarle. Era la Palabra. Podía percibirla del mismo modo que un perro rabioso olfatea el agua, y durante un instante pensó que iba a enloquecer de terror y deseo.

Ahora casi podía *tocar* la Palabra. Vibraba y temblaba a su alrededor como la llegada de la primavera y lo llamaba con voz de oro.

«¡En nombre de la Ley, qué fuerza!»

La pulsión de la Palabra, diez mil veces más poderosa que ninguna otra cosa que Nat hubiese experimentado antes, no podía ser desobedecida. Cuando por fin se desatara, ¿quién sabía qué recompensa podría otorgar a un sirviente fiel?

«Los mundos, Nathaniel. ¿Qué otra cosa puede ser?»

Nat contempló a los disciplinados guerreros, clavados como estacas en aquel horizonte gris. Diez mil hombres muertos, y a la vez extrañamente vivos. Los sentidos forzados de Nat podían percibir su vigilancia; por debajo de su inmovilidad, estaban alerta. También podía sentir su unidad, y las ondas que los recorrían como viento entre la hierba. Un simple parpadeo se repetía como un eco en diez mil pares de ojos unidos por una terrible comunión.

«Yo podría haber sido uno de ellos», se dijo.

Entre aquellas filas se hallaba su examinador, el hombre al que había conocido como Elías Rede. Estaba seguro de que en algún lugar Rede era *consciente* de su presencia. Sin duda, eso convertía a Nat en parte de esa comunión y le daba

derecho a compartir algo de ese poder.

Dio un paso hacia el ejército de los muertos.

Veinte mil ojos le miraron.

El susurró:

–Soy yo. Nat Parson.

No sucedió nada. Nadie se movió.

Nat dio otro paso.

A su espalda, los vanir estaban enfrascados en su discusión. Sus voces destempladas le llegaban remotas, mientras que los sonidos de los muertos eran ensordecedores, una artillería de roces y crujidos, como millones de insectos reptando y crepitando sobre arenas móviles.

Nat se acercó más.

–¿Aprendiz? – preguntó con voz queda.

Adam, que fingía dormir tras una roca cercana, levantó la cabeza.

Nat sonrió. Adam pensó que parecía más loco que una cabra, y empezó a albergar la sensación de que tal vez lo más seguro era apartarse lo más lejos posible de su antiguo maestro.

Adam retrocedió.

–Oh, no. Ni se te ocurra. – Nat extendió la mano para agarrar el brazo del muchacho-. Puede que todavía te necesite, Adam Scattergood.

Aunque Parson no mencionó el motivo por el que podría necesitarlo, Adam se agachó al ver la expresión de sus ojos, pensando que ya no quedaba nada de su amo. Nat parecía uno más de los muertos. Sus ojos opacos pero terriblemente

perspicaces estaban clavados en algún punto que Adam no alcanzaba a ver, y su sonrisa se asemejaba a la de un lobo rabioso.

–No quiero ir -dijo Adam con voz débil.

–Buen chico -respondió Parson, y cruzó la línea para unirse al ejército de los muertos.

Ninguno de los vanir le vio ir. Nat no había hecho amigos entre los feéricos. Ahora que ya no suponía ninguna amenaza, el desprecio que sentían por él resultaba evidente, pero Ethel no lo había olvidado. Su esposo aún tenía un papel que desempeñar, aunque incluso ella ignoraba cómo iba a terminar aquel juego.

De modo que observó cómo Nat se acercaba a la legión de los muertos, llevando a rastras a Adam, y lo siguió con sigilo a unos pasos de distancia.

A Dorian no se le ocurrió protestar. En el breve tiempo que habían viajado juntos, su respeto hacia Ethel había crecido hasta el infinito. Aunque los muertos que formaban en la llanura le inspiraban un miedo atroz, habría preferido morir antes que dejarla sola. Así que se fue tras ella, con la cerdita pegada a sus pies, pues *Lízzy* también sabía ser leal.

Aunque los muertos hacían presión por ambos lados, perturbando el aire con su hedor y con sus cánticos, Ethel Parson no perdió la calma y mantuvo la misma mirada valerosa, amable y compasiva en sus ojos grises.

Sabía que alguien estaba a punto de morir. Y el destino de los mundos dependía de quién fuera.

Capítulo 11



Bálder el Bello, bajo cuyo reluciente aspecto aún se atisbaban vislumbres del de Loki, se contempló a sí mismo con gesto de perplejidad. Se examinó las manos, el pecho, los brazos y las piernas. Después se tiró de un mechón de pelo para ponérselo ante los ojos y lo contempló bizqueando. Por debajo de su color, todavía mostraba un tenue tono rojo.

–¿Qué está pasando? – preguntó Bálder mirando a Hel.

Pero fue el Susurrante quien le respondió:

–Una vida a cambio de otra, ¡oh, tú, el Más Bello! Eres libre para irte. Tu nuevo aspecto puede llevarte a cualquier parte. Incluso a las Tierras Medias, si eso es lo que deseas.

–¿A Ásgard? – inquirió Bálder.

–Lo siento, no puede ser. Ásgard cayó. No podías saberlo, no es culpa tuya, pero puedes elegir cualquier otro mundo, el que más te apetezca. Deberías estar contento: piensa que eres la primera persona muerta que abandona el Inframundo de forma legal desde la Era Antigua.

Pero Bálder ya no le estaba escuchando.

–¿Es cierto que Ásgard cayó? – repitió aturdido.

–Sí, mi señor -respondió Hel-. En el Ragnarók.

–¿Y Odín?

–También él.

–¿Y los demás?

–Todos ellos, mi señor. Todo el mundo cayó -contestó Hel en tono algo

impaciente. Llevaba un rato esperando alguna señal de gratitud, y aquella forma tan fútil de concentrarse en minucias insignificantes se le antojaba absurda, y además estúpidamente masculina.

Se giró para que él pudiera ver su perfil vivo, manteniendo la mitad muerta fuera de su vista, pero le irritó comprobar que él no reparaba en su gesto. Pensó que era muy duro recibir una respuesta así de Bálder después de todo lo que había sacrificado por él.

–Al menos Loki no cayó -razonó Bálder, totalmente ajeno al tormento de Hel-. De lo contrario, su cuerpo no habría estado aquí. Ahora, quiero saber exactamente qué hago metido bajo el pellejo de Loki, y cómo os las habéis arreglado para sacarlo de él.

Maddy le habló de la promesa de Loki, de la traición de Hel y de la liberación de los æsir.

–¿Cómo has dicho? – dijo Bálder-. ¿Que los æsir han escapado?

–Bueno, seguramente *habrían* escapado si Hel no los hubiese detenido.

–Tú no lo entiendes -rebatió Hel-. El Noveno Mundo es muy inestable. Si lo abro ahora, podría penetrar cualquier criatura.

–Incluyendo a los æsir -se apresuró a replicar Maddy.

–Los æsir -retrucó Hel-. ¿Y adonde podrían dirigirse? Al Sueño, o al ejército de los muertos.

–Mientras que yo… -aventuró Bálder.

-*Tú* tienes un cuerpo, mi señor. Una energía mágica. – Hel vaciló, y su ojo vivo miró hacia el suelo con pudor-. Pensé que tal vez tú y yo…

Bálder la miró atónito, con un gesto que Hel encontró muy poco halagador. Se ruborizó un poco y se volvió hacia el Susurrante.

–Tú me prometiste que… -empezó.

Pero el Susurrante ya no le prestaba atención. Había adoptado un aspecto brumoso, rodeado por remolinos de encantamiento a modo de volutas de humo, mientras contemplaba la figura oscura y lejana que cruzaba la playa hacia ellos. Hubo un silencio en el que Maddy pudo oír cómo la arena caía grano a grano en aquella llanura sin vida.

–El Tuerto -dijo.

El Susurrante sonrió.

Las filas del Orden al paso de Odín se abrían como espigas en un trigal, y a continuación se cerraban tras él como aguzadas lanzas.

–Odín -dijo el Susurrante.

–Mímir, viejo amigo.

Allí estaban, Odín con su propio aspecto, empuñando su espada mental, con el ala del sombrero bajada para ocultar los rasgos y el trasgo Bolsa trotando tras sus talones. El Innombrable, también en aspecto, con capa y capucha, mientras su bastón rúnico escupía encantamientos. Maddy a un lado, Hel a otro y Bálder en el centro.

–He dejado de ser Mímir. Nunca más lo seré.

–Para mí, siempre serás Mímir -repuso Odín.

Ahora el General podía verlos a todos; sus colores, al menos. Su visión verdadera los percibía como figuras de luz. Veía a Maddy, debilitada y casi vacía tras su vuelo por el Averno, con sus colores teñidos por el violeta grisáceo de la pena. Vio a Bálder, cuya figura dejaba traslucir la energía mágica de Loki. Contempló a Hel en sus auténticos colores. Y vio a quien una vez fuera el Susurrante, de pie sobre una columna de luz, mientras la cabeza de piedra en la que había morado durante tanto tiempo yacía abandonada a sus pies.

–Viejo amigo -dijo-. Ha pasado mucho tiempo.

–Quinientos años -respondió Odín, acercándose más.

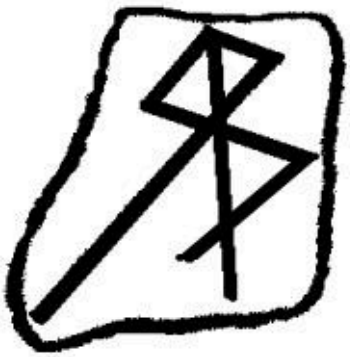
–Mucho más tiempo que eso -dijo el Innombrable.

Aunque su voz sonaba suave y serena, Odín podía notar una rabia asesina en sus colores intensificados. Supuso que tenía razones justificadas para aborrecerle. Sin embargo, su corazón se apesadumbró. ¡Tantos amigos perdidos o muertos! Era un precio enorme por tan sólo unos años de paz.

«¿Tiene que ser así?»

La respuesta le llegó tan rápida como el pensamiento. «A muerte. Los mundos serán el premio del vencedor». En silencio, los dos enemigos se encararon mientras el río Sueño se agitaba y borboteaba tras ellos. En la otra orilla sólo había oscuridad.

LIBRO NUEVE



Sueño

Todo aquello que puede soñarse es cierto.

Inventos, 12

Capítulo 1



La sombra que se cernía sobre el Noveno Mundo, la del pájaro negro con plumas de fuego, sobrepasaba a cualquier otra cosa que se hubiera visto desde el Ragnarók.

Era Surt el Destructor en su pleno aspecto. Todo aquello sobre lo que caía la sombra de sus alas se desvanecía como si nunca hubiera existido, dejando tan sólo Caos en su lugar; un Caos cuajado de estrellas que crecía y se hinchaba conforme el mundo retrocedía.

Apenas quedaba nada de la Fortaleza Negra, que sillar a sillar volvía a transformarse en sus materias primas: encantamientos, efémeros y sueños. Había fragmentos que seguían flotando en el vacío. Aquí se veía un lienzo de muralla, allí una roca, una zanja o el meandro de un río, todo flotando como copos de nieve en el viento tenebroso.

Para la resistencia final, los æsir habían elegido uno de esos fragmentos, el saliente de un acantilado rocoso que se asomaba al Inframundo. Allí estaban Tor bajo su propio aspecto, empuñando rayos mentales, y Tyr armado con su

guantelete y listo para golpear. Frig contemplaba la escena que se desarrollaba en el Hel, Loki estaba agazapado tras una piedra y Sif, que no era guerrera, se dedicaba a comentar todo el rato cómo y cuándo iban a morir. Según ella, eso sucedería de forma inmediata.

–Todo por tu culpa -dijo señalando a Loki.

Éste, haciendo caso omiso de sus pullas, se dedicaba a derribar demonios con ensalmos rápidos y ligeros que cortaban el aire como metralla.

–Es culpa tuya -insistió Sif-. Ahora estás muerto y todo se va a ir al Pandemónium y… ¿Se puede saber por qué diantre sonríes?

Loki no la escuchaba. Estaba dejando vagar sus pensamientos -acababa de descubrir que abatir demonios agudizaba su concentración-y repasando los acontecimientos de los últimos días. Aunque ya era demasiado tarde, acababa de percatarse de que le habían manipulado con gran astucia.

Gracias a las palabras de Frig lo comprendía todo. Le habían utilizado desde el principio, enviándole a la muerte en una misión imposible. Mientras, el Susurrante llevaba a cabo su trato con Hel, a la que había engañado para que sirviera a sus propios fines. La traición de Hel había abierto una grieta en el Caos. Ahora el Susurrante mandaba todo un ejército preparado, no para plantar batalla, como suponía Odín, sino para desencadenar el Caos en los mundos y contemplar cómo caían uno por uno.

Se dio cuenta de que había subestimado la ambición del Susurrante. Dando por sentado que se trataba de una simple venganza, había creído que, una vez saldada su deuda con Odín, tal vez se quedaría satisfecho, pero ahora sabía la verdad. El Susurrante había decidido que era su momento; deseaba el poder del Orden y del Caos, quería ser el Único Dios.

Loki formó Kaen, la lanzó contra una nube de efémeros y los dispersó como un enjambre de abejas. La desesperación le había devuelto su sentido del humor. Le daba igual lo que hiciera el Susurrante: en los últimos minutos que le quedaban estaba dispuesto a extinguirse en una gloriosa explosión de llamas. De sus dedos brotaban runas ígneas, sus ojos lanzaban destellos y su semblante, aunque

mostraba señales de agotamiento, resplandecía de alegría. Supuso que debía de tratarse del Caos que llevaba en su propia sangre; pero el caso es que, para su propia sorpresa, Loki descubrió que se estaba divirtiendo más que en los últimos quinientos años.

Tras él, Tor y Tyr aguantaban espalda contra espalda, cubriéndose el uno al otro mientras lanzaban relámpagos mentales contra la sombra del pájaro negro. Éste seguía acercándose. A su estela venían el silencio, el espacio interestelar que giraba sobre sí mismo y el vacío inconcebible del Más Allá.

Palmo a palmo se aproximaba a ellos. Nubes de efémeros se agostaban y morían a su paso. Sus fauces devoraban demonios, algunos tan grandes como elefantes. Y seguía acercándose, inexorable, ajeno a la destrucción que desataba. Ya casi se encontraba encima de ellos. El Averno había caído y tan sólo las orillas del río seguían existiendo.

Así llegó Surt. Su sombra rozó el borde de la roca sobre la que resistían los æsir.

Entonces, de repente, mientras la propia piedra empezaba a desintegrarse bajo sus pies…

…todo se detuvo. Se hizo el silencio. El Averno se paralizó en el mismo momento de su destrucción. Mientras, Odín y el Innombrable se acercaban. Al principio lo hacían muy despacio, girando el uno alrededor del otro de forma casi imperceptible, como danzarines en un baile ritual lento y prolongado.

Maddy, a la que se le había acelerado el pulso al ver a su viejo amigo, dio un paso adelante, pero Bálder la detuvo agarrándola por el brazo.

–Déjalo -dijo en voz queda-. Si intervienes, puedes poner en peligro tanto tu vida como la suya.

Maddy sabía que Bálder tenía razón, pues ese combate le correspondía a Odín, no a ella. Mas no pudo evitar sentirse herida al ver que su amigo ni siquiera la había reconocido. ¿Acaso estaba enfadado con ella? ¿Es que ya no le importaba? ¿O, tras servir a sus propósitos, Odín había decidido apartarla a un lado tal como

había hecho en el pasado con tantas otras personas?

Los dos guerreros seguían acercándose. Odín parecía cansado y descolorido junto a la deslumbrante figura del Innombrable, en cuyo bastón crepitaban las runas. La espada mental de Odín brillaba con el tono azul de un martín pescador.

Tras ellos, las diez mil voces del Orden empezaron a recitar el Libro de las Invocaciones.

Yo te llamo Odín, hijo de Bor…

–Has perdido -dijo el Innombrable-. Tu tiempo se acabó. ¡Abajo los viejos dioses! ¡Arriba los nuevos!

Odín sonrió.

–¿Los nuevos? No hay ninguna novedad en esto, mi viejo amigo. Así es como funcionan y se mueven los mundos. La traición sirve a un bando o al otro. E incluso el Caos tiene sus reglas.

–Esta vez no -dijo el Innombrable-. Ahora soy *yo* quien dicta las normas.

–Las reglas ya están estipuladas. Tú también las sirves, te guste o no.

El Susurrante siseó.

–Yo no sirvo a nadie. Ni al Orden ni al Caos. Si todo lo demás tiene que derrumbarse, que así sea. Gobernaré solo. Lo único que existirá en todos los mundos seré yo. Un yo omnipotente que lo ve todo y lo sabe todo.

–Así que Mímir el Sabio no ha perdido ni un ápice de su sapiencia -se burló Odín.

En realidad, no estaba de humor para bromas. El poder del Innombrable era mayor incluso de lo que había imaginado. Su energía mágica era como el corazón de una estrella, y aunque su aspecto estaba tan sólo a medio formar, Odín sabía que ya era letal.

A su espalda, el ejército del Orden entonó:

Te llamo Grim y Gangleri,

Herían, Hialmberi,

Tekk y Tridi; Tund y Unn.

Cada nombre lo debilitaba más. Lanzó un golpe contra la figura que adivinaba borrosa gracias a su visión verdadera, pero su espada mental tan sólo azotó el aire. Detrás de él, en el ejército de los muertos, un hombre cayó, y otro se adelantó para ocupar su puesto.

El Innombrable atacó a su vez. El bastón rúnico tan sólo rozó la muñeca de Odín, pero quemaba como un hierro candente, y la fuerza del impacto lo derribó de espaldas y aturdido en la arena.

Te llamo Bólverk,

te llamo Grímnir,

te llamo Helblindi,

te llamo Svídrir…

Odín se enderezó, frotándose la muñeca.

–Te has hecho más fuerte -comentó con voz fría mientras se pasaba la espada mental a la mano ilesa.

–Ojalá pudiera decir lo mismo de ti -manifestó el Innombrable.

Odín amagó una finta, desvió un golpe y atacó de nuevo. La espada que aferraba en la mano se aceleró como un dardo, pero un ademán del bastón rúnico bastó para desviarla. El arma voló inofensiva por los aires y al caer al suelo abrió un cráter de casi dos metros de profundidad.

Te llamo Omi, el Altísimo,

te llamo Hárbard,

Hroptatyr.

El bastón rúnico volvió a relampaguear. Odín trató de esquivarlo, pero el Innombrable fue más rápido. La punta del báculo le tocó apenas la rodilla. El Tuerto cayó y rodó sobre sí mismo al mismo tiempo que arrojaba Yr con una sola mano. El bastón volvió a atacar, esta vez buscando su cabeza, pero erró el golpe, mientras Odín lanzaba Tyr contra su adversario.

En las filas de los examinadores cayó otro hombre que se desvaneció como una nubécula de humo en el aire del desierto. El Innombrable seguía incólume, más fuerte que nunca y con una sonrisa de triunfo en sus ásperas facciones.

Odín acometió de nuevo con la fuerza que da la desesperación. En el ejército se desplomó otro examinador, pero el Innombrable contraatacó con la rapidez de una serpiente y esta vez alcanzó a Odín de lleno en un hombro.

Te llamo Sann y Sanngetal,

Fiólsvid, Skílfing…

Era un punto débil, ya que apenas se había curado del disparo de la ballesta. Odín se desplomó como un leño. Ya en el suelo, rodó sobre sí mismo para apartarse del alcance de su adversario y lanzó Tyr con la mano izquierda al mismo tiempo que se incorporaba.

La runa impactó entre los ojos del Innombrable.

Tambaleándose, Odín retrocedió un paso para comprobar el resultado.

En el ejército, un grupo de examinadores se esfumó, mientras el resto cerraba filas para ocupar su hueco. Odín, atento al Innombrable, observó cómo su disparo atravesaba el cuerpo etéreo de su enemigo y dispersaba su energía

mágica en aquella atmósfera muerta sin causarle ningún daño.

El Innombrable soltó una carcajada seca.

El río Sueño seguía creciendo más y más.

Con gesto torvo, Odín volvió a desenvainar su espada mental.

Capítulo 2



Los vanir oían hablar al Innombrable al otro lado del campo de batalla. Cada sílaba les llegaba transmitida por diez mil voces.

Yo te llamo Odín, hijo de Bor…

«Ya está empezando», pensó Héimdal. Ocho contra aquella multitud.

Dio un paso hacia la línea de hombres. Esta vez no le siguió ninguna mirada. Todos le daban la espalda y tenían los ojos fijos en el mismo lugar; Héimdal podía notar cuan profunda era su concentración. Sopló una racha de viento seco cargada de polvo, pero nadie se tapó los ojos. En el remolino de nubes negras brilló un intenso fulgor del color de la sangre fresca.

Le había dado su palabra a Odín de que no lo seguiría. Aquello le dolía, pero un juramento es un juramento. Sin embargo, ese juramento no decía nada acerca de los muertos que formaban en actitud pasiva, aparentemente abismados en sus pensamientos mientras contemplaban la lucha que se libraba junto a la orilla del

río.

Héimdal percibía el poder de aquel cántico y sabía que cada palabra era como un golpe para Odín. Pensó que si podía romper la comunión de los muertos, tal vez conseguiría interrumpir aquel maldito himno, aunque fuese tan sólo por un instante.

Sacó un dardo mental de la runa Hagall y lo lanzó contra la columna más cercana.

No sucedió nada. Ninguno de los muertos cayó.

Frey se le unió, empuñando una espada mental, pero la hoja del Cosechador fue tan inefectiva como el arma de Héimdal y atravesó la línea de los muertos como si éstos fueran de bruma.

Llamó a Skadi y también a Njord, pero ni el látigo mental ni el tridente lograron nada, y las runas de fuego, de hielo y de la victoria también resultaron inútiles. Los oídos de los muertos eran sordos a las melodías más poderosas de Bragi, sus ojos eran ciegos a los encantamientos más seductores de Freya. Impertérritos, seguían recitando los nombres secretos del Padre de Todo.

Jalk, Ygg y Veratyr,

Vakr, Tror y Farmatyr.

Hérteir, Bíleyg, Oski y Gaut…

En medio de la consternación general y los ataques de la Palabra, pasaron doce versos más hasta que los vanir se dieron cuenta de que Parson y su aprendiz -por no mencionar al campesino, la mujer y la cerda-habían desaparecido.

Capítulo 3



Sabía que la batalla casi había terminado. Odín, que sangraba por más de diez heridas, había golpeado una y otra vez, pero no había conseguido infligir el menor daño al Susurrante. Al menos, sus ataques habían abierto una estrecha franja entre las silenciosas tropas del Orden; pero por cada hombre que caía, otro ocupaba su lugar, de modo que su espectral comunión no se rompía en ningún momento. El Tuerto luchaba como una rata acorralada, pero en el fondo de su corazón empezaba a convencerse de que aquella criatura era invencible.

El General se aproximaba a su fin. Cada nombre y cada verso le abrían una herida más profunda. Había agotado su energía mágica, su brazo derecho había quedado inutilizado y la espada mental era poco más que un muñón. Aunque había golpeado al Innombrable un centenar de veces, no había conseguido hacerle ni un solo rasguño.

Por el contrario, el Susurrante había ido acrecentando sus fuerzas conforme batallaban. Su aspecto se iba materializando de tal forma que, incluso ciego, Odín casi podía ver el rostro que se escondía bajo la capucha de ermitaño, la forma de su boca, la viva inteligencia que iluminaba sus ojos. Y en cuanto a sus colores, de sobra conocía aquella señal de óxido que en los bordes resplandecía con brillantes tonos naranja.

Pero aún no era la Palabra hecha *carne.* Odín sabía que con el aspecto actual el Innombrable sólo podía ejercer su poder aquí, en el país de los muertos, pero para conquistar los mundos necesitaba huesos, músculos, carne viva.

Una vida a cambio de otra.

Su carne. *Sus* huesos.

Te llamo Wotan. Vili y Ve.

–¿Es esto lo que querías, Mímir, viejo amigo? Espero que disfrutes con ello. En

cuanto a mí, me estoy cansando ya de este cuerpo.

El Innombrable respondió con una carcajada sarcástica.

–Oh, no. Tu cuerpo no me vale. Para nada. Hace cien años a lo mejor me habría servido, pero ahora está demasiado dañado. No, amigo mío: esto sólo lo hago por divertirme… y porque me gusta saldar viejas deudas.

Enarboló el bastón para atacar de nuevo. Odín se apartó rodando sobre sí mismo, ignorando el dolor lacerante de su hombro herido.

–Entonces, ¿en quién estás pensando? – preguntó-. Por si no te has dado cuenta, éste es el país de los muertos.

Y entonces, de repente, lo comprendió.

Una vida por otra.

Sin un cuerpo, o tan siquiera una cabeza, aquel ser nunca podría abandonar el Inframundo. De modo que, si quería conquistar todos los mundos…

Una vida por otra.

La vida de Maddy.

Ahora, al comprender el plan del Innombrable, atacó con ciega rabia y desesperación a la criatura que bailaba fuera de su alcance. Clavó una rodilla en el suelo…

El Innombrable detuvo su golpe sin ningún problema.

–Así que eso es lo que querías desde el principio -jadeó Odín, mientras atacaba de nuevo-. Reencarnarte, reconstruir Ásgard y gobernar tú solo. Convertirte en Modi, robarle su energía mágica para crear la tuya y cumplir la profecía que tú mismo debías hacer.

–Al fin te das cuenta -dijo el Innombrable-. Siempre has sido un poco lento.

Bien, viejo amigo, ya sabes lo que dicen. Nunca confíes en un oráculo.

En el Libro de las Invocaciones había treinta y tres versos con los nombres de Odín el Padre de Todo y en esos momentos ya habían llegado al final. Diez mil voces recitaron los dos últimos versos.

Te nombro a ti, Guerrero, Tuerto y Vagabundo.

Tales son tus nombres y tal eres tú…

Y entonces, por fin, el General se desplomó sobre la arena, derrotado.

Capítulo 4



Ahora Maddy había escuchado la profecía. «Hablo cuando es mi deber», había dicho el Oráculo. Y aunque los había desorientado, revelándoles verdades parciales para engañarlos y retrasarlos, ella sabía que un oráculo no podía mentir.

Veo un barco funerario en las costas del Hel

y, con el perro a sus pies, al hijo de Bor en él…

Aun así, mientras contemplaba a aquellos dos adversarios tan terriblemente disparejos, Maddy no había llegado a perder la convicción de que, de algún modo, tenía que suceder algo que decantara la batalla a favor del Tuerto. Tal vez un giro inesperado de los acontecimientos, como ocurría en sus relatos favoritos.

Pero todo había terminado. Su amigo yacía boca abajo en aquel suelo gris, y sus colores se veían tan desvaídos que pensó que probablemente estaba muerto.

«No, tú no», sollozó. Se quitó de encima la mano de Bálder y corrió por la arena salpicada de sangre hasta donde yacía Odín. El Innombrable se alzaba sobre ellos con el bastón rúnico en alto y el semblante iluminado en un gesto de triunfo, pero Maddy apenas reparó en él.

Se arrodilló y tocó el cabello del Tuerto. Todavía seguía con vida.

–Maddy.

–Estoy aquí.

A duras penas logró levantar la cabeza. Fuera de su aspecto parecía muy anciano, muy *humano,* como si hubieran pasado cien años desde su último encuentro en la colina del Caballo Rojo. Había perdido el parche del ojo durante la pelea, y su rostro era una máscara devastada, sucia de sangre y polvo. Su único ojo la miraba sin ver, y Maddy se dio cuenta de que estaba completamente ciego. Notó una punzada de lástima y dolor en el corazón; pero por debajo, los sentimientos de injusticia y de rabia que había experimentado al conocer la verdad seguían vivos, pidiendo a gritos que los liberase.

–¿Por qué has venido? – le preguntó-. Sabía que si venías aquí, morirías.

Odin suspiró.

–La misma… impaciente… Maddy.

Hablaba en susurros quebrados, casi sin aliento. Pero Maddy captó en su voz trazas del viejo e irascible Tuerto, y eso hizo que aún tuviera más ganas de llorar.

–Quería detener la guerra -dijo-. Intentaba evitar todo esto. Quería salvarte…

–Imposible -respondió Odín-. La profecía.

Maddy empezó a protestar, pero Odín sacudió la cabeza.

–Deja que te vea… otra vez -dijo.

A ciegas y con toda la ternura del mundo, levantó la mano para palpar el rostro de la muchacha.

Durante unos instantes, ella contuvo el aliento mientras los dedos de Odín recorrían su cara desde las mejillas hasta la barbilla y se entretenían en su frente, seguían el trazado de las líneas de pena y de determinación que rodeaban su boca y acariciaban la leve humedad bajo sus ojos.

«Un hermoso rostro -pensó Odín-, fuerte y a la vez bondadoso. Aunque tal vez no tan sabio como debería…»

Sonrió y dejó caer la cabeza sobre la arena.

Detrás de ellos, el Innombrable se acercó para descargar el golpe definitivo.

Mientras, por fin, Nat y los otros habían llegado al claro. Atravesando las filas fantasmales sin ser vistos, se quedaron hipnotizados por la escena que tenía lugar ante ellos.

Ethel reconoció lo que estaba pasando y suspiró.

Adam se quedó mirando con la boca abierta.

Dorian abrazó con fuerza a *Lízzy la Gorda.*

Bolsa se miró la palma de la mano, donde sostenía la piedra rúnica del Capitán, y se le encogió el estómago al ver que latía con una luz violeta. Lo hizo una sola vez, de forma débil, como un corazón que todavía no ha dejado de palpitar del todo.

«Oh, no -pensó Bolsa-. No puede ser. Ahora no…»

La piedra rúnica brilló de nuevo, ahora con algo más de intensidad. Un extraño escalofrío recorrió la espina dorsal del trasgo, casi como una voz familiar…

«No hay perdón posible para ti. Tú mismo te lo has dicho. No hay nada que yo pueda hacer».

Hizo ademán de tirar la piedra, pero cuando salió de entre las filas del Orden, descubrió que aún seguía aferrándola con fuerza y la guardó en el fondo de su bolsa. Tal vez *había* algo que podía hacer, después de todo. Con las runas nunca se sabía.

Nat Parson se quedó mirando asombrado, dejando que la gloria del Innombrable le llenara los ojos. Había viajado y sufrido tanto por presenciar este momento que ahora casi no se atrevía a pensar que al fin había llegado.

Aquel Ser rodeado de luces portentosas, aquella Entidad terrible, omnipotente y gloriosa, nacida del aspecto de la cabeza de piedra, ¿podía ser la Palabra que el corazón de Nat tanto anhelaba? Poco a poco se abrió paso atravesando un aire cuajado de encantamientos y dardos. Nadie intentó detenerle, nadie vio el brillo de felicidad de sus ojos mientras se acercaba a los dos adversarios.

–No llores, querida. Ya te dije que eras especial.

Maddy se volvió hacia el Innombrable, que se alzaba sobre ella levantando su bastón. De su punta brotaban encantamientos como lana enganchada a un huso, y escupía haces de energía estática al aire muerto. Impactante. De hecho, Maddy pensó que debería sentirse impresionada. Sin embargo, lo único que veía era el color de la sangre del Tuerto, que empapaba el suelo. Aquel rojo sobre la arena del desierto se le antojó el de las amapolas en el mes de la Cosecha.

–No tengo miedo.

Eran las mismas palabras que mucho tiempo atrás le había dicho a un caminante tuerto en la colina del Caballo Rojo.

El Innombrable sonrió.

–Me alegro. Porque tú y yo vamos a hacer algo especial.

Maddy no había escuchado la conversación sostenida por Odín y el Innombrable mientras peleaban en la llanura, pero no era tonta, y ya se le había ocurrido que si el cadáver de Loki podía usarse para resucitar a Bálder, lo mismo podía pasar con el suyo. Un cuerpo intacto era mucho mejor, por supuesto. El del Tuerto había sufrido daños tal vez irreparables, pero el de Maddy se encontraba sano y, algo incluso más importante, su energía mágica estaba entera y brindaría a su portador el poder de los dioses.

Maddy entrecerró los ojos y miró al Innombrable.

–¿Especial?

–Muy especial, Maddy -dijo él-.Tú vas a conducirnos hasta las estrellas. Juntos reescribiremos la Creación desde el principio. Reconstruiremos la Ciudadela del Cielo. Crearemos de nuevo todo aquello que los æsir destruyeron por culpa de su negligencia y su codicia. En vez de Nueve Mundos en oposición, tan sólo existirá un Mundo Único. Nuestro mundo. Un lugar donde las cosas tendrán lógica y sentido. Un mundo donde el Bien y el Mal ocupen sus respectivos lugares y un solo Dios lo gobierne todo durante el resto de la eternidad.

Maddy le miró con desdén.

–Eso suena a lo que el Tuerto solía llamar «mierda de trasgo» -dijo.

El Innombrable se iluminó con un brillo de furia.

–¿Crees que tienes elección? Ya has oído la profecía.

Maddy sonrió.

–«Veo un ejército listo para la batalla. Un general solo a su frente veo. Veo un traidor en la puerta. Un sacrificio también veo». – Levantó los ojos para enfrentarse a la mirada del Susurrante-. Te pregunté una vez si creías que *yo* era la víctima del sacrificio.

-*No…* -susurró Odín.

Nadie le oyó.

Maddy miró en derredor. A Hel, silenciosa y con su perfil muerto vuelto hacia el otro lado. A Bálder, encarnado en el cuerpo de Loki. A los diez mil guerreros -bueno, ya eran unos cuantos menos-que aguardaban en lúgubre silencio.

–No lo veas como un sacrificio -dijo el Innombrable en el más relajante de los tonos-. Piensa en ello como un nuevo principio. No estarás muerta. Formarás parte de mí, al igual que todos los demás seres. Dejaré *mi* marca en cada brizna de hierba, en cada gota de agua, en cada corazón humano. Todas las criaturas me adorarán, me amarán y me temerán, y *yo* las juzgaré.

Tras marcar una pausa dramática, se echó atrás la capucha. Su aspecto ya estaba casi completo, y la cabeza de piedra en la que había morado durante tantos años yacía olvidada a un lado. Maddy pudo ver sus propios colores bajo los del Susurrante, muy tenues, y sintió una especie de electricidad estática en el cabello y en los clientes cuando la Palabra se concentró rodeándola.

Diez mil muertos, listos para pronunciarla, tomaron aliento. A la espera de la Palabra, nadie reparó en la pequeña y cautelosa figura de La-Bolsa-o-la-Vida, que abandonó el refugio que le brindaba su grupo y, moviéndose con paso sigiloso por la arena muerta, se dirigió hacia los dos adversarios sin que nadie lo advirtiera.

No es que Bolsa tuviera madera de héroe. En primer lugar, si por él hubiese sido, jamás habría formado parte de toda aquella historia. El General estaba muerto -o casi-, el Capitán también estaba muerto, o algo peor, y, en cuanto a Maddy, el Innombrable parecía a punto de absorberla, lo que significaba que estaba tan muerta como los otros dos.

En realidad, ni él mismo sabía por qué no se había limitado a huir. No estaba actuando obligado por ninguna runa ni ensalmo. Ni siquiera le ataba ya la piedra rúnica, aunque todavía podía sentir la fuerza de su latido, como si una pequeña

parte del Capitán siguiera encerrada en ella y se dirigiera a él en voz baja.

Ni siquiera sabía muy bien qué se suponía que debía hacer, ni por qué razón. Sin embargo, siguió moviéndose, casi pegado al suelo, hacia aquella vieja y desagradable energía mágica -el Susurrante-que había desencadenado todo aquello y que ahora yacía olvidada a un lado, mientras la criatura que había brotado del interior de la piedra se acercaba a Maddy y hablaba.

–Mi querida niña -dijo el Innombrable-. Escúchame.

Tal era su encanto que ella sintió que estaba a punto de obedecer y sucumbir a aquella meliflua voz.

–Estás agotada, Maddy -prosiguió el Innombrable-.Te mereces un descanso. No te resistas a *mí* ahora que estamos tan cerca el uno del otro…

Los muertos empezaron a hablar con voces tan átonas como el movimiento de la arena.

Yo te llamo Modi, hija de Tor,

hija de Jarnsaxa, hija de la ira.

Yo te llamo Aesk,

yo te llamo Fresno…

Maddy tenía menos nombres que el Tuerto, y sabía que probablemente su cántico sería breve. Ya podía sentir cómo actuaba sobre ella: le pesaba la cabeza y sus piernas parecían haber echado raíces en el suelo…

Con un esfuerzo se sacudió.

–¿Resistirme? – dijo-. Creo que puedo intentarlo.

De su bolsa no sacó una runa ni un encantamiento, ni siquiera una espada

mental, sino una sencilla navaja de campo, igual que la que podría haber llevado encima un herrero o el hijo de un granjero de Malbry.

En ese momento, Maddy presenció algo realmente asombroso, ella, que había llegado a creer que nada volvería a sorprenderla jamás. Se dijo que debía de tratarse de un milagro, pero ¿aquélla no era Ethelberta Parson, con Dorian Scattergood a su lado, y también Adam Scattergood, Nat Parson… e incluso un *cerdito enano?*

Pensó que se estaba volviendo loca. Esa era la única explicación posible. Le molestaba un poco soportar la visión de Nat Parson y Adam Scattergood en los últimos y desesperados instantes de su vida. Pero se dijo que, si todo acontecía conforme al plan, al menos no tendría que verlos mucho más tiempo.

–¿Con eso? – preguntó el Innombrable, y empezó a reír.

Los diez mil se carcajearon con él. Sus voces sonaban como una bandada de aves de rapiña levantando el vuelo bajo aquel cielo metálico.

Pero la mirada de Maddy era directa y sincera.

–Necesitas mi cuerpo intacto -dijo-. Si muero aquí, mi espíritu se quedará en el Hel y el resto de mí se convertirá en polvo. No puedo matarte, pero sí puedo hacer *esto.*

Y Maddy apretó la punta de la navaja contra su propia garganta.

Capítulo 5



Una vez más el silencio se adueñó del Hel. Todo el mundo contemplaba a la muchacha, que, en el centro de un círculo de dioses y Gente, apretaba la navaja contra su cuello.

Loki, que veía lo que pasaba desde el Averno, sonrió a pesar del peligro.

Tor pensó: «Ésa es mi chica».

Odín no podía ver, pero sabía lo que estaba ocurriendo, así que daba igual.

Bálder, que también estaba mirando, había visto claro desde el primer momento cuál era la solución. No una batalla, ni siquiera una guerra, sino un *sacrificio.*

–¡Maddy! ¡No! – aulló el Innombrable, y diez mil voces replicaron su grito como un eco-. Piensa en lo que te estoy ofreciendo. *Mundos,* Maddy…

La interpelada respiró hondo. Calculó que debía dar un golpe certero, pues tal vez no tendría una segunda oportunidad. Se imaginó su sangre dibujando un collar rojo y derramándose sobre la arena.

Comprobó que la mano le temblaba un poco. Trató de controlarla y…

…se dio cuenta de que no podía mover ninguna de las dos manos.

Era demasiado tarde. Estaba paralizada. Finalmente, el Libro de las Invocaciones había cumplido su misión. Lo único que podía hacer era observar con desesperación cómo el Innombrable se acercaba a ella, eufórico y con su voz ponzoñosa susurrando promesas en sus oídos.

–Mundos, Maddy, ¿qué otra cosa puede haber?

A Nat Parson se le escapó un grito sofocado. No sabía lo que estaba haciendo; ni siquiera se le pasó por la mente la posibilidad de que estuviera en peligro. Sólo

podía pensar en aquella maldita chica. La misma que se había reído de él, que había frustrado todas sus maniobras y desbaratado sus planes, que le había dejado en ridículo. Y que ahora estaba a punto de llevarse lo que él ansiaba: la Palabra que por derecho le pertenecía.

-*¡No!* -Se abalanzó sobre ella cuchillo en mano, con la cabeza agachada como un carnero que embiste-. ¡Ella nunca la ha querido! ¡Dámela a mí!

Agarró a Maddy por los cabellos y, recordando las cacerías con su padre, tantos años ha, tiró de su *cabeza* hacia atrás para cortarle el cuello.

Bolsa llegó junto a la cabeza abandonada y, cogiéndola con ambas manos, emprendió una carrera frenética por la explanada. Quemaba su piel como azufre, pero el trasgo no la soltó, y siguió corriendo y esquivando, con los ojos cerrados como dos ranuras en un gesto de concentración.

Encuéntrala, le había dicho el Capitán. Y arrójala a la parte más profunda…

El lugar que se le había ocurrido parecía lo bastante profundo. La cuestión era si lograría llegar a tiempo.

Se coló entre las piernas de Nat Parson, exclamando «huy, huy, huy», porque la cabeza de piedra le quemaba y las manos se le estaban llenando de ampollas mientras corría como una ardilla cargada con una manzana asada. A toda la velocidad que le permitían sus piernas achaparradas, más de lo que uno habría esperado viendo su tamaño, se dirigió hacia el río Sueño.

A Nat le cogió por sorpresa. Tenía toda su atención puesta en la chica, y cuando el trasgo se le metió entre las piernas, tropezó y estuvo a punto de besar el suelo. Se le cayó el cuchillo, se agachó para recogerlo y se encontró cara a cara con algo que siseaba, soltaba chispas y parecía bullir de furia y ambición frustrada. Nat no dudó ni un segundo, abrió los brazos, lo agarró y lo apretó, todavía aullando, contra su pecho.

El Innombrable no había visto acercarse a Parson, ya que apenas había prestado atención a aquel pequeño grupo de Gente, pero primero había aparecido aquella

criatura chiflada que se interpuso entre él y la chica, y después el clérigo loco salió del desierto con ojos de poseso, la boca contorsionada y gritando: «¡No! ¡Tómame a mí!», mientras tendía unas manos ya agarrotadas y ennegrecidas por su contacto.

Diez mil guerreros gritaron alarmados, pero Parson siguió bramando «¡Tómame a mí!», arqueándose, estirándose, suplicando, *ardiendo* por la comunión, con la boca abierta en forma de O a causa del asombro y el horror. El Innombrable luchó para zafarse de él, y la Palabra brotó como una rosa prematura…

Para Nat fue como caer en un pozo lleno de serpientes. La mente del Innombrable no era como la de Elías Rede. Éste, al menos, había sido una vez un ser humano, con pensamientos y anhelos propios de un mortal, pero no existía nada humano, ni siquiera divino, en el Innombrable. Ni piedad ni amor, sólo un hondo sumidero de odio y de furia.

Ninguna conciencia humana podría haber sobrevivido a un impacto como aquél. Un segundo después, Nat cayó al suelo sangrando por la nariz y por los oídos. Pues si la Palabra tenía efectos violentos desde lejos, aquí, en su misma fuente, era un cataclismo. Aquella fuerza hizo que los respiraderos ardientes del Susurrante parecieran una simple cazuela hirviendo sobre el hogar. Las ondas de choque derribaron a los vivos y dispersaron a los muertos como motas de polvo.

El Innombrable profirió un alarido de rabia. Privado de su víctima, se encontró de pronto dentro del cuerpo del hombre equivocado, alguien que no poseía energía mágica ni estaba adiestrado, y al verse así actuó sin contención ni raciocinio. Su primer impulso fue aniquilar al intruso, y el segundo regresar a la seguridad de su receptáculo original…

…Pero la cabeza de piedra en la que había morado desde el principio de la Era Antigua ya no estaba allí. El Innombrable volvió a aullar, esta vez de desesperación. Sabía que sin un recipiente adecuado tan sólo sería otra alma en aquel mundo, propiedad y esclavo de Hel. Sin su caudillo, su ejército se desperdigaría como el polvo que era, y no podría cumplir su grandioso plan. Los diez mil guerreros hicieron eco a su grito cuando el Innombrable concentró todas y cada una de sus partículas de energía mágica en un objetivo desesperado y vital.

Poseer a la chica. De una vez por todas.

Fue en ese momento cuando el río se desbordó. Finalmente la Palabra, desatada y sin control, multiplicada por diez mil voces y disparada contra la brecha que se abría entre los mundos, había demostrado que era irresistible.

–¡Todavía no, todavía no! – gimió la criatura que antaño fuera el Antiguo de los Días cuando el río Sueño se precipitó hacia ellos barriendo el desierto como un maremoto.

Ethel Parson sabía lo que eso significaba. Ignoraba *cómo,* pero lo cierto era que sabía que la única esperanza de los Nueve Mundos se hallaba al otro lado del río, y que casi no les quedaba tiempo.

Bolsa lo oyó y soltó la cabeza antes de cambiar de dirección y correr en sentido contrario con tanta velocidad como antes.

Odín lo oyó y pensó: «Por fin».

En la explanada, los vanir lo oyeron y se prepararon para recibir el Fin de Todas las Cosas.

En el Averno, los æsir también lo escucharon, mientras la sombra del pájaro negro empezaba a descender una vez más sobre ellos. Aferrados todavía a aquel saliente de roca, el único fragmento de materia sólida que quedaba ante sus ojos, sintieron cómo el Caos se aproximaba como un viento negro y aullante. Retrocedieron de nuevo, sin dejar de arrojar relámpagos mentales contra la tenebrosa boca de aquella criatura, hasta que se vieron literalmente *empujando* contra la puerta que separaba un mundo de otro y sintieron su áspero tacto en la espalda.

«Esta maldita puerta debería cobrarme alquiler a estas alturas», pensó Loki cuando de pronto la entrada se abrió y él cayó dando tumbos y de espaldas al otro lado.

El ojo vivo de Hel se abrió de golpe para posarse sobre las manecillas del

cronófago, y al ver que empezaban a moverse una vez más comprendió de súbito lo que pasaba. Apenas le dio tiempo a lamentarse: «Dioses, ¿qué he hecho?», cuando el maremoto golpeó y todo el desierto quedó sumergido bajo el Sueño.

Capítulo 6



El mundo de Sueño no es del todo un mundo, sino más bien un cúmulo de todos los mundos posibles. Un lugar donde las masas terrestres van y vienen con tanta facilidad como bancos de arena en los rápidos de un río y nada es nunca lo que parece.

Tampoco el río en sí es en realidad un río. Por mucho que presente a la vista medidas fluviales, como longitud y anchura, lo que corre a lo largo de su curso es extrañamente volátil. Luminoso, mercurial, casi vivo, listo para tomar nueva forma cada vez que toca un pensamiento descarriado.

En Sueño existe poco sentido de la distancia, de la escala o del tiempo. El territorio de Sueño es rigurosamente neutral, igual que el de Muerte. Existe asimismo en el Orden y en el Caos, y en él no se aplica ninguna ley, o se aplican todas a la vez. Como el Averno, está más allá de todas esas cosas, y es diferente para cada criatura que cae bajo su influencia.

Aquí, en sus fuentes, puede ser mortal.

Loki cayó en un sueño de serpientes y se hundió luchando con ellas y esforzándose por respirar.

Tor tuvo una pesadilla en la que se encontraba completamente desnudo en una importante función, durante la cual una hermosa mujer con flores en lugar de ojos y dos bocas plagadas de colmillos de carnívoro recitaba un diálogo en un idioma que él no entendía, pero al que se suponía que debía responder.

Frig soñó con una mujer que no era joven ni hermosa, aunque sí cariñosa, y que poseía una fuerza tranquila. Llevaba una simple bata hecha en casa, y tenía una mejilla arañada y sucia. La mujer se levantó la manga y la Madre de los dioses vio energía mágica en su brazo. Todavía era débil, pero cada vez se veía más clara. Frig extendió la mano…

Maddy soñó con una roca flotante, y al encaramarse a ella entró en otro sueño. Se encontraba de vuelta en Malbry, en la colina del Caballo Rojo, y las aulagas de sus laderas estaban en flor. Sentado junto a ella vio al Tuerto. No era Odín, sino el viejo Tuerto tal como lo había conocido la primera vez, y volvía a mirarla con su peculiar sonrisa.

–¡Tuerto! – gritó Maddy aliviada.

De repente cayó en la cuenta de que todo lo acaecido durante los últimos días había sido otro sueño, una pesadilla de la que acababa de despertar, pero cuando le tendió los brazos a su viejo amigo, él estiró una mano para evitar que se acercara.

«Ten cuidado -la previno-. Aquí estás a salvo. Pero si te encuentras con alguien, no le toques si quieres seguir siendo tú misma. Hoy se ven cosas muy raras flotando en el aire».

Maddy dijo:

–He soñado que estabas muerto.

El Tuerto se encogió de hombros.

«No sería la primera vez. Ahora tengo que irme. He prometido asistir a una

cosecha en Pog Hill.»

–Pero volverás, ¿a que sí? – preguntó Maddy

«Sí, entre Beltane y el mes de la Cosecha. Búscame entonces…, en tus sueños».

Odín soñó con su hijo Tor. Era consciente de que se trataba tan sólo de un sueño, y sin embargo le vio de forma vivida. Se sumergió bajo la superficie y se encontró sentado a la sombra de un árbol en Ásgard, cuando éste aún existía, y veía pasar las nubes. Odín todavía conservaba ambos ojos, Loki no había caído en desgracia (al menos, no demasiado), y Maddy, aunque aún no había nacido, también estaba allí. Además vio a Frig, a Erda -la madre de Tor-y al propio Tor, todos ellos con el mismo aspecto que tenían quinientos años antes.

«Eso es porque estás muerto, padre», dijo Tor, como si le hubiera leído la mente.

«¿Muerto? – inquirió Odín-. Pero si esto es…»

«Considera los hechos -repuso Tor en tono amable-. Tus ojos, este lugar, nosotros. ¿Qué otra explicación puede haber?»

«Bueno, puedo estar soñando», repuso Odín.

«Tú siempre fuiste un soñador», respondió Tor.

Al sumergirse más en las profundidades de aquella visión onírica, a Odín le pareció oír la voz de Loki, que gritaba pidiendo auxilio. Comprendió que éste se encontraba dentro de otro sueño que lo estaba matando.

«Tengo que ayudarle», dijo Odín.

«Déjalo -repuso Tor-. Merece morir».

«Él te rescató del Averno», le recordó Odín.

«¡Sólo nos liberó para salvar su propio pellejo!»

Odín se dijo que ese argumento sonaba típico. Desde el principio de la Edad Antigua, Loki ayudaba a los dioses a solucionar los problemas que él mismo provocaba. Sin embargo, ¿acaso no lo sabía Odín desde el principio? Y, en su arrogancia, ¿no había estado siempre demasiado dispuesto a culpar a Loki de sus propios errores?

Loki seguía gritando en el sueño de la puerta contigua. «Sonaba tan cerca…», pensó Odín. Todo cuanto tenía que hacer era extender la mano…

«Si lo haces -le dijo Tor-, no respondo de la integridad ni la continuidad de este lugar. ¿No prefieres morir aquí, rodeado por tus seres queridos y en un lugar que ya tan sólo puede existir en sueños? ¿O te parece mejor perecer en el Hel, derrotado, mientras el mundo se acaba a tu alrededor? Tú eliges, padre. ¿Crees que merece la pena?»

«Es mi hermano», dijo Odín.

«Nunca aprenderás, ¿verdad?» Odín sonrió y extendió la mano.

Bolsa soñaba con un cochinillo asado, y mantenía un ojo abierto por si el azar traía a *Lizzy la Gorda* por allí cerca.

Dorian soñaba con Ethel Parson. «Vos siempre habéis sido muy buena conmigo, y ahora…»

Ahora Ethel era dos mujeres en una; por un lado, la esposa de Parson, carente de todo atractivo, y por otro, la mujer de belleza casi cegadora que había vislumbrado en ocasiones mientras se acercaban a su meta. Ambas estaban espalda contra espalda, como Jano. Ethel miraba hacia delante, la otra miraba hacia atrás con gesto dulce.

«No me dejéis», pidió Dorian.

«Entonces tomad mi mano», respondió la mujer doble.

Cuando Dorian extendió la mano para coger la de Ethel, vio que un hombre ocupaba el lugar de ésta. Era grande, tenía la barba pelirroja y unas manos que, aunque enormes, distaban mucho de ser torpes. Pensó que debería conocer su cara, y durante un segundo se detuvo…

Lizzy la Gorda soñó con Dorian Scattergood y suspiró.

Hel la Nonata nunca soñaba. Soñar era para seres inferiores y, en cualquier caso, llevaba demasiado tiempo viviendo cerca de Sueño como para verse afectada por sus caprichos y sus mareas. Con una palabra conjuró su ciudadela y se apostó junto a Bálder en el torreón más alto, desde donde gozaba del mejor panorama para contemplar qué ocurría a continuación.

El tiempo funciona de otra forma en Sueño. Aunque parecía que habían pasado horas desde entonces, la puerta entre los mundos llevaba abierta tan sólo seis de los trece segundos que quedaban en el cronófago de Loki.

Seis breves segundos, pero el daño ya estaba hecho. La Fortaleza Negra no era ya más que un montón de escombros que se estaban yendo a pique ante el empuje del caudal desbordado del río. Demonios, prisioneros y efémeros giraban y daban tumbos en medio de aquella frenética corriente. Y ahora el espacio entre los mundos parecía como una inmensa tromba marina que absorbía objetos al azar y, en medio de unos obscenos ruidos de succión, lanzaba restos y desechos grandes como arrecifes por el aire, que cada vez estaba más sucio.

–Hay que detenerlo -le dijo Bálder a Hel-. El Caos conseguirá abrirse paso hasta los demás mundos como esto siga así.

Hel le miró con su ojo vivo.

–Aquí estamos a salvo -respondió-. Incluso Surt se lo pensará dos veces antes de meterse en líos con la Muerte.

–¿Y los demás?

Hel se encogió de hombros.

–Conocían los riesgos cuando vinieron aquí. No soy responsable de lo que les ocurra.

«Qué cargante es Bálder», se dijo Hel. Por primera vez en muchos siglos lo tenía para ella, y lo único que se le ocurría era evitar posibles trastornos en otros mundos. Sin duda, Hel había cometido un error estúpido.

«Has roto tu palabra, Hel, y le has robado a Loki trece segundos…»

Y ahora había llegado el momento de pagar por ese error.

Bálder el Bello estaba asomado a su torreón, y aunque sus ojos eran azules como el cielo estival, en aquel momento no había en ellos nada de ensoñador. Muy abajo vio a Odín, que combatía contra un sueño en el que se ahogaba.

También vio a Ethel y Dorian, cogidos de la mano, y a *Lizzy la Gorda* encaramada a un espolón de piedra. Divisó a Adam Scattergood, perdido en una pesadilla de arañas gigantes, y a Loki, rodeado por serpientes venenosas.

Vio a Nat Parson, y supo que se estaba muriendo.

Vio a la criatura que había sido el Innombrable, con el rostro deformado de rabia y frustración. Estaba sumergido hasta la cintura en las aguas del Sueño y, como el Rey Loco del viejo cuento, le gritaba a la crecida del río:

–¡DETENTE, TE DIGO! ¡TE ORDENO QUE TE DETENGAS!

Pero las palabras, incluso la Palabra, carecen de poder en el reino de Sueño, pues éste no conoce de gobernantes, ni de reyes ni de sirvientes. No se puede invocar al Sueño, ni darle órdenes o desterrarlo. Mientras el Innombrable despotricaba y se desgañitaba, Nat Parson -Nathaniel Potter de nuevo-se hundía en su propio sueño, uno en el que volvía a ser un niño en casa de su padre y contemplaba cómo éste trabajaba en la tienda.

«Observa la arcilla», le dijo su padre.

«Ya la veo», respondió Nathaniel.

La arcilla era azul, y olía al lecho del río junto al que la habían recogido. El padre de Nat la sujetaba haciendo hueco entre sus manos, como si fuera un pajaruelo a punto de escapar. Conforme pisaba el pedal, el torno de alfarero giraba y la masa de arcilla empezaba a cobrar forma.

Era una vasija de fondo ancho, con un cuello que se iba afinando con cada vuelta del torno. Nat pensó que nunca había visto nada tan delicado como las grandes manos de su padre acariciando la arcilla, moldeándola y alisándola.

«Prueba tú», le invitó Fred Potter.

Nat rodeó la vasija con sus dedos.

Pero no era ni siquiera un aprendiz, sino tan sólo un niño. Aquella hermosa ánfora de cuello de cisne y curvas elegantes se ladeó, se inclinó y acabó derrumbándose sobre el torno.

Nathaniel empezó a llorar.

«No llores -le pidió Fred, y rodeó los hombros del chico con su brazo-. Siempre podemos hacer otra».

Empezó a accionar el pedal otra vez, y la vasija volvió a levantarse de nuevo para convertirse en una pieza, si cabe, incluso más bella que la anterior.

Fred Potter se volvió y sonrió a su hijo.

«¿Lo ves? – le dijo-. Nuestras vidas son como estas ánforas que fabrico. Las torneas, las moldeas, las horneas en el fuego. Igual que tú, hijo. Tú has sido cocido y endurecido en el horno, pero una vasija de barro no tiene derecho a escoger si quiere contener agua, vino o quedarse vacía. Tú sí posees ese derecho, hijo. Tú sí».

Fue entonces cuando Nat se dio cuenta, para su pesar, de que se trataba de un sueño. Fred Potter nunca habría sido capaz de expresar tales nociones. Sin embargo, aunque apenas había vuelto a pensar en su padre desde que murió, Nat se descubrió a sí mismo deseando creer que estaba a su lado.

«Es demasiado tarde, padre. Todo me ha salido mal».

«Nunca es demasiado tarde. Vamos, agárrate de mi mano…»

Y cuando Nat Potter tomó la mano de su padre, se encontró en paz por primera vez en muchos años, y se dejó llevar en silencio a un lugar donde ni siquiera el Innombrable podría encontrarle.

El Innombrable rugió de frustración cuando se zambulló, sin cuerpo, en Sueño. Al mismo tiempo se oyó una especie de suspiro, como el sonido del mar al romper contra la arena. Diez mil almas a la vez emitieron un único estertor cuando el río Sueño las golpeó como una ola gigante, y todas ellas fueron barridas al instante como granos de arena, rodando, hirviendo, ahogándose, maldiciendo, incluso maravillándose, pues muy pocos de entre ellos habían llegado a soñar alguna vez, y ahora se hallaban aquí, en las mismísimas fuentes del río Sueño.

Algunos sollozaron.

Otros se dedicaron a correr chapoteando como críos en la playa.

Algunos perdieron la cordura.

Los muertos del Hel, que se habían congregado en sus desiertos durante siglos como polvo, ceniza, humo y arena, se sintieron atraídos por aquel movimiento y acudieron como bandadas de pájaros a las orillas del Sueño.

Elías Rede, el examinador conocido en su momento como 4.421.974, tuvo tiempo para decirse: «Se acabaron los números para mí», mientras se zambullía gozoso en las olas.

–La grieta en el Averno -dijo Bálder-. Tú sabes cuál ha sido su causa, ¿verdad, Hel?

El rostro de la diosa siguió inexpresivo, pero a Bálder le pareció ver que su lado vivo enrojecía un poco.

–Has de enmendarlo cuanto antes -afirmó Bálder-. Los muertos se están escapando, y tu reino se halla en peligro.

–Siempre hay muertos de sobra -respondió Hel-. Puedo soportar unas cuantas pérdidas.

–Pero la brecha se está ensanchando. Si el Caos consigue atravesarla…

–No lo haré. El Sueño lo contendrá.

–Tal vez no, Hel. Ya ha destruido tu mundo.

La palabra de Hel era inquebrantable. Como cualquier otra persona, Bálder lo sabía de sobra: era uno de los axiomas de las Tierras Medias.

Pero al parecer lo inquebrantable se había roto, y ahora su reino era un desbarajuste. Bálder sabía lo que eso significaba: que las fuerzas del Caos estaban muy cerca. Si no se hacía nada por detenerlas, la grieta entre los mundos seguiría creciendo hasta provocar brechas similares en el Octavo Mundo, y también en el Séptimo, abriéndose paso por el tejido de los mundos como una carrera en unas medias de seda. Por último, el Caos llegaría a todas partes y sería el momento de un nuevo Ragnarók.

Hel la Nonata también lo sabía. La promesa de recuperar a Bálder la había cegado hasta el punto de no prever ni el peligro que corría ni las consecuencias de sus actos, pero lo que decía el cronófago era indiscutible. Mientras el Sueño inundaba aquel lugar, lentas pero inexorables las manecillas del cronófago seguían acercándose, y cuando se encontraran…

Habló con una voz todavía oxidada por la falta de uso.

–Puedo apuntalar esta torre si el Caos se abre paso hasta aquí, y sellarla para aislarla del resto de los mundos. Podemos estar más allá del Orden y del Caos. Tú y yo solos…, mi amor.

El gesto de Bálder, normalmente risueño, era frío.

–No puedo quedarme aquí y ver cómo los mundos son devorados uno tras otro por mi causa…

–No tienes elección -dijo Hel en tono lúgubre. Los seis segundos de tiempo onírico se habían reducido a tres-. Ninguno de nosotros dos puede hacer nada.

Hel había soñado tantas veces con este momento, ella, que nunca soñaba, y ahora que lo tenía al alcance de su mano…

–Tú sí que puedes -respondió Bálder-. Paga a Loki lo que le debes.

Hel se quedó mirándole un instante.

–¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? A estas alturas nadie puede detener lo que está pasando. Incluso aunque tomara tu vida de nuevo… Además, estamos hablando de Loki. Fue su perfidia lo que provocó tu muerte.

–No importa -insistió Bálder-. Has incumplido tu palabra para resucitarme. ¿Qué clase de fundamento es ése para una relación de verdad?

–Pero aquí estarás a *salvo* -protestó Hel-. Puedes tener cualquier cosa, lo que quieras. ¿Te molesta mi rostro? Existen encantamientos a los que puedo recurrir para convertirme en hermosa. Puedo parecerme a cualquier diosa: a Sif, incluso a Freya…

Los ojos de Bálder eran fríos como el invierno.

–Sólo son trampas -dijo.

Hel contrajo el ojo vivo en un rictus, cada vez más irritada. «¿Trampas? –pensó-. ¿Qué piensa que utilizan las demás? ¿De verdad cree que el cabello de

Freya siempre ha sido de ese color natural? ¿Es que no sabe que Sif usa corsé para tener esa cintura tan estrecha?»

Por primera vez empezó a preguntarse si no había cometido un terrible error trayendo a Bálder a este lugar. Debería haberlo drogado antes. Un simple trago del río Sueño habría bastado para asegurarse su colaboración, al menos hasta que el peligro hubiese pasado.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para eso. Bálder se había asomado de nuevo por la ventana, oteando el panorama con los ojos entrecerrados en un gesto de concentración. Durante un segundo le pareció ver a Loki colgando sobre un pozo de serpientes, mientras Odín intentaba desesperadamente agarrar su mano.

Con un chasquido de sus dedos muertos, Hel hizo que la ventana desapareciera, sustituida por un fino tapiz de seda bordado con sofisticadas y lascivas escenas de amantes entrelazados.

Bálder lo vio y se giró.

–Envíame de regreso -dijo con voz plana.

Hel no le hizo caso. Otro gesto, y a su alrededor se materializó una sala de banquetes. Había mesas con cristalería fina, granadas -una tradición en Hel-, pasteles de miel, ostras, dulces y vinos de todos los colores: verde primavera, ámbar oscuro, rosado con tonos dorados y negro tulipán.

Pero Bálder miró todo aquello con gesto de fastidio.

–¿De verdad quieres complacerme? Pues entonces deja que me vaya.

Una vez más volvió la espalda. Hel, rechinando los dientes, hizo un último gesto en el aire.

–Mi amor -le dijo, y se presentó ante él como Nanna, su esposa, que había preferido sacrificarse en la pira funeraria de Bálder antes que vivir un solo día sin él. Nada podía superar la dulzura y la alegría de su sonrisa, ni la suavidad de

su lustroso cabello, pero Bálder cerró los ojos con gesto de aborrecimiento, apretó los labios y no dijo nada.

Hel dio un chillido de rabia y despecho. Volvió a mirar el cronófago. Tan sólo una minúscula brizna de tiempo separaba sus manecillas.

–¡Pues vete! – gritó.

Al momento su ciudadela desapareció. Bálder se encontró una vez más en el desierto, con el río agitándose en resplandecientes remolinos a su alrededor, mientras a sus pies se desplegaba el fabuloso desorden del Sueño.

«Loki», pensó, y se zambulló de cabeza en los rápidos.

Mientras tanto, Odín sentía cómo le abandonaban sus fuerzas. El tirón de la pesadilla de Loki era cada vez más intenso, como si el propio sueño luchara contra su intento de escapar. Por debajo, Odín podía ver la brecha entre los mundos, que se había convertido ya en un vórtice que dejaba vislumbrar el abismo del Caos, como la pupila de un ojo monstruoso.

«¡Aguanta!», le instó, pero se le estaba durmiendo el brazo y tenía la mano resbaladiza por el sudor de Loki., Sabía que era inútil. Pronto la grieta entre los mundos los absorbería a ambos, y una vez allí la sombra del pájaro negro los borraría de la existencia como si jamás hubieran existido.

«Bueno -dijo Loki, apretando los dientes-, al menos lo has intentado, hermano. Para ser sincero, es más de lo que esperaba de ti».

Loki estaba colgado de la punta de sus dedos. Sintió cómo resbalaban uno a uno: el índice, el medio, el anular. «Este se fue al Caos -pensó Loki con un repentino y desesperado arrebato de risa-. Y este pícaro gordo se quedó en casa…»

«¡Aguanta!», pidió Odín una última vez. Después, los dedos de Loki resbalaron y Odín se quedó agarrando tan sólo la oscuridad, pero entonces…

Otra mano apareció detrás de él y agarró a Loki por el pelo.

«Te tengo», dijo una voz que Odín creyó reconocer. Apenas le había dado tiempo a maravillarse de lo parecida que sonaba a la de Bálder, cuando se oyó un estrépito ensordecedor, como si todas y cada una de las puertas de los Nueve Mundos se hubieran cerrado a la vez, y todas estas cosas sucedieron al mismo tiempo:

Las manecillas del cronófago se juntaron.

La brecha entre los mundos se cerró como si nunca hubiese existido.

El río Sueño retrocedió, dejando la llanura desierta del Hel sembrada de vastos humedales de los que se levantaban vapores de tiempo onírico.

Los soñantes suspendidos en aquel lugar despertaron con un sobresalto. Algunos regresaron a sus anteriores personalidades, mientras que otros se paraban como bailarines de una complicada pavana que, al cesar la música, se encontraran de repente emparejados con un desconocido.

Maddy despertó sollozando en la otra orilla del río Sueño, pero no podía recordar exactamente el motivo del llanto.

Frig se encontró dentro del cuerpo de una mujer que a primera vista le había parecido vulgar y entrada en años, pero gracias a la runa Ethel, que despedía destellos desde su brazo, tanto su vulgaridad como su edad se convertían en virtudes muy superiores a la más espectacular de las bellezas.

Al volver en sí, Dorian Scattergood descubrió el signo de Thuris grabado en su brazo derecho, que estaba abrasado. Ethel lo contemplaba con expresión de curiosidad en su cara; una cara que ya no era del todo la suya, pero que no obstante irradiaba belleza y amor.

–Tor -dijo, y extendió la mano para tocarle.

Cuando Adam Scattergood despertó, se encontraba perfectamente normal…, salvo por la diminuta vocecilla que susurraba y gemía dentro de su cabeza.

El valiente Tyr descubrió al despertarse que medía casi un metro menos que

antes.

Bolsa se encontró apretando a *Lizzy la Corda* entre ambos brazos como un poseso. Durante un instante se miraron perplejos el uno al otro. Después, la cerda enana dio un chillido de rabia, mientras en torno a ella empezaba a materializarse un aspecto: el de una mujer de silueta torneada y llena de curvas, con cabello trigueño y un gesto de furia e incredulidad en el rostro.

Sif, la Reina de la Cosecha, despertó en tal estado de cólera que, de haberse manifestado en las Tierras Medias, habría derribado árboles, arruinado cosechas y marchitado todas las flores hasta Finismundi, pero el caso es que allí no había árboles ni flores. La diosa profirió un chillido tan agudo que, si hubiese tenido una copa delante, la habría hecho añicos.

-*¿Un cerdo?* ¿Me has traído de vuelta como un *cerdo* apestoso?

Loki despertó en su propio cuerpo y se rió hasta que le dolió el estomago. Y…

-*¡Hombres!* -siseó Hel.

Y cerró los ojos, mientras a su alrededor los muertos volvían al polvo para reposar en silencio durante otra larga era.

Capítulo 7



En silencio, Maddy dejó vagar los ojos por las marismas del Hel.

Aún estaban llenas de materia onírica, que tenía el mismo aspecto que los pecios y algas que pueden verse a la orilla de cualquier río o de cualquier mar, pero a nadie del pequeño grupo que se había congregado junto a la ribera del Sueño se le ocurrió acercarse para examinar los brillantes fragmentos, las rocas que no eran tales ni los seductores efluvios que habían quedado detrás.

Los vanir se habían unido a ellos desde su posición estratégica en el corazón del desierto. Durante un rato habían discutido sobre lo sucedido, pero en general no habían alcanzado ninguna conclusión. Skadi estaba especialmente resentida, ya que Odín se encontraba ya fuera del alcance de su venganza, y en cuanto a Loki…

–Básicamente, lo que me estáis diciendo es que no se me permite matarle -dijo por cuarta vez.

Ya había mantenido esta misma discusión con Njord, Freya y Bragi, y ahora el turno de aplacarla le correspondía a Héimdal, puesto que ninguno de los demás lo había conseguido.

Héimdal sonrió mostrando sus dientes de oro.

–¿Por qué? – preguntó la Cazadora-. ¿Porque ha salvado al mundo? Si ése es tu pretexto…

–No lo es -intervino Idún, con una voz más terrenal de lo habitual en ella, lo que pilló a Skadi por sorpresa-. No puedes matar a Loki -resumió-porque Bálder quería que viviera.

Tras un prolongado silencio, Skadi se extrañó:

–¿Bálder?

Idún asintió.

Se produjo otro silencio. Durante ese rato, Idún observó con cierta extrañeza que los ojos de hielo de Skadi parecían ligeramente empañados. No era ningún secreto que en vida Bálder era un auténtico rompecorazones, pero…

–¿Bálder quería que viviera? – repitió Skadi con voz titubeante.

–Ha sacrificado su vida por él. Por todos nosotros -respondió Idún.

Hubo otra larga e incómoda pausa.

–Es lo más ridículo que he escuchado en mi vida -dijo Skadi-. Seguro que lo próximo que se te ocurre es que ahora Loki está al mando.

–Bueno… -respondió Idún-. Oficialmente, como lugarteniente del General…

–¡Que me aspen! – gruñó la Cazadora.

Dejó caer su látigo mental y se alejó arrastrando los pies por la arena.

Adam contemplaba todo aquello desde la distancia. Para su propia sorpresa, no tenía miedo. Pensó que tal vez los acontecimientos de los últimos días lo habían curado para siempre de sus temores. Pero sus ojos miraban con odio, estrechos como dos rendijas, mientras su cuerpo enjuto se acurrucaba tras un peñasco a cierta distancia del lugar donde se habían congregado los dioses.

Nadie le había prestado atención, ni le habían llamado ni buscado. De hecho, ni siquiera habían reparado en su ausencia.

«Eso está bien», se dijo Adam. Si tomaba el ancho camino que atravesaba la llanura, podía desaparecer de la vista mucho antes de que alguien recordase que había estado allí.

Se movió con rapidez y con una seguridad peculiar, a diferencia del Adam Scattergood que había salido de Malbry media vida antes. Al acordarse de ese Adam lo hacía con cierto desprecio: el chico que tenía miedo a los sueños. Ahora había renacido como un hombre, quizás incluso el *Último* Hombre, y era consciente de la gran responsabilidad que eso suponía. Llevaba una llave dorada en una mano, y la mantuvo bien cerrada mientras arrancaba a correr con rapidez y siempre pegado al terreno por la vasta e incolora llanura del Hel. En su mente,

una vocecilla seguía susurrando y adulando, prometiendo:

¿*Mundos*?

Los muertos se apartaban a su paso, lo cual no le sorprendió en absoluto.

Mientras, Maddy intentaba asimilar cuanto había acaecido. Por si no fuese bastante difícil creer que habían sobrevivido, aún tenía que aceptar a los cuatro recién llegados del otro lado del río, los æsir, que estaban entre ellos en aspecto.

Tor el Tonante, que a la vez era Dorian Scattergood. Frig la Madre, que en tiempos había sido Ethel Parson. Sif la de lustrosos cabellos, la Reina de la Cosecha, cuyo sello Ár aparecía repetido en la panza de una cerdita enana. Y finalmente Tyr, que había dejado de ser el Manco, pero que parecía tener problemas con su anfitrión.

–¡Yo no puedo ser Tyr! – protestó La-Bolsa-o-la-Vida-. Éste es Tyr el Bravo, Tyr el Guerrero. Vamos a ver, ¿tengo yo pinta de guerrero? Es un maldito error. Me habéis confundido con alguien *valiente*.

–Porque te has comportado como un valiente -dijo Maddy-. Has robado la cabeza de Mímir.

–¡No pretendía hacerlo! – dijo Bolsa, alarmado-. ¡Fue el Capitán quien me obligó! ¡Es a él a quien debéis buscar, no a mí!

A su alrededor y sobre él, el aspecto del guerrero se erguía en toda su estatura, y sus colores, un rojo vibrante con matices de oro de trasgo en los bordes, destellaban con fiereza. En la palma de la mano izquierda ardía una runiforma: Tyr invertida, brillante como la sangre.

–¡Quitádmela! – exigió Bolsa mientras extendía la mano.

La Madre sonrió.

–No es tan fácil.

–¡Pero es que ya no soy yo mismo! – gimió aquel reticente *guerrero*.

–Claro que lo eres -respondió Maddy con dulzura-. Aunque lleves su aspecto, siempre serás tú. Del mismo modo que yo seguiré siendo Maddy Smith, aunque al mismo tiempo seré Modi, hija de Tor. Piensa en ello, Bolsa. Has hecho algo maravilloso. Todos vosotros lo habéis hecho -dijo.

Miró a Ethel, Dorian y *Lizzy*, a la que se veía muy rara bajo el aspecto de Sif, y por último a Loki, que permanecía vuelto de espaldas y apartado de los demás.

Maddy se acercó a él. Pero en lugar de mirar a la chica, Loki se dedicó a contemplar el río Sueño con sus islas, sus remolinos, sus bajíos y sus escollos. Por una vez no había vestigio alguno de risa en sus ojos, tan sólo una desolación que Maddy era incapaz de identificar.

–Anímate. ¡Has escapado! – le dijo.

Loki siguió sin mirarla. Al otro lado del río, la Fortaleza Negra del Averno se estaba reconstruyendo a sí misma, sillar por sillar, torreón imposible por torreón imposible.

–Me pregunto quién más habrá escapado -comentó Loki, sin apartar los ojos de la fortaleza.

–Puede que algunos æsir más.

–Puede.

Maddy pensó que Loki no parecía demasiado convencido.

–Tal vez incluso Bálder, ¿no crees?

–Bálder está muerto. – Loki la miró por fin. Además de tristeza, en sus ojos también había indignación-. Bálder ha muerto para salvarme *a mí*. O más bien ha muerto para asegurarse de que Hel no rompiera su palabra, la palabra que mantiene el equilibrio entre Orden y Caos en este lugar -tras una pausa, el dios

añadió-: Bastardo engreído…

A su pesar, Maddy sonrió.

–Bueno, mejor será que Bálder no espere gratitud por mi parte. Nunca se me ha dado bien. Y en cuanto al General… -Loki hizo de nuevo una pausa, volviendo los ojos al lugar donde había caído Odín-. Si cree que por esto tengo algún tipo de deuda con él…

Hubo un largo silencio, durante el cual los ojos de Loki miraron a ninguna parte con gesto de fiera determinación.

–No pasa nada -aseguró Maddy-.Yo también le echaré de menos.

Cogidos de la mano, se dirigieron a la orilla del río Sueño, donde se estaba preparando el funeral.

Capítulo 8



Maddy pensó que deberían haber tenido un barco, una nave gris y alargada a la que pudieran prender fuego y empujar al río, pero en su lugar se las tuvieron que apañar con un fragmento de escombro plano flotante, un residuo de la fortaleza que se había desplomado. Colocaron el cuerpo de Odín en aquella embarcación improvisada junto con sus armas y su sombrero, y después todos ellos, los hijos perdidos del Orden y del Caos, se quedaron mirando mientras Loki se acercaba al pie de la barca y la incendiaba con fuego desatado.

Ninguno de ellos habló mientras el río se llevaba los restos de Odín el Tuerto hacia el fuego y la oscuridad. Nadie se atrevió a expresar en voz alta la esperanza de que, de algún modo, se las hubiera arreglado para sobrevivir dentro del Sueño. Aunque, si hubiera muerto en el Hel, reflexionó Maddy, seguramente ella lo habría reclamado como a los demás, y ahora no tendrían cadáver que quemar.

Pero Hel se había encerrado en su ciudadela, y ninguna invocación ni súplica conseguiría persuadirla para que volviese a mostrar su rostro de nuevo.

Y así todos ellos se quedaron ensimismados en sus pensamientos, los harapientos supervivientes de los æsir y los vanir, pálidos, magullados, afligidos.

«¿Se supone que esto ha de terminar así? – se preguntó Maddy-. ¿Con el General muerto, el equilibrio restablecido, el Orden aniquilado y nosotros, los dioses de antaño, esperando como mendigos junto a la orilla del Sueño? ¿Esperando a qué?»

Alzó la mirada, furiosa por las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Y vio…

A los dioses en su aspecto pleno. Los doce dioses, elevándose como columnas de luz y color, héroes y heroínas de la Era Antigua. Al verlos, las lágrimas corrieron a raudales por su rostro, el rostro de Maddy Smith, la que nunca lloraba, pero en ese momento de pena e incertidumbre sintió un repentino e inesperado arrebato de alegría.

Siempre había sido una niña solitaria que jugaba por su cuenta, lejos de los demás, odiada y temida por su propia gente e incluso por su padre y su hermana. Durante todo aquel tiempo en Malbry la única compañía que había tenido era la del Tuerto, y tan sólo unos pocos días al año. Jamás llegó a esperar que las cosas pudiesen cambiar. Siempre había creído que moriría sola, anónima, sin cariño, sin amigos, sin hijos, sin padre.

Pero esas personas que estaban en la orilla…

Contempló uno por uno a los vanir cuando se adelantaron para rendir homenaje

a Odín. El Centinela, el Cosechador, el Hombre del Mar, la Sanadora, el Poeta, la Cazadora, la diosa del deseo. Desfilaron despacio, uno a uno, para saludar a la pequeña barcaza y lanzar sus runas protectoras y de buena suerte al río Sueño.

Y después vinieron los æsir. No faltó ninguno: el Tonante, la Madre, la Reina de la Cosecha, el Guerrero, el Embaucador…

Ellos eran su familia, pensó la muchacha. Allí estaba su padre, y también su abuela, sus amigos y sus aliados. Todos compartían su dolor. Estaban atados a Maddy del mismo modo que Maddy estaba vinculada a ellos. De pronto albergó la súbita y firme convicción de que pasara lo que pasase, bueno o malo, lo afrontarían juntos.

«Esto no ha terminado -se dijo Maddy-. Esta batalla ya se ha librado muchas veces antes, y volverá a librarse otras tantas. ¿Quién sabe qué nuevo rostro adoptará el enemigo? ¿Quién sabe cómo acabará la próxima vez?»

Lo único que sabía era que quería formar parte de ello, que *ya* formaba parte de ello, lo quisiera o no, del mismo modo que las hojas y raíces del gran Árbol del Mundo desempeñaban su función en el equilibrio del Orden y el Caos. Todo estaba relacionado: alegría y dolor, curación y pérdida, principio y final y todos los estadios intermedios.

El Orden ya no existía, al menos por ahora, pero habría otros enemigos, otros candidatos que pretenderían amenazar el equilibrio. También había una ciudadela que reconstruir, Ásgard, nuevos amigos por hacer, un hermano al que aún debía encontrar y todo un mundo de relatos por descubrir y contar.

El Tuerto, que coleccionaba relatos como navajas, mariposas o piedras, lo habría entendido, pues los narradores nunca mueren, sino que perviven en sus historias…, al menos mientras haya gente para escucharlas.

El Orden lo sabía, y por esa razón había prohibido los relatos y los libros. La primera cosa que pretendía hacer Maddy era modificar esa Ley y liberar a todos los habitantes de Malbry y de otros lugares. Sí, liberarlos de su letargo para que pudieran soñar…

Porque Maddy sabía que allí donde la gente soñara, los dioses nunca estarían muy lejos. Sonrió al recordar algo que le había dicho el Tuerto en los días en que aquellas cosas le parecían tan remotas e inalcanzables como el propio Ásgard.

Todo aquello que puede soñarse es cierto.

El río Sueño, al igual que el Fresno del Mundo, tiene muchas ramas y muchas rutas. En el Trasmundo se une al Strond y se filtra hasta el Supramundo. Después brota a chorros bajo la colina del Caballo Rojo y burbujea por el bosque del Osezno, corre bajo las montañas, atraviesa los valles y los pantanos hasta llegar a Finismundi y desembocar en el mar Único, el lugar del que proceden todas las cosas y al que algún día retornarán.

«Búscame en tus sueños», le había dicho Odín.

Maddy sonrió mientras contemplaba cómo el barco en llamas se alejaba río abajo y se perdía de vista.

Fin

RUNAS DEL ALFABETO NUEVO



Aesk: el Fresno, Yggdrásil.

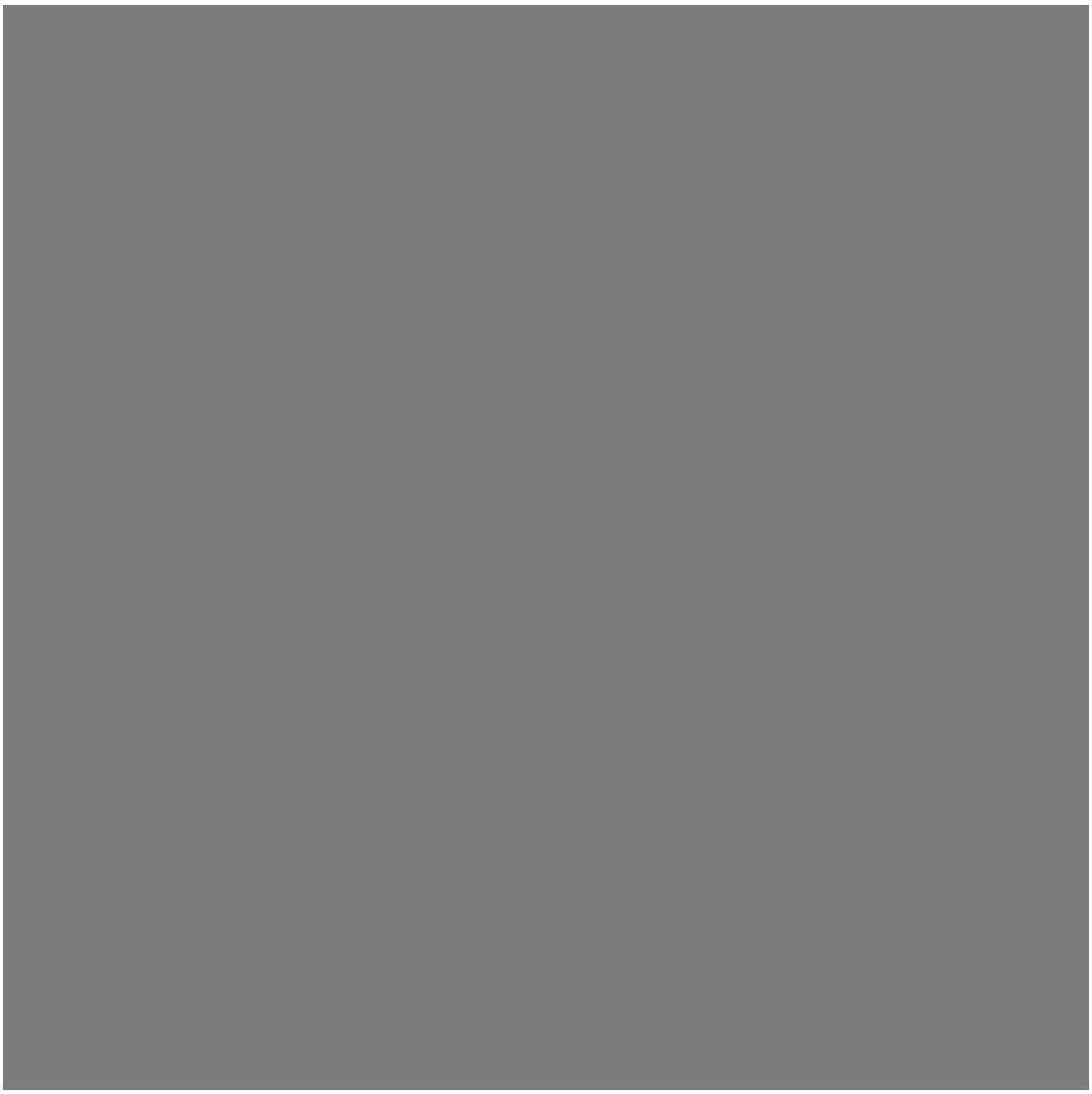


Ethel: la Tierra Natal, la Maternidad.









Agradecimientos

Deseo expresar la más sincera gratitud a los leales guerreros que permanecieron junto a mí en el transcurso de las venturas y desventuras acaecidas mientras escribía este libro. A Jennifer y Penny Luithlen, a Peter Robinson, a Christian, que fue el primero en leerlo; a Philippa Dickinson, a mis estupendas editoras, Sue Cook y Nancy Siscoe; a Rachel Armstrong por encargarse de la promoción.

A mi asistente personal, Anna, que me organiza la vida; a Mark, que se encarga de la página web, y a Kevin, que se encarga de todo lo demás. Y por encima de todo, le estoy muy agradecida a mi hija, Anouchka, que no dejó de darme la lata durante cuatro años hasta que terminé esta historia a su completa satisfacción…

NOTA DEL TRADUCTOR

LOS NOMBRES DE ODÍN

Atrid, «el que cabalga hacia la batalla»

Btteyg, «el tuerto»

Bólverk, «el que inflinge males» *Farmatyr*, «señor de los pesares»

Fiólsvid, «el docto»

Gangleri, «el cansado de caminar»

Gaut, Gauti o Gautr son las opciones de este nombre, significa «el que procede de Gotland, el godo», es decir, «el hombre»

Grim, «el enmascarado»

Grímnir, «el embozado»

Hárbard, «el de barba gris»

Helblindi, «el que ciega al ejército»

Herían, «el que manda en los ejércitos»

Hérteir, «el anfitrión»

Hialmberi, «el que Va con yelmo»

Hroptatyr, «señor de los dioses»

Jalk, «el bien preservado»

Oski, «el ávido»

Sann, «el veraz»

Sanngetal, «el descubridor de la verdad»

Skílfing, «el vibrante»

Svídrir, «el plácido»

Svídur es uno de los pocos nombres de traducción oscura, aunque algunos autores apuntan que podría ser «el avispado»

Tekk, «el oportuno»

Thund, «el delgado»

Tride, «el tercero»

Tror, «el pujante»

Tund, «el tronante»

Unn o también

Ud, «el bienamado»

Vakr, «el vigilante»

Veratyr, «el señor de los hombres»

Vidur, «el homicida»

Wotan, «señor de la furia»

Ygg, «el terrible»

[1] Verso 16 de «El poema de las runas», una composición nemotécnica escrita en inglés antiguo o anglosajón. Traducido al castellano en Beowulf y otros poemas anglosajones por Luís y Jesús Lerate. La frase significa literalmente «por llamada notada» (N. del T)

[2] Un Kenning (pl. Kenningar) Es una figura retórica cercana a la metáfora muy empleada en las sagas nórdicas, así, por ejemplo, el mar era “el techo de la ballena”. (N del T).

[3] Singular de æsir (N del T).

[4] El canto épico «Los dichos de Regin» recoge la historia de cómo Loki mató de una pedrada a un hombre con forma de nutria y tuvo que reparar el daño causado con oro rojo. El as lo obtuvo extorsionando al enano Andvari. Ése fue el «Rescate de la Nutria» u Ottergild. (N.del T.)

[5] *Madr er moldar auki / misil er grœip á Auki* («Poco más que polvo es el

hombre / y la garra del halcón, grande»). Frase entresacada de la versión noruega de «El poema de las runas», recogida en *Runic and Heroic Poems of the Old Teutonic Peoples*, de Bruce Dickins. (N. del T.)

[6] Aparece en «El poema de las runas». La frase significa: «Ós es principio del habla toda». (N. del T.)

[7] Juego de palabras en el texto original entre *god* (dios) y *dog* (perro). (N. del T.)

[8] Verso 27 de «El poema de las runas». La frase significa: «Nyd es cuita del pecho». (N. del T.)

[9] «Naudr no da tregua; / hiela al desprotegido».Versos procedentes de la versión noruega de «El poema de las runas». (N. del T.)

[10] Rista blodörn. (N. del T.)

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
15/09/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/